

SU CORAZÓN ESTABA DORMIDO Y ÉL TUVO EL PODER DE DESPERTARLO



EL DUEÑO DE  
MIS SUEÑOS

DELORA L. PEREÑÍGUEZ

**EL DUEÑO DE  
MIS SUEÑOS**

**ÉIRE 1**

**DELORA L. PEREÑÍGUEZ**

Copyright © 2015 by Delora L. Pereñíguez

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo. La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). Los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

# Índice

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

0 [El comienzo de todo](#)

1 [Mi historia](#)

2 [Un héroe. Un fuerte sentimiento](#)

3 [Indecisa](#)

4 [Un rechazo inesperado](#)

5 [Irlanda. Una tierra de ensueño](#)

6 [Muckross-Knightley House](#)

7 [La Torre de los Sueños](#)

8 [Sheeva](#)

9 [El árbol: «Go Brách»](#)

10 [Muckross-Brent House](#)

11 [Una promesa incumplida](#)

12 [Buachaill ón Éirne](#)

13 [Las luciérnagas](#)

14 [Celosa](#)

15 [La cena](#)

16 [Enamorada](#)

17 [Las cartas](#)

18 [Una carrera loca](#)

19 [Peligro](#)

20 [Aterrada](#)

21 [Liberando mis sentimientos](#)

22 [Su familia](#)

23 [El tren de nuestros sueños](#)

24 [Confesiones de un pasado fantasma](#)

25 [Inesperada proposición](#)

26 [Aiden y Carla](#)

27 [Fui su prometida](#)

- 28 [Félix está en Irlanda](#)
  - 29 [Un oscuro pozo sin fondo](#)
  - 30 [Rota en mil pedazos](#)
  - 31 [Adiós, Darién. Adiós para siempre](#)
  - 32 [Mi despertar](#)
  - 33 [El Puerto de las Almas perdidas](#)
  - 34 [Volviendo a ser yo](#)
  - 35 [La frágil línea del amor](#)
  - 36 [El reencuentro de un amor destinado](#) (parte 1)
  - 37 [El reencuentro de un amor destinado](#) (parte 2)
- Epílogo: [Go Brách...](#)
- [Agradecimientos](#)

## Sinopsis

*Recuerdo las palabras: «Para Siempre». Pero no a quien se las dije.*

Mi vida no era nada sencilla. Llevo una vida sin recuerdos, pocos se retornan en mi mente desde aquel fatídico accidente cuando tenía veinte años. Y todo hombre se acercaba a mí con un propósito: utilizarme. Y ya estaba harta de ellos y de no poder encontrarme a mí misma. Todo tenía un límite. Por ser la hija rica del famoso diseñador de moda Peter Knightley, a ningún hombre le daba derecho de utilizarme. Y empecé a sentir que en mi pecho no latía un corazón para amar. Los sueños de un chico de rostro borroso (al que a veces llamo Thief) se hacían más presentes, y mi vida se volvía más desdichada y vacía sin un pasado claro. Hasta que llegó Darién. El roce de sus manos sobre mi cuerpo hizo desencadenar todo lo que parecía dormido, pero había algo más dormido aparte de mi corazón, algo que me aterraba descubrir. Nos conocimos en una extraña circunstancia pero su mirada me atrapó en una espiral de deseos dormidos, él era tan atractivo y seductor además de todo un caballero. Él era diferente. Y el halo de misterio que lo envolvía me hacía pensar que guardaba sus propios secretos, y para qué engañarme, su trabajo como gigoló no era ningún inconveniente para acercarme a él. Y entonces cometí una locura, le propuse algo que tenía que ver con Éire; Irlanda. Una tierra plagada de leyendas, misterios del mundo celta, secretos perdidos, imponentes castillos y paisajes salvajes donde encontrabas infinitos matices verdes. No sé qué me llevó a hacerlo. ¿Mi corazón? ¿Mi instinto? No lo sabía. Los sueños persistían y el anhelo de mi alma me pedía cada vez más que buscara al chico borroso de mis sueños, presentía que era real, pero no podía deshacer todo lo que me hacía sentir Darién. Me sentía atrapada entre dos sentimientos.

## Dedicatoria

A la mujer más grande que existe en mi vida. Mi madre. Gracias por tu gran fortaleza, por lo gran madre y mujer luchadora que eres, porque eres mi heroína y mi mejor amiga. Gracias sobre todo por apoyarme y alentarme en esta historia que dejé inconclusa en 2010. Y porque esta historia tan especial para mí, la he sacado a la luz y está especialmente dedicada a ti.

## Cita

Hay una cara oculta detrás de todo sueño. Algo que no vemos, que observamos ilógico pero que esconde su verdadera identidad, algo que nos incita a seguir y pensar. Nos consume el pensamiento de su porqué, la voracidad de que quede en nuestros corazones. Tal vez esos sueños son puentes hacia la vida que nos ha forjado el destino. Para así, hallar nuestra alma gemela y encontrar el equilibrio que necesitamos una vez que hemos iniciado el recorrido de la vida.

**DELORA L. PEREÑÍGUEZ**



# El comienzo de todo

17 de marzo

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Sonreía. ¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin! Mi corazón gritaba de regocijo, de alivio, de alegría y es que finalmente todo tendría un sentido claro para mis noches llenas de tormento y dudas.

Lo veré.

Los temblores volvieron a mí y peleé con el pomo de la puerta principal al estar histérica por salir. Una ráfaga de viento me dio en la cara cuando abrí de golpe la puerta, y pisé apresurada la zona de afuera buscándolo ansiosa. Hice un mohín mirando al cielo gris, y al oler la intensa humedad. Pero nada empañaría que deseara conocer a Félix. ¿Me estaría esperando en la torre o en el árbol donde me había besado tantas veces en los sueños?

Caminé unos pasos con la esperanza de verlo, lo busqué con la mirada deseando encontrarlo. Tenía que explicarme tantas cosas, tenía que hacerle tantas preguntas, que no sabía desde que *punto* empezar. Aunque mi deber primero era decirle que mi corazón estaba *cogido*. Giré mi rostro y vi a Darién apoyado en la puerta con aspecto desgarrado y roto, como si no deseara que viera a Félix. Tenía miedo, lo veía en su mirada azul. Gracias a él, gracias al gran hombre que era, en unos minutos vería a Félix.

Le sonreí, era una sonrisa tranquila en la que no se necesitaban palabras, pues mis ojos ya le avisaban de que todo iba a estar bien y que debía confiar en mí. *Debe hacerlo*. Pensé entusiasmada. Me alegró el corazón que mostrara una pequeñísima sonrisa, aunque se tornara triste. Y vi que inspiraba aire lentamente metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, y se abandonaba en un estado ensimismado.

Presentí que alguien venía por el camino principal de la entrada de Muckcross-Knightley House, y me quitó toda la atención que tenía en Darién.

Una persona caminaba en mi dirección por el camino que bordeaban los árboles.

Era él. Lo sé.

Parecía un hombre. ¿De mi edad? Aún no lo tenía claro porque estaba lejos. Los nervios burbujearon en mi interior liando mis dedos sobre el vestido.

*¡Es Félix!*

Mi corazón no cesó de latir con intensidad. Llevé mi mano al cuello algo asustada porque al fin podré ponerle una cara. ¿Cómo serán sus ojos, su nariz, su pelo? Qué importaba, ¿no? Al fin lo vería. Se fue acercando y vi sobre su cabeza una gorra roja que ocultaba su pelo. Antes de que se acercara del todo, corrí hacia la entrada y le planté un beso en los labios a Darién creyendo que no sería muy prolongado, pero me sorprendió descubrir cómo eran sus labios de posesivos y audaces. Y por un momento me olvidé de Félix, y me dejé arrastrar por mis instintos *salvajes* enredando mis dedos por su pelo y entregándome a él por completo. Gemí en sus labios cuando me estrechó contra su cuerpo sintiendo cuanto me deseaba mientras nuestros labios no daban tregua, y la chispa del *anhelo* saltaba entre los dos desatando nuestra pasión. Terminó el beso quedándose a un centímetro de mis labios y apretando la mandíbula, mientras sus dedos acariciaban mis pómulos con una sombría mirada, y estremeció mi ser que estuviera tan abatido.

—Adalia... —me suplicó sin calma aparente.

—Confía en mí —le susurré agitada y maravillada de tenerlo. Y subí mi mano hacia su mejilla, viendo como le confortaba mi caricia cerrando los ojos —. Recuerda, eres mi Belenus.

Por un instante mi corazón dudó, los sentimientos se batieron en un duelo tormentoso y sobre mi mente se reflejó el sueño que tuve con Félix, y en el que también aparecía Darién con aspecto desolador. Me pedía que me fuera con él tan desesperado para protegerme en sus brazos, como si Félix fuera alguien maligno. Pero Félix me lo prohibió con un grito cortante que me mantuvo paralizada. Sé que fue solo un sueño, pero si no fuera porque no podía ver su rostro, habría sentido como si Félix deseara enfrentarse a una lucha a muerte con Darién. Mi corazón se apretujó padeciendo. Y ahora que en la realidad se iban a ver... *¡No! Eso es imposible.* Pensé abrumada. No se enfrentarían, no tenían por qué hacerlo.

Félix se acercaba cada vez más (era algo inevitable) y noté como Darién rodeaba sus brazos alrededor de mi cintura pegándose posesivo contra su cuerpo, mirando fijamente al chico que se acercaba por el camino. Su rostro se envolvió serio y desafiante. Aparentaba ese *semblante* rudo que siempre ponía para cualquier desafío. Sé que no confiaba en él. Pero en mí sí debía hacerlo.

Logré deshacerme de su agarre, aunque intentó agarrarme del brazo para detenerme, pero me sacudí y caminé hacia el chico oyendo un «*joder*» susurrado por Darién que aparentaba ofuscado y celoso.

Comenzó a chispear. Y por una vez en mi vida me alegraba de mojarme.

Todo saldría bien.

# Mi historia

## *Banphrionsa...*

*Alguien me llamaba «princesa» en irlandés a través de los ecos del viento. El viento traía esa palabra hacia mí, pero aunque para mi corazón significaba un sentimiento fuerte y abrumador, no tenía un claro significado para mi mente. Veía una apreciada luz blanca, una mano extendida, una sonrisa de un rostro sin nombre, oía el movimiento pesado de las manecillas de un reloj antiguo... antes de verme reflejada más joven corriendo por una pradera de destino desconocido.*

*Era un sueño. No tenía dudas. Y siempre estaba él... en mis sueños.*

*Una tenue sonrisa apareció bajo la oscuridad que perfilaba su rostro, no logrando distinguir ningún ápice para saber cómo era. Eso me entristecía. De toda mi destrozada vida, aunque sabía que no era del todo real, él era el único que me hacía sentir bien. Soñar con ese chico hacía que mis males se curaran, aunque solo fuese en los sueños.*

*¿Cómo un simple y extraño sueño podía hacerme bien? Desearlo tanto como un verano seco deseaba la vitalidad de la lluvia.*

*De pie, entre las vastas praderas surcadas de aire y matizadas de un intenso verde, su cuerpo rozó el mío haciéndome tragar saliva. Su pulgar acarició mi labio inferior erizando mi piel y despertando mis deseos. En todos los sueños deseaba que me besara. Era irrefrenable que lo sintiera. Sentía deseo, atracción, pasión, una fuerza descomunal llena de puros sentimientos y rarezas hacia ese desconocido. Deseaba que esos labios me besaran como si nunca hubiese un mañana. Pero nunca ocurría, irritándome en cada despertar.*

*¿Quién era ese chico? Siempre me lo preguntaba. Y no hallaba una respuesta.*

*En otro espacio del sueño, corríamos entre las praderas bajo una primavera deslumbrante, donde el color de las flores silvestres resaltaba en el brillo del sol. El chico de mis sueños me gritaba que siempre me pillaría*

*(aunque su voz la oyera distorsionada y grave), y yo corría más y más gritando eufórica donde nuestras risas resonaban en los ecos del viento perdiéndose más allá de las praderas.*

*Finalmente logró atraparme. Era listo, ágil, veloz y audaz. Me pilló cogiéndome de la cintura y caímos contra la suave hierba conectándose nuestros cuerpos. Una vez más, me quedaba sorprendida al verme con un vestido largo de manga corta, de color púrpura y de un estilo medieval, con un escote bastante pronunciado donde él ni corto ni perezoso echaba un vistazo. En mi actual vida, jamás había llevado un vestido así. No lo recordaba. Aunque también era cierto que jamás, pero jamás, podría recordarlo. Eso era así de sencillo.*

*¿Pero por qué el sol siempre hacía sombras sobre su rostro? Otra pregunta hueca carente de vida y sin respuesta.*

*Las primeras veces que soñé con Thief, creía que era una fantasía, toda mujer recreaba en sus sueños al hombre perfecto. Todas, alguna vez en la vida lo hacíamos. Pero esa teoría se fue disipando cada vez que ese chico lo sentía más real y cercano a mí. Tenía muchos motivos para pensar y lucubrar que mi mente algo deseaba transmitirle a mi corazón. Pero siempre terminaba desecha en una maraña de dudas.*

*Fervientemente deseaba saber el color de sus ojos aunque a veces (y muy pocas veces) podía vislumbrar su boca. Con mi pecho aún agitado y tumbada sobre la hierba salvaje, él se recostó a mi lado apoyándose sobre un codo. Lo miré como si de ello dependiera la luz que desprendían mis ojos y a veces sentía como si mirara a un rostro vacío, sin dueño, dejándome en un mar de tristeza y soledad. El viento meció la hierba sobre las praderas haciendo innumerables ondas que se perdieron en la infinidad de la naturaleza, los pájaros volaban sobre nosotros risueños por un hermoso día azul. Él con delicadeza, arrancó una flor silvestre y la puso detrás de mi oreja. Vi su sonrisa magnífica y mi corazón se aceleró tan rápido como un relámpago, cuando inclinó su rostro y sus labios rozaron los míos sin aún iniciar el beso.*

*—Mi dulce, banphrionsa. Serás hermosa hasta el fin de los tiempos. Te has adueñado de mi corazón desde hace mucho tiempo. Estoy seguro de que estábamos conectados antes de nacer. Tú sabes que no hay poder humano ni*

*sobrenatural que me arranque de tu lado.*

*Asentí en un gesto sintiéndome segura de sus palabras.*

*Mi desbocado corazón triplicó sus latidos cuando dejó su mano sobre mi escote para sentirlos.*

*Cerré los ojos complacida y relajada.*

*Le gustaba sentir mi corazón sobre su mano. Y así nos quedábamos un buen rato. En nuestro mundo. Porque no existía nada más. Mordí mi labio inferior deseando descubrir quién se escondía tras las sombras que oscurecían ese rostro que me miraba como si fuera lo único que le sostenía sobre este mundo. Susurré «Thief» sintiendo mariposas en mi estómago.*

*—Eres mía, Adalia. Recuérdalo siempre.*

*—Para siempre.*

*Eran las palabras exactas que yo le decía al chico de mis sueños. Su rostro se acercó al mío de nuevo, sonrió tan pícaro que ahogué un gemido cuando sus brazos me estrecharon más contra su cuerpo musculoso. Y antes de que sus labios rozaran los míos para besarme...*

Mis ojos se abrieron ante el inminente sueño haciéndolo desaparecer bajo la luz tenue de un nuevo día. Esta era una de esas tantas ocasiones en las que no había despertado gritando. Y daba gracias por ello. Pero sí me encontraba vulnerable, llena de rabia y triste por volver a la realidad.

Me acomodé contra el cabecero de la cama repasando una mano por mi frente sudada. Suspiré mirando mi habitación un minuto después de que la calma sosegara mi angustia. Toqué con las yemas de los dedos mis labios... aún podía sentir sus firmes dedos tocándome, tan cerca de la *realidad* tan lejos de la *existencia*. Negué con la cabeza maldiciendo en bajo.

Siempre me retorció en mis pensamientos. Esos sueños no me dejaban vivir. La primera pregunta que me hacía era: ¿Por qué?

¿Por qué soñaba con ese chico?

¿Por qué lo llamaba *Thief*?

¿Por qué le decía las palabras; *Para siempre*?

¿Por qué en mi extrema locura lo veía tan real como la vida?

¿Por qué soñaba en otros sueños con una torre?

¿Por qué con él me sentía a gusto, querida, consentida, protegida y sobre todo enamorada? ¡Enamorada! ¡Qué locura! La exigencia de saber las respuestas emanó por mis manos y descargué mi frustración con la almohada. La pobre no acabó bien al cabo de unos minutos en los que no pude más con mi propia alma.

¿Cómo diablos podía estar enamorada de un chico que no existía?

Porque era así, no existía. Pero desde hacía dos años que soñaba con Thief. A veces caminábamos entre las praderas de un destino que desconocía, otras podía vislumbrar una torre de *cuento* en la que nos deteníamos con nuestras manos entrelazadas y en la que mi odiosa mente decidía despertarme. Y había veces en las que Thief me recostaba sobre un árbol donde había escrito sobre la corteza las palabras: «*Go Brách*».

Era irlandés. De eso estaba segura. Porque era mi lengua materna.

¿Tendría morriña de mi tierra natal? ¿Sería eso? ¿Y por ello mi mente inventaba un chico? ¡Dios mío, mi vida estaba llena de preguntas!

Entre los destellos del sol que se deslizaron por mi cama, alcé la mano atravesando la luz sobre mi anillo. Lo miré un rato con amargura para después desviar la mirada con incomodidad. Dispuesta a enfrentar mis miedos (una vez más), aparté las sábanas enredadas por mi cuerpo y con pasos decididos pasé hasta el vestidor decorado en caoba, arrodillándome ante el baúl marrón. Ya me faltaba el aire de solo mirarlo. Sin premura, me tomé mi tiempo en abrirlo. Esto no era nada fácil. Respiré hondo, calmándome, y lo abrí. En él se hallaba un vestido que sostuve en mis manos. Era el mismo vestido que el de mis sueños. No era una *alucinación*. Ahí estaba.

Una extraña sensación recorrió mi cuerpo estremeciéndome. Me quedé sin aire y en un ataque de pánico lo arrojé dentro del baúl como si me quemara, y me arrastré hacia atrás manteniendo una distancia mientras abrazaba mis piernas con los brazos.

Me estaba volviendo loca. Eso tenía que ser. Y sería posiblemente lo más

lógico. Dos años soñando con ese chico y ya no lo soportaba más. Como tampoco soporté los sueños hipnóticos en donde un especialista en esa materia intentaba traer de vuelta mi pasado. Sabía desde un principio que sería una pérdida de tiempo. Hasta que desesperada, le puse fin a las sesiones hacía cinco meses. No volver a esas sesiones fue lo mejor, no había alterado para nada el *curso* de mi vida. Y ni siquiera mis padres replicaron al respecto.

¿Pero qué sentido tenía el vestido en mis sueños? ¿Por qué mi mente lo introducía? ¿Y el anillo? Ese extraño anillo sobre mi dedo. Porque también aparecía algunas veces. No era un anillo común, nada común. Era un anillo *Claddagh*. Muy tradicional en Irlanda. Su procedencia era de allí. Y su uso más común era como alianza matrimonial. Seguí observándolo fascinada. El aro era de platino y tenía dos manos sosteniendo un corazón azul. Pero apostaba a que esa piedra en forma de corazón era un *zafiro*. Y que el coste del anillo no era nada barato.

Flor—un ama de llaves excepcional— fue la que me dio esa precisa información sobre el anillo. Pero no le dije que lo había hallado en el baúl junto con el vestido, solo le argumenté que al verlo en una joyería me había gustado mucho y que por eso acabé comprándolo.

Mordisqueé mi labio inferior, inquieta. ¿Era mío realmente? Si estaba entre mis cosas personales (al igual que el vestido) era mío, ¿no?

Como tradición llevaba siempre el anillo en la mano derecha con el corazón mirando hacia afuera. Esa era señal de que nadie había *ganado* mi corazón, de que no mantenía ninguna relación. Y a estas alturas con todo lo que llevaba encima... ¿qué hombre deseaba arriesgarse conmigo? Una vida carente de recuerdos era una vida vacía.

Recordaba que cinco meses atrás, en una espesa y oscura noche, soñé que Thief deslizaba el anillo en el dedo corazón de mi mano izquierda. Pero por desgracia, me desperté antes de que él hablara y no volví a soñar más con esa escena. Mis manos temblaron y comencé a gemir negando con la cabeza por la tortura a la que me sometían mis pensamientos.

¿Estuve prometida? ¿Salía con alguien? ¿Me dejó? ¿Lo dejé? ¿Fue un acuerdo mutuo?

Llevando mis manos a los oídos y haciendo presión, fui diciendo «no» sin



poder desprenderme de esta angustia que comía mi interior y se alimentaba de mi frágil debilidad. ¡No y mil veces no! Porque si yo hubiese estado prometida o saliendo con un chico él habría estado conmigo en el hospital hacía casi seis años atrás. No sé por qué me dolía aceptar lo sola que estaba.

*Thief* no existía. Era producto de mi imaginación. Y el vestido, y ese anillo que no dejaba de llevar desde hacía unos meses, no tenían relación con ese chico. Solo era mi mente turbada que manipulaba mis emociones. Tenía la respuesta delante de mis narices. Mi mente sabía que deseaba recordar mi *pasado*. Pero no podía, y por ello sacaba partido a cosas que tenía en mi poder muy personales —como el vestido o el anillo— y creaba en mis sueños a un hombre perfecto al que yo amaba y que me regalaba ese anillo como muestra de su *amor*.

¡Ja! Al fin había pillado a mi manipuladora mente. Fui mucho más lista que ella. Algo en mi mente no andaba bien. Era una realidad que aceptaba desde hacía casi seis años cuando los recuerdos no volvieron nunca a mí. Pero aunque supuestamente ese chico no fuese real, podía aplicarme esa frase *celta* famosa que dice: «*An neach nach cinn na chada, cha chinn e na dhuisg*». *Aquél que no descansa en su sueño, no descansa cuando despierta*.

*Thief* no me dejaba descansar ni de noche ni de día. A todas horas controlaba mis pensamientos; era una *adicta* pensando por qué soñaba con él.

Acariciando el anillo con un deje de tristeza, me propuse a enfrentar otro día más. Ya estaba acostumbrada a vivir una vida sin recuerdos. Desde hacía casi seis años que había vuelto a la *vida* y desde ese tiempo era otra Adalia ante los ojos de mis seres queridos que guardaban la esperanza de que un día volviera a mirarlos como en *antaño*. Yo esa esperanza la perdí cuando la realidad me golpeó como un látigo de fuego y supe que no volverían los recuerdos.

No reconocí a la chica que se reflejó en el espejo del vestidor. Ni siquiera podía identificarme, darme una *identidad* propia. Mis dedos trazaron mi rostro sin entender qué buscaba en realidad. ¿Quién era Adalia Knightley? Si la gente se lo preguntaba, yo también. Ni siquiera recordaba si me gustaba el color miel de mis ojos. O el color rubio de mi pelo ondulado. Al menos me gustaba como descendía sobre mis hombros y parte de la espalda.

¿Siempre me habría gustado llevar el pelo largo?

Suspiré con pesar y dolor cerrando un segundo los ojos. *Deja de autocastigarte, Adalia. Esto no te hace bien. Deja las preguntas. No obtendrás respuesta.* Pensé con firmeza.

Mi querida Flor decía que tenía unas facciones pequeñas y finas y la sonrisa más dulce de este mundo, y que aún mantenía esa *pureza e ingenuidad* que desprendía desde niña. Quería creerle, pero algo me lo impedía. Tal vez que mi *autoestima* estuviera por los suelos. O el hecho de no ver brillo en mis ojos, siempre estaban apagados.

Sacudí la cabeza intentando encontrar un *objetivo* en el que distraerme. Después de una ducha rápida comencé a vestirme para ir a trabajar. Nada que destacara y llamara demasiado la atención.

Sabía que si me ponía uno de esos tantos vestidos sexys que resaltaría mi esbelto cuerpo... llamaría mucho la atención. No era lo que buscaba. Entonces hoy tocaba llevar un pantalón que no resaltara tanto mis curvas femeninas y una blusa de seda dejando mi pelo rubio recogido. Pasar desapercibida era mi propósito. Y lo hacía desde que había vuelto de Canadá. Y aun así no había dado muchos resultados. Odiaba haber sido protagonista en muchas portadas de revistas, las que cínicamente resaltaban mi belleza. Y eso solo había generado que las mujeres me odiaran sin lógica alguna, y que los hombres tuvieran la *tendencia* de desear utilizarme para su beneficio. Entendía lo famoso que era mi padre Peter Knightley como diseñador de moda, ¿pero qué tenía yo que ver en todo eso? Bueno, tal vez que yo aceptara ser una de las ejecutivas de *Knightley* implicaba algo. ¿Pero la prensa amarillista no tenía a los de *Hollywood* para incordiarles a ellos? Uf. Había sido un año agotador.

Una vez lista, dejé caer una sonrisa ante el espejo. ¡Perfecto! Y me importaba muy poco quién dijera lo mal que vestía la hija de Peter Knightley. La verdad... las habladurías nunca me importaron.

Bajé a desayunar algo apresurada. Saludé a unos cuantos sirvientes que estaban haciendo sus quehaceres por la mansión y llegué a la cocina cogiendo un croissant y sirviéndome en una taza el café de siempre. De reojo miré el reloj. Eran casi las nueve de la mañana.

Recordé al instante el *e-mail* de mamá en mi iPhone. Lo leí por encima con

una sonrisa mientras bebía el café. Hoy al mediodía volvían de España. Todo había marchado bien allí. La colección de mujer para este verano de Knightley había causado furor entre el público femenino. Me alegraba ver como el trabajo por el que tanto había luchado mi padre triunfara y viera sus frutos.

Más apresurada todavía, dejé la taza de café y como todas las mañanas, cogí un paquetito de Kit Kat para devorarlo de camino a la empresa Knightley. Esa chocolatina era mi *adicción* suplementaria para todo el trabajoso día que tenía por delante. Pero para mí desgracia, no sabía si esa adicción me venía desde pequeña, porque no podía tan siquiera recordarlo. Solo por intuición sabía que me gustaba y mucho. Como también me gustaba todo lo relacionado con la medicina natural sin nada de químicos.

Extrañaba mucho a mi hermano pequeño, Max. Hacía casi quince días que no sabía de él. Al parecer estaba en una expedición arqueológica en no sé qué parte del mundo. Y esperaba nuevamente que no estuviera metido en problemas por culpa de su amigo arqueólogo; Sheppard.

—Creo que está un poco torcido... —oí la voz de Flor en el salón principal.

Llena de curiosidad, anduve hacia su voz y me atrapó el desconcierto al ver delante de ella a dos hombres colocando un gran cuadro encima de la chimenea de piedra. Flor les exigía que siguieran teniendo cuidado, que era muy valioso, haciendo gestos con sus manos al borde de un ataque de histeria porque al hombre más joven casi se le caía de la parte inferior. Me crucé de brazos sin entrar del todo al salón observando el paisaje del cuadro. No era un cuadro pintado, sino una fotografía enmarcada tan hermosa que me quedé embobada mirándola. En lo primero que me fijé fue en los grotescos y colosos acantilados que abarcaban una larga distancia. El matiz verde de la tierra que se fundía con un azul claro en el cielo hacía que la foto fuera más perfecta a los ojos de quién la observara. Vi a mis padres abrazados y sonrientes mirando a la supuesta cámara que los fotografiaba. ¿Quién habría pedido colgar este cuadro en el salón principal? Una ola de sensación inexplicable recorrió mi piel haciendo que frotara mis brazos por encima de la seda de la blusa al desear desprenderme rápidamente del malestar que me proporcionaba.

Los hombres terminaron de colocar bien el cuadro y Flor les dio las gracias

acompañándolos hasta la entrada sin notar mi presencia. Inexplicablemente, sentía una cierta familiarización con esos acantilados. ¿Dónde se encontrarían? Sonreí al ver a mis padres felices, se veían tan jovencitos.

—Señorita Adalia —se acercó hasta mi Flor, sonriéndome.

Flor estaba con nosotros (los Knightley) desde antes de que yo naciera. Estaba casada con Alfred, el mayordomo incondicional de mi padre. Flor se sentía orgullosa de su patria; Irlanda. Era un ama de llaves dulce, compasiva, aunque exigente con las sirvientas más jóvenes, porque según ella no estaban a lo que siempre tenían que estar. Le gustaba mucho recoger su pelo castaño oscuro en un moño, era bajita y algo regordeta. Y estaba muy segura de que rondaría los sesenta y cinco años, porque ella jamás revelaba su verdadera edad. Si mal no presentía, ella lo odiaba.

—¡Buenos días, Flor! —le saludé con otra sonrisa y volví mi mirada al cuadro.

Ella se puso a mi lado también observándolo en silencio pero sin dejar de sonreír.

—Nunca he visto este cuadro. ¿De dónde es?

—Esta foto es de Irlanda. Son los Acantilados de Moher, cielo. Tu padre hace una semana que me pidió que lo bajara de la buhardilla porque tu madre está echando de menos vuestra tierra natal.

—Mmm —logré decir.

Ojalá yo también pudiese echar de menos mi tierra, pero sin apenas recordar nada de ella, ¿cómo podría vincularme un sentimiento hacia Irlanda? Reprimí sentirme frágil y no me di cuenta de que apretaba con fuerza mis labios para no sentir dolor. Aun así, lo sentí.

—Irlanda —susurré.

—¿Has pensado en lo que te dije hace unos días?

Asentí. Flor me había recomendado que me tomara unas pequeñas (o largas según quisiera yo) vacaciones en Irlanda. Me dijo que debía volver a la tierra que me vio crecer durante veinte años, porque ella estaba segura de que me haría bien estar allí.

—No sé Flor, me asusta ir allí. No recuerdo nada.

—Pero yo estoy segura de que te hará bien. Creo que Irlanda es uno de esos destinos donde te marcan de por vida —dijo toda orgullosa.

—Pero Flor, tú sabes *mi historia*.

Sus ojos verdes me miraron afligidos.

—Desde que caíste en... —se detuvo porque no deseaba pronunciar esa palabra. La palabra que prohibí a todos que dijeran—, desde ese día. La sangre irlandesa que corre por tus venas ha hecho que estés conectada con tus orígenes. Irlanda te llama y debes ir a ella. Es como si faltara de encajarse la última pieza de un puzzle. Creo que algo dentro de ti no está en paz contigo si no haces ese viaje.

Tenía razón. Aunque no quisiera reconocerlo, cada día que pasaba Irlanda me llamaba de una manera abrumadora y especial. Y no entendía por qué.

—Creo y esto es desde mi punto de vista, que debiste hacerlo desde el primer momento.

—Eso es lo que negó el Dr. Robertson. Que solo me haría más daño si volvía allí.

Ella bufó un suspiro.

—¿Y cuántas veces se han equivocado los médicos? Innumerables veces. Piénsalo mi niña. ¿Deseas desayunar en el salón?

—No, ya tomé algo rápido en la cocina.

Hizo un mohín con la nariz bajo una cálida sonrisa.

—¿Puedo darte la bendición de siempre? Aunque sea cortita.

No pude evitar sonreírle. Adoraba sus bendiciones. Me producía un bienestar en mi interior que me dejaba una cálida sensación para el largo día que tenía por delante. Le encantaba darme la tradicional bendición irlandesa.

Asentí volviéndome del todo a ella.

Sus cálidas manos se posaron sobre las mías y cerré los ojos.

—*Que el camino venga a tu encuentro. Que el viento sople siempre en tu espalda. Que el sol te caliente la cara. Que la lluvia caiga con suavidad*

*sobre tus campos. Y hasta que volvamos a encontrarnos, que Dios te sostenga en la palma de su mano.*

Siempre caía emocionada por cómo salía cada palabra de sus labios. Flor tenía ese *don* para dar esa bendición. Me besó en la mejilla con una ternura maternal.

—Ten un buen día, mi niña.

La abracé sintiendo su cariño y remordiéndome otra vez no poder recordarla. Así como Alfred, el mayordomo. Ellos dos eran parte de la familia. Y lamentablemente aunque habían pasado ya casi seis años desde el *accidente*. Para mí eran extraños que me amaban, que me protegían, pero que no guardaba ni el más mínimo detalle en mi memoria de ellos. Salvo en los seis años posteriores a mi fortuito accidente en los que les había ido conociendo a todos.

Llegando al recibidor, una de las sirvientas me hizo una reverencia y me tendió el periódico cerca de la puerta principal. Se lo agradecí en un gesto pero su cara alterada ya me lo decía todo. Rodolfo había cumplido con su *amenaza*. ¡Qué bien! De momento no lo leería. Salí de casa y me dirigí hacia el garaje, el chófer que se hallaba en la entrada limpiando la limusina me indicó en un gesto si deseaba que me llevara y le negué con la cabeza que no lo necesitaba. Me apetecía conducir como de costumbre hacía de lunes a viernes, veía innecesario que los Knightley tuviésemos dos chóferes, si cada uno de los miembros de la familia poseía su propio coche. La riqueza hacía que se derrochara en cualquier tontería de ese *calibre*. Apreté el botón del pequeño mando de mis manos y la puerta metálica se abrió. El sol refulgía con intensidad, hacía 23 grados y pronto entraría el mes de Marzo. Un mes *nefasto* para mí. Oí como mis tacones golpeaban el mármol del suelo hasta que visualicé mi BMW de color rojo entre los más de seis coches de lujo que se hallaban dentro del garaje. Entré en mi coche y puse rumbo hacia la empresa de papá.

Atravesando una avenida despejada y tarareando una canción de Katy Perry que sonaba en la radio, vi el semáforo en verde y me despreocupé pensando que me daría tiempo para cruzar... lo que no me esperé fue que en ese intermedio de tiempo, saltara al color rojo en menos de un segundo. Actué por impulso, frené de golpe oyendo chirriar las ruedas del coche y soltando un

grito de pánico, cuando amortiguó al mismo tiempo mi cuerpo contra el cinturón de seguridad. El coche de atrás me pitó frenando en seco al ser yo tan imprudente. Apreté las manos en el volante respirando con suavidad para relajar mi corazón mientras la música no dejaba de sonar. ¡Maldita mi suerte! De todos los semáforos de Los Ángeles, éste tenía que estar estropeado. Podía jurar haberlo visto en verde, aunque ya me asaltaban las dudas. ¿Y no se suponía que tendría que haberse puesto en ámbar? Hoy con este suceso, mi día me estaba previniendo que no iba a ser del todo agradable. Apagué la radio aun sintiéndome alterada por el suceso. Apoyé el codo en el bordillo de la ventanilla y me acomodé en el asiento, esperando, distrayéndome un enorme cartel de publicidad establecido a unos metros de mí que iba sobre la cirugía estética.

Hice una mueca.

Ni loca me tocaría nada de mi cuerpo, llegaría a vieja con todas y cada una de mis imperfecciones. Mirando distraída por el retrovisor, mis ojos observaron a una persona inclinada hacia delante pasando por cada coche que había detrás de mí. Parecía pedir limosna. Negué con la cabeza sintiendo una enorme tristeza, porque veía que nadie le daba nada, incluso subían las ventanillas para que no los tocara. Sus ropas de color negro aparentaban desgastadas y sucias. No logré ver su rostro porque parecía llevar un pañuelo gris tapando en gran parte sus facciones. Pronto llegaría a mí, por lo que esperé, y no sería tan ruin de subir la ventanilla e ignorar a esa persona necesitada.

La oí venir arrastrando los pies como si le pesaran.

—Una moneda por favor. Tengo hambre.

Su mano se abrió pero sin apenas tocar el coche, teniendo la cabeza agachada. Me fijé en sus mugrientas manos, y distinguí por el tono de su voz que era una mujer. Giré mi cabeza cogiendo el bolso y saqué mi monedero, mis dedos tantearon un billete de veinte pero me animé a sacar uno de cincuenta. La pobre mujer en toda la fila de coches no había recibido un mísero dólar. Y por supuesto a mí me sobraba demasiado el dinero. Al menos esa mujer hoy tendría para comer.

Le extendí el dinero haciendo que lo rozara solo sus dedos, pero no cogió

el billete.

—Bondad —susurró lentamente.

—¿Cómo dice? —me distrajo su tono.

Sus manos se agarraron a mis brazos asustándome y su pañuelo gris cayó hacia atrás de modo que pude al fin ver su rostro. Me quedé perpleja ante lo joven que era para estar mendigando. Estaba agarrándome con fuerza y mirando mis brazos. Supe en que se fijaba con tanta atención.

Sus ojos de un verde esmeralda me miraron con profundidad.

—Lo siento, no es un destino que hayas elegido por ti misma. Fueron años de un padecimiento en el que estás sola y nadie puede comprenderte. Y aún sigues padeciendo. Solo que ahora has creado un escudo para que nadie lo vea.

Parpadeé repetidas veces sin salir del asombro.

—¿Qué?

—El camino de tu vida está torcido, muy torcido. El árbol de tu vida se está secando. Tus ojos aún reflejan el dolor que padeces, Adalia.

La miré con permanencia. ¿Cómo demonios sabía mi nombre? ¿Quién era esta chica?

Su cabello marrón chocolate atado en un moño medio desecho detonaba que no se lo había tocado en uno o dos días (o eso quería hacer creer), pude calcular por sus facciones que tenía casi mi misma edad. Sus ojos tranquilos no dejaron de mirarme. Lo comprendí rápido. Era una *vidente*. ¿Y qué hacía mendigando de esta manera? Lo que me faltaba en este pesado día. Que una chalada me dijera todo lo que no deseaba.

Aparté mis brazos, incómoda de que me hubiera visto eso. Una persona ya tenía que fijarse muy bien para observarlas. Miré hacia delante y aún el semáforo estaba en rojo. ¡Maldita sea!

Siendo algo reacia le extendí de nuevo el billete.

—Por favor, di lo que tengas que decirme, coge el dinero y márchate. Por favor.



Una de sus manos apartó la mía con el billete dejándola sobre mi regazo.

—No quiero tu dinero.

Suspiré.

—Entiendo que te ganes la vida adivinando el futuro, pero eso no va conmigo. ¿Vas a decirme mi edad? ¿O me vas a leer las líneas de mi mano para ver mi futuro?

Esa mujer torció una sonrisa sin poder interpretarla. Hizo un gesto y entendí que deseaba que mostrara la palma de mi mano sobre la suya. Suspiré resignada. Cuanto antes me dijera todo lo que deseaba, porque ese era su *oficio*, más antes se iría.

Se la di. Ella se fijó con seriedad en las líneas, las escrutó, parecía estudiarlas con determinación. Frunció el ceño un momento y repasó con su dedo una línea sintiendo un hormigueo.

—No... en las líneas de nuestras manos se muestra el pasado y el presente, es demasiado difícil poder visualizar el futuro. Esta línea de arriba y que descruza y hace dos caminos... significa que tu corazón ha amado dos veces a través de los tiempos. La línea de tu vida lo dice. Has vivido dos vidas contando con la actual. Tienes dos direcciones muy marcadas.

No supe qué decirle. Hasta pensé que esto era una broma macabra de mi hermano Max. Pero me retracté de mis pensamientos porque hacía demasiados días que no le veía. Y no creía que se tomara la molestia de enviarme a una mujer para gastarme una broma. Eso le costaría dinero lo primero y lo segundo que lo mataría a golpes por ser tan capullo.

Su mirada *esmeralda* me estremeció y me removí en mi asiento. Me maldije por dentro. ¿Y si me sacaba una navaja y me pedía todo el dinero? Podía ser esa su estratagema, hacerse pasar por una vidente pero en realidad era una ladrona muy bien elaborada.

Joder, nunca en mi vida había deseado tanto que apareciera el color verde en un semáforo.

—Adalia, ¿crees en la reencarnación?, ¿en el destino?, ¿en Dios?

Lo pensé durante unos segundos buscando mi propia sinceridad.

—Creo solo en mi presente —en parte le mentí para que se marchara de una vez.

—Él te hacía un bien en tu pasado. Y no me refiero a tu anterior vida.

Volví a mirarla sintiéndome abrumada por sus palabras.

—¿Cómo dices?

Sus cejas negras pero muy bien cuidadas se arquearon con una expresión seria.

—El chico de tus sueños. El que te persigue cada noche, como la luna desea innumerables veces perseguir su amor platónico, el sol. Y jamás lo verá porque no están destinados a estar juntos. Pero ese chico no cejará en su búsqueda hasta encontrarte y desafiar los límites de la vida.

La sangre se me congeló y comencé a ponerme nerviosa mirando al frente.

—No te conozco —fui poniéndome más nerviosa por sus extrañas palabras —, y no sé qué broma macabra es ésta, pero por favor márchate ahora mismo. Por favor.

—No te estoy gastando una broma. Es lo que el alma de tu mirada me dice. Lo que el viento me dice.

Puse los ojos en blanco.

—¿Ahora el viento es el destino? —dije con un tono incrédulo apoyando una mano en el volante intentando parecer relajada.

—No subestimes los ecos del viento traen tras de sí lo que aún no está escrito.

Me dio un escalofrío su forma de decirlo, como si fuera cierto. ¿Quién demonios era esta chica?

—Pero en estos tiempos ahora es distinto —cerraba los ojos como si lo presintiera—, hay rabia, hay dolor, hay dudas... hay oscuridad. Sus cicatrices no se curan por más que pase el tiempo. Siento un dulce y amargo engaño del que la persona difícilmente puede desprenderse.

¿De qué hablaba? Me estaba poniendo nerviosa y me estaba tentando a que arrancara el coche aun cuando eso era un delito, porque el semáforo seguía en

rojo.

Ella amargó su rostro como si sintiera algo. Actuaba muy bien, eso debía reconocérselo.

—Ya viene. Nadie lo detendrá. Pero veo dos hombres. No puedo ver sus rostros. Aunque también veo protección en tu camino... sí, esa fuerza tan colosal llena de sentimientos. Hace tiempo que no la percibía. Quédate a su lado porque te protegerá de cualquier mal que te aceche.

¿De quién hablaba? ¿Quién se acercaba? ¿Veía dos hombres? ¿Estaba usando un lenguaje metafórico o algo así?

Asomó una media sonrisa que hizo que me inclinara más lejos de ella por temor. Y el pitido del coche que tenía detrás me hizo sobresaltarme dando un pequeño grito y echando un vistazo hacia atrás, haciéndole un gesto de que ya me movía aunque el semáforo... lo miré y estaba verde. Me quedé quieta un segundo más.

—Yo...

Volví mi mirada hacia la chica y no estaba. Asomé mi cabeza fuera del coche y no la vi por ningún lado. Eso me asustó. Aunque también pensé que en mi distracción pudo haberse escabullido agazapada entre los coches de atrás. Eso era. Eso había hecho. No había otra explicación. Ahora mismo se estaría riendo de mí por ser tan tonta de creerla. Otro pitido más largo y que percibí con más rabia me sacó de mis pensamientos. Y soltando un largo suspiro, avancé con prevención por la calle.

*¿Qué falta hoy, que rompa un cristal y me caigan siete años de mala suerte?... Oh, venga destino mío, mándame una señal para que pueda impedirlo. Pensé irónica.*

Pero las palabras de esa extraña chica me dejaron tocada, no podía quitármelas de la mente, porque había removido cosas de un pasado que no quería recordar. No lo aguanté por mucho tiempo y detuve el coche a un lado de la carretera al faltarme el aire. Apreté con fuerza el volante. Y comenzaron esos recuerdos dolorosos, los que seguían clavados en mi *corazón*.

Cuando desperté del coma, cuando todos para mí eran unos extraños, cuando solo en ese instante sabía mi nombre y nada más, cuando semanas

después me dio un brote de histeria porque seguía sin saber nada de mi vida. Sollocé mirando las pequeñas cicatrices en mis brazos. ¿Por qué esa mujer tuvo que hablarme de mi vida? Rocé las cicatrices blanquecinas con las yemas de los dedos recordando mi histeria en ese *oscuro* día.

—¡¡Quiero recordar!!—grité dejándome la voz hasta quedarme afónica.

*Me doblé en el suelo al sentirme frágil, desorientada. Oí golpes en la puerta, me pedían que la abriera pero los ignoré. Hacía más de una hora que me había encerrado en mi habitación al poderme la presión de otro día. Necesitaba hacer desaparecer el dolor de mi pecho, nadie podía comprender como me sentía. Hacía dos meses que había salido del hospital y seguía como ese día. Muerta en vida. Aparentando algo que no era. Me llevé las manos a la cabeza respirando agitada, desvariando y sollozando descontrolada, al ver una silla, la estampé contra un cristal mientras gritaba y dejaba que el dolor escapara de mí, pero volvió a los pocos segundos, se metió en mi interior y se regocijó por volver y hacerme daño. Escuché como fuera hablaban de tumbar la puerta.*

—¡¿Por qué no puedo?! ¡¿Por qué!! ¡Por qué! Ni siquiera sé quién soy— aferré mi cabello con fuerza con mis manos no sintiendo nada—. ¡¿Quién soy!!

*Grité haciéndome daño esta vez.*

—¡Por qué no puedo recordar! ¡¿Por qué no visualizo los recuerdos?! ¡Por qué!

*Vagué sin control por la habitación hasta que pisé los cristales sin darme cuenta y me hice daño, gemí sintiendo el dolor en la planta del pie ese escaso segundo. Trastornada, miré el suelo y vi varios cristales esparcidos de distinto tamaño... y comencé a respirar entrecortadamente emanando la furia por mis venas. Necesitaba seguir apagando el dolor que corrompía mi pecho. Con el aspecto de una muerta viviente, decidí coger otra silla con la mala fortuna de que resbalé clavándome algunos cristales en los brazos cuando caí al suelo. Lo más curioso, es que no grité de dolor, seguí sollozando un buen rato sin apenas moverme, intentando encontrar algo de esperanza para mí.*

*Pero no la había.*

*Mientras me levantaba, las gotas de sangre se deslizaron por mis antebrazos cayendo al suelo y al poco tiempo me sentí mareada, eran pequeños cortes pero no dejaban de sangrar.*

*—Adalia, por favor amiga abre la puerta.*

*Era Carla. Reconocí su voz. Parpadeé ida. No entendía que hacía aquí.*

*—Carla, márchate.*

*—No lo haré. Adalia, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.*

*—Apenas me conoces. No sabes nada de mí —me ardía el pecho por el dolor—. No puedo vivir así. Estoy perdida.*

*—Todos en la vida, en nuestra travesía, nos sentimos perdidos y siempre encontramos finalmente el camino. Tarde o temprano encontramos la luz. Adalia, ábreme la puerta. ¿Recuerdas lo que me prometiste en la fiesta? Que seríamos amigas para siempre. Que nada nos haría decaer.*

*Reí amargamente.*

*—¿Cómo puedes considerarme tu amiga si apenas nos conocemos?*

*—No hace falta conocer a la otra persona tan profundamente cuando ésta te entrega su confianza sin miedo a perder nada. Y tú, Adalia, confiaste en mí ese día contándome todo. Ahora confía en mí. Abre la puerta, amiga. No deseo que te ocurra nada malo.*

*No pude contestarlo. Grité, porque la sensación de estar perdida retornó a trastornar mi mente, me llevé las manos a la cabeza porque dejaba de sentirme viva a cada segundo que transcurría. Al moverme, mis pies se trabaron sintiendo las náuseas retorcerse en mi estómago, caí contra el suelo otra vez y antes de quedarme inconsciente mis oídos percibieron como tumbaron la puerta.*

Las lágrimas se desbordaron de mis ojos y los apreté con fuerza. Las cicatrices en los antebrazos siempre me recordarán ese día. Fue en un momento de debilidad, un día lleno de oscuridad donde no pude ver la luz. Apoyé mis brazos sobre el volante comenzando a gimotear y dejando mi

cabeza contra mis brazos.

El mes de *marzo* era una fecha dolorosa para mí. Porque el día 11, caí en coma. El día de mi cumpleaños. A veces no soportaba esa palabra, era demasiado oscura y fría, y prefería decir que estuve en un estado de *Sueño Profundo*. Me alegaron que fue a causa de un accidente por las escaleras, pero mi destino macabro no tuvo suficiente con las escaleras de modo que atravesé un cristal cayendo unos diez metros de altura. Según los médicos fue un milagro que mi corazón siguiera latiendo, pero había caído en un inevitable coma. No veían una esperanza de que despertara; eso era lo que les decían a mis padres cada día. Hasta que un 11 de abril algo me hizo despertar del Sueño Profundo. El día que desperté, unos minutos antes, mi corazón se detuvo e intentaron reanimarme por más de diez minutos. Para ellos fue otro *milagro* que dentro de esos diez minutos mi corazón latiera y que por fin abriera los ojos... para mí en cambio fue una *maldición* despertar.

Me reí con melancolía.

Tenía gracia pensar en *maldiciones*. Esa vidente tenía razón, nadie podía meterse en mi piel y sentir lo que yo sentía ahora. Mirarme en un espejo y verme como una *desconocida*. Ese día en el que desperté, una parte de mí murió. Pero pagué un *precio* por volver a la vida. Mis recuerdos y mi vida entera a cambio de vivir. Robertson, un médico neurólogo, en los primeros días de mi despertar, me afirmó que pronto recordaría y que intentara tranquilizarme llevando una vida normal, porque el estrés solo aumentaría que los recuerdos se bloquearan. Pero los días pasaban, las semanas eran interminables y me cansaba hasta sentir el agotamiento... al ir demasiado al hospital después de una larga sesión de pruebas que no me llevaban hacia la *verdad* de por qué no podía recordar. Hasta que llegó el día en el que me explicaron que padecía *Amnesia*, asociada más con la Amnesia retrógrada.

Noté el sabor amargo de las lágrimas sobre mis labios.

Aún recordaba esa sala llena de médicos que parloteaban sin parar y como mi madre me apretaba la mano por debajo de la mesa de roble, y Robertson, con quien había tratado más mirándome con un deje de lástima. Porque sabía que vida me tocaría vivir.

Asumieron que el golpe que me di en la cabeza había provocado una lesión

en mi cerebro irreparable borrando así mis recuerdos, pero no mis *habilidades* aprendidas a lo largo de mi vida. Ese día sentí como el mundo giraba y giraba a mí alrededor sin poder detenerlo, y me abandoné en el abismo de dolor que me estaba esperando desde hacía tiempo. Pasé tres meses en un infierno y en ese tiempo le prohibí a mi familia hablarme de mi *pasado* y que me contaran sobre mi vida. Una vez lo intentaron y casi volvió a darme otro brote de histeria. Cada día que pasaba miraba el rostro de mi madre e intentaba por todos los medios recordar algo de ella, con la esperanza de poder hacerlo por mí misma. Y desecha por ser un *despojo* humano, me derrumbaba en mi cama hasta agotar mis fuerzas de tanto llorar y caer rendida en los brazos de Morfeo.

Pero hasta en el infierno más cruel se podía hallar una mínima luz, y eso fue para mí Carla. Mi amiga del alma. Un hombro en el que llorar y desahogar mis pesares. Una *guerrera* inigualable. Y mientras más deseaba alejarme de mis seres queridos porque los días pasaban y no había indicios de que recordara nada... hubo una persona que se escondía tras el *anonimato* que me alegaba que yo estaba *maldita*. En *cuatro* escuetas cartas me lo resumía. Eso fue lo último que necesité para sentirme *desestabilizada* de mis pensamientos y que decidiera alejarme de todo. Carla y yo pusimos rumbo hacia Canadá durante casi cinco años. Y en esos años solo recordé tres insignificantes cosas: Que mi color preferido era el *zafiro*. Que era una aficionada a los remedios naturales *curativos*. Y que tenía una cierta adoración al *tigre*.

Después de esos *recuerdos*, no volvieron más a mi mente.

# Un héroe. Un fuerte sentimiento

## Periódico The Secret

Redacción: *Rodolfo Wilson* (periodista)

La excelentísima Adalia Knightley siempre se sentirá superior a cada hombre que pasa por su lado. No comprende que los años pasarán por ella y que cuando al fin se mire en el espejo, se verá vieja y arrugada... pero en el lamento de su corazón por encontrarse sola. Es una mojígata sin recursos que se vale de su cara bonita. Una insulsa sin corazón que cree que por tener poder y dinero puede pisotear al género masculino. Estimados hombres de este inmenso planeta, aléjense de Adalia Knightley sino quieren meterse en problemas. Pero la pregunta que no deja de darme vueltas en la cabeza es...  
¿Por qué Adalia rechaza a cada hombre que pasa a su lado?

Antes de salir de mi BMW sostuve ese periódico entre mis manos.

Quise creer que no lo había hecho, pero así fue. Ese artículo en el periódico The Secret daría mucho de qué hablar conmigo en Los Ángeles. Otra vez siendo la comodilla de todos. Pero una parte de mí no le importaba. *Oh, vaya.* Arqueé las cejas sin expresión sorpresiva. ¿Yo era una mojígata y una insulsa? ¿Cómo lo sabía si ni siquiera habíamos salido? ¿O tal vez se había dejado influenciar por la enorme bofetada que le di en un selecto club de ricos, cuando interrumpió la noche de chicas que siempre hacíamos Carla y yo los viernes? Sí, claramente fue eso. Yo con amabilidad le decía que no quería salir con él, pero él insistía y yo me negaba, él volvía a insistir e irritada le volvía a decir que no. Hasta que me dijo cansado y crispado que Liam hizo bien en escribir ese tweet sobre mí del que había pasado ya casi un año. Me levanté de mi asiento con una sonrisa falsa, y sin esperarlo Rodolfo, le crucé la cara delante de unas cien personas si mal no recordaba. No fui trending topic en twitter, pero en cuanto resonó la bofetada, los murmullos de las personas que estaban más cerca de nosotros se perdieron más allá del club. Él me asesinó con la mirada y me juró que pronto yo y mi carácter, saldríamos en las primeras páginas del The Secret al trabajar él en ese periódico exclusivo.



Y esto que redactó sobre mí, era porque le había herido ese *famoso* orgullo masculino que tenía el hombre cuando era humillado. Si Rodolfo creía que con esto yo me escondería, estaba equivocado. Como en anteriores veces, no iba hacer nada. A veces el arma más poderosa y mortífera era la ignorancia. Sé lo que había buscado en mi Rodolfo, al igual que Liam, Barry y el susceptible de Eduardo. Ser famosos y ricos de por vida. ¿Qué cómo lo sabía? Porque me lo dejaron ver entre *líneas* cada vez que tenía que toparme con alguno de esos cuatro miserables.

Rodolfo sabía que era famosa gracias a mi padre y por eso me atacaba de cara al público. Pero no había más placer que esperar que el *karma* le diera su merecido. Porque lo haría.

¿No había ni un maldito hombre en esta vida que me quisiera por mí misma y no por lo que tenía? ¿Por qué no podían verme por encima de mi dinero y la fama? ¿Cómo iba a confiar en un hombre si todos me buscaban para un propósito? A los cuatro los puse en su lugar, y creo que la única bofetada que se grabó y circuló mucho por *YouTube* fue la que le propicié a Barry. Un actor que caía en picado su popularidad y necesitaba de alguien más famoso para que siguieran hablando de él. Muy patético. Gracias a Liam ex modelo de Knightley, fui trending topic durante 24 horas. Su tweet fue: *Adalia Knightley es una calientabraguetas*. Se formó la guerra en twitter entre bandos que me defendían y otros que apoyaban a ese miserable.

Eso le costó que siguiera trabajando en Knightley. Borró su tweet dos horas después de publicarlo, pero fue demasiado tarde. Papá hecho una furia, lo despidió y un día en el que nadie esperaba nada, desapareció de Los Ángeles. Algunos comentaron que se había marchado a su tierra natal, Irlanda, para empezar de nuevo. Pero ni siquiera tuvo la vergüenza de pedirme perdón.

Y de Eduardo... Humm ni siquiera me acordaba que intentó conmigo para ser *famoso*.

¿Acaso tenía un cartel lumínico en la frente que ponía: *podéis utilizarme no tengo dignidad?* Por culpa de ellos era la comidilla de las portadas de la prensa amarillista. Siempre con títulos como: “*Adalia le repelan los hombres*”. “*La dulce e inocente Adalia, ¿será virgen?*” “*¿Qué habrá hecho durante más de cuatro años alejada de sus seres queridos?*”

¡Cuánto deseaba otra vez alejarme de aquí! Mi ser me lo pedía a gritos. Al principio si me afectaban todas las habladurías de la gente maliciosa. Luego me creé un *escudo* que podía aplacar al menos la mayoría de las palabras hirientes que iban dirigidas hacia mí.

A dos manzanas de la empresa me llegó un aviso del portero de Knightley.

**César Riviera 27 de Febrero 09:12**

*Señorita Knightley. Los paparazzi vuelven a estar en la entrada de la empresa y junto al parking. Le sugiero, sino desea que la incordien, que tome la parte posterior de Knightley. Buenos días.*

Mis ojos echaron chispas. ¿Otra vez los paparazzi? ¡Pero qué querían! ¿Más fotos de mí para una gran exclusiva para las revistas? Buitres carroñeros sin corazón. De nuevo tenía que coger la entrada posterior a la empresa. Ya parecía mi entrada *habitual* para acceder a Knightley.

Sin más remedio di una vuelta y aparqué un poco lejos, en el mismo aparcamiento que tenía frente a éste una tienda de helados. Bajé del coche alisándome la blusa con la mano.

Inspiré aire caminando sobre los tacones negros para cruzar la calle si ver demasiado tráfico. *Ahí está.* Pensé nerviosa nada más caminar por esa acera. Fruncí los labios reprimiendo que me agobiara que el mismo chico se me acercara siempre cada vez que aparcaba en ese aparcamiento.

—¿Quiere pasar una noche inolvidable?

Volvió a ofrecerme «como siempre» un chico con una gorra negra y un fajo de propaganda del exclusivo *Club Seducción*. Desde que residía en Los Ángeles ese club privado ya existía. Y estaba a unos cien metros de la empresa.

—No, gracias, y le vuelvo a repetir como la última vez que deje de insistirme en ofrecerme a hombres para que les pague.

—Señorita, creo que usted más que nadie necesita este tipo de servicios — me dijo con tono incrédulo y sonriendo, pero sé que deseaba reírse mientras me lo decía.

Mis manos automáticamente desearon estrangularlo, pegarle una enorme bofetada que resonara más allá de esta calle o darle una patada en la entrepierna y dejarlo jodido porque su estúpida sonrisa soberbia me lo estaba pidiendo a gritos. Suspiré aparentando educada y con clase. Sé que había leído *The Secret* y que me estaba tomando el pelo o bien se burlaba de mí por creer que lo que redactó Rodolfo era verdad.

—¿Por qué no le dice a su jefe que se traslade a otra parte?

Señalé indignada el cartel de luces rojas enormes (ahora pagado), que por la noche iluminaba la calle entera.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Señorita, yo solo hago mi trabajo.

Y se dio la vuelta al ver otra mujer pasar, ofreciéndole lo mismo que me había ofrecido a mí con exclusividad. Negué con la cabeza. ¿Qué mujer pagaría por *placer*? Se me erizó el vello de solo pensar en esa palabra. *Placer*. Froté mis brazos intentando seguir caminando. Según había oído de algunas empleadas de Knightley, este era un club de gigolós, los mejores de Los Ángeles. «*Tan discretos como atractivos. Pasarás la mejor noche de tu vida. Y querrás más.*» Eso era lo que ponía en el folleto. ¡Ja! Yo me reía de ese «*más*». Me quedé mirando un momento la puerta negra y sacudí todos mis pensamientos acerca de ese club.

Antes de entrar a la empresa me di mi tiempo para tomarlo todo con calma, mirando el edificio gris de quince plantas y de arquitectura moderna. Suspiré aliviada cuando al fin entré a la empresa. Pasé con algo más de prisa por el ancho vestíbulo decorado en mármol, subí unas pocas escaleras y continué por un largo pasillo blanco llegando a la entrada principal de Knightley, fijándome por las grandes cristaleras que afuera había unos veinte paparazzi preparados con sus cámaras. Entrecerré un segundo los ojos, irritada. Saludé con un gesto a César, el portero, enseñándole mi tarjeta que colgaba de mi cuello; un movimiento innecesario porque era la hija del jefe, pero seguía el *protocolo* que hacía cada empleado de esta empresa, porque yo también lo era. Él elevó una leve sonrisa amable haciendo un gesto con la cabeza.

—Señorita Knightley.

—Hola, César. Hazme un favor y llama a los de seguridad para que echen a

esas escorias de aquí —hice un ademán antipático hacia los paparazzi.

—Como mande, señorita —hizo un leve gesto de cabeza.

Pasando por otro enorme vestíbulo llegué hasta el ascensor, entré y pulsé la planta quince. Mi padre Peter era el dueño de la empresa de moda *Knightley*. Entraba entre las cinco mejores del mercado nacional como internacional. En Estados Unidos la empresa Knightley era reclamada por muchos famosos de Hollywood, alegando la sencillez, la elegancia y la originalidad con la que se diseñaban los trajes.

Me entristecía mucho cada vez que me ponía a pensar que no recordaba nada de mi *infancia* y mi *adolescencia*. Pero me acostumbré con el tiempo. Pensé en Flor y en su *consejo*. Ese viaje a Irlanda. Mi tierra natal. ¿Pero yo sola?

—Cada vez me está resultando más apetecible irme a Irlanda —reconocí a la misma vez que las puertas se abrían y entraba un hombre trajeado, mirándome raro de haberme pillado hablando en alto.

Pero bajó enseguida la mirada al ver quién era. En parte daba gracias de que fuese la hija del jefe, y que todos me respetaran debidamente en la empresa. Pero tampoco era una loba, no me consideraba una víbora sin corazón, aunque muchos pensarán que sí, por las habladurías.

Antes de salir y dirigirme a mi despacho para ponerme a trabajar con la nueva temporada de ropa, una mano me agarró imprevistamente tirándome hacia su cuerpo.

—¡Has visto esto! —me reclamó con voz cabreada poniéndome el periódico *The Secret* en las narices.

Esboqué una sonrisa. Mi amiga Carla me miraba echando fuego. Su gesto de golpear impaciente el suelo con el zapato, me recordó a cuando la conocí por primera vez.

*No encontraba paz en mí.*

*Y en esta fiesta rodeada de tantos desconocidos me estaba agobiando. Deseaba que nos marcháramos de una vez. Y los minutos se me hacían eternos. Vi que a mi lado se sentaba una chica. Ni siquiera me digné a*

*saludarla, y sé que era una falta de respeto pero desde el infierno en el que vivía todo me daba igual. Ella también parecía escapar de algo y me llamaba la atención que no dejara de golpear con uno de sus zapatos el suelo. Mis ojos no dejaron de brillar por las lágrimas contenidas. Haber despertado del Sueño Profundo me tenía descolocada. ¿Cuál era mi parte en el mundo? ¿Adónde quise ir la última vez? ¿Quién era yo? Eran de esas tantas preguntas que me hacía a diario.*

*La chica que vestía un vestido violeta se cruzó de brazos haciendo que nuestros brazos se chocaran, y produciendo que despertara de mis pensamientos y la mirara con un ceño fruncido, ella me miró con rapidez.*

*—Uh... lo siento —se disculpó en un susurro.*

*Me encogí de hombros sin darle importancia volviendo mi atención hacia los invitados. Qué envidia me daban ellos, recordaban su pasado. Lo que hicieron hace un año, incluso más allá de una década. Y yo... ni siquiera podía mantener el vivo recuerdo de mi infancia.*

*Una lágrima se escapó por mis mejillas y la hice desaparecer al instante con mi mano. Mi madre hablaba muy amena con unas mujeres que vestían como si esto fuera un carnaval. Con tantos brillos parecían las luces de Navidad. Esta era una despampanante fiesta hecha por el gobernador Cameron Milton. Y a la que mis padres estaban oficialmente invitados. Yo no quería ir, pero mis padres no estaban muy seguros de dejarme sola, aparte de que los médicos les aconsejaron que saliera más de casa. Hacía casi dos meses que había despertado. Y aquí estaba, en una pomposa fiesta para millonarios.*

*—Asco de fiesta —murmuró la chica de mi lado.*

*—Amén a eso —solté sin más.*

*Ella se carcajeó volviéndose hacia mí.*

*—¡Gracias! Me alegra saber que no soy la única a la que no le gustan este tipo de fiestas.*

*—Yo estoy aquí obligada.*

*—Bienvenida al club. ¿Ves a ese hombre? —Señaló uno que estaba al lado de mi padre—. Es mi padre, Cameron Milton. El estrenado gobernador*

*de California.*

*—No me gusta la política.*

*Y algo se quebró en mi interior marchitándose. ¿Cómo sabía que no me gustaba la política sino lo recordaba?*

*—A mí tampoco. Me da repelús. Pero ya ves, aquí estoy, porque mi poderoso padre es el excelentísimo gobernador.*

*Se rio sola porque yo no estaba con ánimos de alegría. Nadie había podido arrancarme una sonrisa desde que había vuelto a la vida. Se rascó la nuca con disimulo al sentir que no tenía ánimos de nada. Todo el que me mirara, podía ver que mi cuerpo estaba vivo pero la luz de mis ojos estaba apagada.*

*—Soy Carla —extendió con timidez una mano.*

*—Yo Adalia.*

*Le estreché la mano y nos miramos a los ojos. Y en su mirada encontré algo. Una tenue desolación que abarcaba un abismo de dolor. Fruncí el ceño mientras navegaba por sus ojos descubriendo la tristeza perpetua.*

*Ella tragó saliva algo asustada de que nos miráramos de ese modo, sosteniendo con más fuerza su copa de champán. Como si ella pudiera ver todo mi dolor, y yo el suyo.*

*—Hace poco que un hombre me destrozó el corazón y no me he recuperado. Y ahora estoy comprometida a un hombre al que no amo —soltó de golpe con un deje amargo. Quitó su mano de la mía suspirando y sacudiendo la cabeza algo aturdida—. No sé por qué te lo he dicho.*

*—Yo hace casi dos meses que salí del coma y no puedo recuperar mis recuerdos. Nunca volverán.*

*Carla se quedó boquiabierta sin parpadear.*

*—Joder, chica —extendió su copa hacia mí—, tu historia supera la mía. Toma, lo necesitas más que yo.*

*Le cogí la copa agradeciéndoselo en un gesto. Llevé la copa a mis labios tragando de golpe el champán, pasando con rapidez por mi garganta mientras Carla silbaba impresionada.*

—*Lo dicho. Lo necesitabas.*

*Mis ojos miraron la copa vacía. ¿Algún día sabré si a mí me gustaba el champán? Cabizbaja, y estallando mi corazón, comencé a gimotear hundiendo mis hombros. La mano que sostenía la copa temblaba impotente, como todo mi cuerpo.*

*¿Por qué habré vuelto a la vida? ¿Para vivir amargada?*

—*Hey —vi que Carla posaba su mano sobre la mía que estaba en mis muslos—, ¿quieres que demos un paseo por los jardines? Creo que a las dos nos vendrá muy bien algo de aire.*

*Apretando los labios rota de dolor, asentí.*

*Pero sus dedos fríos levantaron mi mentón conduciendo mis ojos hacia los suyos.*

—*En esta vida, todos tenemos un camino. Tú ahora estás perdida. Pero nada dura eternamente y encontrarás la luz que te haga brillar de felicidad.*

*Y por primera vez en mucho tiempo, sonreí.*

Después de contarnos nuestras *experiencias* vimos que teníamos mucho en común y nos hicimos grandes amigas. Luego unos días después, me dio ese brote de histeria donde si querer me herí, y en el que reflexioné que tenía que alejarme de aquí porque ya no podía más. Las dos estuvimos de acuerdo en marcharnos a Canadá un mes más tarde, con un séquito de guardaespaldas, porque Carla siempre tenía dos que la protegían aquí en Los Ángeles. Pero esta vez la protegían de un *maniacó obsesivo* que no dejaba de molestarla (con mensajes y llamadas), porque estaba obsesionado con su belleza y porque la deseaba solo para él. Carla tuvo una *temporada* en la que no pudo vivir en paz por culpa de ese demente. Pero nunca dio señales de seguirla hasta allí, y eso nos tranquilizó a las dos. Una vez en Canadá nos prometimos una cosa... Ella olvidaría el hombre que le rompió el corazón, y yo intentaría formar una vida a partir de la que me dio el destino cuando desperté del coma.

Y conseguimos un *tercio* de nuestros propósitos.

En cualquier parte de Los Ángeles debían saber lo mala que era por culpa

de Rodolfo.

Suspiré negando con la cabeza.

Carla era como una hermana para mí. Una chica vivaz, toda una aventurera y de las que no se callaban nada. Envidiaba en cierta parte esa seguridad en sí misma que no le hacía decaer, los sueños que deseaba cumplir. En cambio yo, no sabía que sueños tenía por cumplir debido a mi amnesia. Se mesó su largo cabello ondulado de color castaño claro, mientras murmuraba maldiciones y juramentos. Ella ya había cumplido los veintiséis años en enero, así que la mayor de las dos era ella, aunque solo por unos meses. Tenía una mirada felina y unos grandes ojos azules, y era unos nueve centímetros más alta que yo. Se le marcaba el carácter en su cara pero también tenía el *poder* de ser un dulce angelito. En cambio yo, según Flor, por más que deseara enfadarme nunca podría intimidar a nadie por la dulzura de mi expresión.

En Knightley teníamos a la mejor fotógrafa del mundo. Ella era la mejor, sin duda.

Pero había *tres* cosas claras para la vida de Carla O'Brien.

La primera: odiaba los matrimonios y eso me llevaba a pensar que le daban pánico las bodas. Nunca me dijo el porqué, pero podía hacerme una idea tras saber la triste vida que llevó su madre casada con su padre. Ella siempre decía que jamás se casaría.

La segunda; era una amante de la literatura romántica (como yo). Si no leía todos los días, su carácter se volvía más huraño, debido a no haber leído. Cada mes siempre en su estantería tenía quince libros nuevos.

La tercera; odiaba a los hombres trajeados. Básicamente odiaba al hombre en general, debido a su ex y todo el daño que le hizo. No tenía intención de confiar en ellos y ni de darles una oportunidad.

Esta mañana su vestido de color morado le hacía resaltar más su esbelta figura. Ella decía amar más la tierra de su madre *irlandesa* que la de su propio padre americano.

Puse los ojos en blanco.

—¿He vuelto a ser trending topic en twitter? —dije con ironía.



Ella hizo un mohín disgustada al recordarlo.

—Gracias a los cielos, no. ¿Pero no ves el periódico? Lo que dice.

—No me importa.

Entrecerró los ojos, irritada.

—Pues a mí no Ada, yo lo mato o peor, lo descuartizo en vivo. A mi amiga nadie le dice todo lo que este imbécil te dice. ¡Es un mentiroso retrógrado!

Le hice un gesto para que no alzara la voz al ver que dos o tres empleados se habían vuelto por la exaltación de ella. Carla siempre era tan expresiva.

—Vaya, vaya, la que rechaza los hombres.

Suspiré poniendo los ojos en blanco por esa voz, y Carla retorció con aires de asesina su mirada hacia atrás. Nancy nos miraba con superioridad frunciendo los labios y con la barbilla un poco alzada. Era una de las mejores modelos de Knightley, esbelta, hermosa y unos ojazos verdes en los que no necesitaba más armas de mujer, pues ya conquistaba con ellos a los hombres; eso decían las revistas.

—¿No te da vergüenza lo que dicen de ti?

Carla gruñó en bajo y antes de que se abalanzara hacia ella, la sujeté de un brazo con disimulo, ignorando la mirada rabiosa de mi amiga por detenerla.

—¿Nancy no deberías estar en la pasarela ensayando? —le dije con mucha paciencia.

—No necesito ensayar, nací para modelar.

Carla intentó reprimir una risa llena de sarcasmo y aunque sé que no estaba bien, yo también la reprimía. Desde que Nancy entró a Knightley siempre se había creído más superior que cualquier modelo. Nunca le había caído bien. Lo cual nunca me importó.

—Pobre Rodolfo, no le diste lo suyo. Pobrecito —dijo con sarcasmo en una notable risa dirigida hacia mí.

—Yo de ti me callo —le previno Carla en tono amenazador.

Ella la ignoró solo mirándome a mí.

—¿Es verdad lo que dice? ¿Qué eres una mojigata y una insulsa?

De todo lo que dijo el nefasto y retrógrado Rodolfo, ella solo me enmarcaba lo de mojigata e insulsa. Tenía sobre su mente muy pocas *luces*.

—¡Bueno, hasta aquí has llegado! —gritó Carla.

Mi amiga me miró con una sonrisa llena de alegría, la cual sospeché porque cuando estaba enfadada y sonreía, era una mala señal.

—Oye, Adalia, ¿sabes dónde puedo encontrar una aguja?

Fruncí el ceño sin entender adonde quería llegar.

—¿Para qué?

—Porque le voy a dar dos opciones a Nancy —se volvió hacia ella señalando una dirección—. O te vas, o te juro que encontraré una aguja para desinflar ese culo de silicona que tienes, que un poco más y cruza la frontera con Canadá. En cualquier momento te caerás hacia atrás de lo que te pesa.

Intenté aguantarlo pero estallé en una risa, y Carla me siguió asintiendo con la cabeza porque era alucinante su ironía. Nancy tenía las mejillas rojas pero no de vergüenza sino de rabia.

—¡Cómo te atreves! ¿Te crees que puedes decirme eso por ser la hija del gobernador?

—Yo puedo decirte lo que me plazca, soy tu jefa y ahora sal de mi vista en los próximos cinco segundos porque si no de verdad, buscaré una aguja y no me tientes porque te pincharé en tu lindo trasero. Y como vuelvas a meterte con Adalia, te juro que todas las fotos que te haga, en el Photoshop las retocaré como me plazca. ¿Qué te parece si te pongo una nariz de bruja con algunas verrugas? Sí, te pegaría del todo. Ale, lárgate —le señaló con una mano harta de su típica prepotencia hacia los demás.

Entrecerró los ojos fulminándonos con la mirada, haciéndole un gesto a Carla dándole a entender con él, que ni se atreviera a estropearla con el Photoshop. Y se dio la vuelta echando humo (si pudiera).

—Te has pasado —le comenté aún sonriente. Aunque en parte se merecía todo lo que le dijo Carla.

—De vez en cuando a mujeres como ésta que se creen que pueden pisotear al resto, hay que bajarlas de su nube. Es una víbora.

Antes de retomar la dirección hacia mi despacho, vi como Ryan, el flamante subdirector de marketing, se nos acercaba con su peculiar sonrisa para querer derretir a las chicas. No es un *secreto* que era un seductor nato como también un mujeriego. Era atractivo aunque no muy corpulento, y trabajaba en la empresa de papá desde hacía tres años siendo muy eficiente en su trabajo. Me preguntaba cuántas trabajadoras de Knightley habían caído rendidas a los encantos de Ryan.

—¡Buenos días, chicas! —nos saludó con amabilidad y caballerosidad.

Carla chasqueó la lengua con indiferencia poniendo los ojos en blanco susurrando: «*ya está aquí éste.*» Con disimulo, yo le di un codazo suave reprimiendo sonreír antes de que Carla se diera la vuelta para mirarlo con una sonrisa ancha.

Pero los chispeantes ojos grises de Ryan se tornaron serios mirándome.

—Adalia, ya he leído el periódico. Lo siento. Ese tal Rodolfo se pasa y mucho.

—No importa. Que diga lo que quiera. Porque no pasó nada entre él y yo.

Su mirada permaneció en mi algo confundida y desconfiada. ¿Acaso dudaba de mí?

—En todo caso sería mejor que tú y yo un día de estos quedáramos y le demostráramos a la prensa que no estás sola. Que tienes un hombre que te protege.

Tragué saliva algo agitada. ¿Había dicho lo que había oído? No sabía que decirle. Era la primera vez que empleaba ese tonito seductor hacia mí. ¿Qué pretendía? Mirando a mi amiga, me di cuenta de que entrecerraba los ojos hacia él con desconfianza.

—Gracias, pero no necesitamos a los hombres para sentirnos protegidas — Carla me cogió de los brazos apartando algo brusca a Ryan del camino. La miré impactada abriendo la boca, pero su mirada me pidió que no hablara—. Nosotras solas nos bastamos para salir de los problemas. Que tengas un buen día, Ryan.

Le sonrió escéptica tirando de mí para alejarnos. Él se había quedado parado, mirando a Carla con un deje de molestia hasta que lo perdimos de

vista.

—¿Te ocurre algo con él? —le pregunté asombrada.

—No me fio de él. Es un *Centrophryne spinulosa* —no pude ocultar una carcajada tras compararlo con el pez linterna. Carla a veces podía ser muy *gráfica* para describir a las personas—. Es el típico que espera paciente en la oscuridad y ataca a las más tontas e indefensas para seducirlas y llevárselas a la cama, solo porque se derriten con su sonrisa que para mí es muy falsa. Y no pienso permitir que tú caigas.

—Puedes estar tranquila, no me gusta —dije con tranquilidad siendo totalmente cierto.

Era atractivo, sí, pero no *despertaba* nada en mí.

—Mejor —me sonrió con una verdadera placidez que dejó escapar con un suspiro.

Bajo las incesantes miradas de los trabajadores, seguí con ella hasta mi despacho.

—¿Ves lo que ha conseguido, Rodolfo? Lo matas tú o lo mato yo. Tú decides.

—En serio, déjalo estar, ya tendré suficiente cuando mi padre se entere. No me duele nada de lo que ha escrito en el periódico *The Secret* —mentí muy bien.

Vi unos documentos sobre mi mesa, los cuales seguro que había dejado mi secretaria para que firmara, ya que le avisé ayer que los dejara muy temprano sobre la mesa. Cogí la pluma con las iniciales de Knightley y garabateé mi firma.

Carla resopló apoyando su culo en el borde de la mesa sentándose apenas.

—¡Maldita sea, yo no solo le hubiera dado una bofetada! Lo hubiera dejado como un *eunuco*.

Intenté no sonreír al ver lo eufórica que se ponía por defenderme.

—Anda tira —le di un empujón en su culo para que saliera de mi despacho riéndome, y me guiñó un ojo por su parte al verme optimista—. A trabajar, que tienes que supervisar a las modelos, que se pongan los nuevos vestidos y

hazles las mejores fotos. Demuestra que la fotografía de Knightley es la mejor.

—A la orden, capitana —su mano voló de su frente a la mía en lo que salía de mi despacho.

Continué con una sonrisa sacudiendo la cabeza. Carla era tan alocada, tenía un espíritu tan libre que contagiaba su buen humor.

Me dispuse a revisar unos contratos y llamé a mi secretaria activando el botón del teléfono para que los recogiera. Fue una mañana de reuniones, de supervisiones y de firmar un montón de papeles. Cuando al fin tuve un breve tiempo para mí, recosté mi cabeza sobre la silla mirando las maravillosas vistas que ofrecía la decimoquinta planta de Knightley.

La puerta se abrió de golpe quitándome de mis pensamientos y haciendo que girara mi silla para ver quién era. Vi a papá entrar con su imponente rostro serio. Mis ojos volaron veloces hacia el pequeño reloj de mi mesa. Era casi la una de la tarde. *Oh, no*. Ya se había enterado. Y parecía que aún no se le había esfumado su cabreo. Tenía el periódico en sus manos y sus ojos marrones lo escudriñaron con más atención acercándose del todo a la mesa. Pero antes de que empezara su revolución caótica de cabreo, me acerqué a él besándole la mejilla.

—Me alegro de verte, papá. ¿Cómo os ha ido en España?

—Bien. Las españolas están maravilladas con nuestros nuevos vestidos, pero sobre todo con la lencería. Y ahora dime. ¿Vas a dejarlo pasar?

—Sí, porque no tiene importancia.

Él negó con la cabeza.

—Pienso denunciarlo y hacer que lo despidan. ¡Pero este cretino de qué va! Haciendo en la primera página un artículo para ti.

—Es igual, papá —musité cansada.

Sus ojos se entornaron dejando entrever la tristeza por mi tono, repasó una mano por su pelo castaño donde le sobresalía alguna que otra cana. Le gustaba dejarse una perilla recortada y bien cuidada. No podía negar que mi padre era indiscutiblemente atractivo, a sus cincuenta y cuatro años seguía manteniéndose en forma. Tenía un carácter inflexible en el terreno de la moda,

mezclado con un humor excelente cuando se lo proponía. Hacía poco que la revista *Forbes* lo dejó en el puesto número cuatro como una de las personas más influyentes del mundo. Mamá y él eran un ejemplo a seguir, juntos desde que eran unos adolescentes, amándose e idolatrándose desde el primer día. ¿Por qué yo no podía encontrar un *amor* como el suyo?

Y ni siquiera (como pasaba con todos los miembros de mi familia) podía mantener un vivo recuerdo de mi padre. Disimulé mi dolor volviendo a sentarme en la silla aparentando normalidad.

—Mi niña, ningún hombre merece nada de ti —caminó hasta sentarse en el borde de la mesa de cara a mí, cogiéndome una de mis manos—. Pero llegará el día en que uno se postre a tus pies.

Me hizo sonreír.

—No lo quiero a mis pies. Solo desearía su amor y respeto.

—Esos malditos no han visto nada de ti. Y desearía refundirlos en la cárcel por hacerte daño.

—En realidad no me lo han hecho.

—Ayer por la noche nos dijiste a tu madre y a mí por teléfono que tal vez planearías quedarte unos días en Irlanda. ¿Lo harás antes de tu cumpleaños?

—No lo sé aún —sostuve entre mis manos un bolígrafo algo nerviosa.

Esperó unos segundos más mirándome indeciso. Seguro que deseaba decirme algo, pero lo retuvo en sus pensamientos.

—Bueno —besó mi frente con ternura—. Sabes que puedes irte a casa si no te encuentras bien.

—Estoy bien, papá. Por ningún hombre me dejo vencer.

Él me sonrió asintiendo.

—Esa es mi niña —me dijo dándose la vuelta y marchándose.

Todos los hombres parecían estar cortados por un mismo *patrón*. Y la prensa parecía creerles más a ellos que a mí. Aunque ni me había molestado en poner un comunicado desmintiendo los hechos de los que me acusó Rodolfo. ¿De qué serviría? Hablarían de mí las malas lenguas unos días y

luego se olvidarían. Aunque de vez en cuando, me encontraba con cosas algo desagradables de terceras personas no vinculadas con mi vida.

Suspiré con pesar recostándome sobre el respaldo de mi silla mirando por los ventanales.

A veces me sentía como la propia *Bella Durmiente* que esperaba que el príncipe azul la despertara con un *beso*. Pero ni habría beso, ni habría príncipe. Yo no estaba dormida, sino despierta y muy consciente de mi realidad. Pero mi corazón sí que estaba dormido, apagado de sentimientos y triste en la desolación por desear ser despertado. Nadie podría despertarlo. Nunca. Ni uno de esos tantos príncipes podría despertarme con un beso, ni traer mi pasado hacia mi presente. No existían los príncipes azules. Eso solo era un cuento muy manipulado que *Disney* supo hacer muy bien para tenernos encandiladas.

«*Ya viene. Nadie lo detendrá. Pero veo dos hombres...*» Flotaron las palabras de esa chica vidente sobre mi cabeza poniéndome malhumorada. ¡Maldita sea! No quería pensar en ella y en sus mentiras. Pensativa, deslicé el bolígrafo haciendo círculos sobre mi barbilla. ¿Adónde habría ido? Al final no cogió el dinero. Resoplé. *Vuelve al trabajo, Adalia*. Me recriminé por dentro poniéndome a ello.

Con urgencia una hora después, salí de mi despacho para ir a los lavabos topándome con la ingrata sorpresa de que el «*aseo de señoras*» tenía un cartel en la puerta de: averiado.

—Vaya —dije aguantándome.

Mordí mi labio inferior mirando los pasillos vacíos. No había nadie.

Y entré sin pensar cuidadosamente al «*aseo de caballeros*.»

Tenía los nervios en el estómago porque en cualquier momento podrían pillarme, y dejé la puerta entornada. Con cautela, me incliné hacia delante mirando por debajo de las puertas de las cabinas para asegurarme que no había ningún hombre. Suspiré aliviada, y entré en una de las cabinas cerrando la puerta con pestillo.

*Vaya día*. Pensé mientras terminaba de hacer pis. Antes de tirar de la cadena y abrir la puerta para salir, la puerta principal de este aseo se abrió

escuchando un par de voces.

—Mierda —susurré para mí espantada.

Ahora sí, como uno de esos hombres descubriera a la hija del jefe en el aseo de caballeros, mi reputación caería en picado sin poder llegar algún día subir a flote. Estuve tensa sin abrir la puerta y sumamente callada.

—¿Y eso por qué lo piensas?

Enarqué una ceja, ese era Paul, el secretario de Ryan.

—Por su vestimenta, sus formas de hablar o caminar, parece una verdadera mojigata, no pone.

*¡¡Ryan!!* Abrí la boca impactada al oírlo hablar tan descarado y burlón. Nunca pensé que hablase de esa manera. Aunque qué se podía esperar de un mujeriego como él.

Temblándome el pulso, deslicé el pestillo siendo silenciosa y aguantando la respiración. Entre el resquicio de la puerta, los observé. Se acercaron a los lavabos viendo cómo se lavaban las manos continuando con su conversación.

—¿Pero parece que ella siente algo por ti? —inquirió Paul.

—Me daría igual —dijo Ryan con un bostezo retocando con sus manos su cabello oscuro.

—Pues a mí no, ¿eh? Sería bueno que salieras con ella, ascenderías, incluso tal vez te quedarías con su puesto, si la controlaras y eso. Y te harías muy famoso.

Los dos se rieron con mucha malicia.

Entrecerré los ojos. ¿De quién hablaban?

—Aunque sea la hija del jefe Paul, no me pone, es una mojigata. Qué razón tiene Rodolfo cuando redactó esa palabra en el periódico. ¿Te imaginas como debe ser en la cama? Yo creo que todo lo que dicen de ella es cierto. Y si no mira como viste. Todas las mujeres de Knightley llevan vestidos sensuales que destacan su total belleza, y ella usa todo lo contrario a la sensualidad. La veo poco femenina. Me inclino a pensar a que es lesbiana como aseguró hace cuatro meses una revista, y de la que su padre tuvo que salir en su defensa.



—¡No jodas! —siguió riéndose sarcástico Paul —. La verdad es que ella nunca ha desmentido nada.

—Hmm piensa mal y acertarás.

—Oye, ¿crees que es virgen? También se corrió ese rumor.

—Más patética sería la pobre.

Me quedé enmudecida ante las grotescas palabras de Ryan. Él se acercó a las pequeñas toallas apiladas en un estante cerca del enorme espejo.

—Y lo peor de todo es que cuando la hijita del jefe vino de sus largas vacaciones, se queda con el mejor puesto. Porque su papi tenía que ponerla en el mejor. O sea después de no sé cuántos años viajando por donde se le pega la gana, viene y manda más que yo. ¡Eso es increíble! Y encima cada vez que la veo tengo que ponerme la fachada de caballero y sonreírle. No sé qué habrá pasado en su vida, pero parece una chica apagada. Y se ve a leguas. A mí me gustan salvajes, activas, una pura chica del siglo veintiuno. No, definitivamente paso de Adalia. Y que Dios se apiade del hombre que intente conquistarla. Buf, espero que no tomara en serio lo que le dije esta mañana, lo hice por gentileza. Soy capaz de desaparecer una temporada antes de ayudarla.

—¡Eres un crack tío! —le palmeó la espalda Paul riéndose.

—Y encima se deja pisotear por los memos que la han pretendido. ¿Qué se puede esperar de una chica así? Yo sé que puedo hacer que coma de mi mano, llevármela a la cama. Pero me da pereza intentar seducir una chica como Adalia.

—Bueno, respetemos las formas, ella es la hija del jefe, una palabra que diga la niña de papá y estaríamos despedidos si nos oyera hablar de este modo.

Terminaron de secarse las manos con las toallas, arrojándolas por el conducto que las conduciría hacia la lavandería.

—Por eso, una sonrisa y nada más es lo que conseguirá de mí.

Terminó Ryan irónico saliendo los dos tan despreocupados del aseo de caballeros.

Abrí la puerta lentamente obstruida de pensar, intentando razonar con lo

que acababa de escuchar, intentando cavilar las razones verdaderas de Ryan en pensar de esa forma de mí. Pero no las encontré. *¿Qué le he hecho yo para que piense así de mí?* Pensé. Levanté turbada el rostro hacia el espejo, observando a una chica que se le deslizaba una lágrima por sus mejillas.

La restregué contra mi piel con rabia.

Ningún hombre había merecido mis lágrimas y menos éste misógino. *¿Qué me había quedado con el mejor puesto? ¿No soportaba que una mujer mandara más que él?* Temblé de furia.

Lo peor es que una parte de mi mente lo supo. Como era Ryan. Por su forma de mirar a las mujeres. Pero siempre desistía en pensar mal de él por su amabilidad hacia mí. *Tonta, que eres tonta.* Se reía mi lado del razonamiento. Él también pensaba que era una mojigata. Apoyé mis manos en el mármol del lavabo con furia. Mi aspecto le parecía patético, digno de la palabra mojigata. Menos mal que por ese energúmeno no sentía nada, pero si me sentía humillada por como hablaron de mí.

Pero en algo estaban equivocados. Yo no era... *virgen.*

Cerré los ojos, recordando cuando mi ginecóloga me dijo en mi primera revisión (después de despertar del Sueño Profundo) que ya no era virgen. No recordaba que hombre me hizo el amor y eso me hizo sentir desorientada y con mil malestares, porque me entregué a él antes de que me accidentara aquí en Los Ángeles. Y fue en Irlanda. *¿Amé a un hombre? ¿O fue una noche de pasión?* Evité pensar más de la cuenta en eso.

*Ryan. Otro que me habría utilizado sin duda si se lo hubiera propuesto.*

Levanté los ojos al techo no encontrándome bien.

—Parece que mi vida siempre será una rueda que jamás se detendrá.

Tenía ganas de despedir al imbécil de Ryan. *¿Cómo podía mostrar una personalidad y esconder la verdadera tras una fachada de hombre caballeroso? Será hijo de...* Con un chasquido de dedos podría estar en la calle. Pero no lo haría. Podría también decirle a papá, pero eso sería seguir escondiéndome tras las espaldas de mis padres. Y ya no era una niña.

*Necesito viajar a Irlanda.* Pensé decisiva. Alejarme una buena temporada de Los Ángeles, tenía que ir a un lugar donde la gente no se riera a mis

espaldas o cuchichearan.

Entrando a mi despacho reflexioné sobre el viaje.

Después de sentarme y trabajar un rato en mi ordenador, tocaron la puerta tres veces.

—Adelante.

—Oye Adalia, se han equivocado y me han dejado estos papeles a mí.

No creí quien entraba. Erguí mi cuerpo del asiento mirándole fijamente sin sonreír, lo que sin embargo él hacía.

*Una sonrisa y nada más es lo que conseguirá de mí.* Sus últimas palabras se me clavaron en el alma. Cerré los puños conteniéndome con gran disimulo.

—Bien, déjalos ahí —señalé seria con la mirada.

Alzó las cejas sorprendido.

—Y ese tono, ¿te ocurre algo?

*Descarado, egocéntrico, misógino, cabrón...* No paré de pensar. Y podía seguir con un sinfín de adjetivos.

—No —expresé firme.

—¡Caray! Cualquiera diría que tienes un mal día.

Tuve que controlar esa furia leona que nacía en mi interior para no atravesar la mesa y golpearlo.

—No me gusta que me molesten.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora —refuté con una mirada pétrea.

—Como quieras —se rindió dejando los papeles muy sorprendido en la mesa.

Aún siguió mirándome por algo.

—¿No me sonríes como siempre haces?

Y aún se sorprendía el muy cabronazo, después de lo que había oído. Ahora había descubierto al verdadero Ryan. Con una verdadera paciencia que no

sabía de donde la sacaba, dejé mis manos por debajo de la mesa cerrándolas para controlarme.

—Hoy no tengo un buen día, ahora si haces el favor —le señalé la puerta como un empleado más y no como el subdirector de marketing.

Sin decir nada, se dio la vuelta más asombrado por cada palabra que soltaba la nueva Adalia hacia él, más bien quería escupirle pese a que sería muy asqueroso y soez. Cerró la puerta a su paso sin echar la mirada atrás. Ya podía imaginar lo que pensaría. La palabra *mojigata* en todos los sentidos horribles.

Caí sobre el asiento rendida ante mi nueva faceta.

Esta no era yo. Yo no me comportaba de esta manera. Ryan sacó mi lado salvaje y oscuro al sentirme humillada.

—¿Comemos?

Carla abrió muy activa la puerta haciendo que me sobresaltara del asiento por estar sumida en mis pensamientos. Asentí firme. No le contaría nada a Carla, no al menos por el momento. Sería capaz de ir a por él y hacerle Dios sabe qué.

\*\*\*\*\*

El reloj de mi despacho marcó las doce de la noche.

A última hora me habían llegado informes de nuevos modelos para que el lunes papá pudiese dar el visto bueno y decidir si los contrataba. Bostecé. Carla hacía más de dos horas que se había marchado y prácticamente quedaban muy pocos empleados en Knightley.

Archivé los últimos documentos con la grapadora. Y dejé la pila de papeles importantes en la esquina de la mesa para el lunes entregárselos a papá. No es que este trabajo me llenase, pero me mantenía entretenida y apartada de cualquier pensamiento que me hiciera daño.

En Canadá llegué a sacarme *Bellas Artes*. Pero fue algo de lo que me arrepentía, porque desde hacía tiempo que nada me inspiraba para pintar un cuadro. Por eso cogí el trabajo que papá me ofreció. Quería sentirme útil y me venía bien ayudarlo en su empresa de moda.

Apagué la luz de mi despacho saliendo hacia fuera. Lo único que quería era contarle a mamá sobre lo que oí de Ryan, llorar en su hombro, que me consolara, que me dijera que esto ya se me pasaría y que Ryan era un capullo como todos los que intentaron hacerme daño.

Entonces papá tendría razón al llamarme su «niña» si pensaba de ese modo, porque desde lo más profundo quería llorar sin consuelo. Casi nunca me había quedado hasta tarde trabajando, pero fue una muy buena excusa de distracción... porque quería olvidar todas esas asquerosas y repulsivas palabras que oí de ese misógino.

Cuando salí de la empresa el guardia de seguridad me propuso acompañarme hasta mi coche al ser medianoche, pero me negué ya que no estaba tan lejos y no tenía por qué molestarse en acompañarme. Con un gesto de despedida cerró la puerta y se volvió haciendo una ronda dentro del edificio.

Crucé la calle observando que no pasaba ni un coche, normalmente habría una o dos personas paseando por las calles, pero esta noche no había ni un alma. Me entró un escalofrío tras el aire que azotó en mi espalda y me froté los brazos porque me inquietaba el total silencio que había por esta zona. Para hacer más llevadero el camino hacia mi coche, saqué mi móvil observando un mensaje.

**Carla O'Brien 28 de Febrero 00:16**

*¿Has llegado ya a tu casa? Me preocupa que estés a estas horas de la noche trabajando. Tendría que haberme quedado contigo. Respóndeme, por favor. Besos, Carla.*

Carla como siempre preocupándose cuando me quedaba hasta muy tarde trabajando. De pronto, unas risas que procedían detrás de mí me distrajeran. Miré de reojo haciendo que miraba el suelo y vi dos hombres caminando hacia mí. Guardé el móvil en el bolso olvidándome de contestarle a Carla. Uno de ellos silbó muy exhaustivo y me tensé. Quería pensar que ese silbido de fascinación no fue directamente por mí. Apretando el bolso entre mis manos me dispuse a caminar intentando calmar mi alteración. Al final de la calle se encontraba mi coche. ¿Qué podría pasarme en ese trayecto? Además, podían

ser dos hombres que por casualidad caminaban en la misma dirección que yo. No tenía por qué montarme paranoias peliculeras.

—¿Has visto cómo está? —oí la voz de uno.

—¿Y qué hacemos? Has visto... mira... mira que cuerpo —su tono me dio repulsión.

*Ay, Dios, por favor no. No, no...*

—Antes que le robemos su bolso podríamos divertirnos con ella, que te parece si...

No logré escucharlo y me puse en alerta. Aceleré mis pasos oyendo como los tacones resonaban en el suelo.

—Hey, Bill, que la rubia se escapa —dijo uno de los dos.

*Oh no, soy yo.* Miré despavorida mí alrededor sin ver a nadie para pedir ayuda. Pensé en volver a la empresa pero eso implicaba hacerles cara y mis piernas solo me pedían que huyera. ¿Por qué veía ahora tan lejos mi coche? No dejaría que me tocaran, sabía algo de autodefensa pero eran dos, ese era el verdadero problema. Podía bloquear a uno pero estaría indefensa ante el otro. No eran unos simples ladrones, sino abusadores. Y esta noche yo era su *presa*.

Los oí más cerca, solo estaban a unos pasos de mí, reían con burla porque sabían que estaba asustada y que deseaba huir de ellos.

De repente, una sombra cruzó la calle precipitándose hacia mí y me estrechó entre sus brazos ahogando mi grito en su pecho, sin tiempo de que pudiese reaccionar para que el bolso no se escapara de mis manos cayendo al suelo.

—Cariño, menos mal que te encuentro. ¿Dónde estabas?

Me quedé en shock temblando entre unos brazos fuertes y musculosos, dejando mi cara sobrecogida contra su pecho caliente y duro, con la respiración entrecortada miré de reojo a los abusadores que se habían detenido sorprendidos. ¿Quién diablos me estaba abrazando? Besó mi frente estrechándome entre sus brazos con más protección, erizando mi piel e inexplicablemente confortándome que dejara que ese hombre desconocido me tocara de esa manera tan íntima.

—No sabes cuánto te he echado de menos. Tengo tres meses libres hasta volver a la Marina.

Alcé mi rostro, temerosa. Unos ojos que se oscurecieron en ese momento me miraron con alegría y no pude responderle. Debía automáticamente apartarme del cuerpo de ese hombre que me abrazaba como si me conociera y para colmo como si yo fuese su novia. ¿De dónde había emergido este hombre para ayudarme? Habría jurado que esta calle estaba desértica. Su sonrisa se desvaneció de un momento a otro cuando miró con seriedad imponente a los dos abusadores que teníamos a unos pasos y que nos seguían mirando desconcertados por la aparición repentina de mi salvador.

—¿Desean algo? —les preguntó con voz dura mi *héroe*.

El aspecto de maleantes que tenían los dos me dio grima.

—Oh, nada. Disculpe. Creíamos que la chica era nuestra prima, ¿verdad, Bill?

—Sí... —me inspeccionó de arriba abajo con lujuria ese tal Bill—, nuestra prima.

Sentí arcadas por esa mirada que me desnudaba con descaro. El hombre desconocido que me tenía agarrada por la cintura de forma protectora, se tensó y su rostro se ensombreció con desafío e intentó adelantar un paso hacia ellos llevando la amenaza *escrita* en su mirada, pero lo evité agarrándome más a él para impedir que se metiera en problemas por mi culpa dejando nuestros cuerpos más pegados. Haciendo que él me mirara algo sorprendido y que yo me ruborizara. Esos dos maleantes se sonrieron y se marcharon por un callejón oscuro oyendo sus largas carcajadas perdiéndose en la penumbra.

Por unos segundos me sentí febril y mareada, todo había pasado tan rápido que aún lo procesaba.

Apreté la boca.

—Señorita —me sostuvo con un solo brazo muy fuerte.

La calle estaba iluminada y descubrí en mi héroe todo lo que el miedo no me había dejado ver con claridad. Mi cuerpo se estrechó más entre sus brazos y mi corazón palpitaba desenfrenado, hasta él incluso debía notarlo. Jamás había mirado a un hombre como lo hacía ahora. Con una extraña e inexplicable

sensación de acercamiento, de curiosidad, de atracción... de *deseo*. Tenía que estar loca, muy loca por sentir eso de un desconocido que apenas conocía de unos pocos minutos. ¿Por qué mi cuerpo me traicionaba? Nunca lo había hecho. Sus manos siguieron apretadas sobre mis brazos para sujetarme porque percibía mi debilidad. No pude contenerme en mirarle, algo se *activó* en mi interior removiendo todos mis sentimientos. *Un fuerte sentimiento* tocó mi alma. Sus facciones eran duras y bellas pero también con cierta dulzura. Y su mirada era helada y posesiva. Nadie había conseguido aturdirme tanto como él. Y no me ayudaba nada la fragancia de su cuello que hacía perder algo mis sentidos, sintiéndola al mismo tiempo muy *familiar*. Observé su cabello castaño no muy largo y con unos mechones rebeldes que caían por su frente, el iris de sus ojos era de color azul y me quedé por interminables segundos atrapada en esa mirada.

Era un hombre de menos de treinta años, muy apuesto, alto y atractivo... muy atractivo.

Su luz, su atracción para atraerme, la forma de dejarme hipnotizada me hizo quedarme prendada unos segundos. Me recordaba al dios celta *Belenus* reencarnado en un mortal, seduciendo con su cálida luz a una guerrera celta, paralizándola con la magnitud de su sol y quemándola con su fuego con el fin de aclamarla suya para la eternidad... Ohhh mi Dios.

Sin sospecharlo, me sentí desfallecer al darme un *duro* sentimiento irreconocible en mi corazón. Él se asustó al verme casi caer y nuestros rostros se acercaron más mientras que con un brazo me sostenía y llevaba su otra mano a mi rostro. Cerré mi boca tragando saliva reprendiéndome que deseara que este hombre me besara. ¡Por el amor de Dios era un desconocido! Miré sus labios y él miró los míos curvando una sonrisa seductora.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Muy bien, si no llega a ser por usted estaría en un aprieto —aclaré mi garganta recobrando mis sentidos por pura necesidad y apartándome de él.

Mis manos se apretaron en mi blusa al ver a mi héroe tan alto e imponente. Él me miró un momento pero se agachó recogiendo algo del suelo.

—No debería andar sola por estas calles, son peligrosas por la noche —me devolvió el bolso con caballerosidad.



—Sí, lo sé, pero es culpa del trabajo.

Enarcó una ceja con incredulidad no creyendo que me excusara detrás del trabajo. Froté mis ojos despejándome. Todo había pasado tan rápido, intentaron atacarme y ahora estaba frente a este *adonis* del que mi vista no podía desprenderse.

—Gracias.

—Ha sido un placer salvarla —parecía decirlo de corazón sonriéndome tierno.

Agaché la mirada ruborizada.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre me hizo ruborizar?... Humm nunca.

Me fijé en su traje gris algo arrugado debido a como me había estrechado contra él. Mordí mi labio inferior reprimiendo con todas mis fuerzas el deseo que sucumbía mi cuerpo por su indiscutible atractivo.

—Disculpe antes mi atrevimiento de abrazarla y besarla. Solo vi esa salida. Aunque debí partirles la cara a esos imbéciles —perdió con fiereza su mirada por el callejón oscuro—. La vi apurada y asustada y solo actué. Se me ocurrió decir que era de la Marina y los muy cobardes echaron un paso hacia atrás.

—¿No es usted de la Marina?

—No. Recordé a cierto amigo que estuvo en la Marina y se me ocurrió pasarme por él.

*Madre mía pues tienes el cuerpo perfecto.* Pensó mi lado salvaje.

—Oh —no supe más decir.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

—¿Quiere que le acompañe adonde vaya usted?

—No se preocupe, mi BMW está allí —le señalé que al final de la calle justo enfrente se encontraba el aparcamiento.

Se aproximó un paso más hacia mi cuerpo observando mi coche como si con ello se quedara más tranquilo al visualizarlo. Mis ojos se perdieron

mirándolo.

*Hey Adalia, despierta, vamos.* Me chasqué los dedos en mi interior. Sacudí la cabeza.

—No sé qué hubiese pasado si no llego a estar yo aquí. No quiero ni imaginarlo —indicó con un tono de angustia.

¿Preocupado por una desconocida que acababa de conocer hacía apenas diez minutos?

—Pero estuvo, y de nuevo le doy las gracias.

Hizo un gesto de acuerdo con tranquilidad.

—¿Y usted adónde iba? —solté de repente.

Sus ojos me miraron indecisos sonriéndome.

—Oh, perdone mi atrevimiento.

*Tierra trágame, trágame, trágame, trágame...* Repetí en mi fuero interno.

Su risa fue música para mis oídos y me estremeció hasta penetrar en mis huesos y sentirme maravillada de que esa sonrisa que también abarcaba su rostro fuera exclusiva para mí.

—No pasa nada. Yo...

Miré detrás de él y me encontré de golpe en que estábamos justo delante del Club Seducción. Y mi mente lo cuadró todo. *Ay no. Ay no, por todos los santos.*

—Es un gigoló —afirmé señalando el club.

Claro, eso explicaba que a estas horas anduviera por aquí.

Sus ojos se mostraron serios cambiando de un momento a otro su expresión y me sentí incómoda porque no tenía que hacer otra cosa que hablar de más. Se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón y miró un momento el cartel del club. Sonrió con un gesto de cabeza.

—Sí. Soy gigoló. ¿Le incómoda?

Oups, esto me pasaba por ser tan atrevida.

—No, para nada —respondí con sinceridad.

Mi cuerpo (irreconocible ahora) quería que volviera a estrecharme entre sus brazos y me robara el beso que tanto anhelaba.

*No puede ser, si no le conozco. ¿Qué es esto?, ¿qué estoy sintiendo?* Pensé desorientada por la fuerte atracción.

—Bueno. Es hora de que me marche. De nuevo gracias... no, no hace falta que me acompañe —dije entre unas pequeñas sonrisitas, alarmada de lo que sentía y mi estúpido tartamudeo solo le hizo sonreír haciéndole muy atractivo.

*Camina recto, Adalia, camina recto y no hagas más la tonta.* Me dije en plan maestra.

Y me di la vuelta con torpeza para ir a mi BMW. Aguanté respirar. Crucé la calle, pasé al aparcamiento, y antes de meterme en mi coche que me salvaría del torbellino de emociones que tenía en mi interior, desvié locamente la mirada hacia mi héroe como si necesitase mirarle, porque me había vuelto una *adicta* de su forma de mirarme, de su forma de tocarme, de su forma de hacerme sentir...

El color rojo inundó mi rostro al ver que su cuerpo tan perfecto se había dejado caer contra la pared con elegancia, observándome con los brazos cruzados sobre su pecho y asegurándose de que llegaba al coche sana y salva sin apartar sus intensos ojos de mí.

*¡A qué esperas loca!* Pensé, temblándome las piernas.

Entré, encendí el motor con los nervios atacándome y salí del aparcamiento pasando por la calle del Club Seducción. Le hice un gesto con la cabeza en plan despedida, y él hizo el mismo gesto pero tan sexy que hizo recorrerme un cosquilleo por el cuerpo. Y pasando de su visualización, solté un jadeo apretando las manos en el volante liberando *sensaciones* que jamás había experimentado en mi vida.

## Indecisa

Desperté a las seis de la mañana. Y di demasiadas vueltas sobre la cama, dejando mis pensamientos en ese gigoló.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?

Deliberando con mis pensamientos, dejé de dar vueltas sobre la cama para sentarme en el bordillo, apoyando mis manos sobre la frente. Su rostro tan cautivador no dejaba de perseguirme, incluso no podía desprenderme de él aunque cerrara los ojos. Su manera de hablarme, su manera al protegerme, su amabilidad, sus ojos, su voz...

—¡Qué me pasa! —me ofusqué conmigo misma levantándome de la cama y dando vueltas por la fría madera.

Con las manos en la cintura, fui de un lado hacia el otro mordisqueando mis labios.

Aún podía sentir sus brazos protectores sobre mi cuerpo, y como mi espalda se amoldaba contra su fornido pecho... y yo quería más. Mucho más de lo que pasó anoche.

Solté un gemido bajito cerrando los ojos completamente confusa.

*¡Exacto!* Pensé al momento. Necesitaba el consejo de Carla. Ella me ayudaría a desenredar todo lo que me estaba haciendo sentir ese chico extraño.

Con pasos decididos, entré al vestidor y me vestí con un vestido de muselina de color vinca. La casa de Carla estaba a unos minutos de la mía. Vivíamos en la misma residencial en Beverly Hills. Y como era sábado, lo más probable era que siguiera durmiendo. Los sábados y domingos eran *sagrados* para ella y le encantaba dormir hasta tarde.

Saliendo de mi habitación con mil pensamientos sobre mi cabeza, vi a mi hermano Max cruzando el pasillo y abriendo la puerta de su habitación. Sonreí con ilusión.

—¡Max! —me apresuré por el pasillo hasta llegar a él.

Ni siquiera sabía cuándo había llegado. ¿Por qué nadie me dijo nada?

Me dio la espalda al oírme, teniendo agarrado el pomo de la puerta de su habitación. No parecía tener buen aspecto, su cabello castaño estaba despeinado, y sus ropas se encontraban muy arrugadas, supuse que por el tan largo viaje que hizo de regreso.

—Hola, Adalia.

—¿Qué te ocurre, Max?

Cabizbajo, suspiró con pesar.

—No puedo... no puedo seguir sin ella.

Sintiéndome extrañada porque hablara tan perturbador le pregunté:

—¿De quién hablas?

—No puedo hablarte de ella porque pertenece a nuestro pasado. Y tú no quieres saber nada de él... fui un imbécil al no saber valorar lo que tenía delante de mis narices —su voz tan amarga me afectó—. No puedo encontrar ese lugar sin ella —terminó de hablar entrando en su habitación con aspecto desgarrado.

En la soledad del pasillo, me quedé mirando la puerta cerrada de la habitación de mi hermano. ¿Ella? ¿Un lugar? ¿Se denominaba imbécil por dejarla escapar? ¿De quién hablaba? Su tono parecía tan triste y desgarrador. Cuando se marchó con Sheppard hacía dos semanas tenía un aspecto alegre. ¿Qué mujer torturaba los pensamientos de mi hermano?

Aún preocupada por Max, salí de la mansión no dejando de pensar quién sería «ella». No especificó un nombre. Pero estaba segura de que era una chica. Maldije en voz baja mientras abría la puerta de mi BMW M3, por no poder recordar absolutamente nada de mi *pasado*.

*Eres una inválida mental, Adalia.* Me recliné a mí misma desquitando una lágrima delatadora que recorría mi mejilla. Me dolía ver a mi hermano así, me dolía muchísimo, ¿pero qué podía hacer? Ya no era la misma Adalia que él creía conocer. Y desde que les prohibí a todos que me hablaran del pasado, todos acogían y cumplían esa orden mía.

Llegué enseguida a la casa de Carla, bueno a la gran mansión de su padre el

gobernador de California. El segurata que se hallaba dentro de la caseta cerca de la verja de la entrada, me hizo el reconocimiento reglamentario habitual y por su Walkie-talkie anunció: «*Todo correcto*», y la gran verja negra se abrió ante mí. Cerca de la entrada, había una fuente con una mujer de piedra dejando caer agua por una vasija de porcelana.

Cuando toqué el timbre, las enormes puertas blancas se abrieron y me atendió el mayordomo de los Milton. El típico callado, recto y fiel. Nada comparable con Alfred. Él era más vivo, más cercano a nosotros, tal vez porque siempre lo vimos, igual que a Flor, como dos miembros más de la familia.

—¿Desea algo, señorita Knightley? —me preguntó formal con sus manos enguantadas detrás de su espalda.

—¿Está Carla?

—La señorita Carla aún sigue durmiendo en su recámara. ¿Desea esperarla en el salón de invitados mientras voy a avisarle de que usted ha venido?

Levantando una mano para negarme ya que me sabía perfectamente el camino hacia su «recámara» y no hacía falta que la esperara, visualicé a Drake bajando las escaleras de caracol, y si mal no veía detrás de él le seguía la timidilla de Nevaeh.

—¡Qué agradable visita! —Habló Drake mirándome con alegría dirigiéndose hacia mí, y luego vi cómo le hacía un gesto al mayordomo—. Bernardo, yo me encargo de la visita. Gracias.

Éste le hizo una reverencia y se fue más recto que un palo por uno de los infinitos pasillos de la gran mansión.

—Hola, Adalia —se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla.

—Hola, Drake —le saludé y miré detrás de él a Nevaeh que tenía aferrada unas carpetas con fuerza contra su pecho—. ¿Cómo estás, Nevaeh?

Me acerqué a ella para plantarle un beso en la mejilla.

—Bien, Adalia. Gracias —me expresó cohibida bajando la mirada.

Le froté mi mano en su brazo para darle más confianza y apenas asomó una sonrisa, mirándome sus ojos de color café con demasiada timidez. No podía

creer que fuera tan tímida y eso que era hermana de Carla. Aunque en realidad eran *hermanastras* por parte de padre. Pero ambas eran totalmente diferentes. Mientras que Carla destacaba por su fuerte carácter rebelde, Nevaeh era más reservada y callada. En una velada podía pasar desapercibida. Si mi memoria no me fallaba solo se llevaban un año. A sus veinticinco años aún conservaba el dulce rostro de una adolescente y tenía una de las sonrisas más simpáticas, era guapa, de piel pálida y sus labios resaltaban por ser más rosados. Ahora mismo su cabello pelirrojo lo tenía recogido en una coleta. Siempre andaba con aspecto de secretaria al ser la *asistente personal* de Drake desde hacía más de tres años.

Nevaeh era tan distinta a su madre, a la que Carla apodaba la «Bruja». Esa mujer no tenía escrúpulos, era fría, cortante y sin una pizca de humildad. Aún me seguía sorprendiendo como le había salido una hija tan *bondadosa* como Nevaeh. Pero me alegraba que Carla y ella se llevaran como unas verdaderas hermanas, estaban unidas y eso era lo que verdaderamente importaba.

Drake había sido el prometido de Carla. Un compromiso que apenas duró un mes. Fue un momento en el que Carla lo estaba pasando mal, se hallaba perdida y depresiva por culpa de la traición de su ahora *antiguo* amor; Aiden. De quién desde hacía seis años no sabía nada.

No podía negar que Drake era muy atractivo y guapo. Se cuidaba bien, por la evidente musculatura de su cuerpo. Era rubio y tenía unos impresionantes ojos azules. Las veces que nos habíamos tratado destacaba por su amabilidad y simpatía, aunque era un poco serio. Por bastante tiempo fue la mano derecha de Cameron, pero ahora intentaba hacer sus propios méritos en el gobierno. Era un buen hombre. Estuvo enamorado de Carla, aunque no sabría decir si aún la seguía amando. Pero Carla por aquel tiempo, persuadida por su padre y en su fase de depresión, aceptó casarse con Drake. Él nunca supo que ella tomó antidepresivos, de hecho nadie lo sabía; excepto yo. Yo sabía que Carla estaba cometiendo una locura, porque no estaba en su uso de razón al cien por cien. Y como su *amiga* del alma, solo deseé abrirle los ojos y que viera que estaba cometiendo una locura que la amargaría el resto de su vida. Ya que ella no amaba a Drake. Ella fue la que dio el paso decisivo. Finalmente la boda se canceló y después nos marchamos de Estados Unidos. Ella huyendo para desear olvidar el dolor profundo que le hizo Aiden, y yo huía de mi pasado

que me atormentaba no recordar, y aún seguía haciéndolo por desgracia.

Drake y Carla ahora solo eran buenos amigos.

—¿Vienes a ver a Carla? —me preguntó él quitándose el chaleco negro que conjuntaba con su traje, y se lo pasó a Nevaeh sin apartar la mirada de mí.

—Sí.

Él soltó un bufido haciendo un gesto hacia las escaleras.

—Sigue durmiendo. Ya sabes, es sábado y le encanta levantarse tarde.

—Lo sé de sobra.

Reímos los dos a la vez, y cuando él solo miró un momento a Nevaeh, en cuanto sus miradas se chocaron, ella se sonrojó y echó a volar su mirada hacia las carpetas que sostenía bullendo otra vez la timidez en ella.

Drake no se dio ni cuenta. Pero yo sí. Me quedé con la pura curiosidad. Podía ser que...

—Como te sabes el camino hacia su habitación, te dejamos que prosigas tu camino —se inclinó hacia mi rostro susurrándome lo último—. Ten cuidado con Carla, tiene un mal despertar. No enfurezcas mucho al dragón.

Me guiñó un ojo enfundando sus manos en los bolsillos del pantalón y marchándose por un pasillo.

—Vamos, Nevaeh.

—¡Voy! —exclamó ella como si su cerebro hubiera vuelto a su cabeza, se tambaleó casi cayéndose de sus manos las carpetas y el chaleco.

¡Santo Dios! Me puso en un ataque de taquicardia haciendo el amago de ayudarla, pero no hizo falta al mantener ella el equilibrio muy rápido.

Me esbozó una sonrisa sonrojada.

—Adiós, Adalia.

—Adiós.

La vi seguir a Drake con pasos ligeros. Negué con la cabeza suspirando. Ya venía yo sospechando desde hacía un año de los sentimientos de Nevaeh hacia Drake. ¿Podía ser que estuviera *enamorada* de él? ¿Se habría dado cuenta



Carla? ¿O el propio Drake?

Subí las escaleras y tomé el pasillo de la izquierda caminando sobre una moqueta marrón. Una puerta se cerró tras mi espalda oyendo unos pasos.

—Adalia, muchacha, que alegría verte —oí una voz femenina detrás de mí.

Me detuve en seco.

*Oh, mierda.*

Era Elliana, la madrastra de Carla. De toda la vendita mansión teníamos que coincidir en el mismo pasillo.

Sonrisa falsa en 3, 2, 1... y me volví hacia ella.

—¿Cómo estás? —le saludé por cortesía.

Tenía bien merecido el apodo de Bruja. Por lo mal que trataba a mi amiga.

—Muy bien, gracias.

Sus ojos grisáceos me miraron como si nada. Desde que Carla tenía nueve años, Elliana se encargó de amargarle la vida, de llenarla de inseguridades y miedos. Una de las grandes razones por las que no soportaba a esta «señora», era porque Carla no podía mirar su cuerpo en un espejo, no al menos su cintura. Esta Bruja se había encargado bien (desde que era una dulce niña sin rencores ni miedos) en traumatizarla, en decirle que sería un botijo de mayor y que sus curvas serían horrorosas, porque por ese tiempo, Carla estaba más rellenita que las demás niñas. Cuando ahora era todo lo contrario, Carla tenía unas curvas perfectas y bien definidas, una figura esbelta que ya quisieran algunas que la envidiaban. Iba al gimnasio, tenía una vida saludable, ¡si hasta hacía más deporte que yo! Pero nadie (y me incluía) le podía meter en la cabeza que tenía un cuerpo de escándalo. Elliana se encargó bien de martirizarla de pequeña cuando quebró su espíritu y su inocencia.

Tragué saliva tranquilizando mi ira. De piel hacia fuera Elliana aparentaba ser una mujer noble y correcta que regalaba sonrisas por doquier, pero por dentro estaba corrompida. Era la viva imagen de la *reina* de las víboras. Se llevó su mano hacia su pelo lacio y de un castaño rojizo.

—¿Vienes a ver a Carla? —Nombrar su nombre ya le cambiaba su carácter, se volvía dura y fría aunque mostrara una sonrisa—. Esa holgazana aún sigue

durmiendo. No tiene vergüenza ni respeto.

*Tú sí que no le tienes respeto. Arpía. Eres peor que Rodmilla de Ghent de «Por siempre jamás».* Pensé calmándome. Sí, se parecía bastante a ese personaje villano de la película.

No sé cómo Carla aguantaba vivir bajo el mismo techo que ella. Tenía que ser parecido al infierno. Y si mal no lo pensaba, lo hacía por Nevaeh. Para no dejarla sola.

—Es sábado y puede tomarse la licencia de levantarse tarde. Ayer trabajó hasta muy tarde con el reportaje de las fotos.

Soltó una risa seca.

—Hacer fotos no es trabajar. Qué de gracias de que tu padre le ha dado trabajo. Ya me la veía metida aquí todo el santo día sin hacer nada.

Involuntariamente cerré las manos. *Cálmate Adalia, cálmate.*

Hizo un mohín con su nariz vagando sus ojos por el pasillo como si oliera algo.

—Ya está ese maldito olor en el ambiente por culpa de esa perra. Ya me tiene harta. Espero que Dios oiga mis plegarias y quite del medio a ese animal. Carla sabe que soy alérgica y aun así lo tiene bajo este techo.

Aún trataba de digerir lo que había dicho.

—Te dejo para que puedas despertar a esa holgazana. Y que lo haga de prisa, que el servicio tiene que limpiar su habitación y desinfectarla por culpa de esa perra maloliente.

Se dio la vuelta contoneando sus curvas mientras sus manos alisaban la falda del vestido de seda azul que llevaba.

Negué con la cabeza, aún impresionada. ¡Cómo podían existir personas así! Tan viles, tan déspotas y sin corazón. ¿Por qué odiaría tanto a Carla? ¿Por qué?

Me di la vuelta y proseguí mi camino hasta la habitación de Carla. Tenía su peculiar cartelito colgado del pomo de: *¡¡No molestar!!*

Sonreí abriendo la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido. Al entrar,

me encontré con tres estanterías a un lado y tres al otro. Todos los estantes estaban repletos de libros. Más del género *histórico romántico* que de cualquier otro subgénero.

A Carla le encantaba que nada más entrar en su habitación pudiese coger uno de sus libros favoritos y dejarse cautivar por esa historia, acurrucada en el sofá que había cerca de la chimenea.

Caminé por ese corto pasillo lleno de libros hasta salir al espacio de la habitación. Pasé por al lado de un espejo cubierto por una sábana y me entristeció. Me tragué el suspiro amargo haciendo una mueca. Sobre la mesita de noche vi su *MacBook* en el que escribía todos los días su diario (*top secret*), y el bote de pastillas al lado que contrarresta la ansiedad. *Oh, no.* ¿Esta noche las había tenido que tomar de nuevo?

Encontré dos bultos en la cama. Enseguida Neve levantó la cabeza mirándome. Esa perra era adorable. Y una fiel compañera de Carla. Neve era un *Husky siberiano* de color blanco con unos ojos marrones impresionantes. Era la raza preferida de Carla. Le hice un gesto sobre mis labios para que no ladrara y ella agachó la cabeza tomando esa orden, mirando a su dueña aún dormida.

Carla estaba debajo de una colcha y tenía sobre su cabeza una almohada. Al parecer alguna de las sirvientas había corrido las cortinas para que entrara la luz natural, y eso le había molestado un poquito.

Fui de puntillas actuando algo traviesa hasta llegar a ella, y subí una rodilla sobre la cama moviendo el brazo de Carla con suavidad.

—Carla —pronuncié su nombre en un susurro suave.

Se removió renegando y apartándome con sus manos. Y puse los ojos en blanco al ser tan holgazana.

—Carla —la sacudí con más fuerza quitando de su rostro la almohada.

Ella guiñó los ojos mirándome y chasqueó la lengua volviendo a renegar.

—Es sábado, maldita sea. No me muevo de aquí. Lo que tengas que decirme puede esperar. No hay poder humano que me saque de esta cama.

Se echó la colcha sobre la cabeza para impedir que siguiera tirando de ella.

Miré un momento a Neve que la miraba desesperada porque se levantara y jugara con ella.

Levanté una ceja mirando a la *osa* que había invernando debajo de esa colcha.

¿Ah, no? ¿No se levantaría? Eso estaba por verse. Saqué mi iPhone. Y dejé que pasara cerca de un minuto para que fuera más creíble.

—Oh Dios mío, Karen Marie Moning ha comunicado por Twitter que acaba de ceder los derechos para que la historia de Drustan y Gwen sea adaptada a la gran pantalla. ¡Al fin El beso del Highlander en el cine!

El grito que pegó bajo la colcha hizo que me tapara los oídos por lo prolongado que fue, incluso hizo aullar a Neve del susto al sentirla gritar de ese modo tan eufórico. Carla se movió tan rápido saliendo de su escondite que me tambaleé por su rudeza, casi cayéndome de culo al suelo. La vi ponerse de pie sobre la cama dando saltitos.

—Toma. Toma. Síííí. Al fin mi Drustan de carne y hueso. Es la mejor noticia de mi vida —sus ojos felices me miraron—. Dame. Necesito verlo con mis propios ojos.

Me arrebató de mis manos mi móvil antes de que pudiese hablar. De la alegría que rebosaba, su rostro pasó a la más absoluta desilusión al no ver nada.

Estallé en una carcajada. Y ella me mandó una mirada venenosa.

—Lo siento, Carla. Perdóname. Pero ha sido muy bueno. ¿No has dicho que no había poder humano que te hiciera salir?

—Ha sido una broma muy rastrera —me señaló enfadada dando un salto de su cama para salir, y tirando el móvil sobre ella—. No tiene gracia. Es de mis historias favoritas. Aunque si en verdad cogieran esa historia, empezarían seguramente por la primera de la serie.

—Perdóname —le volví a pedir.

Cogió una almohada y la estrelló sobre mi cabeza despeinándome.

—Estás perdonada.

Se marchó entrando por un enorme arco hasta la habitación que tenía al

lado de la suya. Su habitación era muy vitange, como la mía. Nos encantaba ese estilo de decoración.

Caminé de un lado para el otro intentando pensar en cómo comenzar a hablarle acerca de los sentimientos que me hacía sentir el chico de ayer. ¡Pero por la gran diosa Ériu! No sabía cómo decirle a Carla que me sentía atraída por un hombre. En resumidas palabras, por un gigoló.

—¿Es posible que Nevaeh le guste Drake? Me da la sensación de que algo siente por él —le lancé una pregunta en modo de pasar el tiempo y ver como organizaba ese barullo de mi interior.

—Ah, ¿tú también lo has notado?

Esboqué una sonrisa. Entonces mis sospechas eran ciertas.

—Pero sé que ella no dará ningún paso, por lo que hablaré con Nevaeh acerca de sus sentimientos por él. No quiero que nadie la lastime.

Nerviosa, me senté en un puf de color crema sintiendo mi estómago encogerse porque no podía dejar de pensar en él. ¡Qué me había hecho! ¿Me habría embrujado su belleza o algo así como ocurría en las novelas románticas? Yo jamás había estado hecha un manojo de nervios por un chico. No que recordara, claro.

La vi venir cepillando su pelo enmarañado y quejándose, aún con su pijama de ositos.

—Tenemos que hablar —hablé apresurada.

No me di cuenta de que apretaba con demasiada fuerza mis manos. Ella entrecerró los ojos mirándome. A leguas me veía lo nerviosa que estaba.

—Ya estás desembuchando —me ordenó tirando sobre su tocador el cepillo sin despegar su mirada de la mía. Se agachó a tiempo que se le acercaba Neve, rozándose en sus rodillas. Ella le acarició su pelo blanco mientras me miraba inquieta.

—Ayer me salvó un chico de unos abusadores cuando salí de la empresa.

Sus ojos se abrieron sorprendidos dando un respingón cuando lo solté de golpe.

—Oh, Dios mío, Ada, ¿estás bien? Te envié un mensaje, ¿lo leíste? —se

acercó apresurada hacia mí, arrodillándose y dejando sus manos sobre las mías.

Cerré los ojos. Ahora me acordaba de su mensaje. Con todo lo sucedido, se me olvidó contestarle.

—Sí, vi tu mensaje pero se me pasó contestarte, lo siento —le dije apenada, ella soltó un suspiro recriminándome con la mirada haberlo olvidado—. Y estoy bien... pero...

—¿Pero?

—Mi salvador fue un gigoló. No lo supe hasta que lo vi detenerse frente al Club Seducción.

—Oh, vaya, trabaja ahí. ¿Pero qué ocurre? Te salvó y ya está. ¿Se lo agradeciste?

—Sí... pero...

Ella puso los ojos en blanco poniéndose de pie.

—Ada, basta de peros.

—¡Me siento muy atraída por él! —desembuché poniéndome de pie.

Mi amiga se quedó boquiabierta sin poder parpadear. Se recobró sacudiendo la cabeza.

—¿Te atrae? ¿Cómo hombre? —había notado cierta ironía en sus preguntas.

Me abandoné sobre el puf escondiendo mi rostro entre mis manos.

—Solo quiero que me bese, que me toque... —me detuve con más vergüenza—. ¡Qué me está pasando si no le conozco!

—Es normal Adalia, te atrae sexualmente. No eres de piedra, aunque si lo has sido todos estos años. Y más te atraerá si está bueno. ¿Lo está?

Bajé la mirada enrojeciéndose mis mejillas.

—Uy, por tu rubor tiene que ser un bombón de licor de los que nos derriten. No me extraña que sea gigoló. Los tíos buenos son una especie en extinción o están encerrados en las novelas románticas.

—¿Pero por qué él? Es un gigoló. ¿Por qué no puedo quitármelo de la

cabeza? Si me hubieras visto, parecía una tonta embobada, solo deseaba que me besara.

—Da igual que sea gigoló... —se encogió de hombros dándose la vuelta.

—¿Adónde vas? —le pregunté observando que se iba otra vez a la otra habitación.

Oí como desenvolvía algún tipo de papel de plástico.

—Tú lo que necesitas es un buen hombre apasionado ya en tu vida —me dijo masticando un donut.

Aguanté reírme al verla deleitarse comiéndose ese donut de chocolate.

—Son las ocho de la mañana.

—¿Y qué? Tengo hambre. No haberme despertado. Yo no soy de las que se lamentan por comer algo tan calórico como esto. Además los donuts son mis preferidos. Y si cojo unos kilos de más, bueno, así la Bruja podrá seguir llamándome gorda como ha hecho siempre.

Suspiré con pesar por lo de «*siempre*». Se fue hacia el sofá negro y dejó el donut sobre la mesa un momento, cogiendo su Tablet. La seguí sentándome a su lado e inquietándome mis dudas.

—¿Qué hago Carla, dime! Estoy hecha un lío.

—No le des más vueltas. Y acuéstate ya con él.

Alcé las cejas.

—¿Estás de broma?!

—Yo nunca bromeo. Y encima es un gigoló, ese hombre en la cama debe de ser un volcán en erupción. No lo dejes salir de la cama en una semana como mucho.

Negué con la cabeza que me hablara con tanta normalidad.

—Mira déjalo, porque contigo es imposible. Nos vemos después.

Me levanté ofuscada y caminé de un lado para el otro sin pensar en irme, mientras mi buena amiga trasteaba en su Tablet sin hacerme un mínimo de caso. ¿Cómo quería Carla que yo me acostara con ese gigoló si apenas lo conocía? Ni siquiera sabía su nombre. No era ese tipo de mujeres. No era de

las que pagaban para que le echaran un polvo. Entonces recordé la conversación que oí de Ryan y Paul en el aseo de caballeros y me deprimí, sentándome de nuevo a su lado al venirme todas las palabras desagradables que dijeron de mí.

Carla giró sus ojos hacia mí al ver mi rostro.

—¿Qué te ocurre? —dio otro mordisco al donut.

Suspiré.

—Ryan no es lo que aparenta ser. Siempre has tenido razón. Por casualidades de la vida, yo estaba en el aseo de caballeros cuando oí como le hablaba mal de mí a Paul ayer al mediodía.

—¿Cómo mal? ¿Qué dijo?

—Que jamás saldría con una mojigata como yo. Que vestía fatal y que me veía poco femenina, que él solo deseaba mujeres salvajes. Y le encantaba lo que Rodolfo escribió sobre mí en el periódico. No soporta que yo mande sobre él, pero que si él quisiera podría seducirme y que comiera de su mano, pero le da pereza... y Dios, no deseo recordar más... —enterré mis manos en el rostro consumida por el horror.

Pasaron los segundos y no vi que Carla dijera nada, levanté mi rostro poco a poco y encontré el de mi amiga con el donut casi al borde de sus labios, y con una mirada perdida y helada. Creía que echaría fuego y comenzaría a decir sandeces. Sorprendiéndome su tranquilidad, dejó el donut sobre la mesa y como si fuera un robot, se levantó sin decir nada y se dio la vuelta perdiéndola de vista al ir hacia la otra habitación.

—¿Carla?

Joder, que bien se había tomado lo que Ryan dijo de mí. *Y yo creyendo que lo intentaré matar.* Pensé al ser absurdo. Pasó unos largos segundos hasta que la vi con un bate de béisbol, sintiendo que echaba fuego por cada centímetro de su piel.

—¿Qué haces! —me puse de pie inquieta por su expresión mortífera.

—Voy a batearle los huevos. Tranquila volveré enseguida. Será un visto y no visto. Qué de gracias de que le dejaré la cabeza intacta. Hmm oh, no...



quién sabe.

Alarmada porque la conocía lo suficiente, le arrebaté el bate de béisbol de sus manos poniendo una mano en su pecho para tranquilizarla. Ni siquiera se había dado cuenta de que iba en pijama.

—Yo... yo... —se giró hacia otro lado gruñendo—. Gusano infecto. ¡Cómo se atreve!

No le dije nada mirando entristecida el bate de béisbol entre mis manos. Luego lo dejé sobre el suelo.

—Es un capullo misógino. Oh, si fuera tan malvada y cruel recurriría a mi padre para que jugara sucio con él.

—Pero no lo harás. Déjalo así Carla.

—Sabía... tenía un pequeño presentimiento de que sería un cretino y un cabronazo de primera. ¡Agg como odio ese tipo de hombres! —Pataleó el suelo llena de irritación y como si estuviese poseída por algo, miró hacia el techo—. Oh, karma mío, si haces que en un futuro le partan la cara juro que construiré un templo en plena naturaleza irlandesa a mi hermosa diosa *Ériu*.

Torcí una media sonrisa melancólica.

—Tal vez tenga razón y si sea mojigata. Así estoy retratada en Los Ángeles.

—No, Ada —en dos zancadas llegó a mí cogiéndome de las manos—. Que ese imbécil no haga decaer a la Adalia fuerte que habita en ti. Él solo te envidia y desea tu puesto, y seguro que no soporta que una mujer mande más que él. De verdad, voy a creer eso que dicen que muchas personas tienen una doble cara.

Solté un afligido aliento mirando al suelo. Carla levantó mi barbilla sonriéndome.

—¿Quieres que nos vayámonos de compras?

Sonreí.

—¿Y cambiar mi vestuario?

—No es eso, boba. Tu vestuario es excelente. Es para levantarte el ánimo. ¿Quieres?

Asentí con la cabeza. Adoraba a Carla, sabía cómo subir mi optimismo en un santiamén. Y cuando me quise dar cuenta aún seguía *indecisa* sobre el gigoló y todo lo que me hacía sentir.

No salimos de Beverly Hills, Carla me arrastró a cada tienda que encontraba a su paso sin parar de gastar. Parecía ella ser la más optimista en todas las compras que realizábamos, pero debía hacer un esfuerzo porque ella tenía razón, Ryan no conseguiría deprimirme, eso era lo que él deseaba en el fondo. Para que tal vez renunciara a mi puesto y que él se ofreciera para llevarlo. ¡Jamás! Antes se lo daría a mi hermano aventurero y alocado.

—¿Cómo siguen los sueños? —me preguntó Carla en el vestidor del otro lado.

Me miré en el espejo el vestido amarillo de tirantes con un escote en forma de uve.

—Igual que siempre. Sueño con ese chico de rostro borroso al que llamo Thief, a veces estamos en unas praderas, otras veces en una torre que parece de cuento. O en el mismo árbol de siempre.

—Es raro. ¿Y nunca te besa?

—¿Besarme? No. ¿Por qué ese chico debería hacerlo?

—Tú me contaste que en tus sueños es muy cariñoso.

—Sí, y que también no le veo el rostro.

—Tal vez estés recordando algo de tu pasado —dijo segura.

—Solo son sueños. No es real. Mi mente desde que desperté está trastornada.

—No digas eso. ¿Y si ese chico es real? Quiero decir, que estás recordando pero a través de tus sueños. Recuerda que aquí viniste con veinte años. Es posible que tuvieras un romance, tal vez secreto con algún irlandés.

—¡Carla! —le reclamé sonrojándome y golpeando la tabla para que dejara de decir tonterías.

Su risita me ofuscó.

¿Y si ese chico de mis sueños era el mismo que me hizo el amor? Mi

primera vez. Sacudí la cabeza. Solo pensaba disparates. Teorías sin fundamento.

—Voy a tomarme unas vacaciones en Irlanda. ¿Te vienes? Pienso cogerlas este martes.

—Me encantaría Adalia, pero entre Knightley y que mi padre me tiene de inauguración en inauguración, no saco tiempo. Además estoy intentando averiguar cuál es su guardaespaldas, el que lo protege cuando tiene que ir a Europa. Conozco a todos menos a ese, y a mí ya sabes que el misterio siempre me ha encantado.

Entonces no sé si era buena idea que viajara a Irlanda, sola me aburriría, además de que no me gustaba viajar sin nadie. Pensaba que contaría con Carla para ese viaje. Ni modo, en otra ocasión sería.

—Pero tengo una idea. ¿Y por qué no invitas al gigoló que te salvó?

Me quedé de piedra mientras me volvía a vestir con mi ropa. ¡No me lo podía creer! En cuanto me vestí, reaccioné ante su *propuesta* osada saliendo de mi vestidor y entrando en el suyo pillándola abrochándose sus jeans.

—¿Estás de broma? —la cogí de los hombros volviéndola hacia mí.

Negó mirándose al espejo como si nada.

—¿Cuándo he bromeado yo? No tiene nada de malo. Te salvó, te atrae, todo es una buena combinación.

—Apenas le conozco.

—No creo que sea una mala persona, sino no hubiera intervenido entre tú y los abusadores. Creo que es una clara y firme señal del destino. Debes ir a por él.

—No me atrevo a pedirle algo así —agaché la cabeza mirando el suelo.

—Oh, de verdad, lady Calpurnia es mucho más valiente que tú. A lo que me lleva a decir... —se puso una mano en el corazón inspirando aire—. ¡Larga vida a las historias de Sarah MacLean!

Entrecerré los ojos mirando a mi amiga con aspecto enojado, mientras ella aguantaba la risa mordiéndose los labios. ¿Lady Calpurnia? Lo pensé unos instantes.

—¡Carla! —exclamé al recordarla—. Me acabas de comparar con un personaje literario escrito por Sarah MacLean. No es justo.

—Lo dicho, ella es más valiente, por lo menos intenta todos sus propósitos sin pensar en el que dirán.

Resoplé ignorando que ese personaje literario tuviese más agallas que yo. Carla lo hacía para irritarme.

—Míralo desde esta perspectiva —se acercó a mí con una sonrisa maliciosa poniéndome bien el tirante de mi vestido que se me había caído por el hombro—, pídele que sea tu acompañante, y lo que surja allí en Irlanda durante esos días habrá surgido.

Mi mente lo seguía viendo incoherente. Mi corazón deseaba con *fervor* ese encuentro. Y mi cuerpo, bueno... él saltaba de júbilo porque volviera a estrecharme entre sus brazos y que pasáramos a «más». Lo pensé durante un momento. Y sonreí al final.

—Hey, esa sonrisita la conozco —sonriente, me dio un leve toque sobre mi barbilla al verme—. Has aceptado mi idea. Oh, que emoción vas a vivir tu propio cuento.

—No digas tonterías.

—Aquí no habrá princesas en apuros ni príncipes plastas. Esta será la parte censurada del cuento.

Me hizo brotar una carcajada.

—Eres perversa y buena en ideas, Carla O'Brien.

—Es lo que tiene leer tantas novelas —me guiñó un ojo—. Atrévete por una vez en tu vida. Deja atrás tus inseguridades, llevas así mucho tiempo. Vive. Siente. Comete errores como también algún pecado. Suéltate el pelo de una vez.

\*\*\*\*\*

Llegué puntual a mi despacho el lunes por la mañana. Eran las nueve y le pedí a mi secretaria Lisa que me trajera un café bien cargado, ayer por la noche no conseguí dormir y todo por él. Por Thief. El sueño me había excitado de una manera abrumadora y todo porque esta vez, me había cogido en brazos

hablándome palabras cariñosas y poéticas que derritieron mi corazón, recorriendo a su vez sus labios por mi cuello. ¡Quería ver su cara, maldita sea! Quería verla. Hoy estaba un poco voluble por culpa del sueño. Y no quería cargarla contra nadie inocente.

Tampoco sabía en qué momento iría y con *valentía* entraría en el Club Seducción. Después de estar con Carla en la pasarela ultimando detalles para el próximo desfile en Nueva York, me dejé caer sobre mi silla blanca de cuero de mi despacho. Resoplé mirando el reloj. Las once de la mañana. ¿Por qué sentía que todo pasaba tan lento? Hice girar mi silla hacia los ventanales.

Solté un suspiro recostándome del todo. Mañana viajaría a Irlanda. Y por otra parte no sabía si el gigoló al que deseaba saber su nombre, me acompañaría. Ay Dios, ¿cómo diablos iba a entrar en ese club?, no era tan atrevida. Además, ¿cómo lo buscaría? Lo más probable es que estuviera con una clienta.

Ese pensamiento me desagradó y me revolvió el estómago.

Masajeé mi frente con irritación. Y me dispuse a ir hacia la estantería más lejana del despacho para coger unas carpetas. Mientras estaba de espaldas oí como la puerta de mi despacho se abría y luego se cerraba. Esa debía ser Lisa. No sé dónde se había metido esta última hora, pero le había pedido que me ayudara a organizar unas carpetas de «*diseños*» del año pasado, y no había aparecido la muy holgazana.

Cogí un montoncito de carpetas poniéndomelas contra el pecho. Lisa estaría esperándome con la cabeza agachada sin apenas haberse movido, y estaba muy segura que se disculparía mil veces por ser tan desobediente. Girándome de nuevo para volver a mi mesa, me detuve en seco revisando bien si llevaba las carpetas correctas.

—Lisa, ya que estás aquí. Y menos mal. Ayúdame ya con esto. Y así nos lo quitamos de encima y... y...

Levanté la vista al ver una figura alta y que destacaba demasiado.

Me quedé congelada. Y el corazón comenzó a martillar mi pecho.

No tenía a Lisa delante de mí. No era ella.

Era el gigoló que me salvó hacía dos noches. ¡Madre santa!

## Un rechazo inesperado

Parpadeé varias veces para saber si no era una mala jugada de mi mente, pero ahí seguía, tan imponente y atractivo, envuelto en una chaqueta de cuero negra y unos vaqueros oscuros. Respiré despacio sintiendo que mi garganta se secaba. Un estremecimiento de deseo recorrió mi columna y las carpetas se deslizaron de mis brazos.

*Mierda.* Pensé en mi interior sintiéndome ridícula. Flexioné las piernas juntándolas para agacharme, pero sentí como el vestido azul oscuro subía por mis mulos. Maldita Carla y su desmesurado regalo. Estos vestidos no eran lo mío.

Mis manos temblorosas recogieron los papeles esparcidos por el suelo, estaba nerviosa ante la presencia de él. Al otro instante lo tuve a mi lado, agachado y ayudándome. Me concentré en los papales pero me fue imposible, su fragancia no me dejaba pensar demasiado.

Con la última hoja, nuestras manos conectaron y yo la aparté enseguida con timidez. Noté su sonrisa torcida aunque no lo miré directamente. Los dos nos pusimos de pie, y con disimulo intenté bajar más el vestido para que no fuera tan corto.

—Gracias —dije con amabilidad.

—Un placer.

Pero el siguiente movimiento me desconcertó, él se acercó hasta mí cogiendo mis brazos y los miró con atención. Me quedé sin aliento y blanquecina. Quise apartar mis brazos de su agarre pero no pude, permanecí bloqueada. Nerviosa, mis ojos lo miraron como estudiaba mis cicatrices, luego su mirada azulada me contempló sin poder descifrarla.

—No es nada grave. Un pequeño accidente de hace tiempo —le dije calmada cuando en realidad mis piernas temblaban y amenazaban con desvanecerse pronto.

Di un paso hacia atrás. Él asintió como si lo comprendiera y ladeando un

momento su cabeza hacia otro lado, atisbé que apretaba la mandíbula.

—Disculpa mi intromisión, señorita Knightley —me dijo con educación siguiéndome hasta mi mesa.

Dejé las carpetas sobre la mesa volviéndome hacia él intentando aparentar serenidad. ¿Por qué no me sorprendía que me conociera?

—Es que no he visto a su secretaria fuera y he decidido entrar. Sé que no es lo correcto.

Apostaba mi pequeña fortuna a que Lisa estaba ahora mismo echando un vistazo en los baños exclusivos de los modelos masculinos. Esa chica babeaba por ellos o por uno en concreto, pero no estaba muy segura. Lisa no tenía remedio.

—No importa —le aseguré sin molestia alguna.

Hasta este momento no me había fijado que llevaba algo en sus manos.

Él lo miró ampliando en sus labios una sonrisa.

—Tome, se le cayó este libro.

Me quedé boquiabierta y corté mi respiración al ver que me daba la novela *El beso del Highlander* en mis manos. Como fui tan estúpida de no darme cuenta de que se cayó de mi bolso. Suspiré feliz de tenerlo, poniéndolo contra mi pecho. Carla me habría matado si le hubiese perdido uno de sus libros favoritos.

—Me alegra descubrir que tiene un espíritu romántico inconfundible, señorita Adalia.

Mis mejillas se tiñeron de rojo al escucharlo.

—Bueno... yo —tartamudeé buscando las palabras—. En realidad es de mi amiga Carla. No ha dejado de insistirme en que lo lea, y ese día lo llevaba encima pero aún no he tenido oportunidad de hacerlo.

Lo que no quería que se hiciera entre los dos, se hizo. Un incómodo silencio, aunque de incómodo por mi parte, porque él parecía muy relajado.

*Carla, yo te mato por proponerme algo tan indecente y que yo lo esté deseando.* Pensé nerviosa.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó.

—Sí. Sí. —dije rápida.

*Díselo.* Canturreó mi mente.

Como me rechazara iba hacer como el *mito* de los avestruces. Meter la cabeza debajo tierra y no sacarla nunca más.

—Perdóneme mi poca caballerosidad. Me llamo, Darién.

Oh. ¡Darién! Al fin sabía su nombre.

—Yo Adalia.

—La conozco muy bien.

¡Cómo no! Debía haber oído hablar de mí en todas las revistas del cotilleo. Qué vergüenza.

—¿Desea sentarse? —le indiqué el sofá de cuero marrón.

Levantó las manos con una expresión cautelosa.

—No, gracias. Solo he venido a traerle el libro.

—Pero yo deseo hablar con usted.

No sé cómo había conseguido que esas palabras salieran de mi boca. Su mirada tan ardiente con una chispa de sorpresa no dejaba de estar sobre mí, y aparté la mirada con disimulo.

Con valentía, le indiqué el sofá.

—Por favor.

Él se acarició la barbilla unos segundos más, miró la puerta, pero se movió hacia el cuadro de Irlanda que había colgado sobre la pared blanca.

—Irlanda. Una tierra hermosa —me expresó admirando el cuadro.

—Supongo.

Él frunció el ceño mirándome pero al fin se sentó y yo lo hice frente a él.

Entrelacé las manos no sabiendo cómo empezar.

—Tiene un despacho encantador. Muy... blanco.



—Gracias. También tiene tonos negros —repliqué.

—Usted dirá —me alentó con un gesto.

¿Por qué tenerlo tan cerca me aturdí y me ponía nerviosa? No le hablé, buscando las palabras. ¿Cómo podía expresárselo sin que pareciera una locura? Era una locura. Y Carla era la culpable, ella me había arrastrado a esto, ella y mis deseos que este hombre de un día para otro había removido en mi interior.

Aclaré mi garganta al sentir que el nudo en mi estómago se aferraba más apretándose. Él entrecerró los ojos pensativo, con una mirada paciente.

—Primero quiero de nuevo darle las gracias por ayudarme el otro día.

—Tenía que haberles metido la palizada de su vida a esos desgraciados, pero usted me lo impidió. Me alegro de haber estado en el momento apropiado, en el lugar indicado y en la hora exacta para ayudarla.

Por un momento había perdido el hilo de mis pensamientos por su voz tan sexy y grave. Aclaré mi garganta.

—Cómo iba diciendo, dentro de poco me tomaré unas vacaciones en Irlanda. Pasaré allí unas semanas. Y había pensado que usted podría... —las siguientes palabras se trabaron en mi boca y sentí como me enrojecía. ¡Qué vergüenza!—. Verá, estoy pensando en que yo y usted... podríamos...

Esbozó una sonrisa de lo más seductora.

—¿Lo que está intentando decirme es que requiere mis servicios, señorita Adalia?

¡Toma ya! Sentí dolor en el estómago, retuve la mirada para otro lugar que no fuera su rostro tan provocador de deseos.

—¡No! Bueno, quiero decir... —*maldita sea Adalia, aleja los nervios*—. Sí, así es. Pero no de la forma que piensa seguramente. Solo deseo que sea mi acompañante allí. Mi familia tiene una mansión en el condado de Kerry, y me gustaría alejarme una temporada de la presión mediática a la que estoy últimamente sometida. Y me encantaría que me acompañara.

Continuó callado unos segundos más, mirándome con una profunda intensidad por pensar que requería sus servicios de inmediato. Dios, que no

me siguiera mirando de esa forma. ¿Qué pensaría? Tal vez que era una perversa por desear sus servicios.

—A ver si lo he entendido. ¿Quiere mi compañía sin mantener relaciones sexuales? —soltó una fina risa al final.

Mi cara se sonrojó mirando la mesa de cristal que había entre los dos.

—No sé si sentirme herido de mi ego masculino porque una mujer me está buscando solo por mi compañía.

Estaba dejándome claro entre líneas que todas lo buscaban por el sexo. Debería dar por zanjada esta conversación, acompañarlo hasta la puerta y poner fin a esto, estaba haciendo el ridículo. Darién parecía ser más sensato que yo, ver el disparate que yo misma había formado. Pero antes de que pudiese hablar para disculparme él se adelantó.

—¿Por qué?

—¿Porque, qué?

—Porque quiere que solo sea su acompañante —su mirada penetrante se oscureció y ahora parecía un poco intimidante.

—Si quiere sexo no lo busque en mí. Yo solo necesito compañía.

Una parte de mí se dobló de risa ante lo mentirosa que era. ¡Por qué había dicho eso! Ay, no. Que metedura de pata. ¿Por qué no podía pensar antes de hablar? Pero parecía haber colado mi forma seria de hablarle. Entrecerró los ojos pero no di pie apartar mi mirada de la suya, aunque mi lado aterrado me lo suplicara.

Su mirada me liberó y se dispuso a ojear lo que había sobre la mesa. Lisa como todos los lunes dejaba sobre la mesa dos o tres revistas de las que ni me interesaba saber de qué trataban.

—¿Lee los periódicos o las revistas?

Mi cara fue un poema después de su pregunta. Apreté las manos en mi vestido.

—No. Es algo que no me interesa.

Salvo el periódico The Secret y lo que publicó Rodolfo sobre mí el

viernes. Pero era algo que omitiría decirle.

—Humm —asintió con levedad.

—¿Quiere acusarme de algo o preguntarme algo que siempre dicen de mí? —le pregunté algo crispada y por mi tono se percibía.

—Lo siento si la he ofendido. No era mi propósito. Pero que me invite a que viajemos a Irlanda, solos, de vacaciones y solo requiere mi compañía — sacudió la cabeza con una media sonrisa—. Las dudas me asaltan, claro que también todo lo que dicen de usted...

—No haga mucho caso de lo que dicen de mí.

—No lo hago —dijo de inmediato.

No estaba saliendo según lo planeado. Si no veía en mi mirada como me hacía sentir es que entonces era una pérdida de tiempo estar conmigo.

Se echó hacia atrás del respaldo soltando aire, mirándome con fijeza sin apenas mostrar una emoción. Seguí apretando las manos sobre mi vestido. Me estaba poniendo nerviosa su mirada. ¿Por qué se quedaba callado? ¿Por qué su mirada me estudiaba tanto? Me fijé en los cuadros de los paisajes de Irlanda, porque su mirada ahora me intimidaba.

—Lleva el Anillo de Claddagh.

Lo miré sorprendida de que se hubiese fijado en ese detalle. Elevé una pequeña sonrisa mirando el anillo.

—¿Está prometida?

Su pregunta me pilló totalmente desprevenida.

—No.

—¿Casada?

—No.

—¿Y por qué lo lleva?

Suspiré.

—La verdad, no lo sé. Es una larga historia.

No... una historia vacía, carente de alma, sin luz. Eso era lo que debí

decirle.

Volvió a mirarme en silencio con un rasgo salvaje y algo frío. *No, otra vez no.* Pensé nerviosa.

—Mmm dice la verdad. Tiene el anillo en la mano derecha con el corazón mirando hacia afuera. Aún ningún hombre ha conquistado su corazón.

Me quedé atónita. Entonces él sabía sobre la historia del famoso anillo irlandés.

—Señorita Knightley, ahora en serio, por qué desea mis servicios. ¿Está jugando conmigo? ¿Es una broma que desea gastarme?

Salté alarmada.

—No. No estoy gastándole una broma. Además no serían los servicios que acostumbran las mujeres a darle.

—¿Ah, no? —se rió mientras se mesaba su pelo—. Es la propuesta más extraña que me han hecho en mi vida. Que solo deseen mi compañía pero no mi cuerpo. Mire, señorita Adalia, no estoy para juegos, mi trabajo no es demasiado serio pero tampoco dejo que me utilicen. Yo tengo mis reglas y si a las mujeres no les gusta no tienen por qué molestarse en buscarme...

Intenté de nuevo repetirle que esto no era una broma, pero él siguió hablando con una voz firme y grave.

—Así que rechazo su propuesta —se puso de pie con elegancia mirando un momento el sofá y luego la mesa donde yo trabajaba con una mirada pícar—. Buenos días señorita, y espero que se lo pase muy bien en sus maravillosas vacaciones en la Isla Esmeralda.

Alcé una mano abriendo la boca para decirle algo, pero me quedé callada consumiéndome la vergüenza de que me rechazara. Pasó por mi lado, se detuvo, y me quedé rígida mirando al frente, sintiendo su mirada tan clavada sobre mí.

Seguí sentada dándole la espalda, cuando noté como se inclinaba hacia mí y su aliento rozó mi oreja erizando mi piel.

—Somos muy diferentes, señorita Knightley. Usted da placer y gusto en el terreno de la moda. Y yo satisfago el placer íntimo y fantasioso de cada mujer.

Cerré los ojos estremeciéndome sus palabras susurradas en mi oído. Y cuando me quise dar cuenta, me encontraba sola en mi despacho y con una irritante desazón en el corazón.

—Oh —expresé encogida por una tristeza inexplicable.

Fui una estúpida por no decir un calificativo más duro. Bueno, al menos Darién iba de frente, apartando su trabajo como gigoló él no deseaba utilizarme.

Vamos, que lo de la avestruz iba a ponerlo en práctica ahora mismo. La puerta se abrió y me puse de pie. Agaché la cabeza para quien hubiese entrado no viera mi tristeza y las ganas de llorar. Vi de reojo la figura esbelta de Lisa con sus ojos verdes asustados porque llegaba tarde.

—Señorita Adalia...

—Ahora no, Lisa. Tienes la mañana libre —le dije pasando rápida por su lado saliendo de mi despacho.

En cuanto vi a Carla la arrastré conmigo a nuestro *Urth Caffè* preferido en Beverly Hills para hablar. Nos quedamos en la terraza, hacía un tiempo estupendo y dentro estaba demasiado lleno para hablarle de todo lo que sentía en mi corazón. Observé mi café con una espesa espuma y con un dibujo hecho para agradar al cliente. Siempre lo hacían, según ellos para que los clientes lo tomaran con más entusiasmo, lo que no me esperaba hoy es que fuera un *Shamrock*. ¡Qué ironías tenía la vida! ¿O era una señal?

—Joder, Ada. No lo esperaba. Es un gigoló. Se supone que estaría saltando de la felicidad porque una mujer como tú quisiera sus servicios.

Enterré mi cara entre mis brazos apoyados sobre la mesa.

—Para que veas. He pasado la mayor vergüenza de mi vida.

—A lo mejor es un gigoló de...

Negué con la cabeza.

—No. Es un gigoló exclusivo para las mujeres.

—Pero es que tú también... ¿para qué le dices directamente que no quieres sexo? Si ese sería el propósito allí en Irlanda.

—No lo sé —salté avergonzada pero con un tono bajo mirando la gente de nuestro alrededor—. Cuando me miraba me sentía muy pequeña y la verdad es que yo no...

—Lo sé. No puedes acostarte con un hombre sin conocerlo bien o sentir algo por él. Y la verdad el panorama que se te ha ido acercando deja a los hombres como capullos. Él se lo pierde si te ha rechazado —dijo mirando la gente pasar a nuestro lado—. Lo siento, Ada.

—Tal vez me habrá rechazado porque me ve fea —mi amiga negó con la cabeza casi riendo por mi absurdo comentario—, o tal vez si hará caso de todo lo que sale de mí en las revista y los periódicos, y creará que soy una pija sin escrúpulos. Me lo tengo merecido. Si yo no soy así. Mi karma debe estar descojonándose ahora mismo de mí.

—Oh, karma cruel, como eres tan déspota con mi mejor amiga, no mereces ser el dueño de nuestros destinos —Carla tenía el puño levantado hacia el cielo haciéndolo muy teatralmente. Varias personas ladearon la cabeza hacia ella y reí sacudiendo la cabeza.

—Eres una mala copia de Shakespeare, Carla O'Brien.

Ella me sonrió con malicia volviendo a sentarse sin importarle que la gente la mirara.

—Pero al menos soy una copia —me guiñó un ojo bebiendo su café—. ¡Maldita sea! —balanceó la taza hacia delante dejándola sobre la mesa. Cogió una servilleta limpiándose la blusa bajo la mancha de café.

—El karma me lo ha devuelto —me dijo con optimismo.

Le sonreí observando que se ponía de pie.

—Ahora vuelvo. Voy al servicio.

Ví que entraba en el Urth Caffè y suspiré con pesar. ¿Por qué me había rechazado Darién? ¿Me había encontrado poco atractiva? ¿Era fea para él? ¿O se dejaba influenciar por los chismes maliciosos de la gente? Fue del todo un *rechazo inesperado*. Vaya día llevaba. ¿Qué más me podía pasar?

Ensimismada, agité sin parar la cuchara del café borrando el shamrock.

—Creo que te estás precipitando.

—Lo siento. Pero está decidido.

—Darién, reconsidéralo por favor. Juegas con fuego. Puedes salir herido y...

Oír ese nombre me hizo sobresaltar. Levanté mi vista y vi a Darién que paseaba con otro hombre a su lado viniendo en mi dirección. Me había visto, de eso estaba segura, vaciló unos momentos y el hombre de su lado frunció el ceño porque no dejaba de mirarme.

Mis mejillas se encendieron recordando que hacía apenas dos horas había rechazado mi invitación en mi propio despacho. Me aclaré la garganta poniéndome de pie.

—Señorita Adalia. Qué casualidad encontrarla de nuevo.

*Mucha.* Pensé mosqueada.

Se acercó lo suficiente como para aturdirme y no pensar con claridad. No podía tener ese efecto en mí, no después de lo desagradable que fue en mi despacho. Fijé mi mirada en el hombre de su lado. ¡Y qué hombre! De hombros anchos, pelo oscuro y ojos azules. Era de la misma estatura que Darién, pero le doblaba en musculatura y era muy apuesto.

—Buenos días de nuevo, señor Darién.

Al instante caí en la cuenta que no sabía su apellido. No me lo había dicho.

Él torció una sonrisa y no logré descifrar que ocultaría tras ella. Y el hombre de su lado se aclaró la garganta para captar su atención.

—Oh, sí... —palmeó la espalda de ese hombre—, le presento a Aiden, un amigo. Aiden, esta es la señorita Adalia Knightley. La chica que salvé ayer cerca de mi trabajo.

—Un placer conocerla, señorita Adalia.

Su acento delataba que era escoces. Si Carla lo viese seguro que babearía por él, tenía una debilidad por los escoceses que no era normal.

—El gusto es mío.

Le estreché la mano con una sonrisa amable, la misma que él.

Y al instante se instaló un silencio entre los tres. Deseé que Carla

apareciera de inmediato y me salvara de esta vergüenza que ni en años parecía que superaría. Estaba segura de que ella se las ingeniaría para salir de un aprieto como éste.

—La creía ya en Irlanda.

Su tono irónico me gustó muy poco. Prefería guardar en mis recuerdos (porque no volvería a verlo de nuevo) al chico gentil, atento y caballeroso de la otra noche. No deseaba guardar a éste que parecía burlarse de mí.

—Mañana temprano sale mi vuelo. Estoy deseando llegar a mi tierra natal.

—Humm —respondió tan seco.

Lo miré rara. ¿A qué venía que fuera tan frío? Definitivamente estaba loca si pensaba invitarlo. Me alegraba tanto que me rechazara. Una parte de mí se destornilló de risa en mi interior porque me había mentido a mí misma.

—¿Frecuenta Urth Caffè, sola?

Era una pregunta que no tendría ni que responderle, pero recordé que a nuestro alrededor había gente y me comporté con clase.

—No. Suelo venir mucho con mi amiga, Carla. Ahora mismo ella está en el baño.

Aiden pareció sorprendido.

—¿Carla Milton?

Ese hombre con acento escoces había usado el apellido del padre de Carla, el que claramente ella misma no deseaba que le dijeran.

—Sí. La misma.

Él echó un vistazo rápido alrededor como si buscara algo en particular, yo desde luego estaba presa de la penetrante mirada de Darién.

—Creo que deberíamos irnos, Darién.

Él siguió unos segundos más mirándome y me sentí incómoda, porque no era la primera vez que su mirada intentaba desnudarme. Con otro hombre me habría desagradado de inmediato, ¿pero por qué con él no sucedía?

—Sí, claro —dijo como perdido en sus pensamientos—. Un placer volver a verla, señorita Knightley.



Asentí apretando los labios con una sonrisa forzada. Darién se dio la vuelta rápido y con actitud seca, como si deseara perderme de vista. Aiden me hizo un gesto caballeroso de despedida y le sonreí relajada, después en unas largas zancadas alcanzó a su amigo. Por lo que vi le reclamaba algo, por como movía los brazos y las manos, aunque ya no lograba escuchar nada de lo que conversarían al estar alejándose por la acera.

Solté aire sentándome de nuevo en mi silla sintiendo como me temblaban las piernas. ¿Cómo demonios había vuelto a ver a Darién?

En esos momentos apareció Carla y vio mi expresión.

—¿Qué ocurre?

Resoplé poniendo los ojos en blanco. Era absurdo contarle lo sucedido.

—Nada.

\*\*\*\*\*

Ya está. No había podido resistir más. Esta noche salía mi vuelo hacia Irlanda y no como había planeado para mañana. Era lo mejor. Solo tenía que volver a casa y preparar las maletas. Suspiré masajeando mi frente para relajarme mientras me echaba sobre el respaldo de mi silla en mi despacho.

—Adalia, ¿podemos hablar?

Paré de masajearme. ¡Maldición! «Ryan el capullo» entrando en mi despacho sin tocar la puerta. ¡Qué descortés!

—Tengo prisa, sé breve —me levanté recogiendo unas cuantas cosas de la mesa.

Asintió y entró llegando a la mesa. Estaba inclinada hacia delante, pero podía ver cómo miraba con lujuria el vestido que me compró Carla el otro día. Nada más llegar a la empresa esta mañana, se había quedado impresionando tomándose su tiempo en echarme un vistazo haciéndome sentir incómoda y diciéndome: *¿Quién eres tú y que has hecho con mi querida Adalia de siempre?* ¡Imbécil!

—¿Te gustaría que quedáramos esta noche?

Parpadeé atónita quitando la vista de mi mesa y mirándolo incrédula. Se colocó sobre mi cabeza toda la conversación que tuvieron él y Paul en el aseo

de caballeros. Cabronazo, sería capaz de atravesar la mesa y darle mil bofetones por capullo. ¿Ahora quería salir conmigo? ¿Qué había detrás de esa proposición nada decente?

Sonreí superficial y él también lo hizo al ver que al fin le sonreía. Pero mi sonrisa solo decía una cosa. Cogí mi bolso pasando olímpicamente de él.

—Lo siento Ryan, en otra ocasión quizás —me mordí la lengua para no decirle ni en tus sueños—, ahora me voy, he cogido unas vacaciones.

Pasé por su lado restregándoselo a la vez que él no se lo creía quedándose impactado.

—¿Te vas?

Se volvió para mí sin creer que le rechazara.

*Toma, toma y toma.* Pensé con ganas de hacérselo en un gesto. Y Dios, cuanto me contuve en no hacerlo.

—¿Adónde?

Siguió hablando quieto y perplejo en mi despacho a la vez que yo abría la puerta.

—Adiós —le canturreé con felicidad dejándolo atrás.

Esto era un *paso* pequeño para ser una Adalia diferente y romper con la monotonía.

\*\*\*\*\*

—Cielo, ¿estás segura de que quieres ir a Irlanda? —me preguntó por tercera vez mamá mientras me ayudaba hacer la maleta.

—¿Qué tiene de malo? —dije concentrada doblando un pantalón para acomodarlo en la maleta.

Inspiró hondo.

—No recuerdas nada de allí.

—No te preocupes —respondí con rapidez—. Estoy segura de que Alfred bajo tus órdenes y las de papá, os estará informando cada día de lo que haga.

—No es eso hija. Tal vez necesitas que te cuente algunas cosas de allí —

murmuró ella con la frente fruncida.

—No, mamá. Déjalo así —solté la prenda sobre la cama, imponiendo mi ley tan firme—. Ya lo intentaste una vez hace años y me puse histérica porque me dolía no recordar nada.

—Pero tu cumpleaños es dentro de poco. ¿No lo celebrarás con nosotros?

—Podréis llamarme... —llegué hasta la estantería marrón cogiendo unos cuantos libros—. Y cuando regrese montas la fiesta que a ti te apetezca.

Porque a mí nunca me había gustado mi cumpleaños. No, cuando era el mismo día que caí en el Sueño Profundo. Ese día era un recordatorio de un profundo y abismal dolor. Ordené en la pequeña maleta los libros que me distraerían allí en Irlanda. También cogí el precioso vestido rojo que me había regalado Carla cuando fuimos de compras. Un regalo de *cumpleaños* adelantado por su parte.

—Ya veo. Estás deseando alejarte de todo —comentó para sus adentros, pero la oí.

Suspiré, y me acerqué a ella dándole un abrazo del que se sintió complacida. Mi madre tenía el semblante más dulce que podía existir. Y me sentía orgullosa de haber heredado el color miel de sus ojos. Le aparté unos mechones de su pelo castaño oscuro y deposité un beso en su mejilla.

Sonreímos a la vez.

—Estaré bien. No te preocupes.

—No me preocupo —sabía que me mentía pero no podía hacer nada para sosegar su inquietud. Necesitaba este viaje con urgencia y nadie me lo impediría.

Alfred y dos sirvientas más salieron esa misma tarde para llegar antes que yo a la mansión y prepararla para mi estancia, ya que hacía años que nadie la pisaba. Papá había sido tan estricto en que yo no me quedara del todo sola en esa mansión, que no objeté su orden.

Bajé la mirada hasta la maleta cuando mamá me dejó sola en la habitación. Irlanda era fría y más por el mes de Marzo. Cogí mi portátil antes de meterlo en la maleta, revisando los próximos días en la estación meteorológica de

Irlanda.

Hice un mohín con mi nariz. Llovería bastante. Y ni qué decir del frío. No pasaría nada. Total, solo necesitaba tiempo para mí y lo tendría ya que estaría sola. *Sin Darién*. Pensé con profundidad. Sacudí la cabeza alejando mis pensamientos de él, y de lo que estaría haciendo justo ahora. Solté mi respiración al haberla retenido mucho como de costumbre.

¿Estas semanas se me harían largas o cortas? Solo Irlanda lo sabía.

## Irlanda. Una tierra de ensueño

Eran casi las doce de la noche cuando estaba paseando por el aeropuerto LAX, mirando un folleto que amablemente una azafata me había entregado sobre Irlanda. En él ponía en letras grande: «*Irlanda. Una tierra de ensueño.*» Y no lo ponía en duda. Agradecía al menos que la ciudad de Killarney estuviera cerca de la mansión de mis padres. Apenas había personas en el aeropuerto. Según me habían informado, para hacer más ameno el vuelo de más de once horas, nos pondrían dos películas y un reportaje sobre Irlanda. Todo un privilegio. Pero seguro que no me apetecería ver esas dos películas ni el reportaje, y pasaría gran parte leyendo una novela. Mi *pasatiempo* favorito.

Una voz se alzó por los megafonillos oyendo que anunciaban mi vuelo. Volviéndome hacia mi maleta para cogerla e iniciar mi viaje, me quedé paralizada. Primero creí que era una alucinación y que debía estar obsesionándome, rayando la locura, pero a medida que se movía hacia mí, no lo era. El corazón sobre mi pecho se aceleró de una manera alocada. Las personas pasaban a mi lado sin apenas visualizarlas al estar concentrada en él, tragué saliva nerviosa cuando se detuvo frente a mí con una expresión optimista.

Vi a un paso de mí a Darién, elegante, sofisticado, vestido con un pantalón de franela blanco y una camiseta gris. Abrí la boca un par de veces para decir algo, pero no pude. Me había quedado sin palabras. No podía creerlo. Miré a mí alrededor abrumada y al final le pregunté:

—¿Qué hace aquí?

Intenté que no se notara la alegría que me daba verlo.

Darién torció una sonrisa y bajó la mirada hacia su maleta encogiéndose de hombros.

—Buenas noches para usted también, señorita Knightley. Acompañarla, ¿no lo ve? He decidido aceptar su propuesta.

Sin más vacilación se encaminó con su maleta pasando por mi lado para llegar a la zona de embarque. *Espera, qué...* Mi cabeza se convirtió en una

maraña de preguntas. ¿Cómo demonios sabía que yo estaba aquí exactamente? ¿Y cómo sabía mi vuelo? Entrecerré los ojos, mosqueada. Primero me rechazaba haciéndome sentir ridícula y ahora lo tenía aquí, como si nada. ¿Qué estaría tramando?

—¿Y si estoy esperando a otro compañero de su trabajo?

Mi cuerpo se tensó. Hasta yo misma me sorprendí de mis palabras. Me mordí la lengua negando por dentro mi infantilismo.

Se detuvo sin apenas hacer un movimiento más al pillarle desprevenido mis palabras cargadas de recelo, vi que apretaba los puños con fuerza y se dio la vuelta hacia mí con seriedad, desafiándome con su mirada.

—¿Es eso cierto? —con el ceño fruncido expresó cada una de sus palabras con dureza estremeciéndome.

¿Qué demonios me había poseído para soltarle tremenda tontería?

—No. Y... y lo siento —repuse de inmediato.

Su expresión se relajó. Su mirada tan intensa me ruborizó, y agaché la mirada buscando una excusa, llevando nerviosa mis manos a la chaqueta roja para abrocharla y tener algo que hacer. Para error mío, ya la tenía abrochada. Estaba haciendo el ridículo. Otra vez.

—Bien. Porque entonces habríamos tenido un problema él y yo —aclaró en un tono de advertencia.

Aparté la mirada a tiempo de quedarme embobada por su perfección a la hora de sonreír. Ay, por la diosa Ériu... ahí estaba otra vez, ese modo de poner mi mundo patas arriba.

—No te preguntaré por qué me mentiste hoy diciéndome que viajarías mañana. Menos mal que he llegado a tiempo. Supongo que conviviremos juntos, así que puedes tutearme, Adalia. He decidido aceptar tu rara propuesta. Será muy emocionante esta aventura.

¿Emocionante? ¿En qué sentido lo decía? Contuve el aliento al tener su rostro a centímetros del mío sintiendo como deseaba con más intensidad que me besara. No podía mostrarle que tenía el poder de gobernar cada uno de mis sentidos. Estaría perdida si lo hiciera. ¿Me estaba arrepintiendo de este viaje?

Una de sus manos tomó la mía que tenía sobre la cremallera de la chaqueta, aproximándola a sus labios para depositar un beso, sin apartar su seductora mirada azul de la mía. Mi corazón no cesó de latir con fuerza contra mi pecho.

—Irlanda nos espera. Nos vemos en el avión, *banphrionsa*.

Esa palabra, la forma en como la dijo, acarició mi alma estremeciéndome por completo. Me quedé sin poder decir nada mientras lo observaba alejarse para la zona de embarque. Mis sentimientos se *chocaron* unos contra otros al observar que había usado la misma palabra que Thief; el chico de mis sueños. Y lo que no le encontraba significado alguno, es que me hubiese gustado mucho que me dijera «*princesa*» en irlandés. Eché una mirada a mis manos apretadas sobre el agarrador de mi maleta, hasta ver que tenía los nudillos blancos. Suspiré soltando mucho aire acumulado, esperando recomponerme para no hacer más el ridículo delante de él. No era lo mismo que un chico que tal vez había inventado mi imaginación me llamara *banphrionsa*, que me lo expresara otro (muy real) que me atraía de una forma *alocada* y sin medida. Respiré agitada mirando con determinación la mano que me había besado, sintiendo una *sensación* rara.

*Es una casualidad. Todo. Eso es. No te pongas paranoica.* Pensé una y otra vez.

Cerré los ojos nerviosa antes de seguir a Darién. ¡Maldita sea! Se suponía que yo viajaba sola, me hice a la idea y ahora Darién estaría conmigo allí en la mansión. Pero no tan solos.

En el avión pasé por el pasillo estrecho disculpándome con las personas y observando los asientos para ver cuál era el mío. Cuando me detuve, vi unos dedos tamborileando en el posabrazos que daba al pasillo. Negué con la cabeza al verlo sentado en mi asiento.

Una chispa juguetona se formó en su expresión.

—Qué casualidad ¿no, Adalia? Vamos a estar juntos.

Escéptica, arqueé una ceja.

—¿Casualidad? No lo creo.

Él hizo un gesto hacia el otro asiento.

—He sido demasiado bueno y te he cedido el lado de la ventanilla. Uno de los mayores privilegios del pasajero.

—Eres todo un caballero.

Se carcajeó sorprendiéndome.

—¿Dónde habré escuchado yo eso antes?

Tensa... pasé intentando no tocarlo pero era demasiado difícil no hacerlo ya que no había demasiado espacio, nos miramos lo que pareció una eternidad, y sabía que aguantaba reírse porque veía lo nerviosa y roja que estaba mi cara. Un hombre que pasaba por el pasillo me empujó sin poder mantener el equilibrio, y cayendo justo donde no quería. *No, así no, así no.* Pensé deseando morir justo ahora. Observé que me tenía cogida de la cintura dejándome acomodada en su regazo con gran complicidad. Sonrió endiabladamente sexy.

—Si por mí fuera viajarías de esta forma todo el vuelo conmigo. Pero las normas del avión son inescrutables.

Tragué saliva al excitarme que me lo dijera en el oído tan seductor.

—No ha sido mi intención caer sobre ti.

Él inclinó la cabeza hacia atrás mirando a ese hombre que caminaba por el pasillo y empujaba a más personas que se mostraban indignadas, ya que él no tenía una mínima decencia para disculparse.

—Lástima. Está lejos, deseaba agradecerle que te arrojara a mis brazos.

No parpadeé. Mi cuerpo se estremeció en sus brazos y por su mirada tan divertida, él sabía que lo estaba pasando mal. Sus manos se apretaron más en mi cintura y me hizo soltar un jadeo cuando me levantó tan fácil en el aire, y me puso sobre mi asiento.

—Gracias —dije con voz débil.

—Un placer.

Me abaniqué con la mano al sentirme acalorada. ¿Cómo diablos Darién despertaba un *fuego* en mi interior que jamás pensé que tendría? Miré por la



ventanilla del avión deseando que ya aterrizáramos, pero apenas comenzaba este viaje.

Una vez que despegamos, vi el indicador de los cinturones parpadear y me quité el mío sintiéndome más cómoda. Como el vuelo era muy largo y estar tantas horas sentada con Darién a mi lado, no me ayudaba a cavilar todo lo que salvajemente estaba haciendo, decidí saber cosas sobre él.

—¿Desde cuándo trabajas como gigoló? —quise saber.

Darién apartó la mirada de la pantallita LCD, mirándome dudoso. Una azafata me ofreció comida del carrito que arrastraba y le negué en un gesto que no quería.

—No doy datos sobre eso, Adalia.

Lo capté al vuelo al sentirlo tan frío al responderme.

—De acuerdo, no te preguntaré nada.

Tampoco era que quisiera saberlo, solo quería que el tiempo que teníamos que estar aquí los dos metidos juntos, lo pasáramos contándonos cosas acerca de nuestras vidas. Para que todo fuera más ameno y menos frío entre los dos. Él llevaba razón, no tenía por qué contarme nada, no teníamos un *vínculo* ni nada que nos uniera. Puse atención en mis manos, juntándolas.

—¿Y tú cuando me dirás para que desees mis servicios?

Ay, no. Eso no. Evité mirarlo al inundarme la vergüenza.

—Ya te he dicho que no son los que acostumbras. Y dudo mucho que algún día te lo pueda decir. Además... ¿por qué has aceptado? Me dejaste claro que no deseabas ser mi acompañante.

Sin preverlo, se inclinó hacia mí dejándome sin aliento, sintiendo como se me paralizaba el corazón al tenerlo tan cerca.

—Es un *secreto*.

Pues empezábamos bien. Entrecerré los ojos. ¿Me saltaba con que era un secreto? ¿Y nada más? No podía reprocharle nada si quería *ocultar* sus secretos conmigo, porque yo también tenía los míos.

Pero eso no quería decir que no pudiéramos tener una charla normal como

personas civilizadas y conocer lo que actualmente éramos.

—¿Cómo es tu estatus social?

Su mirada penetrante me miró, oscurecida y fría. Por más que mi corazón me dijera que dejara de mirarle, no lo hice. Acababa de cabrearlo, lo sé (aunque no lo entendía) pero me importaba un pimiento. Yo quería conocerlo más, y esa era una pregunta sencilla que me podía responder.

Al final sonrió mirando a los pasajeros.

—¿Te interesa mi estatus social? Eres increíble... —su risa irónica hizo que más de una cabeza girara hacia nosotros —. Muy bajo, Adalia. Soy un pobre hombre que vive de su cuerpo y de las mujeres que deseen mis servicios. Y no. Ya te respondo a las preguntas que se formularán en tu cabecita. No soy el típico millonario playboy de tus novelas que puede tener todo cuanto quisiese. Vida sencilla. Pasado sencillo. Fin de la historia.

Me había dejado bloqueada para poder atacarle, desde que se había reído en modo burlón. ¡Maldita sea! ¿Qué me estaba intentando decir? ¿Qué era pobre? Poco creíble. ¿Qué con ese cuerpo de infarto que Dios le había dado, las mujeres no se fijaban en él y sí en otros de sus compañeros del Club Seducción? ¡Ja! Avergonzada de que más de un pasajero nos estuviera mirando al haber sido Darién tan abierto en hablarme, calmé mi ira interior (la que pocas veces salía), y le respondí:

—No hacía falta que me dijeras eso, con no responderme habría bastado.

—Seguro —susurró lo justo para que lo oyera a la vez que miraba hacia otro lado.

Apreté los dientes desviando mi atención a la ventanilla. *Respira Adalia, respira.* Era increíble que este hombre hiciera *despertar* el deseo de mi cuerpo y también me sacara de mis casillas. Ah, pero no, no caería en su jueguito de palabras. Esto no empezaba nada bien.

—¿Por qué quieres saber más de mí?

Puse un rostro frustrado rodando mis ojos a la vez que abría la boca y giraba mi rostro hacia él. Exhalé un jadeo al verlo de repente tan cerca de mí, escasos centímetros nos distanciaban y cerré la boca aguantando el aire. *Oh, por favor, que se distancie ya.*

—¿No vas a decírmelo? —su aliento mentolado acarició mis labios.

Negué con la cabeza, aturdida.

Su mirada viajó por toda mi cara sin cortarse un pelo, hasta detenerse en mis labios. Sus ojos se tornaron un matiz más oscuros.

—Estás de suerte, porque te voy a decir algo. Tres reglas fundamentales — señaló con sus dedos, y medio mareada por aguantar el oxígeno, seguí mirándolo estupefacta—. Primera regla: Mi vida privada, es privada. Nadie, salvo quién yo quiera, se mete en ella. Segunda regla: No te enamores de mí. Tercera regla: No beso a las mujeres. Lo siento. Son las reglas básicas que les expongo a todas.

Mostró una sonrisa de lo más canalla retirándose hasta su asiento y haciendo como si no me hubiera dicho nada.

Estaba perpleja y balbuceando sin poder medir una palabra de lo que quería decir en verdad. Quería matarlo a golpes, no sé por qué, pero quería hacerlo a la de ya. Su prepotencia sobrepasaba los límites. ¿Qué no me enamorara yo de él? Más quisiera. ¿Acaso una de sus clientas se había enamorado de él y por eso estableció esa regla? Me estremecí de solo pensarlo, y un sentimiento *extraño* y nada bueno navegaba en mi pecho.

Entrecerré los ojos intentando controlarme y no caer en su juego. Pero que difícil se me hacía.

—Eres un patán —le tiré sin más entre dientes.

Él abrió uno de los ojos girando su rostro hacia mí.

—A tus pies, señorita —respondió en tono burlón.

Emití un gruñido bajo que apenas salió de mis labios. ¿Era mi sensación o quería sacarme de mis casillas?

*Distracción. Busca una distracción.* Pensé de inmediato. De una mochila pequeña que llevaba encima, saqué una novela. Ni me molesté en mirarle y solo me concentré en leer un clásico inigualable. *Orgullo y Prejuicio*. Jane Austen sabría distraerme con su prosa inigualable. Si es que concentrarme en la lectura, sería posible.

—No pierdas nunca tu lado romántico, Adalia. Eso me gusta.

—Mmm —logré expresar actuando como si estuviera muy concentrada pero en realidad ya no sabía ni lo que leía por su culpa. ¡Cómo me decía eso!

—Dame tu móvil —dijo si más abriendo su mano hacia mí.

Ya era la gota que colmaba el vaso. Cerré de golpe el libro haciendo un poco de aire en mi cara. En los años que había vuelto a la vida, ningún hombre, pero ninguno, había conseguido despertar de mí la ira.

—Dime qué nivel de trastornos de personalidad son los tuyos, Darién. Nivel 1, nivel 2, nivel 3... Lo digo para familiarizarme con ellos.

Su carcajada hizo que se le formaran pequeñas arrugas en el contorno de sus ojos tan atractivas como perfectas.

—Eres muy chistosa. Ahora en serio... Tú dámelo.

Resoplé poniendo los ojos en blanco porque tenía la sensación de que no dejaría de insistir. Lo saqué de mi bolsillo y se lo pasé enfurruñada. Mirándole atenta de reojo, comenzó a teclear en la pantalla táctil a la vez que también usaba el suyo.

—Así tengo unos cuantos datos tuyos. Y estás perdonada —argumentó mientras me devolvía mi móvil y echaba su cabeza hacia el respaldo, cerrando los ojos con aspecto relajado.

¿Perdonada yo? ¿Por qué? ¡Esto era increíble! ¿Por hacerle unas simples preguntas?

Abrí la boca. Y me contuve en responderle como se merecía. Lo miré por un buen rato. Tan guapo y tan patán. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser él? El hombre que despertara mis más *profundos* deseos.

Al pasar unos minutos, Darién no volvió a abrir los ojos y supuse que estaba dormido. Sí, mejor que estuviese dormido, porque en verdad no quería *armar* una revolución en este avión.

Dejé de nuevo el libro en la mochila sin ánimos de leer. Echando un vistazo por la ventanilla me inundó la nostalgia. Volver a Irlanda sin saber nada de lo que yo hice allí, me dejaba tocada de mi corazón.

Suspiré. Tenía el presentimiento de que este ataque tan repentino, porque deseaba alejarme de Los Ángeles, no iba a ser tan bueno como esperaba. De

pronto, su mano tocó mi barbilla haciendo que girara mi rostro para que mis ojos y los suyos se conectaran.

—¿Te ocurre algo? —aprecié preocupación en su tono.

Era un tramposo. Me había hecho creer que estaba dormido. Esbocé una sonrisa. Me agradó su preocupación, y que sus ojos solo se fijaran en mí.

—Estoy un poco nostálgica, eso es todo.

—¿Nostálgica?

—Sí, voy a mi tierra y no recuerdo nada de ella.

Frunció el entrecejo.

—¿No te acuerdas? Exactamente de qué...

Pero cuando iba a contestarle, se oyó a una azafata hablando en el pasillo.

—Señores pasajeros, les rogamos que se abrochen los cinturones vamos a entrar en una zona de turbulencias. Gracias.

Me abroché el cinturón a la misma vez que Darién, y nada más hacerlo el avión entró en la primera turbulencia haciendo que me moviera bruscamente del asiento, con un pequeño grito saliendo de mi garganta. Cogí espantada la mano de Darién sin decirle nada, al haberlo dictado mi palpitante corazón.

—Tranquila. Estoy aquí.

Me confortó su voz serena a la vez que me daba un pequeño apretón en mi mano, sin apartar su cálida mirada de la mía. Asentí haciendo ejercicios de respiración teniendo con fuerza los ojos cerrados. Odiaba las turbulencias, no me gustaban nada. Fueron unos segundos intranquilos en los que Darién me ayudó a superar ese pequeño miedo, y en los que comprendí que podía ser tan canalla como dulce.

\*\*\*\*\*

El avión aterrizó en el aeropuerto de Shannon en el condado de *Clare*. Darién me guió por el enorme y alborotado aeropuerto, parecía desenvolverse muy bien, como si hubiese estado aquí en más de una ocasión. Pensar eso me hizo sentir extraña. A veces podía diferenciar en su voz un acento irlandés mezclado con el americano. Desterré esa tontería de mí cabeza. Tenía que

haberlo oído mal. Darién no podía tener sangre irlandesa. Estaba equivocada.

No recordaba nada de mi país, era como si hubiese empezado todo de *ceró*, de hecho era así. Hacía casi seis años que comencé una nueva vida.

—Señor.

Un hombre trajeado de negro nos detuvo dándole a Darién unas llaves, dejándome boquiabierta por el coche que se descubrió detrás de ese hombre cuando se apartó. Si mal no observaban mis ojos se trataba de un *McLaren 650S coupe* blanco y con alineaciones negras. La belleza de ese deportivo dejaba boquiabierto a cualquiera.

Darién giró su rostro hacia mí al ver mi expresión asombrada.

—Lo he alquilado, lo hice desde Los Ángeles. Supongo que no te importará.

—No. Hiciste bien.

Un detalle muy caballeroso por su parte que alquilara un vehículo, porque yo una vez que estuviera aquí, tenía pensado coger un taxi para ir hacia el condado de Kerry.

En lo que Darién hablaba con ese hombre y le daba la dirección de Muckcross-Knightley House para que se llevara nuestras maletas, me separé unos metros observando el paisaje pintoresco. Aunque el día se quedara triste por estar nublado y apunto de llover por ese intenso olor a humedad que se cargaba en el ambiente, el verde (de infinitas tonalidades) le daba el toque perfecto a la tierra para que se volviera más alegre. El suave viento meció mi pelo, y cerré los ojos complacida por la cantidad de aromas que atrajo hasta mí. Esperaba encontrar en Irlanda, la paz en mi *alma* que llevaba años buscando. Después de ultimar Darién unas palabras con ese hombre que se marchó con nuestras maletas, me abrió con gentileza la puerta del copiloto.

—Banphrionsa.

Se encendió una chispa en mi cuerpo al oírle decir otra vez esa palabra dejándome *hechizada*, pero temí preguntarle por qué me la decía. Apostaría a que a todas las mujeres que habían pasado por su vida, les diría esa palabra. Claro, yo era una mujer más.

El deportivo avanzó hasta que salió del aeropuerto. Unas horas largas en el avión y ahora en coche. Sería una tortura. Aquí me sentía más reducida con Darién, y lo peor de todo es que estábamos solos él y yo.

Lo observé con atención fijándome en un detalle particular, y luego giré mis ojos hacia la carretera.

—Qué bien conduces por la izquierda.

—Se me da bien —dijo con tranquilidad.

*Mmm.* Pensé dudosa. Se le daba mejor que bien por lo que veía.

El viaje en el deportivo se me hizo eterno, aunque las vistas eran espectaculares y las admiraba, pero no podía dejar de mirar de reojo a Darién que conducía con precaución y sumamente callado. Y sin preverlo nuestras miradas se encontraron. *¡Pillada total, ostras!* Rehuí de su mirada, pero antes de quitarme de su visión, vi que torcía una sonrisa negando con la cabeza.

El deportivo siguió avanzando por una estrecha carretera bordeada por praderas, hasta que Darién siendo fortuito fue reduciendo la velocidad hasta pararlo del todo. *¡Oups!* Vi los enormes obstáculos que nos impedían que prosiguiéramos.

—Vacas —susurré observándolas en medio de la carretera.

—Eso parece.

—¿No puedes pitarles y que se aparten?

—No voy a estresarlas porque tú tengas prisa. Estoy seguro de que pronto se moverán. Además las vacas en una carretera, es una tradición irlandesa — se volvió hacia mí con una sonrisa burlona.

Me quedé boquiabierta.

—Yo no tengo prisa para que te enteres. Solo lo estaba sugiriendo.

Me enfurruñé cruzándome de brazos sin más que decir, mirando a las vacas que de momento no tenían intención de moverse. El espacio entre él y yo era muy reducido. Y podía notar la tensión entre los dos.

—Estoy seguro de que deseas preguntarme algo. Eres un libro abierto.

—¡Yo no soy un libro abierto! —me encaré a él enfadada, principalmente

porque me había pillado y porque no sabía cómo demonios sabía que tenía mil preguntas para él.

Pero su expresión traviesa solo me confirmaba que le encantaba verme enfadada.

—Puedes preguntar siempre y cuando, yo pueda responderlas.

Inspiré aire mirando mis manos.

—Me gustaría saber por qué no besas a las mujeres. ¿Te refieres a los labios?

No respondió de inmediato, y esperé intranquila sin saber por qué quería saber eso.

—Sí, es a los labios. ¿Te sorprende?

Pregunta con pregunta. Era muy listo.

—Sí, suponiendo que eres un gigoló. Tú tienes que satisfacer todo lo que ellas desean, ¿no?

Solo me dedicó una sonrisa.

Me ruboricé al tenerlo más claro en mi mente. Había demasiadas formas para satisfacer a una mujer sin tener que específicamente besarla en los labios. Una parte de mi estaba desilusionada y la otra calmada. Entonces no cabía la posibilidad de que me besara y rompiera su *estipulada* regla. No sé si eso sentaba muy bien a mi autoestima. Por más que pensara que era lo que me había arrastrado a hacer este tipo de *locura*, no podía encontrar ni hallar la respuesta.

Rígida, capté que sus ojos volvieron hacia mí y se dirigían hacia mi anillo Claddagh, que sin darme cuenta yo no dejaba de girar sobre mi dedo. Detuve el movimiento y sus ojos subieron hacia los míos.

Corté mi respiración al volver a sentir que su mirada de nuevo intentaba desnudarme, vi como sus ojos se oscurecían, y reaparecía una *chispa* explosiva y salvaje. No era desagradable, sino excitante. No se parecía en nada a la mirada de Ryan tan perversa y chabacana. Sentí la elasticidad como se expandía por mi cuerpo reabriendo el deseo. Su cuerpo se inclinó hacia mí, apenas separándonos unos centímetros, y su mano recorrió sin



premura mi mandíbula como si le gustara acariciarme.

—Adalia —susurró.

Solté un leve gemido. Y elevó una pequeña sonrisa cuando sintió mi sacudida por su forma tan sensual de tocarme. No podía moverme, estaba paralizada esperando que siguiera. Sabía que este espacio reducido intensificaría mis deseos y que no podría ser dueña de mi voluntad. Su pulgar acarició mi labio inferior haciendo que abriera los labios, y observando como él se fijaba en ellos mordiéndose su labio inferior con fuerza. Quise desprenderme de las ataduras de la timidez, rodear mis brazos por su cuello y enterrar mi boca en la suya hasta que los dos perdiésemos la locura por ese beso. Pero estaba segura de que me rechazaría. Y no creía que pudiera soportar su rechazo. Podía tocarme, podía excitarme de mil formas con sus manos y hacerme tocar el cielo, pero lo que quería ahora mismo no podía dármelo. Nunca de hecho. Y eso me irritó, demasiado. Mis ojos se desviaron hacia la carretera logrando *romper* la conexión.

—Las... las vacas ya no están —señalé con un dedo el camino tartamudeando.

Agachó la cabeza negando en un gesto, mientras retiraba despacio su mano de mi rostro y se acomodaba en su asiento. Con un movimiento elegante volvió a encender el motor sin apartar esos segundos sus ojos de mí, que observaba la tapicería con la cara encendida de vergüenza.

¿Había intentado besarme? No, tenía que ser imposible.

No volvimos a hablar, lo que me produjo una tranquilidad, y decidí enviarle un mensaje a Carla.

**Adalia Knightley 3 de Marzo 12:43**

*No te lo vas a creer, pero Darién (el gigoló) al final decidió venir conmigo a Irlanda. En cuanto llegue a la mansión te cuento más. Besos, Ada.*

Dejando de escribir, mis ojos volaron hacia la ventanilla. Vi pasar ante mis ojos una *cruz celta* situada en el arcén de la carretera. Tragué un suspiro amargo. Y cabizbaja, me puse a pensar. Irlanda... una tierra celta con innumerables hechos históricos y leyendas fantásticas. Una tierra propia de

una belleza inexpugnable. Llamada a veces la *Isla Esmeralda* por su intenso color verde que destellaban sus vastas praderas. En este mismo mes de marzo se celebraría el día de *San Patricio*. Uno de los días más especiales para los irlandeses para conmemorar al santo patrón de Irlanda. No sé si el 17 estaría aún en Irlanda para celebrar con los demás irlandeses ese día. La verdad es que no sabía que me depararía de aquí a ese día. Me froté la frente inquieta intentando recordar. Recordar cuantas veces había celebrado ese día con mi familia. Mi mente se negaba a *disipar* la niebla que opacaba mis recuerdos. Sonreí bajo un mar de tristeza. ¿Por qué seguía siendo tan absurda en intentar recordar? No pude recordar nada en seis años. ¿Qué diferencia habría ahora?

Eché de nuevo una rápida mirada a Darién sin que se diera cuenta. Seguía callado y atento a la carretera. ¿Por qué antes se había acercado de esa forma a mí? ¿Por qué había mirado con tanta intensidad mi anillo?

Lié un mechón de mi pelo entre mis dedos mientras me perdía en mis pensamientos. A seis kilómetros de la mansión de mis padres se encontraba Killarney. Una de las ciudades más turísticas de toda Irlanda, por detrás de Dublín. Aunque Killarney fuera una ciudad pequeña, era muy pintoresca y viva por su música, y la vida nocturna. Yo era *irlandesa* y por desgracia no me sentía identificada con mi tierra, ni tampoco me sentía americana por estar viviendo en los Estados Unidos. Era una melancolía que embargaba mi corazón de solo saber que la primera hoja de mi destino, estaba en blanco. Y que con el paso de los años sabía que no podría retomarla y partir desde un punto, para poder reconducir mi vida y lograr al fin decir: «*vuelvo a ser la Adalia que fui.*»

Recostada sobre el asiento admirando el paisaje, vi pasar un letrero que ponía:

### ***Bienvenido al condado de Kerry***

Una vorágine de sensaciones me produjo una incomodidad en mi pecho que no tenía intención de marcharse. No conocía nada del condado de Kerry. Puede que en mi pasado cuando vivía aquí supiera hasta el *rincón* más escondido del condado. Pero esa pena que se marchitaba en mi corazón día tras día por no recordar, se fue secando hasta volverse un triste reflejo de mi ser atormentado. Kerry era conocida por la ruta de 170km llamada *Ring of Kerry*, donde según dicen se contemplaban los paisajes más bellos. Un dato

curioso que encontré por *San Google*, fue una frase que decía: *Kerry es más que un simple condado. Es un reino*. Los turistas que habían pasado por aquí expresaban que era simplemente irresistible. Según la información que recogí, nadie sabía a ciencia cierta porque a Kerry se le llamaba «*el Reino*.»

Algunos decían que eran palabras de tiempos *inmemoriales*.

No tan lejos de la mansión de mis padres se hallaba El Parque Nacional de Killarney; el primer parque en establecerse en Irlanda. Donde robles, ríos, ciervos rojos y la gran variedad de especies... se expandían por ese bello paisaje sin coartar su libertad. Me preguntaba si alguna vez yo visité ese lugar. Era triste no recordarlo. Ni apenas tener una vaga sensación de que estuve allí.

Siempre había tratado de *dibujarme*, pero no sé quién era. No podía dibujarme sin saber quién era de verdad.

—¿Tienes novio, Adalia? —me preguntó con seriedad.

Levanté los ojos esfumándose mis pensamientos tan profundos, mirándolo. Él no lo hacía. Pulsé el botón táctil de «enviar» de mi móvil sin mirarlo apenas. Ni siquiera me había dado cuenta de que no se lo había enviado a Carla.

—¿A qué viene esa pregunta? —quise asegurarme antes.

—Llámalo curiosidad masculina.

—Y tú Darién, ¿tienes novia?

Soltó una risa al ver mi tono seco.

—Con mi trabajo es difícil. No la tengo.

¿Por qué me aliviaba saber que no tenía una novia oficial a pesar de todo?

—Pues yo tampoco tengo pareja ni nada. Ya te dije en mi despacho que no salgo con nadie —en realidad no sabía si alguna vez tuve algo con algún chico, pero eso preferí no soltarlo—. Pero parece que todos tienen un objetivo conmigo, utilizarme para hacerse famosos.

—Sí, es inevitable haberte visto en algún que otro periódico. Si quieres una verdad, esos hombres son muy imbéciles porque no vieron la verdadera belleza que hay en ti.

Me quedé mirando el lado de mi ventanilla sintiéndome arder. Darién debería dejar de alagarme, eso no era nada bueno para mí.

—Y a esos imbéciles se le suma otro —susurré recordándolo mientras veía pasar las praderas.

—¿Cómo has dicho? —parecía que Darién me había escuchado.

Suspiré con pesar.

—El subdirector de marketing de la empresa Knightley, Ryan Hunt. Lo escuché por casualidad llamarme mojigata y que no valía nada básicamente. Qué jamás saldría conmigo. Y unas cuantas cosas más desagradables. Él y su secretario se mofaban de mí en el aseo de caballeros, y seguramente esa no sería la primera vez. De cara a mí un caballero y un capullo a mis espaldas. Debí imaginarlo.

Cuando giré mi rostro hacía Darién estaba impasible, mis ojos viajaron hacia sus manos que se agarraban al volante con fuerza, teniendo los nudillos blancos. Fruncí el ceño.

—¿Te gusta? ¿O es posible que lo ames? —me preguntó serio y entre dientes.

—¿Qué? ¡Por supuesto que ninguna de las dos cosas!

Negué con la cabeza por sus absurdas preguntas.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Ryan Hunt. ¿Por qué?

Se encogió de hombros con aspecto más relajado.

—Curiosidad.

Todo era curiosidad para Darién.

—¿Qué tuviste con tus anteriores pretendientes?

*Pregunta directa.* Pensé desconcertada.

—¿Pretendientes? Nunca tuve ni uno. Liam lo intentó, pero jamás salí con él —obvié decirle lo que intentó en verdad conmigo. No creí que le importara, porque era algo más personal—. Esto va así, Barry, Eduardo, Liam y también Rodolfo, solo quisieron acercarse a mí para salir en las portadas de las

revistas. Pero jamás lo permití. Tengo una cosa que se llama dignidad y personalidad. No me dejo pisotear por nadie.

—Y por eso yo te admiro mucho —volvió su mirada hacia mí.

En ese instante mis mejillas se encendieron y sentí como mi sangre ardía bajo mi piel. Hechizada por su mirada, parpadeé nerviosa mirando cualquier parte del vehículo para alejarme de su *enigmática* mirada.

—¿Puedes... puedes bajar un poco la calefacción? Tengo mucho calor.

Sabía cuánto sonreía, pero no dejé de mirar al frente.

—Claro —llevó su mano hacia la pantallita LCD bajando los grados.

A este ritmo me iba a derretir antes de que llegara el verano.

—Tal vez a ese patán de Ryan le pase como a los otros imbéciles que te intentaron utilizar.

No entendía nada.

—En un periódico que leí ayer, ponía que ese tal Rodolfo le habían metido una palizada.

—Oh, Dios mío. No lo sabía —me quedé perpleja.

—Bueno, ya sabes que a los periódicos les gusta exagerar para crear más morbo, por lo que vi solo tenía un ojo morado. Parece que tienes un protector, alguien que no le gusta que se metan contigo. Porque casualmente a los anteriores también les pasó algo similar. ¿Cómo lo apodan? Ah sí, *El Protector Fantasma*. Porque nunca ha sido visto y sus víctimas son tan cobardes que ni lo denunciaron.

Sí, recordaba algo parecido en meses anteriores con Liam, Barry y Eduardo. La prensa me *vinculaba* con un hombre extraño que según ellos, me protegía de esos desgraciados.

—No creo que tenga nada que ver conmigo. Y si así fuera esa persona no debería inmiscuirse en mi vida. No me conoce de nada.

Darién negó con la cabeza sonriendo mientras conducía con una mano.

—¿Qué?

—Nada —dijo.

Me volví a poner sobre el respaldo del asiento algo inquieta. Él me había solo hablado de sus reglas explícitas y yo de los hombres que intentaron utilizarme. No sé si esto era un acercamiento o lo había alejado más de mí. *Adalia, ata tu lengua la próxima vez.* Pensé sin tener remedio.

El resto del camino lo hicimos en silencio, hasta que llegamos a la mansión. Darién me señaló en un gesto que nuestras maletas ya estaban en la entrada. A quién se lo encargara había sido más rápido que nosotros.

Sabía que me sentiría nostálgica llegado el momento. Y así fue cuando bajé del deportivo. Tenía el corazón acelerado, temblaba como un flan, y mis ojos estaban bien abiertos... Todo lo que me rodeaba volvía a ser nuevo para mí. Caminé unos pasos hasta detenerme frente a la gran mansión con mi maleta al lado.

Era esplendorosa y de dos plantas, y me sorprendía lo bien que se mantenía para el porrón de años que tenía. Tantos años que viví aquí, y no tenía un recuerdo de este lugar. *Nada.* Cerré los ojos intentando visualizarme aquí, recordar algo, aunque fuera lo más mínimo, algo que me diera *esperanzas.* Pero no pude. Y solté un débil suspiro. Hacía tiempo que había dejado de ilusionarme.

Pero me encantaba estar aquí. Mi corazón era el único que se alegraba. Y eso era una muy buena *señal.*

Me di una vuelta sonriendo al ver los terrenos bien cuidados cubiertos de césped, la vitalidad de los árboles que rodeaban la mansión, los setos podados, y la diversa vegetación que le daba vida a este *mágico* y apartado lugar que me dejaba deslumbrada. Inspiré el aire puro sintiéndome plena. ¿Por qué tuvimos que irnos de aquí? Esto era mucho mejor que Los Ángeles. Aquí sentías... *paz.*

Cuando miré a Darién dejé de sonreír al ver su rostro serio mirando la mansión. ¿Ahora que mosca le había picado? Había luces encendidas en el interior de la mansión y supuse que Alfred y las dos sirvientas estarían dentro.

—¿Los ricos no podéis vivir en menos de cien metros cuadrados? —soltó sarcástico de lo enorme que era.

Sonreí por su comentario.

—Aunque...

Su mano acarició su barbilla entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa?

—Ya me acuerdo de esta mansión.

Abrí más los ojos, atónita.

—¿Cómo que te acuerdas! ¿Acaso tú has vivido aquí?

Negó con la cabeza.

—No, lo leí acerca de lo que ocurrió hace doscientos años en esta mansión.

—¿Qué ocurrió? —supe que me arrepentiría de preguntar.

Se encogió de hombros con aspecto tranquilo.

—Nada especial, que la familia murió por la peste y ahora sus espíritus vagan errantes y enfadados por toda la mansión esperando perturbar a los vivos —se puso detrás de mí susurrándome lo último en el oído—. Dicen que lo que más se oye es a una niña llorar por la noche en algún rincón de la mansión.

Mi boca se desencajó recorriéndome un escalofrío por la nuca. ¿Por qué papá nunca me dijo nada de la antigua historia de esta mansión? O sea de nuestros antepasados. Algo como: *Hey cielo, la mansión de mi abuelo está infectada de espíritus, ándate con ojo. ¿Y por qué tuve que elegir este destino para pasar unas idílicas semanas? Algo me acarició la nuca y salté despavorida mirando detrás de mí si hallar nada.*

—O tal vez nos encontremos con una Banshee. Quién sabe. Irlanda esconde muchos secretos —dijo a mi lado.

¿Una *Banshee*? ¿Esa leyenda en la que afirmaban que una Banshee tenía aspecto de mujer y que ningún irlandés quería verla por la forma en que gemía con lamento? ¿Porque presagiaban el fallecimiento de una persona querida?

Temblé de miedo.

—Es lo último que necesitaba oír. ¡Me voy!

—Ah, no —me cogió de la cintura volviéndome a poner a su lado—. Estamos aquí. Y de aquí no nos movemos. Estando yo aquí, no te ocurrirá

nada. Te protegeré con mi honor —dijo con cierta ironía en su tono.

Lo miré con recelo.

—Déjame que dude por favor.

Sus ojos divertidos no dejaron de mirarme.

—Puede que tengas razón, puede que al final acabemos como en las películas y nadie crea nada de lo que intentemos demostrar. O cuando intentemos salir de la mansión nunca jamás podremos hacerlo, porque esos espíritus errantes nos habrán arrastrado a las tenebrosas penumbras del Otro Mundo.

Si pretendía asustarme, lo había conseguido. ¿Y yo tenía que dormir sola en una habitación que probablemente habría muerto alguno de mis antepasados?

Sacudió la cabeza riéndose por lo espantada que estaba.

—Yo te protejo.

Cogió mi mano sin darme tiempo a reaccionar.

—¿Entramos? —señaló la entrada.

Si no fuera por su fuerza de voluntad yo ya estaría corriendo lejos de este lugar. Arrepintiéndome por momentos, asentí.



## Muckcross-Knightley House

La puerta se abrió antes de que llegáramos. El hombre en recibirnos fue Alfred, el amigable y fiel mayordomo de unos sesenta y siete años, de pelo blanco y ojos grises. Casi siempre solía mantener una ceja elevada: un peculiar gesto suyo.

—Señorita Knightley. Espero que haya tenido un vuelo agradable —agachó leve la cabeza como muestra de bienvenida, pero levantó su mirada gris mirando al acompañante de mi lado.

—Lo ha sido —quitando los momentos en que Darién me había irritado hasta desear estrangularlo—. Alfred, este es Darién un... un amigo —dije simplemente.

Darién se quedó quieto con total indecisión, mirando a Alfred. En realidad ambos se miraban sin apartar la mirada. ¿Se desafiaban? Y no pude *descifrar* por qué Alfred palideció de un momento a otro cuando nombré a Darién. Fruncí el ceño por sus comportamientos. Alfred recobró su compostura llevándose un puño cerca de los labios, aclarándose la garganta.

—Señor Darién, encantado —hizo la misma reverencia para él.

Detrás de Alfred estaban Olivia y Mary quietecitas y rectas. Olivia era de mi misma edad, algo revoltosa y nada paciente, le gustaba recogerse muy a menudo su cabello rubio en un moño. Mary era su hermana pequeña, ella era más tímida que Olivia y menos olvidadiza con las tareas del hogar. Llevaba su pelo castaño corto por los hombros y ahora no dejaba de retocar su delantal al estar nerviosa mirando con timidez a Darién.

—¿Puedo dar una vuelta por la mansión? —me pidió Darién con curiosidad.

—Claro, como en tu casa —indiqué, y se marchó por un pasillo perdiéndose.

Bien, sin Darién delante podía aclarar dudas.

—Alfred, espero tener tú confianza al traerme un amigo y que mi padre no

lo sepa. ¿Puedo confiar en ti, en vosotros? —terminé mirando a Mary y Olivia.

—Por supuesto, no debe dudar de nosotros. No diremos nada —admitió Alfred inclinando leve la cabeza como respuesta.

—¿Tiene la señorita algún equipaje? —preguntó Olivia.

—Eh, sí, afuera están las maletas —le apunté recorriendo con la mirada la estancia.

—¡Venga, señoritas, a que esperan! —dio una palmada en el aire Alfred para espabilar a Mary y Olivia.

Ellas dieron un respingón caminando unidas sin despegarse, siguiendo a Alfred hacia fuera.

Caminé por la moqueta observando con detenimiento el recibidor y la enorme escalera central que había nada más al entrar a la mansión. Acaricié la barandilla de caoba observando la alfombra granate que ascendía sobre las escaleras, y los cuatro pasillos que se perdían en una inmensidad hacia un rumbo desconocido lleno de puertas.

Hice un recorrido por la mansión, creí que me encontraría con Darién pero no llegamos a vernos. Vi un clásico salón de baile, un salón de té, el salón principal, una biblioteca que conectaba con la segunda planta, un despacho e infinidad de habitaciones para huéspedes. Las habitaciones eran amplias, destacando sus techos en forma de bóvedas decorados en mármol y oro.

La decoración de la mansión tenía un estilo imperio, destacando con mucha alusión los muebles de caoba con adornos de bronce dorado. Observé que la chimenea estaba encendida calentando la estancia del salón principal.

Quise recordar mi infancia, pero algo *obstruía* los recuerdos. Ni siquiera sé por qué lo volvía a intentar. Papá había añadido un par de cosas a esta mansión, como una piscina en el interior en una de las habitaciones. Con los climas de Irlanda era mejor que estuviera dentro.

Rocé las paredes y creí que al tacto sentiría algo, un *pequeño recuerdo...* pero nada.

Solté un suspiro afligido.

Terminé mi recorrido en un estudio de pintura donde me embargó la

melancólica, pues era posible que en antaño hubiera sido mío. La risa risueña de una niña se hizo eco en mis oídos girando en torno a mí. Grité espantada agitando las manos y volviéndome hacia donde creí oírla. Y achicada por el miedo, no vi nada. Suspiré poniéndome una mano en el corazón. Ya estaba volviéndome paranoica. Habría jurado oír la risa de una niña. *Oh, Dios.* La niña. Darién habló de una niña. Comencé a respirar deprisa caminando hacia atrás. Y mi espalda chocó contra algo que hizo que soltara mi segundo grito más aterrador. Al ver que no podía liberarme, y sintiendo como presionaba mi cintura, intenté darle codazos.

—Hey, hey, que no soy un espíritu —unos fuertes brazos detuvieron mis alocadas manos que sacudía en el aire.

Dándome la vuelta con rapidez, me puso contra él aún agitando mis brazos.

—Muy gracioso —dije entre dientes muy irritada.

—¿Asustada, banphrionsa? —torció una sonrisa.

Entrecerré los ojos liberándome de sus brazos y dando un paso hacia atrás.

—Pues no. Y no creo en tus historietas sobre niñas fantasma.

Su sonrisa descarada no la perdió y me irritaba que se burlase así de mí. Con aspecto relajado y guardando sus manos en los bolsillos de sus pantalones, paseó por la estancia mirando cada detalle del estudio de pintura.

—Oí que eres pintora.

¡Maldita prensa! Incómoda, me crucé de brazos aclarándome la garganta.

—No ejerzo esa profesión. No me siento inspirada.

*Desde hace mucho tiempo,* terminé para mis adentros.

—Humm —expresó rozando con sus dedos una tela que cubría un mueble.

—No eres americano, ¿verdad?

—¿Otra vez metiéndote en mi vida, Adalia? —fue tan directo que no lo esperé.

—Tú debes saber mucho de mí. Por las revistas, digo. Y el noventa y nueve por ciento mienten. Por no decir el cien.

Detuvo su recorrido volviéndose hacia mí con una mirada inescrutable y

teniendo un aspecto desafiante. Tragué saliva chocando mi espalda contra la pared a la vez que nuestros cuerpos los separaba un escaso centímetro.

—Se mucho. Pero mucho de ti. Y no soy un aficionado a los chismes.

*Mmm.* ¿Y eso cómo tenía que interpretarlo?

Su rostro se inclinó más hacia el mío robándome el aliento, dejando en ambos lados de mi rostro sus manos sobre la pared. Sentía la férrea necesidad de sujetarme a sus brazos, porque en cualquier momento me evaporaría.

—¿Sabes lo que hago con las chicas tan curiosas? —su voz era grave y seductora.

Tragué saliva. ¿Eso era bueno o malo? Ay, madre mía.

—¿Te las comes? —tartamudeé al final.

Sin entenderlo, estalló en una carcajada desapareciendo la tensión de mi cuerpo al retirarse un paso hacia atrás.

—Siempre encuentras el momento justo para hacerme reír. Tu ingenuidad va atraerme problemas.

Parpadeé de seguido un par de veces, confusa.

—Solo quiero saber un poco de ti. Tu edad, tu apellido... ¿qué tiene de malo?

—Recuerda la regla número uno —dijo en un tono seco.

Suspiré negando con la cabeza y con una enorme irritación.

—Pues cuando tú me pidas información sobre mí, te diré que no —me puse brava sin saber por qué poniendo los brazos en jarras.

—¿Es un desafío? —ensombreció su rostro no tomándoselo bien.

—Tómalo como quieras, Darién.

—Bien.

¿Sólo bien? ¿De qué iba? ¿Por qué no podía ser tan amable como la noche en la que me rescató?

Malhumorada, me aparté y salí del estudio de pintura. Busqué a Alfred para que me mostrara cual era mi habitación en la segunda planta (la que tenía aquí

cuando vivía) y que tristemente no recordaba. Una vez frente a la puerta blanca de bordes dorados, suspiré y abrí. La habitación grande parecía de ensueño, me gustaba el color crema de las paredes, y el toque dorado de algunos muebles. Rocé con mis dedos el tocador de un elegante diseño mirándome un momento en el espejo. Fue mi habitación desde que era una niña. Aquí tuve que *vivir* tantas emociones, sobre esa cama, la miré melancólica, habría llorado infinidad de veces por cualquier sentimiento ahora desaparecido.

Ensimismada y mirando por una de las tres ventanas, Olivia entró con mi enorme maleta. Me saludó con una reverencia y se giró hacia el vestidor para encargarse de mi equipaje. Al poco de unos minutos, le pregunté donde había decidido dormir Darién. Y me señaló que se instalaría en la habitación que se ubicaba al final del pasillo (o sea a cuatro puertas de mí), la cual él había elegido cuidadosamente.

¿Quería estar alejado de mí? ¿No podía instalarse más cerca? ¿Me estaría rehuendo? Despejé mis pensamientos. *Tonterías.*

—¿Y por qué me importa? —murmuré para mis adentros.

Olivia fue encargándose de mi equipaje guardándolo en el vestidor. Y era posible que Mary estuviera encargándose del equipaje de Darién.

—Nueva ropa señorita, es muy bonita —me aseguró fascinada Olivia doblándola con delicadeza.

—Sí, lo es —me perdí pensando en Darién.

¿Estaría en su habitación?

Quise averiguarlo. Crucé el pasillo hasta llegar a su habitación tocando la puerta.

—Adelante.

Esa era la voz de Mary. Entrando, observé la estancia frunciendo el ceño.

—Mary, ¿dónde está Darién?

—Me dijo que quería dar una vuelta por los alrededores de la mansión. ¿Desea tomar algo, señorita?

—No, no tengo mucha hambre, gracias.

*Humm... Él no conocía estos terrenos. ¿Por qué quería recorrerlos?*

Había picoteado algo en el avión, y el estómago me revoloteaba por una simple razón, la cual llevaba un solo nombre. Y sin más remedio, regresé a mi habitación. Buscarlo sería como darle indicios de que quería encontrarlo y estar con él, y no tenía ganas de que otra vez le saliera ese lado patán que tenía. Revisando mi iPhone, vi dos mensajes de Carla.

**Carla O'Brien 3 de Marzo 13:34**

*¡¡Ahh... no lo puedo creer!! Está allí contigo, que suerte tienes. Sabía que al final él no podría resistirse ante ti. Este gigoló es una caja de sorpresas. Tremendo bombón tendrás a tus pies.*

Reí por ese comentario y por el próximo.

**Carla O'Brien 3 de Marzo 13:38**

*Oye ya estás tardando mucho en decirme algo. Me conoces. Ya sabes como soy de impaciente. ¿Quieres que te llene de mensajes tu móvil? Contéstame, contéstame, contéstame, contéstame...*

**Adalia Knightley 3 de Marzo 15:12**

*No lo quiero a mis pies. Pero tiene unas reglas básicas, la principal: que no besa a sus clientas.*

Suspiré sentándome sobre la cama. Mi iPhone comenzó a sonar siendo una llamada. Era Carla.

—¿Como que no besa? No lo entiendo.

—Si no lo entiendes tú, menos yo. Es una regla explícita y que al parecer nunca ha roto.

Obvié comentar las otras dos reglas.

—Qué raro. Pero al menos lo tienes allí, tal vez...

—Deja ese tal vez inconcluso porque te conozco. No pasará absolutamente nada.

—Oye, a ver si este gigoló es un pervertido sexual de los que aparentan ser

caballeros, pero luego de caballeros tienen solo el traje de etiqueta.

Me quedé mirando al techo con la boca abierta.

—¿Qué clase de novelas lees últimamente! Vuelve a tu género Highland porque se te está yendo un poco la pinza.

Ella bufó.

—No te metas con mis highlanders porque entonces me meto yo con los tuyos ingleses estirados, porque tus preferidos son esos en el género histórico.

—Mis ingleses son mejores que tus escoceses, admítelo —sonreí deseando picarla.

—¡Jamás! —Alzó la voz—. Y no caeré Ada, se lo que pretendes. Respecto al gigoló, era una broma, tú todas las bromas las tomas muy a pecho.

—Pues claro que Darién no es un pervertido —apoyé mis codos en la cama, distraída—, tú tienes una mente muy sucia...

Dejé de hablar. Di un respingón saltando de la cama y quedándome totalmente enmudecida. Mi respiración tanto como mi corazón se agitaron. Darién estaba apoyado contra la puerta con aspecto relajado, sin apartar sus ojos de los míos. *Santo Dios*. ¿Desde cuándo estaba ahí? Oí que Carla me llamaba preocupada.

—Carla... tengo que colgarte. Adiós.

Apreté mi móvil entre mis manos. Su expresión no podía descifrarla. Me miraba sin hablarme, lo que triplicaba mi nerviosismo. Maldición, debí cerrar la puerta con pestillo.

—¿Desde cuándo estás ahí? —tartamudeé señalando.

Tardó en responderme descruzando sus brazos.

—Un poco antes de saber que te gustan más los ingleses que los escoses.

Cerré los ojos. No podía ser. Entonces lo había oído todo.

—Darién yo... —miré al suelo buscando la manera de disculparme.

Y sentí que la puerta se cerraba. Alzando los ojos hacia su encuentro, no estaba. Me inquieté. Se había enfadado y con mucha razón, era una tremenda bocaza. ¿Cómo se me ocurría decir semejante infamia sin conocerlo? Con

desgana y con ganas de patalear, me eché sobre mi cama. Esto otra vez no empezaba nada bien.

No tenía en mente una clara disculpa para lo tonta que había sido, y mientras la buscaba, ordené mi habitación dejando todo lo que me había traído en su correspondiente lugar. Después decidí darme un baño y aun así con ello seguí enojada conmigo. Había escuchado de mis labios la palabra *perverso*. Nada bueno debía estar pensando de mí. Con el cuerpo alterado, salí de la bañera envolviéndome en mi albornoz y abriendo la puerta del baño.

Di un jadeo asustada poniéndome una mano en la boca. El corazón volvió a tener un exceso de aceleración y la sangre bulló por mis venas. Darién estaba inclinado sobre la pared, descansando con elegancia cerca de la puerta, observándome.

No pude avanzar al sentirme presa de mi miedo. *Como demonios...*

—Menos mal que no has salido desnuda, los perversos no suelen contenerse —se divertía mirándome con profundidad.

La boca se me secó.

Cerré más el albornoz sobre mi cuello con incomodidad.

—¿Cómo entras sin que te oiga? ¿No deberías pedir permiso antes de entrar? —tartamudeé mirando la madera del suelo.

—¿Desde cuándo lo he hecho? Además por un tiempo indefinido soy tu gigoló. Eso significa mucho.

—Y yo te repito que no son los servicios que acostumbras.

—Ah, lo olvidaba. Solo quieres mi compañía —se acercó a mí despacio sin dejarme tiempo a pensar, y en nada de tiempo lo tuve a centímetros de mí agarrándome de los brazos, pero mi mente me aclaró que él no besaba y en parte me decepcioné. La chispa de diversión no se reflejaba en su rostro—. Lo que me lleva a pensar, ¿quieres darle celos a un hombre, Adalia? ¿A ese tal Ryan, por ejemplo?

—¡Por supuesto que no! Qué clase de mujer crees que soy —me sacudí dos veces, irritada.

—No lo sé, eso intento averiguar —dijo más serio.



—Puedes marcharte cuando quieras Darién, yo no te retengo. Tú tienes tus reglas y yo tengo las mías. La próxima vez toca la puerta antes de entrar.

Sonrió y esa sonrisa me hizo desearlo como en anteriores veces. Se relamió el labio inferior soltándome.

—Solo venía a decirte que mañana haré una inspección más a fondo de los terrenos —¿qué le ocurría con los terrenos de los alrededores de la mansión? ¿Por qué tanto interés? Cuando iba abrir la boca, cogió una de mis manos, besándola. De mi mente se esfumó cualquier pregunta, recorriéndome un dulce y excitante cosquilleo por el cuerpo—. Mis disculpas por esta intromisión. Buenas noches, banphrionsa.

Se dio la vuelta dejándome embotada.

—Ah, y no soy un pervertido —se volvió lo justo para desarmarme con su sonrisa seductora.

Me quedé fría observando cómo se marchaba de la habitación. Inflé mis mejillas, enojada. Tantas veces al *filo* de mis labios y ni se atrevía a dignarse a besarme. Cerré los ojos imaginándolo y era mucho peor que la realidad. Por qué lo deseaba, sí, lo deseaba con frenesí. ¿Cómo un hombre podía removerme tanto sin apenas conocerlo?

Me eché sobre mi cama ahogando un grito en la almohada y pataleando como si fuera una niña. Durante un rato estuve mirando el techo ensimisma, hasta que mis ojos rodaron hacia la mesita de noche.

Me había traído las cartas conmigo. Esas malditas cartas que no me dejaban vivir. Rodando por la cama, estiré mi brazo y abrí el cajoncito sacando el puñado de cartas. Eran cuatro. Y tenían forma de pergamino.

***Adalia:***

***No soy una persona loca. Solo soy una persona que desea ayudarte. Tú no tuviste la culpa de tu accidente. Es una maldición que pesa sobre ti. Por favor no hables con nadie sobre esta carta.***

***Es por tu seguridad.***

***Hope***

*Adalia:*

*Has tenido suerte y solo has estado dormida un mes. ¿Pero te sientes diferente? Apuesto a que no te sientes igual. Como te dije, tu accidente no fue una mera casualidad. Puedes tacharme de persona loca si quieres.*

*Pero te aseguro que todo lo entenderás a su tiempo.*

*Hope*

*Adalia:*

*Veó que deseas seguir recibiendo mis cartas. Espero que no hayas comentado con nadie que te escribo. Correrías peligro. Seguramente no recordarás nada de tu pasado. Cuando caes en coma te suele suceder. Cada diez años caes en coma. La primera vez fue cuando tenías diez años. Tuviste suerte de que solo fueran unos días y que él estuviera cerca de ti. Ahora que no está... todo es más complicado para ti. Y cada día será más imborrable que con el paso del tiempo, no puedas recordar nada de tu vida.*

*Adalia, eres una persona muy especial.*

*Hope*

*Adalia:*

*No te obsesiones con tu maldición. Porque inevitablemente lo es. Llevas en tu sangre un legado de hace miles de años, una Profecía que aún duerme. Sé que parece un disparate. Lo que para la ciencia sería una enfermedad extraña, para mí es una maldición. ¿Existe una cura a lo que te ocurre? Es posible. Pero no puedo asegurártelo y crearte falsas esperanzas. Llegará un momento en que nos veremos las caras. Pero no ahora. No en un largo tiempo. Sé paciente. Solo intento ayudarte. Ya no volveré a escribirte, esta es la última carta. Pero cuídate. Al menos estás segura en esa tierra que te aleja de la tuya. Por favor, no vuelvas a Irlanda, no sin él. Es por tu bien.*

*Hope.*

Siempre terminaba llorando después de leer la última carta. Una lágrima se deslizó por mi mejilla cayendo sobre el papel. Esa persona que me escribió

estas cartas hacía menos de seis años, había hecho que me obsesionara. Me fue dejando una cada semana en el alféizar de mi ventana de la mansión de Los Ángeles. Cuando regresaba de las pruebas que me realizaban en el hospital para hallar mi problema sobre mi amnesia. Si nunca se filtró en la prensa que caí en coma y muchos menos que había perdido mis recuerdos, ¿cómo esa persona supo que caí en el Sueño Profundo y desperté un mes después? ¿Quién era? No era uno de mis familiares. No los creía tan viles. Firmaba como Hope. ¿Quién sería Hope? ¿Yo maldita? Si se lo dijera a una persona con dos dedos de frente, me diría que vivía en los Mundos de Yupi creando mis fantasías. Era una *locura*. Pero lo que me contó Flor acerca de lo me ocurrió cuando cumplí los diez años... ya no me parecía una locura.

Esa persona en las cartas hablaba de alguien. Él. ¿Un hombre? ¿Se trataba de un hombre? Y me aconsejaba que no volviera a Irlanda. ¿Por qué? ¿Por qué no darme más detalles?

Haciéndome un ovillo sobre la cama y aferrando esas cartas, las volví a leer una vez más para ver si se me había pasado algo. Desde mis profundos pesares, oí el relinche de un caballo, pero fue como un mormullo para mis oídos y pasó desapercibido. Pero en mi interna depresión, no hallé nada en *clave* en las cartas y me quedé dormida apuñalándome la tristeza una vez más, sobre mi corazón.

*Una bruma espesa me envolvió, la luz blanca me cegó por momentos y volví a sentir en mi espalda como ese hombre me llamaba «banphrionsa», pero antes de que me diese cuenta, ese sueño desapareció no dándome espacio a entenderlo.*

*Estaba corriendo como si huyera, pero pronto descubrí que era para alcanzar algo. Sabía que era un sueño. Y que no saldría de él tan fácilmente. Corría entre los árboles dejándome el aliento, hacía frío, las hojas crujían bajo mis pisadas perdiéndose en un eco. Lo buscaba a él, sí... era otra vez ese chico. Thief. Llegué a un claro deteniéndome sorprendida, y maravillándome encontrar otra vez la torre. Este lugar se parecía mucho a un cuento de hadas. Bajando la mirada, él me daba la espalda, separándonos diez metros.*

*No sabía cómo se llamaba. Solo que lo llamaba Thief y me daba la sensación de que ese no era su verdadero nombre. No sabía cómo hablarle. Él me percibió y giró solo un poco su rostro mirándome por encima del hombro, y otra vez el sol lo opacaba. Maldije por lo bajo.*

*—¿Quién eres? ¿Tu verdadero nombre es Thief? —le pregunté agitada.*

*—Que pronto te has olvidado de mí, Adalia.*

*Lo observé extrañada.*

*—No te entiendo. ¡Quién eres! ¡Por qué apareces en mis sueños!*

*—Poco a poco te estás desprendiendo de mí.*

*Jamás lo había visto en esta actitud tan fría y distante. Me encantaba cuando me abrazaba contra él o me acariciaba el rostro, aunque no pudiera visualizarle del todo. Me sentía segura. Ahora me dolía su distancia. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y desesperada por verlo, avancé hacia él sin medir las consecuencias. Antes de poder tocarlo, se evaporó llevándose el viento y dejándome con las manos alzadas y rota en mil pedazos.*

Una alarma me despertó del sueño incorporándome de la cama. Llevé mis manos a los ojos llenos de lágrimas, y apreté los labios sintiéndome tocada de mi corazón. Y volví a dejar mi rostro sobre la almohada, cansada. Estos sueños me estaban matando y lo peor de todo era que me dejaban muy vulnerable. ¿Quién sería ese chico? A veces me hacía sentir amada y otras veces como si lo hubiera *traicionado* siendo una vil bruja.

Abriendo los ojos, grité llena de sorpresa observando que había en la otra almohada. *Pero qué demonios...* ¿qué hacía una rosa sobre la almohada? Miré hacia la puerta. Estaba cerrada. El pestillo estaba correctamente para que nadie del exterior entrara. Que dos veces Darién entrara sin mi permiso me dejó inquieta. Aunque me dijera a mí misma que era todo absurdo encerrarse, cuando yo le había invitado a venir aquí conmigo. ¿Por qué me había dejado una rosa? La cogí oliéndola y transmitiéndome su aroma un *despertar* algo más agradable.

¿Cómo pudo entrar y dejarla sobre la almohada? ¿Acaso Darién era experto

en abrir cerrojos?

Salté de la cama para darme una ducha. Quería que el agua borrara la pesadilla que tuve pero fue imposible, estaba segura que durante todo el día ese chico y sus palabras me torturarían.

Cepillando mi pelo en el tocador, observé que eran casi las once de la mañana y que Darién estaría aún fuera. No entendía esa *curiosidad* por ver los alrededores. Yo también estaba decidida a dar un paseo, por lo que me dispuse a ponerme un conjunto deportivo de color marrón. Por lo que veía hoy el sol no saldría y parecía que en la noche había llovido. Cuando abrí la ventana, olí una intensa humedad en el ambiente, apoyándome un momento en el alféizar. Era muy agradable rellenar mis pulmones de un aire limpio. Sonreí mirando el paisaje pintoresco de infinitos verdes.

Y bajé a la cocina percibiendo el exquisito olor a pan tostado.

—Buenos días —dije contenta entrando.

Olivia y Mary que miraban por la ventana cuchicheando, saltaron asustadas por mi repentina entrada mirándome y agachando la cabeza.

—Buenos días, señorita Knightley —corearon a la vez guardando una sonrisa.

—¿Qué os ocurre, chicas? —quise saber sonriendo también.

Olivia echó un rápido vistazo por la ventana pero luego volvió a mirar al frente cogiendo color sus mejillas.

—Nada, señorita. ¿Desea desayunar en el salón principal?

—No Mary, lo haré aquí, podéis retiraros yo me encargo de servirme.

—Como guste —se inclinaron un poco y se marcharon con una mano en su boca sonriendo.

Papá me había dejado las dos sirvientas más cotillas y bulliciosas que podía existir, pero eran buenas chicas. Hice círculos en mi estómago mirando la variedad que había para desayunar en la mesa. Cogí un croissant devorándolo, y dándole un sorbito al café para no atragantarme.

Al final caminar por los terrenos de los Knightley me haría bien después de este desayuno. Con una tostada de mermelada, anduve fuera de la cocina

comiéndomela hasta el salón principal.

—Ves, es que está muy bueno...

—Oh, mira cómo se mueve y con una mano. Como derrocha masculinidad por todos sus poros.

Fruncí el ceño al oír las voces fascinadas de Olivia y Mary. Las encontré mirando a hurtadillas por una ventana, más bien parecía que espiaban algo en particular y que les gustaba, por sus suspiros y sonrisas que casi llegaban al desmayo. Tragué mi último bocado. Y di una palmada al aire con rigidez.

—¡Señoritas!

Las dos saltaron hacia arriba por mi estricta voz, dándose la vuelta a la misma vez. Puse mis manos en la cintura con una mirada de reproche, pero sin perder mi buen humor.

—¿Se puede saber qué hacéis?

Se miraron espantadas.

—Nosotras nada, señorita —habló Mary, agachando ambas la cabeza.

Entrecerré los ojos. Mentirosas. Y me hubiera gustado decírselo. Pero decidí no hacerlo. La cara de Olivia tenía una leve rojez en sus mejillas, algo había visto para ponerse tan colorada.

—Si no nos necesita. Nos retiramos, señorita Adalia —expresó Mary cogiendo del codo a Olivia cuando volvió a mirar hacia atrás por la ventana, soltando un suspiro. Cuando asentí con la cabeza, se fueron muy juntitas fuera del salón.

Sacudí la cabeza riéndome. ¡Cómo eran! ¿Qué estarían viendo con tanto interés que habían dejado de lado sus obligaciones? Llegué hasta la ventana picándome el *gusanillo* de la curiosidad.

Mi boca se abrió faltándome el aire para respirar. Ahora las entendía, y mucho. Darién no se encontraba investigando como supuse, sino en la parte de atrás de la mansión haciendo ejercicio. Fortaleciendo mucho más su musculatura. ¡Y sin camiseta! Apoyaba una mano en uno de los escalones de piedra, haciendo flexiones. Mordí mi labio inferior observándole fascinada, recorriendo mi mano por el cuello y sintiendo el despertar de los recuerdos

del día anterior, cuando tantas veces se rozaron nuestros labios. Ver como las gotas de sudor corrían de su frente, pasaban por su cuello y descendían al suelo por la fuerza bruta y salvaje con la que se ejercitaba... era volver a sentir mis deseos de tenerle.

Decidí salir al exterior. Oí como soltaba el aire de sus pulmones forzando su musculación. Sonreí desde arriba con las manos en los bolsillos de mi chaqueta, al estar él en el último escalón. Con la última flexión dio un salto ligero y suelto. Para él saltar sería tan fácil como respirar. Se rodeó sobre el cuello la toalla que había dejado a un lado, secándose parte de su rostro. Subiendo los escalones, desvió su atención hacia mí y no dudó en sonreírme.

—Buenos días, Adalia —dijo con una vitalidad envidiable.

—Buenos días —le devolví el saludo sonriéndole.

No le costó nada subir los pocos escalones, pero al volverme a mirar se fijó en mi rostro entrecerrando los ojos.

—¿Qué? —dije sonrojada.

—¿Te ves demasiado inocente?

¿Verme con ropa deportiva era ser inocente?

—¿Y eso cómo debo interpretarlo?

Dio un paso para mí hasta que nuestros rostros se quedaron a centímetros.

—Que te veas tan inocente es peligroso.

—¿Para quién? —le seguí el juego.

Dio otra paso más y me paralicé, al ver su rostro a escasos centímetros del mío.

—Para los hombres perversos.

—Y tú eres... —me quedé sin aliento.

Se encogió de hombros agarrando con las manos la toalla que tenía detrás de su cuello. Intenté por todos los medios no perderme en esa V de su cuerpo que tenía tan cerca de mí. Para hacer un poco de frío, yo estaba pasando un calor infernal en mi interior.

—Te mentaría si te dijera que yo soy un santo.

*Yo no quiero que seas un santo.* Pensé. Dando instintivamente un pequeño paso para marcharme, me detuve al ver su torso. En lo primero que me fijé fue en el nombre tatuado que tenía encima del pectoral izquierdo: *Kisa*. Era el nombre exacto que ponía. En su hombro derecho tenía una pequeña quemadura, y siguiendo mi mirada hacia su costado izquierdo tenía una cicatriz y otra más rozando su pezón derecho.

—¿Quién es Kisa? —la pregunta se escapó de mis labios.

Él se miró el nombre.

—No hay nada como tener tatuado en mi pecho el nombre de la mujer que amé y que me traicionó.

La impresión se reflejó en mí. Oh, Dios, eso sonaba tan *oscuro*. ¿Por qué me había contado eso? ¿No formaba parte de su vida privada? No supe que decirle, había sentido un atisbo de tristeza en su voz e inexplicablemente me dolió que una mujer hiciera daño a Darién. Asentí inspirando aire, mirando todo el exterior.

—Lo siento.

—Bah. No tiene importancia. La vida sigue —lo dijo como si fuera cierto.

—¿Haces deporte con frecuencia? —quise cambiar de tema.

—Todos los días —respondió.—¿Y tú?

—De vez en cuando. Es sano hacer deporte, de hecho me iba a dar una vuelta por el bosque.

Señalé una dirección y Darién se quedó unos segundos mirándola, serio.

—Pues yo entonces me ducharé.

—Bien —asentí sin saber que decir más.

Pero se quedó observándome muy travieso. Y me quedé paralizada. A veces su intensa mirada me provocaba tener nerviosismo, de ese nervio que no podías controlar y te daba cierto alivio mirar al suelo.

—Yo de ti no me alejaría mucho, este lugar es enorme y no me gustaría que te perdieses. Que disfrutes de tu paseo.

Y se marchó hacia el interior de la mansión sacando la toalla de su cuello.



¿Qué habría querido decir con ese comentario?

Para despejarme, proseguí con mi plan de estar por el bosque.

Paseé por el sendero bordeado por cientos de árboles adorando escuchar los pájaros. No estaba arrepentida de lo que hacía con Darién. Porque principalmente no estábamos haciendo nada malo. Pero había ciertas partes de él que no comprendía.

Mi iPhone comenzó a sonar, distrayéndome. Lo miré parpadeando con incredulidad.

—¡No me lo puedo creer!

En la llamada reflejaba el nombre de Ryan. ¿Pero ahora éste que quería? ¿No le dejé claro que me marchaba por unas semanas? ¿Qué parte no entendía? No tenía ánimos de cogerlo ya que recordaría el suceso en el aseo de caballeros, y no sé si podría contenerme en restregarle que sabía todo lo que pensaba de mí. Seguí caminando, alejándome de la mansión como si no hubiese escuchado nada.

Pero no dejó de insistirme. Y cinco minutos después continuaba. ¿Es que nunca se cansaría? A la décima llamada se lo cogí indignada.

—¡Pero qué quieres!

—Uy Ada, ¿te pillo en mal momento?

—¡Carla! —cerré los ojos un segundo—. Lo siento amiga, creía que era el cretino de Ryan. No ha dejado de llamarme.

—Será cabrón. ¡Para qué leches te llama!

—No quiero saberlo.

—¿Cómo vas? ¿Te trata bien, Darién? Tu gigoló.

—Deja de llamarlo así. Me hace sentir rara. No es nada mío.

—¿Cómo qué no? ¿Qué esté a tu disposición las veinticuatro horas no lo hace tuyo? ¡Ja!

Puse los ojos en blanco sonriendo.

—¿Sabes que Darién ayer nos descubrió cuando hablábamos sobre pervertidos? Bueno, tú me hablabas de eso —le acusé en un tono jocoso.

—Ay, Dios. ¿Y qué te dijo? —exclamó sorprendida.

—Parece que se lo tomó bien. Y me aseguró no ser nada de eso.

Ella se carcajeó.

—No te rías. Pasé mucha vergüenza. Pero... creo que ahora entiendo por qué no besa a sus clientas.

—¿Qué has descubierto?

—Que tuvo una mujer en su vida. Al parecer le hizo daño y mucho, pero vi en su mirada que no la puede olvidar. Parece que aún la ama. Y tiene su nombre tatuado en su pecho. Eso es precioso.

—Oh, Ada. Y tú ahora estas con él allí. Lo siento, fui una tonta al proponerte ese plan.

Miré al suelo afligida mientras caminaba.

—¿Quieres que vaya allí? Para que la convivencia no sea más incómoda.

—No. Pero gracias. Y no te preocupes, estoy bien.

En realidad no. No entendía por qué mi corazón se afligía por saber que Darién tenía (o tuvo) una mujer en su vida a la que amaba.

—Protege tu corazón, Ada. No quiero que nadie te lastime, ¿vale?

—No te preocupes —dije algo afligida.

—Pero a lo mejor tú haces que olvide esa mujer que le hizo daño.

—No digas tonterías...

De pronto, escuché el sonido de una rama quebrarse en algún lejano árbol a mi espalda. Eché una mirada en esa dirección, extrañada ahora del silencio que emanaba el bosque. Salté asustada cuando dos halcones salieron al camino volando juntos al cielo.

Los miré con repesaría.

—¿Estás bien, Ada? —se preocupó Carla.

—Sí, me habían asustado unos pájaros —dije soltando aire.

Estaba claro que se reiría por mi tono lleno de pánico.

—Tú y tus miedos. Menos mal que tienes ahí a Darién, sino te imaginaría corriendo lejos de esa mansión por algún ruido raro que posiblemente lo hiciese tu imaginación... —alguien la quitó de nuestra conversación unos segundos, escuchando a un hombre—. Tengo que colgar, al parecer ya tengo a mis dos guardaespaldas dándome la lata. ¿Te he dicho ya cuanto odio este tipo de protección? No-la-soporto. Pronto te llamaré para ver si al fin has podido seducir a Darién y que los dos tengáis una tórrida noche o dos, o tres, o cuatro u os paséis como conejos todos los días sin salir de la habitación. Adiós.

Abrí la boca pasmada pero no pude decirle nada al colgarme ligera. ¿Qué lo sedujera yo? A Carla se le perdió hacía tiempo un tornillo de su cerebro. Y pasaría por alto, porque era mi amiga del alma, esa clara expresión que había tenido acerca de los conejos. Cuando Carla quería, podía ser demasiado gráfica. Antes de meter mi iPhone al bolsillo y seguir el recorrido del bosque, vi que tenía un e-mail.

**De:** Darién (sin apellidos)

**Asunto:** Aviso

**Fecha:** 4 de Marzo de 2015 11:11

**Para:** Adalia Knightley

*Excelentísima, señorita Knightley.*

*Te aviso que voy un momento a Killarney y ahora vuelvo. Te he estado llamando pero comunicaba. ¿Hablabas con un hombre quizás? Volveré pronto, tan pronto que ni te dará tiempo a volver de tu paseo por el bosque.*

*Darién*

*Actualmente siendo tu gigoló particular.*

Humm. Había un claro deje de su apellido. ¿Por qué no quería mostrármelo? Pero eso era lo de menos. Se iba a la ciudad pero no me decía su motivo para ir. Le contesté.

---

**De:** Adalia Knightley

**Asunto:** Agradecida y algo mosqueada

**Fecha:** 4 de Marzo de 2015 11:29

**Para:** Darién (sin apellidos)

*Gracias por avisar. ¿Pero por qué una ciudad que no conoces requiere de tu presencia? Y no, no hablaba con un hombre era con mi amiga Carla. Te creería, pero creo que llegaré a la mansión antes que tú, suponiendo que acabas de irte. Oh, que inteligente por tu parte lo de «tus apellidos». No sabía que fueras tan listo como para también ocultarlos en un e-mail \*nótese mi sarcasmo\*. ¿Y esa firma? No tienes otra mejor que no me recuerde, sin ánimo de ofender, que eres un gigoló.*

*Adalia Knightley  
Ejecutiva de Knightley Enterprises Inc.*

Seguramente estaría conduciendo y ya no podría contestarme. Suspiré volviendo a meter el iPhone en el bolsillo de la chaqueta y seguí el camino. Odiaba que el sol no apareciera para dar más luz a la senda, cada vez que me adentraba más en el bosque se volvía más oscuro. Oí como una rama se quebraba detrás de mí. Me detuve unos segundos indecisa de volverme. Pero no volví a escuchar nada. Mi corazón quería hacer ya su peculiar bombardeo desenfrenado, porque mi cerebro pensaba más de la cuenta.

Mi iPhone sonó haciéndome saltar.

---

**De:** Darién (sin apellidos)

**Asunto:** ¡Cuidado!

**Fecha:** 4 de Marzo de 2015 11: 32

**Para:** Adalia Knightley

*Me encanta tu mosqueo sobre mis apellidos, porque sabía que te fijarías \*imagíneme riendo\*. Te remarcaré de nuevo la regla número uno: «Mi vida privada, es privada. Nadie, salvo quién yo quiera, se mete en ella.» Creo que queda bastante claro.*

*No es nada importante lo que requiere mi presencia en la ciudad. Me alegro que fuese con tu amiga. ¿Y no me crees? Pues deberías, soy muy veloz cuando me lo propongo. Por cierto, quiero que tengas cuidado porque leí*

*que también rondan los espíritus por ese bosque. Gente que decapitaron en el medievo. Espero que no hayas llegado a la zona donde están las tumbas porque no saldrás de ese lugar. Esta mañana le he echado un vistazo y ese lugar era espeluznante.*

*¿Qué tal esta firma?*

*Darién*

*Hechizado bajo el encantamiento de su banphrionsa.*

¿Qué le encantaba verme mosqueada? Lo que más me quemó fue que me remarcara esa primera y odiosa regla. Inflé mis mejillas gruñendo. Intenté encontrar un estado de *calma* y como no lo hallé, le respondí con toda mi mala sangre.

---

**De:** Adalia Knightley

**Asunto:** ¡¡Cuidado tú!!

**Fecha:** 4 de Marzo de 2015 11: 34

**Para:** Darién (sin apellidos)

*¿Sabes por dónde te puedes meter tus reglas...?*

*Adalia Knightley*

*Ejecutiva de Knightley Enterprises, Inc.*

No obtuve respuesta inmediata, ni tampoco al cabo de unos minutos. Y recordé su firma de su último e-mail. Me sonrojé como una tonta. ¿Cómo podía ser tan patán y dulce a la vez? No podía llevarme al cielo y luego soltarme para que me estrellara contra el suelo, la caída dolía y mucho... pero al repasar su mensaje hizo que se desataran mis miedos.

—¿Tum... tumbas? —tartamudeé mirando con horror los alrededores.

Pues ahora que lo mencionaba el lugar no era precisamente bonito como el principio, sino más salvaje y menos cuidado. Las manos me temblaron marcando un número en mi iPhone. Necesitaba hablar con Darién.

Respiré jadeosa.

Salió la voz de una mujer aclarándome que estaba fuera de cobertura o apagado. *Oh, estupendo.*

—Tranquila, tranquila —me dije a mí misma guardando mi iPhone en el bolsillo.

Esta sensación de pánico ya la había experimentado antes. ¿Pero aquí? Mi corazón me decía que sí, tenía la sensación de que alguien me protegía cada vez que yo tenía miedo. Pero por desgracia y como siempre, no podía recordar nada. Darién se había pasado de la raya, no debió decirme nada de los espíritus, había arruinado mi paseo tranquilo que estaba dando por este lugar.

—No pasa nada, me doy la vuelta y me regreso a la mansión, así de fácil —me hablaba a mí misma para no entrar en pánico.

Cuando me volví me quedé paralizada, mirando el bosque milímetro a milímetro. ¿Pero por dónde se volvía? ¿En qué momento yo me desvié del sendero y me había adentrado en el profundo bosque? Tenía que ir al este, oeste, sur quizás, no lo sabía. Pasé una mano por mi pelo con rostro asustado. Di un grito pequeño cuando unos pájaros negros volaron saliendo de entre los árboles dejando caer unas finas ramas.

Mi corazón descontrolado que daba tumbos sobre mi pecho, no se detenía ni aunque mi mente se lo ordenara. Caminé horrorizada asimilando que estaba perdida. Tenía que haberme quedado en la mansión y no haber venido nunca al bosque, sola. ¡Por el amor de Dios no me acordaba nada de este lugar! Fui una irresponsable.

Darién en Killarney y sin poder localizarlo, y yo perdida por el bosque, supuestamente debería conocerlo palmo a palmo, pero los recuerdos estaban bloqueados. No era justo que Darién me mencionara lo de las personas muertas que decapitaron aquí. Mi cabeza comenzó a maniobrar que oía susurros que se colaban entre los ecos de los árboles y unas pisadas a mis espaldas, las cuales me querían alcanzar. Intenté huir agitada de pánico y de desesperación.

Grité, cuando algo me arrastró contra él aferrándose a mi cintura, inmovilizándome. Desesperada, intenté asestarle un golpe con mi brazo, pero lo retuvo, lo intenté con una de mis piernas y pudo anclarlas sin que pudiese

moverlas.

Su risa me estremeció y me aturdió.

—Muy bien, veo que sabes algo de defensa.

Me solté de él volviéndome impactada. Cerré mis manos al ver a Darién con una sonrisa. Tenía el pelo mojado y vestía unos vaqueros de color marrón oscuro y una camisa gris. Se notaba que acababa de salir de la ducha. ¡Era un mentiroso! Entrecerré los ojos con el *deseo* de estrangularlo, sintiéndolo muy familiar ese deseo.

—¿Se puede saber qué haces aquí y por qué me asustas de esa manera? — estaba muy cabreada, no se me bajaría tan rápido mi malhumor.

Miró unos segundos al suelo metiendo sus manos a los bolsillos del pantalón con una expresión de burla.

—Al final he decidido no ir a la ciudad. Y he preferido hacerte compañía. Te asustas con facilidad, a lo que me recuerda... —se quedó ahí, acariciándose su barbilla, pensativo.

Le puse mala cara.

—Eres un... —le señalé con un dedo atando mi lengua bajo un pequeño gruñido.

Levantó las manos en defensa sonriendo tan canalla. Entrecerré los ojos bullendo la rabia dentro de mí. Pero al instante desapareció al ver que su rostro se enmascaraba reservado sin dejar de mirarme. ¿Por qué me miraba de esa forma? Sentí hormiguilla en mis manos cuando anduvo hacia mí acorralándome contra un árbol, y apoyando sus manos en él de modo que no me dejaba mucha escapatoria. *Ay no, otra vez no*. Pensé con sufrimiento.

Sus ojos recorrieron con lentitud mi rostro.

—He pensado que con tu último e-mail merecía que tú me lo contestaras, y en persona. ¿Por dónde has dicho que me meta mis reglas? —me preguntó cauto pero con cero humor.

—No te lo he dicho —dije valiente.

—¿Ah, no? —arqueó las cejas.

—Y jamás te lo diré. Si te hayas listo, lo sabrás.

Su mano agarró mi barbilla de un modo tan delicado que me dejó a su merced fijándose en mis labios.

—Pero yo quiero que me lo digas. Tengo métodos infalibles para que de tus labios salga la respuesta que yo deseo.

¡Por la diosa Ériu!

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa, banphrionsa.

Pero al momento su rostro se endureció mirando los alrededores. Dejé de ser su prisionera en cuanto se dio la vuelta. Me asustó su rostro inquieto.

—Que ocu...

—Shhh —se puso un dedo sobre los labios mirando cada parte del bosque como si no se fiara.

Yo seguí su mirada sintiendo un escalofrío y poniéndome detrás de él. El aire azotaba las ramas unas contra otras, se chocaban haciendo diferentes sonidos. No sé qué pretendía esta vez, pero me estaba empezando a meter miedo.

—¡Cuidado!

—¡Qué! —me tensé a la vez que me ponía contra su cuerpo. Su brazo rodeó mi cintura sintiendo su fornido pecho contra mi espalda, y como su aliento acariciaba mi oído. El aire desapareció de mis pulmones y me estremeció el deseo de sentir su cuerpo.

*Oh no, destierra el deseo. Destiéralo. Pensé.*

—He oído que los Leprechauns son peligrosos. Se dedican a matar a quien intente darle caza.

—Pero que dices, si los Leprechauns dan suerte, no son malos.

Y me faltó añadir que era una *leyenda irlandesa*, pero no podía concentrarme en mis propios pensamientos cuando sus manos viajaban por mi cintura.

—Oh, créeme, desde que casi todos los irlandeses quieren un Leprechaun,



ellos han tenido que volverse salvajes y despiadados. Si ves uno con una cicatriz en la mejilla y una pequeña navaja. Huye. Hay que llevar mucho cuidado.

Yo respiraba agitada y él tenía una suave y acompasada respiración de la que tenía mucha envidia. Miraba despavorida los árboles, hasta que vi de reojo que aguantaba reírse. Inflando las mejillas, me quité de su agarre fulminándolo con la mirada. Agg, otra vez había vuelto a caer.

—¡No me creo tus mentiras!

—Tú misma. Luego no vengas a mis brazos para que te proteja.

Me quedé boquiabierta llenándome de furia. Será prepotente.

—No tengo culpa de que seas una miedica.

Esa palabra la sentí muy familiarizada.

—¿Cómo me has llamado? —le pregunté entre dientes, irritada.

Él miró el reloj de su muñeca con el ceño fruncido.

—Hace exactamente cinco segundos que te he llamado miedica, ¿por qué quieres que te lo repita? —se atrevió a decir de nuevo tan tranquilo.

No podía creer que mis manos desearon golpearlo. ¿Cómo era posible que quisiera hacer esa acción tan deplorable? Yo nunca me había comportado así. O eso creía. Me enfadé mucho y decidí caminar lejos de él. En realidad deseaba *ahuyentar* todo lo que ahora estaba experimentando gracias a Darién.

—Adalia, espera.

Seguí ignorándolo. Apresuré más mis pasos entre los árboles apartando ramas.

—¿No estarás enfadada por esa pequeña mentira? Solo era una broma.

No en realidad. Él podía decir todas las mentirijillas que deseara, lo que quería era arrancar todo lo que estaba removiendo en mi interior. Continuó hablándome, pero lo ignoré. De un momento a otro los árboles se agruparon más y mis manos siguieron apartando ramas sin entender por qué en esta parte, todos los árboles estaban más agrupados. Hasta que tropecé con una raíz que sobresalía de la tierra y mis pies se deslizaron hacia delante intentando

mantener el equilibrio. Darién me gritó que tuviera cuidado con una alarmante voz, y cuando conseguí mantenerme de pie (todo un logro), suspiré percibiendo el entorno más abierto. Al instante, me tensé mirando la hierba del suelo. Estaba en un *claro*. Alcé los ojos al frente y me quedé helada.

*No, no, no y mil veces no.* Esto no podía ser. Mis pies me impidieron moverme. El temblor de mis manos me delató. Y quise que la tierra me tragara.

## La Torre de los Sueños

—¿Y ahora qué te ocurre? —me preguntó Darién llegando hasta mí poniéndose a mi lado.

Mis piernas se movieron unos pasos hacia delante, conmocionada, observé el claro, el bosque que lo rodeaba y frente a mí... la majestuosa torre. Me esforcé por no ponerme nerviosa y evitar entrar en una crisis de ansiedad que hacía tiempo no me daba. Calmé el temblor de mis labios respirando tranquila, repasando una mano por mi pelo. ¡Existía! Esa torre existía. En mis sueños la veía más borrosa, pero al tenerla frente a mí no podía negar la belleza que desprendía. Como en un *cuento* de *hadass*. Parecía rodearle un ambiente místico y mágico. ¿Desde cuándo mi familia tendría esta torre? Miré hacia arriba observando un balcón de piedra. Gran parte de la torre estaba habitada por la hiedra y el musgo. Mi pecho se agitó y miré a Darién, abrumada. Él cambió su expresión relajada, al ver mi terror, tomando mi rostro entre sus manos con ansiada preocupación.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Por favor, vámonos de aquí —le pedí en un susurro dándome la vuelta para salir del claro.

Cogió una de mis manos volviéndome hacia él y mis ojos asustados se quedaron en la torre. Tenía miedo y no quería quedarme más tiempo aquí.

—¿No te gusta este lugar?

—No es eso. No entenderías nada. Por favor, vámonos —le urgí tirando de sus mangas.

Se quedó callado unos segundos y giró su rostro hacia la torre.

—¿Conoces esa torre?

Negué con la cabeza sintiéndome mal.

—Entonces no habrá ningún problema en que entremos, parece abandonada.

—¡No, Darién! —le supliqué al ver que se acercaba a ella.

¡Dios mío, entonces ese chico con el que soñaba era real! ¡Thief existía! Una fuerte impresión se agolpó sobre mi pecho, me faltó el aire y sentí las náuseas brotando por mi garganta. Buscando a Darién, vi que se acercaba hacia la puerta de madera dispuesto a entrar. Corrí hasta él casi tropezando y me agarré a su brazo a tiempo.

—Vámonos, Darién. Si quieres otro día la vemos.

Mentía en realidad. No quería volver jamás. Se resistió a mis forcejeos no dejando de mirar la torre con empeño.

—Tengo mucha curiosidad por entrar. ¿Tú no?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué será que no te creo? —cogió una de mis manos llevándome con él.

Busqué excusas. No quería entrar, estaba aterrada con todo lo que estaba sintiendo ahora mismo.

—Puede... puede derrumbarse. Es mejor que no nos arriesguemos.

Su expresión se frunció irónica.

—¿En serio lo crees? Esta torre no puede tener más de veinte años, y no tiene ni un ápice de que vaya ahora mismo a derrumbarse.

¿Cómo lo sabía?

—¿Ahora eres arquitecto? —le solté sarcástica dentro del pánico que acumulaba mi cuerpo.

Esbozó una sonrisa.

Llegamos a la puerta de madera con un extraño símbolo celta en medio, un *nudo perenne* al parecer, y debajo de éste ponía en una letra elegante y fina: *Torre de los Sueños*. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me sacudí intentando desprender las sensaciones extrañas que emanaban en mi interior. Debajo del nombre de la torre, había una placa dorada con una frase expuesta.

***“Donde su corazón te aguarda, la grandeza de su amor te espera”***

Darién volteó su mirada hacia mí al no entender esa frase. Yo no sabía si la conocía o no. No me sonaba de nada. Pero era muy *profunda* y *misteriosa*.

Como todo lo que rodeaba esta torre. Miré los alrededores donde el silencio reinaba por cada centímetro del lugar. Darién movió el pomo y no pudo abrirla. Suspiré de alivio sin que lo notara.

—Bueno, al menos lo hemos intentado —me zafé de sus manos y di las gracias de que no me retuviera. Giré sobre mis pasos y ansié llegar cuanto antes a la mansión. Cuando estuve unos pasos lejos, el crujido de la puerta me detuvo congelándose mi sangre. Me volteé poco a poco calmando mi lado tembloroso, y me impactó ver que la puerta estaba abierta. Mi aliento se consumió e instintivamente di dos pasos hacia atrás. Darién me observó casi con una sonrisa.

—He logrado abrirla, el pomo estaba atascado...

¿*En serio?* Me lo pregunté a mi misma. Espantada, vi que me tendía una mano. Di otro paso hacia atrás. ¿Es que acaso no veía mi alteración y el miedo que me consumía? ¿Lo mal que me hacía estar en este lugar?

—Vamos a entrar —refutó sin condiciones.

No lo deseaba. ¿Por qué no podía entenderlo? Su expresión relajada pasó a seria y decidida.

—Entra tú, yo me quedo aquí.

Sus ojos se entrecerraron cuando me vio dar otro paso y sin más, se acercó hasta mí con ligereza.

—¿Pero qué temes? —Cogió una de mis manos con firmeza—. Estos terrenos son de tu familia. Tú debes conocer esta torre.

Mi mente se resistió en decirle la verdad, que no recordaba, que no recordaba absolutamente nada de mi vida *pasada*. Cuando desperté del *Sueño Profundo*, fue como si hubiera vuelto a *nacer*. De hecho fue así.

—No, Darién, suéltame —me resistí luchando cuando vi la puerta abierta más cerca de mí.

Me entró el pánico.

—No te pasará nada, te lo prometo. Yo te protejo. Espero que no pienses que aquí habrá alguna Banshee.

Eso era lo que menos me preocupaba. Yo temía de mí misma y no sabía por

qué.

Y me hizo entrar, aunque forcejeara con él para liberarme, cerrando Darién la puerta antes de que pudiese escapar. Se perfiló en sus labios una sonrisa traviesa y le fulminé con la mirada con el cuerpo tenso. Cuanto antes enfrentara esta pesadilla, mejor. Una estela de polvillo estaba instalada sobre el ambiente. Lo que más destacaba en el lugar, era la escalera de caracol que subía hacia arriba. No me atreví a destapar las sábanas blancas que cubrían los muebles. No entraba mucha luz, pero Darién abrió el portillo de madera de la ventana, y la luz se descubrió en el lugar dando paso a la luminosidad y a la claridad de cada detalle. Él no habló, y la verdad prefería que dijera alguna tontería de las suyas, para romper este silencio que me hacía sentir inquieta.

Una *sensación* se agarró a mi piel. Algo más fuerte que yo. Algo contra lo que no podía luchar. Sentí como si yo en mi pasado hubiera subido esas escaleras. Un tiempo no tan lejano para mi corazón, pero sí para mi mente. Sin poder detener a mi corazón y guiada por mis sentimientos profundos y *dormidos*, subí las escaleras como si estuviera hipnotizada por alguien que guiara mi camino, una fuerza *misteriosa* más fuerte que mi voluntad.

—¿Adalia?

No le respondí, continué subiendo sin control alguno de mis sentidos, deslizando mi mano por la barandilla llena de polvo. Llegué hasta arriba y cerrando los ojos, ahora percibía como si en esta estancia hubieran estado dos personas. Lo notaba sobre mi piel. En mi corazón. En el ambiente. Pestañeeé despacio observando todo cubierto por trapos blancos. El balcón estaba cerrado pero por las rendijas de madera se filtraba la luz. Sentí un hormigueo sobre mis manos y por instinto me acerqué a un mueble. Sin miedo, lo destapé encontrando debajo un tocador de color perla. Sobre éste había unos cuantos objetos, y mi corazón lastimado vio un cepillo de plata y un espejo, lo cogí deslizando con mis dedos la fina capa que tenía de polvo. Mi rostro se observó en el espejo y en el reflejo vi a Darién detrás de mí.

Di un jadeo volviéndome hacia él. Él me miró impassible sin un síntoma de la expresión alegre que me gustaba tanto verle. ¿Qué le ocurría?

—Te he estado llamando. ¿No me escuchabas?

Ahora mismo su presencia pasó a un segundo plano. Detrás de él había una

cama con dosel. Y con unos símbolos celtas sobre el cabecero. Las cortinas blancas estaban sujetas mediante un lazo.

Noté una suave caricia en mi nuca que me hizo cerrar los ojos, sabía que no había nadie detrás, que esto que estaba sintiendo (y volviendo a experimentarlo) me sucedió hacía tiempo. No me encontré bien, porque cada *sensación* que me golpeaba, era un recuerdo perdido que no me dejaba verlo una niebla espesa. Irritada, llegué hasta la cama retirando la sábana de golpe, deslizándola al suelo y levantando una estela de polvo.

—¿Qué haces? —Darién sacudió la mano en el aire desorientado por mi movimiento tan brusco.

Con los ojos vidriosos fui vagando cada zona de la cama. Volví a sentir que esta vez alguien me tocaba la cintura con delicadeza y con mucha sensualidad, y me encantaba que me tocara de esa forma. Desgraciadamente no era Darién, él seguía inmóvil, y lo capté enseguida. Todo lo que estaba sintiendo era de ese chico al que llamaba Thief. Me estaba tocando. Cerré los ojos sintiendo sus caricias, el roce de sus manos por mi pecho, como me levantaba una camiseta que llevé en ese tiempo atrás, me abrumaba no verlo y solo sentirlo en mi piel. Al abrir los ojos las lágrimas cayeron al percibir que ese chico me tumbaba sobre la cama besándome... ¡y Dios me gustaba! Así lo sentía. Me abrazó el miedo.

No quería seguir teniendo esas sensaciones cuando ni siquiera podía visualizarme con él.

—No me toques —susurré ida.

—¿Cómo dices? —preguntó Darién con tono confuso.

—Él... él existe.

La realidad me golpeó y por un instante, el mundo se detuvo ante mis ojos. Y caí en una espiral de emociones. No lo soporté, di un grito ahogado y salí corriendo rumbo hacia las escaleras.

—¡Adalia!

Sentía que algo me asfixiaba en mi pecho, que deseaba salir... ¡pero el qué! Abrí la puerta forcejeando con mis manos temblorosas antes de que llegara Darién. Salí al exterior y creí que encontraría la calma, pero no fue así, las

sensaciones de ese chico siguieron clavadas en mi piel, golpeándome sin poder hallar los recuerdos. Alcé los ojos hacia arriba con la respiración agitada, observando un cielo gris. Quería frotar con fuerza mis brazos y despojar las caricias de ese chico. Dios, me echó sobre la cama, eso significaba que en ese momento fue cuando me hizo el amor.

Me agobié mirando los alrededores. Imprevistamente, unas manos me cogieron de la cintura volviéndome hacia otro lado.

—¿Qué te ocurre?

Sus ojos estaban enfadados pero no tardó en cambiar su expresión al verme llorar.

—¿Por qué me has obligado a entrar? —le acusé llena de dolor.

—¡Pero si no ha pasado nada! —exclamó perplejo.

—¡Sí ha pasado! —le grité con fuerza.

Y estuve a una milésima de confesarle la verdad, al ver que me miraba dolido por mi acusación. Ladeé el rostro para no seguir mirándolo. Pasó unos segundos con un crucial silencio donde solo se oían mis sollozos.

—¿A qué estás jugando?

Me quedé de piedra.

—¿Cómo dices? —Expresé furiosa entre dientes—. Yo no estoy jugando a nada. Tú has sido el que ha querido jugar a los detectives. No debimos entrar.

—¿Por qué? —fue una simple pregunta.

*Ojalá pudiera decírtelo, Darién.* Pensé, pero él no debía saber nada y era lo mejor. Apretando los labios, me di la vuelta sintiéndome intranquila. Ahora lo que más anhelaba era llegar a la mansión, tumbarme sobre la cama y llorar durante horas como en otras veces había hecho.

Fui alejándome del claro volviendo a adentrarme entre la espesura del bosque. Jamás volvería a esa torre. No quería volver a revivir esas sensaciones, no lo deseaba. Si al menos supiera quien me hizo el amor. ¿Pero a qué edad me entregué a ese chico? Solo esperaba fervientemente que no fuera en mi etapa adolescente. Eso habría sido una irresponsabilidad por mi parte que ya no se podría reparar. Pero me sentía impotente de no recordarlo.



De no recordar nada. Eso era lo que me torturaba desde hacía casi seis malditos años. Sin recuerdos, no podía ponerle un *rumbo* a mi vida.

¿Estuve enamorada de él? ¿Por eso me entregué a Thief cuando fui más joven? ¿Sería de mi edad? Reprimí gritar de rabia al asaltarme el desconcierto. Mi cabeza embotada no cejaba de repetir que existía. Y que todos los *sueños* estaban conectados entre Irlanda y él.

—Adalia —me alcanzó agarrándome del brazo y me volvió hacia él. Nos miramos con seriedad, y él deslizó un momento sus ojos hacia atrás observando la torre de lejos entre los árboles, y luego me miró sobrecogido —. No puedes dejarme así, con esta confusión. Tengo la sensación de... un hombre te ha... —no sabía cómo decírmelo sin que fuera hiriente.

Me quité de su agarre con una actitud arisca.

—No. Ningún hombre me ha forzado. Ninguno me ha tocado.

Él cerró los ojos soltando un suspiro que no supe cómo interpretarlo.

*Creo*, pensé a la vez que me daba la vuelta caminando de nuevo. Eso yo también lo pensé hacía tiempo, que era posible que me violaran. No recordar era una tortura que me pesaba cada día, y me negaba a creer que Thief me obligara a acostarme con él. Pero no lo conocía en nada. ¿Cómo lo iba a saber entonces? Era verdad que las sensaciones cuando las había experimentado, ellas mismas me hicieron sentir que disfruté con las caricias de él, pero ya no sabía que pensar.

Miré hacia el cielo apretando los labios para no explotar y llorar con impotencia. ¡Quién fui hacía seis años atrás! ¡Quién!

—¿Entonces eres virgen?

Mis pasos se frenaron en seco al llegar esas palabras a mis oídos. No deseaba creer lo que había escuchado. Pero desgraciadamente así era. Con lentitud y sintiéndome cabreada, me volví hacia él. Por su rostro calmado, no parecía tratarse de una broma que deseaba gastarme.

Respiré despacio al sentirme sonrojada.

—Es una pregunta que como comprenderás, no te responderé.

Él entrecerró los ojos sin despegar su mirada de la mía.

—Entonces ya me has respondido. Gracias.

Apreté los dientes por su tono cómico.

—¡Y si así fuera, qué! ¿Tendrías algún problema en que una chica de veinticinco años sea virgen?

Se sorprendió echando su cabeza hacia atrás, al oír mi tono tan valiente viéndome con un carácter desdeñoso. Por un momento, nos miramos con cierto recelo.

—Allí dentro me ha dado la sensación de que te ha ocurrido algo y precisamente con alguien más. Y yo no tendría el problema, lo tendrías tú — agregó en un tono más seco.

Me quedé boquiabierta. ¡Cómo se atrevía! No podía saltarme con esto cuando mi mundo interior se estaba derrumbando. Cuando en cualquier momento (por el peso que sentía sobre mis pies) explotaría como una granada.

Aunque era una verdadera mentirosa, porque yo no era *virgen*. Pero eso, a él no le importaba en absoluto.

—Pero debo reconocer que la experiencia que estoy viviendo aquí se hace más interesante.

Mi cara se inundó de rojo y bajé la mirada al suelo. Ah, no, él no me intimidaría. Le señalé con un dedo cabreada entrecerrando los ojos.

—Eres... eres... —busqué las palabras correctas.

Y maldije por no encontrarlas. Lo mejor era que siguiera mi camino, y así hice. Anduve sin detención, nadie me detendría de nuevo y no quería volver a mirar a la cara a Darién. ¿Cómo hacerlo después de que me preguntara si era virgen?, ¿por qué le dejé la duda de que era posible que lo fuera?

Después de un largo tiempo caminando, algo pequeño cayó sobre mi cabeza y me detuve al sentir un picor molesto sobre ella. Desconcertada, me volví hacia Darién que se frenaba al mismo tiempo que lo miraba. Su frente se llenó de arrugas y se encogió de hombros como intentando saber por qué le miraba así. No, era absurdo pensarlo. No sería tan infantil de tirarme algo a la cabeza. Suspiré.

Al dar cuatro pasos más, sentí caer otro pequeño objeto sobre mi cabeza,

esta vez sí vi como caía al suelo lo que había rebotado sobre mí. Una *bellota*. Intenté calmarme observando unas cuantas por el suelo. No caería en su *juego*, no sería tan niña. ¡Pero con esto ya se estaba pasando! Al dar unos cuantos pasos dejándolo pasar de nuevo, otra irritante bellota rebotó sobre mi cabeza picándome un poco más que las anteriores, como si la hubiera lanzado con más fuerza. Me encendí de rabia. Hasta aquí había llegado ese jueguito infantil.

—Ya está bien, ¿no? —me giré con rapidez y le señalé con fuerza mirándolo.

Él frunció el ceño y bastante sorprendido. Sus manos estaban en los bolsillos. Qué listillo.

—¿De qué hablas?

¿Y ahora se hacía el despistado?

—No puedo creer que seas adulto si te comportas de ese modo.

—¿Puedo saber de qué me acusas para poder defenderme?

Abrí la boca parpadeando incrédula mirando nuestro alrededor.

—Por favor, no te hagas el tonto. ¡Me estás tirando bellotas!

Por un momento su rostro se quedó rígido mirándome y me sentí cohibida, hasta que comenzó a desternillarse de risa. ¿Se estaba riendo de mí después de agredirme con bellotas? La furia emanó por mis venas. Mi pecho subía y bajaba. Deslicé la vista al suelo observando un puñado de bellotas, y las recogí. La sensación que tenía sobre mis manos, me avisó que esta *no* era la primera vez que tiraba bellotas a una persona.

—¿Te ríes de mí? Pues toma, toma y toma.

Fui lanzándole con mi poca fuerza una a una. Al instante dejó de reír al verme en acción y me enrabié más observando como las esquivaba con gracia y elegancia, hasta que la última le alcanzó sobre la frente siendo tan divertido el rebote.

Y sin más, comencé a reírme al verlo quieto como una estatua y tan enfurruñado por haberle alcanzado una. Su expresión no rozaba indicios de diversión, pero me daba igual. Sacudí mis manos.

—Ahora estamos empatados —dije satisfecha suspirando.

Llevó su mano al mechón donde se había quedado la bellota, la miró receloso y aguanté reírme de nuevo al ver como la tiraba al suelo, cabreado. Ahora sentía lo mismo que yo. Podíamos dar este *juego* absurdo por concluido al estar empatados. Y ya estaba enterado para la próxima, que yo no me quedaba de brazos cruzados.

—Me has acusado sin tener pruebas, Adalia —su tono parecía enojado—. Yo no te he tirado bellotas.

—¿Y quién ha sido? ¿El aire? —dije incrédula.

Justo a mi lado una bellota rebotó en el suelo, Darién y yo alzamos los ojos hacia arriba. Dos ardillas se paseaban de rama en rama quebrando la frágil ramita que sostenía la bellota haciendo que así, cayera al suelo.

*Oh, oh.* Habían sido las ardillas, no él. Bajé lentamente la mirada hacia Darién que ya me miraba serio y distante. Cuando su rostro acogía esa seriedad imponía mucho. Di un paso hacia atrás sacudiendo las manos.

—Lo siento, Darién, yo... yo...

Sus ojos me lo decían todo, que estaba *saboreando* la venganza que estaría preparando en su mente.

—Oh, venga, vamos, ha sido solo un juego. No lo tomes tan personal.

Levantó una ceja con tono sarcástico.

—¿Ahora lo ves como un juego? Te he dicho que no había sido yo, y me has acusado sin tener pruebas. Ahora me toca a mí.

Y cuando creí que se agacharía para coger bellotas y me las tiraría a la cabeza, en tres largas zancadas me alcanzó. Sin tiempo de hablar, sus manos se encadenaron en mi cintura y me subió sobre uno de sus hombros como sino pesara nada.

—¿Qué vas hacerme?! —le pregunté agitada—. Bájame, no tienes derecho.

—Tengo todo el derecho. Tranquila, si no vamos muy lejos.

Siguió caminando conmigo sobre su hombro, pero en esos eternos segundos

le pataleé, le grité, me sacudí... pero sus fuertes manos me impidieron que siguiera moviéndome como una histérica. Deteniéndose, supuse como una tonta que se había arrepentido de haberme cogido de esa forma tan *primitiva*. Pero me equivoqué, al otro segundo estaba echada sobre un gran charco de barro con él encima de mí.

Agité mis manos y mis pies intentando evitarlo, gritándole, pero la humedad del barro caló mi ropa sin poder evitar que mi pelo también quedara lleno.

—Esto por tirarme las bellotas.

Sujetándome con una mano para que no escapara, cogió un trozo de barro y lo restregó en mi cara.

—No, no por favor... —pero fue tarde, trabándose mis palabras cuando sentí el frío y mugriento barro hasta en mis pestañas. Hice una mueca con un «*puaj*» saliendo de mis labios mientras él, tan ancho se reía echándose hacia atrás fresco y divertido.

Le grité más rabiosa haciendo lo mismo y echándole barro después de dejarme libre las manos. Parecía no importarle más que a mí, asomando una sonrisa burlona, y eso me enfureció arrojándome hacia él. Rodamos como dos chiquillos, peleando por quien llenaba más al otro de ese viscoso barro. Si yo le arrojaba una pelota de barro expresando «*toma*», él hacía lo mismo sin reparos. Acabé como un *adefesio*, pero él no se iría de rositas.

—¿A la señorita no le gusta ensuciarse? ¿Te he manchado una preciosa ropa de Channel o tal vez de la marca Knightley?

—¡No me importa! Pero si yo me ensucio tú también —le seguí restregando muy encantada.

Esta vez se lo pasé por la cara y por la expresión aprensiva que mostró, no le gustó demasiado. Y en ese mismo instante me di cuenta de que no estaba enfadada, sino alegre. ¿Cómo diablos esto podía ponerme feliz? Esto era lo más absurdo que había hecho. Ni los niños en su sano juicio lo harían por lo asqueroso que era. Cuando me hice un recorrido con la mirada, reí echando mi cabeza hacia atrás. Para Darién no estaría muy guapa, pero sorprendentemente era lo que menos me importaba, al estar él tan cerca de mí y experimentar esta sensación de *liberación*.

Su cuerpo siguió encima del mío con una traviesa y dulce sonrisa, echó un pequeño vistazo encima de nosotros pero yo como una tonta colegiala solo tenía ojos para él. Y aunque estuviera lleno de barro, la belleza de su rostro no disminuía. Maldito punto a favor que tenía. Ni con el barro se veía feo. Bajó la mirada hasta mí y me tensé por el momento tan especial que estaba viviendo.

—¿Satisfecho?

Me miró por bastante tiempo.

—Mucho, no sabes cuánto.

Podía desintegrarme en cualquier momento como siguiera mirándome así. Se fijó en los alrededores y para mi desilusión, se puso de pie ayudándome a mí a levantarme. Debido al barro, tenía la sensación de pesar toneladas. Quitó de mis mejillas más barro sintiendo que si pronto no me daba una buena ducha, los costrones que ya se estaban secando sobre mi piel serían más difíciles de quitar.

No me atreví a preguntarle por qué me había llenado de barro antes que tirarme bellotas.

—Y para que te enteres no me importa que me ensucies. No soy una pija sin escrúpulos.

Lo vi sonreír quitándose barro de sus manos antes de darle la espalda. Comprendí que estaba llena de rabia y todo porque deseaba que me besara.

—¿Sigues pensando que soy un perverso? —su susurro en mi espalda se clavó en mi corazón acelerado.

—No te tengo miedo si es lo que piensas —volví mi rostro hacia él con decisión.

—Eso es lo que más me gusta de ti. Es un verdadero desafío para mí. Estoy aquí contigo y aún no encuentro temor ni desconfianza en tu mirada.

No sé en qué momento todo se volvió más íntimo, su cercanía me producía todo deseo dormido que nunca creí que experimentaría. Mi mente intentaba luchar contra lo que deseaba mi corazón, diciéndome que Darién solo era un gigoló, que no le atraía en nada mi cuerpo y que era insignificante para él,

pero era una tonta engañándome. Quería que me viera como *mujer*, y no como a una niña pija sin corazón. Estaba aquí conmigo, y eso era lo que más me importaba.

Como un depredador felino, me siguió y caminé hacia atrás hasta chocarme contra un árbol. Tragué saliva al ver como daba el último paso hacia mí. El metro que nos distanciaba me daba espacio para moverme. Lo hice al sentir que comenzaba a ponerme nerviosa, y su brazo se interpuso apoyando una mano sobre el árbol, adivinó mis pensamientos e hizo el mismo mecanismo con su otro brazo, y me vi atrapada entre el árbol y él. No tenía salida alguna.

Debería incomodarme que estuviera muy cerca, y decirle que se apartara, gritándole enfadada que no había tenido ningún derecho a llenarme de barro, pero la verdad... es que fue divertido de principio a fin. Jamás me había divertido tanto en mi vida. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan *libre*, por una vez en la vida no quería pensar en lo correcto, solo quería dejarme llevar.

Quitó de mi pelo una hoja pequeña y ambos sonreímos. Una de sus manos acarició mis mejillas, contuve el aliento al verlo más cerca, sus ojos azules tan intensos como el mar se dirigieron un segundo hacia mis labios y mi corazón se disparó. *No ocurrirá*. Pensé entristecida. Tal vez no me veía lo suficientemente guapa como para besarme. Y más en estas fachas. ¿Por qué no besaría en los labios? ¿Por qué se había impuesto esa absurda regla? Una mujer tuvo que hacerle daño. Seguro. Sobre mi mente se formó el nombre de Kisa.

—Eres tan hermosa. Es increíble lo ignorante que puede llegar a ser un hombre dejando escapar una mujer como tú.

Aquello hizo ruborizarme. ¿Me veía guapa llena de barro? ¿Qué tornillo se había desencajado de su cerebro?

Los *halagos* no me ayudaban, al contrario, aumentaron más el poder de perderme entre sus labios. Pero jamás pasaría, no con él y menos en esta situación donde ambos estábamos llenos de barro. Debía ser yo quien cortara esto por lo sano, aunque fuera a regañadientes.

—Creo que deberíamos volver, parece que va a llover.

Mi voz parecía tan desesperada, pero no porque nos marcháramos. Era la peor excusa que había dicho en mi vida. Pero no se movió e intenté moverme

yo primero, pero Darién me lo impidió encadenando sus brazos sobre mi cintura, y el movimiento hizo que se detuviera con los labios a unos centímetros de los míos. Mucho más cerca que las anteriores veces. Mis manos se agarraron a sus brazos musculosos al adueñarse de mis sentidos. Me apretó contra él dejándome sin aliento. Sus ojos ardientes buscaban los míos que viajaban por cualquier lugar de nuestro alrededor, hasta que logró atrapar mi mirada y no pude deshacerme de sus ojos tan bellos y enigmáticos.

*Bésame, bésame Darién.* Supliqué con la mirada. Mordió con fuerza su labio inferior mientras la pupila de sus ojos se dilataba.

—¿Y ahora? ¿Te parezco temible?

—Sigo sin temerte ni siquiera una chispa —dije con una evidente sonrisa.

Dejó un momento su mirada en el bosque con una expresión divertida como si admirara mi valentía.

—No deberías haber dicho eso.

Su sonrisa se torció deslumbrándome y dejando todo mi cuerpo a su voluntad. Y en menos de un respiro sus manos tomaron mi rostro conectando nuestros labios al *poder* del deseo.

Fue un beso voraz en el que se mezclaba la *exigencia* y la *dulzura*. En la vida me habían besado con tanta fuerza y pasión dejándome extasiada, navegando por mil *reinos* del placer. Si solo con un beso me hacía sentir deseada, no podía imaginar cómo sería en la cama. Enterré mis manos en su pelo deseando que este beso no tuviera fin, gemí, cuando mordisqueó mis labios también oyendo su glorioso gemido. Los dos nos entregábamos al beso que desataba cada parte de nuestro ser. No era tan inocente como para no saber que en su mirada había visto el *deseo*, unos segundos antes de que sus labios aplastaran los míos. ¡Me deseaba! Pero yo había temido dar ese paso y ser rechazada.

Una de sus manos viajó por mi vientre y gemí complacida cuando su mano hurgó dentro de la chaqueta deportiva impregnada de barro, tocando sus ansiados dedos mi piel.

Darién rompió el beso apartándose de mí con rapidez. Estuve aturdida unos segundos, agarrándome al árbol muy agitada, escuchando a mi alocado



corazón. Mis ojos lo miraron al ver que me daba la espalda murmurando algo que no logré escuchar bien.

—¿Darién, que ocurre? —adelanté un paso confusa cuando las piernas quisieron responderme.

—Lo siento Adalia, me he dejado llevar. No volverá a ocurrir.

Me sentí como si en ese instante me hubieran abofeteado. Apreté los labios.

—¿Por qué te has saltado tu regla número tres sino lo deseabas? —quise saber mirando su espalda.

Ni siquiera se atrevió a mirarme.

—No lo sé —susurró.

No lloraría, era absurdo llorar. ¿Qué se había dejado llevar? ¿Qué no volvería a ocurrir? Y ahora me saltaba que no sabía por qué me había besado. ¡Ja! Al menos tendría que haber tenido la decencia de mirarme a la cara. Indignada, comencé a caminar, casi resbalé pero me repuse apoyando las manos en la tierra mojada. Deseaba alejarme de él todo lo posible.

Sin volver la vista atrás, caminé sin descanso, aunque si hubiera estado más atenta habría visto la raíz de un árbol que hizo que cayera estrepitosamente al suelo.

—¡Adalia!

Me resentí de mi tobillo y llevé mis manos a él sintiéndome dolida. *Joder, como duele.* Darién se arrodilló a mi lado con ansiada preocupación, tocando mi tobillo y examinándolo con extrema delicadeza.

—¿Por qué no puedes ver por dónde caminas? —parecía enojado.

No lo podía creer. ¿Eso era un sermón? Ah, eso sí que no se lo toleraba. Retiré mi pie de sus manos y de un salto me puse de pie, aunque ese movimiento hizo que apretara los dientes por el dolor que penetró en mi pie. Le lancé una mirada furiosa.

—No me ayudes, no vaya a ser que también te arrepientas.

Me sentí humillada al estar llena de barro mientras el rostro de Darién marcaba una sonrisa. ¡Y encima sonreía! Inflé mis mejillas entrecerrando los

ojos dándome la vuelta hacia otra dirección que no fuera la suya.

—¡Adalia! —Me gritó—. Esa no es la dirección hacia la mansión.

Frené mis pasos tensándome, y me giré de nuevo hacia él pasando por su lado. Lo oí resoplar al verme con la barbilla en alto y con una expresión orgullosa.

—Adalia.

Lo ignoré y era mejor que me dejara pensar, sola. Primero me llenaba de barro, me besaba y luego se arrepentía. ¿Tan mal le había correspondido el beso? Creía que Darién sería diferente a todos los hombres, y me entristecía pensar que era como todos.

Escuché sus pasos persiguiéndome, y al acelerar la marcha para que no me alcanzara, me ardió el tobillo. Me pedía descansar con urgencia.

—Adalia, detente por favor...

Hice oídos sordos mirando los árboles mientras me perdía y él seguía persiguiéndome. Lo escuché gruñir y acelerar sus pasos para alcanzarme.

—¡Kisa, para!

Mi corazón se disparó de repente. Y me detuve cortando mi respiración. No se acercó, porque él también se había detenido a la misma vez. ¿Kisa? Perdiendo mi mirada por el paisaje mi mente voló a que ese *especial* nombre lo tenía tatuado en su pecho. ¿Se había atrevido a llamarme por ese nombre que tal vez era del amor de su vida? Me dolió el corazón demasiado de solo pensarlo. Que ya tenía una chica que mantenía en sus pensamientos.

Lo negué en mi fuero interno un millón de veces. No estaba celosa. Estaría loca si lo estuviera, solo le conocía desde hacía unos días. Me di la vuelta hacia él, qué se mantenía en una postura firme y cautelosa mirándome.

—¡Cómo te atreves a llamarme por ese nombre! Yo me llamo Adalia, no Kisa. Y si ese es el nombre de tu amor o de cualquier mujer que marcó tu corazón, te pido encarecidamente que no vuelvas a mencionarlo en mi presencia si vas a estar aquí conmigo.

No me habló, solo me miraba sin apenas parpadear, parecía sorprendido pero también le atisbé una leve tristeza y algo de recelo en su mirada. En algún

punto de mi incontrolado carácter, me remordí. Quería pensar que no había sido tan dura.

Su mirada me incomodó.

—¿Por qué me miras así? —le pregunté en un tartamudeo.

Sus ojos fríos se desviaron hacia otro lado apretando la mandíbula.

—Por nada —negó hosco con la cabeza—. Te pido una disculpa solo por el nombre. No se volverá a repetir, fue un momento en el que... —se detuvo suspirando. Quería de nuevo echar fuego. ¿Solo por el nombre? ¿No por su actitud? ¿No podía alejar su orgullo y pedirme perdón por comportarse tan nefasto conmigo? Frunció el rostro preocupado—. ¿Te duele?

—¿Te importaría, Darién?

—Más de lo que podrías creer.

Lo contemplé asombrada por su respuesta. Me encogí de hombros intentando no ser blanda.

—No me duele, puedo caminar.

Le di la espalda sin apenas ver que se moviese de donde estaba. «*Más de lo que podrías creer*». Cerré los ojos. Oh, basta Adalia, ese tono tan seductor y preocupado lo había hecho a propósito.

Si lo pensaba, la mansión estaba bastante lejos, pero llegaría. Necesitaba con urgencia un baño y una pomada antiinflamatoria para mi tobillo, ardía a cada paso y aguantaba apretando la mandíbula...

De pronto, mis pies se elevaron del suelo sintiendo el vértigo del momento. Soltando un jadeo, mis brazos se sujetaron alrededor de lo primero que pillaron. Tragué saliva lentamente mirando temerosa que me agarraba al cuello de Darién. *Mal. Mal. Mal.* ¿Cómo diablos me había cogido tan rápido en sus brazos? Abrí la boca pero me calló con rapidez.

—No te bajaré, así que puedes ahorrarte un sermón o lo que tu mente ahora te esté redactando para decirme. Te llevaré a la mansión en mis brazos. Te guste o no. Y por favor, te pediría que no me agredieras, no me gustaría inclinarte sobre uno de mis hombros.

—Podía caminar sola.

—Oh. Sí, ya lo vi, pero tu tobillo no dice lo mismo.

No tenía por qué haberme cogido en brazos, era lo que mi mente deseaba decirle, pero estaba tan llena de vergüenza por la manera en la que me sostenía tan *protector*, que las palabras no me salían. Tal vez me había pasado un poco exigiéndole que no me nombrara el nombre de Kisa. Yo no tenía derecho a mandar sobre Darién. Por primera vez en lo que estaba caminando conmigo en silencio, me atreví a mirarlo en pequeñas miradas furtivas. Sus facciones ahora se marcaban severas y duras, ¿estaría cabreado? Si así fuera sería mi culpa, cierta parte de mi enojo no se debía a que me llenara de barro o que se disculpara al besarme, sino por la Torre de los Sueños, porque Thief existía y porque hacía algún tiempo ese chico me hizo el amor. No saber sobre mi pasado me dejaba en una constante *espiral* de dudas, temores y remordimientos. Y sobre el beso, solo estaba entristecida de que se arrepintiera, y yo era la culpable de que rompiera su *regla* de no besar a sus clientas. Aunque yo no era su *cliente*, no al menos del modo que una persona ajena podría creer.

Mi mano instintivamente quiso quitar la pequeña mancha de barro de su mejilla. Suspiré para mis adentros. Él y yo éramos de *mundos* muy diferentes. Si me recordaba esas palabras, me mantendría serena de todo deseo que anhelara mi corazón. Darién no dejaría el trabajo de gigoló por una mujer. Era posible que alguna vez si lo hubiera dejado todo por esa tal Kisa, pero ahora tenía la sensación de que su *corazón* no estaba hecho para amar... al igual que el mío.

Debería dejar una larga temporada las novelas románticas donde los sueños se hacían realidad, últimamente me ponían muy sensible. No existía un «*felices para siempre*», el destino era cruel. La vida lo era, no, en realidad era que necesitábamos la existencia de la irrealidad de las novelas para evadir nuestra propia existencia humana, porque no todo en la vida era color de rosa. Porque siempre había días malos y los buenos escaseaban.

Carraspeé cogiendo valentía.

—Lo siento. Tal vez no tenía que haberme comportado como lo hice.

No me miró, inhalando con profundidad.

—Nos hemos comportado como unos niños. También soy culpable.

—Pero no tengo derecho a mandarte a que no nombres a Kisa.

Su rostro se endureció y apretó la mandíbula.

—No deseo hablar de ella.

Asentí rápida. ¿Qué le hizo esa mujer para que su semblante cambiara tan frío? ¿Le abandonó? ¿Le fue infiel? ¿O tal vez murió? Agg dudas, dudas y más dudas acerca de ella. Hiciese lo que le hiciese a él, la *odiaba* por hacerle daño.

—Darién yo... —dije con la vista clavada en su camisa embarrada—. ¿Fuiste tú quién me dejó una rosa roja en mi cama?

—¿No te gusta? —su voz sonaba desconcertada.

Ay, Dios que fue él.

—Me gusta muchísimo, pero desearía saber por qué me la dejaste y como entraste si la puerta estaba cerrada con el pestillo.

—Pensé que te gustaría y veo que he acertado. Y sobre como entré... —lo miré a los ojos a la espera—. Es una pregunta que aún no te contestaré mi alocada Deva.

Parpadeé sorprendida. ¿Deva? Tenía la certeza de haberlo escuchado en algún lugar o haberlo leído, pero no estaba muy segura. Me quedé a cuadros. Que patán podía ser a veces. No era justo. Tenía que saberlo. No podía colarse en mi habitación de noche así como si nada.

Cuando me di cuenta, Darién ya estaba abriendo la puerta principal de la mansión sin darme tiempo a reprocharle nada sobre la rosa.

Alfred y las dos sirvientas aparecieron por un pasillo y sus rostros se quedaron atónitos. Deseé esconder mi rostro que ardía en vergüenza debajo del cuello de Darién.

—Pero... señorita Knightley. ¿Qué os ha ocurrido? —preguntó perplejo Alfred.

Olivia y Mary disimularon una risa mirando hacia otro lugar del recibidor. Estupendo, a saber lo que pasaría por sus mentes tan maliciosas. Le pedí a Darién que me bajara, ya era bastante bochornoso la escena como para que siguiera en sus brazos. Lo hizo con cuidado, y aun cuando estaba de pie sus

manos se amoldaron sobre mis caderas asegurándose de mi equilibrio, y apoyé mis manos en las suyas mirándonos al mismo tiempo.

Torció una sonrisa complacida. Y retiré corriendo las manos mirando a Alfred intentando buscar la mejor excusa que rebuscaba mi mente.

—Desgraciadamente me caí al barro. Darién intentó ayudarme pero también resbaló y así hemos acabado.

Ellos tres se miraron. Como mentirosa estaba claro que no era muy buena. Alfred se puso un puño sobre su boca carraspeando. ¿Intentaba disimular una sonrisa que deseaba marcar en su rostro? ¡Esto ya era el colmo! Hasta Alfred deseaba reírse.

—Necesitan un baño con urgencia —dijo Alfred.

—Ya lo creo. Si Adalia no hubiese sido tan torpe no estaríamos así — comentó despreocupado Darién.

Volví mi rostro hacia el suyo quedándome alucinada, y me retó con su mirada juguetona que dijera la verdad. ¡Cómo se atrevía! Me mordí la lengua; conteniendo un extraño lado salvaje.

—Voy a darme un baño.

—Es una buena idea. Olivia, Mary, ayudad a prepararle el baño a la señorita Adalia —les ordenó Alfred.

Ellas asintieron al mismo tiempo persiguiéndome.

Por el amor de Dios, esto no era la *Edad Media* donde necesitaba mil doncellas para atenderme.

—No hace falta, puedo sola. Lo que si necesito es una venda y algo para bajar la inflamación. Me hice daño en el tobillo. Mary por favor, tráeme una venda y una pomada.

Y subí las escaleras cojeando si atreverme a mirar atrás y descubrir que él estaba sonriendo.

El baño caliente me ayudó bastante, agradeciendo haberme desecho del barro. Con minuciosidad también limpié mi anillo, le tenía un gran aprecio y verlo embarrado hizo que maldijera a Darién en voz alta, pero volvió a quedar como nuevo. En la bañera redonda de caliza, dejé reposar mi cabeza sobre el

bordillo, cerrando los ojos y agradándome el olor a lavanda del jabón. Al instante vino el beso a mis ojos y toqué mis labios volviendo a sumergirme en él. Jamás pensé que me besaría, pero lo hizo. Sus labios fueron tan sensuales, exigentes y decisivos. Sabía cómo derretirme. Fue tan ardiente, tan apasionado. Toda una virilidad masculina. Era con el único hombre que me había dejado besar, quitando el desagradable beso obligado que me dio Liam. Me removí incómoda en la bañera intentando olvidar ese nefasto momento.

Lo desterré rápidamente.

Sonreí pensando en Darién. Aunque después se arrepintiera de besarme, fue todo un caballero en llevarme en sus brazos hasta la mansión. Y la cruda realidad es que no volvería a besarme.

Hice un mohín disgustada.

En mi habitación y envuelta en un albornoz, cogí una toalla de la cómoda y fui secándome el pelo, echando un vistazo por la ventana. Comenzaba a llover. ¡*Yuju!* A saber cuándo pararía.

Tocaron la puerta tres veces.

—Pasa Mary —le dije aún mirando por la ventana.

Suspiré.

—Gracias por traerme la venda y la pomada. Te preguntarás cómo me lo hice. Tú ya sabes lo torpe que soy y cuando tropecé, Darién se ofreció a llevarme en sus brazos —jugueteeé con un mechón mojado de mi pelo, riéndome—. Fue todo un caballero. De los que ya no quedan. Puedes retirarte si quieres, yo me pondré la venda y me echaré la...

Girándome, me tragué un gemido abriendo los ojos como platos al encontrarme a Darién frente a mí. Los ojos de él se centraron en mi rostro, y sin quitarme de su visión, cerró la puerta haciendo que nos quedáramos a solas.

## Sheeva

¡Por todos los santos de Irlanda! ¿Por qué era tan torpe hablando sin mirar primero a la persona? Solo pensé en una cosa. Que la tierra me tragara. Ahora comprendía muy bien a mis *heroínas* literarias cuando se encontraban en una situación similar.

En sus manos llevaba un bote pequeño y una venda.

Se mordió el labio inferior sonriendo con una brillante mirada.

—¿Así que piensas que soy un caballero?

¿Pero por qué la tierra no me tragaba? En algunas novelas funcionaba. Bueno, vale, solo en las de fantasía.

—Debiste decirme que eras tú —contesté mosqueada y nerviosa.

—Entonces no hubiera descubierto que soy un caballero para ti. Cuando en el bosque he sido todo lo contrario.

—Puede que mintiera.

Sin decir nada, cruzó la estancia hasta llegar a mí cogiendo una de mis manos.

—¿Qué... que haces?

—Llévate a la cama —refutó.

—¿Cómo? —salté alterada.

—Para sentarte y curarte el tobillo.

Calmé a mi atolondrado corazón bajo un suspiro, mientras me ayudaba a sentarme en el borde de la cama.

—¿Qué pensabas que iba a hacer?

—Nada —rehuí su mirada.

Y Darién rio. Si para él era como un libro abierto, entonces sabía lo que había pensado. Cuando me sujeté al suave edredón de la cama, él se arrodilló ante mí, y cerré apresurada el albornoz entre mis piernas.



—No hace falta Darién, yo puedo... —detuve sus manos antes de que me levantara el pie.

—Deja que repare el daño que te he hecho, porque te caíste por mi culpa —su tono de súplica y sus ojos tan dulces hizo que asintiera con la cabeza automáticamente.

La ternura con la que cogió mi tobillo me dejó embobada. Volvía a llevar el pelo mojado después de haberse duchado, y llevaba una camisa azul que le hacía juego con sus ojos.

—Alfred me comentó que no había nada para aliviar el dolor del tobillo y estaba decidido a ir a la ciudad. ¿Pero a que no sabes que es lo que me frenó? Un jardinero me dijo que había un invernadero aquí con plantas medicinales naturales. Encontré el invernadero y el cuidador de ese lugar me dio esto —señaló el tarro pequeño de sus manos—. Me siento culpable y creo que no hay nada mejor que un ungüento natural para bajar esa inflamación.

Mi corazón se apretujó por su cuidado. Pensó en mí, en que me dolería.

—Pero tú no tienes la culpa, la que me caí fui yo.

Esbozó una sonrisa mirándome a los ojos.

—¿Intentando excusarme, señorita Knightley?

Su tono seductor me sonrojó y balbuceé mirando a la cama sin saber que responderle.

—Notarás algo gélido pero te aliviará.

Pasó sus dedos por la superficie del ungüento y luego los llevó hacia mi tobillo, masajeando con suavidad. Noté un intenso frío penetrar sobre mi piel haciendo que exclamara un suave gemido del cual Darién me observó, pero que aliviaba mi pequeña molestia. Eso, y que también su forma de tocarme me estaba encendiendo de una manera loca. Apreté las manos sobre el edredón mirando a todos lados aparentando normalidad, cuando en realidad un *fuego* se desataba en mi interior.

Estaba avergonzada de que tuviera que verme el pie algo hinchado. La culpable de la caída había sido yo, él no tenía que sentirse culpable.

—¿Sabes que el cuidador me dijo que ese invernadero era de la joven de la

familia? Pero que hace años que no aparece por aquí.

¿La joven de la familia?

—No sabía nada —carraspeé.

—Humm —asintió pensativo.

Dejó el tarro sobre la cama y me vendó el pie. El alivio fue casi de inmediato.

—Listo. Para mañana estarás mucho mejor. Pero es mejor que descanses para que te recuperes más rápido.

—Gracias.

Ambos nos levantamos al mismo tiempo, pero al sentir presión sobre mi pie, lo apoyé de más sobre el suelo y me balanceé hacia delante. Los brazos de Darién fueron rápidos en rodearme la cintura, deteniendo mi incorregible torpeza.

—Ni en tu habitación estás a salvo de ti —comentó en un tono burlón.

Le puse mala cara. Aún seguía preguntándome cómo era posible que me agradara tanto la compañía de Darién. Y que despertara en mi interior un *sentimiento* que parecía profundamente dormido.

Me agarré más a sus brazos con una sonrisa y sin saber que decirle en este momento, mientras me ayudaba de nuevo a sentarme sobre la cama. Mis ojos se fijaron en su camisa desabotonada de los primeros botones, y vi el nombre de Kisa. No me agradó mucho, y aparté veloz la vista. No era muy agradable saber que una mujer tenía su corazón. Él se dio cuenta y bajó su mirada hacia la camisa. Murmuró algo que no logré entender y dio un paso hacia atrás abrochándose los botones, cerrando de esa manera el nombre de Kisa.

—Te dejo para que puedas vestirte.

Asentí sin decir nada.

Me miró por un largo rato cogiendo el tarro pequeño y después se dio la vuelta cerrando la puerta a su paso. Con una expresión entristecida, fui abandonándome en la cama dejando mi mirada en las ventanas, observando el día gris.

—*Kisa* —susurré.

Y al instante me dio un escalofrío penetrando en mis huesos.

Era tan hermoso que un hombre se tatuara el nombre de su mujer en su pecho. Tuvo que amarla mucho... Sacudí mis pensamientos. *Basta. No pienses en ellos.*

Trastocada por las palabras que me dijo Darién acerca del invernadero, pensé en averiguarlo por mí misma. Había dejado esa *espinita* de curiosidad en mí. Y quería averiguar de quien era. Me vestí con unos jeans y una blusa de color perla, lo más rápido que me dejaba mi tobillo. Bajé con cuidado las escaleras atándome el pelo en una coleta. Le pregunté a un trabajador donde se encontraba el invernadero, y me señaló que se hallaba por la parte de atrás de la mansión siguiendo el único camino de piedra.

Y rodeé la mansión hasta hallar el camino de piedra. No tardé mucho en visualizar el invernadero. Me detuve observando por las cristaleras con suma atención, al parecer no había nadie dentro. Mis ojos volaron hacia el cartel de la puerta.

***Zona Prohibida. No se puede entrar sin mi autorización.***

Me eché hacia atrás al ser tan explícitas esas palabras. Mordisqueando mi labio inferior, comencé a meditar si hacía bien o mal. Mirando a los lados y no hallando a nadie, llevé mi mano al pomo pensando que estaría cerrado. Pero no fue así. La puerta se abrió bajo el tintineo de unas campanitas en la parte superior de la puerta. Me atreví a entrar pensando que solo estaría menos de un minuto.

Cerré los ojos agradándome el olor que encerraba el lugar. No podía describir que aroma destacaba más en el ambiente, pero era muy agradable. Había tres pasillos llenos de plantas, incluso vi algunas colgadas del techo. Este invernadero parecía una pequeña selva tropical. Paseé por el lugar fascinada hasta llegar a una mesa de madera, visualizando un libro marrón de terciopelo. El marca páginas sobresalía y no pude aguantar mi curiosidad de abrir esa página. Sobre la hoja marrón se encontraban tres plantas dibujadas con mucha pericia y con sus descripciones.

*\*Rhododendron ponticum.*

*\*Passiflora.*

*\*Moringa.*

Esas eran las tres plantas que había sobre el papel. Vi un mortero y otros utensilios sobre la mesa. ¿A quién de mi familia le gustaban las plantas medicinales naturales?

—Me alegro de verla, señorita Knightley.

Di un respingo asustada por esa voz, volviéndome a la vez que se deslizaba el libro de mis manos cayendo al suelo. Frente a mí había un hombre de tez oscura y ojos color café, sonriéndome. No aparentaba más de cincuenta años. Al parecer me conocía, pero yo, con un profundo lamento, no.

—Hola —dije con timidez recogiendo el libro.

—¿Se acuerda de mí? —Se señaló con optimismo—. Soy Ben. El jardinero. Usted me pidió que cuidara de su invernadero. Y me enseñó cómo se elaboraba una planta.

Me quedé impactada intentando recapacitar con mi mente mientras me erguía lentamente.

—¿Mío? ¿El invernadero es mío?

—¡Claro! Antes de marcharse me pidió que siguiera cuidándolo. Creía que no volvería, pero menuda sorpresa verla aquí. Sus plantas le han echado de menos —indicó con una mano el lugar, admirándolo—. Bueno, la dejo sola. No quiero importunarla. Me alegro de volver a verla.

Lo vi marcharse con las emociones a flor de piel. Vagué mi mirada por el lugar sintiendo que mis ojos se humedecían. Era mío. Este lugar. Este invernadero. Las plantas, el libro. Todo era mío. Adelanté un paso impresionada, con las lágrimas en los ojos. ¿Yo le enseñé a ese hombre como elaborar una planta?

*Vamos. Adalia. Recuérdalo. Tú puedes. Tú puedes.* Presioné mis ojos deslizándose las lágrimas y apretando el libro sobre mi pecho para sentir que podría conseguirlo. Lo intenté al cerrar los ojos ahogando los gemidos, pero no pude ver nada. Solo un banco de niebla. Solo eso. Y me irritaba, me asustaba y lo peor... me encontraba sola en todo esto.

—No puedo... —susurré al mismo tiempo que abría los ojos.

Y me quedé rígida al tener frente a mí a Darién. Había entrado tan sigiloso que ni me había enterado. Estaba mirándome sobrecogido por mis lágrimas.

Apreté los ojos mirando el invernadero y dejando el libro sobre la mesa.

—Es mío. Este lugar es mío —hablé en un sollozo. Él no dijo nada, seguía mirándome como si no creyera verme en ese estado. Con una mirada destrozada, fui mirando las plantas—, se cómo elaborar un unguento, como prepararlo pero no... —no tenía el vivo recuerdo de cómo me preparé para ello—. No puedo... no puedo...

*¡¡¡Recordarlo!!!* Grité en mi interior a la vez que pasaba por su lado para salir de allí al sentir que me asfixiaba, sin apreciar apenas el dolor del tobillo. El aire de afuera penetró en mis pulmones, y miré hacia el cielo negando con la cabeza la tortura que llevaba día tras día.

El relinche de un caballo me distrajo de mis pesares. Giré mi rostro en esa dirección y como si así fuera posible *ahuyentar* los fantasmas de mi pasado, decidí ir hacia allí con cautela. Un hombre llevaba una yegua blanca con él. Escudriñé mis ojos en ese animal quitando de mis mejillas las lágrimas, y sin esperararlo, un flash pasó por mis ojos dándome una leve punzada de dolor en las sienes que me dejó con una dura molestia.

«*Sheeva.*»

Susurré en mi mente.

¿Por qué había recordado ese nombre? Un estremecimiento me penetró en los huesos sin dejar de observar la yegua que se alejaba de mi vista. Tenía la sensación de que yo le había puesto el nombre; Sheeva.

Sonreí con alegría al recordar eso.

Apresurada, caminé hasta llegar a un camino bordeado bajo una sombra de árboles, al haberlo visto por aquí a ese hombre con la yegua. No entendía nada, jamás pensé que tendría una yegua... ¿pero sería mía? ¿Y si no lo era?

Unos trabajadores de los establos me saludaron con amabilidad, y paseando por las caballerizas, observé las cuadras con atención esperando encontrar la yegua blanca. ¿Adónde se la había llevado ese hombre?

A dos cuadras más oí como un caballo relinchaba, parecía irritado. Cuando me acerqué a esa cuadra, vi al mismo hombre de la yegua blanca. Intentaba tranquilizarla, ya que parecía no dejarse dominar. Él no aparentaba más de cuarenta años, era alto, moreno y de complexión atlética.

—No tienes ni un día bueno. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te comportas así? ¿Echas de menos a alguien? —le decía el hombre mientras la cepillaba. Pero se percató de mi presencia y echó la vista hacia atrás observándome sus curiosos ojos marrones—. Oh, usted debe ser la señorita Knightley, ¿verdad? Soy Jamie, el cuidador de los caballos y por supuesto de esta preciosa yegua.

—Hola —dije entrando a la cuadra. Al momento de hacerlo, la yegua se echó hacia atrás como rehuyéndome. Y la miré extrañada.

Jamie hizo una mueca apenado por su comportamiento.

—Desde hace tiempo que Sheeva se comporta así.

Cerré los ojos un segundo dándome una enorme alegría saber que no me había equivocado.

—Sé que es su yegua, señorita Adalia pero...

—¿Qué? —me quedé blanca como el papel.

El rostro del hombre se remordió sacudiendo la cabeza.

—Discúlpeme. No debí hablarle de ese modo... pero...

—¿Adalia? —oí la voz de Darién observando que venía hacia mí.

Le sonreí cuando se puso a mi lado pero después fijé mi atención en el trabajador.

—Alfred me contó lo que le ocurrió hace casi seis años. Lo lamento mucho, señorita.

Bajé la mirada esperando que Darién no percibiera mi estado melancólico. Que más daba que un empleado más lo supiera.

—¿Qué te ocurrió? —me preguntó lleno de preocupación Darién.

Lo observé ansiada. *Ojalá pudiera decírtelo.* Pensé en mi fuero interno.

—Nada... nada importante —excusé mi problema.

Sheeva relinchó y se acercó a Darién rozándose en él como si le agradara su compañía más que la mía. La miré sorprendida.

—¡Vaya, es la primera vez que hace eso! —Exclamó el empleado quedándose alucinado y alegrándose por ello—. Le caes bien. Normalmente no le gusta la gente y no se deja montar por nadie.

Darién esbozó una sonrisa acariciándola.

—Es una preciosidad.

Esperando que a mí también me dejara tocarla, adelanté un paso, pero al verme, sus patas retrocedieron dándome un vuelco al corazón que huyera de mí. ¿Por qué se mostraba tan aprensiva conmigo?

—No entiendo por qué a usted la rehúye, señorita. Pero... —miró a la yegua pensativo—, yo entré a trabajar aquí hace cuatro años y me dijeron que esta yegua era muy especial. Que era de la señorita de la familia y que cuando la familia Knightley se marchó, Sheeva no pudo soportar que su dueña la abandonara.

Darién no dejaba de mirarme sin poder interpretar muy bien su expresión, pero yo no podía dejar de mirar a Sheeva con mi corazón apretujado de dolor.

—Se volvió totalmente rebelde y no hubo forma de que volviera a ser la misma yegua. Me dijeron que todas las noches lloviera o hiciera frío ella se escapaba de su cuadra y pasaba toda la noche hasta el amanecer debajo de su ventana, esperando por usted.

No pude ocultar un gemido que no tapé a tiempo con mis manos y mis ojos se humedecieron con premura.

—Lo ha estado haciendo por casi seis años. Ya hasta le dejo la puerta abierta, luego ella vuelve al alba. Creí que ayer con la llegada de usted no lo volvería hacer, pero sigue haciéndolo.

Ese dolor inescrutable atravesó mi corazón sintiéndome vulnerable. Podía notar lo tensa que estaba Sheeva y era por mi culpa, porque no quería verme, me odiaba. La abandoné. Me fui dejándola. ¿Por qué lo hice?

Me esforcé por recordarla, tenía que hacerlo. Obligué a mi mente a que me diera un dato más a parte de su nombre. Los segundos pasaron y no pude,

sintiéndome rabiosa y muy impotente, era una inválida mental que ni siquiera recordaba a su yegua.

Di un paso hacia atrás apoyando con más fuerza mi pie herido, pero el dolor no me importó, si no ver y sentir que Sheeva ya no era como antes por mi culpa.

—¡Adalia!

Me gritó Darién al ver que echaba a correr con dificultad, pero no corrió detrás de mí para detenerme, y le agradecí desde el fondo de mí ser que no lo hiciera. Abrí la puerta principal de la mansión luchando con el picaporte, al estar temblando mis manos.

—¿Señorita Adalia? —se asombró Alfred en el recibidor al verme correr hacia las escaleras, llorando como una magdalena.

Llegando a mi habitación, cerré la puerta con el pestillo y me arrojé sobre la cama ahogando un grito de impotencia. De que servía que me contaran todo si no podía recordar absolutamente nada. Por eso le exigí a mi familia que jamás me hablaran de lo que había vivido durante toda mi vida. ¡Pero de qué servía! Si la propia vida me daba golpes haciendo que mi *pasado* resurgiera. Ansiaba recordar, la vida misma lo sabía, y no podía.

Y había hecho daño a la que posiblemente fue mi mejor amiga en mi pasado. ¡Por qué fui tan cruel con ella!

Venir aquí fue una mala idea. En esta mansión pasé gran parte de mi vida y todo volvía hacia mí de golpe, pero sin poder visualizarlo tan siquiera. Ella estuvo anoche debajo de mi ventana y no le hice el menor caso. Dios mío, casi seis años haciendo lo mismo, me esperaba, cada día esperaba el regreso de su dueña. Imaginar cada noche lo que hacía, me destrozó, llorando más sin consuelo.

Era lógico que Sheeva me despreciara, yo también me despreciaba ahora de saber lo que le había hecho.

\*\*\*\*\*

No salí. Estuve encerrada toda la tarde en mi habitación. Mary amablemente me trajo la comida y me informó de que Darién estaba muy preocupado por mí y que deseaba verme. Le dije que le comunicara mi



agradecimiento por su preocupación, pero ni siquiera a él quería verlo. No por el momento. No tuve mucho apetito y probé poco la comida e incluso la cena. Cuando Mary volvió a por la bandeja, hizo una mueca al ver que no había tocado nada de la sopa que me preparó. Pero se retiró sin decir nada al verme en un estado depresivo. Echada sobre la cama, mis ojos hinchados de tanto llorar miraron la ventana, entre las nubes apareció la luna iluminando la habitación con una tenue luz. Torcí una triste sonrisa, porque me sentía como la luna, sola, lejos, y sin la esperanza de que alguna día recordara todo.

Y no supe en que parte de la noche me quedé dormida.

El relinche de un caballo me despertó brotando de mi garganta un leve jadeo. La habitación estaba a oscuras y encendí la lámpara observando que eran las dos de la madrugada. Apresurada, llegué hasta la ventana y vi a Sheeva. Amargué mi rostro, mirándola. No podía permitir que siguiera haciéndolo más, no cuando ya me tenía aquí. Cogí una chaqueta y salí al pasillo sintiendo un perpetuo silencio en la mansión. Me fijé en la puerta cerrada de Darién, y me pregunté si ya estaría durmiendo. Negué con la cabeza mis tontas preguntas... pues claro que estaría durmiendo. Con cuidado, bajé las escaleras evitando hacer algún ruido que alertara a alguien. Fuera azotaba el aire, me abracé tiritando de frío y rodeé la mansión hasta llegar a Sheeva.

—Ya está bien, señorita. Estando yo aquí, no pienso tolerarlo más. ¿Me has oído? —le hablé con voz firme.

Ella relinchó con fuerza y alzándose para advertirme que no me acercara. Me asusté y di un paso hacia atrás con precaución. Inflé mis mejillas naciendo la irritación dentro de mí. No. Ella no me amedrantaría, si ella era brava yo también podía serlo. Con valentía, me acerqué a ella cogiéndola de las riendas.

—Volvamos a tu cuadra. No pienso dejarte aquí. Y más te vale hacerme caso.

Y aunque a los primeros segundos se negara tirando hacia atrás con su peso, al final gané la batalla y la llevé a su cuadra encerrándola. Apoyándome en la puerta pequeña de madera, miré a la yegua con melancolía.

—Perdóname —le susurré—, no puedo recordarte. Me excuso detrás de

eso pero es la verdad. Siento que tenemos un vínculo pero no puedo recordarte y me duele. Por favor no vuelvas a salir de tu cuadra por la noche —elevé mi mano para acariciarla, pero se marchó bajo un bufido hasta la esquina más alejada de la cuadra. Me llevé la mano al corazón suspirando—. Estoy aquí. Estaré aquí unas semanas... pero inevitablemente tarde o temprano tengo que volver a Los Ángeles. Ese es mi hogar.

¿Lo era? Mi corazón me decía que no.

Me quedé unos minutos pensativa. Ahora que lo recordaba, cuando desperté no encontré ninguna rosa en mi cama. Darién no me la dejó. Era posible que lo hiciera anoche, y ya no lo haría más. Eso por extraño que me pareciese, me produjo un cúmulo de sentimientos encontrados.

Alguien carraspeó detrás de mí.

*¡Hablando del rey de roma!* Sonreí. Y me di la vuelta encontrándome a Darién. Hacía mi corazón brincar cuando me sonreía tan irresistiblemente sexy. Tenía los brazos por detrás de su espalda con una expresión pilla que me hechizó al momento.

—Cuál ha sido mi sorpresa... que cuando he entrado como un ladrón a tu habitación no te he encontrado.

Me hizo reír por su tono tan divertido y chispeante. De su espalda descubrí una rosa que había estado ocultando, y la extendió hacia mí. Sonrojada, la cogí y la olí perdiéndome en su aroma.

—Gracias. Eres tan galante.

—Si una rosa te hace sonreír de esa forma, estaría dispuesto a llenar el mundo de rosas solo por ti.

Mi boca se secó y mi corazón comenzó a latir con intensidad. Sus palabras me encendieron y no dejé de mirar la rosa. Sabía que su abrasadora mirada estaba sobre mí. ¡Pero cómo me decía eso y esperaba que lo mirara como si nada!

Desvié mi atención hacia Sheeva quitándome del ángulo de su visión.

—¿Vas... vas... a decirme cómo entras en mi habitación?

—¿Quieres saberlo? —me preguntó sintiéndolo mucho más cerca.

Cerré los ojos estremeciéndome cálidamente, y me atreví a girar mi rostro hacia él.

—En realidad te he seguido y no había entrado a tu habitación... —desvió la conversación a propósito con una mirada traviesa.

—¡Darién! —le repliqué.

Solo con pronunciar su nombre tan conciso, suspiró resignado haciendo un gesto con las manos rindiéndose.

—Tu habitación tiene un pasillo secreto y llega hasta mi habitación. ¿Contenta?

Me quedé boquiabierta. Casi prefería no haberlo sabido. ¿Su habitación y la mía se conectaban? *Ay, Dios.*

—¿Y cómo lo has descubierto?

Se encogió de hombros mirando a la yegua.

—Investigando.

—No recuerdo que seas detective.

Su mirada se plantó en mi rostro y sus ojos me embrujaron.

—Es verdad, soy gigoló. Actualmente a tus servicios.

Ese tema me incomodaba demasiado.

—No eres mi gigoló. Eres libre para hacer lo que te plazca.

—Dudo que pueda hacer lo que me plazca ahora mismo. Necesitaría tu permiso.

Su tono tan seductor hizo que saltaran todas mis alarmas. Esperó que hablara, pero no lo hice, mirando nerviosa a la yegua.

—Veo que has logrado meter en su cuadra a Sheeva —dijo un minuto después.

Asentí.

—Adalia —me volvió hacia él cogiéndome de los brazos, sus ojos tenían un matiz de preocupación—. ¿Por qué antes has salido llorando? Y en el invernadero te vi tan frágil y débil... no entiendo nada. ¿Qué te ocurre?

Bajé la mirada echando un paso hacia atrás.

—Es complicado, Darién. Mi vida es complicada desde hace casi seis años. Solo me duele que Sheeva me huya, pero en el fondo la comprendo.

—Necesito saberlo, Adalia —en un momento estaba mirando hacia la cuadra y al otro segundo sentí la fría pared de piedra del establo. Corté mi respiración al ver que Darién deslizaba una mano por detrás de mi nuca, y pegaba nuestras frentes—. Necesito saber que te ocurre. Sé que algo me ocultas. Necesito tanto la verdad como besarte ahora mismo.

¡Quería besarme! Él lo deseaba. ¿Y qué había de su tercera regla explícita? El primer beso se rememoró en mi mente y aunque no salió del todo bien, el fuego de mi interior se incrementó deseando que me besara de nuevo. *Hazlo. Hazlo. Hazlo.* Gritó mi interior. Sé que de alguna forma se contenía, veía como apretaba la mandíbula y fruncía su ceño.

—No me pidas nada —susurré cautivada por su acercamiento.

—Confía en mí.

—Apenas te conozco.

—Ya. Eso es punto menos a mi favor —agregó con un tono triste.

Aunque todo mi ser me reclamara, me gritara que se lo contara, una parte de mí temía que saliera huyendo y no sabía por qué.

Sus caricias no me dejaban cavilar que hacer. La parte sensata me decía que huyera de él, que cogiera el primer avión hacia Los Ángeles y lo olvidara. La otra, que confiara, que me fundiera en sus labios y que me dejara llevar por una maldita vez en la vida.

—Dame tiempo —murmuré decidida a contárselo más adelante.

Debería molestarme que sonriera con satisfacción.

—Esperaré. Aunque para otras cosas no puedo esperar. Tentar a un tigre hambriento es ganar o perder.

—¿Y quién de los dos va a perder? —levanté una ceja con diversión.

—Tendré que averiguarlo.

Consumió mi aliento cuando tomó mi rostro entre sus manos y nos miramos

un instante a los ojos, abriendo nuestras almas y saliendo al completo nuestros sentimientos. Entorné los ojos bajo el roce de sus labios sobre los míos que derritió mis sentidos. Sus fuertes manos siguieron manteniendo mi rostro, hasta que no resistió más y aplastó sus labios contra los míos, colgando mis brazos alrededor de su cuello para no desvanecerme allí mismo. Sus besos me hacían viajar hasta el cielo deseando más, mucho más de lo que era un simple beso. Saboreó y devoró mis labios hasta hacerme gemir cuando me mordisqueó el labio inferior, su lengua se entrelazaba con la mía y me excitaba hasta el extremo de sentir el fuego impregnando nuestros cuerpos.

Estuve a punto de saltar sobre su cintura y cometer la mayor *locura*, cuando gracias a Sheeva, mi burbuja se explotó, al sentir como asomaba la cabeza por la puerta topándonos con su morro para separarnos. Darién se separó de mí aunque noté que lo hizo a regañadientes, y desvió su atención hacia Sheeva que lo buscaba.

Sonreí agitada, sintiendo mis mejillas ardiendo.

—Parece que le gustas.

—Eso parece —sonrió acariciándola.

Cuando todo se enfriaba a nuestro alrededor, esa chispa, esa atracción, la conexión con la que comenzábamos, desaparecía por completo y me hacía sentir incómoda. Me froté los brazos mientras miraba a Darién, que seguía perdido en sus pensamientos mirando y acariciando a Sheeva.

¿Estaría pensando en el beso? ¿Se arrepentía otra vez?

—Es tarde, creo que deberíamos volver —me sugirió mirando el lugar.

—Si no te importa yo me quedo un rato más con Sheeva.

*Hasta que se me pase todo lo que me haces sentir*, me faltó decirle. Todas esas mariposas que me hacía sentir en mi estómago.

—De acuerdo.

Fruncí el ceño. ¿Por qué había dudado unos segundos?

Se acercó dos pasos hacia mí y sin esperarlo acarició con la yema de sus dedos mis mejillas. Me quedé quieta mirándole hechizada por sus gestos tan tiernos. Observó la rosa de mi mano y después se acercó a mi rostro, dándome

un inesperado beso en la mejilla.

Todo mi ser refunfuñó al haber esperado otro beso en los labios.

—Dulces sueños, banphrionsa —se despidió con dulzura.

Toqué mi mejilla maravillada mirando cómo se marchaba por el pasillo y dejándome en una nube. Pegué mi rosa contra el pecho enterrando mi nariz en ella. Sheeva se me había quedado mirando con fijeza.

—¿Qué? Es imposible resistirse a él y la viva prueba de ello eres tú.

Relinchó como si me entendiera y me hizo reír.

No sé cómo lo hacía Darién. Pero esta noche me iba a la cama con una sonrisa en mis labios, y con una enorme satisfacción que navegaba en mi interior.

\*\*\*\*\*

La mañana amaneció con una espesa niebla que se perdía hasta el horizonte. Nubes, lluvia, niebla... la cuestión era que siempre había algo que dificultaba que hubiese un día hermoso. Pero nada de eso bajó mi optimismo.

Cuando bajé a desayunar al salón principal, aunque un poco tarde, Olivia me informó de que Darién se había levantado muy temprano y se había ido.

Sentada en la mesa, miré el reloj de péndulo acristalado que marcaba las once de la mañana.

—¿Y no te ha dicho dónde iba? —le pregunté por tercera vez.

—No, señorita —me sirvió más café en la taza.

Qué raro. Ayer cuando no encontramos en el establo no me dijo nada de que hoy saldría. ¿Adónde habría ido? Y caí en la cuenta con rapidez. Claro, yo le dije que podía hacer lo que quisiera. ¿Pero él conocía este condado? ¿Esta vez sí estaría en Killarney?

Alfred apareció por el salón y venía con una sonrisa en sus labios ¿De qué se alegraría tanto? Porque él no era de sonreír muy a menudo.

—Buenos días, señorita Adalia.

—Buenos días, Alfred.

Se paró a mi lado llevando sus manos por detrás de su espalda.

—El señor Darién la está esperando fuera. Dice que le tiene una sorpresa y desea que vaya.

Dejé de beber casi atragantándome y llevando una mano a mi pecho.

—¿Está fuera?

Alfred asintió con la cabeza y con rapidez me limpié la boca con la servilleta, y empujé la silla hacia atrás saliendo del salón.

El sol me dio de lleno en la cara y levanté una mano haciendo una pequeña sombra sobre mis ojos. Me agradó sentir el sol y ver ese especial *azul* sobre el cielo, algo poco habitual suponiendo que estábamos en Marzo. Respiré el aire puro que atravesó mis pulmones y busqué a Darién con la mirada, pero no lo encontré.

Me mordí el labio inferior paseando por la gravilla y dudando de si deseaba verme aquí o en otro lugar. Alfred no me había especificado el lugar donde estaría Darién.

El galope de un caballo detrás de mí hizo que me girara al mismo tiempo, atrapándome la sorpresa. Darién estaba montado sobre Sheeva. Hasta sobre una yegua no podía desprenderse de lo sexy que era.

Tranquilizando a Sheeva me mandó una sonrisa, la misma que me cautivó la primera noche que nos conocimos. Adelanté un paso hacia ellos y Sheeva seguía reticente conmigo. No pude ocultar mi nostalgia retirándome de nuevo hacia atrás, para darle su espacio. Envidié a Darién, que la propia yegua lo dejara tocarla y que pudiera pasear con ella. No entendía que hacia él con Sheeva. ¿Acaso quería restregarme que él si podía montarla mientras a mí me despreciaba? No lo creía tan ruin.

Evité que notara que estaba celosa y enfadada.

—Buenos días —dije con voz calmada.

—Buenos días mi hermosa, Deva.

Mi corazón me pedía que le preguntara porque me llamaba Deva. Una vez más, decidí que eso tan irrelevante tendría que esperar.

Sonreí mirando hacia un arbusto podado y bien cuidado.

—Veo que habéis hecho buenas migas.

—Sí, Sheeva es una excelente yegua.

La miró con dulzura, acariciándola. Apreté los dientes odiando sentirme remordida por abandonarla hacía casi seis años. Si no lo hubiese hecho, me querría.

—Que disfrutes de tu paseo.

Me negué a llorar y me di la vuelta para regresar a la mansión. *¡Jo! Con lo bien que había amanecido.* Pensé depresiva.

—Espera, Adalia —se puso a mis pasos galopando con Sheeva.

—Si esta era tu sorpresa, hacerme ver que Sheeva te deja a ti y a mí...

—No, Adalia. No sería tan mezquino y cruel. Mi sorpresa era otra.

Esperé cruzándome de brazos, reticente.

—¿Y?

—Que montes en Sheeva.

Abrí los ojos como platos.

—¿Te has vuelto loco? Por si no lo has visto ella me rechaza.

—Hay que ser perseverantes con los animales, no dejar de insistir. Sheeva... en el fondo no creo que te guarde ningún rencor. Si hay algo que tienen los animales, es el don de la fidelidad hacia su amo.

Suspiré con pesar.

—Darién, te lo agradezco. Pero no voy a obligarla a nada que no quiera.

Aceleré los pasos al embargarme la tristeza. El gesto de Darién era muy noble, pero no podía obligar a Sheeva a estar conmigo, y me dolía aceptarlo.

A la vez que la yegua trotaba sobre mis pasos, ahogué un grito al verme sobre el aire y al otro segundo encima de Sheeva. Cada músculo de mi cuerpo se tensó al relinchar ella. Aguanté la respiración observando que un brazo me rodeaba la cintura protegiéndome, y sintiendo el duro pecho de Darién tocando mi espalda.

*Oh, por favor, por favor...* rogaba en mi fuero interno. *Que Sheeva no se*



*ponga a correr y me tire, por favor, por favor.*

Sentí que Darién aguantaba reírse y sabía que era por la forma en la que estaba expresivamente. Volví mi rostro hacia él, dándole un pequeño golpe en su hombro.

—¡Patán! No debiste cogerme.

Parpadeó lleno de sorpresa pero sin marcharse la chispa de diversión.

—Es agradable volver a oír que me llaman patán. Solo una mujer lo hizo.

—Oh, a ver si lo adivino. Kisa —le tiré entrecerrando los ojos.

—Sí, ella —su tono ascendió a duro tragando saliva al no esperar que la mencionara—. Era lo que adoraba de Kisa. Su carácter y su forma de enfadarse.

Mi infantilismo quiso que inflara mis mejillas. Otra vez esa mujer. Ya me quedaba muy claro que la amaba.

Me crucé de brazos mirando al frente.

—Sheeva podía habernos tirado a los dos. Eres un irresponsable.

—Como habrás comprobado, no se ha vuelto loca. Estás sentada sobre ella y está tranquila. Necesitáis volver a conectar, si te alejas, ella también lo hará. Quería darte la sorpresa de pasear juntos con Sheeva. Hace un día precioso.

Volví mi rostro apenado hacia él, conectándose nuestras miradas. Tanto acercamiento era una *tentación* que debía resistir.

—Gracias. Como siempre tú sorprendiéndome.

—Si te veo sonreír me doy por satisfecho. Tienes una sonrisa muy hermosa.

Sonreí sin proponérmelo.

—Así me gusta.

Y sus ojos bajaron imprevistos a mis labios. Solo unos centímetros nos distanciaban y deseaba con locura que me besara. Negué ese deseo. No cuando Darién pensaba en otra. Giré mi rostro hacia delante poniéndome roja y tartamudeando.

—Cuando quieras iniciamos el paseo.

Sentí su sonrisa en mi espalda.

El paseo fue agradable y lleno de idílicos lugares, si quitaba los momentos cuando nos rozábamos, cuando deseaba posar mi cabeza sobre el pecho de Darién o voltear mi rostro y no pensármelo dos veces y abalanzarme sobre sus labios tan apetecibles.

Me propuse a entretenerme con mi iPhone, ya que ninguno de los dos decidía romper el silencio. Abriendo Twitter, encontré un tweet de Carla.

**Carla O'Brien** @Car\_O'Brien · 2 horas

Ese momento en donde lees un libro y llegas a una escena que destroza tu corazón. Dan ganas de tirar el libro o ir a por la autora. Y mis intenciones no serán buenas.

**Responder Retwittear Favorito Más**

Le di un retuit y lo guardé en favoritos. Después me dispuse a contestarle.

**Adalia Knightley** @Adaknig · 3 segundos

Pobrecita. ¿Tienes los clínex en posición? A todas nos ha pasado.

**Responder Retwittear Favorito Más**

**Carla O'Brien** @Car\_O'Brien · 1 minuto

Uff llevo dos cajas de clínex. Quiero estrangular a alguien. Cómo me hace eso la autora. Ha matado a un personaje muy, muy especial y yo he muerto con él.

**Responder Retwittear Favorito Más**

Solté una carcajada sacudiendo la cabeza.

**Adalia Knightley** @Adaknig · 3 segundos

Acabas de dar un enorme spoiler. Aunque menos mal que no has dicho el título ;)

**Responder Retwittear Favorito Más**

—¿Puedo saber de qué te ríes? —me preguntó Darién con curiosidad.

—Mi amiga Carla está un poco traumatizada con su última lectura y lo está gritando en Twitter.

—Hmm esa misma Carla que cree que soy un perverso.

Hice una mueca.

—No la juzgues tan duro, y me lo dijo de broma. Carla en realidad es una romántica empedernida. Siempre la encontrarás con sus libros favoritos...

La melodía de mi iPhone me interrumpió, y me incomodó ver el nombre de Ryan reflejado en la pantalla.

—¿No dijiste que no deseas saber nada de él? ¿Por qué te llama?

Los ojos de Darién se volvieron oscuros con un tono serio.

—¡Y no deseo nada de él! Es él, no entiendo que quiere de mí si para él soy una tremenda mojígata.

Ryan siguió insistiendo y la verdad no deseaba arruinar este paseo.

Darién me arrebató de mis manos el iPhone, llevando las riendas con una sola mano. Nerviosa, lo miré esperando que contestara la llamada, pero para mi sorpresa decidió apagar el móvil.

—Problema resuelto —me lo devolvió un poco hosco por culpa del misógino.

—¡Claro! ¿Por qué no se me habrá ocurrido? Si desconecto mi iPhone dejará de insistir —solté algo sarcástica.

Vi un reproche en su mirada pero sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Es eso o que le meta una paliza. Y en el noventa y cinco por ciento de los casos intento ser pacífico.

Puse los ojos en blanco bajo una risa. Esperaba que estuviera bromeando, porque no dudaba de que ese cuerpo tan atlético ganara al de Ryan, pero una imagen de ellos peleando me desagradó. Sacudí mis pensamientos dándome un escalofrío. No lo deseaba.

Observé por bastante rato las praderas llenas de un intenso verde y de las flores silvestres que nacían de la madre tierra. Era un lugar hermoso. No sé por qué mis padres lo habían cambiado por la ciudad de Los Ángeles. Pasamos cerca de un Crómlech, el cual me dejó sorprendida, ya que no tenía ni la más remota idea de que en las tierras de los Knightley hubiera uno. Cuando lo perdí de vista, una sensación *rara* emanó por mis manos dándome a entender que yo había estado ahí más de una vez.

—Ahora que recuerdo algo...

—¿El qué? —volví mi rostro hacia él, desconcertada.

—Hace siete meses sobre unas fotos y tu nombre relacionado... —al instante caí en la cuenta de que hablaba—. Todas las revistas hablaron de ti y de tu gesto bondadoso. Dejaste que te hicieran siete fotos pero solo una se expuso en la galería de arte *Edward Cella*.

—Sí, pero solo participé porque era para una obra benéfica contra el cáncer de mama. El fotógrafo me pidió que me vistiera de blanco y que sonriera en cualquier dirección menos a la cámara.

—Pues causaste gran sensación, hablaron muy bien de ti. De la bondad que desprendía tu sonrisa, del carácter noble de tu rostro. Estabas hermosa en esa foto en blanco y negro.

Me sonrojé mirando a Sheeva.

—¿Y supiste quién compró la foto?

—No —negué con la cabeza—. El comprador lo hizo como anónimo. Y la verdad es que eso me inquieta. ¿Por qué ocultarse?

—¿Piensas que puede ser un degenerado? —lo dijo con un tono divertido.

—No, claro que no —una risa brotó de mi garganta—. O eso espero. Pero nadie pagaría dos millones de dolores por una foto mía. Lo hubiera hecho yo, pero no podía auto-comprarme y cuando le pedí a mi padre que la comprara, en la sala de la galería se anunció que ya estaba reservada la foto, y que esa persona deseaba conservar su anonimato. ¡Qué locura, dos millones! Yo no valgo tanto.

—Hey... —levantó mi barbilla haciendo que lo mirara—, tú no vales

dinero, Adalia, eres mucho más valiosa que eso. Por lo que he visto, tu valoración es incalculable. Arruinarías al mundo entero si deseas ponerte una cifra.

Esboqué una sonrisa al ver cómo me hacía sentir mejor.

—Sí, pero algún día me gustaría agradecer a esa persona que pagara esa cifra porque fue destinada a la fundación «*Luchadoras.*»

—Será alguna persona multimillonaria a la que cautivaste. Ella sabe que le estás muy agradecida. ¿Puedo saber dónde están las otras seis fotos? No hablaron de ellas ni las mostraron.

—Las tengo yo. En realidad el fotógrafo eligió la que se expuso y...

En un acto reflejo, lo vi. Fue como si él me llamara. El viento me trajo su llamada. Darién detuvo a Sheeva preocupado por mi rostro tan repentinamente pálido. *¡No puede ser!* Pensé abrumada.

## El árbol: «Go Brách»

Bajé de la yegua apresurada ayudándome Darién al estar temblorosa, le hice un gesto de agradecimiento sin poder mirarlo al acaparar toda mi atención lo que hacía disparar mi corazón como una locomotora.

Atravesé la vasta y salvaje pradera pisando con fuerza la hierba doblada por el viento, y esperando que todo esto no fuera un sueño.

Deteniéndome ... sentí un escalofrío y no por el aire que se había revuelto a mí alrededor como si de pronto se avecinara una tormenta, si no por el árbol que tenía a dos metros de mí. Tan robusto y lleno de vitalidad. Parecía *especial*. Parecía *único*. Gemí casi en un llanto al volver tantos sentimientos y sensaciones sin poder encontrarles una razón aparentemente lógica.

Primero la torre, y ahora el árbol. La verdad se reflejó más ante mí sobre la existencia de Thief. Con este mismo árbol había soñado tantas veces. Donde ese chico de mis sueños me reclinaba contra el tronco y acariciaba mis pómulos haciéndome sentir enamorada.

Toqué mis mejillas al sentirlo tan *real*. Recordaba que sobre la corteza del árbol había una inscripción. Sí. En los sueños estaba. Parpadeando y sintiendo las pestañas húmedas, avancé los pocos pasos hasta llegar al tronco, y dándole un rodeo me quedé helada.

Ahí estaba. Un pequeño escrito sobre la corteza. Carecí de voluntad cuando deseé repasar con mis dedos las palabras, teniendo un estremecimiento que me hizo cerrar los ojos agachando la cabeza. Go Brách. «*Para Siempre*», ponía en irlandés. Esas dos palabras eran muy profundas y llenas de sentimientos. Ahora no había dudas, ese chico existía. ¿Por qué pondríamos esas palabras en el árbol? ¿Con qué fin? Este lugar del que había evitado pensar más de la cuenta, era donde corría con él como si el mundo exterior no nos importara.

Mi mano se elevó hasta esas pequeñas palabras, las yemas de mis dedos lo rozaron y en ese instante algo golpeó en mi pecho. Me vi con quince años, reclinada sobre el árbol y con Thief pegado a mí teniendo su frente contra la mía. Las ganas de que me besara las contenía, no podía abrir los ojos, los dos

respirábamos agitados anhelando ese momento. Aunque una parte de mí estaba asustada.

—*Adalia, no sabes todo lo que me haces sentir.*

—*Sí que lo sé. Te hago rabiarse a cada segundo de nuestra vida.*

—*No me refiero especialmente a eso, sino el modo en el que puedes manejarme. Ya no tengo el manejo de mi vida.*

—*¿A qué te refieres?*

—*A que ya no puedo ocultar todo lo siento por ti.*

*Sus labios me besaron con una delicadeza que al principio me supo a poco. Pero tomando mi rostro, ahondó más su boca contra la mía haciéndome sentir mil cosas. Estaba desconcertada, excitada, asustada y con ganas de empujarlo, pero también de que siguiera estrechándome entre sus brazos toda la eternidad...*

Ahogué un grito cayendo de rodillas contra la tierra, abrazando al árbol. ¡Era un recuerdo! Pero otra vez, otra vez no pude ver su rostro. Apreté los dientes odiando todo. Temblorosa, sollocé sintiéndome vulnerable. ¿Por qué no podía ver su rostro? Era un recuerdo que solo me hacía más daño. Un doloroso recuerdo. Tendría que estar feliz, pero me sentía desesperada y en un mar de amargura porque no sabía cómo demonios encontraría a ese chico... ahora que sabía que era *real*.

—¡Adalia! —me llamó Darién. Oí como bajaba de Sheeva y corría hacia mí. Seguí meciéndome desde el suelo.

Darién llegó hasta mí y se arrodilló, levantando mi rostro torturado por el recuerdo. Su expresión se amargó al verme, despejando mis lágrimas con sus pulgares.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

—No puedo más. No quiero sentirme desconcertada.

—¿Desconcertada? ¿Por qué?

Mandé mi mirada hacia la hierba, abrazándome. Suspiró.

—¿Es este árbol? En la torre también te pusiste mal, con Sheeva también, en el invernadero. ¡No dejas de llorar! Quiero saber que te ocurre, necesito que me lo digas.

Sonreí lastimada por su preocupación.

—No quiero hablar, Darién. No ahora —musité.

No me sentía con fuerzas. Saber que el chico de mis sueños existía me dejaba vulnerable. Entonces si tuve un pasado amoroso con Thief. La pregunta que debía hacerme es... ¿cómo acabó lo nuestro? Acarició mis mejillas con una expresión pensativa.

—Supongo que cuando desees contármelo aquí estaré.

Asentí agradeciéndoselo. Salir de la mansión parecía ser una constante tortura, si al ver el árbol no había podido recordar del todo ese momento con Thief. Entonces era un caso perdido. Las lágrimas desearon empujar más en mis ojos, y deseé dejarme arrastrar por el tormento que era mi vida desde hacía algún tiempo.

—No me gusta verte llorar —admitió con un tono decisivo—. Ven.

Darién me ayudó a levantarme de la tierra en la que me había derrumbado sin consuelo, las piernas me bailaron y él me sujetó preocupado por la cintura recostándome contra el árbol, y cogió una de mis manos apretándola con ternura. La miré sin hablarle.

—Sea lo que sea. Lo que te ocurra. Estoy aquí.

Su expresión angustiada derritió mi corazón y consiguió arrancarme una pequeña sonrisa. Su rostro parecía decidido en algo que se habría propuesto hacer. Había dejado una mano apoyada sobre el árbol impidiéndome escapar, teniendo mi cuerpo atrapado entre el árbol y él. Pero unos segundos más tarde descendió esa misma mano hasta mi rostro. Las chispas de voltaje recorrieron mi cuerpo. Algo me decía *peligro*, pero cada vez se alejaba más esa palabra al no hacerle caso.

Los ojos de Darién eran tiernos y enigmáticos. Con sus pulgares había despejado las últimas lágrimas que no deseaba verme. Jamás había llorado



delante de un hombre, ni incluso solté alguna lágrima con los cretinos que intentaron utilizarme. Y en cambio con Darién... era mostrar toda mi *naturaleza*. La rebelde, la valiente, la débil, la asustada. ¿Qué me pasaba con él?

Corté mi respiración cuando su pulgar rozó mi labio inferior, agradándome esa sensación.

—Dime, Adalia. ¿Alguna vez te has enamorado? Pero un amor intenso, puro, verdadero.

Por más que deseara recordarlo, no lo lograba, dejándome sola en un abismo de dudas.

—Supongo que sí —susurré con voz temblorosa al sentir su cuerpo contra el mío.

Frunció el ceño por mi respuesta.

—Espero que él te hiciera feliz.

*Tú me estás haciendo feliz solo con estar conmigo*, quise decirle pero fui una cobarde. Preferí no contestarle a algo que posiblemente no era cierto. Si alguna vez amé, solo me quedaba la tristeza, las sensaciones, los sueños y un recuerdo que hacía pocos minutos me había dejado un sabor amargo.

—Prométeme que no volverás a llorar más —se acercó un poco más consumiendo mi aliento.

—Una mujer jamás puede prometer eso.

Dejó a ambos lados de mi rostro sus manos sujetándome con firmeza, y entorné los ojos al sentir el roce de sus mejillas contra las mías.

—Entonces yo no puedo prometer no besarte justo ahora —musitó al filo de mis labios—. *Mo banphrionsa*.

Me flaquearon las piernas cuando oí su perfecta pronunciación en irlandés. Llevé mis manos a su cuello sintiendo la electricidad emanar entre los dos. Entreabrí los labios bajo su roce sensual y que sentía que estaba hambriento de mí. Me derritió por completo que me dijera en irlandés: *mi princesa*.

—¿Señorita Knightley?

Aturdida, abrí los ojos intentando visualizar esa voz masculina que procedía detrás de Darién, éste se apartó deprisa alejándose unos pasos con la cabeza agachada y con un rostro inquieto. De frente, me encontré a un anciano, debía tener unos ochenta años, sobre su cabello canoso llevaba una boina y apoyaba sus manos en un bastón de roble teniendo su espalda algo chepada. ¿Este hombre me conocía?

—Hola —le saludé en un gesto sin saber que más decirle.

Él me sonrió con amabilidad haciéndose un gesto.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Eustaquio, el lechero que todas las mañanas os dejaba leche de mi lechería que abrí a dos kilómetros de aquí. ¿No lo recuerdas?

Mi corazón lo negó. No lo recordaba. Y tuve ganas de llorar. Pero debía hacer como que sí lo conocía.

—Oh, sí. Ya le recuerdo, discúlpame —salté con una media fingida emoción, él abrió sus brazos y con afecto me abrazó.

—Venditos los ojos, muchacha no has cambiado nada. ¿Cómo están tus padres? He visto que les va muy bien con la empresa de modas que montó también en Estados Unidos.

—Están bien. Ellos siguen allí. Yo he venido a pasar unos días aquí —le dije con una sonrisa.

Fue un momento incómodo en el cual no sabía que decirle más, él si me recordaba pero yo ni siquiera recordaba el azul claro de sus ojos. Junté mis manos algo nerviosa por el silencio, y su constante mirada con su sonrisa emotiva. Y entonces me di cuenta de que Darién no estaba a mi lado. Lo busqué con la mirada sin hallarlo. ¿Dónde se había metido?

—Ha sido una alegría volver a verte, Adalia —el anciano me distrajo de buscar a Darién con la mirada, se quitó la boina rascándose el pelo—. Aún recuerdo todas las travesuras que hacíais tú y Félix. ¿Cómo lo llamabas también?... Ah, sí, Thief.

*Bum.* Fue lo que hizo con fuerza mi corazón contra mi pecho.

—¿Qué? —perdí mi voz en un susurro.

—Sí, muchacha, Félix.

Me quedé de piedra sintiéndome enajenada.

—Recuerdo lo unidos que estabais, no os separabais en ningún momento. Recuerdo cuando una vez fuisteis a mi lechería y rompisteis dos botellas de leche y salisteis corriendo como dos ladronzuelos. Y hubo otra vez que estresasteis dos de mis vacas y ya no volvieron a dar leche. ¡Qué tiempos aquellos!

Con un paso hacia atrás recosté mi espalda sobre el tronco del árbol marcado, y dibujé una escasa sonrisa para disimular tocando mi frente.

—Oh, pero no te preocupes muchacha, son cosas que se hace cuando uno es un niño.

*Por favor no siga, me está torturando no poder recordarlo.* Pensé febril, notando la presión sobre mi cabeza. Sentía como si en cualquier momento explotaría y no habría nada que recoger de mí sobre esta tierra.

—Incluso cuando fuisteis adolescentes no os separabais. Se veía cuanto os amabais.

Levanté la cabeza turbada, mirándolo. Se le formó un hóyelo en su mejilla al sonreírme con devoción.

—Muchacha, se notaba a leguas vuestro amor. Lástima lo que sucedió después.

Tragué saliva recobrándome.

—Félix —repasé una mano por mi pelo parpadeando de seguido—. ¿Dónde está, Félix?

Así era como se llamaba el chico de mis sueños. Recordaba haberlo llamado Thief, pero jamás en mis sueños había oído o dicho su verdadero nombre.

—Se fue de este condado y posiblemente de Irlanda, pobrecito no se repuso a lo que le sucedió a su familia. Los Brent vivían muy cerca de vosotros los Knightley, compartíais terrenos. Una unión de hace siglos entre los Knightley y los Brent. Killarney, y yo también me incluyo, os echamos mucho de menos. Pero los Brent no se merecían el revés que les dio la vida, Félix tenía un gran

futuro por delante pero la vida le dio fuerte. Hace mucho que no sé de él. A estas alturas es posible que ya tenga una familia a la que cuidar.

Esas últimas palabras me aplastaron el corazón. Apreté los labios. No estaba aquí. Félix se fue. El aire se comprimió en mis pulmones, debilitándome por el impacto de la *noticia*. Debía saber que le sucedió, necesitaba buscarlo.

Cuando abrí la boca una voz femenina se alzó detrás del anciano. Observé una chica y un chico bajando la colina de la pradera.

—Abuelo, vamos. Tenemos que regresar.

Él se volvió con júbilo haciendo una señal de que iría.

—Es mi nieta y su prometido. Acaban de regresar de Italia —se volvió hacia mí apretujando la boina entre sus manos con aspecto avergonzado—. Adalia, muchacha, sino es mucho pedirte, me gustaría invitarte a la boda de mi nieta. Es dentro de dos días. Por supuesto, puedes ir con tu acompañante —señaló el lado en el que había estado Darién recientemente, y se había marchado sin más.

Sonreí con timidez. No podía negarme. Tal vez así podría contarme más acerca de Félix. Asentí con un estremecimiento de dolor por ansiar saber algunas cosas más sobre Félix; el chico de mis sueños. Necesitaba mucha más *información*, aunque de ello dependiera que me desestabilizara y que el tormento aumentara como un huracán.

—Con gusto. Estaremos allí.

Me esbozó una sonrisa feliz.

—¿Ha venido Alfred contigo? —asentí aún turbada—. Entonces le pasaré a él la dirección de la Catedral de Santa María en Killarney. Y me encantará mucho hacerle una visita. Me ha alegrado verte. *Slán go fóill*, Adalia.

Se fue alejando hacia su nieta apoyado en su bastón.

—Hasta pronto —pronuncié en inglés.

Sonreí hasta que se alejó perdiéndolo de vista, y encerré mi rostro entre sombras tormentosas. Jadeé tapando mi boca cayendo las lágrimas por mis mejillas y apoyando mi cabeza contra el tronco.

—Félix —susurré atormentada.

Eustaquio había mencionado que ya no estaba en este condado y tampoco en Irlanda. Y lo otro que había mencionado destrozó incomprensiblemente a mi corazón... que era posible que tuviera una familia, que tendría una vida al lado de una mujer que lo valoraría.

Me llevé las manos a la cabeza sintiendo que explotaría en cualquier momento.

Oh, dios mío, en nuestro pasado estuvimos juntos. Eustaquio habló de amor, el amor que mi corazón no se negaba a creer cada vez que pensaba en Thief. Ahora sabía su nombre; *Félix*.

¿Pero qué mal le sucedió a Félix? Maldita sea, Eustaquio no me contó nada más. Me inquieté, el aire frío me despertó de mis pensamientos y aún seguía sola en aquel solitario árbol. Con tristeza, miré una vez más las palabras en irlandés sobre la corteza y salí en busca de Darién.

Bajé la colina buscándolo con la mirada, sin encontrarlo. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué decidió alejarse sin decirme nada? Frotándome los brazos, hice un mohín al oler la humedad sobre el ambiente y vi que el cielo se había cubierto de nubes. Suspiré. Y a mediodía le decíamos adiós al sol. Era de esperar.

Aplastando la hierba tras mis pasos, empecé a escuchar una voz grave y dura.

—No creo que estés en condiciones de darme una elección, Aiden.

Me detuve en seco sin hacer ni un mínimo movimiento más. A unos metros de mí, vi de perfil a Darién recostado sobre un roble hablando por el móvil. Al instante caí en la cuenta de que hablaba con su amigo, el mismo que me presentó en Urth Caffé que frecuentaba con Carla en Los Ángeles.

—Exacto, solo eres eso... bueno también mi amigo. Pero no voy a seguir tu consejo... —su tono pareció volverse más duro—, ¿a qué viene que me saques a Kisa ahora? ¿Quieres que te lo diga? ¿Qué por más que luche deseo aún una parte de ella?

Fue como si una flecha atravesara mi corazón. Involuntariamente di un paso hacia atrás e hice quebrar una estúpida rama que maldije por dentro, y al

momento Darién dio un respingón saliendo detrás del árbol. Lo miré asustada por su expresión indescifrable, pero vi su mirada fría como el hielo. Nos miramos un momento con tensión y en silencio. Con orgullo, me di la vuelta caminando de nuevo hacia Sheeva.

—Tengo que dejarte... si maldita sea lo pensaré. Pero no te prometo nada.

Colgó murmurando algo que no logré escuchar.

—¡Adalia!

Seguí subiendo la colina sin responderle. En varias zancadas me alcanzó. Sentí sus manos volviéndome hacia él con fuerza.

—¿Qué has escuchado?

En sus ojos no hubo rastro de la misma dulzura que cuando casi estuvo a punto de besarme bajo el árbol. ¿Darién se daría cuenta que cuando se enfurecía le salía una visible vena en la frente?

—Nada que me importe. Solo que aún quieres a tu adorada, Kisa.

Estaba cabreada con esa mujer contra la que no podía luchar. ¿Pero por qué deseaba luchar? Se echó hacia atrás pero manteniendo un rostro imperturbable.

—No vuelvas a espíarme. Jamás —dijo con dureza.

—Descuida —dije con la barbilla en alto y con valentía.

Sin más, me giré hacia Sheeva y eso fue lo que hablamos.

Si al principio fue incómodo el paseo, la vuelta fue a peor.

«¿Quieres que te lo diga? ¿Qué por más que luche deseo aún una parte de ella?» Esas palabras aún seguían atravesadas en mi mente y no tenían intención de marcharse. Mis sentimientos luchaban unos contra otros, unos se aferraban a la esperanza de que ya sabía algo del chico de mis sueños, y que en una *posibilidad* remota lo encontraría. Y mis otros sentimientos me decían que no decayera en la esperanza con Darién. ¿No solo sentía una fuerte atracción hacia él?

Lo miré de reojo y su parte seria e imponente observaba el paisaje de regreso a la mansión.

¿Qué haría Carla en mi lugar?

Sin duda no dejaría escapar la oportunidad con Darién, me diría que hiciera todo lo posible para que él olvidara a Kisa. Pero yo no era ese tipo de mujer tan frívola. No le quitaría a otra mujer lo que por derecho le pertenecía.

Esa Kisa no sabía la suerte que tenía.

No lo sabía.

Ya no aguantaba más el irritante silencio, y carraspeé para iniciar alguna conversación y romper el hielo.

—Eustaquio, el lechero, el hombre mayor que hace poco hemos visto junto al árbol, nos ha invitado a la boda de su nieta pasado mañana.

No me atreví a mirarlo, solo esperé.

—Cuando dices nos ha invitado, te refieres a que yo te acompañe. ¿Ya deseas sacarme a pasear fuera de tu mansión?

Apreté los dientes para no volverme y estrangularlo por ese tonito tan sarcástico. Detestaba tanto ese sentimiento, pero una parte de mí muy profunda y enterrada, le agradaba.

—No estás oficialmente invitado.

—Ah, pues es un alivio. Espero que disfrutes de la boda.

—No lo dudes. Y disfrutaré, ya lo creo. Y a ver si por fin encuentro un hombre que me ame, me valore y sobre todo me respete. Puede que en esa boda lo encuentre, nunca se sabe.

Su brazo que estaba sobre mi cintura, me estrechó más contra él como si fuera un *aviso*, ese movimiento me aturdió respecto a lo que de verdad deseaba. Con Darién casi nunca sabía qué camino tomar, si uno me conduciría del todo a él o caería en un inexorable vacío.

—¿Dónde has estado gran parte de la mañana? Me avisaron de que habías salido muy temprano.

—¿Ahora tengo que darte explicaciones de dónde voy?

Su tono incrédulo fue el que hizo que me enojara del todo. Llegando a la mansión, Darién detuvo a Sheeva y estuvo dispuesto con caballerosidad

ayudarme a bajar cogiéndome de la cintura, pero yo no lo dejé. Rehuyendo de sus manos y haciéndoselo saber con mi rostro irritado, bajé sin problemas de Sheeva. Y caminé hacia la puerta.

—Adalia.

Con lentitud me detuve, pero no me di la vuelta.

—Mañana quiero que demos otro paseo. Deseo mostrarte algo —comentó con un tono totalmente diferente, algo más dócil.

Abrí la boca mirando la puerta. ¿Cómo tenía la cara de proponerme otro paseo después de comportarse tan patán conmigo?

—No sé si podré mañana —dije con indiferencia.

—Hmm pues qué pena —contestó con un tono jocoso—, de todas formas te esperaré aquí fuera a las once. Sé que no me fallarás, banphrionsa.

Apreté los dientes con aspecto de fiera. Pero me volví demasiado tarde al verlo galopar hacia los establos con soltura y elegancia. El fuego de rabia emanaba en mi interior. ¿Quién lo entendía? No deseaba ir a la boda conmigo pero sí a pasear. Estaba chiflado. Entré malhumorada a la mansión.

Llegando a mi habitación me tumbé sobre la cama... todo golpeaba mi mente y no podía detenerlo. Intenté retener las lágrimas, solo Ériu sabía cuánto intentaba resistir. Pero mirando mis brazos, esas pequeñas cicatrices incurables para mi alma, volví a recordar ese día.

*«Quiero recordar. ¡Por qué no puedo! ¡¡Por qué!!»*

Mis propias palabras martillaron mi cabeza.

Rompí a llorar de impotencia haciéndome un ovillo. Era fuerte. Y sé que no volvería a recaer en un estado de locura como ese, pero en ocasiones me sentía tan frágil que deseaba encerrarme en algún lugar oscuro y no salir jamás. El psicólogo que me trató al principio antes de marcharme a Canadá, me dijo que con el tiempo me acostumbraría a no tener en mi presente los recuerdos de mi pasado. Y estaba tan perdida o más como al principio de mi amnesia. Así que él con toda su carrera y sus estirados diplomas... se había equivocado.

\*\*\*\*\*



—Oh, Adalia, venga no será para tanto —me comentaba Carla mientras hablábamos por teléfono y le contaba todo lo sucedido.

—¿Qué, no? No entiendo a Darién. Es amable, cariñoso, dulce... pero luego cambia. Y casi me besa debajo de ese árbol, pero nos interrumpió un señor muy amable, Eustaquio. ¡Dios, estoy llena de rabia! —argumenté de un lado hacia el otro en mi habitación.

—A ti lo que te ha fastidiado es que os interrumpieran.

Salté indignada.

—¡Eso es mentira!

Mi amiga se rió.

—Lo que en realidad me dolió fue que Eustaquio me dijera todas esas cosas. Ahora sé que el chico de mis sueños se llama Félix Brent.

—Sabía que ese chico existía. Tus sueños no eran normales. Buscarlo va a ser difícil y más si se marchó del condado de Kerry y también de Irlanda. Sería como buscar una aguja en un pajar. Pero no nos rendiremos, lo encontraremos. Alguien tiene que saber de su paradero.

Con un deje de tristeza me dejé caer sobre una butaca que estaba cerca de la ventana.

—Y luego Darién se cabreó porque descubrí que aún ama a Kisa.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó con curiosidad.

—Fue sin ninguna mala intención, escuché la conversación telefónica que estaba teniendo con su amigo Aiden y...

—¿Cómo has dicho? —exclamó agitando su respiración.

—Sobre qué.

—De su amigo —urgió.

—Aiden.

—Aiden —susurró despacio.

—¿Carla? —la llamé al quedarse muda más de un minuto.

Me extrañó que no me hablara. Ella nunca dejaba de hablar. Era más

hablanchina que yo.

—¡Carla!

—Ay, sí, jopé. No grites que sigo aquí —comentó quejándose de mi grito que le hizo daño.

—¿Por qué te has quedado callada por ese nombre?

—Por nada especial —musitó.

¿Nada especial? Eso era extraño en Carla. Que me ocultara el verdadero propósito de su silencio. Pero la *bombilla* se encendió rápido en mi cabeza, y el amigo de Darién que se llamaba Aiden, lo asocié con su ex que también y por casualidad se llamaba Aiden. *Oh, mi Dios.*

—Oye Carla, no pensarás que...

—Nooo —dijo rápida cortando mi conversación para que no pronunciara su nombre. Estaba nerviosa y tartamudeaba—. No. No. Te juro que no estoy pensando en él. Será una simple casualidad.

*Si tú lo dices.* Pensé entristecida por su dolorosa voz. Y suspiró con pesar.

—Ada, no pongas en riesgo tu corazón. No me gustaría que salieras lastimada, principalmente porque si así fuera cortaría en rodajas a Darién aunque fuera un tremendo bombón, o le batearía los huevos. Y yo no estoy hecha para vivir en una cárcel de mujeres. Soy un caramelito.

Reí sacudiendo la cabeza.

—Descuida. No lo haré.

—Pero eso no significa que tengas que ser una monja de clausura. Diviértete. Lo que hagas en Irlanda se queda en Irlanda.

—¡Carla! —le exclamé sonrojada.

—Digo la verdad. Creo que ya es hora de que nos desprendamos de los hombres que amamos en nuestro pasado.

—La diferencia es que tú lo recuerdas.

—A veces desearía no recordarlo. Sigue clavado en mi piel y en mis pensamientos, y no se lo merece. Pero tú, siempre puedes recurrir a tu familia para que te cuente acerca de Félix.

—¿Y llenarme de más angustia, dudas y miedos? No. No sé si podré resistir que cada palabra que suelten por más que lo anhele, no logre recordar nada.

Soltó otro suspiro, pero esta vez de tristeza.

—Ya sabes que si me necesitas por cualquier cosa, no lo dudes, llámame y cogeré el primer vuelo hacia Irlanda, sería bueno que al fin visite la tierra de mi madre. Antes estás tú que el resto del mundo, amiga.

Sonreí.

—Gracias, Carla. Como siempre, logras sacarme una sonrisa bajo un mar de tristeza. ¡Eres la mejor!

Pensé como una ilusa que en la comida tendríamos una tregua pero no fue así, él seguía serio (por un motivo inexistente para mí), y yo también seguía en mis trece. Y esa comprobación se triplicó en la cena, cuatro palabras fueron exactamente las que cruzamos.

Llegando a mi habitación, dejé mi mano sobre el pomo para abrir la puerta, pero antes de entrar giré mi rostro y observé a Darién caminando por el pasillo. No me había visto, se dirigía hacia su habitación y si mal no veía hablaba por su teléfono móvil.

Soltó una risa que hizo que lo volviera a mirar.

—Oh, no seas tonta —su tono fue chispeante. Mis sentidos se pusieron en alerta. ¿Tonta? ¿Hablabas con una mujer? Me puse en medio del pasillo, absorta, observando como llegaba a su habitación.

—Vamos, ahora en serio. Con unas pocas palabras que te dijera volverías a quererme...

Abrió la puerta y no logré escuchar nada más cuando se encerró en su habitación. Maldición. Estuvo a punto de decir el nombre de la supuesta mujer que hablaba con él. ¡Agg! Gruñí por dentro llena de celos. ¿Pero por qué? Si ni siquiera sabía quién estaba hablando con Darién. Pero le había dicho que con unas pocas palabras volvería a quererlo. Evité pensar en el nombre que estaba tatuado en su pecho. ¿Sería ella? ¿Lo estaría buscando? O peor, podía

ser una clienta. ¿Estaría concertando estar con su próxima clienta?

Inflé mis mejillas. Entré de golpe a mi habitación hirviendo mi sangre. No tendría por qué estar así. Pero tampoco dejaría que jugara conmigo. No volvería a permitir que Darién me volviera a besar si tenía una clienta más por ahí. Eso era denigrante. Y no me lo esperaba de él. Si Darién era mío de momento. No iba a permitir que ninguna otra se interpusiera entre los dos.

*¿Pero qué estás pensando?* Pensé sacudiendo la cabeza mesando mi pelo.

¿Cómo podría saber si tenía una clienta más? La respuesta la obtuve recordando lo que Darién me dijo sobre nuestras habitaciones conectadas por un *pasillo secreto*.

Escudriñé mi mirada por mi habitación. ¿Pero dónde estaría esa supuesta puerta secreta? Fijé mi mirada en mi cama y a la dirección contraria que daba. Pues claro, típico de las películas, una estantería de libros. Llegué a ella tocando todos los libros, no sabía si el susodicho libro se encajaría o debía de sacarlo un poco.

Esperaba llegar a tiempo. ¿O habría terminado de hablar con ella?

Perdida en mis pensamientos, toqué un libro verde, y se encajó hacia dentro con bastante facilidad. Exclamé un jadeo al ver que la estantería se abría de golpe descubriéndose un pasillo oscuro, asomando solo mi cabeza.

*Oh, diablos.* ¿Cómo atravesaría ese pasillo? Estaba segura de que caería al suelo tropecientos veces antes de llegar al otro lado.

Con rapidez saqué mi iPhone del bolsillo del pantalón y lo usé como linterna. Caminé por el pasillo con cuidado, tocando las paredes frías. Esto me recordaba a esas tantas novelas románticas que había leído, donde las heroínas por ser tan cotillas acababan en un lugar como éste, oscuro y frío. Esta mansión tenía que tener más de doscientos años y me preguntaba por qué uno de mis *antepasados* hizo un pasadizo secreto que comunicaba con otra habitación.

Llegando al final, encontré la puerta cerrada pero vi en el extremo derecho un mecanismo antiguo de color bronce. Supuse que sería para abrir y acceder a la habitación que se encontraba detrás.

Oí una risa hueca.

—De verdad no hay quien te entienda...

Pegué mi oreja sobre la pared fría para oír mejor. Sabía que esto no debía hacerlo. Espiar una conversación telefónica sin consentimiento de esa persona, era una de las peores cosas que había hecho desde que desperté del coma. Y él mismo me lo había advertido. Que no volviera a espiarlo. Pero necesitaba saber quién era esa chica.

—Solo será un cumpleaños, lo prometo. El resto los pasaré contigo —fue hablando tan ameno. ¿De qué hablaba? ¿De quién era el cumpleaños?—. No, mejor no me digas que me vas a regalar. Me gustan las sorpresas —por el tono de su voz parecía estar moviéndose de un lado para otro.

—Lo sé, lo sé... pasado mañana es mi cumpleaños, pero ahora estoy ocupado.

¡Madre santa! Pasado mañana era el cumpleaños de Darién.

Sonreí sin saber por qué me ilusionaba tanto saberlo.

—¿Si te digo que te quiero me dejarás esta noche en paz? —Rió con alegría—. Te quiero, Ashe. Eres quisquillosa y una entrometida pero te quiero muchísimo.

Di dos pasos hacia atrás chocando con otra pared, y de un momento a otro solo escuchaba los latidos de mi corazón. Le había dicho «te quiero». Esa chica se llamaba Ashe. Me mordí el labio inferior no entendiéndolo porque me dolía haberlo escuchado.

¿Entonces qué hacía Darién aquí conmigo teniendo otra chica? Una novia. Cerré los ojos. Claro, por dinero. Aunque no habíamos hablado de cuanto le pagaría, pero él estaba aquí por eso, seguro. Eso hacían los gigolós, ¿no? Sexo a cambio de dinero. Y cero sentimientos. Pero nosotros no teníamos sexo, no teníamos nada. ¿Entonces por qué vino aquí conmigo? ¿Por qué me dio esa sorpresa en el aeropuerto?

Siguió hablando y de repente mi iPhone comenzó a sonar. Salté alterada ahogando el grito en mi garganta.

—Espera, he escuchado algo...

*Modo silencio, modo silencio.* Grité en mi interior histérica trasteando mi

móvil. Conseguí activar el silencio y escuché pasos que se acercaban a mí. Me tensé. En cualquier momento abriría el acceso y me descubriría. Tenía que salir corriendo.

—Hmm habrá sido una rata...

Suspiré al oírlo alejarse. Espera, ¿me había confundido con una rata? Miré mis pies iluminándolos, asustada de encontrarme con una. Revisé mi iPhone viendo la llamada perdida de Ryan. ¡Otra vez! ¿Pero este imbécil que quería? Por su culpa casi Darién me pillaba infraganti.

—No, ahora no estoy en Los Ángeles... tampoco... estoy en otro lugar... Pues claro que sé en qué dirección está nuestra casa. No, te prometo que ya no estoy en eso, pero sí estoy con una mujer, una hermosa mujer que me quita el aliento.

Me puse roja tontamente. ¿Hablaban de mí? ¿Cómo tenía el descaro de decir lo hermosa que era cuando hablaba con su novia? ¿Tan liberal era esa tal Ashe?

—Estoy seguro que si te la presento te gustará...

Entrecerré los ojos. Tendrá morro.

—Sí, pero hay unos defectos en ella que no me gustan —me quedé boquiabierta—. Es mandona, malhumorada, peleona y su arma más poderosa son las bellotas, ya he sido testigo y víctima de su puntería.

Inflé mis mejillas.

Sin darme cuenta mi mano estaba sobre el mecanismo antiguo. Me faltó un poco más de valentía para abrir la puerta secreta y abalanzarme hacia él. Pero no lo hice. ¿Qué le podía reprochar? Nada. Volví a mi habitación cerrando la puerta secreta. Estaba afligida. Descubrir que tenía novia, no le gustó nada a mi atolondrado corazón.

¿Estaba enamorándome de Darién? No podía ser. Era un chico que apenas conocía. Solo me sentía atraída por él. Era eso. No debía confundir *atracción* con *amor* porque ambas palabras eran muy diferentes. Tan diferentes como la *noche* y el *día*. Y encima él me veía con *defectos*.

Llegué hasta la ventana, y suspiré, Sheeva no estaba. ¿Estaría de nuevo

aceptándome? Ojalá fuera así.

Ahora que sabía de su existencia tenía que pensar más en Sheeva. Menos Darién y más Sheeva. Mi yegua merecía más atención que ese pretencioso patán. ¿Qué yo era mandona, malhumorada y peleona? Parecía no describirme a mí. ¿Acaso él tenía el ojo de la *evidencia* para saberlo? No me conocía de nada.

Bueno, lo de las bellotas no lo negaría, pero en todo lo demás no tenía derecho de llamarme así. Seguro que su adorada Ashe se reía mientras se lo contaba. Kisa. Ashe. ¿Pero este hombre cuantas mujeres tenía? ¿A cuántas amaba?

Anduve hacia la cama malhumorada, desvistiéndome para ponerme el pijama. Apenas tenía una pequeña molestia en el tobillo, en unas horas más ya no me dolería nada. Mañana se iría él solito a pasear.

Apenas pude conciliar el sueño. Llegó las doce de la noche y seguía sin dormir oyendo la lluvia caer fuera. Rodé tantas veces por la cama que no sabía cómo pillar la postura correcta para dormirme.

Lo conseguí finalmente, hasta que un odioso trueno me despertó dando un débil grito que hizo que me incorporara de la cama. Agitada, miré la habitación a oscuras y odié la fuerte tormenta que estaba cayendo fuera. Apreté los dientes con cierto temor, mirando el reloj de la mesita de noche que marcaba las cuatro de la madrugada. Eché mi cabeza sobre la cama resoplando. Inspirando aire con profundidad, capté un *dulce* aroma muy reconocido para mi nariz. Giré mi rostro siguiendo ese agradable aroma.

Y encontré sobre la almohada una rosa roja. La cogí oliéndola y mirando la estantería. Había vuelto de nuevo. Sonreí en la noche.

Gran parte de mi cabreo se disipó. No quería creer que tuviera ese *poder* sobre mí. Que una simple rosa la tuviera. Esto era un acto romántico y no entendía por qué cada noche me dejaba una rosa. Le quité importancia. Simplemente me gustaba. Hacía que mis noches fueran algo más placenteras.





## Muckross-Brent House

El cielo amaneció encapotado pero sin rastro de lluvia. Caminé por mi habitación dando vueltas tantas veces que parecía que mis pies tenían intención de desgastar el suelo de madera. Estaba indecisa, mordiéndome el labio inferior y mirando el reloj una y otra vez.

Las 10: 30

Las 10: 47

Las 10: 58

Las 11: 05

Las 11: 25

Resoplé.

—Ya basta, Adalia. Bajas, le dices que no y ya está. No te va a comer.

Y me reí por esas palabras sacudiendo la cabeza. Primero moví mi pie girándolo en círculos, para ver como estaba mi tobillo. Era increíble como había evolucionado su *sanación*. No me dolía. Ese ungüento que me trajo Darién era mágico.

Enfundándome en unos jeans y en una sudadera azul, decidí que debía hacerle frente y no ser una niña malcriada que se encerraba en su cuarto. ¿Me estaría esperando tanto tiempo? Había oído a Sheeva alrededor de las nueve de la mañana, pero no me atreví a asomarme por la ventana.

Abrí la puerta principal de la mansión muy decidida al oír a mi yegua, y levanté una mano preparada para negarme rotundamente a pasear con él, cuando me encontré con la sorpresa de que fuera estaba Sheeva, sola.

Quedé en el total desconcierto.

¿No estaría jugando conmigo? Miré en todas las direcciones con cierta cautela.

—¿Darién? —lo llamé caminando hacia la yegua.

Al parecer no estaba aquí. Suspiré y sonreí.

—Hola preciosa —por primera vez me atreví acariciarla sin miedo. Y aunque relinchara no pareció desagradarle que la tocara. ¿Qué hacía Sheeva sola? ¿Dónde estaría Darién?

Vi a Jamie alejándose por el camino que conducía hacia los establos.

—¡Jamie! —lo llamé con un gesto para que me viera.

Él se giró a mi llamada, montado en un caballo negro.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días. ¿Sabes dónde está Darién?

—Pues la estaba esperando aquí, pero Alfred parecía necesitar ayuda y fue a ayudarlo. Se fue por esa dirección.

Me quedé mirando ese camino que señalaba.

—Veo que está haciendo buenos y grandes progresos con Sheeva. Me alegro mucho.

—Sí —sonreí hacia ella—. No lo entiendo. Ha sido todo tan rápido.

—Creo que se debe al señor Darién. Desde ayer visita a Sheeva. Hoy ha madrugado muy temprano y le habla de usted.

Alcé las cejas con la sorpresa reflejada en mi rostro. No sabía nada.

—¿Le habla de mí?

—Aunque si le soy sincero jamás he escuchado lo que le dice, debe de hablarle muy bien de usted y no es para menos. Jamás he visto un progreso tan rápido en una yegua con su dueño. Y ahora si me disculpa, debo retirar a Torbellino a su cuadra ya ha tenido su paseo. Que tenga una agradable mañana.

Asentí en un gesto de agradecimiento mientras lo veía alejarse. Puse mis manos en el rostro de Sheeva mirándola con devoción.

—¿Qué te dice de mí, eh? —le hablé con curiosidad.

¿Por qué Darién no me dijo nada? Tenía que agradecerle que me ayudara a reencontrarme con Sheeva. Dispuesta a buscarlo, seguí el camino que me indicó Jamie.

Y mientras caminaba por la senda escuché voces.

—Pásame esa llave inglesa.

Esa voz era de Darién.

—Aquí tiene —habló Alfred.

Fruncí el rostro confundida al ver a Alfred al lado de un tractor verde, y a Darién subido encima de ese viejo trasto tocando la parte exacta del motor. Miré un momento el cobertizo, parecía más deteriorado que el resto de propiedades de Muckcross-Knightley House.

Alfred me miró de reojo y dio un respingón al ver que era yo.

—Señorita Knightley —me hizo una reverencia algo nervioso.

—¿Qué hacéis? —pregunté curiosa.

Alfred observó a Darién que aún nos daba la espalda con su cabeza metida en el hueco del motor.

—Listo —dijo al cabo de unos segundos. Se sacudió las manos y se dio la vuelta.

Me quedé mirándolo sin contemplar tan siquiera que tenía que pestañear. Por su rostro tenía una mancha de grasa y su camiseta blanca de manga corta estaba mullida de lo mismo. ¿Cómo lleno de grasa podía seguir indiscutiblemente sexy cuando tendría que ser todo lo contrario? Pero Darién invertía en *atractivo* todo lo que en lo práctico fuera una mala visión. Se me secó la boca sin poder apartar la vista de él, y de cómo se pegaba esa camiseta blanca a sus músculos.

Torció una sonrisa mirándome y sentí como mis mejillas se encendían. Alfred nos miró a ambos con rigor. Se puso el puño sobre su boca y carraspeó. Ladeé el rostro tragando saliva al despertarme del hechizo que había echado Darién sobre mí. *Ay, Dios...*

—El señor Darién, se ofreció a ayudarme a arreglar el trator que está años sin usarse.

Lo miré fascinada.

—¿Sabes algo de mecánica? —le pregunté de forma inocente.

—Lo suficiente. Hay que saber un poco de todo.

Esboqué una sonrisa asintiendo.

Darién se pasó entre las manos un trapo gris quitándose la grasa, luego de un salto habilidoso subió al tractor y lo arrancó a la primera dando un grito de victoria, y una palmada al aire satisfecho.

—¿Ves? Solucionado.

—Gracias, señor. Pero me apena que se haya ensuciado para arreglar este viejo trasto.

Volvió abajar con agilidad encogiéndose de hombros.

—No te preocupes Alfred, me encanta ser de utilidad. Mis cualidades son arreglar viejos trastos y rescatar a bellas damas cuando se encuentran en un apuro —terminó la mirada en mí guiñándome un ojo.

Disimulé mi rubor por esa mirada y dejé una cantidad de pelo sobre un lado de mi cara para no verlo. ¡Maldito! Eso no era justo. Agradecía que Alfred no le encontrara sentido a lo último.

—Voy a ver qué están haciendo Olivia y Mary. Puedo intuir que no están haciendo sus quehaceres. Con permiso.

Asentí mientras Alfred se perdía por la senda para llegar a la mansión.

Me crucé de brazos incómoda de quedarme a solas con él.

—Eres una caja de sorpresas —dije sin más.

—Tú también lo eres.

Fruncí el ceño. ¿Qué me quería decir con eso?

Miré los alrededores, y en como el viento azotaba las ramas de los árboles.

—Eres un máquina —mis pensamientos se hicieron eco por mi boca.

Hizo una mueca asomando una sonrisa que evidenciaba diversión. Me encendí de vergüenza y comencé hacer gestos y a tartamudear como una tonta.

—No... quiero decir.... Bueno, en realidad me refería a que eres un gran manitas.

Detuve mi incorregible tartamudeo mordiéndome el labio inferior. Dios,

pues claro que había encontrado ese segundo sentido explícito en mis palabras.

—Te había entendido. Pero ahora he descubierto que cuando te ruborizas encuentro la belleza natural que habita en ti, Adalia —se acercó a pasos lentos y me quedé quieta—. Y eso te hace única.

Me miraba con tanta seducción que me dejé atrapar en sus ojos azules, hasta que sentí sus cálidos dedos tocar mis mejillas y me retiré dos pasos hacia atrás. Él se cruzó de brazos, no molesto, sino divertido, le gustaba verme nerviosa. Y por esa diversión yo deseaba estrangularlo.

—Veo que has salido fuera. ¿Tal vez me estabas buscando para dar finalmente ese paseo?

—Sí... es decir no. He salido para decirte que no. Definitivamente.

Se relamió los labios y cortó los dos pasos que nos separaban.

—Tus labios pueden negar lo que tu corazón desea hablar.

—Mi corazón desde hace tiempo que está dormido —confirmé con un tono triste.

—Entonces tendré que despertarlo.

El corazón se me disparó intentando razonar en que estaría bromeando. Esas palabras tan dulces y explosivas eran demasiado para mis *deseos* que intentaba refrenar sin pensar en las consecuencias. *Cambia de tema. Cambia de tema.* Me habló mi lado razonable.

—¿Qué habría pasado si no hubiera salido?

—Si después de ayudar a Alfred no te hubiera visto —se acercó a mí como un depredador hasta acercarse lo suficiente para llevarse mi aire y todos mis sentidos—, habría entrado a la mansión, te habría cargado sobre mi hombro y te hubiera llevado fuera. Por qué en verdad quieres dar ese paseo conmigo — con su dedo índice me dio tres toques sobre el pecho—. Y ahora si me das diez minutos volveré a por ti. Éste patán necesita cambiarse.

Pasó por mi lado sintiendo que aún no podía coger el aire, pero retrocedió inclinando su rostro hacia el mío y me quedé como una piedra, al curvar una sonrisa mirando mis labios.

—¿O soy un caballero?

—No. Sigues siendo un patán —logré decir temblando.

Chasqué la lengua con decepción.

—Lástima. Si hubiese sido un caballero te habría besado.

Se fue marchando teniendo la delicadeza de no rozarme para no ensuciarme. ¿Pero acaso si me hubiera robado otro beso me habría importado ensuciarme? Necesitaba ser fuerte. No me hubiera besado, no de saber ahora que tenía algo *especial* con esa tal Ashe.

—¡Darién! —lo llamé con la valentía de soltárselo de una vez.

Él se giró y no me atreví a decirle nada sobre esa tal Ashe, cuando su rostro tan jovial y sonriente me perdía. Y era un buen momento para agradecerle lo de Sheeva.

—Solo quería agradecerte que le hables de mí a Sheeva. Ya me lo ha dicho Jamie. No sé qué le dirás, pero gracias por intentar que ella me acepte de nuevo. Y te esperaré aquí fuera.

—Esa yegua y tú tenéis que volver a conectar. Y me encanta hablarle de ti, ella pone mucha atención —su sinceridad revolución mis emociones picándome la curiosidad de qué le diría sobre mí a Sheeva.

Se hizo más evidente su sonrisa y se marchó. Solté aire intentando encontrar todos mis sentidos. Y volví al lado de Sheeva. Estuve unos minutos acariciándola, pensativa.

—¿Por qué tiene que gustarme tanto? —susurré perdida.

Al principio estaba segura de que mi corazón no lo arriesgaría. ¿Por qué Darién era tan distinto? ¿Por qué se comportaba conmigo así? ¿Por qué mi corazón me decía que me arrojara a sus brazos, y mi mente me decía todo lo contrario? ¿Qué dictados debía seguir? Y Félix... él me llenaba de inquietudes porque finalmente era *real*. Y mi corazón me pedía buscarlo pero también estar con Darién. Los dos parecían ser tan especiales para mí. ¡No! Tenía que ser imposible. Cerré los ojos indagando en mi corazón cuales eran los verdaderos sentimientos que me ataban a ellos.

—Ya estoy listo.

Abrí los ojos encontrándome con Darién vestido con unos pantalones oscuros y una camiseta negra. ¿Por qué no podía dejar ese lado tan explosivo que tenía? No era nada justo para mi corazón. Pasó por mi lado agradándome el olor de su perfume y embriagándome.

Oí como carraspeaba. Me di la vuelta y lo vi montado en Sheeva. Tendió una mano hacia mí.

—Banphrionsa.

Se la cogí y me levantó con rapidez poniéndome delante de él, los dos sonreímos y por un instante nos miramos. Noté como mi pulso latía con fuerza al atraparme su mirada intensa y ardiente. Su rostro se inclinó sobre mi cuello inspirando y dejándome paralizada.

—Dios, Adalia, tienes que dejar de echarle esa colonia a lavanda.

¡Madre santa! ¿Qué quería decir con eso?

—¿No te gusta? —le pregunté preocupada echándome más hacia delante para que tuviera menos olor de mí.

Torció una sonrisa irresistible mordiéndose su labio inferior, posando su mano en mi cuello para que volviera a la misma posición y robándome un gemido por su contacto. Tragué saliva nerviosa mientras veía como apretaba la mandíbula y se dibujaba en su rostro la impaciencia por algo que no captaba ahora yo.

—Más bien te hace apetecible y me hace desear abalanzarme sobre ti.

—¿Estás bromeando?

—Sí —aguantó reírse con una cara de niño bueno—. Pero me encanta el olor a lavanda.

Oh, lo sabía. Tan canalla y perverso algunas veces. Pero se lo perdonaba porque su carita de niño bueno me había derretido el corazón. Al menos le gustaba como olía.

—¿Vuelvo a ir delante?

—Me gusta que vayas delante. Por otra parte quiero que sientas la adrenalina correr por tus venas.

Eso no se lo ponía en duda.

Apoyó sus manos sobre las mías un momento, y todo se paralizó para mí, volviendo mi rostro hacia él.

—¿Preparada?

Asentí mirando hacia delante.

—Lo estoy.

Sentí su sonrisa en mi espalda.

En el momento en que Sheeva inició la carrera, cerré mis ojos unos segundos sintiendo todo pasar velozmente sobre mí. Las hojas del camino se volvieron pequeños torbellinos dejándolas atrás, el viento azotaba mi rostro y los árboles pasaban uno detrás de otro sin poder contemplarlos. Tenía la sensación como si en cualquier momento fuese a volar. Estaba impresionada de no tener miedo del peligro que podíamos correr por ir a esta velocidad nada prudente. Y comprendí en ese instante lo excelente jinete que era Darién. Quería tener el *espíritu* aventurero que tenía él. Las ganas de vivir la vida. Con esto me había demostrado una mínima parte de él. Que era un *alma* libre. No sabía que él fuera experto en caballos, lo que me hizo preguntar desde cuándo tenía ese *conocimiento*. Un muro mediano de piedra se alzaba no muy lejos de nosotros, sobre una vasta pradera, y en mi mente no tuve tanta fe en que lo conseguiríamos. Darién apresuró más a Sheeva con firmeza y grité, cuando la yegua con destreza saltó el muro sintiendo como botaba sobre la montura, pero también como Darién rodeaba un brazo por mi cintura para estrecharme contra él con fuerza. No solté mis manos de las suyas sintiendo la *adrenalina* correr por mis venas, la sensación de poderío y libertad que sentía al galopar con Sheeva de esa forma.

Llegó un momento en que Darién hizo que Sheeva redujera su marcha hasta frenarla del todo. Si había una palabra para expresar todo lo que había sentido, la tenía en mente: *liberada*. Por primera vez no temí a nada de lo que me pudiera pasar. Confié en Darién. Puse mi vida en sus manos.

Hacia un momento mis manos temblaban a causa de la adrenalina, ahora Darién tenía las suyas sobre las mías, confortándome. Las miré un buen rato, y desde que Sheeva se había detenido sentía la fija mirada de Darién en mi espalda. Y no me ayudaba nada a calmar mi estado alterado que uno de sus



pulgares, acariciara el dorso de mis manos.

Volví mi rostro y encontré su mirada cálida, mirándome fijamente como predije. Sus ojos me lo decían todo al igual que su sonrisa pícara. Que había disfrutado tanto como yo esta loca carrera, y que disfrutaba mucho más verme sonrojada, agitada y no dejando de sonreír. El sol atravesó entre las espesas nubes como si con el poder de sus cálidos rayos, ellas obedecieran ante la magnitud del calor.

Donde el sol reflejó, captó mi atención al ver de refilón un destello en el agua. Observar ese enorme lago a unos metros de nosotros, me adsorbió por completo haciendo que mis labios formaran una O. Era el lago cercano a la mansión —de la propiedad de los Knightley— el viento surcó el lugar y estremeció mis sentidos, y todas las sensaciones volvieron a galopar en mi interior. Empujada por un *sentimiento*, mi cuerpo bajó de la yegua. Escuché que Darién me llamaba pero no me volví, ese sentimiento que se instalaba dentro de mí era más fuerte que yo, me dejaba en un estado hipnótico y deseaba dejarme arrastrar para saber por qué me sucedía aquí en Irlanda. Inspiré aire. El sol hacía brillar el lago de un intenso azul zafiro. Sentí como si el agua me llamara. ¿Por qué? ¿Por qué precisamente este lago?

¿Qué conexión tenía con él? El viento susurró en mi oído y me figuré sentir la voz distorsionada de una mujer. Mi cuerpo se alteró buscando respuestas hacia donde mis ojos volaban, observando la naturaleza en proceso de vida.

*Ha sido mi mente, ha sido ella.* Pensé una y otra vez. Y aun así no pude luchar contra el poder que me tenía *cautivada*. Me moví sin tener fuerzas para detenerme, algo dentro de mí quería que me sumergiera en el lago.

—¡Adalia! —unos fuertes brazos me impidieron seguir y me sacaron de mi profundo estado letargo.

Parpadeé muchas veces sintiéndome confundida.

—¿Estás loca? El agua debe estar helada. ¿Quieres pescar un resfriado?

Vi mis pies casi tocando el agua, estábamos en la orilla. Darién asustado, siguió con inseguridad sujetándome de la cintura. Y me sentí segura y a gusto de que lo hiciera. No quería que me soltara, porque no me encontraba segura de mí misma. ¿Qué demonios me había poseído para querer meterme en el lago?

—Estoy bien.

—¿Segura?

Asentí. Y él soltó un suspiro sintiendo que sus músculos se relajaban.

—Cualquiera diría que sufres de sonambulismo. Pero diferente. Porque a ti te pasa estando despierta, siendo totalmente dueña de tus sentidos. No creo que haya un caso parecido al tuyo sobre la faz de esta tierra.

—Seguro que no es nada de eso. Me maravilló el lago y solo quería verlo más de cerca.

Su mirada entrecerrada en crispación me respondía que no me creía nada, hasta yo misma ni me lo creía. ¿Qué diablos me pasaba desde que había pisado Irlanda?

—Ven. Hemos llegado donde deseaba llevarte —me cogió una de las manos entrelazándolas.

No pude despegar mis ojos del lago. Esa acción que estuve a punto de hacer habría traído malas consecuencias. Él siguió tirando de mí por una senda llena de árboles pero antes de que perdiera de vista el lago, casi en el centro, vi las aguas ondularse.

Fruncí el ceño. *Qué extraño...*

Sin darme cuenta, choqué contra la dura espalda de Darién al haberse detenido. Me disculpé por mi torpeza con una sonrisa, pero enseguida se borró de mis labios al ver que tenía frente a mí.

A diez metros de mí tenía una mansión.

Una extraña sensación recorrió mi cuerpo haciendo que cerrara solo un momento los ojos, y en mis oídos resonó de repente las risas de unos niños. Eché un vistazo hacia atrás al sentir que el eco de esas risas procedía de allí.

*Qué raro.* Pensé con dudas.

Girando la mirada hacia Darién, vi su penetrante mirada clavada sobre mí.

—¿Te suena? —me preguntó refiriéndose en un gesto seco hacia la mansión.

La sensación extraña no se fue de mi piel, desagradándome, fruncí el ceño y

miré de nuevo a la mansión. Estaba bastante deteriorada debido a que no habían invertido en su cuidado y supuse que estaría abandonada desde hacía tiempo. ¿Era de nuestra propiedad? ¿Quién vivió aquí? El musgo habitaba en gran parte de la mansión de tres plantas, haciendo más tenebrosa su piedra gris. El fondo de los cristales era oscuro y me dio escalofríos de solo mirarlo.

El ruido sonoro de un cartel balanceándose hizo que me girara en su dirección.

*Muckross-Brent House.*

Ver ese apellido hizo que me quedara impresionada. Al instante me vinieron las palabras de Eustaquio a la cabeza. Esta propiedad era de los Brent. Esa familia con la que compartíamos terrenos. *Félix*. Pensé al instante con los ojos vidriosos. Giré mi cabeza hacia Darién que también observaba ese cartel de madera descolgado de sus bisagras. Lo miraba sombrío y se me encogió el corazón de tristeza.

—No. No sé de quién puede ser esta mansión —intenté que no percibiera que estaba frágil.

Darién adelantó un paso con aspecto rígido contemplándola.

—Entonces no sabrás su historia.

—Pero supongo que tú sí. ¿De qué la conoces? ¿Y cómo sabes que estaba aquí?

¿Él conocía a la familia Brent?

—Ayer la encontré —me dijo tan tranquilo—, y recordé que era esa mansión por la que circuló la noticia por algunas partes de Europa. Es posible que por eso tú no sepas nada. Cuenta la historia que aquí vivió una familia adinerada. Lo tenían todo, felicidad, amor, salud, amistades...

El aire comenzó a removerse y me sentí cohibida frotándome los brazos al oír como los árboles se susurraban.

—El padre de la familia tenía un centro comercial en Dublín, todo le marchaba bien hasta que invirtió en Bolsa y lo perdió todo. El centro comercial quebró cerrándolo y no logrando salvar nada, ni el patrimonio de su herencia —miró nostálgico el lugar. Toqué mi corazón con lástima hacia esa

familia—. Se vieron arruinados de la noche a la mañana. Y el padre cayó en depresión sin levantar cabeza por mucho tiempo.

—Nadie merece un destino tan cruel. ¿Y qué les pasó después?

Porque algo nefasto les sucedería para dejar abandonada esta majestuosa mansión, que estaba segura que fue majestuosa, pero en sus tiempos.

Se encogió de hombros.

—A saber... no se supo nada más de ellos. Puede que estén muertos o en el olvido.

Su tono frío me encogió el corazón y lo observé con nostalgia. Las risas de los niños se hicieron más evidentes detrás de mí. Y me volví agitada de oírlos más cerca, los busqué con la mirada, pero no estaban.

—¿Has oído eso? —le pregunté espantada.

Darién echó una mirada rápida en mi dirección.

—Yo no he oído nada.

—Por favor, vámonos de aquí. Este lugar no me gusta.

Darién entornó los ojos inspeccionándome.

—¿Qué ocurre? ¿A qué temes?

Volví mi mirada hacia la suya seria y distante.

—Yo no temo nada, es solo que no quiero estar aquí.

—Es solo un lugar abandonado —lo señaló despreocupado—. Viviste cerca de esta familia y ni siquiera sabes quienes son. ¿Recuerdas sus nombres?

—No —susurré apresada por el pánico.

Salvo el de Félix. Me faltó decirle, pero entre los temblores y el temor que me abrazaba, no tenía mucha capacidad para pensar.

Y algo inesperado se hizo presente en mi vida. Un recuerdo fugaz y borroso pero lo suficientemente claro para saber de qué trataba. Una viva imagen pasó ante mis ojos de dos niños con no más de ocho o diez años corriendo por unas praderas cerca de esta mansión. Y aunque una niebla me cegara la imagen,

podía diferenciar el cabello largo y rubio de la niña descendiendo por su espalda, intentando no tropezarse con la falda de su vestido azulado.

—*Vamos, Félix.*

—*No me llames así —me gritó él pero con un tono feliz.*

—*¿Prefieres, Thief? Sí, te llamaré así. Vamos pequeño Thief, alcánzame si puedes —esa niña le hacía burlas mientras corría.*

Temblé de espanto. Esa niña... esa niña era yo. ¡Dios mío! Y ese niño era Félix. El chico de mis sueños. Él vivió en esta mansión abandonada. Tan cerca de mí... Un espasmo de dolor hizo que me debilitara.

—¡Adalia!

Antes de que tocara el suelo y me hiciera daño, sentí los brazos de Darién sosteniéndome contra él. Aturdida, apoyé mi cabeza sobre su pecho y mi cuerpo sucumbió a los deseos de que permaneciera contra el cálido cuerpo de Darién durante un rato, como si él fuera una especie de *salvación* a la tortura emocional que arrastraba desde hacía casi seis años.

Sentí su cálida mano sobre mi mejilla llamándome con tono de angustia.

Como si el sol me estuviera cegando directamente en mis ojos, los abrí poco a poco haciendo una mueca de molestia. Una luz nítida ensombreció el rostro de esa persona y fijándome en él, vi por un momento a Félix. Su misma sonrisa. La que pocas veces podía apreciar.

—Félix —sonreí con alegría.

Su rostro risueño desapareció, y las sombras de pronto dejaron al descubierto al verdadero rostro que me observaba.

—¿Félix? —esa voz grave parecía confusa y algo irritada.

Me quedé estupefacta y de un salto me incorporé de sus brazos sintiendo solo un débil mareo. Cerré los ojos dándole la espalda y dejando una mano en mi frente. Estaba confusa y desconcertada. ¡Qué había hecho! No tuve agallas para mirarle a la cara.

—¿Me acabas de llamar por otro nombre?

Era normal. Esperaba una explicación. Y su tono sarcástico y enfurecido me lo decía todo.

Mi labio inferior comenzó a temblar.

—Lo siento, Darién —era todo lo que podía decirle—, no sé... me confundí...

La risa de los niños volvió sobre mi cabeza y comencé a agobiarme mirando los alrededores, apretando mis manos sobre las mangas de mi sudadera para no entrar en un ataque de histeria. Estaba asustada. Si no había niños a nuestro alrededor. ¿Cómo demonios los oía yo? ¿Era producto de mi mente? ¿Era ese fugaz y nubloso recuerdo el que no me dejaba en paz?

—¿Quién es, Félix?

Buena pregunta. Yo también deseaba saber quién era; dónde estaba, cuanto lo amé o cuanto él me amó, si fue el primer chico que besé, si fue el primero que despertó en mí con una caricia la excitación, si fue el primero en hacerme el amor. Todo era tan absurdo y confuso.

—No quiero hablar de él —murmuré casi sin aliento.

—¿Por qué?! —una de sus manos me volvió hacia él con brusquedad sonando su voz más tensa. Sus ojos me observaron con una débil línea de rabia—. ¿Te hizo daño?

—No lo sé.

Parpadeó con un rostro incrédulo. Y sus manos se apretaron más sobre mis brazos.

—¿No lo sabes? Me da la sensación de que olvidas muy pronto a quienes te rodean, Adalia. ¡No me puedes decir no lo sé a un posible hombre que estuvo en tu vida! —su tono de voz parecía realmente enfadado.

Su reproche fue como una directa patada en mi estómago. Y el *caos* de mi interior se desató.

—¡¡Tú no sabes nada!! —apreté los dientes haciéndole cara.

Su mirada también refulgía ira.

—¡Y por qué no me lo dices, qué te lo impide! ¿De quién tienes miedo? Todo lo que te rodea aquí parece hacerte daño... es como si fácilmente lo hubieras borrado todo.

—Sí, sí, sí... lo olvidé —le grité resonando mis gritos entre los árboles haciéndose eco.

Él se quedó de piedra mirándome, enmudecido por mi respuesta, soltando sus manos de mis brazos y dando un paso hacia atrás. Balbuceé mirándole rota.

—Desde hace casi seis años que no sé quién soy. No recuerdo nada de este lugar —señalé los alrededores dando una vuelta—, ¿estás contento? ¿Eso era lo que querías oír? Me duelen las sensaciones que tengo. Porque solo son vagas sensaciones. ¡No hay ni un maldito recuerdo claro que pueda proyectar mi mente de mis veinte años en hacia atrás!

Le mentí en gran parte. Y me sentí miserable y destruida. Estuvimos durante un minuto callados. Jamás hubiera deseado decírselo, pero algo me impedía que siguiera ocultárselo. Evité mirarlo, pero sabía que él sí tenía la vista clavada sobre mí. Me miraba con intensidad y lástima tal vez. No lo sabía con certeza. Seguí con el rostro ladeado cuando de reojo lo vi moverse hacia mí, y sus manos cogieron mi rostro con suavidad obligándome a que lo mirara.

Desquebrajó por completo la chica fuerte y dura que pretendía ser para sentirme protegida de todo aquel que deseara hacerme daño, tras ver en su mirada, en la profundidad de sus ojos azules la ternura y la ansiada preocupación que desprendía.

—¿Cómo fue que olvidaste todo? ¿Qué te ocurrió?

En estos momentos no deseaba revivir nada de los meses de agonía que pasé cuando desperté del Sueño Profundo, no me sentía con fuerzas.

Negué con la cabeza echándome hacia atrás.

—No, no... no —seguí fervientemente negando y repasé una mano por mi pelo asustada—, no puedo decirte nada. Apenas te conozco... y tú me traes aquí, y todo me resuelta confuso —mis manos se posaron en mis oídos intentando callar las risas de los niños que me hacían daño—. Necesito que se callen. ¡Qué se vayan!

—¿Qué te ocurre, Adalia?

Las voces persistieron más y mi pecho se agitó con los ojos humedecidos, mirando cada movimiento de los alrededores. Cada ruido de mí alrededor era una tortura.

—¡Qué se callen esos niños! —pedí gritando.

—¿Qué niños? —Darién estaba confuso y me sujetó de los brazos.

Estaba ida, quebrada por el dolor, solo quería que esas voces de mi mente se alejaran, que no me hicieran más daño, me sacudí de sus brazos y comencé a correr como si el viento me llevara.

—¡Adalia! —lo oí detrás de mí agobiado por mi huida.

Correr... eso era lo que me pedía mi cuerpo para poder desprenderme de cada recuerdo borroso, de cada sensación inexistente, de esos niños que hacía unos instantes se habían quedado en mi mente dispuestos a torturarme. Todo se retorció en mi mente. Cada palabra que me dijo Eustaquio, cada palabra de Darién que parecía un total reproche por algo. Entonces era posible que Félix estuviese muerto. ¡Lo estaba! ¿Estaría muerto por mi culpa? ¿Yo lo conduje hacia una supuesta muerte?

Caí de bruces contra el suelo apoyando con fuerza las rodillas haciéndome daño, pero no lloré por el dolor físico que se podía *curar* con facilidad, sino por el emocional que me golpeaba día tras día como si fuera un látigo que no tenía reparos en golpearme y ensañarse conmigo. Aunque donde notaba más esos latigazos era en mi corazón marchito.

—Adalia —seguí arrodillada con las manos puestas sobre las hojas del suelo.

Se deslizó a mi lado derrapando y volviéndome con brusquedad hacia él, sacudiéndome aterrado una vez para escarmentarme.

—¡Maldita sea, has podido hacerte daño! No lo vuelvas hacer. Jamás. O te juro que no volverás a salir de la mansión.

—Él está muerto. Lo está... —me abracé espantada llorando.

—¿Quién? —me preguntó con desesperación buscando heridas por mi cuerpo.



—Félix —ahogué mi voz y él se detuvo mirándome perplejo—, ese chico estuvo en mi vida, no lo recuerdo, solo su nombre y... yo, yo... lo maté.

—¿Cómo sabes que está muerto?

—Tú me lo has dicho.

—Joder, Adalia. He dicho que era posible pero tal vez esté vivo.

Entorné los ojos sintiendo que todo se volvía negro a mi alrededor, y mi cuerpo se quedaba endeble. Las risas de los niños habían cesado y me agradaba oír como el viento susurraba a los árboles. Fue tan *placentero*. Era uno de mis sonidos favoritos.

—Ya no oigo a los niños —dije exhausta cerrando más los ojos.

—Me alegro —me acunó contra su pecho dejando un beso sobre mi frente—. No llores más. No puedo soportarlo —me secó el rostro con ternura mirándome lastimado—. Ven, necesito llevarte de vuelta. Desde el principio ha sido mala idea este estúpido paseo.

Sentía mi cuerpo como si pesara toneladas, y sus manos rodearon mi cintura tomándome en sus brazos. Casi inconsciente y tan debilitada por la pesada *carga* de mis emociones, lo miré como caminaba conmigo en sus brazos.

—¿Por qué te preocupas por mi vida? Apenas me conoces —susurré debilitada.

—No necesito conocerte para saber que me necesitas. Estoy aquí contigo y no pienso permitir que nadie más te haga daño. No lo voy a permitir.

Y la inconsciencia me arrastró poco a poco con ella. Por más que intenté mantenerme despierta, no pude, mientras sentía como Darién me sostenía entre sus brazos de una forma dulce y protectora.

Supe que al despertarme me dolería bastante la cabeza. Bajo un quejido parpadeé con debilidad mirando que me encontraba en mi habitación y sobre mi cama. No sé cuánto estuve inconsciente, pero debía ser bastante, al estar el sol poniéndose tras alguna colina irlandesa y dejar los últimos rayos penetrando en mi habitación. Murmuré otro quejido tocándome la cabeza. Y

todo vino a mi mente, esa mansión abandonada que era de los Brent, la historia que me contó Darién de ellos, los recuerdos de unos niños jugando sobre unas praderas como si lo único que les importara fuera eso; jugar. Me avasalló la nostalgia al recordarlos. Éramos Félix y yo.

*Pero qué...* pensé destapando las sábanas de golpe y encontrándome en camisón. La sangre se me congeló. ¿Quién demonios me había puesto este camisón? Me quedé quieta al sentir el dolor de las raspaduras de mis rodillas. Habían dejado de sangrar. Estupendo, no tenía otra cosa que hacerme daño. Primero casi me torcía el tobillo y ahora esto. Soplé sobre ellas aliviando mi dolor, aunque vi que las heridas estaban empapadas en alguna crema transparente que se embebía.

Vacilé un instante manteniéndome inmóvil al ver de refilón dos brazos musculosos cruzados entre sí. Levantando la mirada, me encontré con Darién sentado en una butaca enfrente de mí. Tenía una expresión nada contenta.



## Una promesa incumplida

Sus ojos y los míos chocaron en un silencio que ninguno de los dos rompió. Su rostro parecía envuelto en una máscara irreconocible. ¿Estaba enfadado conmigo? ¿Pero qué había hecho? ¿Había sido por correr? Su seriedad imponía hasta el nivel de sentirme pequeña. Tragué saliva intentando no hacer una mueca al resentirme de las rodillas, en estos momentos su mirada oscurecida y dura me incomodaba, y me puse sentada contra el cabecero de la cama rompiendo el silencio.

—¿Hace... hace cuanto que estás ahí? —pregunté.

Inspiró profundamente quitando la mirada de mí y enviándola a las ventanas, aliviándome por segundos que me liberara de esa presión.

—Caíste inconsciente, estabas pálida y no he permitido que Alfred me separe de ti ni por un segundo.

Estaba segura de que mis mejillas se encenderían después de sus últimas palabras. Había estado aquí conmigo. Tantas horas. ¿Solos?

—¿Y este camisón? —le señalé mi cuerpo.

*Por favor, que no me diga que me lo ha puesto él. Me moriría de la vergüenza. Por favor, por favor...*

Torció una sonrisa descruzando los brazos y alejando ese aspecto intimidador.

—Mary te puso el camisón.

Suspiré aliviada mirando las sábanas.

—Pero yo te curé las heridas de las rodillas —soltó como si deseara que explotara de vergüenza.

¡Madre santa! Apreté las sábanas con mis manos reprimiendo que saliera la *gobernanta* que llevaba dentro; aunque esa gobernanta pocas veces salía. Pero aun así no pude controlarla y salió una mínima parte de ella.

Lo miré irritada.

—¿Con qué derecho me curaste tú?

Este camisón era muy corto, casi estaba desnuda porque a través de la seda se podían ver mis pezones. Mary se había pasado tres pueblos poniéndome éste. Sus ojos me abarcaron y me dejó embobada, sin poder pensar más allá de la hermosa sonrisa sexy que podía dejar hechizada a cualquier mujer. Se levantó de la butaca dirigiendo su mirada hacia el anillo de mi mano. Lo oculté con disimulo bajo las sábanas, inquieta. ¿Por qué lo había mirado?

No dijo nada. Y que no me contestara me crispó. Se limitó a acercarse para sentarse en el bordillo de la cama a unos pocos centímetros de mí, y me aclaré la garganta disimulando taparme más con las sábanas.

No ocultó la risa dulce que produjo de su garganta.

—Te vas a asfixiar —me destapó con descaro.

—No me destapes —salté a la defensiva.

—¿Desde cuándo eres tan pudorosa? —parecía no creerlo por su tono empleado.

—¡Desde siempre! Y no me destapes —seguí tirando.

—¡Quédate callada!

Me ordenó. Y permanecí petrificada. Una orden. ¿Eso era una orden? Ahora sí que le iba a cantar las cuarenta. Primero por estar aquí, segundo por curarme... ¡por la diosa Ériu qué sería lo próximo! Ni lo quise imaginar. Antes de poder replicar su mirada cayó sobre mis rodillas e hizo una mueca disgustado. Inclinandose hacia la mesita de noche me rozó y por un instante nuestras miradas se unieron, quedándose a centímetros nuestros rostros. Me quedé sin aliento, esperando que me besara, porque lo deseaba como nunca antes había deseado nada. Se movió, y cerré los ojos rápida preparándome, pero solo fue a coger un tarro marrón de cristal que había sobre la mesita de noche sin despegar la sonrisa de sus labios. Por dentro de mí pataleé como si fuera una niña. Qué podía esperar, ¿qué me besara apasionadamente, me inclinara sobre la cama, llenara mi rostro y mi cuello de besos excitándome hasta llegar a perder la cordura, y que le pidiera a gritos que me hiciera el amor? *Por Dios, Adalia contrólate.*

Quitó la tapa observando el unguento.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Estás roja.

—¿Eh?... Sí, estoy bien. Tienes razón. Si hubiese seguido tapada me habría asfixiado de calor.

Asintió con la cabeza como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Madre mía, mis síntomas no eran de un simple calor producido por las sábanas, si no de excitación. Estaba excitada. No era justo, él parecía tan calmado, como si yo no le afectara. Al parecer no le afectaba tanto que estuviera en camisón. ¿Eso sería bueno o malo? Bueno; porque se comportaría como un verdadero caballero. Malo; (y esto afectaba mi autoestima) porque como mujer no le atraía en nada. ¿Entonces por qué en anteriores veces me había besado? Estaba hecha una *maraña* de dudas.

Se untó los dedos en el ungüento y con cuidado fue esparciéndolo sobre las heridas. Gemí y enseguida me miró preocupado, pero le hice un gesto de que siguiera sin preocupaciones. A veces tenía la sensación de que Darién no se comportaba como un gigoló. Pero era absurdo pensarlo.

La delicadeza con la que curó mis heridas me produjo un deseo desenfrenado de abalanzarme contra él y besarle sin restricciones, y agradecerle lo que tanto hacía por mí.

—Veo que te gusta hacer remedios curativos naturales—argumentó.

—No me gustan nada los químicos, sino lo que nos da la naturaleza para sanarnos. Pero esta crema la habrá hecho Ben, el jardinero.

Terminando de curarme, fui valiente en preguntarle algo que rondaba mi cabeza.

—¿Estás enfadado? —pregunté con cuidado.

—Eso depende —me respondió serio y sin mirarme—. ¿Vas a volver a huir de mí exponiendo tu vida?

—Oh, vamos yo no...

—No, Adalia. Te has hecho daño. ¿No lo ves? —señaló mis rodillas con enfado.

Vaya, adiós al tierno Darién. Bienvenido el rudo Darién. Éste me gustaba menos. Se levantó de la cama ofuscado, mascullando alguna palabra en

irlandés que no entendí bien al haberla pronunciado entre dientes.

No podía creer que pusiera el grito en el cielo por unas raspaduras de nada. De niños todos en una caída nos raspábamos las rodillas. Lástima que yo no pudiese recordar tal suceso, pero estaba segura de que alguna vez me pasó.

—Te quiero de una pieza.

Me impactó su declaración. Pero al instante caí en la cuenta de que solo lo hacía para asegurarse de que llegara sana y salva a Los Ángeles. Bajé la mirada deprimida. No quería su lástima. No, no podría soportar que le diera lástima a cada momento.

Sentí como enterraba sus manos en mis mejillas, sin haberlo previsto su movimiento sigiloso cuando se acercó tanto a mí. Tenía el cuerpo inclinado hacia mí y no dejó de mirar cada centímetro de mi cara mientras me quedaba quieta esperando alguna acción.

—Ahora sé lo que debo hacer —su voz fue en un mormullo.

Su aliento acariciaba mis labios y me quedé inmóvil sin dejar de mirar sus ojos. Su contacto sobre mi piel me produjo un sinfín de deseos. Le pedí a gritos con la mirada que me besara. No sé qué demonios me quería decir con esas palabras, pero si de algo estaba segura. Era que lo deseaba. Y no me importaba que sucediera aquí en Irlanda. Si me entregaba a él, era porque yo quería. Él había *despertado* mi cuerpo. Y me importaba muy poco su profesión. O al menos de momento no quería pensar mucho en ella.

*Protege tu corazón, Ada.* Las palabras de Carla revolotearon sobre mi mente.

Sí, necesitaba protegerlo.

—Me estás volviendo loco. Muy loco —noté como tragaba saliva mientras dejaba su frente contra la mía rozándose nuestras mejillas—. ¿Estás bien? —me preguntó intranquilo.

Apreté los labios asintiendo. Estaba segura de que si abría la boca adiós a mi *cordura* de mantenerme alejada de él, y de toda la tentación que desprendía.

El ambiente se volvió más íntimo con nuestras respiraciones acompasadas.

Bajó la mirada y oprimí una sonrisa al sentir que se alteraba por ver donde miraba. Sus ahora oscuros y ardientes ojos estaban sobre mis pechos y sabía que miraba mis pezones. De maldecir a Mary ahora la adoraba, porque en esa mirada descubrí el *deseo* que contenía. ¡Maldita sea se contenía! ¿Qué le impedía saltar sobre mí?

Hizo un gesto de negación y rompió mi burbuja dejándome sola en la cama y volviendo a ponerse de pie, caminando hacia la puerta. Me quedé sin hacer nada al pasar todo deprisa. Pero se detuvo antes de coger el pomo de la puerta.

—Si te pregunto qué te ocurrió hace casi seis años no me lo dirás, ¿cierto?

Y vuelta a lo mismo. Él lo sabía. Pero quería cerciorarse. No deseaba escarbar en esa herida tan profunda que no cicatrizaba y que con el paso de los años, me había dado cuenta que esa *cicatriz* que tenía en mi corazón y en mi alma se hacía más grande, y nadie, absolutamente nadie podría *sanarla*. No pude mirarlo, aunque me diera la espalda. Me encontraba a punto de llorar al remover esos profundos sentimientos.

—Bien —captó mi silencio como un «no.»

Ardí en deseos de detenerlo incorporándome un poco, pero no pude, con las lágrimas casi desbordándose de mis ojos. Antes de tocar la puerta volvió a hablar.

—Le pediré a Olivia o Mary que te preparen algo para la cena y te lo suban.

Sonreí por su preocupación.

—Si te pido que mañana no asistas a la boda a la que te invitaron, supongo que no me harás caso, ¿verdad?

Me aclaré la garganta para que no notara mi tristeza.

—No, no te haré caso. Iré porque quiero divertirme y complacer al señor Eustaquio con mi presencia. Al parecer estaba feliz de volver a verme.

Vi de perfil una sonrisa sacudiendo la cabeza.

—Eres demasiado testaruda.

Y salió por la puerta dejándome en mi habitación. ¡*Dios!* Exclamé para mis



adentro enterrando mis manos en el rostro. No quería pensar y aun así mi mente lo hizo. ¿Cuántas horas habrá estado Darién conmigo en mi habitación? No podía seguir así conmigo tan atento y servicial. Aunque a veces me irritara y me sacara de quicio. Con él todo parecía *sencillo y perfecto*, como si los días malos no existieran y esos días (nos gustaran o no) existían para la humanidad sí o sí. Pero él remplazaba mis momentos malos en placenteros.

¿Cómo sería una noche con él? El abrasador deseo sucumbió en mi cuerpo al imaginarlo. Puse los ojos en blanco y ahogué un grito irritada sobre la almohada. No tenía derecho a desearlo. Había cometido una estupidez invitándolo aquí. Pero lo que me dio más rabia fue que no me besara.

No podía estar todo el santo día en la cama. Eso me inquietaba y por otra parte no dejaba de pensar en él. Con cuidado, me deslicé sobre mi cuerpo un vestido corto de muselina color limón, para que no rozara las heridas de mis rodillas. A medida que avanzó la noche no vi a Darién por ningún lado. No me topé con él y fue un alivio, porque estaba segura de que me hubiera obligado a volver a la habitación. Para complementar las largas horas que quedaban hasta que decidiera irme a dormir, me propuse ir a mi invernadero y seguir echándole un vistazo a las hierbas curativas que tenía allí para distraerme. Luego me marché hacia los establos y estuve un rato con Sheeva cepillándola, y hablándole de los años que pasé en Canadá. A ratos era arisca conmigo y en otros momentos parecía que me había perdonado que la abandonara hacía tiempo. Cada segundo que pasaba junto a ella, la sentía más cercana y eso hinchaba mi pecho de felicidad.

Luego entre el chisporroteo del fuego de la chimenea y acurrucada en una butaca de mi habitación, me sumergí en una lectura recomendada por Carla. Tenía tantas y tantas recomendaciones sobre novelas románticas situadas en las Highlands que por unos minutos no sabía cuál escoger.

Suspiré dejando el libro sobre mi pecho al cabo de media hora. Si tenía que elegir entre un *escoces highland* o un *noble ingles* en el género histórico, sin duda alguna me quedaba con mis ingleses. Y era bueno que Carla y yo tuviéramos diferentes prototipos de hombres, así debatíamos cuales eran los mejores en cada historia. Aún recuerdo esa vez que hicimos una fiesta del pijama cuando vivíamos en Canadá. Cogimos todos nuestros libros y los repartimos sobre el suelo, y comenzamos a debatir cual *historia* era la más

hermosa o que protagonista masculino era el mejor. Y al final de ese debate literario, acabamos tirándonos las almohadas a la cabeza llenándose la habitación de plumas.

Sacudí la cabeza riendo ante el recuerdo.

Quedamos en empate. Yo deseaba a mis ingleses y ella a sus escoceses.

Éramos unas locas del *romance*, pero esa adicción jamás podría tener un remedio, es más no deseaba que tuviera remedio alguno.

\*\*\*\*\*

Más tarde, Mary me subió la cena preguntándome si me encontraba bien, físicamente podía estar bien, pero mi corazón no. Los remordimientos, las culpas, esas dudas indeseables y las constantes preguntas que me hacía a mí misma me perseguían sin fin alguno. ¿Qué fue de la familia Brent? ¿Qué fue de Félix? ¿Cuánto lo quise? ¿Qué de unida habría estado mi familia con los Brent...?

¿Qué podía hacer con todas esas preguntas sin respuestas?

—*Señorita, no sabe el susto que nos metió cuando el señor Darién la trajo. Nos llamaba a gritos, él estaba más asustado porque usted no reaccionaba. Como si usted fuera su vida... aunque no sé cómo explicárselo bien, las palabras a veces no sirven, sino ver los hechos por una misma. Incluso exigió que llamáramos a un médico, estaba alterado, no podía despegarse de usted, la miraba con ansia, dolor y protección. Pero finalmente no hizo falta llamar a un médico. Él y Alfred se encerraron en el despacho y si mal no oí discutieron por usted. Menos mal que todo se quedó en un susto.*

Me hundí en la bañera soltando el aire algo inquieta, mientras recordaba las palabras de Mary cuando se dedicaba a ordenar mi habitación y yo cenaba en silencio escuchándola con atención.

*Como si usted fuera su vida.* Esa palabra flotó en mi mente. Mary debía estar equivocada. Eso era demasiado *profundo* y sentimental... y Darién no sentía otra cosa que deseo por mi cuerpo. O eso creía. ¿Pero por qué Alfred discutiría con él en el despacho? Esa parte no la entendía.

Recliné la cabeza en el bordillo de la bañera deleitándome el aroma a

lavanda del jabón. Y mis sentimientos y las imágenes flotaron en el agua perdiéndome en ellas.

*«No necesito conocerte para saber que me necesitas. Estoy aquí contigo y no pienso permitir que nadie más te haga daño. No lo voy a permitir.»*

Esas palabras se instalaron en mi corazón. ¿Por qué esa férrea protección hacia mí? ¿Y por qué me gustaba sentirme protegida? Jamás necesité la protección de un hombre. Rocé los dedos sobre mis labios saboreando cada momento que me besó. Sus besos eran puro fuego y salvajes, porque me derretía en sus brazos como si tuviera un poder sobre mí nada *natural*. ¿Él vería en mis ojos cuánto lo deseaba?

Oí un ruido en mi habitación y me incorporé con rapidez de la bañera dejando mis ojos en la puerta cerrada. Y sentí pasos que se movían por la estancia. Dudosa de moverme mordisqueando mi labio inferior, no volví a oír más pasos. Con cuidado, cogí el albornoz y me lo puse sobre mi cuerpo a medida que abría la puerta, asomando solo la cabeza. La luz estaba apagada y yo podía jurar por todas las *diosas* celtas que la había dejado encendida antes de bañarme. A hurtadillas pasé descalza y mojada por la habitación. Y me frené pensando con bastante claridad. ¿Pero qué hacía? Estaba en mi propia habitación, resoplé alcanzando la lamparita que estaba en la mesita de noche. Seguramente Alfred quiso hablar conmigo, pero al no verme decidió apagar la luz y se marchó.

Mis ojos volaron hacia la almohada.

Había una rosa y una nota doblada. Sin pensar nada cogí la rosa roja oliéndola, y luego ansiada de curiosidad leí la nota.

*Mi querida banphrionsa,*

*Espero que esta noche tengas dulces sueños. Quería entregarte la rosa en tus manos, pero sabía que estabas en el baño, podría haber entrado como un ladrón... ¿pero quién soy yo para entrar sin permiso de la dama? No te olvides de echarte más crema sobre las heridas antes de dormir. He dejado el tarro sobre la mesita. Espero que mañana disfrutes de la boda y que encuentres tu propósito; un hombre que te valore, te respete pero sobre todo te ame, y espero que él se dé cuenta del tesoro que se lleva. Porque eso es lo*

*que eres, Adalia. Un tesoro de un valor incalculable. Vuelvo a desearte que tengas dulces sueños.*

*Atentamente,*

*Darién.*

La sonrisa de boba ya la llevaba enmarcada en mi rostro desde la primera palabra. ¿Cómo un hombre como Darién era un gigoló y escribía con esta forma que derretía el corazón de cualquier mujer? Suspiré flotando con mis emociones, aplastando la nota en mi pecho y echándome sobre la cama soltando una risa placentera. Darién no era de los que tenían el descaro de entrar a un baño así sin más pero...

—Ojalá lo hubieras hecho —susurré alegre.

De pronto, la puerta secreta de la estantería se cerró resonando en la habitación. Me incorporé de la cama dando un pequeño grito de espanto, y mirando un buen rato el acceso secreto ahora cerrado. Ay madre, no estaba cerrado del todo, eso significaba que... Ahogué un grito en mi garganta inundándose mi rostro de pura vergüenza.

¡Darién me había oído! Se había quedado espiándome.

*Dios mío. Dios mío.* Me escuchó, ¿cómo se atrevía a espiarme? No entraba al baño pero si se había quedado para ver si leía la nota. Anduve dos pasos y me senté sobre la cama. Él no sabía a lo mejor a qué me había referido yo en voz alta, ¿o sí? No. No. Era imposible.

Como si fuera una loca enamorada, me tumbé de espaldas sobre la cama y alcé la nota para leerla de nuevo. Me hacía sonreír, y ese era su propósito. Me deseaba que encontrara al hombre de mis sueños, y mi corazón pareció disgustado de ese deseo inapropiado. Bufé un suspiro.

No sé si era buena idea ir a la boda de la nieta de Eustaquio, sin Darién sería incómodo estar allí delante de tantas personas que para mí eran desconocidas. Eustaquio me recordaba pero yo no, era triste aceptarlo. Y mi corazón se negaba aún aceptar la vida que vivía sin recuerdos, pero ya no había *esperanzas* para mí. El chico que podía darme respuestas estaba lejos y lo que era peor, no reconocía tan siquiera su cara si lo tuviera frente a mí.

No podía fallar a Eustaquio. Iba a ir y me lo pasaría bien. O lo intentaría.

No estaría mucho tiempo en esa boda, el tiempo suficiente para complacer a Eustaquio.

Esa noche de algún modo, no fueron *dulces* los sueños, no en gran medida. Félix me besaba de nuevo bajo el árbol y me gustaba mucho... pero estaba tan asustada de no poder verle la cara. No eran dulces sueños, sino amargos por no poder comprenderlos.

\*\*\*\*\*

—¡Mary! ¡Mary!

Grité tantas veces que la sirvienta entró a mi habitación casi cayéndose de bruces por las prisas. Se repuso estirando su delantal y soltando aire.

—¿Desea algo, señorita?

Con ojos desesperados, volví a rebuscar por el vestidor.

—Pues que pensándolo bien, no tengo un vestido apropiado para ir a la boda. No traje uno para una ocasión así. ¡Qué voy hacer! ¿Voy en vaqueros?

—No señorita, los vaqueros no son apropiados —se acercó a la cama donde había una gran montaña de ropa, y cogió una prenda para doblarla con cuidado.

—Oh, Mary, no te he traído aquí para que doubles nada, sino para ayudarme a buscar una solución. He llamado a Carla pero no me lo coge. Y ya estoy hecha un lío. ¿Me pongo este vestido sencillo de muselina de color rosa? Parece más para salir a diario, pero solo he traído éste y otro dos más.

Me ojeé en el espejo poniéndome encima el vestido, dudosa de si sería el indicado, mordiéndome el labio inferior. Y el vestido rojo que me regaló Carla era demasiado extravagante y muy sensual. Quería pasar desapercibida en esa boda, no que todos pusieran sus ojos sobre mí por ese llamativo vestido.

—Tranquilizase, señorita —me arrebató de las manos el vestido negando con la cabeza, intenté abrir la boca pero siguió hablando—. Parece que es su día de suerte. Tienes un hada madrina. Creo.

Reprimió una risa volviendo a poner sobre una percha el vestido y alisando las arrugas efectuadas por mis nervios.

—¿Cómo?

—¡Ya está aquí!

Me volví a tiempo observando como Olivia entraba con una caja marrón y dejándola sobre la cama.

Me acerqué absorta a la cama y ellas juntitas detrás de mí, me sonrieron haciéndome una señal con la mirada hacia la susodicha caja. Qué diablos... La abrí encontrándome de golpe con un vestido azul marino. Mis ojos hipnotizados por el vestido giraron hacia las sirvientas.

—Es de su admirador —dijo sin más Mary.

—¿Es de mí qué?

Olivia frunció los labios para no reír ante mi asombro.

—Por cierto —se dio la vuelta Olivia antes de marcharse, arrastrando con ella a Mary—, precisamente la está esperando abajo en el recibidor y... ah, sí, dice que es usted muy mandona y gritona.

Escuché sus risas cuando cerraron la puerta dejándome sola. Esto era increíble. Mis ojos confusos volaron hacia el vestido. ¿Un admirador? ¿Ese mismo que se había atrevido a llamarme mandona y gritona en mi propia casa sin conocerme? Yo iba sola a la boda, ¿cómo demonios iba a tener yo un acompañante que tuvo el descaro de comprarme un vestido? ¿Eustaquio habrá mandado a alguien a por mí? Faltaba poco para la ceremonia.

Lo que tenía ganas era de bajar y devolverle el vestido a ese admirador, pero era tan perfecto. Pero no tendría que aceptarlo. Resoplé tantas veces luchando por cogerlo o no cogerlo, que estuve unos minutos así. Qué puñetas, iba a ponérmelo y bajaría a ver quién era ese *famosísimo* hombre. Alfred tuvo que decirle a Eustaquio que iba sola, sino no me explicaba cómo es que había un hombre esperándome en el recibidor.

Después de veinte minutos arreglándome. Me eché un último vistazo en el espejo. El vestido era largo y de manga corta, y ayudaba a taparme las heridas de las rodillas. Su escote ilusión me encantaba así como los brocados y plisados en la falda. Ese hombre no tenía mal ojo con los vestidos. Estilizaba mucho la figura femenina.

Abrí la puerta dispuesta a saciar mi curiosidad para saber quién era ese *misterioso* hombre. Bajé las escaleras y me encontré de espaldas a ese hombre, retocándose los puños.

—Oiga me puede decir quien...

Me quedé petrificada a cinco escalones de bajar. Él se dio la vuelta y mi sangre se alteró abriendo más los ojos quedándome atónita.

Torció una sonrisa muy agradable y mi mirada lo inspeccionó de arriba abajo. Si no fuera porque me agarré a la barandilla, estaba segura de que mis piernas me habrían traicionado haciendo que cayera estrepitosamente por las escaleras. El *misterioso* hombre estaba envuelto en una elegancia y masculinidad que me dejaba muda. Podía asegurar que era un traje de marca, el tono azul marino del traje le hacía parecer un ángel caído del cielo dispuesto a torturarme. Se me olvidó respirar y mi mente me lo dijo conforme pasaron los segundos. Y mi cuerpo necesitaba oxígeno me gustara o no.

Se veía indiscutiblemente sexy. *Recuerda Adalia, respira, respira*. Me decía una y otra vez.

—¿Te sorprende verme, banphrionsa?

El dulce y excitante deseo recorrió mi cuerpo. Maldita sea, tenía que preguntarle de una vez porque me decía «*princesa*» en irlandés.

—Sí, estoy muy sorprendida, porque me dijiste que no —indiqué con profundidad.

Alzó las cejas tan optimista.

—Si recuerdas bien, yo no te dije que no exactamente. Y sí, deseo acompañarte a la boda porque... hay mucho lobo suelto y no quiero que te hieran.

Reprimí una risa por su tono.

—No necesito un protector, Darién.

—¿Vas a rechazar mi protección? —se sintió ofendido tocándose el pecho pero con un tono irónico—. Pero si aceptas que tu otro protector te proteja, cuando les dio su merecido a los hombres que te intentaron utilizar. Me encanta como lo apodan las revistas. El Protector Fantasma. Título muy propio

ya que nunca le han visto.

Fruncí el ceño.

—Eso no es cierto. Yo no acepté nada, ni siquiera lo conozco y no sé si hizo bien...

Unas risitas se escaparon por el pasillo que daba a mi izquierda y vi a Olivia y Mary. Ambas escondidas, espiándonos. Puse mis manos en la cintura negando con la cabeza.

—Mea culpa —se tocó el pecho Darién con una expresión divertida. Hasta la servidumbre estaba con él. Mary y Olivia me habían engañado. Las dos se marcharon por el pasillo cuchicheando y aun riéndose. ¡Eran un par de cotillas! Si Alfred las pillara no estarían tan vagas.

Me pilló desprevenida que Darién tomara una de mis manos ayudándome a bajar los últimos escalones, y me hiciera dar una vuelta observándome con deleite. Bajé la vista ruborizada sin saber cómo mirarle a la cara, ya que mis ojos viajarían a su torso aún desnudo por esos tres botones desabrochados de la camisa blanca.

—Estás preciosa, Adalia.

Cerré los ojos sintiendo ese profundo deseo que aún no estaba enterrado, mirando primero mis manos. Lo miré nerviosa y sonrojada.

—¿En serio? Yo creo que es el vestido.

Miró el vestido más tiempo del necesario.

—Seguirías igual de hermosa sin él —mis ojos chocaron con los suyos y al otro segundo analizó con más profundidad sus palabras—. Quiero decir... yo... no te imagino desnuda ahora, pero no es el vestido... eres tú. La belleza que irradias tú.

Nervioso. Por primera vez Darién se expresaba delante de mí todo hecho un manojo de nervios. Mordí mi labio inferior, juntando mis manos y cautivándome esa expresión de niño que a veces podía poner.

—Te he entendido —le devolví con placer.

*¿Qué se siente Darién cuando crees que has dicho una cosa que tiene dos significados?* Me pregunté y deseé decírselo pero no era tan atrevida.



Lo entendió y su sonrisa se hizo más evidente en sus labios, aceptando con esa mirada tan cautivadora que sin querer se lo había devuelto.

Suspiró.

—¿Nos vamos?

Lo sopese un momento. Y bajo una valentía que ni yo me reconocía, me acerqué a él tanto, que olí su colonia embriagando mis sentidos. Vi como su respiración se cortaba y me miraba tan fijamente. Hipnotizada por su mirada, comencé abrocharle la camisa.

—Si sales a la calle semidesnudo harás que todas las mujeres se desmayen.

Su rostro se inclinó hacia el mío rozando sus labios mi oreja, y me susurró todo seductor:

—Por lo que a mí me concierne solo deseo que una se desmaye.

No me lo esperé. Y temblé abrochándole el último botón que no se metía. Maldita sea. Deseé despejar mi mente bajo el *calor* sofocante que subía por mi cuerpo.

—¿De qué marca es el vestido? —carraspeé.

—De Knightley por supuesto que no. Lo compré en una tienda en Killarney. Y por supuesto he acertado... brillas una belleza propia.

Me cortó la respiración y me aclaré la garganta echándome hacia atrás señalándole que ya estaba. Se miró y asintiendo satisfecho, adelantó un paso e inclinó su rostro rozando sus labios mi oreja otra vez. Me quedé como una estatua. *Ay Ériu, ¿por qué me hace esto?* Pensé derretida y con el corazón a cien. Si no estuviera llena de *inseguridades*, ya estaría besándole mil veces hasta sentir que no podríamos más.

—Mantengamos en secreto que el vestido es de una tienda y no de Knightley, no me quiero imaginar cómo se pondría tu padre Peter, si se enterara que llevas una marca no tan famosa —me susurró tan suave y sexy que me erizó la piel.

Le mandé una mirada en reprimenda pero me contagió su risa. En cierto modo mi padre no era tan estricto si yo decidía llevar otra marca. Ciertamente era que donde más deseaba mi padre que llevara los mejores vestidos de

Knighthley; era en presentaciones, galas benéficas y un largo etcétera. En un montón de lugares donde habría bastante prensa para promocionar la marca.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le guiñé un ojo.

Se puso a mi lado ofreciéndome su brazo.

Al principio pensé que era una táctica o algo así para después burlarse apartándose, pero no, me ofrecía su brazo como un caballero. ¡Maldita sea, Darién me sacaba de contexto! Hombres así no existían y si había, teníamos que buscarlos debajo de las piedras. Al ver que tardaba, sus ojos me miraron desconcertados y mis mejillas se encendieron. Me aclaré la garganta asintiendo con la cabeza y aceptando su brazo. Porque era la primera vez que un hombre hacía ese gesto tan galante en mí.

Frente a la puerta se encontraba el deportivo McLaren a nuestra disposición, giré la mirada hacia Darién y éste me guiñó un ojo. Estaba todo planeado, y todo había salido a la perfección para él. Adelantó unos pasos abriéndome la puerta del copiloto, y le sonreí tímidamente pasando por su lado entrando en el deportivo.

—¿Cuánto te costó el vestido? —le pregunté al cabo de unos minutos.

Ensanchó una sonrisa sacudiendo la cabeza mirando la carretera mientras conducía.

—¿Qué? —me contagió su sonrisa.

—Que no me vas a devolver el dinero del vestido. Te lo he leído en tus ojos.

¡Cómo sabía que se lo iba a proponer! ¿Tanto se había evidenciado en mi rostro?

—Adalia, no pienso aceptar dinero de ti y menos por el vestido. Y no lo discutiré.

Abrí la boca y me mandó una mirada seria para zanjar el tema. Suspiré.

—Está bien, pero tengo que devolvértelo lo quieras o no.

—Ya pensaré en algo. Pero no será dinero.

La noche en la que me metí por el pasillo secreto hacia la habitación de

Darién se reveló ante mis ojos. ¡Hoy... hoy era su cumpleaños! Mis ojos lo miraron con emoción. ¿Cuántos cumpliría? Era mayor que yo de eso estaba segura. ¿Cumpliría treinta tal vez? ¿Veintinueve? ¡Agg! ¿Por qué no me lo dijo? Era demasiado vergonzosa para felicitarlo. Qué clase de *lazo* nos unía si ni tan siquiera podía traspasar esa línea para felicitarle.

No me habló de nada mientras conducía, parecía relajado pero muy atento a la carretera y condenadamente sexy con ese traje. El silencio fue desconcertante pero cautivador, porque me dejaba ver su perfil más glorioso. Esa barbilla esculpida a la perfección en la que mis labios odiosos, habían fantaseado besar con pasión más de una vez. Y sus labios... ay, sus labios, eran un pecado, suaves, salvajes y explosivos. Hacía el amor con ellos. Apreté los dientes renegando por dentro ser tan lujuriosa. Por un segundo su mirada se deslizó sobre mí pillándome, y me alteré mirando al frente quedándome como una estatua. Pero por el rabillo del ojo pude observar que mientras devolvía su mirada hacia la carretera, torcía una sonrisa. Si sonreía era por mi tonto rubor. Gracias a Dios la ciudad no estaba muy lejos y llegamos a la catedral antes de que en este deportivo sintiera que el espacio se reduciría más y me tentara a saltar sobre él... santo Dios saltar sobre Darién. ¿Tendría algún *hechizo* en el que me tenía embrujada? Si él seguía por ese camino de «perfecto caballero» no sé qué tonta locura cometería la próxima vez.

Entre un enorme campo verde se hallaba la *Catedral de Santa María*. Darién aparcó detrás de un flamante *Aston Martin* concluyendo el fin del trayecto. No había nadie fuera de la catedral y supuse que la ceremonia había comenzado. Frente a la catedral se hallaba un gigante árbol de rebosante vida, pero mi atención volvió hacia la catedral de estilo neogótico. Estaba impresionada ante tanta belleza, en cómo se notaba la meticulosidad de los irlandeses en cuidar la estructura y en cómo me gustaba el color de la piedra gris. Caminando hacia las grandes puertas de roble, miré hacia el cielo. ¿Ni una nube? ¡Genial! Ojalá se mantuviera así todo el día. Por un nanosegundo me dio pavor abrir las puertas de la catedral y que fuéramos los últimos. Madre mía, con la mala suerte que yo tenía solo faltaba que las puertas chirriaran, y que todos giraran sus rostros hacia atrás con miradas reprobatorias, en especial la novia, en ella encontraría una mirada asesina por interrumpir su momento único en la vida. Angustiada, apreté el pequeño bolso

entre mis manos dudosa de tocar las puertas. Las dudas me asaltaban y permanecí quieta sin hallar una salida. Una mano cogió una de las mías tirando de mí, observé que Darién me llevaba por la parte lateral de la catedral.

—¿Qué haces? —le pregunté desconcertada.

—No le robaremos el protagonismo a los novios —me respondió siguiendo adelante con su propósito.

Mis ojos miraron nuestras manos unidas y solo pude sonreír. Darién abrió una puerta de madera y entramos sin pensar mucho si era una zona prohibida. La ceremonia ya había comenzado y solo dos o tres cabezas se giraron hacia nosotros, al resonar mis tacones por toda la zona. Pero esas personas volvieron su atención hacia los novios al ver que éramos unos desconocidos. Darién me hizo un gesto poniendo un dedo sobre sus labios y dirigiendo una mirada hacia los últimos bancos del final donde no había nadie. Una vez que no sentamos, suspiré relajada abanicándome con la mano. Darién se dedicó a mirar los invitados de una forma muy *juiciosa* hasta que detuvo su mirada en Eustaquio, que estaba sentado en los primeros bancos de la derecha. Yo dirigí mi mirada hacia la novia de cabello pelirrojo, ella miraba al novio como si él fuera su mundo. El cura hablaba y todo el mundo estaba atento a él. No pude desdibujar una sonrisa en mi rostro al ver a los enamorados esperando que llegara el tan esperado; «sí quiero.»

¿Por qué de repente me invadía una melancolía? Sería esta boda, en general las bodas derrochaban emociones y sentimientos que te dejaban muy sensible. Aunque mi corazón me lo negara, tenía que ser eso.

Y en ese instante, me di cuenta de algo.

Darién me sostenía la mano acariciando su pulgar mi dorso, muy cerca del anillo de Claddagh. Ay, madre, qué calor de repente. Y todo fue a peor cuando furtivamente decidí echar una ojeada rápida a él. ¡Me estaba mirando! No una mirada de unos segundos, no, ahí seguía su mirada azul ardiente y posesiva clavada en mí.

¿Qué estará pasando por su cabeza para que estuviera mirándome así?

*Por San Patricio, que se fije en otra cosa, no en mí.* Pensé agónica recorriéndome el dulce cosquilleo del deseo.

«Algún día nos casaremos, mi dulce Adalia. Te lo prometo. Te convertiré en mi esposa y nada ni nadie podrán separarnos. Antes ardería en el infierno que separarme de ti.»

Mi corazón se batió en duelo cuando esas palabras resonaron en mi mente y quedé nublada. ¡Ese era Félix! Me prometió que nos casaríamos. No, no podía ser. Una náusea brotó de mi estómago y las lágrimas amenazaron con desbordarse por mis mejillas. Apreté con fuerza la tela del vestido reprimiendo todo.

—Hey... —Darién cogió mi mentón girándome hacia él—, ¿estás bien? Te has puesto pálida de repente. ¿Quieres que salgamos?

Su dulce preocupación me tranquilizó.

—No te preocupes, estoy bien —mentí mirando a los invitados.

Para Darién era como un libro abierto así que no me creyó mucho, pero no me atosigó a preguntas. Me observó un poco más y deslizó la mirada hacia la ceremonia.

Estaba acongojada, quería llorar y solo mi alma sabía cuánto retenía las lágrimas en mis ojos, mordiéndome el labio inferior con fuerza.

Las palabras de Félix siguieron avasallándome. Y mi día *feliz* se convirtió en *oscuro*. En mi pasado... yo me iba a casar. Eso mi mente no lo procesó muy bien, porque parecía que él y yo habíamos hecho planes de *futuro* que se vieron desechos, vacíos y fuera de nuestras vidas sin ningún modo de impedirlo.

*Oh Félix, ¿por qué me dejaste marchar si me prometiste que nos casaríamos? ¿Dónde estás ahora?* Pensé en mi fuero interno. Fue *una promesa incumplida*, y ahora carente de vida.

La ceremonia concluyó cuando el cura dijo «puedes besar a la novia». Las personas se levantaron de los bancos aplaudiendo a la feliz pareja. Vi a la novia sonrojada abrazada a su ahora estrenado marido, acercándose algunas personas a felicitarlos. Eustaquio echó una mirada despistada hacia mí sin darse cuenta de mi presencia, pero al volver a mirarme me señaló con felicidad. Le devolví la sonrisa saludándolo con la mano y vi que se movía por el pasillo entre las personas para llegar a nosotros.

La mano de Darién se cerró con fuerza sobre la mía.

—Creo que es hora de salir —apuntó directo y serio.

—Espera. Eustaquio viene... —señalé hacia él que se había detenido frunciendo el ceño al vernos apresurados. Pero Darién siguió tirando de mí y salimos por la misma puerta de madera que entramos.

Abriendo la puerta del copiloto, me hizo un gesto gentil para que entrara dejándome desconcertada esa actitud.

—En el banquete podrás saludarlo con más tranquilidad.

¿Nuevamente que mosca le había picado?

Cerró la puerta y condujo el deportivo sin decir nada, hasta los terrenos del señor Eustaquio fuera de Killarney. Estaba segura de que él también se había puesto un poco melancólico por la boda. Los hombres por costumbre no solían expresar sus emociones, las retenían bajo una *coraza* inexpugnable... ¿pero por qué esa severidad nada más terminar la ceremonia?

*¡Oh!*

Lo pillé al vuelo. ¿Alguna vez Darién le pidió a Kisa su mano? Le pidió matrimonio. Era eso. Tenía el presentimiento de que sí. Y ella le dio una *negativa*. ¿Cómo a un hombre como Darién se le decía no? Era cariñoso, atento, caballeroso, desprendía esa fortaleza que una mujer siempre necesitaba en su vida, y daba unos besos en los que se apoderaba de tu alma. Y no le gustaba ver llorar a las mujeres, aunque a veces sus cambios de actitud me aturdían. Pero era posible que esos cambios se debieran a algo que pasaba en su vida personal, y en la que yo no tenía derecho de inmiscuirme.

Él era el hombre perfecto, y si Kisa le rompió el corazón, ella jamás tuvo el derecho de hacerlo, aunque no sabía la parte de la *historia* de Kisa. Estaba tan confundida. Y quería saber más de él. De los *misterios* que lo rodeaban.



## Buachaill ón Éirne

La mañana continuó siendo perfecta. El banquete se celebraba al aire libre, el cielo azul era idílico y maravilloso para este día. Aunque había unas pérgolas blancas por si amenazaba una tormenta imprevista y propia de esta estación.

—¡Adalia, muchacha! —me saludó desde lejos Eustaquio con una sonrisa.

Caminé por el césped hasta él abrazándolo y sintiéndose una parte de mí mal por no recordarlo, parecía un buen hombre y mi mente sin más decidió años atrás borrarlo de mi vida, como todo lo demás. Irlanda para mí era una tierra *desconocida*, y fue la tierra que me vio crecer hasta casi cumplir los veinte años. A partir de ese momento, comenzó mi *pesadilla*. Y lo peor es que por más que lo deseara, no podía *despertar*.

—Me alegro de que estés aquí, quise saludarte en la ceremonia pero vi que tu novio tenía prisa.

—Oh, él no es mi novio, solo es un amigo —*un amigo al que he dejado que me bese sin más. Y madre mía cómo son sus besos. Puros y explosivos. Pensé intentando que no se evidenciara en mi rostro—*. Solo tenía prisa por llegar aquí para que no me perdiera nada. Eustaquio, te presento a...

Me di cuenta de que fui descortés con Darién que estaba detrás de mí, y que lo había dejado a un lado cuando me dispuse a hablar con Eustaquio. Pero me quedé desconcertada cuando me volví y no lo vi. Si hacía unos momentos estaba aquí. Mis ojos lo buscaron entre cientos de cabezas que veía. ¿Dónde se había metido?

—Hace un momento estaba aquí —señalé excusándolo—, seguramente habrá ido a beber un poco de ponche.

—Puede ser. Ya tendrás tiempo de presentármelo, muchacha —giró su cabeza al ver que lo llamaban—, tengo que irme. Resérvame un baile.

—¡Lo haré! —le grité de últimas mientras se perdía entre la multitud de invitados.



Suspiré. Darién tenía que haberme dicho que se separaría de mí. Lo busqué durante cinco minutos pero no lo encontré y desesperada por no encontrarlo, me senté en una silla, cansada y resoplando, apoyando los codos sobre la mesa.

Y durante unos minutos en los que miraba a las personas riendo, hablando, divirtiéndose y bailando... me sentí cohibida, estúpida y me quería reducir al tamaño de una hormiga para así pasar desapercibida. Eso me venía pasando desde que salí del *Sueño Profundo*, la desconfianza y el no estar segura de mí misma cien por cien, por eso envidiaba a las hormigas. ¿Quién se fijaba en ellas? Nadie. Cada vez que una persona recorría un camino no se detenía a observar la fila de hormigas que había, y que sin querer podía pisar al ser tan diminutas. Nadie se preocupaba por ellas. Nadie se fijaba en ese insignificante insecto.

Levantando la mirada del suelo, vi a Darién entre la multitud de personas caminando hacia mí, guardando su teléfono móvil dentro de la chaqueta y sonreí casi de inmediato. Que destacaba entre el resto de invitados *masculinos* se veía a leguas, porque para mis ojos era único e insuperable en atractivo, pero lo que más me tenía hechizada era su forma de ser.

—¿Dónde estabas? —le pregunté acercándome.

—Tenía que atender una llamada importante. ¿Me he perdido algo?

¿*Qué llamada?* Quise preguntarle pero me negué a ello. Y negué con la cabeza. Tan solo quería presentárselo a Eustaquio, así que no tenía la más mínima importancia. Había tiempo de sobra para eso. Darién se llevó un dedo a la frente frotándosela y descendiendo su otra mano al bolsillo del pantalón.

—¿Adalia, puedo saber por qué estuviste a punto de llorar en la catedral?

Fue tan directo que no me dio tiempo bien de analizar todas sus palabras, y lo hice mientras pasaron unos largos segundos. Inquieta, miré a los lados. No podía ser, ¿tanto se me había notado que casi lloré? Eso me puso nerviosa a la vez que me irritó.

Entrecerré los ojos mirándolo.

—¿Podrías por favor dejar de analizarme? Me siento muy incómoda cuando lo haces —le reproché en un tono de enfado.

Su cara no me reveló alguna expresión que pudiera reflejar diversión, al contrario, se mostró serio y apretando la mandíbula al no esperar mi reacción. Me di la vuelta alejándome y a medida que lo hacía, mi corazón comprendía lo estúpida que me había comportado con él. Solo se preocupaba por mí. Y yo me comportaba como una niña malcriada que nunca deseaba responder a las preguntas, porque no tenía nunca una clara respuesta. Frené mis pasos murmurando lo *tonta* que era, y resoplé iniciando la vuelta hacia él que seguía en la misma postura, observándome.

Fruncí el rostro avergonzada sin apenas mirarle.

—Lo siento, Darién. No quería hablarte así es solo que...

—No importa. Entiendo que es tu vida y no debería meterme —concluyó en un susurro.

Hice una mueca apenada. Si mal no pensaba, en realidad él si deseaba que se lo dijera, ¿pero cómo decirle que mi antiguo amor Félix, me prometió que nos casaríamos algún día?

*Mi antiguo amor.* Pensé triste.

—¡Adalia! —gritó Eustaquio.

Giré mi rostro con una sonrisa al verlo venir.

—Voy a por dos copas, te dejaré con él —me dijo apresurado a medida que se marchaba en otra dirección.

Abrí la boca para detenerlo pero a destiempo Eustaquio se acercó a mí.

—¿Me concedes este baile? —me preguntó tendiendo su mano con entusiasmo.

—Será un placer.

No fue nada incómodo bailar con él, estuve pendiente de no pisarle ya que bailando era una verdadera torpe, y en ese momento aproveché la oportunidad de saber más de Félix. Pero por desgracia poco pudo decirme, solo que hubo rumores de que su padre cayó en una fuerte depresión porque su centro comercial *Universo* establecido en Dublín, fue a quiebra y que toda la familia Brent abandonó el condado de Kerry hacía un porrón de años. No me contó nada que no supiera, nada que Darién se dejara sin contarme cuando visitamos

la mansión oficial de los Brent.

Aunque Eustaquio aseguraba de que estaban vivos, pero no creía que estuvieran en Irlanda, si no en otra parte del mundo apenados por verse pobres y en la total ruina.

¿Qué estaría haciendo ahora Félix?

¿Será feliz?

¿Tendrá mujer? ¿Hijos? ¿Estará soltero?

¿Pensará en mí?

Eustaquio me dio las gracias por el baile y agradecí desde el fondo de mí ser que fuera una canción lenta. Aunque él se había dado cuenta de lo *patosa* que era para los bailes, pero fue todo un caballero aceptando mis errores al bailar. Separándose de mí, se dispuso a bailar con su mujer, y yo me alejé de la pista de baile algo pensativa y con los brazos cruzados.

¿Por dónde podría empezar a buscar Félix?

—¡Oh, eres tú!

Esa voz tan gritona me hizo saltar sacándome de mis pensamientos, y observando detrás de mí a una morena algo más baja que yo mirándome estupefacta.

—¿Perdón? —le indiqué frunciendo el entrecejo. Dos gemelas pelirrojas más otros dos hombres se acercaron mirándome también con curiosidad. El chico de ojos marrones rodeó un brazo alrededor de la cintura de la morena besando su mejilla.

—Sí, tú eres la hija de Peter Knightley, el diseñador de la marca Knightley.

Esforcé una sonrisa asintiendo. La *fama* de mi padre me perseguía. Y era lógico que en Irlanda me conocieran más, ya que aquí fundó la primera pequeña empresa Knightley... que luego se haría más famosa en Estados Unidos.

—Tu padre hace unos vestidos muy buenos —siguió alabándome esa morena.

—Gracias —me remetí un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Una de las pelirrojas hizo una observación de mí muy detenida con una expresión altiva.

—No sé, yo la recuerdo de otra parte... —se quedó callada mirándome. Alzó las cejas con una sonrisa segundos después—. Ah, sí, lo leí en un periódico hace poco. Aunque estás en todas las revistas de cotilleo, guapa. Chicos, es ella. La mojigata, la que rechaza a los hombres.

¡Zas! Fue como un cubo de agua fría para mis emociones inestables. El que agarraba a la morena de la cintura poco le importó, por su bufido mirando a su chica, pero el otro chico rubio me miró con prepotencia y lujuria haciéndome sentir incómoda.

Titubeé nerviosa trabándose mis palabras en la boca.

—Ésta lo que quiere es ser siempre la reina de todo —no podía creer lo que la otra pelirroja decía. Aunque se lo susurrara a su hermana, lo había oído perfectamente.

—Ya que estás aquí, ¿es cierto? ¿Eres mojigata? —me preguntó la pelirroja 1 que lo había iniciado todo con su lengua viperina. Mis ojos la miraron con furia aunque aparentaba otra expresión más cauta y algo asustadiza, pero me estaban dando ganas de explicárselo.

Me mordí la lengua, aguantando.

—No deberíais hacer caso de todo lo que dicen. Todo es mentira.

—Ella tiene razón. Zanzar el tema —dijo la morena.

—Qué dices, si esto es interesante. La tenemos delante y podemos salir de dudas. ¿De verdad que no te pone ningún hombre? —me preguntó el hombre rubio que me había mirado con lujuria.

—Oye, ¿acaso tienes alguna fobia a los hombres? —salto la pelirroja 2.

—Dicen que no vales nada en la cama, ¿es cierto? En el artículo ponía algo así como de una amante sosa...

La pelirroja 1 y 2 rieron al mismo tiempo.

—Chicas, ya está bien. Dejadla en paz —les expresó avergonzada la morena.

Me estaban humillando de la peor manera y creyendo todo lo que las revistas amarillistas decían de mí. ¿Cómo había personas que disfrutaban denigrando a otras? ¿Con qué derecho se imponían ese ley? Ahora mismo deseaba desaparecer del mapa, mis ojos me escocieron, quería llorar, pero no les daría el gusto a esas arpías que parecían cuervos sin escrúpulos, no les daría la satisfacción de verme abatida.

—Pobrecita, el dinero no te alcanza para tener un hombre en la cama —la pelirroja 1 se estaba tentando una bofetada.

Cerré un puño.

Respiré relajada controlando mi ira. Porque no quería montar un escándalo en la boda de la nieta de Eustaquio. Bien sabía Ériu, que si me contenía era por él.

—¡Chicos, basta! —me miró apenada la morena.

—Apuesto a que has venido sola. Después de la reputación que estás teniendo dudo que un hombre se arriesgue contigo —siguió la irritante pelirroja 1.

—Oye, pues entonces... —el rubiales se acercó un paso más hacia mí sintiendo su arrogancia—, que te parece si bailamos pegaditos la siguiente canción. Estoy seguro de que nos lo vamos a pasar muy bien. Si me haces famoso, te lo agradeceré de por vida.

Su tono me dio repulsión y antes de que abriera la boca para ponerlo en su lugar, me quedé helada al ver a unos metros a Darién, sosteniendo dos copas y con una mirada afilada hacia el chico rubio. ¡Oh, Dios! Estaba segura de que lo había escuchado todo, sentí que la sangre se me alteraba cuando su mirada glacial, dura e intimidante se topó con la mía.

Y lo que pasó por mi mente fue como una patada en mi estómago.

Les creía a ellos. Eso era. No había más explicación. Apreté los labios reuniendo las fuerzas necesarias para no explotar a llorar, no podía creer lo que me estaba sucediendo ahora. Bajé la mirada al suelo, pero de reojo vi que Darién había dejado las dos copas sobre una bandeja que llevaba un camarero que pasaba por su lado.

No tenía la valentía de mirarlo más, solo quería irme y...

Unos brazos enérgicos me dieron una vuelta y sentí de pronto, unos cálidos y exigentes labios besarme con una arrebatadora pasión que ni en sueños imaginé que existiera. Su lengua profundizaba en mi boca dejándome extasiada, y apenas pude respirar pensando cómo había sido tan rápido en llegar a mí. Separó de golpe sus labios de los míos y dejé mi frente contra su camisa, sintiéndome mareada y temblorosa. Rodeó sus brazos sobre mi cintura de una manera en la que dejaba claro «que era suya», recayendo por último su mirada dura hacia ese grupo. Recobrándome del breve pero apasionado beso, miré a los cinco que se habían quedado boquiabiertos.

—Disculpad que me entrometa, pero mi chica es una amante muy apasionada en la cama. Cada vez que hacemos el amor me deja exhausto, de hecho tengo que ponerme hielo en... —mis mejillas se encendieron y Darién sacudió la cabeza actuando galante con una sonrisa—. Oh, disculpad mi falta de caballerosidad, tal vez no debería continuar.

La pelirroja 1 balbuceaba intentando hablar, señalándonos mientras miraba a los suyos sin aún dar crédito. ¿Qué le ocurría, le había eclipsado Darién?

—Así que lo de mojigata, sosa y demás mentiras son irrelevantes teniendo en cuenta cada noche lo que me hace. Sería un insulto ponerle un calificativo como amante. ¿Verdad, banphrionsa? —Me perdí en su mirada cuando me hechizó con ella mientras seguía arropada en sus fuertes brazos—. Así que la próxima vez os sugiero que penséis antes de hablar. Todos esos hombres solo están despechados porque Adalia me eligió a mí. Hace mucho tiempo —me mandó una mirada tan tierna que derritió mi corazón mientras me acariciaba una mejilla.

Le sonreí maravillada. Y desvió su mirada inflexible hacia el chico rubio que aún estaba atónito.

—Y tú, más te vale que no te vuelva a pillar pidiéndole a mi chica un baile, y menos en el tono que has usado. Ahora que me ves y que sabes que tiene un hombre que la protege, estás más que avisado.

Me apretó más contra él.

La palabra «*peligro*» fue la que flotó más en el aire.

El rostro de ese chico pasó de la sorpresa a la soberbia, y adelantó un paso muy prepotente.

—¿Me estás buscando?

Darién esbozó una sonrisa nada problemática.

—Si así fuera. Te pido que ahora mismo salgamos de aquí y entonces sí que te lo explicaré con detalles.

El rubio se envaró tras esas explícitas palabras. Darién estuvo a punto de abalanzarse contra él al sentir la tensión de su cuerpo, y en como su corazón latía con fuerza contra su pecho. El rubiales giró su rostro hacia el otro chico al lado de la morena.

—¿No me vas a echar un cable? —le pidió cabreado.

Ese chico levantó las manos con una expresión jocosa.

—Tú solito te lo has buscado. Pero si quieres un consejo, mírate y míralo a él. Vas a salir perdiendo.

—¿Sabes qué, Dere? Vámonos —tiró de él la pelirroja 1 para alejarlo mirándome con arrogancia escrita en su mirada.

No quería que esto pasara a mayores. Cogí una mano de Darién llevándomelo conmigo, aunque se resistía mirando con rabia al rubio.

—Qué merecido tenéis lo que os ha dicho ese chico... —soltaba la morena entre risas, pero ya no podía oírla al estar alejándonos.

Aún no podía creer que Darién me hubiese besado con esa pasión y me defendiera como un titán. *Su chica...* Había dicho «mi chica.» Sus manos se encadenaron en mis brazos dándome la vuelta, y me sostuvo el rostro entre sus manos.

—¿Estás bien? Maldita sea, no podía creer lo que te decían. Que mezquina puede ser la gente.

—Pensaba que les creías a ellos.

Parpadeó incrédulo al oírme.

—Ni por asomo y me dio rabia como... ¡maldita sea parecían hienas! —soltó un bufido controlándose—. Y lo...

Le puse un dedo sobre sus labios negando con la cabeza bajo una transparente sonrisa.

—No te disculpes. No lo hagas —le pedí en un susurro.

No soportaría que se disculpara por besarme. Me atreví a echar un vistazo al grupo que me había agredido verbalmente. La pelirroja 1 echaba chispas mirándome aún con petulancia, mientras que la 2 alzaba la barbilla con una mirada petulante. Qué dúo más bonito hacían.

—Quiero irme —se notó mi frágil voz y mi coraza de fortaleza se desquebrajó.

Vi que Darién también los observaba con severidad, pero en cuanto me escuchó, volvió su cabeza hacia mí. Mis lágrimas amenazaron con desbordarse por mis mejillas y solo sentí el suave anhelo de que me abrazara.

—No —tomando mi rostro, sus pulgares se posaron debajo de mis ojos para retener las lágrimas—, no les vas a dar esa satisfacción, Adalia. Nos vamos a quedar.

Ensanché una sonrisa al sentir su *fortaleza*.

—Gracias por salvarme de él —le hice un gesto rápido con la mirada hacia el chico engreído. Él se tensó apretando la mandíbula de solo pensar en él.

—Era un degenerado —dijo algo rígido—. Y ese, y ese de allá. Y no te lo pierdas, ese con cara de pan que parece que no ha roto un plato en su vida también lo es —intenté no reírme pero fue inevitable cuando señalaba con un elegante disimulo a más de un hombre—. Solo intento cuidarte, no te lo niego, ya sé que en las bodas se liga mucho, ya lo he visto, pero tú no ves el efecto que creas en los hombres. En esta boda hay algún que otro degenerado.

—¿Y que eres tú, Darién? ¿Cómo te calificarías?

Su mirada permaneció en mí por bastante tiempo, sus ojos tan apasionados hicieron arder mi cuerpo. Torció una sonrisa.

—Sólo soy un hombre que espera que su dama lo encuentre.

Era lo más bello, profundo y poético que había escuchado en un hombre.

—¿Y ella te encontrará?

—Sí, lo hará. Esta cerca pero a la vez lejos. Y cuando esté tan cerca de mí, pero tan cerca —se aproximó a mí y me quedé quieta cuando rodeó sus brazos alrededor de mi cintura y en un abrir y cerrar de ojos me estrechó contra él



robándome el aliento—. Jamás la soltaré. Lo juro por los dioses y por la sagrada tierra que nos mantiene con vida.

Envidié a esa chica porque Darién la estaba buscando. ¿Quién sería?

—Una chica afortunada.

—En realidad siempre seré yo el afortunado.

Y caí en la cuenta de quién era. Hablaba de Kisa. Sí, debía ser ella. ¿De quién más hablaría si no? Fue de la que estuvo enamorado, y era posible que aún la amara. ¿Se habría dado cuenta de que no podía olvidarla? ¿La iba a buscar de nuevo?

Una media hora después, un gran grupo de invitados junto con los recién casados, se dispusieron a ir hacia la pista de baile. Por el entusiasmo de los novios, se veía que no querían bailar una canción lenta. Las gaitas y los violines comenzaron a sonar siendo algo estridente el sonido. La canción con un cierto grado de diversión, fue animando el ambiente, haciendo que otras tantas parejas se sumaran al ritmo de la música y los observé con alegría al ver que bailaban el típico baile irlandés.

Darién me hizo un gesto invitándome y decliné la oferta. No estaba dispuesta a bailar ese baile. No me veía capacitada. Pero se quedó a mi lado observando como alegremente la gente bailaba. Los invitados que no bailaban animaron más el lugar haciendo palmas, y los imité. Reí sacudiendo la cabeza junto con Darién al ver como Eustaquio bailaba esa canción, para su edad se movía con bastante energía.

Era un momento de dicha, de felicidad... ver como todos ellos bailaban al compás de la música, como cantaban con armonía, como disfrutaban cada segundo de su tierra, de sus tradiciones. No pude evitar emocionarme al verlos.

Un síntoma extraño se instaló en mi interior. Una sensación desconocida navegó por mi cuerpo haciendo que dejara de sonreír, frotándome el pecho. Esperé que se me pasara, pero no fue así. En mis oídos se acumuló otra fuerte presión que me agobiaba por momentos. Y de golpe, sin frenos, si haberlo previsto, vinieron unas palabras a mi mente:

*Buachaill ón Éirne mé*  
*'s bhréagfainn féin cailín deas óg.*  
*Ní iarrfainn bó spré léithe*  
*tá mé féin saibhir go leor.*  
*'S liom Corcaigh 'a mhéid é,*  
*dhá thaobh a' ghleanna 's Tír Eoghain.*  
*'S mura n-athraí mé béasaí*  
*'s mé n' t-oidhr' ar Chontae Mhaigh Eo.*  
*Rachaidh mé 'márach*  
*a dhéanamh leanna fán choill*  
*Gan choite, gan bád,*  
*gan gráinnín brach' ar bith liom*  
*Ach duilliúr na gcraobh*  
*mar éideadh leapa os mo chionn*  
*'S óró sheacht mh'anam déag thú*  
*'s tú 'féachaint orm anall.*

Cerré los ojos molestándome que no dejaran de invadirme palabras sobre mi mente, palabras que tenían un ritmo especial para mí. Amargué mi rostro frotándome las sienes. Cuando abrí los ojos algo ante mí se reveló. Pequeñas instantáneas de mí siendo una adolescente, cantando una canción tradicional irlandesa. Me gustaba mucho. Era mi preferida. La cantaba frente al espejo del baño, cuando ordenaba mi habitación y por las praderas bajo un día soleado cuando decidía ir a caminar.

Tenía una canción predilecta; *Buachaill ón Éirne*.

Contaba las andanzas de un muchacho heredero del Condado de Mayo. Sentí las pestañas húmedas y me di cuenta de que estaba llorando en silencio. ¡Tenía una canción! Aunque fuera una cosa tan pequeña, era importante para mí. Hasta ahora no tenía ninguna y ahora comprendía por qué. Porque mi corazón estaba esperando que la volviera a recordar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Darién inclinando su rostro hacia mí.

—Sí. Sí —rehuí de su mirada quitando las lágrimas de mis ojos bajo una sonrisa—. No te preocupes. No es nada.

¡Estaba feliz! Feliz de haberme visto más joven aunque solo fuera cantando mi canción preferida. Feliz porque volver a tener algo mío que hacía tiempo el destino me arrebató tan cruelmente, me hacía sentir más fuerte y viva. Quería ser la Adalia que fui en antaño, aunque eso era un sueño *inalcanzable*. Tan inalcanzable como lo eran las estrellas.

Terminando la canción, todos aplaudieron emocionados. Varias personas salieron de la pista marchándose hacia las mesas para beber al estar sedientos. Observé como Darién seguía con la mirada a Eustaquio que se perdía con su nieta entre la multitud. Fruncí el ceño al escuchar el inicio de la próxima canción al sentir que en algún lugar la había escuchado.

—*Runaway de The Corrs. Vamos, Eddy* —saltó una chica joven emocionada arrastrando a su chico a bailarla.

Oh, The Corrs, ese grupo que tanto le gustaba a Carla. El ambiente ya no era tan marchoso, sino más íntimo y romántico, haciendo que las parejas que habían decidido quedarse bailaran más pegadas. Encogiéndome bajo un suspiro, eché un rápido vistazo a Darién. Sus ojos y los míos se encontraron, dejándome paralizada su mirada tan ardiente, y giré mi rostro hacia delante con un extremo rubor, mordisqueando mis labios.

—Esta sí que la bailarás conmigo —objetó contundente.

*No, no, no por favor.*

—Espera, Darién —expresé temerosa viendo como su mano me arrastraba hacia el centro de la pista.

No quería temblar, pero me encontraba muy nerviosa ahogando mis respiraciones mientras lo miraba. Darién dirigió sus dos manos sobre mi cintura quitándome el aliento ese instante. Sonrió bribón cuando yo rodeé mis manos alrededor de su cuello de modo que nuestros rostros quedaron tan cerca y nuestras miradas tan unidas.

*Por favor, que no lo pise. Por favor.* Pensé llena de temor.

—Te voy a pisar infinidad de veces —le indiqué nerviosa.

—Será un placer recibir tus pisotones, banphrionsa.

¿Cuándo fue la última vez que bailé con un hombre? Nunca.

La suave voz de Andrea Corr me envolvió en un ambiente mágico y ya no sentí nada más, excepto las manos de Darién en mí. En como a veces nos mirábamos y podía percibir complicidad en su mirada.

Llegando a un punto de la canción, escuchando esa *estrofa*, me ruboricé y agaché la mirada encendiéndose mis mejillas notando la sonrisa de Darién, y sintiendo sus dulces labios rozando mi frente para dejar un beso que me hizo sentir mariposas en el estómago.

—¿Estás temblando? —me preguntó con voz pícara.

Mierda. Se había dado cuenta.

—No —negué con la cabeza muy segura.

Eché un rápido vistazo a la pista con una sonrisa maravillosa.

—¿Entonces el terremoto que estoy notando bajo mis brazos no viene de ti?

Le mandé una mirada en reprimenda.

—Tengo curiosidad, ¿es por mi o por la boda?

—No te lo pienso decir. No quiero alimentar tu ego.

—Me lo has dicho todo respondiéndome —susurró en mi oído estremeciéndome.

Me dejé guiar por él ya que nunca había bailado tan pegada a un hombre. Y recé para no pisarle y ser demasiado patosa. Mentiría si dijera que no le deseaba, que podía robarme todos los besos que quisiera sin sentir nada, y que no me sentía preparada para ir más allá de un simple beso. Pero en sus pensamientos ya se hallaba una mujer, una mujer que era posible que no lo valorara como se merecía. A veces me decía a mí misma que había sido una mala idea proponerle a Darién que viniera conmigo, y otras veces en que había sido la mejor *decisión* que había tomado mi vida, porque con él me sentía viva, deseada, protegida y me hacía sentir esas famosas mariposas en el estómago. Con él no quería ser una hormiga, sino convertirme en un gigante y

demostrarle a cada persona que me criticara, cuanto valía. ¿Por qué de todos los hombres tenía que sentir tantas cosas por un gigoló?

—Deberíamos dejar de bailar, te estoy pisando —lo miré apurada.

Era el quinto pisotón que le daba desde que había iniciado la canción, y no me había dicho nada de nada.

Sus manos se apretaron más sobre mi cintura negando con la cabeza.

—Para mí está siendo una experiencia muy agradable.

Hizo acelerar a mi corazón solo con eso.

—Tengo curiosidad. ¿Alguien intentó enseñarte a bailar?

Lo pensé durante varios segundos. Mente en blanco, recuerdos perdidos, confusiones, miedos... era lo típico que me encontraba con mi mente si deseaba recordar algo.

—No lo sé.

Él ladeo su rostro hacia el mío poniéndome más nerviosa su acercamiento.

—¿No lo sabes? Seguro que alguien quiso enseñarte a bailar.

—Es posible, pero no lo recuerdo. Ojalá pudiese hacerlo.

—Cuando lo hagas, avísame. Porque me muero de la curiosidad de quién deseó embarcarse en una travesía llena de pisotones —me guiñó un ojo todo seductor, y yo inflando mis mejillas, le di un suave golpe en el hombro contagiándome su buen humor—. Para mí eres una excelente compañera de baile.

Entrecerré los ojos.

—Si el mito de pinocho existiera, ahora mismo te crecería la nariz.

Todo rumbo de mis sentidos los perdí, porque su risa y sus ojos me hechizaron. Me miraba con una pasión y una ternura que hacía despertar cada uno de mis *instintos* de mujer que habían *dormido* muy profundamente.

No. No. No. No podía estar enamorándome de Darién, era tan imposible como si el hombre se propusiera ahora viajar a Marte; aunque en un futuro era posible. Sacudí mis pensamientos al desvariar. Dios, Carla me dijo que no expusiera mi corazón y lo estaba haciendo.

—¿Soy... ahora soy tu novia? —le pregunté en un tartamudeo tan propio de una adolescente inexperta que esperaba su primer beso.

Se quedó serio mirándome, pero su mirada escondía algo más que no pude *descifrar*.

—Solo hasta que volvamos a la mansión.

*Oh*. Una desilusión abarcó en mi interior. Era una tonta, pues claro, ¿por qué iba a ser su novia oficial? Era absurdo pensarlo siquiera.

Darién sin previo aviso estrechó más su cuerpo contra el mío, y le di una respuesta aceptable sin que pudiera ni meditarlo. Porque era la mejor sensación del mundo; estar en sus brazos.

—A veces te veo tan frágil y vulnerable. Y siento la férrea necesidad de protegerte. Sobre todo de capullos como ese chico de antes.

Su tono posesivo y sincero me desconcertó. Fruncí los labios en una sonrisa.

—Pero apareciste como un perfecto caballero rescatándome.

—A sus pies, mi lady —me hizo una reverencia pero sin soltarme, y sin perder el ritmo del baile.

Reí a pleno pulmón al hacerme eso.

Siempre tuve la sensación de que en alguna parte de mi vida pasada quería mi cuento de hadas. Un príncipe y esas cosas. Y aunque ahora la mujer del siglo *veintiuno* no lo necesitara, no nos dábamos cuenta de que una parte de nuestra niñez seguía ahí, de que añorábamos a los príncipes, nos horrorizaba los dragones y deseábamos que con un beso bajo la luna viviéramos nuestro: «felices por siempre.» Aunque para mi desgracia, mi infancia era completamente borrosa e inexistente.

—Y te robé un beso —siguió Darién.

—En realidad lo deseaba —no medité muy bien en esas palabras y tres segundos después lo miré nerviosa intentando arreglarlo—. Quiero decir... hiciste bien, tranquilo.

Torció una sonrisa acercando su boca a mi oído, sintiendo como se relamía los labios como si se deleitara con lo próximo.

—Aunque fue otro acto de justicia si te soy sincero. Todos los besos que te he ido robando son porque tú llevas meses robándome los sueños.

¡Santo Dios! ¿Meses? ¿Qué intentaba decirme con eso? *Respira, Adalia, respira*. Pensé quedándome sin aire. Mi corazón revoloteó contra mi pecho sin cesar, al emocionarme sus palabras tan profundas. Quise quedarme boquiabierto pero era muy descortés hacerlo, y solo pude sentir las miles de emociones que navegaban en mi interior por sus palabras que una vez más, me habían *cautivado*. Y sonreí para mi placer, refugiendo mis labios en su hombro, inspirando con placidez su perfume embriagador mientras seguíamos bailando al ritmo de la canción.

La canción terminó un rato después, y a regañadientes me separé un paso de Darién aplaudiendo igual que el resto de invitados. Darién me mandó una mirada maliciosa y esperó para ver si deseaba bailar la siguiente canción. Negué con la cabeza casi riéndome al observar que los invitados se preparaban para bailarla, al ser otro tema tradicional irlandés.

Sin más, me di la vuelta y me alejé de todo, frotándome los brazos y deseando borrar las sensaciones que otra vez inquietaban mi cuerpo y deseaban quebrar mi alma.

No me sentí muy cómoda y decidí que ya era hora de regresar. Acercándome a Eustaquio me despedí de él agradeciéndole su invitación, ojeé a Darién pero estaba muy alejado hablando al parecer por su teléfono móvil, otra vez. Eustaquio estiró el cuello para observarlo, y negó en un gesto de que no pasaba nada y que en realidad se alegraba de verme a mí. Con un último abrazo, me giré hacia Darién pero ya no se encontraba. Quieta, lo busqué con la mirada entre la multitud.

¿Por qué no dejaba de desaparecer delante de mis narices? Suspiré.

Sentí la suave hierba debajo de mis zapatos mientras caminaba en silencio. Llegué a un árbol robusto y solitario de la pradera, y me apoyé contra él mientras dejaba que el suave viento calmara mis pesares mirando el paisaje verde e idílico.

—¿Aburrida, señorita Knightley?

Sonreí al escuchar ese susurro en mi oído. Giré mi rostro observando a Darién con la corbata un poco desabrochada. Negué con la cabeza. Quise

preguntarle por qué desaparecía tanto, pero me acobardé. Estaba claro que no le agradaba mucho estar en esta boda, y que si estaba era por mí.

Él frunció el ceño mientras perdía su mirada por las praderas que se extendían en el horizonte.

—¿Sabes qué en la mansión hay ratas? —lanzó la pregunta con un tono misterioso.

—¿Ratas?

Apoyó su espalda contra el árbol con aspecto relajado y cruzándose de brazos.

—Oh, sí, la otra noche estaba hablando por mi teléfono móvil y en el acceso secreto oí ruidos.

Me tensé. Ay Dios, que me escuchó.

—Eh... pues le diré a Alfred que se ocupe de ese problema —disimulé mi inquietud.

—Me parece bien. Que llame a una empresa exterminadora de plagas.

Asentí deprisa deseando que se olvidara de ese tema de una vez.

—Aunque —se acarició la barbilla pensativo—. Parece un espécimen nuevo y no sé si deberían extinguirlo.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros con tranquilidad.

—Porque solo era una y cuando me acerqué a escucharla, oí su respiración y como hacía ruidos, como si sostuviera algo entre sus manos... oh, sí, creo que la nueva generación de ratas llevan móviles y creo aunque no la vi, que tenía el cabello rubio y media uno sesenta seis, y tenía unas esbeltas piernas... ¡¿y vas a dejar que siga?!

Parpadeó con humor y una sonrisa. Suspiré con pesar haciendo una mueca apenada.

—Lo siento por espiarte. No fue mi intención.

*¡Ja!* Se rio mi lado sensato.



—Me pregunto por qué lo hiciste y que fue exactamente lo que escuchaste.  
Me mordí el labio inferior dudando y rehuyendo de su mirada.

—Nada especial. Solo que tienes novia y que la quieres mucho.  
Comencé a caminar para alejarme al sentirme rara.

—¿Cómo? Espera que... —me retuvo del brazo volviéndome hacia él.

Vi que no tenía intención de soltarme hasta que no hablara, y lancé mi segundo suspiro de pesar.

—Le decías que la querías y que la echabas de menos.

—¿Te refieres a Ashelia? —dijo sin más como si no fuera un secreto.

—Sí.

—Mi hermana —soltó muy tranquilo.

—Sí... ¡Oh, tu hermana!

Abrí los ojos como platos. Y él sacudió la cabeza riéndose. ¿Por qué sentía como si me hubiera quitado un peso colosal que aplastaba mi corazón?

—Era mi hermana. ¿Y cuántas veces tengo que decirte que no tengo novia?

*Salvo Kisa, claro.* Pensé triste.

—Perdóname, no volverá a ocurrir. No soy una chica que va escuchando conversaciones ajenas.

—Disculpas aceptadas.

No sé qué me empujó a hacer lo siguiente. Pero me agarré a sus brazos y le planté un beso en la mejilla, notando la breve tensión que acumuló su cuerpo por ese acercamiento inesperado.

—Felicidades.

Me sonrió con un brillo en la mirada.

—¿Por qué no me sorprende que lo tendrías en mente? Gracias por felicitarme.

—No entiendo por qué no estás con tu familia celebrando tu cumpleaños en vez de estar aquí con una desconocida.

Hizo una mueca.

—En primer lugar, ya he pasado muchos cumpleaños con ellos, porque no esté en uno no se irán a morir. Y en segundo lugar tú y yo —nos señaló con un dedo y algo de picardía—, ya no somos tan desconocidos y me agrada mucho tu compañía, que no me importa celebrarlo aquí contigo. Aunque si por mi hubiese sido, no lo habrías sabido, para mí un cumpleaños es un día más.

Asentí con un deje de tristeza.

—Sí. Para mí mis cumpleaños no son lo que se dice un día feliz ni especial. Pero para ti debe ser grande y lleno de felicidad, ¿no? Es el día en el que naciste.

—Hace años que dejaron de tener ese significado, Adalia —dijo con un tono de melancolía como si el recuerdo le doliera—. Hace años que no me siento vivo.

Eso apretujo mi corazón y mi mente se llenó de dudas. De momento lo dejé pasar, pero deseaba descubrir cada *misterio* que envolvía a Darién.

—Me hubiera gustado regalarte algo —quise cambiar de tema.

Una sonrisa quebrada asomó en sus labios dando un paso hacia mí. Alzó una mano acariciando una de mis mejillas quedándome inmóvil por ese acercamiento.

—Aunque no lo parezca, ya tengo el mejor regalo de cumpleaños que he podido conseguir en mi vida.

Mi aliento se consumió por su tono tan dulce.

—No necesito nada material.

—¿Cuántos años tienes? Hoy haces uno más.

Se mordió el labio inferior sonriendo pero no se separó, acercando más su rostro al mío.

—Tengo...

Y todo a mi alrededor volvió a desaparecer por segunda vez en ese día, solo existíamos él y yo, sintiendo esa conexión que nos *unía* inexplicablemente. Me agarré a las solapas de su chaqueta perdiendo toda mi

voluntad cuando nuestros labios se rozaron. Y cuando más deseaba que me besara, no lo hizo, y quise protestar, ¿pero qué derecho tenía? Ninguno. No habíamos tenido el contacto más íntimo que se daba entre un hombre y una mujer. Esa imagen se reflejó en mis ojos y me alteró por completo. Dios, él y yo en una cama... no, no y no, aunque una parte *salvaje y loca* de mí me dijera que sí.

Darién levantó los ojos de mis labios y miró detrás de mí. No tenía la suficiente fuerza como para ver que observaba.

—Vaya. Van a volver a interrumpirnos —parecía que eso no le gustaba mucho por su tono irritante—. Te dejaré con él.

¿*Qué?* Pensé para mis adentros al verlo marchar dejándome nublada.

—¡Señorita Adalia! ¡Señorita Adalia!

Volví mi rostro al ver correr con su bastón a Eustaquio hacia mí.

¿Por qué estaba tan alterado y nervioso?

—¿Qué ocurre, Eustaquio?

Llegó fatigado y me preocupé por su salud, se apoyó más en su bastón intentando coger aire para hablarme.

—He visto... he visto a Félix.

—¡¡Qué!! —exclamé alarmada.



## Las luciérnagas

—Sí, ha venido a la boda. Me ha saludado. Muchacha, ha conseguido su sueño. Es arquitecto. También me ha dicho que se alegraba de verte aunque no pudiese hablar contigo por estar acompañada... pero que muy pronto lo volverías a ver. Porque está deseando verte después de tanto tiempo.

Me quedé en shock por cada palabra. Unas náuseas amenazaron con abordar mi garganta, sintiendo desfallecer mis piernas. Cuando más necesitaba a Darién a mi lado, no estaba. Respiré entrecortadamente frotándome el pecho con aspecto angustioso.

—¿Hace cuánto de eso? —me apresuré a decir.

—No hace mucho. Y creo que ya se iba. Corre muchacha, a lo mejor estás a tiempo de pillarlo —me alentó con emoción sacudiendo mis brazos para que fuera—. No sabes la alegría que me dio verlo. Y ver que le va todo tan bien.

No lo iba a pensar dos veces.

—Gracias, Eustaquio.

Sentí una punzada de celos porque Eustaquio lo vio y había hablado con él. ¿Maldita sea por qué no se acercó a mí? Me había visto. Estuvo a pocos metros de mí. Y no quiso acercarse ¿Por qué? Apresurada, recogí la falda del vestido y la elevé un poco corriendo a toda prisa. Vi que Darién me miraba extrañado cerca de una mesa al verme fatigada y asustada, pero decidí ignorarlo, luego se lo explicaría con más calma. Corrí por el camino de losas con cuidado de no caerme, era lo último que necesitaba en estos momentos. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho sintiendo una sudor fría impregnarse en mi frente.

Llegué al aparcamiento mirando ansiada por si veía algún joven de mi edad o unos pocos años más. Pero ahora que lo recordaba, y por desgracia, no podría reconocer su cara. ¡Cómo demonios iba a reconocerlo! Vi a un hombre que me daba la espalda caminando hacia un Aston Martin. Reconocí ese deportivo, era el mismo de la iglesia. El chico vestía un traje elegante y era joven. Podía echarle con claridad unos treinta años.

La sangre hirvió bajo mis venas.

—¡Félix! —mi voz salió ahogada por las emociones.

No me escuchó, se metió dentro del deportivo y el rugido del motor me asustó. Me aterró que se alejara de mí y no volviera a verlo.

—¡Félix!

Corrí a la vez que el Aston Martin salía hacia la carretera principal fuera del camino de piedra, y yo me quedaba en medio respirando acelerada y acongojada por no haberlo pillado a tiempo.

*¡¡No!!* Pensé en mi interior destrozada. Era él. Aunque no estaba tan segura. ¿Pero y si era él?

—¡Qué demonios haces gritando el nombre de Félix! —me volvió furioso Darién hacia él sacudiéndome una vez.

Su rostro endurecido me dejó helada pero volví la mirada hacia la carretera.

—Por favor, ayúdame. Necesito alcanzar ese deportivo —intenté llegar apresurada al McLaren. Pero él me retenía con fuerza de los brazos.

Emitió un gruñido feroz pegándome contra su pecho negando en un gesto.

—No pienso ir detrás de un hombre porque tú lo deseas. ¡Quién te crees que soy!

—Maldita sea. Eustaquio me ha dicho que Félix estuvo aquí. ¡Por qué demonios no ha hablado conmigo! Necesitaba ver su cara. ¡Por qué ha pasado de mí! ¿Tan poco significué en su vida?

Fui diciendo acongojada llevando una mano a mi cuello con los ojos humedecidos, y mirando la carretera por donde se había marchado el Aston Martin. Darién suavizó su agarre sobre mis brazos mirándome turbado por bastante tiempo.

—¿Amas a Félix?

Su pregunta atravesó mi corazón. Giré mi rostro hacia él que me miraba inquieto y algo distante.

¿Qué verdaderos sentimientos tenía por Félix? Había estado más de dos

años en mis sueños y seguía estando en ellos. ¿Qué sentía por él? Le pedí a mi corazón que me lo aclarara, pero no hallé la respuesta que tanto necesitaba Darién por su rostro torturado. No pude contestar, y agaché la cabeza con verdaderos remordimientos.

Ahora mismo no sabía que sentía. Farfulló algo en irlandés que no entendí, cogió mi mano y me llevó con él caminando con decisión. Llegamos al deportivo, entramos, y en unos largos minutos no dijimos nada.

El atardecer cubrió el cielo de un matiz naranja con apenas unos nubarrones en el horizonte. Tenía pinta de que en la madrugada llovería. Nada novedoso.

—¿Quieres buscarlo?

—¿Qué? —me sacó de mis pensamientos mirándole.

Estaba rígido, sin apartar la mirada de la carretera, observando su perfil más severo, como si algo le desagradara.

—A ese tal Félix. ¿Quieres buscarlo?

Repasé una mano por mi pelo, exasperada.

—Desde no hace mucho que deseo buscarlo. Pero no sabía por dónde tenía que empezar. Solo sé que vivía cerca de la mansión de los Knightley, que se llama Félix Brent y que se marchó de Irlanda. Y ahora se ha vuelto a marchar.

—¿Qué te hace pensar que era ese tipo? —Lo miré con el ceño fruncido y él chasqueó la lengua volviendo su mirada hacia la carretera—. Es igual. Déjalo en mis manos. Si quieres buscarlo, tengo la solución para encontrarlo. Y haré que te reúnas con él.

—¿Cómo lo harás?

Me dirigió una mirada deslumbrante.

—Es un secreto.

Sonreí. No podía creer que me ayudara a buscar a Félix. ¿Por qué lo haría? Mi corazón atolondrado se relajó. Cabizbaja, suspiré sin que se diera cuenta. Había estado tan cerca de Félix y tan lejos a la vez. No dejé de preguntarme por qué no se acercó a mí. Tal vez me odiaba y prefirió mantener una distancia. Dios mío, ¿qué le hice en mi pasado para que no se acercara a mí? Cerré los ojos con amargura. Pensar en él no me hacía ningún bien, me afligía

y me ponía muy depresiva. Mantuve mis pensamientos lejos de él. Masajeando mis sienes, me vino un nombre sobre la mente. *Ashelia*.

Ashelia era su hermana. ¿Cómo pude montarme mi propia película de que era su novia o algo así? Aunque cuando oí esa conversación en el pasadizo secreto pareció otra cosa. Me sentí estúpida y mirando por la ventanilla hacia la oscuridad que cernía ya todo el condado, sonreí de nuevo.

Llegando a la mansión bajé del deportivo y me entró un escalofrío al sentir penetrar en mi piel la ráfaga del viento. Cohibida, froté mis brazos mirando la mansión a oscuras, y de pronto sentí como Darién me ponía su chaqueta sobre mi cuerpo agradeciendo el calor que emanaba, y su inconfundible olor a su perfume y a él. Era una *combinación* que a cualquier mujer le haría perder los sentidos.

Le sonreí con timidez.

—Gracias —le indiqué con la mirada la chaqueta que cubría la mayor parte de mi cuerpo, y me agradaba lo grande que me quedaba.

Me devolvió la sonrisa asintiendo y mirando un fugaz momento el suelo, metió sus manos en los bolsillos del pantalón y pareció perderse en sus pensamientos. Esperé que en cualquier momento dijera que entráramos a la mansión, y con mayor desilusión yo me fuera hacia mi habitación y él hacia la suya. Y así acabaría este día. Donde me había protegido de unas víboras de lengua afilada, donde había recordado mi canción favorita irlandesa, donde había bailado con él, donde estuve a punto de ver a Félix y volvió a marcharse como hacía en mis sueños. Había sido un día agotador para mis emociones.

—En realidad te he mentado —la suave voz de Darién sonó a mis espaldas.

Las mariposas revolotearon en mi estómago. Y giré mi rostro hacia él sumergiéndome en sus profundos ojos azules.

—¿Qué?

—Si deseo que me regales algo. Algo que solo tú puedes darme.

El corazón se me disparó como un rayo. ¡Santa patria irlandesa!

—¿Y... que... quieres? —tartamudeé.

*Un beso. Un beso. Un beso.* Se derritió mi corazón por otro.



Tendió una mano cogiendo una de las mías. El cálido tacto de sus dedos hizo que deseara lo inalcanzable. Un abrazo de amor para despejar el frío de mis huesos con el *fuego* que emanaba su cuerpo atlético, o un beso tan apasionado que fundiera nuestros cuerpos reclamando más de esa pasión.

—Tienes que acompañarme para dármelo.

Sin darme tiempo a decir nada tiró de mí y me llevó con él por una de las tantas sendas que *Muckross-Knightley House* tenía. Claramente estaba expuesta a pensar mil cosas de mil maneras y todas aunque fueran una locura, me parecían extremadamente excitantes. Porque estaba con él, porque me sentía segura y porque confiaba en Darién incluso si me vendara los ojos.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté intentando seguir su ritmo al ver la ligereza con la que caminaba para llegar al lugar que tenía en mente.

No respondió, siguió delante de mí caminando en la oscuridad. Su mano tan firme pero delicada me trajo un *sinfin* de sensaciones extremas. Solo pedía que lo que fuera a pasar mi mente no lo estropeará con algún recuerdo borroso que traería de mi pasado, ocasionándome un dolor que nadie podría reparar en el momento justo que se reprodujera. Decidió salirse de la senda y continuamos caminando entre los árboles, el suave viento meció la hierba ondulándola bajo una luna llena que iluminaba algo el terreno.

Cuando se detuvo en medio del paraje oscuro, se dio la vuelta hacia mí y su rostro estaba cubierto de sombras que difícilmente me dejaban ver su expresión.

—Túmbate.

¿Me estaba pidiendo que me tumbara sobre la hierba?

Tragué saliva dudosa enredando mis dedos, agradeciendo que no me viese con claridad temblar. Parecía un terremoto ahora mismo.

Poco a poco y con desconfianza, lo hice. Gemí al sentir la hierba helada tocando mi piel haciéndome cosquillas sobre mis muslos al remangarme un poco el vestido para no pisarlo. Él se movió a la misma vez que yo pero arrodillándose a mi lado.

—Dame tu mano.

Elevé la mano tanteando donde estaría la suya, al poco tiempo sus dedos cogieron mi mano y ahogué un jadeo al sentir que me incorporaba para que me quedara sentada, dejando mi rostro a centímetros del suyo.

—Mira.

Me cogió de la barbilla haciendo girar mi rostro hacia una dirección. Parpadeé mirando más allá de la oscuridad pero no veía nada.

—¿Qué? No veo nada.

—Espera. Eres muy impaciente, Deva.

Ay Dios, ese nombre de nuevo. Otro que debía preguntarle.

Esperé. Pero él tenía razón, yo no era muy paciente. ¿Cómo podía saberlo? Me escocieron un poco los ojos de tanto mirar la oscuridad y no ver nada, solo las ramas de los árboles meciéndose al viento y como la luna salía tras las nubes, pero frente a mí no había nada.

—¡Oh!

Mi boca formó una O maravillándome por lo que veía.

Miré a Darién y sonreí, él las seguía observando también impresionado. A unos cincuenta metros de nosotros se hallaban pequeñas y brillantes *luciérnagas* haciendo del lugar un espacio mágico.

—¡Luciérnagas! —afirmé maravillada.

—Uno de mis insectos preferidos.

Alcé las cejas sorprendida. *¡Wow!* Eran sus preferidas.

—Desde niño siempre me gustaron. No hacen daño a nadie pero en cambio hacen un bien para la naturaleza. Son mis preferidas. Kisa y yo de niños...

Se detuvo de repente tensándose al nombrarla. Apreté los dientes molestándome que ese nombre saliera de sus labios. No me gustó que la nombrara, pero deseaba que llegara al final de lo que parecía una especie de *aventura* en su infancia. Me encantaba que me contara algo de él. Lo que pasara entre ellos era cosa del pasado. ¿O no?

—Puedes seguir, no te preocupes.

Suspiró.

—Cómo te iba diciendo, Kisa y yo siempre por la noche en una zona parecida a esta nos quedábamos observándolas. Una vez encerré una luciérnaga en una pequeña botella, pensaba regalársela a ella, esperando que le gustara pero fue lo contrario —se rio sacudiendo la cabeza tan relajado. Me gustaba que riera. Tenía que hacerlo más veces—. Cogió una rabieta conmigo, me dijo que no me hablaría en cien años sino la soltaba. Yo solo quería que fuera su luz, a veces Kisa a pesar de su fuerte temperamento era asustadiza, pero ella no deseaba ver a ese ser vivo encerrado, y al final la dejé libre. Éramos unos niños. Fueron tiempos felices.

Se tumbó sobre la hierba soltando aire relajado. Seguí mirando las luciérnagas sumergida en mis pensamientos pero con una sonrisa. Imaginar a Darién de niño tan travieso, tan guapo, tan aventurero, me daban ganas haber estado ahí con él. Había dicho: *fueron tiempos felices*. ¿Ahora no lo eran? ¿Qué ocurrió en su vida?

Me tumbé a su lado rozando mi mano con la suya y la aparté corriendo, pero me la atrapó entrelazando nuestros dedos antes de que pudiese ponerla sobre mi vientre. Mi corazón latía desbocado, seguro que él podía escuchar mis latidos.

—Yo no te hubiera perdonado en mil años, Darién. Kisa hizo bien. Las luciérnagas están mejor en libertad. Menos mal que la liberaste.

Esperé que hablara, que me debatiera el tema, pero en cambio su carcajada retumbó sobre el lugar. Adoré esa risa que me hacía sentir complacida. Pero no sabía por qué reía de ese modo.

—Prefiero mil años que cien.

*¿Por qué?* No obstante no tuve la valentía de preguntárselo.

Tardé unos segundos, pero giré mi rostro hacia el suyo que me miraba, y aparté con rapidez mi mirada hacia el cielo. Concentrando mis ojos en cada estrella que veía.

No entendía nada. ¿Qué propósito deseaba conseguir Darién solo con tumbarnos sobre la hierba a estas horas de la noche?

—¿Qué clase de regalo es éste?

—Uno muy especial. Me lo estás dando. El cielo cubierto de estrellas, las

luciérnagas... y tú. Ese era el regalo que deseaba que me dieras.

Evité reírme pero fue inevitable.

—¿Qué creías que quería de ti? ¿Aún crees que soy un pervertido? —me preguntó divertido sintiendo su mirada sobre mí.

—Mejor no te lo digo. Es vergonzoso —dije enterrando mis manos un momento en mi rostro.

—Puedo imaginar que es.

—Por favor, no lo hagas. ¡No imagines! —le susurré avergonzada.

Su risa fue suave acompañada del viento.

—La mujer puede tener una imaginación muy productiva. Eso es bueno, alguien tiene que llevar las riendas de este mundo.

Y por varios minutos nos quedamos callados sin nada más que decir. Nunca me había detenido a mirar la noche, las estrellas, no sé, allí en Los Ángeles no hacía falta, siempre había algo que captaba mi atención sin que reparara en el cielo y en su inmensidad... pero aquí... eran un montón de estrellas que dejaban fascinado a cualquiera. Era precioso aunque se olía a humedad, y parecía que muy pronto las estrellas desaparecerían por unas nubes horribles que amenazarían tormenta. Me atreví a girar mi rostro hacia Darién, él seguía mirando las estrellas como si fuese un niño que estaba encandilado con ellas. La luna jugaba con las sombras de su rostro haciéndolo indiscutiblemente perfecto.

*¿Por qué eres tan perfecto? Tengo tantas ganas de besarte y de llegar a más.* Pensé hechizada. Y me arrepentí de mis pensamientos tan indecentes. Parecía una adolescente en plena revolución hormonal.

Encontrar al hombre perfecto en un gigoló, no era algo en lo que una mujer le gustaría *arriesgar* su corazón. ¿A él le gustaría tanto su trabajo? ¿Hasta qué límite? Mordisqueé mi labio inferior. Necesitaba salir de dudas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Hmm —respondió mirando al cielo, asintiendo.

En ese instante pasó una estrella fugaz que captamos los dos a la vez.

—¿Te gusta tu trabajo de gigoló?

En el instante en que giró su rostro para estudiarme, miré al cielo nerviosa, por si mi pregunta había sido muy desconsiderada.

Dio un largo suspiro volviendo sus ojos al cielo.

—He decidido dejarlo. Ya no soy gigoló.

Me quedé boquiabierta. *¡¡QUÉ!!* ¿Así como así?

—Como oyes —respondió de inmediato como si oyera mis pensamientos.

—¿Y el... el Club Seducción? ¿Tu jefe que va a decir?

Porque tendría un jefe. Ese club tan privado lo llevaría alguien. Que nunca me importó, claro está.

—Yo no tengo jefe. Soy el completo dueño de mi vida.

Mi mente aún se negaba a creer que fuera tan fácil. Mi corazón en cambio daba saltos de alegría.

—Y quiero que te metas en la cabeza algo muy importante, Adalia. Desde este mismo instante no quiero que me veas como un gigoló. Ya es hora de buscar la mujer de mi vida, sentar cabeza, formar una familia. Pero quiero que cuando encuentre a esa mujer... sea las estrellas que guien mi vida, que sea el sol que ilumine mis días, la luna cuando le demuestre cada noche lo afortunado que soy de tenerla, y mi universo cuando cubra cada centímetro de su piel con mis besos. Estar aquí, me ha hecho ver tantas cosas que he perdido y que estoy dispuesto a recuperar.

Me había olvidado de respirar. *Respira, Adalia Knightley.* Pensé descontrolada. Me quedé embobada por cada palabra tal dulce que salió de sus labios. Darién me estaba conquistando de una manera abrumadora y yo le estaba dejando entrar en mi corazón. Mi mente se reusaba a creer que hubiese un hombre así. Pero aquí estaba conmigo... pero no unido a mí.

*Ha dejado su trabajo. Así sin más.* Pensé llena de dudas.

Darién se inclinó hacia mí apoyando un codo sobre la hierba y dejando su mano debajo de la barbilla, para tener una visión más directa de mí.

Inspiré aire para despejarme.

—Parece que va llover —mi tono nervioso me delataba.

—Sí, eso parece —su hechizadora mirada no se movió de mí, me removí un poco sobre la hierba pero eso solo hizo que se acercara mucho más.

—Es precioso, nunca me había detenido a mirar de esta forma las estrellas. Eclipsan.

Pero no me habló al momento, y su mano se posó sobre mi mejilla haciendo su pulgar que explotara mil fuegos artificiales en mi interior por su movimiento tan sensual.

—Las estrellas a tu lado pierden interés y protagonismo.

Se aproximó a mí y fue cuando sentí su aliento sobre mi cuello, decir que mi cuerpo estaba a *merced* de su roce era una pura verdad.

—¿Puedo saber por qué me llamas banphrionsa?

Aunque no lo viera con claridad había enarcado una ceja.

—¿Te molesta?

—No, es solo que nadie me ha llamado así jamás.

*Mentira.* Pero no quería estropear este momento nombrando a Félix. Parecía irritarle cada vez que lo hacía. Y todavía estaba sorprendida de que él me ayudara a buscarlo. Tardó en responder sin poder ver sus facciones.

—Me honra ser el primero pero si te sirve, no se lo he dicho a ninguna otra mujer.

No sé por qué sonreí, pero lo hice.

—Y el por qué te lo digo —su cabeza se inclinó hacia la mía haciendo todo más íntimo—, vas a tener que descubrirlo tú.

Mi corazón se desbocó y sus labios se quedaron al borde de rozar los míos, sintiendo en ese momento que su mano viajaba por mi vientre hasta llegar a la cintura.

—¿Y puedo saber por qué rompes tu regla número tres?

*Ale. Ya está. Ya lo he dicho.* Pensé nerviosa.

—Yo aún me lo sigo preguntando, Adalia. Y sigo sin hallar la respuesta. Es

algo que deseo hacer cada vez que veo tus labios. Es un deseo que mi cuerpo no frena.

—¿Me vas a besar? —respiré agitada sin ser dueña de mis instintos.

—¿Tú qué crees? —Formó una sonrisa de bribón en sus labios—. Solo que siempre espero el permiso que me da tu mirada.

—¿Lo haces con todas?

—No, lo hago solo contigo.

—¿Has pedido un deseo? —le pregunté en un susurro.

¡Maldita sea que me besara ya!

Eché un rápido vistazo al cielo volviendo rápido su atención a mí.

—Sí, he pedido un deseo. Y créeme se cumplirá muy pronto.

Y su boca se estampó contra la mía conduciéndome a ese lugar idílico que me hacía perder la cabeza con sus besos. Esta vez era la dulzura, la atención, la que dominaba nuestros labios. Mis manos que hasta este momento se aferraban a la hierba con fuerza, volaron hacia arriba enterrándolas en su pelo y haciendo que su cuerpo se inclinara unos centímetros más sobre el mío. Y el fuego ardió en mi interior por el movimiento de sus labios, y en como sentía mis pechos aplastados por su torso duro. Estaba dispuesta a dejarme llevar y a ir más allá de un simple beso. Casi seis años *recluida*, para ahora volver a resurgir y ser una mujer que sentía por cada poro de su piel. No me había dado cuenta de que en mi interior había una mujer que ardía porque fuese amada. Pero un *año* en la sociedad, me bastó para que esa llama se apagara en mi interior diciéndome a mí misma que no habría un *hombre* esperando por mí, que en cualquier momento aparecería y me diría: *¿por qué has tardado tanto en venir a mí, Adalia?*

Y con Darién solo quería sentir y dejarme llevar.

Darién volvió a encender la llama, esa mujer que pedía a gritos ser amada por un hombre que mereciera la pena, y él era el indicado. Y por supuesto, no me importaba que fuera gigoló (ahora ex-gigoló), sino de qué material estaba hecho su corazón y a millas de distancia desde un principio lo supe, aunque intentara hacerme la ciega. Su corazón, su carácter, su forma de ver la vida, de

desear vivirla... era único e irremplazable.

Jadeé cuando hubo un instante de respiración, pero su boca sabía cómo y de qué manera excitarme. Y por primera vez sus labios descendieron por mi barbilla viajando hacia el cuello, donde marcaba sus labios con tanta pasión que me retorció bajo sus brazos.

*No te pienso detener.* Pensé lujuriosa.

No tenía fuerzas para hacerlo y no deseaba obtenerlas, no quería que esa puertecita de la *conciencia* se abriera y me dijera en simples palabras que esto era un mal paso dado. Que él me rompería el corazón en cualquier momento. Pero ahora reinaba en mi cuerpo el deseo, el arrebató carnal de su cuerpo contra el mío, y de sentir sus besos viajando por mí. Me apreté más contra él sin abrir los ojos y con ciertos gemidos impropios de mí, notaba sus labios húmedos por mi pecho, y una pequeña sonrisa se asomó en mis labios al sentir que mi cuerpo lo quería, quería que me tocara y que me hiciera sentir hasta perder la cordura. Una de sus manos hurgó por debajo de mi vestido subiendo por mi muslo...

Lo que hizo que nuestros labios se separaran con rapidez, fue un espeluznante trueno que hizo incluso estremecer la tierra. Me agarré a su cuello, asustada, mirando ambos la lejana nube que se acercaba. Luego él volteó su cabeza hacia mí y no pude apreciar sus rasgos.

Esperé nerviosa.

—Dios —se tumbó boca arriba a mi lado soltando aire.

Me sentí aturdida, desprotegida y fría. ¿Dios?, ¿por qué? ¿Porque había sido un error? ¿Porque en realidad no lo deseaba?

Siguió sin moverse y maldecí hacia la nube que se avecinaba aún a una larga distancia. Aunque su chaqueta me abrigaba, tenía frío. No dijimos nada respecto sobre el beso. Y antes de que saltara con esa palabra que temía que saliera de sus labios, «*error*», llevada por una frase adornada con elegancia para no hacerme sentir mal, ordené a mis pies levantarme todavía sintiendo la pasión recorriéndome cada fibra de mi cuerpo.

¿Por qué? ¿Por qué siempre me dejaba con ganas de más? ¿Acaso solo le gustaba besarme? Mis pensamientos eran muy frustrados.



—¿Vamos?

Inspiró aire.

—Ve tu primero. Yo prefiero quedarme un rato más si no te importa. En mi chaqueta tienes mi iPhone para iluminar el camino.

Sin objetar nada asentí sin que viera mi frustración, y comencé a caminar de vuelta al camino.

—Adalia —me detuve al escucharlo dándole la espalda—. Gracias.

Por supuesto que ese *específico* gracias no era por el beso, sino por acompañarlo aquí y haberle dado su regalo. No me estaba agradeciendo nada más que eso.

Todo estaba oscuro y encendí el iPhone iluminando el camino de regreso a la mansión, me preocupaba que se quedara allí solo, pero así lo había decidido él. No nos habíamos alejado mucho por lo que llegué en tres minutos, oyendo el viento golpeando los árboles más cercanos a la mansión.

En el interior estaba todo oscuro y supuse que Alfred y las chicas se habrían retirado a dormir temprano. Cuando llegué a la segunda planta me encaminé hacia la habitación de Darién y antes de agacharme para dejarle su móvil en el suelo cerca de la puerta, una melodía tan estridente resonó por el pasillo. Pegando un grito asustada, me tambaleé deslizando sin querer el dedo sobre la pantalla táctil iluminada por esa melodía, que había indicado que había recibido un e-mail.

Llevándome una mano al corazón, bajé la mirada todavía temblando por el susto. Y mis ojos no tuvieron otra cosa que leer el mensaje.

**De:** Aiden MacHale

**Asunto:** Me alegro mucho

**Fecha:** 07 de Marzo de 2015 22:32

**Para:** Darién (sin apellidos)

*Al fin desistes con tu tonta venganza. Le habrías hecho mucho daño a Kisa, créeme. Y te hubieras odiado de por vida. Es la mejor decisión que has tomado. Lo que pasó en ese tiempo ahora es pasado. Ahora ella parece feliz y tú... bueno... nada te ata a no serlo. Ya es hora de que busques tu propia felicidad, Darién.*

Quedé petrificada. ¿Venganza? ¿Darién quiso vengarse de Kisa?

¿Por qué?

¿Qué le hizo para desear vengarse de ella? Era lo más vil que podía hacer el ser humano. Pero no lo entendía. Cuando hacía relativamente unos minutos me había hablado de ella, parecía alegrarse por esos días.

Dejé el móvil sobre el suelo y caminé hacia mi habitación, pensativa. Cerré la puerta tras mis pasos encendiendo la lamparita de la mesita de noche. No tenía por qué importarme, ¿pero qué mal le habría hecho Kisa? ¿Lo engañó o fue una arpía sin escrúpulos?

—Agg—me enfadé tirando el bolso sobre la cama.

Tenía que hacer como si jamás hubiera visto ese mensaje, y sobre todo que Darién no se enterara de que le había espiado su intimidad.

Me eché sobre la cama aún sintiendo las mariposas sobre mi estómago, y confortándome la chaqueta de Darién sobre mi cuerpo. La olí y me transportó a ese beso en la pradera, rocé mis dedos sobre los labios aún hinchados y tan apasionados.

¡Cómo demonios iba a dormir! Pensé que llegaríamos a más... pero una vez más él no quiso.

Trasteé en mi iPhone mandándole un mensaje a Carla.

**Adalia Knightley 07 de Marzo 22:49**

*¿Qué hombre pide solo para su cumpleaños que me quede a su lado tumbados sobre la hierba, mirando las luciérnagas y las estrellas, como si todo fuera especial y mágico? ¿Y qué me robe un beso bajo un cielo estrellado?*

Solté un suspiro largo y profundo. No esperé respuesta inmediata. Fui hacia el baño para desmaquillarme y darme una ducha rápida. Cuando volví, Carla me había respondido.

**Carla O'Brien 07 de Marzo 22:54**

*Un hombre de los que ya no quedan. Un hombre que sin duda te hace reír,*

*soñar y disfrutar de la vida. De los que no te sueltan la mano cada vez que lo necesites. Mi queridísima amiga, si es lo que creo, tienes la fortuna de estar con un hombre que te hará ver la vida de mil formas.*

Más suspiros. No podía crearme ilusiones y dar esperanzas a algo que seguro, era imaginado por mi corazón *soñador*.

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:06**

*Por cierto Carla, hoy en la boda a la que me invitó Eustaquio recordé mi canción tradicional irlandesa.*

Recibí respuesta al instante.

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:07**

*¡¿Aaah y cuál es?! Cuenta. Cuenta. Yaaaaaa.*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:09**

*Buachaill ón Éirne. Es tan hermosa. Estoy feliz. Nunca pensé que tendría una canción tan especial como esa. No puedo quitármela de la cabeza.*

Cuando me envió un emoticono que se caía al suelo simulando un desmayo, comencé a reírme.

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:11**

*Me alegro mucho, pero mucho por ti. No recuerdo si yo la he escuchado, luego la busco por google. ¿Pero sabes por qué es tú preferida?*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:13**

*No. Solo he recordado la letra y me he visto cantándola cuando era más joven. Pero es un paso.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:15**

*Parece que estar en tu tierra natal te está haciendo bien. ¿No?*

No supe que responderle porque había demasiada incertidumbre en eso. Y quise cambiar de tema.

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:18**

*Hoy casi vi a Félix. Ha sido todo muy confuso. Antes de que me marchara con Darién de la boda, Eustaquio me avisó de que había venido y que se alegraba de verme, pero que no podía hablar conmigo porque tenía prisa. Lo seguí hasta la salida, pero llegué tarde. Se había ido. He estado a punto de ver su cara. ¡Maldita sea!*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:20**

*¡Qué! ¡Qué! ¡Que! ¡Qué! ¡¡Quéeee!!... Ay señor, qué casualidad. ¿Él también estaba allí? Uff, señor. ¿Pero no se había marchado de Irlanda? Lo veo todo muy confuso.*

Si ella estaba confundida, yo estaba perdida por un desierto lleno de preguntas sin respuestas.

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:21**

*Darién se ha ofrecido a buscarlo. La verdad es que es todo un caballero.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:23**

*¿En serio? ¿No se ha molestado?*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:24**

*Bueno, al principio se ha molestado algo porque he salido a la carrera detrás de Félix sin decirle nada, y luego le he pedido que lo persiguiéramos, pero no ha querido. Si te digo la verdad, cada vez que lo nombro veo que no le gusta. Intentaré no volver a nombrarlo, aunque se me hará difícil ahora que me ayudará en su búsqueda.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:25**

*¿Estará celoso? Mira que en cuanto a hombres se refiere y porque siguen en la Era cavernícola, no dejan de llamarnos esa frase famosa de las novelas románticas... "Mía, eres mía". Jajaja. ¿Cuántas veces lo habremos leído? ¡Me encanta! ¡Son tan cavernícolas!*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:27**

*No digas tonterías, Carla. Puede que nos sintamos atraídos el uno por el otro. Pero de ahí a que se comporte como si tuviera sentimientos más profundos por mí... no, lo descarto de inmediato. No está celoso de Félix.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:28**

*Piensa mal y acertarás, amiga. Ya lo dice el dicho. ¿Y por qué eres tan pesimista contigo? Puede que te toparas con hombres (si a esos se les puede llamar así) que intentaron utilizarte. Pero Darién para ser un playboy que habrá estado con cientos de mujeres, tiene mejor corazón que un millón de hombres juntos. Y esto te lo digo por todo lo que me dices de él. Y me da que no le gusta mucho que le nombres al chico de tus sueños. Eso tiene significar algo.*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:29**

*A mí tampoco me gusta su adorada Kisa. Hoy me ha contado una anécdota que vivió en su infancia con ella, y la verdad es que me siento un poco celosa. Y no entiendo por qué estoy celosa si no estoy enamorada de él.*

El corazón quiso hablarme, pero lo ignoré temerosa de lo que llegara a decirme.

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:30**

*Estáis empatados. ¡Ja! ;)*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:31**

*Darién dice que quiere dejar de ser gigoló. Rectifico, lo ha dejado ya.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:32**

*¡OMG! Pero eso es bueno. Ha dejado el Club Seducción. ¿Pero señorita, que armas de seducción tiene usted que hasta el más mujeriego lo inclina a sus pies? ¿Me dices tú conjuro? Please... jajajaja. Ahora tienes vía libre para conquistarlo, si te gusta.*

---

**Adalia Knightley 07 de Marzo 23:33**

*No digas tonterías.*

---

**Carla O'Brien 07 de Marzo 23:35**

*¡Joder con las tonterías! Pues no me hagas caso y ya está. Pero una cosa te digo, si él ha dejado ese trabajo, ¿cuánto crees que tardará una mujer en desear ser su chica para siempre? Con lo buenazo, atento, cariñoso,*

*caballero, protector y más cualidades que es en sí. Ataca, Adalia. Que hay mucha lagarta suelta. Conquistalo. Pero recuerda, no expongas primero tu corazón. Y ahora tengo que dejarte, que mi padre no tiene otra cosa que hacer que obligarme a asistir a una comida benéfica, y voy con retraso porque aquí son más de las tres de la tarde. Pero el colmo es que voy a tener que sentarme al lado de la Bruja. Puaj. Chao, cariño. Y sigue mi consejo. Que tú vales más que un Potosí.*

El último mensaje que le escribí fue: *suerte y paciencia*. Y resoplé dejando el móvil a un lado. Porque no me gustaba lo que había dicho Carla. Imaginar a otra mujer con Darién... No, no y no. No quería imaginar nada ni pensar nada. Me arrastré por la cama hasta la almohada abrazándola, y acompasando mi respiración.

Mi mente absorta acompañó a las manecillas del reloj de la habitación; *tic-tac-tic-tac...* hasta quedar profundamente dormida.

*Era un sueño. Otro más. Pero muy diferente. En éste me encontraba sumamente nerviosa entrelazando mis manos, como si así conseguiría que todo mi nerviosismo se esfumara. Estaba delante de una cama con unas ansias que no podía reconocer. ¿Una cama? Mirando con atención mí alrededor caí en la cuenta de que me encontraba en la Torre de los Sueños, cayendo en la atención del romántico decorado; unas velas pequeñas de color rojo adornaban el suelo, así como también había unos pétalos de flores esparcidos por la cama.*

*Era consciente del sueño como también era presa de él, y de todo lo que me hiciera sentir.*

*Soltaba suspiros, me repasaba las manos por mi pelo diciéndome una y otra vez que estaba preparada, hasta que sentí unas manos fuertes deslizándose por mi cintura, abrazándome un cuerpo musculoso por la espalda, y unos labios besaron mi cuello estremeciéndome de placer.*

*Mi cuerpo recibió sus caricias con una gran sonrisa de bienvenida.*

*—¿Estás segura?*

*—Nunca he estado tan segura en mi vida.*

—No quiero que por las prisas todo se estropee. Sabes que te esperaré el tiempo que sea necesario.

Con ilusión me mordí el labio inferior mandando una mirada lujuriosa a la cama, me di la vuelta y lo observé.... Observé esa oscuridad en su rostro.

—Estoy preparada, Thief.

Él se rio con una dulzura que paralizó mi corazón.

—No tienes por qué apresurarte, muy pronto aunque ahora parezca lejano, volverás a mis brazos y te aseguro que no te soltaré jamás.

Él mañana iba a volver a la universidad y yo no quería prolongar más este momento. Al fin era nuestro día.

—Pero me parece que tú has hecho que todo sea adelantado, alentando mis deseos y curiosidades —le acusé en un tono meloso.

—¿Ah, sí? —Expresó con humor enterrando un beso en mi clavícula—. ¿Me puede ilustrar de tal acusación, señorita?

—Has estado besándome en el último tiempo con mucha pasión y estrechándome entre tu cuerpo, y como es normal, eso solo ha hecho crecer los infinitos deseos desenfrenados que tengo por ti. Llevo mucho tiempo esperando nuestro momento.

—Porque sabía que se acercaba el día más especial de nuestra vida. ¿Te acuerdas cuando doña Dana en uno de sus ataques de histeria por volver a llenarle la cabeza de harina en su pastelería, te dijo que te quedarías para vestir santos? Porque no creía capaz de que un hombre aceptara tu forma de ser tan... ¿cómo dijo? —se quedó un momento pensativo—. Ah, sí... poco femenina. Debo rectificar a sus palabras, eres todo menos eso. Y soy muy afortunado de tenerte.

—Sí, ahora me remuerde un poco todo lo que le hice a la pobre doña Dana, la repostera de Killarney. Pero recuerda que tú y yo cuando éramos unos niños nos llevábamos como el perro y el gato.

—Y al final el perro domó al gatito... a mi dulce... —susurró sus últimas palabras en mi oído y me hizo gemir.

—¿Cuándo me dirás lo que significa? —le pregunté en un susurro.

—Cuando tengamos nuestro primer hijo allá por el 2015.

Reí en sus labios.

—¿No es un poco lejos?

—Humm —besó mi cuello empujándome con suavidad hasta toparme con la cama, donde me depositó con delicadeza sobre las sábanas de seda, sintiendo que una de sus rodillas se hundía sobre la cama quedándome atrapada por su cuerpo.

—Yo creo que es el tiempo justo. Tú te habrás matriculado como pintora, yo como arquitecto, y seremos el matrimonio al que todos en Irlanda les tendrán envidia...

Las siguientes palabras fueron perdiéndose cuando decidió seguir más allá de los besos, desabrochando mi vestido.

—Te has puesto mi vestido favorito —musitó con voz ronca por desear arrancármelo de una vez.

—También es el mío. Me lo regalaste cuando cumplí diecisiete.

Se detuvo en mis labios sintiendo su sonrisa.

—Feliz decimoctavo cumpleaños, Adalia Knightley.

Sacudí mi cabeza intentando ser más fuerte que el propio sueño. Sabía que se trataba de uno, pero jamás habíamos llegado más allá de un beso y ahora... ahora me iba hacer el amor.

No, no, Adalia, apártate. Pensé luchando con mi inconsciencia.

Pero esa Adalia seguía perdiéndose por sus caricias y yo también lo sentía en cada fibra de mi piel, porque era un inexplicable placer que aceptaba y también me confundía a mares.

Arqueé mi espalda con un vergonzoso gemido cuando sentí su mano subiendo por uno de mis muslos.

“Suéltame”, pedí sintiendo ahora otra cama pero aún el sueño me tenía atrapada.

Siguió desvistiéndome y dándome placer.

“Suéltame. No. No. No”. Grité resonando a voces y separándose de mí el



*sueño poco a poco. “Darién, por favor, ayúdame, aléjalo de mí.”*

*Hice un esfuerzo infinito por despertarme y que Félix no siguiera tocándome.*



## Celosa

—¡¡Nooo!!

Un trueno resonó en la estancia a la vez que me incorporaba de la cama asustada, mirando la oscuridad de mi habitación.

Agité mi respiración mirando mis manos temblorosas. ¡Me acosté con él! Fue con Félix con quién perdí la virginidad. *Dios*. Fue... el día que cumplí dieciocho años. Balbuceé lloriqueando y negando con la cabeza a la vez que oía la lluvia golpear las ventanas.

La puerta se abrió de golpe asustándome, y esa persona encendió la luz.

Debería estar muerta de la vergüenza, pero era el temor el que me tenía sometida. Mi labio inferior tembló topándome con la mirada aterrada de Darién. Él estaba aún en la puerta sin moverse, sosteniendo una de sus manos el pomo. Otro trueno me estremeció apretando los dientes. ¿Había gritado tanto? No lo recordaba.

Mis manos se enredaron en las sábanas, inquieta por el sueño. ¿Cómo podía pedirle que se acercara y me abrazara, que se quedara a mi lado hasta que el temor desapareciera de mi cuerpo?

Sus ojos intranquilos siguieron mirándome, y no sé si fue mi mirada la que le suplicó o que de mis labios brotara un suave «*abrázame*» en el que Darién en pocas zancadas atravesó la estancia subiéndose a mi cama, y me estrechó en sus brazos como si me hubiera entendido.

—Shhh tranquila. Solo ha sido una pesadilla —enterró sus labios en mi pelo.

*Ojalá*. Quise responderle, pero solo había sido un sueño donde Félix me hacía el... Cerré los ojos evitando esa palabra.

—Solo abrázame, por favor.

Y lo hizo, su abrazo se intensificó, fue tierno, como si en verdad buscara una forma de protegerme y alejar ese sueño. Seguí con los ojos cerrados relajándome estar sobre el pecho de Darién, concentrándome en sus latidos

acompañados... hasta que oí como alguien carraspeaba en la puerta. Pero estaba tan agotada emocionalmente para abrir los ojos, que no quería enfrentarme con esa persona que esperaba en la puerta.

—No te preocupes, Alfred. Todo está bien. Yo me quedo con ella.

¡Era Alfred! ¿Pero qué demonios hacía despierto tan tarde? ¿Tanto se había oído mi grito?

Las últimas palabras de Darién fueron tan dulces que penetraron en mi alma haciendo que mis ojos se abrieran de golpe.

—Señor —mirándolo de reojo, Alfred hizo una leve inclinación y cerró la puerta.

*No, no la cierras.* Pensé. Pero fue tarde, Alfred ya se estaría alejando por el pasillo para llegar a la planta inferior. Mi corazón parecía una locomotora sin posibles frenos. Todo se convirtió más íntimo entre él y yo e intenté mantener cualquier deseo desterrado de mis pensamientos. Pero no era nada fácil.

No hablé, pero al cabo de unos minutos transcurridos, Darién me depositó con suavidad sobre la almohada. Mi cuerpo intentó *protestar* deseando que no se alejara, era un instinto extraño y que él supo captar al instante.

—Tranquila mi banphrionsa. No me voy a ninguna parte —me comentó solo volviéndose para encender la luz de la lamparita. Luego se recostó sobre la cama dejando su cuerpo muy próximo al mío y reposando su cabeza en la almohada.

Dios mío era tan guapo. Tan irresistible. ¿Fue una mala idea que se quedara? *Sí. No. Otra vez sí.* Mi mente tuvo que luchar por varios segundos.

No dejaba de mirarme, sus ojos azules me tenían atrapada.

«*Dicen que a veces con una mirada expresas todo lo que con palabras no te atreves a decir*». ¿Qué me estaría diciendo esa mirada? Aparte de que debía estar horrible por haber llorado, y aún notaba las lágrimas mojadas sobre mis mejillas.

*Dios, debo parecer una zombie.* Pensé muerta de vergüenza.

La suave luz tenue de la lamparita parpadeó unas pocas veces dando

indicios de que se apagaría. Rogué una plegaria para que se mantuviera encendida. La tormenta parecía no ceder, la lluvia golpeaba los cristales y un nuevo trueno retumbó tan cerca que me hizo dar un grito y apretar mi mano en la primera cosa que se aferró.

Me gustaban las lluvias suaves. Y tenía la sensación de que odiaba las tormentas. Pero como siempre se quedaba en una triste *sensación*.

—Estando yo aquí no te ocurrirá nada.

*No Darién, deja de comportarte como un noble caballero.* Pensé.

¿De qué planeta se había escapado?

Y hasta este momento no me había fijado en que mi mano estaba entrelazada con la suya, y vi que sonreía con picardía al haberme dado cuenta.

*Ay, Dios quítala.* Pensé rápidamente.

Antes de hacer cualquier movimiento, él fue más rápido al entrelazar más nuestras manos como si supiera que deseaba (en realidad no lo deseaba) soltarle la mano, y con la otra se enfrentó a mis lágrimas que descendían por mis mejillas. Con el roce de su pulgar, quitó el recorrido de ellas pudiendo percibir mi rubor y mi tensión por ese roce.

—¿Vas a contarme de que iba la pesadilla?

¡Jamás! Ni loca. Fruncí los labios y oculté parte de mi rostro en la almohada, solo manteniendo uno ojo sobre él. Y negué con la cabeza.

Darién se mordió el labio inferior sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—¿Sabes que así te estás comportando como una niña? Estás poniendo morritos.

Yo no estaba... oh, Dios si lo hacía. Y contuve mi lengua en hacerle burla por ser tan descarado en decírmelo. ¿Qué me pasaba? Sabía que me estaba comportando de forma irracional (un infantilismo de pies a cabeza) al no contestarle.

—Adoro encontrar una mujer que aún en su interior mantiene la niña que fue alguna vez. Me gusta.

¡Le gustaba! Mariposas en mi estómago en 3, 2, 1... Seguí callada.

Soltó un suspiro amargo.

—Me llamabas a gritos, Adalia. Y no lo dudé ni un momento. Salí corriendo de mi habitación para verte. Me has asustado, creo que merezco saber sobre esa horrible pesadilla.

¿Yo lo llamé? Nada típico en mí en pedir ayuda. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué precisamente a Darién? Y ahora me había remordido haberle asustado tanto. No podía decirle todo el sueño, pero sí parte de él.

—Fue un sueño. Y me gustaba aunque en realidad no tanto —me mantuve callada pero prefirió no interrumpirme—. Todo se remonta a él... a Félix...

Su rostro se oscureció y sentí su tensión sobre la mano que me agarraba. Maldita sea, que no le gustaba que se lo nombrara. Yo manteniendo en mi mente no volver a nombrárselo y a la primera se lo nombraba.

—¿Te hacía daño?

—No.

—¿Entonces? —parecía impaciente porque se lo dijera.

—Darién, estoy confusa. A esa Adalia del pasado le gustaba y muy en el fondo a mí también, pero no quería que siguiera desvistiéndome...

Cerré los ojos al irme de la lengua.

—Te hacía el amor —afirmó en un mormullo seco.

Dios, qué vergüenza.

Asentí acongojada.

—Solo puedo verlo en sueños. Pero no puedo verle la cara. Siempre hay una sombra que oscurece su rostro.

—¿Qué te hizo Félix para que lo olvidaras? —concluyó con una nota de voz baja.

—No fue mi elección. No fue mi elección olvidar mi vida —murmuré mirando las sábanas.

¿Molesto? ¿Enojado? ¿Distante? No pude percibir en qué estado se encontraba ahora Darién a diferencia de mí, que sí podía en cualquier momento percibirme, incluso adivinar mis pensamientos.

No hablamos más. Y me preocupó que estuviera enfadado por mencionar a Félix, pero sobre todo porque en el sueño me hacía el amor. Era una bocazas. No se marchaba y claramente no podía dormir teniendo su cuerpo tan cerca de mí, sin poder acariciarlo y perder mis manos por su cuerpo. Dios, ansiaba besarle y que me hiciera *olvidar* todos los tormentos de mi vida.

Me quedé mirando mi almohada, y aún sentía su cálida y confortante mano entrelazada con la mía.

Cuando creía que ningún hombre valía la pena, la vida me ponía en el camino a Darién. Un hombre perfecto. Un hombre noble. Todo de él lo anhelaba sin entender a mi corazón. Pero no podía tenerlo. No era mío.

Me había oído gritar y acudió a mí sin pensárselo dos veces, estaba avergonzada porque incluso Alfred me oyó, pero también aliviada, aliviada de que Darién estuviera aquí conmigo y que todo el miedo lo ahuyentara. Con algo de valentía me atreví a levantar una chispa la mirada, y sus ojos y los míos se chocaron. Estaba mirándome todo este tiempo de silencio.

Sus ojos transparentes, cálidos y llenos de fortaleza hicieron que no pudiese desprenderme de su mirada. El gesto de relamerse el labio con suavidad apretujó mi estómago del más *puro* deseo.

Frunciendo los labios y elevando una sonrisa, una de sus manos tejió unos pequeños tramos sobre mis mejillas. Sus dedos, solo con ellos mi cuerpo se estremecía complacido, y lo seguí mirando *cautivada*, como si lo único que girara en mi vida fuera él. Para que mentir, en estos últimos días todo giraba sobre Darién.

—Duérmete —me susurró con una dulzura que hechizó mi corazón.

Era un delito que existieran hombres como él. Creía que solo existían en las novelas románticas que amábamos las mujeres. Una parte de mí quiso creer que esto era un sueño, que despertaría, que me encontraría en Los Ángeles y en la flamante mansión de mis padres y en mi habitación. Pero la otra parte de mí se rió por ese pensamiento. Esto era *real*. Muy real.

Todo de él existía. Sus ojos azules, sus labios con los que me había devorado, ese carácter tan imponente pero con rasgos dulces que me derretían.

Los parpados comenzaron a pesarme y me dormí sintiendo aún las suaves

caricias sobre mi rostro.

\*\*\*\*\*

Un sonido lírico me despertó. Eran unos pájaros cantando posados en el alféizar de la ventana. Darién no estaba, era de esperar que no lo encontrara y lo que en verdad me preocupaba, era cuanto habría dormido él por haber estado toda la noche conmigo. Sonreí echando de nuevo mi cabeza sobre la almohada al haber dormido plácidamente. Una de mis manos rozó una suave textura y que parecía delicada. Giré mi rostro hacia la izquierda y mis ojos se encontraron de golpe con una rosa roja.

¡Cómo demonios conseguía dejármela sin que me diese cuenta!

Deseaba preguntarle por qué me dejaba una rosa roja pero estaba claro que evitaría contestarla. Dejarme una rosa roja parecía algo íntimo, demasiado *romántico*. Me mordí el labio inferior con fuerza, no aguantando más mis más *ardientes* deseos por Darién. No me lo pensé dos veces y cogí de la mesita mi iPhone para enviarle un mensaje a Carla.

**Adalia Knightley 08 de Marzo 09:14**

*Decidido. Seguiré tu consejo. Atacaré. No sé cómo será, pero quiero a Darién en mi cama y no solo una vez. Besos, Ada.*

Tuve respuesta inmediata.

**Carla O'Brien 08 de Marzo 09:15**

*¿Preparada para descubrir la parte censurada del cuento? ;)  
Un besazo, Carla.*

Me eché sobre la cama desternillándome de risa por su elegante pero directo mensaje. Con mis dedos quité las lágrimas de mis ojos. Estaba claro que deseaba y mucho descubrir la parte *censurada* del cuento. Ardía en deseos. Ya no aguantaba más. Oliendo la fragancia de la rosa, me levanté de la cama caminando hacia la ventana absorta en mis pensamientos.

—¡Oh! —expresé emocionada al ver a Darién haciendo ejercicio en la parte de atrás de la mansión.

Se movía tan atractivo, tan perfecto, incluso podía sentir sobre mi piel el



esfuerzo que hacía con las flexiones, como inspiraba y espiraba. Paseé la rosa por mi nariz hipnotizada de verlo. Ay, debería apartar la mirada, pero un ratito más no hacía daño a nadie. Definitivamente Darién era un *pecado* andante y estaba segura de que por su forma de ser, una podía caer con facilidad en sus brazos de la manera más irracional que existía. La camiseta gris se pegaba a su torso de una manera abrasadora, y los pantalones blancos abrazaban su piernas musculosas... hasta sudando se veía atractivo.

Di un suspiro largo.

*Eres tonta Adalia, pero tonta, tonta, tonta...* cerré los ojos dándome con la rosa sobre mi frente. Cuando abrí los ojos me quedé un segundo paralizada sin saber cómo actuar. ¡Por todos los tréboles de Irlanda! Darién me estaba mirando deteniendo su ejercicio poco a poco. Me moví torpe cobijándome contra la pared, avergonzada de que me pillara, y mi respiración se agitó. Había sonreído de una forma canalla. Ahora pensaría que era una perversa que le gustaba mirarlo cuando hacía ejercicio. Lo que me faltaba por añadir a mi *lista*.

Pasó más de tres minutos antes de que fuese valiente y recuperara mi cordura.

Poco a poco asomé mi rostro para ver si seguía mirando hacia mi dirección, y caí en la desilusión cuando observé que hablaba con Alfred. Éste le tendía el teléfono de la mansión. Diferencié el asombro de Darién reflejado en su rostro cuando le habló de nuevo Alfred, y con brusquedad Darién le quitó el teléfono de sus manos caminando de un lado hacia el otro mientras el mayordomo aguardaba cerca de él. Parecía que discutía con esa persona que estaba al otro lado del teléfono. ¿Quién sería? ¿Quién le hablaría a Darién desde el teléfono de la mansión? Nadie salvo Carla o mi familia conocían que yo estuviera aquí. Mis ojos volaron hacia el teléfono que había encima de la mesita de noche. Estuve tentada a tomarlo y escuchar esa conversación que estaba teniendo Darién con esa persona que lo estaba enfureciendo. Pero no fui capaz. No volvería a espiar su intimidad. No otra vez. Al final colgó y le pasó el teléfono con rapidez a Alfred perdiéndolo de vista al entrar en la mansión corriendo, siguiéndolo el mayordomo con sus lentos y rígidos pasos.

Llegué hasta la puerta abriéndola con cuidado y sin hacer ruido, sus bruscos pasos se oyeron por las escaleras subiendo, tenía muchísima prisa.

Asomé mi cabeza por el pasillo y lo observé apresurado corriendo hacia su habitación, el portazo tan fuerte que dio me sobresaltó.

Estaba muy enfadado. Se percibía a leguas. ¿Quién sería esa persona que lo había enfurecido? Cerré la puerta detrás de mí sin dejar de pensar en su comportamiento. Me vestí sin ninguna prisa y decidí coger de mi estantería una novela de Nicole Jordán y bajé hasta el salón principal. Intenté leer pero no podía sacarme de la cabeza lo cabreado que estaba Darién. Jamás lo había visto así.

Estando nada más que diez minutos escasos en el salón principal, vi pasar como una flecha a Darién en dirección hacia la puerta principal.

—¿Darién?

Lo llamé pero no me escuchó, dejé el libro sobre el sofá siguiéndolo apresurada. Vestía informal, unos vaqueros negros y un jersey.

—¡Darién, espera!

Le grité fuera desconcertada por su actitud, se dirigía a pasos agigantados hacia el McLaren pero al oírme se volvió.

—¡Qué! —Su tono seco me paralizó un segundo.

Ni siquiera se había secado el pelo, lo tenía mojado dejando algunos mechones ondulados por su frente. ¿Tanta prisa llevaba?

—¿Dónde vas?

—Tengo que ausentarme un momento —dijo seco y duro.

Noté que evitaba responderme a la pregunta. Vi que apretaba con fuerza las llaves del deportivo alquilado.

—¿Puedo acompañarte? Estoy bastante aburrida —sonreí señalando la mansión.

*Y así podemos hablar de ti y de mí.* Pensé cruzando los dedos para que todo saliera bien.

—No.

Me quedé atónita por su sequedad.

—¿Por qué no? ¿Por qué no me dices dónde vas? Pareces enfadado...

—Mira Adalia, tengo prisa, he quedado con alguien en Killarney y tengo que marcharme. No tengo por qué darte más explicaciones.

Me quedé estática, como si me hubieran tirado un jarrón de agua fría. Su mirada estaba irritada y oscura. Apliqué que notara que me había dolido que fuera tan frío, y mirando hacia otro lado asentí con la cabeza y me di la vuelta hacia la mansión.

—Oh, joder —farfulló con enojo—. ¡Adalia!

No le hice el mínimo caso, yo no tenía la culpa de la persona que lo había cabreado de esa manera. Pero a los cinco segundos transcurridos después de llamarme, me di la vuelta creyendo que aún me esperaba para pedirme una disculpa. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que se marchaba en dirección hacia el deportivo sin mirar atrás. Era una ilusa al esperar algo de él. Tenía demasiada prisa para disculparse, no le culpaba, esa persona parecía más importante que yo. Me mordí los labios oyendo como el deportivo se alejaba de Muckcross-Knightley House a gran velocidad.

En mi sangre bullía la furia apretando las manos.

—¡Alfred! —lo llamé entrando al recibidor de la mansión.

A los pocos segundos apareció apresurado por mi grito furioso.

—¿Sí, señorita?

—¿Quién ha llamado?

Mi pregunta le cogió por sorpresa.

—Era una llamada para el señor Darién.

—No estoy preguntando para quien iba la llamada sino quién es. Hombre o mujer. Tuvo que decirte algo.

—Preguntó solo por el señor Darién y era... era... una mujer.

Mi corazón se apretujó y perdí la mirada. Una mujer. Se había ido al encuentro con una mujer en la ciudad.

—¿Cómo esa mujer sabe la línea telefónica de la mansión?

Alfred agachó la mirada.

—No lo sé, señorita. Yo solo le pasé la llamada.

Yo sí lo sabía. Darién se la habría dado a esa misteriosa mujer.

—Seguramente es solo una amiga, señorita Adalia.

Pero no le hablé, notaría mi frágil voz y no quería dar explicaciones de por qué me dolía que Darién se marchara apresurado para encontrarse con una mujer.

—¿Puedo retirarme?

Asentí sin que notara mi afligimiento. Mientras Alfred se perdía entre los pasillos, me quedé allí parada un buen rato en el recibidor. Desolada y algo frustrada.

¿Y yo quería que llegáramos a más? Era una idiota por tan siquiera sopesarlo.

Tenía que ser Kisa. ¿Quién si no sería? Él le había dado la línea telefónica de la mansión, ella sabía dónde estaba y precisamente se encontraba en Killarney para verse con él. ¿Había viajado hasta Irlanda para encontrarse con Darién? ¿Le habría ella amenazado de alguna forma en que vendría aquí? ¿Por eso tanta prisa?

Ahora que Darién había dejado de ser gigoló, ella volvía a su vida. ¡Qué maldita casualidad!

Me froté la frente, molesta.

¿O se estaría viendo con alguna clienta nueva? ¿Antigua quizás? Me mintió tan descarado respecto a que lo había dejado. *Agg.* Dios no, no estaba *celosa*. No lo estaba. Él podía hacer con su vida lo que le viniera en gana.

No volvió para la hora de comer.

Y pasé la tarde en la biblioteca sin pensar en él o al menos intentándolo.

El agradable olor a papel me hizo sentir cómoda en esa estancia, sin importar nada que pudiese perturbar mi mente. Fui mirando las estanterías y ojeando los títulos de los libros. La mayoría de los libros los habíamos dejado aquí... ¿por qué no se los llevaría papá para Los Ángeles?

Hubo un libro en particular que captó mi atención. Uno grueso y con bordes

rojos. Me puse de puntillas al estar en el último estante, cogiéndolo con la punta de los dedos. Una estela de polvo hizo que tosiera sacudiendo la mano para apartarla de mi rostro.

*El Reino oculto.*

Así se titulaba mientras limpiaba la solapa. Lástima que no pudiese recordar nada de esta biblioteca. En la sección de la estantería ponía: *Historia Antigua*. Paseando mi mirada por los libros, encontré algo que captó mi atención de inmediato. Me acerqué y al instante supe que era un trisquel celta de color dorado. Había una inscripción debajo.

*El poder del trisquel. Es el símbolo supremo de los druidas. Este símbolo sagrado y mágico para ellos representaba el aprendizaje, y el pasado, el presente y el futuro.*

*Humm interesante.* Pensé fascinada.

—¡Señorita Adalia!

Di un respingón antes de tocar el trisquel, ladeando la cabeza hacia el horrorizado rostro de Alfred. Se adelantó hasta mí quitándome el libro que sostenía en mis manos.

—En esta estancia no puede estar.

—¿Por qué no?

—Aún no la he limpiado debidamente —dijo apenado por su falta irreparable.

Me encogí de hombros.

—No importa, Alfred. Un poco de polvo sobre el ambiente no me va a matar.

—Lo siento señorita, pero es mi deber mantener su salud intacta. Déjeme que la limpie y luego podrá estar en este lugar.

—¡Alfred! —protesté al ver que me cogía del brazo llevándome hacia la puerta.

La cerró detrás de nosotros con un gesto negativo.

—Estoy seguro que dentro de media hora podrá entrar. Llamaré a Olivia y

Mary para que me ayuden.

—Hecho —sonreí marchando por el pasillo.

Lancé mi enésimo suspiro frustrada, cerrando el libro que ni siquiera había llegado a la página diez. A esto se le llamaba una *lectora vaga*. Perdí mi mirada sobre un llorón. Por lo que veía esa mujer debía ser muy importante para él. ¿Se habrán reconciliado? ¿La estaría besando? ¿Sonriéndole como a mí? ¿O le estaría haciendo el...?

*¡Basta, Adalia!* Pensé al ver que se descontrolaban mis pensamientos.

Malhumorada, alcé la mirada observando el hermoso paisaje que me rodeaba. Solté aire levantándome del banco de piedra y caminando por un sendero que profundizaba en el bosque. Pegué contra mi pecho el libro, y ensimismada caminé sin trayecto alguno. No podía creer que me dejara aquí a mí y fuera tras ella. *¡Agg!* Le di una patada a una piedra mandándola a unos metros de distancia. Me había jurado no volver a pensar en él y aquí estaba, pensando en Darién.

A medida que caminaba la luz del día se fue cubriendo, adentrándome sin darme cuenta en las profundidades del bosque, sembrando *oscuridad* a la *luz* proporcionada por el sol. Eché un vistazo para atrás sin hallar la mansión por la frondosa vegetación. ¿Cuánto me había alejado? Solo habían sido unos pocos metros, ¿no?

Giré mi rostro hacia delante y mi sangre se alteró repentinamente poniéndome en tensión. A unos metros de mí contemplé a una persona que caminaba dándome la espalda. ¡Pero si hacía un momento no había nadie! Me estremecí. No reconocía quien podía ser, pero la capa que llevaba blanca arrastraba hasta el suelo.

—Oiga —la llamé, no obstante esa persona no se detuvo y caminé con premura hacia ella—. Oiga, disculpe. ¿Quién es usted?

Al acabar mi última palabra se detuvo y yo también lo hice, sintiendo una sensación extraña recorriendo mi cuerpo. Algo me decía que no me acercara demasiado. Como un presentimiento. Me dio la espalda sin hablar, y esperé que lo hiciera, pero solo oía como el viento siseaba entre los árboles y sin el

sol, todo era más tenebroso.

—Oiga si se ha perdido, puedo indicarle por donde se sale de los terrenos de los Knightley...

Le hice un gesto hacia otro lugar aunque fue en vano, pues esa persona ni siquiera se había tomado la molestia de girarse hacia mí.

La miré un largo rato hasta que se dignó al menos a ladear un poco su cabeza, aunque eso no me facilitó que le observara el rostro ya que la capucha me lo impedía, pero si me dejó ver unos pocos mechones de color azabache que se escapaban de la capucha. Una mujer. Debía de ser una mujer aunque vistiera esa capa extraña.

—¿Oiga se encuentra bien? ¿Se ha perdido? —dije con amabilidad.

Adelanté un paso y ella me imitó al mismo tiempo alejándose de mí. Extrañada de su comportamiento, me detuve dirigiendo mis ojos a un papel que se deslizaba de su capa.

—¡Hey, espere! —le grité corriendo.

Llegué hasta el papel recogéndolo del suelo. El tacto del papel marrón era áspero. Cuando levanté mi mirada la mujer ya no estaba, ni siquiera podía divisarla a lo lejos que sería lo más lógico, pues no le hubiera dado tiempo a echar a correr y desaparecer de mi vista. Porque solo había tardado unos pocos segundos en recoger el papel.

—Pero qué...

Mis ojos volvieron al papel doblado mirándolo detalladamente, parecía como si lo hubiesen arrancado de algún libro. La curiosidad pudo conmigo y abrí el papel.

### **Con la muerte de la última Sagrada, caerá la oscuridad...**

¿Quién escribiría algo tan oscuro?

De pronto, algo se abalanzó hacia mí y a tiempo me agazapé oyendo en el aire el movimiento de unas alas. Quitando los brazos de mi cara, busqué a mi agresor con la respiración agitada y sintiéndome más asustada que nunca.

Fruncí el rostro desconcertada cuando lo encontré. Un cuervo. Ese cuervo se había posado en el árbol más próximo a mí y no dejaba de cantar. El viento

de mí alrededor comenzó a azotarse con más fuerza helando mi piel. La mala sensación no se había marchado de mi cuerpo y se azotó con más intensidad en mi interior. Observé ampliamente el bosque, cada árbol, cada arbusto, cada zona sintiéndome abrumada. Sobre mí voló otro cuervo que, sin más vacilación, se posó en una rama inferior a la del otro cuervo. Su canto se hacía eco en mis oídos molestándome y haciendo que temiera todo lo que me rodeaba. Juraría que ellos me miraban como si desearan hacerme *daño*, aunque no estaba muy segura, ya que el temor estaba empezando a sucumbir en mí y podían ser delirios míos.

—¿Qué ocurre aquí? —susurré.

Di un paso atrás luego otro, sin apartar la mirada de los cuervos. Mis oídos percibieron el trote de un animal que corría en mi dirección, y grité cuando éste se abalanzó hacia mí levantando sus patas y relinchando.

Caí de culo soltando a unos metros de mí la novela, apoyando con fuerza las manos sobre la tierra y mirando impactada a Sheeva delante de mí, inquieta y más asustada que yo. Relinchaba sin control.

—Sheeva, tranquila —le hablé con voz calmada levantándome poco a poco con las palmas hacia delante para transmitirle tranquilidad. Ella se acercó hasta mí, agachó su cabeza y me empujó hacia el camino por el que había venido y que me llevaría de regreso a la mansión—. ¿Qué te ocurre? Deja de empujarme.

Me siguió empujando mientras relinchaba como si no deseara que yo estuviera aquí. Precisamente aquí. Decidida a calmarla, me volví hacia ella cogiendo las riendas, acariciando su cabeza y susurrándole en su oído. Estuvo insistente, pero a los pocos minutos fue calmándose y hallando la paz que necesitaba.

Le sonreí acariciando el pelo blanco que descendía por su cabeza.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? Eh. Si pudieras hablar seguro que me dirías que te ocurre.

Sheeva agitó la cabeza dando un fuerte relinche y me reí porque parecía como si me hubiese entendido.

—Me alegro que me quieras, aunque sea un poquito.



Ella giró su rostro y bufó por su nariz, lo que hizo que me riera más. Parecía orgullosa de admitirlo. Trotó unos pasos lejos de mí, señalando con sus patas algo del suelo.

Torcí la sonrisa acercándome.

—Muy observadora —recogí el libro del suelo limpiando la tierra que había por encima—. Es tu culpa, sino me hubieses asustado no se me habría caído. Pero gracias por recordármelo.

—¡Señorita Adalia!

Al tiempo que esa voz se dirigía hacia mí, me giré viendo como corría hacia nosotras Jamie. Mientras me sobreponía al susto, metí el pequeño papel entre las páginas de la novela favorita de Carla. Si se enteraba que por segunda vez se me había caído la novela al suelo, sin duda me daría con un bate engomado. Cogí las riendas de Sheeva caminando con tranquilidad.

—Lo siento mucho, señorita —se detuvo en seco y fatigado mirándome apenado.

—¿Por qué Jamie? No ha ocurrido nada malo.

Él señalaba a Sheeva totalmente asombrado.

—No sé qué le ha ocurrido a Sheeva. Estaba cepillándola y de repente se ha puesto nerviosa, y daba patadas contra la puerta de su cuadra, como si desesperadamente deseara salir —miré con inquietud a Sheeva que había agachado la cabeza hacia el suelo—, partió la puerta y salió enflechada como un rayo hacia fuera. Nadie pudo detenerla.

—No importa, Jamie. Lo importante es que ella está bien.

—Jamás lo había hecho. Jamás se ha puesto tan nerviosa, ha sido como si presintiera algo.

—Yo creo más bien que deseaba venir aquí, porque sabía que yo estaría aquí —me hice ilusiones mirándola.

—Es posible —soltó aire relajado—. Señorita, si me lo permite volveré a llevarla a su cuadra y repararé de inmediato la puerta.

—Claro, Jamie.

Él cogió las riendas de la yegua y se fue alejando por el camino hacia la mansión. Me quedé en medio, mirándolos. Sheeva se había tranquilizado al fin y eso era lo que me tenía más aliviada. Mirando la portada del libro, levanté poco a poco la mirada hacia el árbol donde habían estado los cuervos. Pero ya no estaban, porque en el momento en el que Sheeva apareció asustándome, vi de reojo como ellos alzaban el vuelo, como acobardados por la presencia de la yegua.

Una mujer misteriosa, un papel, unos cuervos, Sheeva apareciendo de la nada y de lo más inquieta. No quería encajar un *puzzle* que ni siquiera existía, porque todo eran coincidencias. Los cuervos podían estar de paso y esa mujer... Humm quería encontrarle una explicación lógica pero de momento no la hallaba.

¿Pero por qué tenía la sensación de que ella no era de aquí?

*No te montes tus novelas de misterio, Adalia.* Pensé en profundidad.

Suspiré cansada y me dispuse a regresar a la mansión siguiendo el mismo camino que Jamie para no perderme. Llegando a la puerta principal, oí el ruido de un motor y observé como Darién salía del McLaren. Sus penetrantes ojos no dejaron de mirarme sintiéndome tímida y pequeña, pero aunque me sintiera así el cabreo que volvía a renacer no tenía intención de marcharse. Ni siquiera iba a molestarme en decirle lo que hacía un momento me había pasado. No le incumbía en nada.

Se acercó a mí con algo entre sus manos en lo que no presté atención cuando se detuvo a escasos pasos de mí. Ni me digné a mirarle aferrando el libro sobre mi pecho.

—¿No me vas a saludar?

Giré mi rostro hacia otro lado haciéndole entender mi enorme cabreo.

—No.

—Estás enfadada. Es lógico —lo confirmó.

Apreté los dientes al ver que sonreía sacudiendo la cabeza.

—¿Te has divertido con ella lo suficiente, Darién?

Frunció el ceño, desconcertado.

—¿Ella?

—Alfred me dijo que era una mujer.

—¿Y que más te dijo? —adelantó un paso, serio.

Preferí no responderle volviendo a evitar mirarle, pero mis ojos se detuvieron en lo que llevaba entre sus manos. Era un libro. En el lomo ponía William Shakespeare.

—Es un regalo.

—Ya veo. Dime, Darién, ¿estás con Kisa? ¿Con una nueva clienta tal vez?

—¿Cómo dices? —su tono parecía molesto.

—Ya te has cansado de estar aquí y ya vas buscando nuevas aventuras. Sí, tiene que ser ella —intentó hablar pero le frené los pies—. Escúchame, no vuelvas a dar la línea telefónica de la mansión de mis padres. No tienes derecho.

—Adalia yo...

—¿Es por qué no te ofrecí dinero? ¿Quieres que lo haga ahora?

Frunció los labios cambiando su semblante a uno más crudo con una mirada desafiante.

—Hey, cuidado. No me insultes de esa manera.

—Me parece que eres muy mentiroso. ¡Me dijiste que lo habías dejado!

Parpadeó asombrado señalándome con cierta crispación.

—¿Por qué tienes esa actitud, Adalia? Este libro me lo ha regalado una amiga por mi cumpleaños. ¿Contenta? Cualquiera diría que estás celosa.

De tener un cabreo *monumental* pasé a sentirme muy asustada. Me quedé sin qué defenderme para negárselo en su cara. Gruñí en las profundidades de mi interior. Y sin mirarlo más, me di la vuelta.

—¿Y sabes qué? —Volví hacia él sin pensar mucho en las siguientes palabras—. Si me encontrara por casualidad con un amigo, que no te extrañe que me vaya a pasar un rato con él y no en plan amigos.

Su rostro se endureció pero no le di tiempo a que me hablara. Entré en la

mansión furiosa y con ganas de empezar a tirar cosas, para alejar mis celos que me quemaban. ¡Odiaba esta sensación! Dejé el libro sobre uno de los escalones, porque no quería que resultara dañado por mi mal carácter.

—Espera un momento —me cogió del brazo con brusquedad dándome la vuelta en el mismo recibidor—, ¿qué intentas decirme?

Nos miramos unos segundos con recelo, pero antes de abrir la boca vi a Alfred pasar de un pasillo a otro, llevando un cubo en sus manos. *La biblioteca*. Pensé al momento.

—Descúbrelo tú mismo —me zafé de su agarre con mal carácter—, espero que disfrutaras de la compañía de tu amiguita.

Y me marché por el pasillo central para llegar a la cuarta puerta que era la biblioteca. Me seguía. Lo sabía por qué me pisaba los talones. Antes de abrir la puerta me cogió otra vez del brazo volviéndome hacia él.

—¿Por qué te comportas así? —preguntó exigiendo una respuesta.

Abrí la boca pero lo que vi me destrozó el corazón. Vi una mancha de pintalabios de un tono rosa en su cuello. Bullí de furia por dentro. Inspiré aire y me tragué un olor a perfume de mujer proveniente del cuello de Darién, que hizo que se descontrolaran todos mis sentidos haciéndome daño. Lo empujé hacia atrás encolerizada y sintiéndome más *celosa* que nunca.

—¡A la próxima vez dile a tu amiguita que sea más discreta! Tienes pintalabios en el cuello y apestas a su perfume.

Él se tocó el cuello y miró sus dedos mascullando una maldición. De seguro que él no se esperaba que ella le dejara esa marca en el cuello como demostrando que era suyo. ¡Muy típico en las novelas! Entrecerré los ojos negando con la cabeza y entrando en la biblioteca, cerrándole la puerta en las narices para que dejara de seguirme de una maldita vez.

Solté aire. ¡Será mentiroso! Los ojos me escocían al sentir las lágrimas desear salir. Sacudí mi cabeza frotándome la cara. Quise poner patas arriba la biblioteca, pero ella no tenía la culpa de lo furiosa que estaba por culpa de Darién.

Un portazo detrás de mí me sobresaltó. Me di la vuelta observando a un Darién imponente e incluso más furioso que yo.

—¡Quieres dejar de perseguirme! —le señalé al precipicio de mi impaciencia.

Sus ojos echaban chispas señalándome en un gesto.

—¡Quieres dejar de comportarte como una niña! En mi vida una mujer me ha sacado de mis casillas en menos de cinco minutos. Siempre das por finalizado que es como tú piensas. ¡Eres una malcriada!

Inflé mis mejillas brotando de mi garganta un gruñido. Tuve ganas de coger unos libros y tirárselos a la cabeza, ya que no tenía a mano unas bellotas. Mis ojos furiosos volaron hacia el trisquel. Y no lo pensé. Con prisa avancé hacia él y quise cogerlo para amenazarle, sin pensar en las consecuencias. Cual fue la sorpresa que con la fuerza que lo apreté en mi mano para tirar de él, siguió anclado en la estantería pero inclinándose unos centímetros hacia mí oyéndose un «*clic*.»

Lo siguiente que sentí fue la estantería empujándome.

—¡Adalia!

Con los ojos cerrados por el golpe remetido en mi espalda, tragué mi respiración notando mi cabeza sobre un pecho duro, y unos brazos sobreprotegiendo mi cuerpo. Aún cobijada, noté la calma que alejó el ruido sonoro que produjo la estantería al empujarme. Y alcé la mirada para encontrarme con la de Darién cogiéndome el rostro ansiado de preocupación.

—¿Estás bien? —miraba cada centímetro de mi cara.

—¿De qué novela te has escapado? —Susurré asombrada sin una pizca de enfado—. Has sido muy rápido.

Alzó una ceja llegando la diversión a su mirada.

—Estaba a tu lado, Deva.

Eché la mirada hacia los lados dándome cuenta de que estábamos en un sitio de estructura cuadrada y algo húmedo. Observé que por unas rendijas de la parte inferior de la pared se filtraba la luz del día. Me separé de Darién caminando por los tablones de madera que a cada paso crujían sin cesar.

Otro pasadizo secreto. ¿Cuántos tenía esta mansión?

—No te da la sensación de haber vivo una experiencia como esta antes.

Lo miré confusa por sus palabras. Y se encogió de hombros.

—Es igual, olvídalo.

Mis ojos volaron hacia una mesa de madera muy vieja, una silla y un candelabro de bronce sin vela.

—¿Qué puede ser este lugar?

—No lo sé. Pero esta mansión tiene unos doscientos años, la construyó mi bisabuelo. Parece un cuarto secreto. ¿Por qué construirlo?

—Para ocultar algo tal vez —inquirió Darién inspeccionando el lugar con la mirada.

Asentí de acuerdo a esa teoría.

Él se dio la vuelta tanteando la pared que se había cerrado detrás de nosotros para intentar abrirla. Caminé hacia la mesa pero mis pies se atrancaron entre los tablones que se partieron por mi peso, y mi cuerpo se balanceó hacia delante, chillando.

—¡Joder! —expresó Darién sujetándome de las caderas antes de que me cayera. Me miró irritado y me ayudó a sacar los pies de los tablones.

—Eres un imán para el peligro, Adalia Knightley. Lo llevas en la sangre. Ten cuidado, esta madera debe estar comida por las termitas.

Puse los ojos en blanco.

—No voy a caerme al vacío. No seas tan dramático.

—Quién sabe. Tal vez tú bisabuelo era un chiflado y construyó un subterráneo.

—Mi bisabuelo no...

Me quedé callada. ¿Cómo podría defenderlo si ni tan siquiera saber su nombre? Opté por no decir nada más y llegar a la mesa teniendo cuidado, siguiéndome Darién. Mis pies pisaron una hoja de papel antes de que llegáramos a la mesa, ambos la miramos un instante y me agaché para recogerla.

*He ocultado a buen recaudo el libro que escribí. Nadie lo encontrará. Owen Brent es el mejor aliado que tengo en estos momentos. Para hallar...*

El papel marrón estaba partido y hasta ahí se podía leer. Darién lo ojeó y me lo quitó de las manos volviendo a releerlo con atención, luego sus ojos intrépidos me miraron.

—No entiendo nada —deduje.

Él se fijó en un detalle que había sobre la mesa.

—Ahí está el otro trozo —lo señaló.

Darién llegó hasta la mesa y juntó los papeles de modo que se pudo leer el fragmento que escribió mi bisabuelo.

*Para hallar el lugar de El Adiemus se necesita el libro. Si mi bisnieto arqueólogo lee esto (ojalá que sea hombre aunque no tengo nada encontra de si será una mujer). Le toca a él seguir el proceso de encontrar El Adiemus. Querido bisnieto, si estás leyendo esto... Tú tienes la llave. Te la dejé como herencia.*

**Donald Knightley.**

—Donald Knightley —terminé de leer enfrascada en ese enigma.

—¿Eres arqueóloga? —elevó una sonrisa Darién.

Hice una mueca.

—No. Mi hermano es el arqueólogo. Por lo que mi bisabuelo puede estar en paz. No es una mujer.

—Ya sabes, en esos tiempos el hombre era...

—Sí, lo sé. Más retrógrados que ahora. ¿Quién sería Owen Brent? —acaricié el papel pensativa—. Oh, pues claro. El bisabuelo de Félix. Él se apellida Brent —concluí con ilusión mirando a Darién.

Su rostro cambió algo incómodo mirando el papel unos segundos más. Hizo un gesto de dolor y sus pasos se alejaron de mí por el pequeño lugar, mesándose su pelo como si le irritara. Puse los ojos en blanco. ¡Maldita sea, qué bocazas era! Ojeé un pequeño libro marrón sobre la mesa. Lo curioso es que estaba abierto y bocabajo, como si la última persona que lo ojeó tuviera tanta prisa que lo dejó así.

*Algunas civilizaciones intentaron enterrar profundamente el mítico*

*mundo celta. Pero que les parta un rayo, no pudieron enterrarlo, yo sé cosas que pocos agradados saben. La civilización Celta aún conserva cosas que nadie sabe, y leyendas inconfesables que estremecerían a cualquier mortal.*

*O.B.*

Dejé el libro de nuevo sobre la mesa sintiendo un escalofrío por mi piel.

Acariciando el candelabro de bronce, sentí en mi nuca una suave brisa que me estremeció erizando mi vello. Volviéndome hacia ese aire, me encontré con una pared de piedra. Me acerqué a ella y visualicé con más atención que tenía una abertura redonda donde un objeto encajaría a la perfección. Toqué la pared y estaba fría, podía notar que de ahí había venido esa suave brisa. Encima de la abertura había una palabra.

### **Prophecy**

Al lado de dicha palabra había un escrito regrabado en la piedra.

**Amanezco hoy, por la fuerza del cielo, la luz del sol, el esplendor del fuego, el resplandor de las llamas, la velocidad del viento, la rapidez del rayo, la firmeza de la roca, la estabilidad de la tierra, la profundidad del mar. Amanezco hoy, por la fuerza secreta y divina que me guía.**

—¿En que andaba metido tu bisabuelo? —me preguntó Darién a mi lado antes de darse la vuelta y alejarse.

Me quedé mirando el escrito, pensativa. ¿Qué hicieron mi bisabuelo Donald y el bisabuelo de Félix para ocultar un libro que no deseaban que nadie más supiera de él? Maldita sea mi suerte, si al menos recordara algo mi pasado, tal vez yo sabía algo...

Detrás de mí oí un chasquido que quitó la atención de esa curiosidad. Vi a Darién tocando otro candelabro que había sobre la pared inclinándolo hacia delante. Una pared se descubrió a su lado observando unas caleras que ascendían hacia la luz. Esa era la *salida*.

—Vamos. No es bueno que estemos aquí —me hizo un gesto, esperándome.

Asentí con la cabeza y fui hacia él, pero no sin antes echar una última mirada hacia la abertura de la pared y el papel quebrado que había sobre la mesa. ¿En que anduvo metido mí bisabuelo?





## La cena

Mis pulmones agradecieron respirar el aire fresco de fuera. Caminando por la hierba, observamos que nos encontrábamos en la parte este de la mansión. Me sentía como una niña que había encontrado un *tesoro* intocable y que no tenía que haber entrado a esa enigmática zona prohibida. Tenía que avisar de inmediato a Max. Él debía saber todo esto.

¿Max alguna vez habría descubierto ese cuarto secreto que conectaba con la biblioteca?

Saqué mi móvil del bolsillo tocando la pantalla táctil, pero vi la mano de Darién sobre mi brazo.

—¿Podemos hablar?

Estaba claro que deseaba hablarme de esa «*amiguita*». Pero no estaba preparada para escuchar lo que saldría de sus labios.

—No ahora. Tengo que hacer una llamada importante —dije con sequedad.

—¿A quién? —frunció el entrecejo con un tono exigente.

Suspiré largo y profundo con una mirada de «no te importa». La captó al vuelo echando un paso hacia atrás asintiendo con la cabeza y resignándose.

—Entiendo. Me ha gustado esa pequeña aventura que hemos vivido ahí dentro.

*En el fondo a mí también.*

—Lo mismo digo. Gracias por descubrir la salida.

Y me di la vuelta sintiendo que su penetrante mirada permanecía en mí, mientras caminaba por la senda que conectaba con el camino principal, para llegar a la entrada de la mansión. No quería ser tan fría con él, pero de saber que una mujer le había besado en su cuello... Cerré los ojos. *¡Olvidalo!* Pensé decidida. Volví mi atención a la llamada que tenía pendiente de hacer.

—¿Sí?

—Max, soy yo.

—¡Mi querida hermanita! ¿Cómo te va en la vieja mansión de los Knightley? ¿No deseas regresar corriendo al mundo de la civilización?

Sacudí la cabeza riendo.

—No, la verdad es que estoy muy a gusto aquí. Me siento abrigada por mi tierra.

—Lo sabía. Ese lugar obra una magia. ¿Para que soy bueno?

—¿Tú sabías que había un cuarto secreto en la biblioteca?

—No. ¿Cómo lo sabes tú? —preguntó deprisa y con curiosidad.

—Acabo de descubrirlo con... —cerré los ojos conteniendo mi lengua. Casi se me escapaba que estaba aquí con Darién, cuando en realidad mi familia no sabía nada—, quiero decir que acabo de descubrirlo yo no hace mucho.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Nuestro bisabuelo era arqueólogo. ¿Verdad?

Se quedó callado. Y me exasperó.

—Max. Puedes decírmelo. No voy a enfadarme y ni a gritar histéricamente.

—Sí, era arqueólogo —repuso al fin.

—Si me dices algo mas no me hará daño —dije un poco sarcástica al ser poca información.

—Pues era muy reconocido en Irlanda junto con Owen Brent por sus hazañas arqueológicas. Según sé, Owen escribió dos libros y nuestro bisabuelo tres, pero nunca dieron con el tercero. Nadie sabe de él. Eran libros de los tesoros ocultos y esas cosas.

—Al parecer él dice que tú puedes encontrarlo.

—¿Qué yo que? ¿Estás fumada?

Suspiré resignada.

—Será mejor que lo veas por ti mismo. En ese cuarto secreto hay un papel que va dirigido hacia su futuro bisnieto arqueólogo con una clara información, y luego hay una abertura en una pared en la que debe encajar no sé, algún

objeto. Noté algo de aire, así que debe ser otro cuarto secreto.

—Estoy alucinando —enmarcó con emoción—. ¿Nuestro bisabuelo sabía que tendría un bisnieto arqueólogo? Si murió muchísimo antes de que yo naciera. ¿Qué era, vidente? En fin... ahora no puedo ir estoy con Eoin en un templo.

Agradecí que no decidiera venir ahora. Sería un *caos* inexplicable que se encontrara con Darién. Porque no sabría cómo explicarle a mi hermano que me atraía irrefrenablemente ese sexy y misterioso hombre, y que por ello lo había invitado aquí.

Mmm Sheppard. ¿Sería ese mismo *Eoin Sheppard* que tuve el placer (aunque no tanto) de conocer en dos ocasiones cuando me lo presentó mi hermano? ¿Ese chiflado arqueólogo que no le importaba arriesgar su vida para encontrar los tesoros más buscados de este mundo? Era una mala influencia para mi hermano, aparte de ser cinco años más mayor que él, y de tener un concepto de la vida un tanto raro. No podía negar que era una buena persona, incluso agradable, pero le gustaba poner en riesgo su vida y esperaba que no metiera en más peligros a mi hermano como les pasó la última vez en México. Cuando entraron en un templo Maya y se quedaron atrapados en una cámara secreta llena de peligros.

—Cuídate. ¿Vale? —expresé ansiada de preocupación al recordarlo.

—Lo haré. Y gracias por darme esa información sobre nuestro bisabuelo. Sabía que me había dejado unas pocas cosas, pero no que siguiera dejándome más. Espero pronto ir allí y averiguarlo todo.

Sonreí satisfecha. Y él carraspeó con cierta inquietud.

—Oye, por casualidad... no te habrás encontrado con alguien conocido. Que se haya acercado a ti y esas cosas.

—De momento solo el señor Eustaquio. Un señor muy agradable. Me invitó a la boda de su nieta. Fue muy bien.

—Vaya, el cascarrabias de Eustaquio —murmuró casi sin poder oírlo.

—¿Por qué? ¿Deseabas que te nombrara otra persona?

—No. Claro que no. Sé que ella no está ya allí. Hace tiempo que perdí las

esperanzas. Gracias de nuevo, hermanita. Y cuídate.

Me colgó de inmediato y me quedé mirando el roble que tenía justo en frente de mí. *Ella*. Otra vez esa chica. Agg maldita sea, debía preguntarle de una buena vez quien era esa *misteriosa chica* que tenía a mi hermano así. Ahora sabía que era de Irlanda. ¿Pero quién sería? ¿Y por qué Max creía que yo me encontraría con ella precisamente?

No le di más vueltas. Estaba decidida averiguarlo nada más llegar a Los Ángeles.

Entré a la mansión dirigiéndome hacia el salón principal, Olivia estaba limpiando los muebles con un plumero, me sonrió y le hice el mismo gesto. Mis ojos repararon en un libro que había sobre la mesa. Enseguida llené de arrugas mi frente desagradándome contemplarlo. Era el libro de William Shakespeare. Y no era por el autor, al contrario, Shakespeare era uno de los más aclamados de este mundo y me encantaba... en realidad me desagradaba porque esa amiguita le había regalado un libro de Shakespeare. ¿Y yo? ¿Cuál fue mi regalo? Ninguno. Lo de mirar las luciérnagas, las estrellas y ese beso apasionado en la pradera del que seguro se arrepentía, no valía como regalo. ¿O sí? Repasé una mano por mi pelo irritada, pero sin que se diera cuenta Olivia de mi estado. Y decidí ir hacia el despacho porque otra vez me sentía ofuscada. Cuando él me acusó de estar celosa, me asusté. Debía reconocerlo. Lo estaba. Y mucho. No fue una cliente, no fue Kisa, pero si se encontró con una amiga. ¿Una amiga con derecho a roce? No tenía que involucrarme con él sentimentalmente, porque de los dos yo saldría perdiendo. Tenía que mantener solo la *atracción* hacia él, y no dar paso a más sentimientos.

Frustrada y enfadada me dispuse a revisar en mi portátil algunos e-mails de la empresa Knightley. Así estaría entretenida y no pensaría qué habría estado haciendo Darién tantas horas con su amiguita que le había regalado un libro.

Ni siquiera sabía que le gustara William Shakespeare.

Ciertamente no sabía nada de él. Era tan *misterioso*, tan *cautivador*, tan *sexy*, tan *caballero*, algo *intimidante*...

*Stop, Adalia*. Pensé sacudiendo la cabeza.

Revisé mi cuenta bancaria para ver si papá me había ingresado esos innecesarios cien mil dólares que me dijo que haría la semana pasada antes de

que se fuera a España. No fue esa cifra que vi, sino otra mayor que me hizo resoplar dejando de golpe mi rostro contra la fría mesa.

Mi saldo disponible ahora constaba de 251.000 dólares. Me había ingresado más de cien mil. Papá no se daba cuenta de que no necesitaba tanto dinero, que era un desperdicio acumular y acumular sino era utilizado. Y yo no tenía ningún vicio particular (salvo los libros) a no ser... que lo usara para ayudar a los demás.

Estaba tiempo sin hacerlo. Abriendo uno de los cajones de la mesa saqué la chequera.

Repartí el dinero hacia la *organización*; *World Wildlife Fund for Nature* y *Greenpeace*.

Sonreí. Tan solo me había quedado con mil dólares. Suficientes para todo el tiempo que me quedaba aquí.

Pulsé el botón del intercomunicador del teléfono para hablar con Alfred.

—¿Alfred, puedes venir al despacho?

—Ahora mismo, señorita.

Cogí los dos cheques levantándome de la silla pero prestando atención a mi portátil leyendo un e-mail que me había enviado mi secretaria Lisa. Al poco tiempo, Alfred entró dejando la puerta abierta y se acercó a mí.

—¿Qué desea?

Le hice un gesto para que esperara. Me apresuré en cerrar algunos archivos ya que no deseaba hacerle perder el tiempo a Alfred, si estaba tan ajetreado con esta mansión como él decía.

—¿Puedo pedirle algo, señorita Knightley?

Levanté la mirada de mi portátil observando un Alfred nervioso por hablarme antes de que le diera mi orden.

—Claro Alfred, dime —le dije con una tranquilizadora sonrisa.

Puso su acostumbrado puño sobre sus labios aclarándose la garganta.

—Como sabrá, tengo familia en Dublín que estoy tiempo sin visitar. Y me gustaría pasado mañana hacerles una visita. Solo serán unas horas. Le prometo

que antes de que caiga la noche estaré aquí para seguir con mis obligaciones.

Lo miré con devoción.

—¿Unas pocas horas, Alfred? Por supuesto que no. Es inaudito —se impresionó mirándome avergonzado, agachando su mirada hacia sus manos enguantadas—. Mejor que sean cinco días. Quiero que disfrutes de tu familia.

Levantó la mirada atónito.

—Pero señorita...

—Nada de peros, Alfred. Sabré cuidarme. Además tengo a Darién. Y puedes decirle a Olivia y Mary que también tienen esos cinco días de descanso. Os merecéis esas mini vacaciones. Estáis aquí obligados por mi padre, y sé que no es justo.

Esbozó una sonrisa que le llegó a los ojos.

—Gracias, señorita Knightley. Usted es la bondad personificada.

Le hice un gesto de que no era nada. Alfred había sido el más servicial y leal con los Knightley desde hacía más de veintiocho años. Se merecía más que unas pocas horas libres para ver a su familia.

—Toma —le entregué los cheques—. Ve a Dublín a entregar esa cantidad estipulada de dinero a esas dos organizaciones. Sé que allí tienen una sede.

Él abrió los ojos sorprendido por la cantidad estipulada.

—¿Pero señorita, con cuanto se ha quedado usted?

Sonreí apoyando una mano en su hombro.

—No te preocupes, Alfred. Sobreviviré con mil dólares. Deseo hacer esa donación.

—¿Desea que la prensa lo sepa? —preguntó mirando los cheques.

—No, diles que no deseo que mi nombre salga, esto es anónimamente. No me da ningún poder o satisfacción que la prensa se entere. Mi ayuda al mundo no gira alrededor de las cámaras.

—Como ordene, señorita Adalia. Ahora mismo me dispongo a llevar estos cheques. Si me permite decírselo... el mundo necesita más personas tan bondadosas que no esperan nada a cambio, como usted.

Se retiró hacia la puerta a la vez que me daba la vuelta hacia la mesa cogiendo la chequera para guardarla. *Ay, Dios*. Cerré los ojos un momento. Caí en la cuenta de lo que en verdad había hecho dándoles esas mini vacaciones a ellos. La sangre me hirvió bajo mis venas tocándome el cuello. Darién y yo estaríamos solos, completamente solos en la mansión.

—Alfred, tiene razón.

Me erguí tensa al escuchar a Darién detrás de mí. Odiaba como él podía manejar mi corazón a su antojo, ya que se había acelerado nada más al escucharle.

—Yo solo...

Giré mi rostro y sentí la presión de sus labios contra los míos. Me cogió de la nuca tirándome hacia él y no dejó de besarme de una manera *explosiva* que me hizo arder de una manera arrolladora. El *huracán* de sentimientos se desató en mi corazón dejándome debilitada.

Dejó su frente contra la mía acariciando mis mejillas con sus pulgares.

—Es hermoso lo que has hecho, Adalia.

Entorné los ojos aturdida deseando más, mucho más, y torció una sonrisa sexy acercando de nuevo sus labios porque lo leyó en mis ojos.

—No —susurré echándome hacia atrás a tiempo. Porque mi mente se había *activado* rápida apagando los sentimientos de mi corazón.

Me miró extrañado.

—Tus besos me dejan aturdida.

Rehuí su mirada sintiendo arder las mejillas, las toqué disimulando cuanto me había alterado ese beso.

—Los ricos tenemos que tener más conciencia sobre el mundo —hablé intentando calmar mi alteración.

—¿Ahora no me quieres mirar? —había una nota divertida en su voz.

Sabía que este comportamiento era el de una niña malcriada. Él mismo dictó esa palabra. Y ahora me daba cuenta de que no estaba tan enojada, y que yo no podía dirigir la vida de Darién. No era más que la simple *desconocida*



que retó a la misma vida, harta de la sociedad y las habladurías, y que en un momento de arrebató le pedí al mejor hombre de este mundo que viniera conmigo a Irlanda.

—Si está en mis manos poder ayudar al mundo lo haré sin pensarlo. Porque quiero que la naturaleza esté intacta, porque deseo que los animales vivan en armonía sin que el ser humano les haga ningún daño.

Al fin lo miré, sus ojos seguían clavados en mí mostrando una sonrisa que lo invitó a acercarse más a mí.

*Oh, no.*

—Es un hermoso gesto, Adalia. No lo conocía de ti.

Mi cuerpo vibró cuando vi su mano dejando un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—¿Sigues enfadada?

Negué con la cabeza aturdida al tenerlo tan cerca.

—Entonces... —se aclaró la garganta y cortó mi respiración al estar escasos centímetros—. ¿Puedo invitar a la señorita «enojos pasajeros» a cenar a un restaurante en Killarney?

Me reí al oírlo chispeante y distinto.

—Claro que me gustaría —no lo dudé ni un segundo.

Me decepcionó que se retirara tan pronto dando unos cuantos pasos hacia atrás.

—Perfecto —se frotó las manos señalándome—. Te veré en media hora en el recibidor. No me hagas esperar mucho, banphrionsa.

—El tiempo suficiente para que la paciencia pase a la desesperación.

Una arrebatadora sonrisa cruzó por su rostro deslumbrándome su mirada.

—Por cierto. Tienes un regalo en tu habitación. Desearía que lo aceptaras.

Me guiñó un ojo antes de marcharse y sentir que la sangre volvía a fluir por mis venas, agarrándome al borde de la mesa. Me había invitado a cenar. Él y yo fuera de Muckross-Knightley House. Toqué mis labios volviendo a sentir ese beso tan ardiente. Ay, no. Se me había pasado decirle que a partir de

pasado mañana estaríamos solos en la mansión. De solo pensarlo, el deseo sucumbía mi cuerpo. ¿Surgiría algún efecto que ningún sirviente habitara la mansión para que Darién se acercara más a mí?

De repente, caí en la atención del regalo. No pude contener mi emoción. Y salí del despacho corriendo como si fuera una chiquilla, subiendo las escaleras al desear descubrir que sería ese regalo.

Entré con brusquedad en mi habitación respirando agitada. Y solo me bastó dos segundos para encontrar ese supuesto regalo sobre la cama. Un vestido.

Negué la cabeza y a continuación de mi garganta brotó una carcajada.

¿Tendría algo en contra de que yo me pusiera algo de mi vestuario?

Saliendo de la ducha, me quité el albornoz y comencé a arreglarme. Una vez lista me puse frente al espejo.

El vestido largo se dividía en dos colores verticales, en un lado era negro y en el otro un tono perla, tejido en gasa y con escote en forma de uve. Era bonito y elegante. Darién no tenía mal gusto escogiendo vestidos. Me preguntaba por qué me regalaba otro. Retocándome los labios, mi iPhone comenzó a sonar y caminé hasta la cama cogiéndolo.

*¡No me lo creo!* Pensé indignada.

Ryan otra vez. ¿Pero éste que quería? ¿Por qué insistía tanto en localizarme? Definitivamente no me iba a arruinar la noche, ya averiguaría más adelante que deseaba el misógino; como bien Carla lo llamaba. Aunque no tenía ganas de escuchar lo que deseara decirme. De solo recordar cómo pensaba de mí, me enervó la sangre.

Sacudí la cabeza. Ryan no tenía el derecho de ser el dueño de mis pensamientos, sino el chico que me hacía sentir cómoda, deseada, querida y me hacía reír.

Suspiré mirándome una vez más en el espejo.

Los tres golpes en la puerta me bajaron de mi nube.

—¿Sí?

—Señorita Adalia —era Mary—, el señor Darién me manda a buscarla y a comunicarle que está en la fase desesperación y que no le haga sufrir más.

Reí cogiendo mi bolso y metiendo lo necesario en él.

—Está bien Mary, dile que en un minuto bajo.

—Como mande, señorita.

Y tardé en total tres.

Apretando el bolso entre mis manos, bajé las escaleras observando que Darién se abrochaba los puños de su camisa de color azul oscuro que le hacía juego con los vaqueros, llevando una chaqueta americana. Con una mirada distraída, miró hacia las escaleras y me visualizó atrapando mi mirada. Dejó caer sus manos bajo un rostro asombrado.

Su mirada se paseó desde mi pelo recogido con algunos mechones ondulados sueltos por el rostro, hasta el vestido.

Soltó aire parpadeando.

—¡Por los dioses! La espera de tortura ha merecido la pena. A sus pies, mi lady —me hizo una reverencia elegante y con un humor excelente.

Ruborizada, agaché la mirada bajando el último escalón.

—Como siempre exagerando. El vestido me hace más bonita...

Adelantó un paso cogiéndome una mano y besando mi dorso muy seductor, haciendo que esa mirada tan intensa y caliente que me tenía atrapada, me dejara eclipsada.

—El vestido no alza la belleza de la mujer sino la propia belleza de ésta misma. El vestido es un complemento más en el que a los hombres nos deleitas. Y yo estoy ahora mismo disfrutando de las vistas más maravillosas de este mundo. Estás hermosa, Adalia.

De pronto, me vi envuelta en una esponjosa nube que hacía que perdiera mis sentidos. Me sentía poderosa cuando me hablaba de esa forma. Él tenía ese *poder* y no era justo.

*Si sigues tan caballeroso y galante al final voy a caer.* Pensé deseosa por cada centímetro de su piel.

—¿Adalia?

—¿Sí? —parpadeé volviendo a la realidad.

—¿Nos vamos? —me dispuso su brazo.

Me agarré a su brazo musculoso y me sonrió abriendo la puerta de la mansión.

Fuera llovía y aunque el McLaren estaba aparcado cerca de la puerta, el techo de la entrada impedía que nos mojáramos. Me abrió la puerta del copiloto pero algo que me asaltaba en mi mente hizo que volviera mi cabeza, haciendo que nuestros rostros estuvieran a centímetros, absorbiendo mis sentidos.

—¿Tienes algo en contra de que me ponga un conjunto de mi vestuario? —se lo comenté sin alguna nota de reproche.

Esbozó una sonrisa.

—Deseaba hacerte otro regalo. Y deseo regalarte mil vestidos más. No me prives de ese capricho. *Le do thoil*, banphrionsa.

Ese «*por favor*» en irlandés me desarmó. Su pronunciación fue tan perfecta que frené a tiempo mis ganas de abalanzarme a sus brazos, nuevamente. ¿Esta noche podríamos hablar de los dos? ¿De qué no resistía más el *fuego* que me quemaba porque deseaba llegar más allá de un beso? Esperaba que sí.

—Entonces la devolución me va salir carísima —le dije con un tono chispeante y le di la espalda entrando al deportivo.

Dentro, observé como asomaba una sonrisa traviesa mientras avanzaba con pasos ligeros para subirse al deportivo.

No fue un trayecto largo. Killarney estaba a unos seis kilómetros de la mansión. Mientras Darién me tendía su mano para bajar del coche, me fijé en el restaurante *Bricin*. En este último tiempo había evitado ir a galas benéficas o a cualquier otro evento donde me invitaran, solo para no oír las habladurías de mí. Pero con Darién todo era muy distinto porque no me sentía tan cobarde.

El restaurante era acogedor y muy bonito, con una decoración elegante haciendo alusión a la cultura irlandesa y a su tradicional gastronomía. Fascinada, fui observando los cuadros de paisajes pintorescos que estaban

colgados en las paredes. Un estremecimiento se generó en mi corazón recordando un olor familiar de este lugar. ¿Yo estuve aquí antes? ¿En mi pasado tal vez? Sacudí la cabeza al sentir esa estúpida sensación. No estaba tan abarrotado de gente, y la verdad me sentí aliviada. Darién dejó detrás de mi espalda una de sus manos sintiendo en ese instante la electricidad emanar entre nosotros, y me guió hasta nuestra mesa, teniendo la gentileza de arrastrar la silla hacia atrás y poder sentarme.

Le di las gracias y me guiñó un ojo a la vez que se sentaba frente a mí y se acercaba un camarero.

—Bienvenidos a *Bricin*. ¿Qué van a tomar?

Eché una ojeada a mí alrededor algo intimidada, ya que un grupo de jóvenes me miraba con risitas y cuchicheaban entre ellos tapándose sus bocas con las manos. Me señalaban con descaro y capté que hablaban de mí. *Vaya donde vaya, me reconocen. No tengo salida.* Pensé afligida.

—Adalia —me chasqueó los dedos Darién.

—¿Sí? —volví mi rostro hacia él que al parecer me había estado llamando.

Sus ojos no dejaron de mirarme inquietos intentando averiguar que me ocurría, mientras el camarero esperaba con una pequeña libreta en sus manos.

—Elige... elige tú. Sé que elegirás lo correcto para mí —le expresé sin prestar mucha atención al estar incómoda.

Darién se dispuso a hablar con el camarero y mis ojos volaron hacia ese grupo de jóvenes, otra vez. Esperaba que no siguieran hablando de mí, pero cuando uno de los chicos me señaló con mofa, me tensé mirando mi plato vacío. No me resultaba nada cómoda esta situación, nadie que leyera las revistas o los periódicos sabía la *verdad*. No era justo que me criticaran por criticar.

Darién me miraba desde hacía un buen rato, echado sobre su respaldo y acariciando su barbilla con una mirada pensativa.

—¿Qué? —hice una mueca tímida.

Inspiró aire echándose hacia delante cruzando sus manos sobre la mesa.

—¿Quieres que nos vayamos?

*Sí, sí, sí.* Pensó mi lado más cobarde.

Sacudí la cabeza sacando una sonrisa forzada actuando con naturaleza.

—No te preocupes, estoy bien —le dije sin preocupaciones dejando la servilleta en mis rodillas.

Alzó las cejas, dudoso.

—Mmm —tardó unos segundos más en hablar—. ¿Quieres que vaya hacia ellos y los ponga en su lugar?

Me quedé boquiabierta. ¿Cómo Darién podía saber que estaba incómoda por culpa de ese grupo?

—¿Y si te dijera que sí?

No creía que fuera capaz de ir hacia ese grupo.

Esbozó una sonrisa muy perspicaz.

—Con gusto lo voy hacer —arrastró la silla hacia atrás para levantarse.

Abrí los ojos impactada al verlo moverse y a tiempo agarré con fuerza su mano deteniéndolo.

—Darién, por Dios, no. Siéntate por favor —le supliqué nerviosa, me miró por unos segundos más en los que temí que no me hiciera caso. Pero suspiré relajada cuando se sentó—. Gracias por intentar ayudarme pero no me importa.

Cuando me dispuse a retirar la mano, él me la agarró de nuevo entrelazando los dedos (un gesto muy íntimo), sin intención de soltarme y mi corazón se disparó como un loco.

—No me gusta que hablen mal de ti —refutó con dureza hacia ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo basta con mirarlos para saber que están hablando de ti. Las habladurías han llegado hasta Irlanda. ¿En qué mundo vivimos que todo el mundo hace caso de la prensa amarillista?

Con recelo él giró su rostro hacia ellos y los fulminó con la mirada imponiendo severidad. Y sorprendentemente más de cuatro par de ojos dejaron de observarme, reclusos por como Darién los miraba con frialdad y

autoridad.

*¡Guau!* Efecto inmediato.

—Estoy harta de los chismes, la gente mal intencionada y la prensa. Desearía alejarme muy, pero que muy lejos.

—Podría secuestrarte.

—¿Hablas en serio? —le contesté en voz baja impactada.

Sonrió ante mi entonación y estudié su rostro indescifrable por un buen rato. *¡Ay, Dios que sí!* Que hablaba completamente en serio.

—Pídeme que te secuestre y lo haré —respondió con serenidad—. Te llevaré lejos, tan lejos que nadie sabrá de nosotros.

¡Cómo podía decirme eso tan tranquilo! Tragué saliva con dificultad mirando nuestras manos.

—¿Solos?

Él frunció el ceño.

—¿Quieres traer a alguien más?

—No —murmuré casi sin aliento.

Carraspeé soltándome de su mano a tiempo de que tuviera ese poder de manejarme a mí y a mis sentimientos. Maldita sea. ¿Qué había sido eso? Cambié de tema bebiendo agua de la copa.

—Tienes el poder de intimidar a la gente con la mirada.

Me dedicó una sonrisa.

—Esperaba causar ese efecto.

Su mirada tan intensa no dejó de mirarme. Sentí como si volviéramos al día en el que apareció en mi despacho y me rechazó siendo una situación algo desagradable y grotesca. Pero que antes de rechazar mi proposición, su mirada era puro fuego desnudando cada centímetro de mí, como si hubiese deseado abalanzarse sobre mí y hacerme el amor allí mismo. *Ja, eso que te lo has creído tú.* Pensó mi lado sensato. Apreté los muslos harta de mis deseos reprimidos.

—Cuándo vivías aquí, ¿eras rebelde, Adalia?

¿A qué venía esa pregunta tan directa? ¿No entendía que era difícil y doloroso de contestarla? Porque desde hacía casi seis años, mi vida se regía en las interminables y huecas palabras; *No lo sé. Tal vez. Creo que sí. Es posible...* Odiaba tener que contestar con evasivas porque no tenía las respuestas adecuadas.

—No lo sé —susurré.

Abrió la boca para hablar pero no dijo nada, al ver que el camarero venía con los primeros platos anunciando un delicioso Boxy. Se veía riquísimo.

—Que disfruten de la cena.

El camarero de ojos verdes me guiñó un ojo, y le sonreí agradeciéndoselo. Observé como Darién lo miraba con severidad mientras ese chico se retiraba, y él lo seguía con la mirada negando en un gesto. Cogí el cubierto tocando el Boxy. No sé qué era más incómodo, si ese grupo que hablaba de mí o que Darién me mirara en silencio sin saber que pasaría por sus pensamientos mientras cenábamos.

—¿Qué es exactamente lo que has olvidado de tu infancia?

Lo pensé durante unos instantes, pero mi mente se negó a confesárselo, no aquí.

—No quiero contártelo ahora —mi voz sonaba muy débil.

Me atreví a levantar la mirada y encontré a Darién mirando hacia otro lado, serio y extendiendo una mueca irritada. Mordisqueé un trozo de pan, inquieta. Esperaba que me comprendiera.

—Algún día, Adalia. Algún día —me señaló decidido a saber la verdad.

—Algún día —repetí.

Gran parte de la cena la comimos en silencio. Parecía que con nuestras miradas nos hablábamos todo, aunque pocas veces podía descifrar lo que decía su mirada intensa, misteriosa y seductora. Él podía ocultar en muchísimas ocasiones sus emociones.

Si él quería respuestas sobre mí, primero quería saber yo más de él. Era lo justo.



—¿Y qué me puedes contar de ti? ¿Al fin me dirás tu apellido o tu edad? Una poca información de ti no creo que te mate.

Se encogió de hombros.

—Mi vida será poca cosa comparada con la tuya.

—Oh, venga vamos —resoplé porque odiaba que lo evitara.

—Hace algún tiempo no tuve una vida fácil —fue hablando con calma mientras nos servía a ambos vino—, me enamoré una vez entregando mi corazón a una mujer. Me destrozó por completo cuando me engañó y me juré que no volvería a caer en las redes de otra mujer. ¿Contenta con lo que te he dicho?

Ni siquiera tuve ganas de comerme el último trozo de Boxyt que iba directo a mi boca. Se me había quitado el hambre, y mi corazón se apretujó de tristeza por su voz rota y melancólica. Él no la había mencionado del todo, pero estaba segura de que era Kisa. ¿Entonces por qué seguía teniéndola tatuada sobre su pecho? Estuve a punto de preguntarle si aún ansiaba *vengarse* de ella. Pero él no sabía que yo había visto sin querer un mensaje de su amigo Aiden. Dejé el cubierto sobre la mesa levantando la mirada hacia él.

—Lo siento.

—No lo sientas —se expresó áspero y frío pero no por mí—. Ahora lo comprendo todo o al menos lo intento. He estado ciego de rabia durante años. Creí que no estaba hecho para amar. A encontrar a mí otra mitad —sacudió la cabeza como si se recobrará porque me estaba dando información de más—. Pero cuéntame de ti. ¿Alguna vez te has enamorado?

—Creo que sí.

—Me contestarás todo con un «creo»... ¿verdad?

—Sip.

—Y es de... como se llama —se quedó pensativo pero a los pocos segundos chasqueó los dedos—. Félix... ¿es él de quien te enamoraste? ¿Fue tu primer amor?

Me aclaré la garganta limpiándome la boca con la servilleta y bebiendo un poco de vino.

—Darién, es incómodo hablarte de mí sin poder asegurártelo cien por cien. Pero sí, supongo que mi primer y único amor fue Félix. El chico irlandés que vivió aquí.

—Supones. Vaya. Fue tu primer amor —su tono era directo y duro, mirándome algo frío y con una clara sonrisa sarcástica. ¿Qué le ocurría?

Antes de hablarle y que me aclarara esa actitud tan arisca, mi iPhone sonó. Le hice un gesto para que me disculpara y miré la pantallita cuando lo saqué del bolso. Me quedé de piedra, helándose mi sangre. ¡Ryan otra vez! No. Justo ahora. ¡Por qué! Quise gruñir pero me relajé, y pasé de él dejando el iPhone sobre la mesa actuando con tranquilidad; aunque me costó lo mío.

—¿No lo coges? —me alentó en un gesto.

—No es nadie importante —dije intentando estar tranquila.

Y me miró más tiempo del necesario. Bebí un poco más de vino porque la garganta se me había secado. Pero el maldito de Ryan volvió a insistir poniendo más tensión en el ambiente.

—Pues parece que esa persona está desesperada porque se lo cojas.

—Ya se cansará.

La mirada impasible de Darién se detuvo en mi móvil y antes de que captara su movimiento, fue más rápido que yo al coger mi móvil.

—No —ahogué un grito pero no tan alto, alzando mi mano pero fue inútil.

Me llevé una mano a la cabeza suspirando mientras no dejaba de mirarlo nerviosa.

—Ryan —afirmó con un tono hosco mirando la pantalla del móvil.

—No sé lo que quiere —me defendí al ver endurecerse su rostro.

—Pues yo creo que sí. ¿Es este tu amiguito con el que te irás? ¿Me mentiste en realidad sobre él? ¿Te gusta?

Alucinaba por cada palabra que salía de sus labios.

—¿Cómo dices? —apreté los dientes.

—Creo que aspiras a alguien mejor —prosiguió con su tono malhumorado.

—¡Bueno, esto ya es el colmo! —golpeé la mesa con las palmas levantándome frustrada. Su mirada ardiente no dejó de observarme, y me importaba un bledo que más ojos curiosos me miraran—. No te voy a permitir que me acuses de nada. Si quieres creer eso adelante, yo te dije la verdad sobre Ryan. Si tan desconfiado eres con las mujeres has elegido un mal oficio Darién —no le dejé hablar y pareció más molesto—, y ahora si me disculpas voy al lavabo.

Cogí mi bolso arrebatándole de mala gana mi móvil de sus manos, y dirigiéndome hacia el pasillo que me conduciría hacia el refugio que necesitaba ahora. Entré haciendo grandes esfuerzos para no llorar y me apoyé en el lavabo. Él si podía hablarme de su vida, de que yo y mi corazónuviésemos que soportar y escuchar qué amó a Kisa, y que posiblemente la seguía amando... pero fue llegar mi turno y cambiar su semblante. Primero con Félix y después con el estúpido de Ryan.

Apreté mi móvil entre mis manos farfullando y odiando más al estúpido misógino.

Necesitaba controlarme, templar mi temperamento, bajar la rabia que bullía por mis venas. Al parecer Darién era el único que sabía activar mi mal carácter.

Estaba claro. Ahora lo sabía. Darién y yo nunca llegaríamos a nada. Y tenía el presentimiento que era por culpa de Kisa. Nunca la sacaría de su corazón pero sobre todo de sus pensamientos. Toqué mi rostro muy asustada, mirándome en el reflejo del espejo, ¿sería por qué me parecería a ella? Cerré los ojos sacudiendo la cabeza. *Pero que estás pensando loca.* Medité en mi interior.

Bufé un suspiro. El maldito nombre de Kisa no dejaba de golpear mi mente. ¿De qué manera ella le hizo daño? Oh, Dios como la odiaba. Si la tuviera frente a mí no me creía capaz de controlar mis buenos modales.

Ahora veía ese muro *inquebrantable* que no me dejaba llegar a Darién. No le hablaría de nosotros. Quedaría como una patética desesperada y lo último que necesitaría de él era que sintiera lástima por mí. *¡Jamás!* Tal vez imaginé como una tonta ilusa que yo le atraía mucho, y no era así. ¿Tan ciega había estado? No tenía experiencia con los hombres exceptuando Félix, pero no lo

recordaba. ¿Tanto me equivoqué con Darién?

Cabizbaja, suspiré.

Cuando estuve más calmada y menos irritada, salí del lavabo volviendo a la mesa. Detuve mis pasos antes de llegar a ella al ver a Darién de pie junto con dos chicas que babeaban por él. *¡Pero esto que es!* Pensé furiosa apretando los dientes. ¿Qué estaba haciendo él? Vi que sostenía un papel y escribía en éste. Fue todo sonrisas y amabilidad hacia esas chicas que se sonrojaban estúpidamente porque mantenían una conversación con él.

Con firmeza caminé hacia ellos, y Darién nada más verme de reojo les sonrió a las dos chicas. Parecía bastante apresurado por despacharlas. Cuando llegué, ellas se marchaban con el papelito en sus manos hacia fuera de esta sala, bastante contentas.

Siguió dándome la espalda.

—¿Qué deseaban esas chicas? —pregunté entre dientes.

—Humm —volvió su cabeza hacia mí haciéndose el despistado, pero no colaba—. Ah, ¿esas chicas? Nada. Se han perdido y me han preguntado una dirección.

—¿Se han perdido? —Levanté una ceja con un tono incrédulo—. ¿Y el papel en el que escribiste?

—Les di la dirección correcta a la que deseaban ir.

Alcé las cejas con demasiado recelo.

—¿Tú? ¿Acaso sabes algo de Irlanda? ¿Del propio condado de Kerry o de Killarney? ¿Eres irlandés?

¡Por qué me estaba volviendo loca no saberlo! A veces le notaba acento irlandés otras veces americano, y ya no sabía que pensar. La chispa divertida de su rostro desapareció pasando a ser inflexible.

—Demasiadas preguntas, Adalia. Solo eran dos chicas que deseaban información. Nada más.

Evité inflar mis mejillas y coger una rabieta como una niña. Caminé hacia mi silla aún sin creerle, sentándome y dejando con malhumor mi bolso sobre la mesa. Él con prudencia y sin dejar de mirarme, se sentó frente a mí.

—¿Sabes lo que a mí me parece? Que casualmente esas eran clientas tuyas. Y me enervaba pensarlo.

El rostro de Darién era severo y frío.

—Entonces a mí me parece que has ido al servicio para hablar con tu amiguito, Ryan.

—¡Eso es mentira! Y ese cretino misógino no es mi amigo. Lo detesto.

Los dos nos miramos sin tregua alguna teniendo nuestras miradas encendidas de irritación. Parecía que no íbamos a ceder al ser ambos tan cabezotas. Él... Él me sacaba de mis casillas con sus malditos *misterios* que me volvían loca, pero sobre todo loca de celos. Me crucé de brazos mirando hacia otro lado con rostro soberbio.

Oí como suspiraba y por el rabillo del ojo vi como repasaba una mano por su pelo relajando su expresión.

—Lo siento, Adalia. No debí hablarte de ese modo. Porque ante todo te creo a ti.

Entrecerré mis ojos. Era demasiado tarde, porque este *colosal* cabreo nada podría hacerlo desaparecer.

—En cambio yo no sé si creer en ti. Al ver que satisfacías a esas chicas. ¿Les has dado tu número telefónico para quedar con ellas después de mí?

—Adalia, no me acuses de acciones que no hago ni haré —sus ojos se volvieron oscuros.

—Sois todos iguales —mi sangre hervía, estaba descontrolada—, no hay ni un hombre en esta faz de la Tierra que sea sincero. Por el amor de Dios, la mujeres de hoy en día no pedimos tanto, fidelidad, amor y respeto. ¿Eso es mucho para un hombre? Pero ya estamos acostumbradas a vuestra forma de ser desde hace siglos.

Acabé mi extenso discurso sintiendo mis mejillas ardiendo y respirando agitada. Apretó los puños sobre la mesa atravesándome su mirada tan glacial en estos momentos, pero no me amedrantaría.

—¿Y no te has dado cuenta de que posiblemente has encontrado al hombre que estabas buscando?

Mi mundo se paralizó quedándome sin aliento, mirándolo. ¡Por San Patricio! Mi corazón se disparó con mis sentimientos removidos.

—¿Qué? —logré decir en un susurro.



## Enamorada

Su mirada vagó por la mesa cambiando su expresión, relajando la tensión que sufría su cuerpo.

—Adalia, yo...

—¡Ada! ¡Cariño mío!

Me sobresalté al oír esa voz tan familiar. Darién miraba detrás de mí confuso y con una chispa de recelo, y volví mi cabeza abriendo la boca bajo la sorpresa de ver a esa persona.

—¡Theo!

Me levanté sin pensármelo dos veces para saludarle. Éste me sonrió alegre asintiendo, su abrazo fue tan amoroso, los que él acostumbraba a darnos a todas, y antes de que pudiese pensarlo y hacerle la cobra... me dio un beso cortito en los labios a la vez que me tenía ambas manos cogidas. Estaba tan entusiasmado de verme que dio un leve saltito, y yo eché un paso hacia atrás mostrando una sonrisa forzada al ver de reojo a Darién tan inmóvil como una estatua, dejando su mirada en la mesa bajo un rostro sombrío e imperturbable y con los puños cerrados. Era la primera vez que un beso de Theo me hacía sentir incómoda. ¿Por qué? No le presté mucha atención a él para no ser descortés con mi amigo. Le conocía desde hacía tiempo, él era modelo, aunque seguía teniendo su contrato en Knightley. Era dulce, ingenioso y muy carismático. A papá le encantó nada más verlo, por ese porte tan elegante que podía presentar ante una cámara o tal vez se ganaba a la cámara por esos ojazos verdes. Todas las chicas deseaban a *Theodore Smith*. No estaba muy tonificado (Carla incluso lo llamaba en plan cariñoso «*esparrago*»), pero tenía el perfecto cuerpo de modelo. Y para la desgracia de todas las que lo amaban, era gay.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con ilusión.

—Ay Ada, pues con mi grupo de amigos. Recuerda que te dije hace algunos meses que me recorrería con ellos algunos condados de Irlanda —me arrastró con él unos metros para señalarme donde sus amigos lo esperaban.



—Te estás tomando muchas vacaciones, ¿eso de ahí no es una molla de grasa? —le señalé la barriga.

—¡Qué dices! Me caigo muerto —se miró asustado tocándose. Reí tapándome la boca, y al verme reír supo que era una broma entrecerrando los ojos.

—Pero que bruja eres. Eres peor que Carla —me acusó dándome un leve manotazo en el hombro.

Luego desvió la mirada de mí quedándose embobado, abanicándose con la mano.

—¡Oh, por Jesús! ¿Quién es ese adonis? —me susurró.

Miré en su dirección con disimulo.

—Es Darién... un amigo.

Theo siguió eclipsado comiéndoselo con los ojos. Sacudí la cabeza sonriendo.

—No es de tu clan para que lo sepas.

Bufó un suspiro.

—Era lo que esperaba, ese tipo de dioses solo son heterosexuales. ¿Y solo sois amigos? —me preguntó malicioso queriendo saber más.

Puse los ojos en blanco evitando responderle.

Me inquietaba que Darién siguiera serio, mirando la mesa sin levantar la vista.

—Por cierto, me alegro muchísimo lo que le ha pasado a Rodolfo. Ese ojo morado lo tiene merecido. ¿Quién será tu salvador? Todas las revistas del cotilleo te apuntan, querida. Pero tranquila, con otro escándalo más gordo seguro que se olvidan de ti.

—No me importa nada de lo que puso Rodolfo en el periódico The Secret. Lo que no puedo tolerar es que esa persona al que apodan El Protector Fantasma, siga golpeando a cada hombre que me insulta. Me inquieta no saber quién es.

—Si a mi pareja públicamente en un periódico que lo leen millones de

personas la llamaran mojigata e insulsa... ay cariño mío, yo también respondería con la violencia y más aún cuando todo lo que dijera ese periódico fuera mentira.

—Sí, pero aquí la cuestión es que no tengo pareja.

—Sí, es lo raro. Bueno, será una persona que te admira mucho. En este mundo se ve de todo.

—Por eso estoy aquí unas cuantas semanas. Deseo alejarme del mundo exterior. Y Muckcross-Knightley House fue una buena opción.

—Yo también escaparía de todo teniendo de compañero a él —me dio un codazo mirando a Darién.

Le hice un gesto avergonzada por si Darién lo había oído, aunque seguía sin mirarnos ni desear acercarse para saber quién era el hombre que hablaba conmigo. Por su expresión tan severa y pétrea no sabía si acercarme con Theo para presentárselo.

—Theo, vámonos.

Lo llamaron sus amigos algo impacientes. Él les hizo una señal de que iría enseguida.

—Me marchó, Adalia. Toca visitar el condado de Clare.

Se despidió de mí con un abrazo cariñoso.

—Cuando vuelvas ya me contarás todas las anécdotas que has vivido.

—Dalo por hecho. Tardaré en ver a Carla, dale recuerdos de mi parte más un abrazo amoroso.

Asentí entusiasmada observando cómo se iba. Y traspasó la puerta saliendo del restaurante. Suspiré feliz. Nunca pensé que encontraría aquí a Theo, precisamente en este condado. Ese año *sabático* le estaba sentando de maravilla.

Volví a la mesa donde Darién me esperaba tan inmóvil.

—Era Theo, un amigo —me quitó un mechón que caía sobre mi frente acomodándome en la silla.

Inspiró aire con lentitud mientras alzaba la cabeza, y observó con atención

mi rostro durante un buen rato con una expresión fría que me dejó destemplada.

—¿Ocurre algo? —quise romper el hielo.

—Pensé que no lo harías pero lo has hecho —dijo seco y distante—. Al parecer no tienes suficiente con mi compañía.

—No entiendo de qué hablas.

—Yo creo que sí —alzó la voz y me quedé perpleja de verlo furioso mirándonos más de una persona de nuestro alrededor—. Ese es tu amiguito, ¿no? Lo has besado sin escrúpulos delante de mí —refutó entre dientes sobresaliéndole una vena de su frente.

—¿Perdón? —estaba perpleja.

—No pienso tolerar que beses a otros mientras estés conmigo —echó la cabeza hacia atrás un segundo como si buscara algo.

No le entendí, bueno en realidad ese tono posesivo si lo había percibido. No parecía el Darién que yo conocía. Actuaba de un modo radical y estricto.

—Lo primero, yo no lo he besado. Y lo segundo, Theo...

Mis palabras se atascaron en mi garganta emitiendo un gemido leve, al sentir que Darién me cogía de la muñeca haciendo que me levantara de mi silla. Con pasos rápidos nos alejamos de nuestra mesa, aislándonos de los ojos curiosos.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté con cierta inseguridad.

—A demostrarte quién es tu compañero.

Siguió llevándome con él. Me agarraba sin fuerza, como si de alguna forma yo tuviera en mi *poder* la elección de seguirle o bien de rehusarme. Y la verdad, no deseaba soltarme, aunque una parte de mí me pedía que lo hiciera por una terrible *desconfianza*, por no desear vivir la experiencia que estaba por llegar, pero me gustaba y me excitaba arriesgarme con Darién porque sabía que él nunca me haría daño. Cada paso que daba con él era una *aventura* emocionante. Mi sangre se alteró al ver donde nos dirigíamos. ¡Al aseo de señoras! Él no podía entrar ahí. Pero abrió la puerta bajo el afán de llegar al lugar. Di gracias de que dentro no hubiese nadie. Estaba nerviosa, deseosa,

temblando y esperando su siguiente paso. Sin soltarme de la muñeca se dio la vuelta para cerrar la puerta de un tirón y echó el pestillo. Mi cuerpo se estremeció por su dureza.

—Espera, Darién, yo...

Deseaba asegurarle que no tenía nada con Theo. Por Dios con Theo, era absurdo. ¿Cómo podía pensarlo? Si todo Dios sabía que era gay. ¿Estaría celoso?

*Ja. No cantes victoria.* Pensó mi lado sensible.

Sus manos se posaron en mis caderas, y no me dio tiempo a reaccionar debidamente, me empujó hacia atrás y gemí al sentir las frías losas de la pared en mi espalda, encontré la pasión salvaje en su mirada pero también la irritación. No me dio espacio, su cuerpo se pegó contra el mío sin restricción. Abrí mi boca pero al instante sus labios aplastaron los míos con voracidad. Si creía que antes me había besado con fuerza y deseo, esos besos se quedaban cortos al lado de éste. No hubo espacio para la respiración ni para una pizca de dulzura, su boca era dura y apasionada donde cada movimiento de su lengua me excitaba más y más deseando que en un arrebato de locura me arrancara el vestido para que me *poseyera* de una maldita vez.

Ya lo creo que me estaba quedando claro quién era mi acompañante. Pero no tenía por qué demostrármelo. No tenía por qué ponerse así. De pronto, sus manos bajaron hasta mi vestido remangándomelo con demasiada prisa, y me alzó sobre su cintura rodeando mis piernas sobre ella. Y noté su cuerpo tenso, excitado y deseando *reclamarme* como suya. Ahogué un gemido en su boca maravillada por experimentar esa sensación. Me deseaba. Ahora estaba segura.

—No quiero que otro te llame «cariño mío». No lo puedo soportar —su mirada salvaje me tenía atrapada.

—No... no te detengas —le supliqué entre jadeos cuando me dejaba apenas respirar.

Me sonrió extasiado y de nuevo sus labios me atacaron voraces. Enredé mis manos en su pelo sintiendo el deseo irrefrenable de que me poseyera aquí y ahora...

Tres golpes sobre la puerta nos despertaron de nuestra burbuja.

Y no esperando esa reacción, Darién separó tan brusco sus labios de los míos y me dejó caer al suelo haciendo que me tambaleara, apoyando mis manos temblorosas en la pared que tenía detrás. Se repasó una mano por su pelo con una expresión enfadada y desconcertada.

Lo miré preocupada al verlo tan alterado. Yo le pedí que no se detuviera, ¿por qué lo hizo? La mujer que había tocado la puerta parecía haberse marchado ya. Relamí mis labios hinchados deseando que iniciáramos lo que los golpes en la puerta nos había interrumpido. Maldita sea. Se dio la vuelta apoyando sus manos sobre el mármol del lavamanos agachando la cabeza con remordimiento.

—Dios pero que me está pasando —expresó con voz grave—... que me estás haciendo.

Me quedé helada un segundo por sus palabras.

—Darién yo... —adelanté un paso alzando la mano.

—No —me rehuyó sin apenas levantar la mirada del suelo como si le diera vergüenza mirarme—. Por favor, no te acerques. No me encuentro bien conmigo mismo.

Bajé la mano y la entrelacé con la otra mirándolo desconcertada por su reacción.

—Arrastrarte hasta aquí ha sido lo más humillante que he hecho contigo. No debí hacerlo. Lo siento.

—No te sientas culpable, Darién. Yo quería...

—¡Si me siento culpable! —Gritó y me alteró su reacción observando su rostro torturado—. No debí hacerlo. Traerte aquí para demostrarte algo que verdaderamente me doy cuenta que no es cierto. Yo no soy así. No puedo perdonarme esta humillación que te he hecho. Como si fueras una cualquiera.

Amargué mi rostro al verlo martirizarse y culparse por algo que lo dos habíamos deseado con locura.

—Darién, sino hubiese querido que nos besáramos de esa forma habría hecho cualquier cosa para detenerte. Créeme.

Volví a intentar acercarme, y que volviera a rehuirme me hacía daño. Tanto, que podía quebrar mi alma.

—Vámonos —dijo con sequedad saliendo del aseo sin mirarme tan siquiera.

Mordí mi labio inferior irritada y con ganas de gritar, mirándome un segundo en el espejo. ¿Por qué tenía la sensación de que esta noche era la definitiva para que Darién se alejara de mí? Eso me asustó. Y salí apresurada detrás de él. Pero no hubo manera de hablar con Darién, se comportaba rígido y tan frío como un témpano, pagó la cuenta dejando una gran cantidad de propina y salimos hacia fuera. Sin mirarme, me ofreció su americana y estuve a punto de rechazarla, pero no quería que siguiera sintiéndose mal. La cogí mirándolo, mientras se alejaba y rodeaba el deportivo para entrar. Suspiré afligida.

De camino a Muckross-Knightley House fue en un total silencio que estuve dispuesta a interrumpir para aclarar ciertos puntos que él se creía que eran de otro modo.

—Theo es gay. Siempre a las chicas nos besa así.

Me fijé que apretaba las manos en el volante y miraba un momento hacia el lado de su ventanilla, perdiendo la visión de sus facciones.

—¿Por qué no me lo dijiste? —parecía haberlo dicho entre dientes.

—No me dio tiempo —musité.

Me arrepentí al ver que endurecía su rostro ensombreciéndolo. Comenzó a llover a medida que anochecía. Mis ojos viajaban por las diversas gotas que se quedaban en la ventanilla de mi lado, y me quedé ensimismada. No hablamos más durante el trayecto. Y mi corazón presentía lo peor.

La tormenta no disminuyó, y fue a más cuando llegamos a la mansión, Darién aparcó en la entrada y vi a Alfred con un paraguas.

Darién salió del coche sin decir palabra, mojándose, sin importarle la fría lluvia. Alfred corrió a su lado pero él rechazó su ofrecimiento a que lo resguardara con el paraguas, y con la cabeza agachada dio la vuelta al deportivo para entrar en la mansión. Solté un suspiro amargo saliendo del McLaren. Me estremecí cuando escuché un trueno, no agradándome las

sensaciones que me transmitió.

La oscuridad cernía todo el lugar y me fijé que la luz del interior de la mansión no estaba encendida.

—¿Qué ocurre con la luz, Alfred? —le pregunté mientras caminábamos hacia la puerta estando delante Darién sin poder despegar mis ojos de él.

—Se fue hace una hora, señorita. Pero ya me he encargado de poner velas por toda la mansión.

Le sonreí.

—Gracias, Alfred.

Las puertas se abrieron observando al entrar a Olivia y Mary esperándonos muy juntitas en el recibidor.

—Parece que la tormenta va a durar toda la noche —expresó Mary ayudándome a quitarme la americana de Darién.

—Eso parece —dije sumida en mis pensamientos.

Alfred cogió un candelabro del recibidor iluminando más mi zona. Miré un momento por la ventana como caía la incesante lluvia. Hoy era un día bastante nefasto. Una tormenta que duraría toda la noche, la luz se había ido, y Darién enfadado consigo mismo. ¡*Darién!* Pensé deprisa.

Bajo la luz tenue de las velas lo busqué con la mirada. No estaba.

—¿Y Darién? —pregunté deprisa.

—Se ha marchado hacia arriba, señorita —me señaló Olivia las escaleras—. Me he ofrecido ayudarle en lo que necesitara, pero con un gesto me lo ha negado.

Con preocupación miré las escaleras y las huellas que había dejado al subir. Lancé otro suspiro. ¿Por qué se culpaba de algo que no había hecho mal? Tampoco me arrastró en contra de mi voluntad hacia el aseo de señoras. Con Darién ya no sabía que pensar. A veces lo tenía tan cerca y otras en cambio lo sentía como las estrellas en el firmamento, inalcanzables.

—Podéis retiraros a dormir. Parece que va a ser una noche muy larga —aseguré a los tres.

Alfred hizo un leve gesto de cabeza.

—Que descanse, señorita.

Antes de marcharme Olivia me dio una vela, le sonreí y subí las escaleras con cuidado de no tropezar al estar poco iluminado. La lluvia golpeaba las ventanas bajo los tenebrosos truenos que retumbaban por toda la mansión. No pegaría ojo en toda la noche y no sería por esta odiosa lluvia que me ponía los pelos de punta, sino por Darién.

Entré a mi habitación mirando que había una vela encendida encima del tocador. Dejé la que tenía sobre mis manos, encima de la mesita de noche. Mis ojos vagaron un momento hacia el acceso secreto y me quedé mirándolo. No vendría. Miré la cama. Esta noche no habría una rosa roja sobre la almohada.

Al final gruñí enfurecida tirándome sobre la cama. Cada hombre que había intentado entrar en mi vida solo quería una cosa, y no era que lo amara para siempre, sino algo superficial que yo podía facilitarle. Y Darién me había demostrado todo lo contrario al prototipo de hombres que se cruzaron en mi camino, quedándose esos en el *olvido*. ¿Qué le remordía verdaderamente? ¿Se arrepentía de estar aquí conmigo? ¿Era eso? ¿Y no sabía cómo decírmelo?

Apreté mis labios cabreada, paseándome por la habitación hasta detenerme frente al espejo. Me vi claramente enojada por la forma en que fruncía el ceño, llevé una de mis manos hacia los labios recordando el beso tan ardiente y salvaje que me había dado.

Me deseaba. Estaba segura de ello. Ya no tenía dudas. Él se había saltado su tercera regla de no besar a las mujeres... ¿para qué hacerlo sino me deseaba? Sonreí pero al instante borré esa alegría.

¿Y si mañana despertaba y Alfred me decía que Darién se había marchado temprano? ¿Cómo impedirse eso? Que me destrozara de esa manera.

Repasé sus fases:

*Remordido.*

*Deprimido.*

*Distante.*

*Se desprecia.*



*No me quiere tocar.*

*No me quiere mirar.*

Podría estar haciendo las maletas ahora mismo si esas *fases* eran las correctas.

—No —susurré espantada.

No lo dudé un instante más, ya fui demasiado cobarde en estos días atrás y ya era hora de enfrentarlo. Salí de la habitación encaminándome todo el pasillo, observando los candelabros colgados en las paredes, iluminados por una pequeña llama. Llegué a mi destino y con valentía abrí la puerta cerrándola de un portazo. Contuve la respiración. Solo tenía una vela encendida sobre la cómoda no dando mucha luz al entorno. Mis ojos lo encontraron cerca de la ventana, apoyado contra la pared, miraba hacia la oscuridad tormentosa que cernía la noche, pero al oír el portazo sus ojos me miraron. Estaba desnudo de cintura para arriba, pero se había dejado los pantalones. Dejó caer la cortina que sostenía de la ventana mirándome sin pestañear.

—¿Qué haces aquí? —su pregunta fue severa y directa.

*Se valiente, Adalia. Ahora que estás aquí.* Pensé en mi fuero interno.

—Debo hacerte una pregunta.

Frunció el ceño desconcertado mirando hacia otra parte. Odiaba que no deseara mirarme.

—Creo que no es el momento adecuado...

Y se lo solté de golpe apretando las manos.

—¿Me deseas, Darién?

Dejó de hablar bajando el tono de su voz y volviendo a mirarme. Me quedé rígida sin apartar la mirada de la suya que estaba totalmente impactada.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dije con firmeza intentando no flaquear.

Dios, como me temblaban las rodillas. Me encontraba sumamente nerviosa porque ansiaba oír la respuesta. Adelantó un paso, pero luego se retractó

echándose hacia atrás, pareció murmurar algo pero no lo entendí y se repasó una mano por su pelo sacudiendo la cabeza, dándome la espalda.

—Sal de mi habitación, Adalia. Ahora.

Sus palabras tan tajantes, duras y frías me dejaron paralizada. No podía despreciarme de esta forma.

—No —logré articular.

Al fin se atrevió a darse la vuelta para contemplarme tras desafiarle. Dio un escaso paso sintiendo que se contenía al ver como su cuerpo se tensaba. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que contenerse? Sabía que me deseaba, ¿por qué no aceptarlo? Evitó mirarme otra vez. No me avergonzaba estar delante de él y haberle preguntado esa pregunta inadecuada. Vi que apretaba los puños.

—Me siento rastrero por cómo me comporté contigo en el restaurante. No era yo.

—¿Y quién eras, Darién? —le pregunté desesperada.

Esperé su respuesta durante unos largos segundos en los que se oía la lluvia torrencial de afuera acompañada de los truenos. No me respondió girando su rostro atormentado hacia otro lado. Me crispó que hiciera eso.

—¿Me deseas como mujer? Es muy fácil de responder. Sí o no.

Sentí como fuertemente me palpitaba el cuello y me encontraba hecha un manojo de nervios por su respuesta, sintiendo mi corazón desbocado latiendo contra mi pecho. Si me decía que «no» iba a derrumbarme, lo sé.

—Lo que desee ya no importa. Fue un error venir aquí contigo. Fue un error besarte. Fue un error comportarme vilmente de esa manera contigo en el restaurante. Y es un error que estés aquí, Adalia. Un error que se puede reparar marchándote...

Cada «error» me golpeó en mi cara como si fuera una bofetada que me habría tirado contra el suelo impidiéndome levantarme, al aplastar mis sentimientos de una manera atroz. Cerró los ojos como si no deseara verme y le desagradara mi presencia.

—Y porque tú eres la hija de un famoso y yo... yo no soy nadie. No debo desearte. Vete por favor. Sal de aquí.

*Error*. Para una clara traducción significaba: no. No me deseaba. En mi interior algo se quebró. Y no lo soporté. Mi corazón se había hecho añicos. Ahogué un gemido que intenté tapar con mis manos pero fue tarde. Darién levantó la mirada cambiando su semblante, apaciguando sus ojos oscuros y atormentados para mirarme preocupado.

Estaba hecha un mar de lágrimas. Y no me importaba que las viera recorriendo mis mejillas.

—¡Eres un cobarde!—mi pecho se agitó, atragantándose mis palabras en la garganta—. Eres igual que todos los que han intentado utilizarme.

—Adalia —murmuró torturado al verme en ese estado dando un paso hacia mí.

Y yo retrocedí otro con ira.

—Ya no puedo más —repasé una mano por mi pelo—. No lo soporto. No soporto que tú no me desees... de todos he tenido...

Me quedé helada deteniéndome a tiempo. Y la *revelación* se hizo ante mí. Lo descubrí. Esa puertecita en mi corazón se abrió de golpe atravesando las murallas que habían intentado interponerse para que nunca sucediera, pero nunca había valido de nada construir las murallas. Porque desde que lo vi por primera vez *atrapó* mi corazón despertándolo.

Estaba *enamorada* de Darién.

Me partió en dos descubrirlo por muchos motivos. El primero de todos; que él no correspondía mi amor. El segundo; que no me deseaba como mujer. Que me había equivocado siendo una tonta atolondrada que soñaba con su príncipe y su cuento de hadas.

Nos miramos a los ojos unos segundos que se volvieron eternos. No soporté estar en esa habitación con él tan cerca pero a la vez tan lejos, sin poder tocarle ni decirle cuanto lo amaba, sin poder acariciarle y perderme en sus brazos que tantas veces había anhelado con intensidad.

—¡Adalia!

Lo oí detrás de mí en cuanto salí corriendo de la habitación. Apresurada, corrí por todo el pasillo conteniendo el aliento sin pensar en las

consecuencias. En esa carrera loca me quité los zapatos dejándolos en el pasillo, y remangué la falda de mi vestido para correr con más agilidad. Me estaba persiguiendo pero mi mente lo bloqueaba haciéndome daño su voz. Me sentía *aterrada* de descubrir que amaba a Darién y que jamás podré tenerlo. Qué nunca sería mío. Qué jamás se enamoraría de una chica como yo. Porque yo no era gran cosa como mujer. Bajé las escaleras casi tropezando en el último escalón, pero me repuse a tiempo llegando hasta la puerta principal.

—Adalia, detente —me pidió con la voz asustada y desde las escaleras.

No lo hice. Abrí la puerta y salí al exterior donde caía el torrencial de la tormenta, no tardé más de tres segundos en empaparme de pies a cabeza penetrando el frío en mis huesos, haciendo que el vestido se pegara sobre mi cuerpo sintiéndolo pesado. Descalza, atravesé uno de los tantos caminos de piedra alterándome los truenos y sintiendo bajo mis pies las piedras resbaladizas por el agua, haciéndome patinar en más de una ocasión.

—Adalia, maldita sea. ¡No sigas!

Seguí deseando escapar de la realidad que me golpeaba y me quemaba. ¿Por qué precisamente mi corazón tuvo que fijarse en Darién? De todos, él. ¡Por qué!

Mis pies se trabaron sobre una raíz que sobresalía en el camino y caí contra el suelo sintiendo toda la piedra mojada sobre mi cuerpo. Comencé a gemir no sintiéndome malherida físicamente, sino herida del corazón, me estaba destrozando sentir tantas cosas al mismo tiempo.

—¡Por Dios, Adalia! —su grito fue ahogado.

Darién se arrodilló a mi lado fatigado y continué echada sobre la fría y mojada piedra, pero sus manos se encerraron en mis brazos para darme la vuelta y que lo obedeciera. Luché contra él repudiando que me tocara hasta que consiguió darme la vuelta, y no tuvo más remedio que ponerse encima de mí para bloquear mis ataques, apresando mis muñecas contra el camino que pronto se enfangaría de barro. Intenté quitármelo de encima pataleando y él gruñó haciendo más fuerza sobre mí.

—Basta. ¡Por qué lo has hecho! ¡No ves que estamos en plena tormenta! ¡¿Quieres morir?!

—¡Sí! —Le grité con la voz ahogada y sus ojos se quedaron atónitos enfrentándose con los míos tan rotos de dolor, recordando el día que desperté del coma—. Debí morir ese día... porque... porque en realidad mi vida está vacía. Solo soy una carga para las personas que más me quieren. Soy una burbuja que no deja de explotar. Miro a mi familia y en su mirada veo reflejado el dolor por no poder saber verdaderamente quienes son —las sombras de la noche jugaban con nuestros rostros y apenas podíamos vernos. Se quedó callado sin responderme percibiendo que me volvía a rehuir—. Quiero que me sueltes, no te atrevas a tocarme —me sacudí furiosa por todo, pero no me soltaba, seguía encima de mí teniendo mis manos contra el camino encharcado, dejando su rostro a escasos centímetros del mío y sintiendo como el agua corría por nuestros cuerpos—. ¡Qué soy para ti, Darién! ¡Anda dímelo! No me dolerá, ya estoy acostumbrada a que me pisoteen los hombres, a que me utilicen, a que me humillen. Qué debo, ¿darte las gracias por no utilizarme como lo han hecho ellos? ¡Quieres que te lo agradezca!

Su cuerpo comenzó a temblar apreciando la dureza de su rostro como si no le gustaran mis palabras.

—No sigas... —fue una firme advertencia entre dientes.

Entrecerré los ojos, emanando la furia por mis venas y sintiendo la borrosa visión al golpear las gotas sobre mis ojos.

—¿Qué no siga? Eres un cobarde. No me dolerá, venga dilo —alcé más la voz a la vez que el trueno estremecía el cielo—. Dilo para que puedas liberarte y puedas marcharte de aquí si tanto lo deseas. ¡Vamos! Que soy para ti...

—¡Eres mi vida!

Mi aliento se consumió como el fugaz rayo que pasó por el cielo en cuestión de milésimas encima de nosotros. Nos miramos un rato sin decir nada más, solo escuchándose la persistente lluvia golpear la tierra. Mi cuerpo había dejado de luchar contra el suyo rindiéndose ante esas palabras. Mi mente no podía creer en esas tres palabras tan cortas, pero que llenaban de amor mi corazón.

—Eres mi vida, Adalia —volvió a susurrar cerca de mis labios lentamente—. Y mataría a todos los bastardos que te han hecho daño psicológicamente

quebrantando tu espíritu, y al malnacido de Ryan. Si me lo encuentro algún día no soy dueño de mis actos. ¿Es eso lo que querías oír?

Las emociones me inundaban sin parar brotando una pequeña esperanza en mí, pero vi una pequeña fragilidad en su mirada y me pregunté por qué la arrastraba. A veces Darién tenía una mirada triste y otras veces rota. Y siempre me preguntaba por qué. Ambos teníamos *secretos* que no deseábamos desvelar.

Miró hacia ambos lados observando el terreno.

—Tengo que llevarte de nuevo a la mansión, está diluviando. Y no deseo que nos caiga un rayo.

Se puso de pie y con facilidad me alzó en sus brazos. Cobijé mi cabeza contra su pecho sintiendo el *refugio* de su cuerpo mientras el mío tiritaba de frío. Sus brazos firmes y protectores me rodeaban y no habló de camino a la mansión.

«*Eres mi vida*». Mi corazón atolondrado se dio esperanzas. ¿Podía tan siquiera gustarle aunque fuera un poco? ¿Me bastaría solo ese poco? Subió las escaleras sin apenas esfuerzo y me sorprendió que se dirigiera a su habitación, abrió la puerta y la cerró con uno de sus pies.

El rubor de mis mejillas me hizo palpitar. Me bajó de sus brazos y me quedé encogida tiritando al sentir el frío deslizándose por mi piel por culpa de las gotas heladas de la lluvia. Sobre el espejo que tenía encima de la chimenea, me vi reflejada. Había mojado y embarrado un poco este precioso vestido que él me había regalado. Hice una mueca apenada y llena de vergüenza. ¿Se podía ser más tonta? No, creo que encabezaba la lista de las más tontas de este mundo. Me ponía nerviosa que se mantuviera en silencio, y me preguntaba cada segundo que pasaría por su cabeza. Se acercó a una cómoda abriendo el segundo cajón.

—Quítate el vestido —me habló sin darse la vuelta observando que cogía unas toallas.

Me llevé una mano al cuello sintiendo que me ponía roja.

—¿Qué? No —susurré con timidez.

¿Por qué ahora me embargaba la vergüenza de desnudarme si hacía unos

minutos no la tenía? Ladeó su rostro mirándome con una desbordante y ardiente mirada que me hizo tragar un gemido.

—Estás mojada y no quiero que enfermes. Sino lo haces tú, lo haré yo. Así que tú decides —puso cierto tono dominante torciendo una pequeña sonrisa.

Miré al suelo consumiéndome la vergüenza. Inspiré aire con valentía. Y me llevé las manos hasta los dobladillos de mi vestido despojándolo de mi cuerpo. Al instante me sentí vulnerable. Encerré mis brazos sobre mis pechos a pesar de llevar el sujetador. Se dio la vuelta dándome una toalla.

—Gracias —dije.

Asintió sin hablar y se acercó hasta la ventana asomándose entre las cortinas. Se quedó unos segundos mirando la oscura noche en la que no amainaba ni un segundo la tormenta. Un trueno hizo qué apretara los dientes, estremeciéndome.

—Creo que *Taranis* hoy está muy enfadado. No deberíamos salir otra vez, no quiero enfrentarme a él para rescatar de nuevo a una bella mortal de sus garras —me dejó caer con una media sonrisa que me derretía.

Me hizo sonreír sonrojándome. Acababa de mencionar a un dios *celta gales*. Proclamado por los mortales como el Dios del *trueno*, la *luz* y el *cielo*. Representando la fuerza sobrenatural de las tormentas.

Se alejó de la ventana desabrochándose los pantalones mojados.

*Ay Dios, ay Dios*. Pensé latiéndome el corazón a mil. No pasaba nada, solo se estaba quitando los pantalones, ¿y entonces por qué me estaba poniendo más nerviosa? Se acercó a la chimenea viendo de reojo que llevaba los bóxers aún, se inclinó prendiendo el fuego y procurando que la llama se avivara. Restregué la toalla por mi rostro quitándome el agua y también la del cuerpo. Me temblaban las piernas, las manos, no estaba segura de sostenerme por mí misma si seguíamos aquí, los dos semidesnudos sin saber muy bien donde iríamos ciertamente.

—Acércate. Necesitas calentarte —señaló la chimenea.

Contuve el aliento.

Y me acerqué despacio, agradeciendo mis pies pisar la suave alfombra

cercana a la chimenea, manteniendo la toalla sobre mi cuerpo. Dejó el atizador a un lado y se irguió hacia mí mirándome, y antes de que le hablara para romper esta tensión, se dio la vuelta y cogió sobre la cama una manta marrón acercándose de nuevo a mí. Sin ningún pudor despojó la toalla de mi cuerpo, donde sin poder impedirlo se me escapó un jadeo y vi como sonreía tan canalla. Rodeó la manta por mi cuerpo agradeciendo el calor de la chimenea y el que resguardaba la propia manta.

Mis ojos volaron hacia su torso tonificado un poco húmedo aún por el agua, volviendo a contemplar la quemadura sobre el hombro y dos cicatrices más. ¿Cómo se las hizo? Descubrió que lo miraba con tanta curiosidad y aparté la mirada subiéndome mi propio fuego excitador por mi cuerpo. Pero no me dijo nada. Y a medida que pasaba el tiempo entendí cuál era su propósito conmigo, quería cerciorarse de que me quedaba lo bastante seca para que luego me marchara a mi habitación, y que de esa manera no se sintiera culpable por si pescaba un resfriado. *Eres una tonta, Adalia*. Pensé en mi fuero interno. Solo yo me hacía ilusiones nuevamente con él.

—Creo que dentro de esa manta hay un sitio para mí.

—¿Cómo? —lo miré parpadeando.

Pero no me dio tiempo de reaccionar, se acercó lo máximo a mí pero sin rozar nuestros cuerpos, cogiendo la manta y rodeándonos con ella para que estuviésemos dentro él y yo.

—Creo que es una buena forma y más rápida de calentarnos.

*Oh, sí, ya lo creo*. Pensé nerviosa apretando los labios.

Sus ojos azules no dejaron de observarme y yo intentaba mirar cada zona de la habitación para no quedar atrapada en su mirada. Estaba segura que veía lo sonrojada que estaba, aunque también podía excusarlo diciéndole que era por el calor que emanaba la chimenea. Pero había algo que me inquietaba. Que me desconcertaba. Él intentaba estar lo más alejado de mí dentro de la manta, y nuestros cuerpos apenas se rozaban.

—¿Por qué no te acercas más? —le pregunté con valentía.

Esbozó una media sonrisa.

—Porque al instante estarías muy incómoda.



Fruncí el ceño.

—No te entiendo.

Al instante caí en la cuenta a qué se refería sin que tuviese que decirme nada, y como loca no tuve otra cosa que hacer que mirar un segundo hacia abajo.

—Lo siento... perdón no ha sido mi intención —me disculpé cerrando los ojos, agitada.

Se rio con suavidad.

—Tranquila, es algo natural.

Rehuí su mirada apasionada ahora sintiendo una pequeña incomodidad por la situación. No quería pensar más. Dios santo esto era demasiado. Esto me pasaba por ser una atolondrada. Y ahora que había descubierto que estaba enamorada de él, me daba miedo cada paso que quería dar con firmeza, seguramente equivocándome al darlo.

—¿Crees que no te deseo?

Volví mi mirada hacia la suya ardiente y salvaje.

—¿La verdad? No.

Sacudió la cabeza sonriendo con picardía por algo que pasaría por su cabeza.

—¿Y esto que te dice?

Encadenó sus brazos sobre mi cintura tirándome hacia él y gemí dejando mis manos contra mi pecho al sentir su erección, firme y dura contra mi vientre.

—No me pasaría esto sino te deseara, Adalia. ¿Crees ahora que no te deseo?

Mis sentidos se descontrolaron y me quedé balbuceando mientras sentía arder mi cuerpo.

—Eso puede ser normal, te... he... he excitado un poco y ya está. A todo hombre... le...le pasa si la mujer lo incita un poco.

—¿Un poco? —parecía poner un tono burlón—. ¿Por qué eres tan

testaruda? Me recuerdas...

—¿A Kisa? —me adelanté mostrando mi altivez de que pensara en ella justo en este momento.

—Sí... a ella.

Y me lo decía tan ancho. Maldita sea. ¿Me estaba diciendo que yo me parecía a esa mujer despiadada?

—¿La amas?

Se quedó callado por bastante tiempo mirando el fuego.

—Me hizo mucho daño. Aún no sé si puedo perdonarla.

*Maldita seas Kisa, por hacerle daño a Darién.* Pensé cabreada. Aunque no me había respondido la pregunta de si aún seguía amándola. Aunque sintiera el cuerpo caliente de Darién sobre el mío y la gran atracción que ejercían nuestros cuerpos reclamándose cada vez que se tocaban, no me podía negar que era una tonta porque por más que lo deseara, él no podía olvidarla. Y me daba rabia, celos y me llenaba de mil temores. Ciertamente Darién jamás fue, ni será mío.

Suspiré para mí. Lo que iba hacer a continuación me iba a *desgarrar* el corazón por completo, pero tenía que hacerlo.

—Te dejaré solo —musité.

Intenté desprender la manta de nosotros y salir de ese pequeño espacio donde estábamos metidos él y yo. Pero sus manos no se apartaron de mis brazos, impidiéndomelo con más fuerza. Tragué saliva.

—Darién...

Su boca se abalanzó sobre la mía sin dejarme hablar, rodeándome sus manos por mi cintura y apresando mi cuerpo contra el suyo para que sintiera cuanto lo necesitaba, deslizándose de nuestros cuerpos la manta. Me dejé vencer en sus brazos sin poder pensar con claridad todo lo que necesitaba decirle, mientras me besaba rudo y apasionado.

—Sí, sí, lo admito. Te deseo malditamente —dejó caer su frente sobre la mía con la respiración agitada—. Cada noche te he deseado, se me ha hecho un infierno no besar tus labios cada vez que me apeteciese, que son el indicio

al paraíso cada vez que los beso. No irrumpir como un verdadero ladrón en tu dormitorio en plena madrugada y seducirte para yacer contigo hasta el amanecer. No sabes la de veces que he necesitado la apariencia de ser un caballero para no ser una bestia sedienta de ti.

Tomó con fuerza mi rostro para que nuestras miradas ardientes se quedaran unidas.

—Ya no lo soporto más. He caído a tus pies, Adalia. Si te quedas conmigo esta noche... no saldrás de mi vida tan fácilmente.

¿Qué quería decir con esto último? Su aliento acarició mis labios debilitándome, apretaba la mandíbula a la espera de que aceptara. Mi mente aún intentaba cavilar todo, que me deseara y que deseara hacerme el amor, pero mi corazón luchaba por *confesarle* una verdad que no tenía derecho a ocultársela. Si iba a entregarme a él, quería hacerlo sin mentiras.

—No soy virgen, Darién. No soy la virgen que te hice creer.

Echó su rostro hacia atrás e hizo un gesto de indiferencia.

—No esperaba ser el primer hombre en tu vida —me dirigió una mirada contenida y de pronto me estrechó entre sus brazos con magnitud—. Pero mucho mejor, ¿no? No me importan cuántos hombres hayan pasado por tu cama, Adalia. Me importa el ahora y que yo estoy aquí.

Aunque sentí cierto recelo en su voz mientras me lo decía, cuando acercó su boca a la mía para besarme, di unos pasos hacia atrás liberándome de él y sintiendo la fría puerta tras mi espalda. No, no quería que pensara que yo me había acostado con cualquier hombre. Ciertamente era mi vida. Pero no sé por qué mi corazón atolondrado quería rectificar sus palabras y aclarar sus dudas. Solo hubo un hombre en mi vida, y aunque no le gustara, se lo nombraría.

Torció una sonrisa diabólicamente sexy al verme rehuir.

Me aclaré el nudo que tenía en la garganta.

—Solo ha habido un hombre en mi vida. Y es Félix.

Su sonrisa tan transparente se esfumó de su rostro y temí que por nombrárselo nada sucediera entre nosotros. Lo miré a la espera. Sin vacilación, adelantó esos pasos que nos distanciaban dejando su rostro a

centímetros del mío mirándome asombrado a los ojos. Quedándome a su merced y sin aliento.

—¿Me estás diciendo que solo te ha tocado un hombre en tu vida? —preguntó con un tono vehemente.

¿Pero con cuántos hombres había imaginado que yo me habría acostado? Maldita prensa amarillista. Asentí observando que sus ojos se detenían en mis labios. ¿Por qué hacía tanto calor de repente? Quise culpar el calor que emanaba de la chimenea pero no era ella. Éramos nosotros.

—Y no sé, supongo que no lo hicimos una vez solo.

Su pulgar se paseó por mi labio inferior haciendo que cerrara los ojos por el estímulo de sensaciones que me hacía sentir que me tocara de esa forma tan erótica.

—Apuesto que no te tocó solo un vez. El maldito fue muy afortunado. El recuerdo que se llevó de ti lo tendrá marcado a fuego en su piel.

¿A qué venía eso?

—Entonces estás...

—Sí, estoy mucho tiempo sin hacerlo —respondí de inmediato para pasar esta vergüenza que la iba a recordar el resto de mi vida.

Un brillo de orgullo cruzó por su rostro torciendo una media sonrisa.

—¿A qué viene esa sonrisita? —pregunté al sentirme un pelín enfadada porque la mostrara. Esperaba que no estuviera pensando en una burla que decirme, porque eso si no se lo toleraría. Ya tenía suficiente no poder recordar cuantas veces hice el amor con Félix.

Las comisuras de sus labios se elevaron evidenciando más su sonrisa. Me pegué más contra la puerta cuando decidió apoyar una mano sobre ella, para tener su cuerpo más inclinado hacia mí, observando la tensión de sus hombros y cada fibra de sus músculos perfectos.

*Respira Adalia, respira.* Pensé buscando aire.

—¿Por qué yo? Dímelo, Adalia. No he dejado de preguntármelo desde que estoy aquí contigo. Me he obsesionado cada día, y en parte ha sido porque me dijiste en tu despacho que no querías sexo. Y solo mi compañía.

Sabía que alguna vez llegaría esta parte. Lo que no sabía es cuanta vergüenza estaba acumulando en mi cuerpo por no saber cómo decírselo. Bajé la cabeza ruborizada pero Darién no estuvo dispuesto a que apartara mis ojos de él, y levantó mi barbilla para unir nuestras miradas de nuevo esperando con paciencia.

—No lo sé —dije tragando saliva al sentir como deseaba que me besara de una vez—. Me sentí demasiado avergonzada cuando nos conocimos para pedirte que nos acostáramos. Yo no soy así. Necesitaba conocerte más. Fui una tonta al decirte que no al sexo, pero no quería que pensaras que era una salida que solo te buscaba por tu cuerpo. Eres el único que ha despertado algo en mí. Algo que estaba dormido.

«*Mi corazón*». Pero no pude decírselo por temor a que me echara de su habitación porque ya había involucrado mi corazón. ¿O en verdad debería irme? Coger esa opción más sensata, abrir la puerta y no mirar atrás. Sabía que no tenía la fuerza suficiente para salir de aquí.

*Oh, joder Adalia, te has saltado su regla número dos. Nunca, nunca se lo digas, aunque te mueras de ganas.* Pensé asustada por si lo descubría.

Sus ojos me miraron por bastante tiempo desprendiendo una ternura que encogía mi corazón. Pero no rebatió ni dijo nada de mi *confesión*, lo que hizo que me sintiera dudosa de si me creía o no.

—¿Vas a quedarte?

Y me di cuenta de que me daba *opciones*. Era una tonta al quedarme callada pero es que no sabía cómo reaccionar. Los nervios se acogieron en mi estómago intentando que saliera ese «*sí*» que deseaba gritarle.

Suspiró impaciente cuando no me moví de inmediato y levantó su mano hasta mi rostro.

Cerré los ojos al notar como su tacto podía hacerme sentir como si flotara en el aire, y que no existiera nada más a mí alrededor. Buscó con su mirada todo lo que necesitaba encontrar en la mía. Pero los *temores* se aferraban a mí como un hierro caliente, quemando mi frágil piel. Nos deseábamos. ¿Pero y si yo no era tan buena en la cama?

—Tal vez te decepcione —dije en un hilo de voz—. Tal vez sea la mojigata

que todos me tachan. Tal vez sea tan insulsa que te espante y salgas corriendo. He soportado como me han humillado y al menos una parte de la población humana cree que soy una insulsa, una mujer frívola, que no tengo corazón y que caliento a los hombres para luego burlarme de ellos. Mi belleza es una maldición porque ha atraído a los hombres más indeseables... menos tú. Tú eres lo contrario a ellos. Y no quiero decepcionarte.

Se quedó paralizado un momento pasando por su rostro una docena de emociones mirando a la profundidad de mis ojos como si yo fuera su mundo y nada más importara, y eso era un *hálito* de vida para mí. Tomó mi rostro entre sus manos con una mirada endurecida y oscura.

—Qué te han hecho... —susurró.

Y eliminó con su beso la lágrima que se deslizó por mi mejilla haciéndome sentir distinta, reabriendo mis anhelos. Sí, estaba rota, pero no solo por las personas que habían intentado destruirme, sino por el destino cruel que me arrebató mi vida en un tiempo atrás. No guardaba sueños ni esperanzas. Pero solo lo tenía a él. Y era demasiado egoísta para dejarlo ir. Era lo único bueno e irremplazable que me daba la vida para seguir luchando día a día. Y no quería pensar que algún día se marcharía para siempre. No, aún no quería pensar en ese día que rompería mi corazón en dos.

—¿Tengo que demostrarte que no serás nunca una mojigata y una insulsa para mí? —Había un tono juguetón en su voz aparte de una chispa de diversión en sus ojos—. Voy a tener que hacerlo.

Sus dedos se dedicaron a bajar los tirantes de mi sujetador mientras depositaba un beso prolongado en mi cuello. Agarré mis manos sobre sus hombros gimiendo, mientras se me escapaba su nombre de mis labios en una gran vorágine de excitación que se extendía por cada centímetro de mi piel.

—No, una mojigata no respondería de esa forma —sus ojos lujuriosos abordaron los míos haciéndome sonreír—. Seguiré demostrándotelo.

Sus labios siguieron el camino de mi cuello descendiendo. Sus grandes manos rodearon mis muslos arrodillándose ante mí, mientras depositaba besos en mi *piel* que despertaban mi pasión. Cerré los ojos buscando algo a lo que agarrarme. Paseó un dedo por el borde de mis bragas y sin ninguna prisa fue descendíendolas por mis muslos hasta hacerlas desaparecer de mi cuerpo. *Oh,*

*Dios.* Volvió su atención al centro que me estaba haciendo perder el control.

—Darién... —susurré entrecortada.

Cuando creí que me volvería loca de excitación, sentí como sus dedos acariciaban mi sexo e introdujo sin ninguna prisa un dedo, haciendo que mis manos se enterraran en su cabello gimiendo con fuerza. Cerré los ojos bajo el embriagador deseo. Lentamente fue entrando y saliendo, y empujé mis caderas hacia delante en un arrebato. Era un torbellino que me consumía y me hacía sentir más salvaje. No reconocía que pudiese gemir de esa forma tan exaltada y loca. Los labios calientes de Darién se entrelazaron con los míos sintiéndome en las puertas del orgasmo. Era una tortura. Una condena. No sé cuánto resistiría contra ese ritmo que me estaba haciendo perder la cabeza.

—Dámelo, Deva —me pidió salvaje y caliente en mi boca.

Al introducir un segundo dedo fue lo que me hizo explotar de placer, del más puro e intenso. Y grité en su boca estallando el orgasmo en mí, y que me hizo perder la cordura. Abrí los ojos extasiada y respirando con dificultad, sintiéndome como una gelatina. Miré sus ojos apasionados y triunfantes que no dejaban de mirar los míos.

—Y si fueras una mojigata no me habrías dejado hacerte excitar de esa manera.

Vio que no podía mantenerme por mí misma y me sujetó de las caderas. Con complicidad dejé caer mi frente contra la suya, sin dejar de disfrutar este momento tan mágico, y sin despegar de mis labios la sonrisa más maravillosa que pude sentir en mi vida.

—Eres mi Belenus —susurré tan extasiada.

—Hmm —estaba besándome el cuello—. ¿Acabas de llamarme Belenus?

Me hizo reír que lo dijera con un tono juguetón y divertido.

—Eres el sol, el fuego y la luz. Todo lo que representa quemarme. Y no lo pensaré dos veces si tengo que estar a tu lado.

—Eso no es tan bueno. No quiero quemarte ni una chispa, pero si quiero complacerte en todo, venerarte como te mereces...

—Pero sobre todo representas la luz que me ha despertado y que me

protege de cualquier maldad —dije complacida rodeando mis brazos por su cuello.

—Oh, Adalia —gimió apretando los labios con fuerza no resistiendo sus arrebatos.

Se abalanzó sobre mis labios tan hambriento que estuve embriagada gimiendo sin pirar mientras me devoraba, me consumía y me excitaba hasta límites que no podía creer que un beso podría hacer.

—Me estás tentando a que te tumbe sobre la cama como un salvaje y aún necesito que me digas que te quedas.

Aún contra la puerta intenté encontrar el aire que necesitaban mis pulmones para poder seguir. Su respiración entrecortada subió por mi cuello hasta llegar a mis labios y tirar de mi labio inferior. El deseo de tenerle dolía hasta mezclarse con la excitación. Era un *cóctel* muy explosivo.

—No puedes ser una insulsa porque abres el fuego en mis venas por poseerte. Nada de ti me va a decepcionar. Déjate llevar por lo que sentimos.

Sus caderas se conectaron con las mías para que lo sintiera. ¡Y ya lo creo que lo sentí!

—Me preguntaste quien era cuando me comporté como un imbécil contigo en el restaurante. Era un hombre que se estaba volviendo loco por hacerte el amor de una maldita vez. Y en estos días atrás he sido el más capullo de todos los hombres. Intentaba mantenerme sereno cada vez que te besaba, intentaba que nuestros cuerpos no se pegaran mucho porque sabía que perdería la cordura... hasta esta noche. Me tienes condenado a tu cuerpo. A tu piel. A ti.

¿Cómo diablos no lo noté en cada beso? Me hacía sentir más mujer y más poderosa saber que tenía ese poder sobre Darién.

—Tócame —susurró contra mis labios.

Sin temor, mis manos viajaron por el escaso vello que iniciaba en su pecho y que descendía hacia abajo de su abdomen. Cerró los ojos sintiendo el placer que le daba tocarle y que a mí me satisfacía hacerle sentir. Evité tocar el nombre de Kisa y quería besarle sus cicatrices, pero era posible que eso a él no le gustara. Me contuve. Y continué el recorrido por su duro vientre tonificado, fascinada porque tan hermoso cuerpo ahora en estos momentos *era*



*mío*. A veces me veía tan pequeña al lado de él y sé que no tenía nada de experiencia (aunque no sabía a ciencia cierta cuántas veces en mi pasado lo hice con Félix), pero estaba segura de que Darién sabría llevar la situación si algo no saliera bien por lo patosa que podría ser yo. Mis manos se detuvieron al verlas sobre el bordillo de sus bóxers. Y él abrió los ojos, esperando.

Su mirada lasciva recorrió mi cuerpo con una sonrisa, y luego su mano atrapó una de mis piernas haciendo que la enlazara en su cintura, sintiendo con más presión su erección contra mi vientre exclamando un grito ahogado que me colmó de lujuria.

—Hemos sido creados para encajar a la perfección.

Sus labios volvieron a atrapar los míos con frenetismo y sin control jugando su lengua en mi boca.

—Era cuestión de tiempo que cayéramos uno en brazos del otro —hizo una pausa y añadió—: Tú emanas la electricidad y yo la chispa que enciende la mecha. Adalia, quédate conmigo esta noche. Demasiadas noches te he esperado para dejarte marchar ahora —respiró agitado contra mi frente.

¿Sólo sería esta noche? ¿Estaría dispuesta a entregarme a él? No podía engañarme más, ya lo estaba haciendo. Me estaba entregando a él en cuerpo y alma. Ya no había cabida para la mente, ahora actuaba impulsada por mi *cuerpo* y mi *corazón*. El deje de súplica en su mirada hizo desaparecer todas mis inseguridades. Rodeé mis brazos alrededor de su cuello buscando sus labios.

—Hazme tuya. Solo tuya. Ahora —mi voz era tan débil como la voluntad de apartarme.

Vi una sonrisa traviesa asomándose en sus labios y segundos después, esos mismos reclamaron los míos sujetándome de las caderas a la vez que me alzaba sobre su cintura. Gemí con vehemencia aferrando mis dedos sobre su pelo y sintiendo como deslizaba sus labios por mi cuello mientras se movía por la estancia y me tumbaba sobre la cama con destreza. Estábamos enfebrecidos de deseo, la línea de la cordura que nos había mantenido serenos estos días, se rompió dejándonos en el *olimpo* del placer carnal; aunque fuera demasiado tarde para mí, por entregarle también mi corazón.

Tiré de su cuello hacia mí colisionando nuestros labios a la vez que con

impaciencia se deshacía de sus bóxers y se introducía entre mis piernas reclamando mi cuerpo. Y me penetró con lentitud bebiendo de mis labios mi gemido violento mientras una leve punzaba me incomodaba, pero que instantes después fundió el placer más puro aplacando ese leve síntoma. Se detuvo un segundo mirándome al haber sentido mi gemido quebrado. Y busqué desesperada sus labios con impaciencia de que se detuviera, y empujé mis caderas contra las suyas alentándole. Gruñó contra mis labios moviéndose con frenesí por ese movimiento que lo volvió loco de deseo. Algo nos había hecho ser impacientes, reclamándose nuestros cuerpos con locura como si se hubieran echado de menos, sucumbiendo a la voracidad salvaje y anhelante. No hubo paciencia para saborearnos ni para tocarnos con calma.

Agarrando mis manos a su espalda húmeda, sus embestidas se intensificaron, gemí, grité, y devoré sin paciencia sus labios hasta llegar al éxtasis que me hizo tocar el cielo con las manos, siguiéndome segundos después Darién.

Nuestros cuerpos cansados pero no saciados, se quedaron entrelazados siendo la sensación más maravillosa de este mundo.

Después de esta arrebatadora pasión que me había dejado temblando, seguía queriendo más, mucho más, como si nunca tuviera suficiente de Darién. Su frente se rozó con la mía, estábamos sonriendo y agitados. Su nariz acarició mi rostro perdiéndome. Y no sé cuantos minutos estuvimos así con ese acercamiento tan *especial*, ahora tocándonos con más paciencia y descubriéndonos el uno al otro.

—Hemos sido muy impacientes. No me has dejado darte el placer que te mereces —agitado, se reprochaba.

Logró arrancarme una carcajada sintiendo mis músculos flácidos.

—A mí me ha encantado —mi respiración se agitaba más al reírme.

Sus ojos ardientes y tan intensos como el azul del mar, me consumían.

—¿Y crees que ha terminado todo aquí? Oh, no Deva. La noche solo está comenzando para nosotros.

La *mecha* de nuevo entre nosotros había estallado.

Quería que mi *corazón* y mi *cuerpo* pertenecieran por siempre a Darién.

Era un hecho que jamás podré arrancármelo de mi corazón. Y tampoco quería hacerlo, porque había sido el único que vió en mí lo que tanto ansié. Un hombre que me comprendiera, me respetara y me mostrara su cariño.

Nuestros labios se movieron alocados, magullándonos, aclamándonos como si nos hubiéramos *esperado* por tanto tiempo.

Solo existíamos él y yo. Nada más.

Rompió el beso observándome con atención unos instantes que se volvieron *eternos*. Excitada, lo miré como me devoraba con la mirada. Sonrió bibrón llevando sus manos a mi sujetador y con maestría se deshizo de él. No sé por qué me sonrojé, y la timidez me envolvió intentando usar las sábanas como *escudo*.

—No —detuvo mis manos apresurado—. No te tapes, déjame contemplarte. No te escondas.

Su mirada solo incitaba más mis deseos de fundirme con él otra vez. Y estaba completamente desnuda. Daría algo por saber por qué miraba de una forma peculiar mi cuerpo, como si *venerara* un templo que solo él había explorado; y en cierta medida así era. Sonrió complacido y me besó dejando caer despacio su cuerpo contra el mío. Se dibujó en mis labios una pequeña sonrisa avergonzada, al sentir su erección sobre mi vientre.

—¿Lo ves? —Comentó mientras viajaba con habilidad sus manos por mi espalda—. Y tú dejándome de mentiroso.

Mi risa se ahogó en cuanto succionó con su boca uno de mis pezones creando un torbellino de placer que nublaba mis sentidos, recreando la misma atención en el otro. Sin perder detalle, recorrí su vientre duro deleitándome que todo él fuera ahora mío.

—Eres la única que despierta mi deseo de tenerte una y otra vez, y una infinidad de veces más.

Si esto era uno de esos tantos sueños que tenía a *diario*. No deseaba despertar a la cruda realidad. Porque me dolería descubrir que Darién solo fue un *sueño* más. *No, no lo es*. Pensé extasiada. Me retorcí debajo de él al sentir como su mano entreabría mis muslos, me sentía totalmente expuesta, tan vulnerable, pero con una confianza irrompible.

—No temas —pegó su frente contra la mía al verme inquieta bajo un suave susurro—. Déjame cuidarte como te mereces.

Mordisqueó mi labio inferior de una manera explosiva haciendo que jadeara.

—Eres tan hermosa. Tan perfecta. Y ahora eres mía —el fuego de sus ojos me consumió.

¿Por qué mi mente se empeñaba en que me apartara de él? Pero sabía que mi corazón ganaría. Sus labios viajaron por mi cuello, pasaron por mi vientre y me dio un pequeño mordisquito con un gruñido sobre mi cadera, que hizo que mordiera mi labio inferior intentando no gritar por el apasionado placer que me daba. Y de forma inesperada hizo que todo mi cuerpo se tensara cuando su boca llegó a mi sexo. No lo había esperado. *Oh, Darién*. Y sentí, mientras su boca se deslizaba con maestría, como su lengua se movía sin límite alguno, y sin control de mis sentidos danzaba mis caderas aferrando las manos sobre las sábanas de seda. No tenía el *poder* de mi placer, sino él, y era una pura tortura que me encantaba. Hasta que sentí el orgasmo estallar en mí como un volcán.

La *victoria* de haberlo conseguido se evidenció en su rostro y con urgencia subió hacia mis labios mientras mi agitado pecho no sé calmaba. Se puso entre mis piernas quitándome el aliento al sentir su virilidad.

Nuestros corazones latían al unísono.

Besó la punta de mi nariz.

—Me encantas sonrojada. Nunca ocultes esta naturalidad tuya. Es mi preferida.

Le sonreí con una evidente emoción. No quería que este momento se estropeará porque deseaba llorar como una tonta. Estaba sintiendo demasiado en este instante y mis *emociones* querían volar sin fin alguno.

—No te detengas.

—Nunca.

Susurró contra mis labios a la vez que se introducía en mi interior sin vacilación.

Nos movimos en una pasión desenfrenada sin dejar de besarnos y sentirnos. Estaba tocando con mis dedos las puertas del placer, experimentando (aunque no por primera vez) como un hombre y una mujer eran un sólo ser. Aunque en mi cabecita una vez más tenía que meter, que esto solo era sexo.

Darién entrelazó sus manos con las mías a la vez que nuestras miradas ardientes se unían. Quería gritarle cuanto lo *amaba* y aun así retuve ese deseo por temor. Y llegamos al éxtasis sintiendo el avasallador placer como si fuera a desintegrarme. Darién se quedó exhausto como yo, contra mi pecho, los dos agitados sin poder hablar durante un buen rato.

Me quedé mirando el techo, mientras se instalaba en mi rostro la sonrisa más tonta del mundo. Ahora que el silencio nos rodeaba, que había vuelto al mundo donde vivíamos los *mundanos*, pude oír la lluvia de afuera. Fue placentero y único ese momento. La lluvia, el calor que desprendía la chimenea, la adorable vela sobre la mesita de noche, el enérgico cuerpo de Darién contra el mío. Los dos desnudos sin ningún pudor de sentirnos y amarnos.

Si había un tope de felicidad lo acababa de descubrir.

—Nunca pensé que podría tener cuatro orgasmos en una noche —dije entre risas toda temblorosa y tan extasiada que no me veía capaz de otro asalto más.

Sentí como Darién hacía círculos sobre mi vientre con su dedo índice.

—Te debía uno por noche y si lo pienso, te debo más —dejó caer tan seductor y de pronto el fuego sucumbió en mi cuerpo mordiendo mis labios—. Pero esta noche intentaré dejarte descansar, aunque no prometo nada —los dos nos reímos a la vez—. Te he demostrado que eres una mujer muy activa en la cama, salvaje y apasionada. Lo que me gusta a mí. Y estoy orgulloso de haber sido yo el que despertara tu cuerpo.

Darién subió su rostro hasta el mío, y descubrí que sonreía hasta contagiarme esa maravillosa sonrisa. Quitó de mi frente sudada un mechón rebelde, lo enroscó entre sus dedos mirándolo y luego lo dejó detrás de la oreja. Era tan perfecto. Y me deseaba. Esta noche me lo había demostrado hasta sentir que podía tocar las estrellas del cielo.

Nuestras miradas brillosas se enlazaron, y me quitó parte de su peso pero sin alejarse. Llevé mis manos a su frente retirando también algunos mechones

mojados. Cerró los ojos suspirando complacido. Eso había sido un gesto íntimo que revolucionó mis emociones, pero que había sido muy agradable.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Darién?

Abrió los ojos, mirándome. Y esperé nerviosa. No quería pensar que había metido la pata. Pero era algo que deseaba decirle desde que había llegado a mi vida iluminando mi oscuridad. Paseó su pulgar sobre mi labio inferior estremeciéndome de maravillosas sensaciones.

—Esperándote.

Una palabra. Una sola y me hizo sentir cálida y amada. Protegida y deseada. Esa palabra derritió mi corazón por completo. Y el siguiente beso fue más lento, más cálido, haciéndome sentir querida cuando sus fuertes brazos me estrecharon contra él dejándose caer sobre la cama para quedarme unos segundos después, profundamente dormida sobre su pecho sintiéndome dichosa y feliz.



## Las cartas

La lluvia seguía ahí fuera. No cesaba. Y era difícil dormir cuando se proponía golpear los cristales. Eran las cuatro de la mañana. Y estaba pegada a un cuerpo musculoso por cada centímetro de su piel, me tenía abrazada por la espalda de una forma que sus brazos parecían *cadena*s, como si tuviera miedo de que yo me fuera a escapar. Algo demasiado desconcertador. Con cuidado, me fui estirando y sintiendo agarrotados mis músculos. No pude evitar darme la vuelta y contemplarlo a la luz de la vela que había encendido él hacía media hora, cuando me creía durmiendo, y con ternura me depositó un beso sobre la frente para luego meterse en la cama y seguir abrazándome.

Me cautivó su rostro, y al instante mi mente me trajo *vagos* recuerdos de mi pasado llenos de una niebla espesa que no me dejaba ver con claridad. Sensaciones donde hacía mucho tiempo también miraba un rostro con adoración y amor en esta misma posición. Cerré los ojos con amargura. *No, por favor, ahora no.* Pensé con dolor. Quería por una noche no soñar con Félix, que por una noche, Darién fuera el *dueño* de todo mí ser. Hice un mohín mirando el nombre de Kisa sobre su pecho y decidí (para no pensar mucho en ella) dejar mis ojos sobre su rostro, quitándole un mechón de su frente. Ese contacto hizo que se removiera murmurando algo intangible y quité con rapidez la mano.

No sé por qué sonreí. Tal vez por su rostro tan dulce durmiendo o el hecho de estar en su cama, haber hecho el amor con él. Sentirme enamorada... aunque no correspondida. Estuve como una tonta por largos minutos mirándolo, relajada. Él consiguió hacerme *sentir, vibrar y temblar* de puras emociones, nadie pudo despertar en mí lo que Darién había conseguido. Y a la vez eso me asustaba.

—Me estás mirando sonriendo —confirmó una voz.

Di un grito agudo escondiendo mi rostro entre mis manos al oírlo. Sonrojada, retiré poco a poco mis manos y vi su mirada sobre la mía. Esbozó una sonrisa pícaro acariciando mi mejilla.

—Hola.



—Hola —susurré.

—¿Puedo saber que pensabas mientras me mirabas?

—¿Curiosidad masculina otra vez? —le dije algo sarcástica pero con un tono divertido. Se rió apoyándose sobre un codo para tener totalmente mi visión. Suspiré mirando mis manos—. Pensaba en lo que había ocurrido entre nosotros.

—¿Arrepentida?

Fruncí el ceño.

—No —murmuré desconcertada por su pregunta—. No me arrepiento si es lo que quieres saber. Ha sido maravilloso.

Sonrió triunfal. Y nos quedamos en silencio mirándonos, quería saber qué pasaba ahora por su cabecita. Deseaba que me dijera que para él también había sido maravilloso. Pero no dijo nada. Echó una ojeada hacia la ventana contemplando la lluvia. Y me dejó desconcertada que me volviera a abrigar con sus brazos dejando mi rostro sobre su pecho, mientras me acariciaba con ternura mi pelo a la vez que besaba mi cabeza. Mi corazón se regocijó por ese gesto. Me relajé sintiendo su corazón y oyendo la lluvia como caía fuera. En estos momentos no podía pedir más. No quería que saliéramos de esta burbuja.

—No hemos tomado precauciones. Soy un irresponsable.

Giré mi rostro y mis ojos lo buscaron.

—No es solo tu culpa. Además confiaba en que estarías sano, sé que lo hubieras detenido todo si no fuera así. Yo lo estoy.

—Pero muy sano —remarcó con gracia como si estuviera en un profundo pensamiento—. Aunque si quieres puedo enseñarte mi último informe médico.

—No hace falta. Pero tranquilo, no puedes dejarme embarazada tan fácilmente.

Sus ojos me miraron inquietos.

—¿Por qué? ¿Te ocurre algo? —preguntó con un tono de angustia.

Volví a poner mi cabeza sobre su pecho con un deje de tristeza.

—Hace casi seis años que descubrí que no soy de esas chicas tan fértiles

que a la primera cae. Mi ginecóloga me recomendó que si deseaba quedarme embarazada podía recurrir a la inseminación artificial. También puedo quedarme embarazada por la manera tradicional. Pero es más difícil. Dijo que podía tardar meses o incluso un año. Así que puedes estar tranquilo.

Los remordimientos surcaron mi corazón al ocultarle una gran parte de la verdad. Que por culpa de mi *accidente* por las escaleras mis posibilidades de ser madre estaban reducidas. Sus brazos me estrujaron más contra él confortándome la *fortaleza* que me trasmitían, volviendo a besar mi cabeza.

—Lo siento —susurró lastimado—. Aunque habría sido muy responsable si hubieras quedado embarazada.

Lo miré sonriéndole. Y sus manos en ese momento tomaron mi rostro besándome durante un rato.

—Cuéntame sobre, Félix.

Amargué mi total alegría carraspeando, y levanté mi cabeza de su pecho quedándome sentada en la cama con la inquietud navegando en mi interior. *Gracias Darién, acabas de romper la magia tras nombrármelo.* Pensé agitada.

—No creo que sea buena idea.

—Pruébame —me señaló acomodándose él también.

Suspiré intranquila.

—Supongo que fue mi primer amor.

—Como también supones que fue el primero en hacerte el amor.

—Así es.

—¿Fue delicado contigo? —su pulgar seguía trazando una caricia en mi mejilla, algo que me confortaba.

—No lo sé. Creo que sí. Duele no saberlo porque comienzo a comerme la cabeza. La verdad, no quiero pensar mucho en él ahora —desvié mis ojos sin proponérmelo hacia el nombre de Kisa de su pecho.

Él se miró su pecho y se tensó al saber que observaba ese nombre con desasosiego.

—Tienes razón. Nada de amores del pasado. Solo tú y yo.

Ahogué una risa cuando sus brazos me rodearon tumbándome sobre la cama, teniendo la mitad de su cuerpo encima de mí.

—Vuelvo a desearte con locura —ronroneó sobre mi cuello depositando unos besos tan sensuales que me volvían loca.

—¡Oh, ya lo creo! —noté su alterado cuerpo excitándome.

Dejó de besarme llegando a mis labios y uniendo nuestras miradas brillosas.

—Me has quitado toda la voluntad para alejarme de ti. No tengo fuerzas para soltarte.

Lo miré con emoción.

—No lo hagas. Nunca me sueltes —le susurré entre sus labios.

Sus labios ansiosos besaron los míos dejando caer su cuerpo contra el mío y volviendo hacerme el amor una vez más.

\*\*\*\*\*

Hacía más de una hora que había sentido como Darién se había levantado de la cama con cuidado para no despertarme, pero la verdad es que yo tenía el sueño ligero y sin que se diera cuenta vi cómo se marchaba de la habitación. Hubiera deseado que se quedara conmigo hasta que ambos nos despertáramos. Pero al parecer no lo vio buena idea. Y me quedé algo entristecida, durmiéndome a ratos.

Oí pájaros cantar. Y quejándome, abrí los ojos observando la estancia bañada por la luz del día. Giré mi rostro y mis ojos encontraron una rosa roja sobre la almohada que me hizo sonreír automáticamente. La cogí oliéndola y suspirando de amor. Estuve unos instantes embobada, hasta que mi mirada se detuvo en la manta marrón del suelo cerca de la chimenea. A partir de esa *manta* empezó todo. Y volví a tumbarme sobre la cama, dichosa, feliz y con un grito de júbilo que resonó en la habitación. Recordaba con nitidez y con lujo de detalles la noche anterior. En sus brazos, el placer que me dio, la conexión que teníamos... Nos entregamos mutuamente.

*Pero no es tuyo.* Dijo una vocecita en mi interior.

Era verdad. Darién no era mío. Ni siquiera podía decir que era mi novio.

Debía aceptarlo. Él nunca me amaría. Podía desearme, pero nunca tendría el sentimiento de amarme, porque parecía que...

Cerré los ojos lastimada.

Porque parecía que jamás se podría sacar de su corazón a Kisa. ¿Cómo sería ella? ¿Será más guapa que yo? ¿Más alta? ¿Tendrá los ojos azules? ¿Verdes? ¡Oh, Dios, stop Adalia! Pensé. Parecía una lunática.

Si al menos la viese, le diría en su misma cara al hombre perfecto y hermoso de un noble corazón que había perdido.

Salté de la cama eufórica caminando hacia el baño dispuesta a darme una ducha. Pero antes de llegar a la puerta, un *flashback* de luz cruzó por mi rostro haciendo que me tambaleara. Me vi a mi misma siendo apenas una niña de ocho años, parecía contenta al estar sentada frente a un escritorio escribiendo algo sobre un papel. Tarareaba una canción, y mi rostro era feliz con una cierta expresión de pilla.

*—Adalia, es la quinta vez que te aviso. Tenemos que irnos —esa voz era de mi madre.*

*—Voy mamá. Estoy escribiendo algo importante.*

*A los escasos segundos la puerta se abrió. Yo, siendo esa niña me asusté escondiendo la carta detrás de mí poniendo la expresión de una niña inocente. Era Alfred, mucho más joven que en la actualidad. Me reprochó con la mirada que siguiera aquí.*

*—Señorita Adalia, debe ser obediente.*

*Le sonreí como una niña buena.*

*—Lo sé, Alfred. Pero necesito escribir esta carta —me volví hacia mi escritorio.*

*Él sonrió acariciando mi cabeza.*

*—Escribiendo al señorito Félix. ¿Me equivoco?*

*—Eres el único que me guarda el secreto, Alfred. Y te agradezco que seas*

*mi aliado.*

*—Todo un honor, señorita. ¿Pero qué ha ocurrido esta vez?*

*—Thief no sabe con quién se ha metido. Nadie humilla en el barro a una Knightley. Ni me puede llamar bruja. Y también me ha dicho que cuando sea mayor me saldrá una verruga horrorosa en la nariz. Aquí le digo lo mal caballero que es si quiere mi corazón. Le voy a escribir muchas cartas y no podrá leerlas hasta humm... —me toqué con el dedo índice la barbilla, pensativa—. ¡Ya sé! Hasta que tenga veinte años y sea más amable y caballeroso. A esa edad ya no son tan niños, ¿verdad?*

*La risa de Alfred resonó en la habitación.*

*—Es posible. Y me parece una buena idea, señorita Adalia. Pero ahora la esperan.*

*Se inclinó hacia mí poniendo bien recto el lazo rosa de mi cabello. Le sonreí con bondad. Y me puse de puntillas dándole un beso en la mejilla.*

*—Gracias, Alfred. Te quiero mucho.*

*Salí disparada como una diablilla riéndome al idear mi próxima travesura para Félix.*

Me agarré a tiempo al pomo de la puerta del baño antes de caerme al sentirme mareada. Me toqué la cabeza agobiada respirando agitada. Las lágrimas cayeron solas por mis mejillas sin apenas el esfuerzo de un sentimiento abrumador que abarrotaba mi corazón.

¡Un recuerdo! Era uno. El primer recuerdo nítido que tenía. Lo había visto tan claro como el agua. Las paredes, el suelo, cada mueble, cada objeto, a mí... ¡incluso a Alfred que en ese tiempo tenía el pelo castaño!

*—Félix —susurré conmocionada.*

Le escribía cartas. ¿Por qué? ¿Y por qué ideaba travesuras para él? ¿Las tendría aún en mi poder esas cartas? ¿Cuántas le habré escrito? ¿Por cuánto tiempo? Dudas, dudas y más dudas. Después de una noche maravillosa me tenía que suceder esto. Solo Alfred podía darme algunas respuestas. Me di una ducha rápida teniendo un cacao mental en mi cabeza, mientras no dejaba de

repetirse ese recuerdo en mi mente.

Volviendo a mi habitación ojeé que eran las diez de la mañana. No creía que Darién aún estuviera desayunando. ¿Por qué decidió no despertarme? Paseé por mi habitación envuelta en un albornoz.

*Félix y Darién.* Otra vez. Sentimientos encontrados. Amaba a Darién de eso estaba segura, pero Félix... posiblemente estuvo tanto tiempo en mi vida, esa que nunca lograría recordar. ¡Maldita sea!

Bajando las escaleras vi a Darién caminando de un lado hacia el otro en el salón principal. Hablaba por su iPhone, y por sus gestos y su forma de fruncir el ceño no estaba en una buena conversación. Me quedé apoyada al final de la barandilla no decidiendo entrar. Volviendo a moverse, sus ojos volaron hacia mí. Como tonta no tuve otra cosa que sonreír como si él fuera una estrella que iluminaba mi rostro. Él no me devolvió la sonrisa, permaneció callado unos segundos, sin seguir hablando con esa otra persona que estaría al otro lado de su teléfono móvil. Habló entre dientes al no mover mucho su mandíbula, colgando con fiereza segundos después. Y volvió a mirarme con aspecto furioso. Mi optimismo se vio reducido a cenizas al verlo venir como si yo fuese su enemigo o algo parecido. Debía estar loca, pero era lo que estaba reflejado en su rostro. Una furia imponente. Sus ojos azules destellaban de rabia. Mala señal. ¿Pero por qué estaría así?

Antes de que pudiese hablarle lo hizo él.

—¿Tienes algo que decirme?

Su pregunta bajo un tono grave me pilló totalmente de sorpresa. Estaba segura de que no hablaba de lo de anoche.

Parpadeé confusa mirando el recibidor, intentando pensar porque estaba así conmigo.

—No sé de qué hablas.

—¿Estás segura? —puso un tono irónico.

—¿Se puede saber que he hecho? —intenté sonar clara.

—¿Y yo puedo saber qué hiciste la noche que te dejé mi móvil para que regresaras a la mansión?

Me quedé sorprendida mirando como señalaba su iPhone con malhumor. Él asintió con levedad al verme reflejado en el rostro que me había pillado, y que ya no tenía escapatoria en mentirle. Le di la espalda carraspeando temblándome las manos.

—No sé de qué hablas. No hice nada —mentí y me sentía fatal hacerlo con él.

—No mientas —me cogió del brazo volviéndome hacia él, su movimiento brusco hizo que jadeara. ¿Dónde estaba el chico dulce de anoche? ¿Por qué se ponía así por un insignificante mensaje que leí? Oh... ya lo pillaba.

—Me estás mintiendo. Aiden acaba de decirme que hace dos noche me envió un mensaje. Qué casualidad, a la misma hora que te dejé mi móvil.

La furia emanaba por mi piel por su manera tan cruel de tratarme después de lo que nos sucedió anoche. Con brusquedad, me solté de su agarre y me enfrenté a su mirada fría levantando la barbilla sin algún miedo.

—Lo hice sin intención alguna. Y lo siento, no volverá a pasar.

Su rostro se endureció al decírselo.

—¿Viste algo más?

Fruncí el ceño.

—¿Como algo más?

—Si estuviste fisgoneando en mi móvil.

Abrí la boca sorprendida.

—No soy una entrometida, puede que leyera sin querer ese mensaje. Pero no hice nada más. ¡Eso lo puedo jurar!

Distante, se cruzó de brazos permaneciendo su mirada fría en mí.

—Pues fijate que no te creo, Adalia.

Intenté que no notara que eso me había dolido.

—Puedes creerme o no, eso me da igual. Me sorprende que un hombre como tu quiera vengarse de una mujer. ¿Qué te hizo? ¿Te fue infiel? Y tú como hombre herido de su orgullo no puedes dejar las cosas como están —le dije mis especulaciones.

No le gustaron mis palabras y adelantó un paso hacia mí con brusquedad.

—Tú no sabes nada de Kisa. Nada —remarcó con furia.

—Solo sé que la venganza pudre a una persona. Es en lo más bajo que se puede caer. Carecerías de alma y corazón si la hubieses llevado a cabo.

—No vuelvas a entrometerte en mi vida privada. Mis asuntos, son míos. ¿De acuerdo?

Apreté las manos conteniéndome. Segundos después las abrí asintiendo, malherida de mis sentimientos.

—Claro. Lo entiendo. Tuyos y de nadie más. Señor Darién, mil disculpas por entrometerme y ver sin querer un mensaje —le hice una leve inclinación demasiado teatral por mi penitencia. Él puso los ojos en blanco mirando en otra dirección sin creerlo—. Que estoy segura que iba hacia tu antiguo amor o puede que aún esté en tu presente. Y sobre lo de anoche...

Sus ojos volaron rápidos hacia los míos muy precavido.

—Cuidado con lo...

—¡Solo fue un maldito polvo! —reventé de rabia.

Aunque en realidad fueron varios, pero fue irrelevante decirlo.

—¡Maldita sea Adalia, cuidado con lo que dices! —me señaló con un tono de advertencia.

—¿Después de prohibirme que no me meta en tu vida que esperas que opine de anoche? Fue un error.

—Una cosa no está ligada con la otra. Y no vuelvas a repetir que fue un error —su tono exigente retumbó en el recibidor.

¡Esto era el colmo! Las palmas de mis manos me picaban por desear tirarle algo a la cabeza.

—¡Tú empezaste claramente con qué todo era un error!

En su mirada cruzó un brillo especial que me hizo flaquear solo unos segundos.

—Y después te demostré cuanto te deseaba, cuanto te sigo deseando y que nada fue un error.



—Solo sé que no volverá a pasar. Te lo juro.

Sonrió relamiéndose el labio inferior como si no se lo creyera. Y eso me puso más furiosa.

—Te odio.

Se cruzó de brazos despreocupado encogiéndose de hombros.

—No es la primera vez que oigo eso. Me complace que me lo digas.

Antes de que pudiese decirle todas las sandeces que después seguramente me arrepentiría, mi teléfono móvil sonó. Y lo saqué con mala gana del bolsillo de mi chaqueta. Lo miré y supe que Darién me estaba mirando atento a quién sería.

—Oh, Ryan —dije con un tono dulce.

Vi como cada centímetro de su cuerpo se tensaba mirándome con severidad, apretando la mandíbula como si deseara arrebatarme el móvil de mis manos y tirarlo contra el suelo.

—Con tu permiso debo contestar la llamada. Es muy importante —me alejé de él con soberbia.

—¡No te atrevas! —me volvió hacia él con fuerza estrechándome entre sus brazos.

Me pegué contra el pecho mi móvil para que no viera la *verdadera* llamada reflejada, que no dejaba de insistir. Nuestros rostros estuvieron a unos centímetros, tentándome mi *condenado* deseo a que me dejara vencer en sus labios. Él también lo deseaba, porque así lo sentía mientras miraba mis labios con intensidad. Me daba rabia ser tan débil con él.

—¿Debo recordarte lo de anoche? ¿Lo que ocurrió? ¿Lo que hicimos? No fue un sueño, te tenía en mis brazos.

Apreté los dientes.

—Necesitabas desfogarte y yo también. Y ateniendo al razonamiento, eras el hombre que me atraía y el que tenía más cerca, punto. Será un bonito recuerdo. Gracias.

Y ocurrió lo inesperado. Darién me miró impactado retirándose poco a

poco hacia atrás con un rostro desencajado. Lo miré. Parecía como si le hubiese dado una bofetada. Oh, no caería. Solo estaba actuando. Le entrecerré los ojos y fijé mi atención en mi móvil.

Me di la vuelta saliendo de la mansión porque un minuto más ahí dentro y no era dueña de mi misma.

Mi corazón iba a cien por no decir que sentía la presión sobre mi pecho, y que mis piernas deseaban desvanecerse. No pensaba llorar, no al menos ahora, lo haría lejos. Las lágrimas sin que pudiese retenerlas amenazaban mis ojos. Eché la mirada hacia atrás mientras caminaba por un sendero, y observé a Darién apoyado en la puerta con aspecto sombrío. Hacía bien en no perseguirme.

Fijé mi vista en la llamada que aún insistía. Inspiré aire con valentía. No era Ryan, sino Carla la que me estaba llamando. Jamás cogería una llamada de Ryan, no después de saber cómo era en realidad.

—¡Carla! Me alegro que me llames.

Sorbí de mi nariz sonriendo y observando como las ramas de los árboles se movían por el viento.

—Mmm —expresó.

—¿Carla?

—Estás a punto de llorar —afirmó.

Me había pillado. Y todo por mi estúpido tono frágil.

—No, que va —solté una risa para disimular.

—Oh, venga Ada, no te conozco de toda la vida pero si los años suficientes para conocerte cada milímetro. Ahora me vas a contar quien te iba a hacer llorar.

Suspiré resignada.

—Al final yo y Darién... en fin...

—¡Dios mío! No hace falta que hables más. Se lo que me vas a decir. Me alegro que te deshagas de esa Adalia en la que te estabas convirtiendo tan vetada. Si era lo que deseabas, me alegro mucho.

—Sí, lo deseaba con todo mi corazón —le confesé conmovida.

—Oh, oh... Adalia Knightley, te conozco lo suficiente para saber que no te entregarías a un hombre sino estuvieras enamorada de él. Madre mía. Ada, ¿estás enamorada de Darién?

Tragué saliva mirando el bosque sintiendo que no podía mentirle.

—Sí, estoy enamorada de él. No sé cómo ha pasado, ha sido todo tan rápido. Al principio no lo creía. Pero le quiero.

—¿Y él?

—Él me desea, pero no está enamorado de mí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé. Es así. Y después de la noche más maravillosa de mi vida, cuando he bajado al salón, Darién había descubierto que yo miré un mensaje privado en su móvil que le envió su amigo Aiden. En él hablaban de Kisa y una venganza. Algo en lo que no debí meterme.

—Kisa. ¿Su antiguo amor?

—Sí. Y me lo ha reprochado a gritos exigiéndome que no volviera a meterme más en su vida.

—¿Me estás diciendo que después de hacerte el amor te ha echado eso en cara? Será capullo —expresó irritada.

Me encogí de hombros acongojada.

—No le culpo, en gran parte tiene razón. No debí meterme donde no me llaman. No debí abrir ese mensaje, Carla. ¡Pero juro que fue sin querer! Su amigo Aiden le habrá dicho que se lo envió hace dos noches, y así es como ha sabido que fui yo.

—Ese es otro capullo. ¿Cómo se atreve Darién después de que pasaras la mejor noche de tu vida? Agg definitivamente este mundo está lleno de capullos.

—Es igual —dije deprimida.

—No, no da igual. Seguro que le encantará verte ahora como estás. Porque sabe que te tiene en sus manos, no creía que Darién fuera de esos por todo lo

que me has contado de él. Y vas hacer algo al respecto.

—¿Y qué voy hacer? No quiero hacer nada.

—Lo harás. ¿Él sabe que estás enamorada de él?

—No.

Y nunca lo sabrá. Así me lo había prometido.

—Mejor. Óyeme Ada, no se lo digas. No, porque los hombres hacen dos cosas o salen huyendo, o te manipulan a su antojo al saber que has caído en las redes de cupido. Y se sienten muy machitos con ese poder. Cuando lo veas, actúa como si no te importara lo que te ha hecho. Y después en la cena le dices que quieres salir.

—¿Salir? ¿Adónde?

¿Qué estaría ya maquinando esa cabecita de Carla?

—A bailar. A divertirme.

—No querrá venir conmigo.

—No después de lo que le harás —dijo con malicia.

—¿Y qué le voy hacer?

Se rió.

—Vas a pedirle exclusivamente a Alfred que prepare uno de tus postres favoritos. Era fresas con nata y chocolate ¿no?

—Sí. ¿Pero para qué?

—Bien. Como estaréis tan tirante ambos, tú comenzarás a comer pero de un modo sensual, tienes que hacer gemidos de placer, deleitarte con tu postre favorito. Vamos, como si fuera un orgasmo.

Mis mejillas adquirieron un tono rojo abriendo los ojos como platos.

—¡Carla O'Brien! No haré eso y menos delante de él.

—Hazlo, que vea que tú tienes el poder de ti misma. Haz que arda de deseos por ti. Que se muera por tocarte. En otras palabras, lo pondrás a cien. Y bien merecido que lo tiene.

—¿Y qué gano yo con todo eso?

—Hmm vengarte un poquito de él. Esta noche despéjate, demuéstrole que no tienes por qué depender de él. Ponte el vestido que te he regalado para tu cumpleaños. No tenemos por qué esperar al hombre, sino ellos deben esperarnos a nosotras —se quitó un momento de la conversación soltando un suspiro, parecía hablar con alguien—. Adalia, debo dejarte tengo unos asuntos que arreglar.

—Claro. Gracias por escucharme y por los consejos.

—Llévalos a cabo, Ada. Demuéstrale de qué acero estás hecha.

Colgué pensativa, dejando contra mi pecho el móvil y mirando el cielo gris. Era una locura lo que Carla quería que hiciese. Es verdad que le veía un gran atractivo y un sabor muy dulce a esa pequeña venganza, porque Darién tendría que contenerse, pero ¿y si no quería venir conmigo esta noche a bailar? ¿Iría sola? Suspiré. Apartando lo planeado para esta noche, imaginé la escena del postré.

Solté una risa avergonzada tapando mi rostro. Era una escena totalmente desastrosa. ¿Cómo haría eso? La verdad, Carla tenía ideas muy *perversas*.

Inspiré aire quitando de mis ojos húmedos las lágrimas. Recordé que tenía que buscar a Alfred. Caminé hasta la entrada abriendo la puerta principal. No podía creer que estuviera mirando a hurtadillas por si me encontraba con Darién, pero no vi a nadie en el recibidor y me relajé entrando del todo.

Estaba segura de que Alfred estaría en la cocina. Moviéndome hacia uno de los pasillos centrales, percibí un movimiento detrás de mí. Miré de reojo y vi a Darién saliendo de una habitación, y se giró hacia mí cruzándose su mirada con la mía. Valiosos fueron los segundos que me quedé paralizada por sus ojos azules.

—Adalia —me llamó cuando me apresuré por el pasillo.

No sé cuántas zancadas daría, pero me alcanzó rápido cogiéndome de un brazo y volviendo hacia él. Su expresión no parecía tranquila, y sus ojos se fijaron en los míos hasta incomodarme.

—¿Qué quieres? —le pregunté áspera.

—¿Has llorado? —me preguntó cauto.

—No te importa.

—Sí que me importa. Y no quiero volver a repetirte la pregunta.

Entrecerré los ojos.

—Creo que en la conversación tan desagradable que hemos tenido hace menos de veinte minutos, te he dejado claro mi odio e indiferencia.

Una chispa de diversión cruzó por su mirada.

—Oh, me odias —parecía ofendido pero con un tono sarcástico. Me mantuve firme, pero cuando sus ojos tan apasionados recorrieron mi cuerpo, bajó toda mi barrera de autodefensa—. En fin... —echó un fugaz vistazo con la mirada hacia las escaleras de servicio—. Tendremos que estudiar a fondo ese odio hacia mí.

Sus manos intentaron cerrarse sobre mis caderas para que tuviera el poder de elevarme sobre uno de sus hombros. Pero su *sagaz* idea fue frustrada por mi rápida inteligencia.

—¡Alfred! —grité demasiado aliviada cuando lo vi.

Aunque la verdad no fue mi inteligencia, sino la pura *suerte*.

Darién gruñó en bajo volviendo a su formalidad cortés. Le sonreí burlonamente. Y él me mandó una mirada de reproche. Le di la espalda al ver venir a Alfred pero noté su cálido aliento en mi nuca, percibiendo que tenía ganas de agarrarme de la cintura y pegarme contra su cuerpo. Pero se contuvo.

—La próxima vez no habrá un Alfred para salvarte, mi dulce y traviesa banphrionsa.

Cerré los ojos excitándome y nublando mis sentidos su tono salvaje. ¡Será...! Oí como se alejaba por el pasillo y me recompuse al ver venir a Alfred.

—¿Me llamaba?

—Sí.

Tardé unos segundos en que volvieron a fluir bien mis pensamientos.

—¿Sabes si aún tengo en mi poder las cartas que le escribía a Félix?

Alfred me miró atónito.

—¿Señorita, ha recordado? ¡Es maravilloso!

Lo miré entristecida.

—No les digas nada a mis padres. Pero solo son pequeños fragmentos y muchos son borrosos. Nada relevante. Hoy te recordé a ti... no sé, yo estaba escribiendo una carta a Félix tendría unos ocho años y estaba muy feliz. Lo que quiero saber es si tengo yo aún esas cartas en mi poder.

Sus ojos estaban sobrecogidos por la tristeza.

—No señorita, ya no las tiene usted. Las debe tener él en su poder.

La desilusión se instaló en mi corazón.

—Oh —susurré con la mirada perdida—. No importa.

En realidad sí, era la única esperanza que tenía para encontrar a Thief. Necesitaba saber lo importante que fue en mi pasado.

—¿Se encuentra bien?

Apreté los labios sonriendo.

—Sí, no te preocupes. Si no es mucho pedirte, quiero que me prepares mi postre favorito para la cena.

Elevó una pequeña sonrisa.

—Será un placer.

Asentí y me di la vuelta.

—Señorita Adalia.

—¿Sí, Alfred? —me detuve dándole la espalda.

—¿Ha recordado al señorito Félix? ¿Lo reconocería ahora?

—No. En mis sueños su rostro está borroso. La vida me está dando a entender que mi pasado jamás volverá a mi presente. Estoy cansada de luchar contra una corriente más fuerte que yo.

No dijo nada más, entendió mis pesares. No deseaba llorar pero era lo que más ganas tenía. A veces deseaba explotar como una granada y que todo

desapareciera a mi alrededor... aunque esos pensamientos los tuve antes de conocer a Darién.

Decidí pasar la tarde leyendo una novela romántica, dando un paseo por una de las sendas de los jardines, pero no pasé de la página cinco. Mordiéndome mi labio inferior, comencé a observar el paisaje, frotándome el pecho. Algo no me dejaba respirar bien. Necesitaba volver a *descargar* adrenalina. Pero no le pediría a Darién que me llevara en Sheeva. Resoplé enterrando las manos en mi pelo, dejando caer el libro al suelo sintiéndome muy agitada.

¿Estaba teniendo un ataque de ansiedad? ¿Por qué?

*Cálmate, Adalia. Todo irá bien. Respira.*

Inspiré y espiré varias veces mirando al cielo nublado. Y sentí mi garganta seca. Agua, necesitaba agua. O gritar hasta ahogar mis pesares, ellos eran los que no me dejaban respirar. Comencé a caminar cogiendo el libro del suelo, marchando con pasos acelerados hacia la entrada de la mansión.

—Pues menudo deportivo —escuché la voz de un hombre.

Me detuve en la entrada de Muckcross-Knightley House observando el McLaren de Darién con tres hombres limpiándolo.

—La verdad es que es una preciosidad. Yo también lo cuidaría como un hijo.

Puse los ojos en blanco. No me interesaba oír conversaciones sobre coches, cuando lo que más necesitaba era que la opresión de mi pecho se fuera.

—Este debe ser el típico chico que prefiere antes su coche que a su chica.

—Le habrá costado un pastón. Porque me ha dicho el señor Darién que lo limpiara con cuidado porque hacía poco que lo había comprado —dijo el otro.

Me quedé paralizada antes de entrar por la puerta principal.

¿Comprado? ¿No era alquilado? ¡Él me dijo que era alquilado! En el aeropuerto me mintió. Giré mis talones hacia el deportivo entrecerrando los ojos, respirando agotada por todo. Y ni me di cuenta de que apretaba con fuerza el libro entre mis manos.

¡Me había mentido!



Entré furiosa a la mansión dejando el libro en el salón principal sin saber qué hacer. Si iba hacia Darién para reclamarle su mentira, seguramente acabaríamos discutiendo o él intentando besarme para calmarme. ¡Pero por qué me había mentido! Cuando me dispuse a salir del salón, observé de reojo algo que me hizo soltar una risa irónica. Las llaves del flamante McLaren estaban sobre la mesa. Ese supuesto deportivo que era alquilado y no comprado. ¡Ja!

Y en mi cabecita se iluminó una *lucecita* alocada.

Sin pensar, cogí las llaves del deportivo volviendo al recibidor.

—Adalia...

Oí a Darién bajando las escaleras.

Me frené en seco y con una sonrisa maliciosa hice que viera lo que tenía en mis manos. Se quedó quieto, y de mis ojos pasó a mis manos quedándose sobrecogido. Y al instante comprendió que *locura* cometería. Abrí la puerta con rapidez escapando de él.



## Una carrera loca

—¡Adalia!

Vi que los trabajadores estaban terminando de limpiar el deportivo y era ahora o nunca. Ahora se iba enterar por mentirme.

—¡Apartad! —les grité con fuerza a los trabajadores.

Ellos, desconcertados, se movieron hacia un lado mirando mi malhumor. Abrí la puerta del piloto.

—Adalia. ¿Qué demonios haces? —me exigió Darién pero ya no le escuchaba.

Metí las llaves en el contacto arrancando el motor, sintiéndome liberada de oírlo, volví mi cabeza hacia atrás un momento para ponerme el cinturón. Pero antes de que pudiera salir zumbando, la puerta del copiloto se abrió entrando con rapidez Darién, deteniéndome toda acción alocada que intentaba realizar.

—¡Estás loca! —expresó asustado cogiéndome las manos.

—¡Suéltame!

Forcejeé aún rabiosa de pensar en su mentira.

—¡Pero qué pretendes! ¿Coges las llaves de mi deportivo y te quieres ir sin decirme nada?

Gruñí furiosa. Ahí estaba la pieza que faltaba por encajar en el puzzle. Que me lo confesara. *Su deportivo*. ¡Cómo no me había dado cuenta!

—Tú no sabes conducir por la izquierda —me reprochaba exaltado agarrándome.

—Y tú sí... ¿verdad? ¡Agg como he sido tan tonta de no verlo!

Se quedó callado, sin apenas entenderme poniéndome más furiosa.

—Me has mentido. ¡Eres un mentiroso!

Él parpadeó impactado reduciendo la fuerza de sus manos sobre las mías.

—¿De qué hablas? —preguntó cauto y con pausa.

—Lo sé todo. Sé la verdad.

Y automáticamente me soltó las manos, como si en ellas mismas se hubiera quemado, sin dejar de mirarme estupefacto. Eso fue un escape para acelerar saliendo hacia las afueras de la mansión.

Darién parecía en un estado fuera de sí, no me habló durante más de dos minutos en los que mi furia no menguaba. El deportivo era ligero y fácil de que se me fuera de las manos, pero me concentré en la carretera observando que había pasado de cien.

—¿Por qué me mentiste? —le exigí en un grito una respuesta clara.

—Ciertamente... no lo sé —susurró aún ido.

Volteé mi rostro hacia él, irritada, y en ese instante el volante se giró hacia el otro lado haciendo que Darién se golpeará sobre la ventanilla. Volví mi mirada hacia la carretera aminorando un poco. Él sacudió la cabeza mirándome como si se recobrara al fin.

—¡Para el maldito deportivo, Adalia! —su dura voz me estremeció.

—Oh, tienes miedo de que pueda hacerle un minúsculo arañazo —dije echando chispas y apretando más el acelerador, sobre la extensa carretera bordeada por praderas salvajes—. Para que te enteres mi hermano tiene un Aston Martin, y se cómo se maneja un deportivo. ¿Me crees tan estúpida de no saber manejarlo? ¿Eh?

Sin dejar de mirarme y conteniendo su frustración cerrando un puño, se puso el cinturón por precaución.

—¡No! Lo que me preocupa es tu estado. Puedes matarnos. Y no pienso permitirlo. No ahora que te tengo aquí.

—¡Me mentiste! Me dijiste que este deportivo era alquilado, cuando en realidad lo has comprado. ¡Lo oí de los trabajadores que lo estaban limpiando!

Su rostro dejó de estar tenso y sus ojos se quedaron más calmados después de soltárselo. Recostó un momento su cabeza contra el respaldo, apretando la mandíbula y maldiciendo.

—Te enfadas porque te mentí sobre el deportivo —su tono relajado y algo

sarcástico me enervó—. ¡Por Dios, Adalia! —gritó furioso golpeando la tapicería como si él no se hubiera esperado eso, sino otra cosa.

—¡A mí no me grites!

Su mirada se giró hacia mí hecho una furia que él deseaba contener.

—Créeme, tengo más ganas de estrangularte que de otra cosa.

Apreté las manos sobre el volante por su comentario. Furiosa, di un volantazo haciendo que de nuevo se golpeará el hombro cuando cogí la curva con destreza.

—Joder, Adalia —dijo magullado frotándose el brazo—. Basta. ¿Por qué le das tanta importancia al deportivo? Sí, vale, no te dije que era mío. Pero qué más da. Lo compré hace algunos meses.

—Eres un mentiroso. Si has podido mentirme en eso que es tan pequeño, has podido decirme más mentiras.

Sus ojos se clavaron en mí con profundidad.

—Solo es esa mentira. Te lo juro.

—Más te vale que solo sea esa mentira.

—Aquí no soy el único que miente —me tiró entrecerrando los ojos.

Le lancé una mirada asesina.

Sentí la adrenalina correr por mis venas y por la velocidad que el McLaren alcanzaba cada segundo. Las praderas se extendían más allá de mis ojos y viajé por una carretera secundaria, sin ningún coche que me impidiera descargar todo lo que retenía en mi pecho.

—Pero me da que tú no estás de verdad enfadada conmigo.

—¿Ah? No —levanté una ceja con una sonrisa llena de rabia.

—No. Si no contigo misma.

Sus palabras atravesaron mi pecho como una flecha, dejando pasar la verdad sobre mis ojos. Ahogué el aire de mis pulmones sintiendo una mala sensación. Frené de golpe oyendo el chirrido de las ruedas y echándonos los dos hacia delante con brusquedad, deteniendo ese impacto los cinturones. Me quedé con las manos echadas sobre el volante temblando, y dejando mi frente

contra él.

Pasó un minuto en el que solo se oía mi respiración agitada.

—Adalia, ¿qué te ocurre? ¿Por qué has cogido de esa manera el deportivo?  
—me preguntó angustiado.

—No lo sé. Me dolía el pecho y solo quería descargar adrenalina.

—¿Y por qué no has acudido a mí? —preguntó molesto.

—¿Y de qué forma me hubieras hecho sentir mejor?

Giré mi rostro hacia sus ojos preocupados y anhelantes. Torció una sonrisa mirándome.

—Tengo mil formas de hacerte sentir mejor. Pero dicen que la mejor terapia es gritar, así que te hubiera alejado de la mansión y te hubiese hecho gritar.

—¿Y de qué forma? —quise profundizar más en el tema.

—Con una que se me da bien contigo.

Me sonrojé y volví mi mirada hacia el extenso paisaje verde de mi ventanilla. Negué con la cabeza mi comportamiento. Fui una irresponsable y me había comportado como una niña, más bien como una loca, exponiendo nuestras vidas y todo por esa pequeña mentira que al fin de cuentas no era tan importante. ¿Quién era yo para inmiscuirme en su vida, en lo que comprara o no? Pero al menos la presión de mi pecho había desaparecido después de esta *loca carrera*.

—Lo siento —susurré avergonzada.

—No lo sientas. Al menos estoy aquí contigo. No quiero imaginar que te habría sucedido si te hubieras ido sola. Quieres correr con el deportivo, adelante, pero siempre conmigo. No me importa él, me importas tú.

Esboqué una sonrisa. No sé de qué formas se valía para hacerme sonreír, pero siempre lo conseguía. ¿Yo era más importante que su flamante deportivo? Eso no era especialmente lo que había oído de los trabajadores que lo limpiaban. Pero mi sonrisa no duró más de un minuto, se desdibujó de mis labios al pensar la *vida* que llevaba vacía e inexistente.

Apreté los labios conteniendo un sollozo.

—Nadie puede verme. Nadie. Siempre he tratado de dibujarme pero no sé quién soy. Y mi voz... no identifico mi voz. Nunca me he sentido normal. Y los años pasan, y sigo sin poder verme.

Él me miraba quebrado, como si mi dolor se lo traspasara y lo pudiera sentir.

—Yo sí puedo verte, Adalia. Atravieso tu mirada y puedo ver tu alma. Lo que pide cada gramo de ella.

Sus dedos alzaron mi mentón haciendo que lo mirara directamente. Su mirada lastimada recorrió mi cuerpo.

—Estás temblando —apuntó preocupado.

—El subidón de haber corrido a casi doscientos kilómetros por hora.

—¿Y te ha servido? —asomó una pequeña sonrisa agradable.

—Mucho.

—Adalia, hay algo que te perturba, ¿verdad? Lo veo. Necesito que me cuentes lo que no te deja en paz.

Se acercó más, casi rozándose nuestros labios y no pude evitar sentirme más vulnerable, cuando se proponía ser el *perfecto* hombre que yo deseaba tener en mi vida. Pero mi mente decidió escapar haciendo que me desabrochara del cinturón rompiendo nuestro *contacto*, y abrí la puerta para salir al exterior. El viento corrió sobre mi cara y respiré para calmarme, caminando un poco por la carretera desértica.

—¡No quiero que huyas de mí! —gritó detrás de mí siguiéndome.

—No estoy huyendo, Darién —contuve que mi frágil voz saliera, cruzándome de brazos.

—Pues eso no es lo que me dice tu mirada.

—¿Y qué te dice ella? —me giré tan crispada como asustada y me lo encontré tan cerca de mí, que contuve el aliento y me quedé inmóvil.

Se fijó en la profundidad de mi mirada.

—En ti tienes a dos mujeres que están luchando. Tus ojos no me mienten.

Dentro de ti hay una niña asustada, hay una niña ingenua, pura, soñadora que tiene mucho miedo y que se siente muy sola. Esa, nadie ha podido verla. Porque está en las profundidades de una niebla de la que no puede salir, pero que yo he logrado descubrirla. Pero luego hay otra muy fuerte, con temple de acero que está dispuesta a llevarse al mundo entero por delante si intentan dañarla. Esa ahora mismo eres tú.

Me impactaron sus palabras, tanto, que di unos pasos hacia atrás sintiendo arder mis ojos por las lágrimas que no deseaba que salieran. Frunció su rostro atormentado, mirando un momento al cielo como si algo pesara sobre sus hombros.

—Y malditamente solo puedo esperar a que tú des el paso de contarme todo.

No estaba preparada para que Darién supiese lo que me ocurrió hacía casi seis años. ¿Y si salía corriendo cuando se lo contara? No podría soportar que me abandonara.

—Estoy aquí, Adalia. Yo no pienso abandonarte —hizo un gesto con las manos, desesperado porque le creyera.

Y mi corazón dio un *brinco* de felicidad haciéndome sonreír. En mi interior saltaron todas las alarmas, pero no hui, no deseaba escapar. Lo único que deseaba ahora, era besarle y que me hiciera olvidar. Y en dos zancadas atravesé la distancia que nos separaba, enterrando mis manos sobre su pelo a la vez que nuestros labios danzaron sin tregua. Me estrechó contra su cintura y siguió devorando mi boca en un frenesí desatado que yo misma había iniciado.

Dejando sus labios a unos centímetros de los míos, soltó una sonrisa traviesa mirando las praderas que nos rodeaban, hasta acabar en mí. Sus ojos me abrazaron como el fuego, y no me importaba quemarme. No cuando se trataba de él. Le quería con toda mi *alma* y era demasiado egoísta para dejarlo marchar. Había conquistado mi *corazón* en apenas unos días, y era un sentimiento muy abrumador que aún asimilaba. Pero no sabía cómo podía hacer que se quedara conmigo, sino compartíamos los mismos *sentimientos*.

—Lo siento, me he comportado como una idiota. ¿Te has lastimado mucho? —le toqué el brazo preocupada.

—Nada que tus besos no hayan curado ahora.



Nos miramos con una pura intensidad, descubriendo en su mirada cuanto se preocupaba por mí. Dejé que sus brazos musculosos rodearan mi cuerpo, poniendo mi cabeza contra su pecho, sintiendo su protección y el calor que emanaba su cuerpo y que tanto necesitaba. Podría vivir toda mi vida en sus brazos y no importarme que sucediera en el mundo exterior. Amargué mi rostro porque nunca dejaría de estar destrozada y perdida. Y aunque a veces por fuera aparentara ser una chica fuerte, por dentro no era así, y era una chica sensible, tan frágil como el cristal, y que a la vida golpeó de una manera brutal.

—Deberíamos volver —él miró con fijeza el cielo encapotado al comenzar a chispear.

Asentí. Ahora no tenía fuerzas para hablar más. Estaba llena de sentimientos encontrados y necesitaba hablar conmigo misma. Su brazo rodeó mi espalda y me condujo hasta el deportivo. Me abrió la puerta del copiloto, pero antes de que entrara, me detuvo.

—¿Quieres seguir conduciendo?

Negué con la cabeza. Me miró, pero yo no. Y suspiró porque percibiría mi estado.

—De acuerdo.

Entré deprisa, y cerró la puerta. Contemplé las praderas y como las pequeñas gotas chocaban contra el cristal de mi ventanilla. La adrenalina se había ido de mis venas, pero ahora estaban instaladas otras cosas sobre mi corazón. Dolor, pena, impotencia...

No hablamos de regreso. Cuando llegamos a la mansión no esperé a que me abriera la puerta, y sé que cuando corrí hacia el interior de la mansión, se quedó mirándome sin poder detenerme. Subí las escaleras deprisa apretando los labios para aguantar todo lo que se avecinaba de mi interior, y que arrasaría conmigo, y me encerré en mi habitación. Gemí enterrando mis manos en mi rostro.

Podía verme. ¡Él me veía! Era cierto. Tenía a dos mujeres luchando en mi interior, pero ni siquiera sabía quién era esa otra mujer; esa niña que describió. Caminé desecha por la estancia y volteé mi rostro hacia el espejo del tocador. Comencé a repasar mis dedos por cada centímetro de mi cara.

*¿Quién soy?* Pensé destrozada. Podían contarme todo mi pasado, como fue mi infancia, como me fue en la escuela, cuando me caí por primera vez de mi bicicleta... pero solo serviría para llenarme de remordimientos, porque malditamente algo no funcionaba bien en mi cabeza. Y aunque me hablaran de mi pasado de nada serviría. Sollozando, me derrumbé sobre mi cama haciéndome un ovillo.

Ya ni siquiera me molesté en preguntarme a mí misma porque no podía recordar. Ya no importaba.

No salí hasta que el *ocaso* se dibujó en el horizonte.

La cena fue un desastre y no esperaba menos, gracias a mi actitud arisca y distante. Sé que él me miraba pero yo no tenía fuerzas para mirarlo. Cenábamos en un total e incómodo silencio en el que solo se oía el péndulo del reloj, alterándome por momentos. Sobraba de más poner en táctica lo que Carla me recomendó horas atrás. Había decidido suspender mi *pequeña* venganza. La veía absurda después de todo, después de como él me había tratado tan paciente y cariñoso, cuando me dio por ser una loca al volante.

—¿Vas a ignorarme de nuevo? —soltó hosco y harto de este silencio.

Me dediqué a mirar mi plato.

—No Darién, solo intento tener paz conmigo.

Dejó de comer la sopa echándose sobre su respaldo, sintiéndolo algo crispado.

—¿Has llorado?

—No —dije rápida.

—Mírame.

Lo ignoré mordisqueando un trozo de pan.

—¡Adalia, mírame! —su tono exigente me alteró.

Lo hice con valentía. Y él hizo una mueca mirando hacia otro lado como si algo le irritara.

—¿Sabes? Hay un proverbio irlandés que dice: *las lágrimas derramadas*

*son amargas, pero más amargas las que no se derraman.* Aunque algo me dice que tú, has llorado y mucho.

Fue como si me hubiese *clavado* una flecha en mi corazón. Apreté los dientes odiando que siempre me viera.

—Y yo te ataco con otro proverbio chino: *el árbol quiere la paz pero el viento no se la concede.*

Con un mohín, torció una sonrisa captando mi mensaje. Removí la cuchara en mi plato y otra vez me encontraba enojada. *¡Qué bien!* Su móvil que estaba sobre la mesa comenzó a sonar y le solté lo que rondaba mi cabeza.

—Esta noche voy a salir.

Quitó la atención de su móvil sin contestar la llamada, y me miró con atención.

—¿Salir? No esta noche. Quizás otra. Pero hoy no. Tu estado emocional no está para salir.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Y yo te lo estoy negando —refutó.

Apreté las manos.

—Tú no eres...

—Cuidado... —me advirtió con un dedo porque no deseaba que acabara la frase.

—¡No puedes impedirme salir! Quiero bailar un rato, distraerme. Contigo o sin ti voy a salir. No será difícil encontrar una discoteca en Dublín.

Estaba enojado y a punto de reventar, lo pude ver porque de nuevo su vena de la frente estaba presente.

—No me obligues a actuar, Adalia.

—¿Es una amenaza? —dije perpleja.

—Es una promesa —chasqueó la lengua como si no deseara comportarse tan déspota conmigo. ¡Quién entendía su comportamiento! No podía ser dulce y luego frío, no y mil veces no. Suspiró con pesar—. Si quieres salir, contesta a una sola pregunta. Y te llevaré hacia donde tú quieras.

—Puedes formulármela —puse atención en terminar mi cena.

—¿Qué te ocurrió hace casi seis años?

La cuchara se quedó a mitad de camino hacia mi boca. Mi pulso tembló y la dejé sobre el plato, me seguía mirando y esperando. Negué con la cabeza con temor.

—Me has dicho que la responderías —dijo entre dientes.

—Pero esa no. Te he dicho que algún día...

—¡Pues yo lo quiero saber ahora!

Su tono malhumorado y exigente me sacó de mis casillas.

—¡Y qué hay de ti, Darién! ¿No me ocultas nada? ¿Empezamos por tu apellido? ¿Por qué no me lo dices simplemente? ¿O tu edad? ¿O esa maldita chica que te besó en el cuello! Y lo más concluyente de todo... ¡por qué rompes tu regla de no besar a tus clientas!

Hizo una inspirando lenta cerrando los ojos con paciencia.

—Como comprenderás, quiero mantener mi vida privada al margen de mi trabajo o mejor dicho de mi anterior trabajo. Mi apellido tanto como mi edad es irrelevante. Y te pido por favor que no maldigas a esa mujer, podrías arrepentirte más adelante. Ella es especial para mí, pero no debes preocuparte. Confía en mí. Y lo de besarte, ya lo sabes.

Lo miraba anonadada antes sus respuestas. ¿Confiar en él sin una maldita respuesta clara? Mi corazón lo haría sin dudar ni un segundo, pero mi mente no lo haría tan rápido.

—Eres un misterio, Darién.

—Y tú me intrigas más. Hasta rozar la obsesión. Me vuelves loco.

Ambos nos miramos serios y cabreados. Estaba claro que ninguno daría el brazo a torcer. De pronto y rompiendo la tensión, su móvil sonó de nuevo, lo fue ignorando pero al ver que no dejaban de insistir tuvo que coger la llamada.

Con una sonrisa irónica, me limpié la boca negando con la cabeza.

—¿Sí? —pronunció con firmeza no dejando de mirarme—. No, esta semana no puedo ir. ¿Qué ha hecho qué? —se encontró de pronto sumamente enojado

—. Pues solucionas tú el problema solito. Te lo cedo.

Y colgó con brusquedad maldiciendo por lo bajo. Me eché a reír.

—Vaya, se te acumulan las clientas, Darién —expresé toda irónica.

—La verdad es que sí. Pero antes que todo lo demás... estás tú.

Apreté los dientes. Su afirmación me hizo daño y tuve ganas de machacar su pecho. Por increíble que pareciera, su móvil volvió a sonar. Vaya, vaya, vaya, que solicitado estaba el ex gigoló del Club Seducción. Darién echó un vistazo rápido y luego a mí, decidiendo ignorar su móvil como si no existiera quién estuviera llamándolo. ¿Por qué la anterior llamada la había cogido y ésta la ignoraba? Mi mente retorcida de celos me dio el nombre.

—Adelante. Cógelo. Puede que sea tu adorada Kisa.

Hizo una mueca tan iracundo, por mi carácter irascible.

—Cuidado con lo que dices —señaló con voz dura—. Y si es... ¿qué problema habría? Según tú solo hemos echado un maldito polvo —me expresó tranquilo recolocando mis palabras de esta mañana.

—¡Estás en mi casa! Tú no me puedes hablar así —golpeé la mesa ofuscada levantándome.

Él gruñó haciendo que me echara un poco para atrás.

—¡Maldita sea eres una malcriada y una egoísta!

Golpeó la mesa con dureza también levantándose. El móvil había dejado de sonar y ambos teníamos las respiraciones agitadas.

—Tú no puedes mandar sobre mí.

Dejó sus puños sobre la mesa haciéndole parecer más alto, y con un aspecto más intimidante.

—Pruébame. Y verás.

—Esta noche me voy de fiesta y pienso emborracharme —me di la vuelta, pero antes de salir de la estancia me cogió de los brazos volviéndome hacia él.

—Tú no vas a ninguna parte, señorita. Ya me tienes cansado. Si quieres saber de mí, antes yo necesito saber todo de ti. Y no hemos terminado de

cenar. Ten educación.

Me volvió a sentar como si fuera una niña. Lo fulminé con la mirada mientras se sentaba en el otro extremo, soltando aire para relajarse.

—Voy a salir te guste o no —seguí insistiendo.

—Pues entonces te acompañaré.

Alcé las cejas.

—Bien. Eres libre de venir conmigo. Si mal no recuerdo, aún sigues siendo mi invitado.

—Tu acompañante. Te refresco la memoria de tus mismas palabras cuando me invitaste aquí. Pero para mí soy más que tu acompañante.

Abrí la boca, pero Alfred abrió las puertas del salón entrando con una bandeja y me mantuve quieta mordiéndome la lengua.

—El postre —anunció Alfred dejándome a mí el plato.

Al observar mi postre favorito, se me encendió la *bombilla* de la malicia y las palabras de Carla revolotearon en mi mente. Esperé a que Alfred se marchara cerrando las puertas, cuando eso sucedió, miré de reojo a Darién pendiente de su vaso de vino mientras acariciaba la servilleta de la mesa, ensimismado. Rápida y sin pensar, pinché sobre la primera fresa llena de chocolate y nata, llevándola a mi boca, y la saboreé de un modo que me oyera. Hice como que no le prestaba atención, pero se me hizo eterno no hacerlo por la morbosidad, y sobre todo por la pura curiosidad de como estaría él al oírme de esa manera. Y me encontré con su mirada sobre mí, absorbiendo cada gramo de lo que hacía, de cómo degustaba mi postre.

*No puedo creer que esté haciendo esto. Pensé alterada.*

Degusté otra fresa sintiendo en mi paladar su dulce sabor mezclado con la nata y el chocolate, la verdad es que lo estaba disfrutando, salvo la pequeña incomodidad de los ojos tan penetrantes de Darién mirándome, en como apretaba los puños y sus facciones se tensaban devorándome con la mirada como si intentara retener algo.

—Mmm está riquísimo —di un débil gemido de placer.

Él se removió en su silla inquieto, aclarándose la garganta pero sin

despegar sus ojos ardientes de mí. Cogió su copa y bebió de golpe el vino que le quedaba. Por dentro me reí sin parar. Carla tenía razón. Era un *genio* cuando de ideas se trataba. Lo estaba poniendo a cien y este era su castigo, por creer que podía mandar sobre mí. Pensaba no llevarlo a cabo, pero él se lo había buscado.

—Es como estar en el paraíso —dije extasiada relamiéndome los labios de un modo erótico.

Él tragó saliva lentamente.

—¿Está delicioso? —me preguntó con voz grave y sin dejar de mirarme.

—Ya lo creo. Lo mejor que he probado. ¿Tú no comes postre? —señalé extrañada de que Alfred no le trajera nada.

Dibujó en sus labios una sonrisa canalla.

—Oh, no. Hace años que no tomo postre. El postre que yo tomaba era ciertamente muy especial y particular.

Remarcó la última palabra dejándome desconcertada.

—Pero ahora que la vida me lo ha vuelto a dar, y me lo está ofreciendo... ¿quién soy yo para despreciarlo? Pero he decidido dejar el postre para más tarde. Ahora mismo estoy más cómodo observándote.

El tenedor se resbaló de mi mano cayendo a la mesa. Aunque lo recogí a tiempo con extrema disimulación, y él ensanchó más la sonrisa de verme nerviosa. *¡Maldito!*

—Tú te lo pierdes —dije sin más.

—No creo... y más tarde degustaré mi postre. Entre tú y yo —murmuró lo último haciéndome un gesto para que me acercara más hacia su lado. Apoyé los codos sobre la mesa, inclinándome en su dirección algo recelosa, mientras mordisqueaba la fresa y él se fijaba con una mirada oscura en mis labios—. Es mi postre favorito desde hace tiempo, porque siempre me ha encantado poseerlo con mi boca. Ahora solo me dedicaré a mirarte.

Casi me atraganté con la fresa que pasaba justo por mi garganta. Disimulé la tos mirando hacia otro lado.

—Porque yo también disfruto —comentó con tranquilidad—. Disfruto

oyéndote gemir como hacías anoche. Es casi el mismo sonido... y tú misma has encendido la mecha. La pregunta que debes hacerte es, ¿cuándo voy a explotar? Es un placer ver como devoras ese postre. Y sí, le tengo envidia. Con tu permiso, yo me retiro. No me hagas esperar mucho en el recibidor cuando estés lista, Adalia. Hoy más que nunca deseo disfrutar de la noche.

Se levantó de la mesa dejando la servilleta con elegancia, abrió las puertas blancas con los bordes de oro y las cerró a su paso dejándome sola. Miré mi postre casi acabado. ¿Por qué todos mis planes con Darién salían frustrados? Él salía *airoso* de cada situación y yo *fracasaba*.

Hasta ahora no me había dado cuenta de que apretaba entre mis manos el cubierto de tal forma, que tenía los nudillos blancos. Entrecerré los ojos inflando las mejillas. Darién no me conocía. Y esta noche le iba a demostrar que no tenía por qué temer nada, ni esconderme como si me acobardara su presencia.

Me levanté y fui directa a mi habitación.

No eran ni las diez y disfruté del relax que me daba estar hundida en la bañera oliendo las esencias de lavanda. Ensimismada, hice círculos en la espuma. Y con un suspiro, abracé mis rodillas y le di vueltas a todo.

Darién era tan *misterioso*. ¿Por qué aceptaría venir aquí? Bien podía haber sido una psicópata que iba matando a los gigolós a diestro y siniestro. Rompí a reír de las tonterías que se cruzaban por mi cabeza. Sinceramente no entendía que me veía. Desde que me hizo suya, todo había girado en un sentido que me hacía sentir desconcertada y asustada. Aunque adoraba cuando me decía *banphrionsa* o Deva. Aún tenía que preguntarle por qué me llamaba Deva. Y también por qué a veces utilizaba palabras en irlandés. No quería dudar de él, pero no era fácil confiar en una persona que poco podía contarme de su vida. Aunque yo tampoco le había dicho mucho. En ese término estábamos empatados. Pero no podía soportar la idea de que pusiera atención en otras mujeres. Había dejado de ser gigoló. Bien. ¿Y entonces por qué parecía como si estuviera aún en ese trabajo? ¿Quién lo llamó a su móvil que lo enojó tanto? Me pedía que confiara, pero cómo hacerlo cuando todo apuntaba a que me mentía constantemente. El claro ejemplo, su flamante



McLaren. Si tenía uno aquí, significaba que visitaba con frecuencia *Irlanda*. ¿Por qué? Él era americano, ¿no? Pese a que en estos días le delataba más su acento irlandés. ¿Qué le vinculaba con la Isla Esmeralda?

Estaba segura de que si se lo preguntaba, desviaría el tema. Era muy listo en ese terreno.

Mordí mi labio inferior con fuerza. Lo deseaba tanto como respirar. Pero tenía que ser fuerte. No quería entregarme a él, no al menos hasta que me respondiera algunas preguntas, y así tranquilizaría a mi odiosa mente manipuladora de mis sentimientos. Ella a veces era más fuerte que mi propio corazón. Ella había *regido y comandado* durante casi seis años al no ser la misma Adalia que fui antes del accidente.

¿No era ya hora de que dejara gobernar a mi corazón durante una larga temporada?

Esboqué una sonrisa.

—Boba —me susurré sintiéndome atolondrada.

Decidí que ya era hora de arreglarse. Cogí el albornoz y me dispuse a salir del baño.

Extendí sobre la cama el vestido que me regaló Carla. Sacudí la cabeza al observarlo. Puesto sobre mi cuerpo, llamaría más la atención. De eso no había duda. Echando un fugaz vistazo hacia el espejo, me quité el albornoz y comencé a vestirme.

Una vez lista, caminé con los zapatos de tacón hacia el espejo. Solté un largo suspiro.

*Ay, madre mía. ¡Carla, cómo eres!* Pensé en lo maliciosa que podía ser. El vestido corto de color rojo, estilizaba mucho mis curvas.

Unos golpecitos en la puerta me sobresaltaron, oyendo a mi corazón desbocado.

—Señorita Adalia —suspiré bajando la mano de mi pecho al escuchar la voz de Olivia. Por un momento, creí que era Darién cabreado porque tardaba tanto.

—Dime, Olivia.

—El señor Darién dice que si requiere que suba para que baje. Ha sido muy explícito en decírmelo. O baja usted en dos minutos, o sube él y la baja de forma poco caballerosa.

A leguas se veía que Olivia contenía el entusiasmo de reír, y eso que estaba detrás de la puerta. Olivia y Mary se lo estaban pasando pipa en este lugar.

—Dile que ahora bajo.

—Bien, señorita.

Mentira, bajaría en cinco minutos. Y todo para fastidiarle.

Caminé hasta el tocador recogiendo mi móvil, y con cuidado me senté en la silla enviándole un mensaje a Carla.

**Adalia Knightley 09 de Marzo 23:04**

*Gracias por este maravilloso vestido. Tienes un gusto excelente, golfa.*

Casi al minuto transcurrido me contestó.

**Carla O'Brien 09 de Marzo 23:04**

*Me alegra que te guste. Lo escogí para ti. Lo de golfa te lo dejo pasar. Perdona. Oh, no espera, creo que te va más puritana. ¡Disfruta de la noche!*

Rompí a reír.

**Adalia Knightley 09 de Marzo 23:06**

*¿Comienzo a decir quien de las dos es más puritana, mi querida Carla? ¿Quién ganaría? ¿Tú o yo?*

No obtuve respuesta inmediata y me inquietó el hecho de haberla ofendido de alguna forma. No lo creía posible, pero desde que Carla sufrió «aquello» en su vida pasada, según ella ya no volvió a ser la joven *risueña* que fue alguna vez. Y me daba rabia también, ver como el destino se ensañó con ella. Éramos dos almas *quebradas*.

**Adalia Knightley 09 de Marzo 23:12**

*Lo siento :(*

*Muchos besos y abrazos, Ada.*

Fue lo último que le escribí antes de salir por la puerta revisando que no me olvidaba de nada en particular.

Encontré a Darién cruzado de brazos y mirando con constancia las escaleras. Evité reírme cuando en fracciones de segundos, su cara enojada pasó a fascinada mirándome de arriba abajo, cuando me dispuse a dejarme caer en los últimos escalones.

—¿Y bien? —me di una vuelta de un modo sensual, pero que no se notara tanto.

—Creía que te ibas a poner un vestido tuyo —su ceño fruncido denotaba que le encantaba, pero que no estaba conforme.

—Y así es.

—¿Estás segura? Creo intuir que no es tu estilo —lo señaló escéptico.

—Es un regalo de mi amiga, Carla. ¿A qué es hermoso?

—Te hace muy atractiva y llamas demasiado la atención.

—Es lo que quiero —le restregué en toda su cara.

Apretó la mandíbula, pero se dispuso a maldecir hacia otro lado en un susurro que claramente oí. Aguanté la sonrisa pero fue imposible, porque sé que estaba a punto de reventar en desear decirme que no podía salir con este vestido, pero no tenía ningún derecho a hacerlo. ¿Y por qué? Porque no éramos pareja, ni nada que se pareciera a esa palabra. O sea que mandar sobre mí, cero. Y aun así iba listo si de todas formas hubiésemos sido pareja. La decisión de mi ropa, era cosa mía.

Pero claro, si a él le decía que con esos pantalones vaqueros negros y esa camisa rojo granate, que marcaba su corpulencia, le hacía demasiado apetitoso y muy sexy, y que las mujeres no dejarían de babear por su cuerpo. Él saltaría aclarándome que serían paranoias mías. ¡Hombres! A mi parecer... de la etapa *cromañón* algunos hombres no habían salido. Ellos eran celosos y posesivos por naturaleza, y en demasiadas ocasiones no podían controlarse marcando su territorio.

—¿Nos vamos? —me preguntó cogiendo su chaqueta negra de cuero y abriendo la puerta principal.

—Claro —sonreí.

Vaya. ¿Y dónde estaba el caballeroso Darién que me tendía su brazo como en los cuentos de hadas? Lo dicho, era un cromañón más en estado puro.

Esta noche iba a ser divertida.

—¿Y dónde quiere ir su excelencia? —me hizo una reverencia abriendo la puerta del copiloto.

Antes de entrar lo miré a los ojos. Y ahora era todo ironías. ¿Con qué más me saldría?

—Hmm sorpréndeme —le señalé.

Por un momento perdió su mirada hacia la noche oscura, acariciando su barbilla. Cuando me miró, sus ojos eran juguetones.

—Hecho.

Entré desconcertada por su rapidez en contestarme, y puso rumbo hacia el lugar que tenía programado en su mente. Dublín estaba lejos y en ese trayecto decidí atacarle a mis preguntas. Evadió muchas, pero esta vez fue sincero en decirme que había visitado más de una vez Irlanda. ¿Tendría aquí algún familiar?

Y como era su *especialidad* desvió el tema hacia otra parte sin darme cuenta. Deseó saber de Félix y yo dispuesta a no quedarme de brazos cruzados contrataqué con Kisa, y ambos al final nos quedamos callados porque no deseábamos hablar de ellos. Cuando le hablaba de Félix, él se ponía furioso, cuando él me hablaba de Kisa, se me apretujaba el estómago de celos. Entonces... ¿cómo enfrentaríamos a nuestros fantasmas del pasado si teníamos que pasar página? Teníamos que hablar de ellos. Y uno de los dos tendría que empezar el primero. Él tenía suerte, conocía a Kisa, la reconocería si la viese a su lado. Yo en cambio, si Félix pasara por mi lado lamentablemente no lo reconocería.

Vi que detenía el coche frente a un local.

*Break For The Borden.*

Miré hacia Darién. Y alzó las cejas divertido.

—Tú querías bailar.

Salió del deportivo rodeándolo y abriéndome a mí la puerta, tendiéndome la mano.

—¿Y ahora si eres un caballero? —le tiré como pulla mientras nuestros dedos se entrelazaban.

Sus ojos me miraron con profundidad, esa que me ponía nerviosa.

—Es posible que no sea el caballero qué esperas, Adalia.

Sus palabras me chocaron dejándome bloqueada, tanto, que él tiró de mi mano para que entráramos al local. Comencé a oír la música a todo volumen y como la gente se movía al ritmo de ella. Darién no me soltó de la mano y siguió llevándome con él pasando entre las personas. Estaba a rebosar el lugar, y eso ya era incómodo para mí. Llegamos a la barra donde un chico joven nos atendió.

Darién me hizo un gesto para que eligiera primero.

—Un margarita.

—Un martini para mí, por favor —le dijo Darién.

Dejé el bolso sobre la barra y me giré hacia él, que estaba fijándose en las botellas que había en el segundo estante detrás de la barra.

—¿A qué ha venido eso?

—¿El qué? —sus ojos me miraron en una expresión desconcertada.

—Lo que me has dicho en la entrada.

Inspiró aire. Abrió la boca, pero luego la cerró negando con la cabeza como si se debatiera con sus pensamientos.

—Es igual, olvídale.

Entrecerré los ojos. *¿Es igual?* ¿Él me decía esas palabras y ahora quería que lo olvidara así de fácil? ¡Ja!

—Muy bien —me puse más cómoda sobre mi asiento mirando al frente.

El chico trajo nuestras bebidas. Y sentía la mirada de Darién clavada en mí por cómo le había respondido con soberbia.

Cogí mi margarita y lo tragué de golpe, no siendo muy agradable la

sensación cuando pasó por mi garganta.

—Otro —le chasqué los dedos al chico con voz ronca.

Éste asintió y lo fue preparando. Sobraba decir que Darién se había quedado pasmado por la rapidez con la que tragué el margarita. El chico moreno me trajo el segundo margarita y esta vez solo me bebí la mitad, saboreándolo.

—¿Intentas emborracharte?

—Y a ti que te importa.

Lo tragué de golpe al estar irritada.

Vi que apretaba el puño sobre la barra.

—No Adalia, esa no es manera de contestarme.

—¿Y tú? ¿Has visto como me respondes tú cuando te pregunto algo? ¿A qué jode?

Cerró los ojos inspirando aire para no descontrolarse.

—Adalia —cogió una de mis manos de improvisto, y su tacto hizo que me estremeciera. ¡Maldita debilidad! Cada centímetro de mi piel suspiraba por él —. ¿No podemos hacer una tregua esta noche?

—Lo dudo —hice una mueca.

—Por favor.

El maldito me estaba suplicando y sus ojos solo conseguían ablandar mi corazón, haciéndome sentir culpable. Le hice al chico otro gesto para que me sirviera otro margarita.

—Adalia —estaba esperando e impacientándose.

Y puse los ojos en blanco.

—Bien. Si deseas una tregua, te la daré. Total, que importa todo a estas alturas. Qué viva la vida. ¡Total a mí me quedan cuatro días!

Me miró extrañado pero no me dijo nada. Pasaron unos minutos entre los cuales perdí mi mirada por la gente que se divertía bailando. Estaba segura de que esas personas tenían una vida más feliz que la mía. Apostaba un penique a

que todas recordaban sus pasados. Cada gramo de lo que hicieron hacía ocho años, por ejemplo. Yo en cambio, me encontraba caminando sola, perdida entre una niebla que cada vez se hacía más densa y poderosa a mí alrededor.

Repasando una mano por mi pelo, continué observando más personas en la pista de baile. Y de pronto me tensé, quedándome trastornada por una persona en particular. Al principio pensé que en unos cuantos parpadeos desaparecería de mi vista, pero no, ahí seguía tan nítido como todo lo demás. Liam estaba a unos metros de mí. Y lo que era peor, me observaba como yo a él. Torció una sonrisa que intuí perversa. Mi estómago se contrajo de dolor deseando echar la bebida, recordando al instante cuando intentó abusar de mí. *Está aquí, está aquí.* Pensé aterrada. Me llevé una mano al cuello sintiéndome angustiada, y giré de nuevo mi cuerpo hacia la barra. Cogí aire pero a mi corazón no le gustaba haberlo visto. Supe por la prensa que se mudó a Irlanda. Pero no sabía que se había quedado en Dublín y que mucho menos, esta noche me lo llegaría a encontrar justo en esta discoteca. Yo esperaba no encontrármelo nunca más. ¡Maldito destino!

—Hey —sentí como Darién cogía mi mentón girándome hacia él. Me miró con suma atención y bastante preocupado—. Te has puesto pálida de repente. ¿Te encuentras bien?

*No, no estoy bien, Liam está ahí y no quiero que se me acerque.* Quise decírselo pero lo retuve. Asentí esforzando una sonrisa, para que no me delatara el pánico que se estaba formando en mi interior, de solo saber que Liam estaba aquí.

—No es nada. Es que no estoy acostumbrada a este ambiente.

Tal vez no me estaba mirando a mí. Podía ser. Tal vez esa sonrisa diabólica no iba dirigida a mí, sino a otra chica que se hallaba cerca de mí. Recé para qué así fuera. De todas las discotecas, ¿por qué tenía que ser en esta dónde me volviera a reencontrar con ese miserable?

Sentí que Darién me acariciaba la mejilla y me estaba sonriendo.

—Se me ha pasado decirte lo hermosa que te ves.

Me arrancó una sonrisa. La diferencia entre el miserable de Liam y Darién era abrumadora.

—Gracias. Tú en cambio no dejas de arrancar los suspiros de las mujeres a cada metro cuadrado. Eso se considera obstrucción y delito mayor, contra los demás hombres que desean la atención de esas mujeres.

Rompió a reír. Pero no se interesó por mirar cuantas chicas lo miraban deseosas de que les prestase un poco de atención. ¡Serán lagartas!

Cogí la servilleta de papel, doblándola sumida en mis pensamientos. Al final no había sido tan buena idea salir a bailar. No me estaba saliendo nada bien lo que había planeado.

—O'Hart.

—Humm —expresé al haber estado distraída.

Sonrió con timidez por primera vez, mirando sus manos.

—Mi apellido es O'Hart.

Tragué saliva mirándolo sorprendida.

—Tengo veintiocho años. Y sí, soy irlandés.

Mi corazón estalló de un enorme júbilo porque esas preguntas ahora se hallaban disipadas, y porque había confiado en mí para decírmelo.

—Gracias —dije emocionada.

Se encogió de hombros bebiendo de su martini.

—No es algo que me vaya gustando mencionar cada vez que me encuentro a alguien. Soy muy reservado con mi vida.

—Lo entiendo, aunque yo...

Alguien en ese momento tocó mi espalda, interrumpiéndome. Y me volví observando a una chica que me miraba con timidez, llevando una cámara entre sus manos.

—Hola, Adalia. ¿Puedo hacerme una foto contigo? —me preguntó casi en un susurro, avergonzada.

Miré primero a Darién, él sonreía y yo también lo hice hacia la chica, siendo simpática con ella.

—Claro —me bajé de la silla siguiéndola unos metros. Dispuso el objetivo



de la cámara hacia nosotras, que sonreíamos, y disparó la foto.

Sus ojos me miraron entusiasmados.

—Me encanta como trabaja tu padre. Ahora mismo llevo un vestido de Knightley —señaló el traje azulado de seda.

—Me alegro que te gusten sus diseños.

—¿Puedo subir la foto a twitter?

—Claro.

—Gracias de nuevo —señaló su cámara, alejándose. La vi juntarse con su grupo de amigas dando brincos de felicidad por haber obtenido la foto conmigo.

Dándome la vuelta, mi visión interceptó a una rubia muy cerca de Darién, con un vestido negro ceñido a su cuerpo. Hablaban, y ella rio por algo que le diría él. Apreté los dientes. Me había alejado un poco, y la primera *lagarta* se había tirado hacia él como una lapa. En cuanto Darién captó mi visión, no dejó de mirarme inquieto.

Pero esa chica se movió maliciosa, para claramente tapar el campo de visión de él hacia mí. Miré la espalda de la tipa con cara de furia. Un volcán en erupción dentro de mí estaba apuntito de estallar. ¿Pero qué se había creído esta mujer? ¿Estaba esperando al acecho para ver cuando me desprendía de Darién? Esperaba que él la echara de una vez, para que prosiguiéramos con nuestra conversación.

—¿Me invitas a una copa? —la oí decir con melosidad.

Entrecerré los ojos con una mirada asesina hacia su pelo. Mis manos ansiaron coger ese mugroso pelo lleno de extensiones y volcarla sobre el suelo, para que aprendiera que lo mío no se tocaba. Contuve el aliento. *Respira, Adalia. Respira.*

Darién le sonrió. Y gruñí por dentro de rabia y celos. No iba a soportar ni un segundo más como le regalaba su sonrisa y tal vez la invitaba a una copa. Si él lo quería así. Adelante. Eché una rápida mirada a la pista de baile. Suspiré relajada al no ver a Liam por ninguna parte. Se había marchado.

—Disculpad —hice que los dos me miraran.

La rubia pechugona tenía *escrito* en la cara lo lagarta que era. Pero me dio exactamente igual.

—Darién, te dejo con tu nueva amiguita, yo me voy a la pista de baile.

Señalé dándome la vuelta, pero observando como Darién se quedaba por primera vez boquiabierto delante de mí, sin darle tiempo a decirme nada. Sonreí maliciosa mientras me movía entre la gente, sintiéndome genial, aunque otra parte de mí deseaba volver y arrancarle los pelos a esa tipa por intentar ligar con Darién. No quise mirarlos. Porque si los veía hablando o sonriéndose, sé que me iba a desmoronar y me iba poner a llorar como una tonta enamorada. Porque eso es lo que era. Una tonta que ya no era *dueña* de su corazón. Me moví al ritmo de la música, de modo que atraje la atención de los hombres de mí alrededor, pero yo seguí a mi ritmo bailando sola. Me encantaba estar bailando la canción pegadiza que resonaba en la discoteca, y me sentí liberada y algo ligera.

—¿La bailamos pegaditos, guapa? —una voz desconocida se alzó detrás de mí.

En cuanto sentí sus manos en mis caderas sin mi consentimiento, me encaré con él apartándolo.

—¡Eh! Bailo sola. Gracias.

—Eh, venga rubia no seas arisca.

—Te estoy diciendo que bailo sola —le señalé echando un paso hacia atrás.

El chico me sonreía con descaro sacudiendo la cabeza por mi comportamiento tan arisco, se veía que había tomado unas copas de más por su forma de bailar tan torpe y ridícula. No cejó de insistirme para que siguiéramos bailando pegaditos esa canción. Antes de que volviera a tocarme, me eché hacia atrás chocándome con otra persona que me agarró de la cintura, sin ninguna intención de soltarme. Mi cuerpo lo reconoció por su forma de hacerme sentir *deseada* por cada centímetro de mi piel. Parecía como si nuestros cuerpos estuvieran *conectados* como uno solo. Era una locura pensarlo. Pero así lo sentía. Y sin mirarlo, supe que era él.

—Te está diciendo que no —la voz dura de Darién sonó a mis espaldas.



## Peligro

Me sobresalté al oír la inflexible voz de Darién en mi espalda. Asesinaba con la mirada al chico que me había agarrado unos segundos antes.

—Perdona colega creía que estaba sola.

La mirada de Darién destelló ira poniéndose delante de mí.

—¿Colega? ¿Tú me ves cara de ser tu colega?

Pero el chico estaba algo pasado de copas y solo le sonreía. Ya era un milagro que se mantuviera de pie. No creía a Darién golpeando a un hombre bebido.

—Te recomiendo que no la dejes tan sola. Ella parece un ángel y por aquí anda suelto mucho demonio —le dijo riéndose.

El pecho de Darién se hinchó bajo un gruñido y se puso furioso, intentando agarrar al chico que se estaba marchando entre la multitud, pero lo evité a tiempo cogiéndolo del brazo con fuerza. En cuanto me sintió, se giró hacia mí sin darme tiempo a reaccionar, cogiéndome de la cintura y estrechándome contra él como muestra de lo posesivo que era.

—¿Cuánto enemigos me echaré sobre los hombros esta noche? —una clara sonrisa se extendió por su rostro, pero no duró mucho tiempo, echando un largo vistazo a nuestro alrededor ensombreciéndose su cara—. Pero como otro hombre te toque la cintura sin tu permiso, lo reto a un duelo. Ya sabes: veinte pasos al amanecer con pistolas. Aunque prefiero los duelos con espadas si te soy sincero.

Entrecerré los ojos.

—No te burles de mi amor hacia el género histórico romántico, Darién.

—No lo hago. Estoy hablando muy en serio. Pero si quieres lo traduzco al lenguaje moderno de nuestra época para que me entiendas. Como otro hombre te toque la cintura le rompo la mandíbula y dudo que algún día pueda comer correctamente.

Me eché a reír aunque con nerviosismo.

—¡No puedes estar celoso!

—Pues lo estoy, y mucho. Te dije que si querías bailar solo sería conmigo.

Me quedé pensativa un momento negando en un gesto.

—No me lo dijiste.

—Pues lo añado. Tú solo bailas conmigo.

—¿Ahora soy tu chica? —le pregunté en un tono burlón.

—No me busques, Adalia —me advirtió con un tono molesto.

Busqué con la mirada a la rubia pechugona, pero no estaba en la barra.

—¿Dónde está tu amiguita? Parecías muy contento con ella.

Darién hizo una mueca estupefacta por mis palabras cargadas de celos.

—¿Qué? ¿Estás borracha? En cuanto has entrado en la pista de baile la he echado de mi vista. Estaba siendo cortés con ella. Aquí solo me interesas tú. Y solo tú.

Intentaba hechizarme con dulces palabras pero no lo conseguiría. Ya no.

—No soy tuya.

—Sí. Qué. Lo. Eres. Y desde hace tiempo.

—Ah, no sabía que el hombre cogía un ticket y pedía por adelantado a la mujer. ¿Qué, acaso debo darte las gracias porque me hayas dicho tu edad, tu apellido o dónde naciste?

—Pues yo si doy las gracias por haberte encontrado. Y ya he prometido que no pienso soltarte nunca más.

—Las promesas se pueden romper —dije flaqueando al verme contra su cuerpo.

—Las mías, no. Cuando prometo una cosa llego hasta el fin para consolidarla y que perdure para siempre.

—Suéltame, Darién —forcejeé con sus brazos mirando a la gente como bailaba.

—Ni hablar —reforzó más el agarre—. Te deseo demasiado. ¿Acaso no lo ves?

—No pienso acostarme contigo de nuevo.

—Y yo que pensaba prepararte una cena romántica esta noche y me desbaratas el día, primero con mi deportivo, luego no saliendo de tu habitación y me rematas en la cena diciéndome que quieres salir a bailar. Tus deseos son órdenes para mí, banphrionsa.

—Deja de llamarme así —le pedí cansada.

—¿Y Deva? —levantó una ceja con diversión.

—Peor. Por qué no sé quién es. Y tampoco sé por qué me llamas con ese nombre.

—Pronto te lo diré —prometió.

—Eres un cromañón.

—Puedo imaginar porque me llamas así. Te dije anoche que no te dejaría ir tan fácilmente.

Inflé mis mejillas harta de sus enigmas.

—¡Deja de ser tan misterioso, Darién! En cambio yo para ti soy como un libro abierto. Eso no es jugar limpio, patán.

—¡Se acabó! —Refutó con exigencia—. Si quieres conversar, lo haremos. Pero volvamos a la mansión. Ya es hora de que pongamos las cartas sobre la mesa. Y espero que no huyas de mí, porque no pienso dejarte escapar. ¿Me oyes?

Finalmente me soltó y negué con la cabeza su lado posesivo. Ahora me daba cuenta de que tenía mi bolso en sus manos, se lo arrebaté de mala gana y puso los ojos en blanco por mi comportamiento.

—Primero voy al baño.

—Te acompaño —intentó seguirme.

—¡No! —Lo detuve con mi mano sobre su pecho—. Tú te quedas aquí. Ahora vuelvo.

Me perdí entre la multitud de las personas llegando a un pasillo que

conducía hacia los lavabos. Volví mi mirada y vi que me estaba mirando, quieto, sin haberse movido de la pista de baile. Di un manotazo a la puerta que estaba entornada y la abrí, una chica a la misma vez salió chocando conmigo. Me disculpé con ella y entré cerrando la puerta.

Tiré de mala gana el bolso pequeño sobre el mármol del lavamanos, apoyando mis manos en él. Me miré en el enorme espejo y vi a una Adalia llena de rabia, celos y desorientada. No podía decirme que yo era *suya* cuando ni siquiera éramos nada. Apostaba un millón de dólares a que si le sacaba el tema de que éramos pareja lo desviaría.

¡Qué quería de mí! Me sentía tan confusa y frustrada con él.

Hice una mueca de dolor mirando mis pies. Tacones infernales. No sé para qué leches inventaban algo que en gran medida nos perjudicaba a las mujeres.

Suspiré con pesar.

Al fin hablaríamos. Y esperaba que detrás de esta *esperada* conversación por fin pudiera poner un rumbo en mi destino. Porque ahora mismo parecía un *puzzle* que habían desencajado y esturreado todas sus piezas adrede.

Me eché agua sobre la cara sintiéndome más relajada, y cogí el papel que había sobre una pequeña estantería al lado del espejo. Mientras me secaba el rostro oí como se abría la puerta, pero ni me fijé en la chica que había entrado, al estar ensimismada limpiando mi rostro de agua con cuidado. Pero en cuanto oí el *clic* del cerrojo de la puerta, mi cuerpo se tensó y padeció de un sentimiento aterrador.

—Cuanto tiempo, Adalia.

Mi cuerpo aterrado se reveló y me di la vuelta encontrándome de frente con un Liam, sonriente, déspota, de ojos azules y teniendo su pelo rubio engominado.

Mis manos temblorosas se agarraron al mármol intentando no desfallecer sin despegar mis ojos de él. Lo recordaba tal y como era, un chico que no tenía límites en su vida, petulante y malhumorado cuando no conseguía sus propósitos. Siempre fue de complexión delgada, aunque le gustaba trabajar sus bíceps. Despavorida, miré la puerta cerrada con el cerrojo. Se frotó la barbilla mirando también la puerta con aspecto soberbio.

—No quiero que nadie nos interrumpa.

—¿Por qué has cerrado la puerta, Liam?

—Humm —cerró los ojos degustando—, siempre me gustó que mi nombre saliera de tus labios.

Mis piernas decidieron obedecer e intenté llegar a la puerta cogiendo mi bolso, pero él se interpuso y grité al sentirlo demasiado cerca. Me dio repulsión oler el tabaco que desprendía su camisa negra, con otro olor a rancio que no identificaba haciéndome sentir arcadas. Y caminé hacia atrás chocando con una pared, no dejando de pensar en el *peligro* que corría al estar con él encerrada aquí.

Mi labio inferior tembló y pensé en Darién. ¿Por qué demonios no dejé que me acompañara?

—No sé qué quieres pero déjame salir. O comenzaré a gritar. Te lo juro.

—No te daría tiempo. Además la música de la discoteca está demasiado alta.

Mis ojos volaron hacia mi bolso que tenía entre mis manos, pero en él no tenía nada con lo que defenderme. *Apúntate esto Adalia, un spray de pimienta siempre en el bolso, joder.* Pensé. Se relamió el labio inferior, repasando un dedo por el mármol.

—Ha pasado casi un año. Y tú y yo tenemos una cuenta pendiente. Me habían llegado rumores de que estabas en esa espantosa y vieja mansión Knightley, en el condado de Kerry, y que curiosamente has venido sola. Pronto iba a hacerte una visita, me hubiera gustado acorralarte más en ese inhóspito lugar. Tal vez cuando pasearas por el bosque distraída o entrar por la noche dentro de la mansión e ir a hurtadillas a tu habitación. Soy muy bueno entrando sin permiso. Pero este lugar me sirve. Gracias por venir a mi discoteca favorita.

Intenté no gemir de pánico, pero no logré contener mis emociones. La última vez que nos vimos, se parecía mucho a esta situación. Intentó sobrepasarse conmigo y si no llega a ser por los guardaespaldas de Carla, lo hubiera hecho.

Me fijé en sus ojos, los tenía rojos y con las pupilas muy dilatadas.



—Estás borracho —afirmé.

—No, cariño. Estoy un poco drogado —metió una mano en su bolsillo del pantalón sacando una pequeña bolsita que contenía unos polvos blancos.

Sacudí la cabeza al ver que estaba cayendo en un *pozo* sin fondo.

—En que te has convertido —susurré no creyendo que cayera tan bajo.

—¡Fue tu culpa!

La forma en que me señaló tan brusca y furiosa hizo que temblara.

—¿Mi culpa? Tú mandaste tu carrera a la basura cuando publicaste ese tweet sobre mí.

—Estar aquí es una mierda. Como modelo ya no valgo nada, solo las agencias de bajo nivel quieren echarme una o dos fotos para revistas cutres que leen solo los pringados de clase media. ¡Echaste por tierra mi carrera maldita zorra! Tu padre se encargó bien de que no volvieran a contratarme en otra prestigiosa firma. Pero se te olvidó el pequeño detalle de decirle que intenté violarte. Y no me arrepiento ni un solo momento. Pero ahora...

Me entraron náuseas, tenía ganas de vomitar por como manifestaba con su mirada todo lo que deseaba hacer conmigo. Los pasos que nos distanciaban los recortó mirándome de arriba abajo con lujuria.

—No me eches la culpa de tus desgracias. ¡Y te recuerdo que me intentaste utilizar para hacerte famoso maldito cabronazo! —de solo recordarlo se acumulaba la rabia en mis venas.

Se echó a reír asintiendo sin ninguna vergüenza.

—Y veo que después de mi tres más lo han intentado. Creo que eres el tipo de mujer que solo vale para eso. Eres un ticket de oro para que la persona que esté a tu lado se llene de gloria, dinero y mucha fama. Pero sin valorarte en absoluto. Creo que un perro tiene más valor que tú.

Sin darme tiempo a medir las consecuencias de mis actos, mi mano le cruzó la cara al sentirme humillada. Echó dos pasos hacia atrás comenzando a reírse tocándose el pómulo enrojecido, y mirándome con malicia. Y no esperé que me devolviera la bofetada tambaleándome hacia atrás, casi perdiendo el equilibrio. Mi oído derecho comenzó a pitarme dándome punzadas de dolor y

me sentí mareada.

Noté como sus manos me estamparon contra la pared agarrándome del pelo, teniéndome en su poder.

Inspiró aire por mi cuello e intenté sacudírmelo de encima.

—Lástima de belleza. Porque no eres tan puta como imaginé.

—¡No me toques! —le grité con asco intentando alejar mi rostro de él.

—Veo que has venido con un hombre. No lo he podido ver bien. Pero apuesto a que es otro que intentará utilizarte. ¿Cuánto le has pagado para que esté a tu lado?

La rabia bulló por mis venas. Imaginar que Darién también me quería utilizar estalló en mi corazón. Liam seguía mirando mi cuerpo con deseo, incluso no cesó en tocarme a pesar que no dejaba de luchar contra sus repulsivos toqueteos.

—Creo que hoy me cobraré lo que me debes —paseó un dedo por mi escote intentando sacudirme para alejarme de él, pero fue inútil—. Yo pagué un precio alto por tocar a una puta tan chivata como tú, pero tú me recordarás el resto de tu vida como el hombre que te destrozó la vida. Invadiré tus días, las noches en donde intentarás dormir. Créeme si te digo que voy a disfrutar mucho ahora mismo.

Un caos de pánico se apoderó en mí. Sus labios se aplastaron contra los míos con fuerza y sacudí mi cabeza frenéticamente gritando. Me silenció aplastando más su cuerpo contra el mío divirtiéndose al verme sufrir. En cuanto surgió la oportunidad, mordí sus labios con todas mis fuerzas y Liam gritó de dolor echándose hacia atrás un momento, tocándose el labio inferior que sangraba.

Me miró con odio.

—Serás perra.

Pero antes de que intentara de nuevo levantarme la mano actuando como un cobarde, le di una patada en la entrepierna haciendo que se doblara de un extremo dolor que aulló. Vi una oportunidad de llegar a la puerta y la aproveché al máximo. Llegué al pomo y cuando fui a girar el pestillo, sentí

como Liam me cogía de los pelos sin contemplaciones.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Me arrastró con él y sin vacilación, llevó sus manos a mi escote manoseándome.

—Veamos que escondes detrás. Siempre he querido verlas.

Agarrando mi vestido, rasgó el tirante intentando desnudarme. Chillé luchando con las pocas fuerzas que tenía. Las lágrimas no cesaban de recorrer mis mejillas sintiéndolas sobre mis labios. Él estaba disfrutando, disfrutaba como iba a destrozarme la vida.

—Por favor —le supliqué con una voz quebrada.

Su ceño se frunció saliéndole una lástima fingida.

—Eso te funcionará con otros pero conmigo no.

Sus ojos se hallaban excitados al igual que su cuerpo, me repugnó, y no dejé de gritar, de pedir ayuda. Sus manos viajaban por mi cintura dejando una por mis muslos.

—¡No me toques!

Volví a intentar con las fuerzas que me quedaban, luchar para salir de aquí. Pero era más fuerte que yo. Fui una gata cuando no dejé de sacudirme, le arañé la cara, patealeé pero eso no servía para que cesara de tocarme.

Pero esta vez no se tocó el rostro por el arañazo, me miraba con un profundo odio, y me cruzó la cara de nuevo, haciendo que me cayera al suelo nublándose mi mirada. El cuerpo me dolía de tanto luchar, que ya no podía más. Por más que en mi interior intentara hallar la fuerza para seguir luchando, no la hallé. Siendo tan déspota, sus manos me hicieron daño cuando me puso de pie y contra la pared. Al instante, mi cuerpo se quedó paralizado sintiendo como me quedaba completamente vulnerable, todo daba vueltas a mí alrededor y mis brazos flácidos cayeron sobre mi cuerpo.

Oí como se reía.

—¿Ves? Así me gusta, que te rindas a mí.

Entornando los ojos al estar debilitada susurré un nombre.

—¿Darién? ¿No me digas que es con el tipo que estás ahora? Siento decirte que lo había visto salir hacia fuera de la discoteca. Se habrá hartado de esperarte. O bien se estará tirando a otra en algún callejón porque tú, eres demasiado estrecha para abrirte de piernas.

¡No! Grité en mi interior. ¿Darién se había marchado? No era posible. Él me estaba esperando cerca de la pista de baile. Levanté un brazo pero al momento volvió a caer oyendo su risa y como acercaba sus labios a los míos.

Gemí de asco al sentirlo más cerca y como la cabeza se me iba. ¡Pum! Fue lo siguiente que percibí a mí alrededor. Un fuerte sonido ensordecedor que hizo que me desvaneciera. ¿Me había tumbado sobre el suelo? ¿Seguía manoseando mi cuerpo? Sus asquerosas manos que me agarraban, me soltaron, y mis piernas cayeron contra el suelo volviendo a sentir como si fuera dueña de mi *vida* otra vez. Me encontré de rodillas abrazándome, aún débil, sintiendo que no tenía fuerzas para levantarme del suelo.

Mi rostro lleno de lágrimas giró hacia Liam que estaba justo a mi lado de pie, mirando hacia otro lugar. Su cara estaba blanca como el papel y vi que temblaba como si hubiese visto un *fantasma*. De sus labios no dejaba de repetir una palabra constantemente que ahora no podía oír con claridad al estar conmocionada.

Al otro extremo de mí, vi unos pies. Giré mis ojos llorosos y vi a un Darién plantado junto a la puerta derribada, no dejando de mirarme con la cara sobrecogida por el terror.

El alivio se fundió en mi interior sollozando más. No logré que saliera alguna palabra de mis labios, no pude moverme y de pronto, sentí una gran vergüenza cruzando mis brazos por mi pecho para cubrirme más. Vi cómo se deshacía de su chaqueta avanzando hacia mí. De un tirón me puso de pie con suavidad, poniéndome la chaqueta de modo que me cubriera el pecho. Me tomó el rostro y me obligó a mirarlo. No me dijo nada, solo me observaba despejando las lágrimas de mis mejillas, y cuando su mirada recayó sobre mi pómulo magullado, sombras oscuras se cernieron sobre su rostro retorciendo la mirada hacia Liam.

Me encontraba llorando en silencio.

—Dime que no...

Apreté los labios negando con la cabeza con rapidez. Me abrazó con fuerza suspirando y besando mi cabeza, y me dejé al sentirme aliviada de que llegara a tiempo.

—Vete, Adalia —me pidió apartándome de él con delicadeza.

—¿Qué? —me encontré desconcertada cuando ni siquiera reparó en mirarme porque ya tenía su objetivo a la vista.

Liam continuaba paralizado lo más alejado de nosotros, parecía estar lleno de terror, como si viera el *reflejo* vivo de la propia muerta.

—¡Vete! —Me repitió entre dientes—. No quiero que me veas —me empujó hacia la salida del baño.

—No, Darién, espera —regresé para entrar y contemplé como se abalanzaba contra Liam, estrellando un puño en su cara.

—¡¡Darién!! —grité espantada al ver como descargaba su furia contra él.

Estaba frenético, fuera de sí, dejó sus puños en el rostro de Liam sin dejar que él tuviera una oportunidad de tocarlo. Liam desesperado, intentaba defenderse, pero era inútil al ser más fuerte Darién. Me quedé estupefacta observando a un Darién descontrolado y lleno de una fuerza arrolladora. Lo cogió de los hombros estampándolo contra el cristal del espejo, quebrándolo.

—¡Darién, basta! —le exigí a gritos haciéndome daño en la garganta.

Si me metía entre ellos sé que resultaría herida. Darién no iba a entrar en razón, era como si algo lo hubiera *poseído* y ahora no había forma de que volviera.

Salí disparada hacia el pasillo pidiendo ayuda. Nadie me hacía caso por más que lo suplicara, pasando de mí porque no querían meterse en líos. Y llegué hasta la barra desesperada, porque alguien me hiciera caso.

—Por favor, necesito ayuda.

—¿Qué te ocurre, chica? —me preguntó el camarero corpulento, acercándose.

Pero no me dio tiempo a decirle nada, el camarero miró atónito detrás de mí como si no se creyera lo que viese, pero reaccionó de inmediato. ¿Qué demonios miraba?

—¡Jacob! —gritó él mirando al otro extremo de la barra, asustándome por la fuerza de su voz.

Oí detrás de mí como varias mujeres gritaban espantadas. Y la música cesó de inmediato. Me volví y vi a Darién y Liam en una lucha a muerte ahora en la pista de baile. Me quedé pálida, mirándolo solo a él, parecía un *titán* luchando contra su enemigo.

—¡Joder! —el camarero saltó con agilidad por encima de la barra.

Fui detrás de él disculpándome con la gente a la que empujaba para llegar a ellos. El rechazazo que intentó darle Liam, fue en vano al esquivarlo Darién, y le pegó a otro hombre, éste se giró hacia él pero pegó a otra persona que solo intentaba apartarse. No sé en qué momento todo a mí alrededor se retornó en caos, la gente gritando, algunos hombres pegándose, observando algunos vasos y sillas volando por los aires.

—¡Darién! —grité intentando encontrarle.

Sentí como me daban por la espalda y grité asustada cayendo de rodillas.

Al otro momento escuché sirenas y me puse de pie en alerta, recorriéndome el pánico por mi cuerpo. Observé entre tanta gente, como un grupo de policías se repartía por la discoteca para poner orden.

—¡Darién!

—¡Adalia!

Oí su grito y lo encontré de inmediato. Un policía lo estaba intentando esposar. Y el terror se apoderó de mí. Tenía el labio y una ceja partida. Me miró con ansiedad y se desprendió del agarre del policía para llegar a mí. Se precipitó entre mis brazos sintiendo su calor, y como me rodeaba con sus brazos tan *protector*, besando mi frente.

—Llama a Aiden. Dile que me ayude. Él puede hacerlo.

Me desorientaron sus palabras, sintiendo como depositaba las llaves de su deportivo en mi mano además de su móvil.

El policía irlandés se abalanzó contra él poniéndolo contra la barra sin ninguna consideración, y esposándolo. Quise gritarle pero Darién me lo negó con la cabeza y con severidad que abriera la boca. El policía con aspecto

malhumorado me miró.

—¿Está con él?

—No —respondió tan duro Darién por mí, dejándome paralizada—. No sé quién es esta chica. No la conozco. ¿Me va a llevar ya con usted o me tengo que escapar?

No entendí nada y vi como el policía con aspecto cabreado se llevaba a Darién. Antes de seguirlos, me acordé de mi bolso y me dirigí corriendo hacia el lavabo de mujeres. Intenté no quedarme paralizada cuando lo cogí del suelo entre miles de cristales esparcidos. Más policías también estaban arrestando a otras personas, pero solo me centré en seguir al policía que se llevaba injustamente a Darién. Ya podíamos despedirnos de entrar aquí, porque no volverían a dejarnos pasar.

En la entrada había muchas personas apolonándose por escapar y que no se los llevaran a la comisaría de policía.

Por un momento perdí a Darién de vista.

—No —susurré ahogada.

Me temblaban las manos, las piernas y no sé cómo aún estaba de pie y no en el suelo inconsciente por lo acontecido. Creo que el hecho de que Darién estuviera en peligro, me mantenía consciente. Vi un portero hablando con un policía y conseguí al fin salir a la calle.

—¡Darién!

Vi como lo metían en un coche de policía y se disponían a llevárselo. No me miró a pesar de haberme oído. Era consciente de que no podía correr detrás del coche que se alejó de mí, y me dispuse a seguirlo con el McLaren. Temblorosa, entré y arranqué el deportivo. Mis manos que no cesaban de temblar, las apreté en el volante confiando en mí. Podía hacerlo. Tenía que sacar de este puro a Darién que solo me había salvado. ¿Se habrían llevado también a Liam? La última vez que le había visto tenía un aspecto horrible.

Mi estómago se revolvió de solo pensar en él. Sacudí la cabeza y mientras conducía, busqué el número de Aiden en el móvil de Darién. Cuando lo encontré, puse el *manos libres*.

Esperé impaciente a que me respondiera.

—Dime, Darién. Tiene que ser importante tu llamada.

—Aiden.

—¿Darién? —preguntó confuso al oírme a mí.

—No, soy Adalia. Nos conocimos en Los Ángeles. ¿Se acuerda de mí?

—Demasiado. ¿Qué hace usted con el móvil de mi amigo? —me preguntó reticente.

—Él me ha pedido que... estoy... no sé cómo...

—A ver, respire, la noto muy alterada, señorita.

—Por favor, Aiden. Necesito que lo ayude. Él me ha dicho que solo usted puede ayudarlo.

—¿Qué ha pasado?

Decidí ir al grano mientras estaba en alerta conduciendo.

—Estábamos en una discoteca y la policía entró y se llevó a Darién y a otros más. No sé cuántos se llevaron en total, pero ese lugar era un caos.

—No me está diciendo lo principal, Adalia. ¿Quién originó ese caos?

No pude relatarle todo. No tenía fuerzas para soltar alguna palabra relacionada con la situación tan *traumatizante* que viví con el desequilibrado de Liam.

—Es igual —dijo al rato de no hablar al estar paralizada del miedo—. Si se queda callada es porque es algo grave. ¿Dónde está ahora?

—Estoy persiguiendo al coche de policía en el que tienen a Darién. Estábamos en la discoteca Break For The Borden.

—Sé qué lugar me dices. Y conozco la comisaría más próxima de esa zona.

—Espere, Aiden. ¿Cómo va ayudar a Darién? ¿Por qué ha pedido su ayuda?

—Tranquila. Pronto estaré allí. Usted manténgase al margen de él, estoy seguro de que es lo que quiere Darién.



Cuando quise que me aclarara las dudas de cómo demonios lo iba ayudar, me colgó sin darme tiempo a hablar. Gruñí de rabia tirando el móvil contra el asiento del copiloto, pero me intenté tranquilizar sin despegar mis ojos del coche patrulla que tenía delante.

Aparqué a una calle de la comisaria. Y bajé a toda prisa corriendo en plena noche por la acera, sintiendo el frío helado del viento sobre mi cara, pero ni él templaba mi cuerpo.

—¡Darién! —grité cuando lo vi y corrí con cuidado de no caerme.

Los dos policías que lo custodiaban, se volvieron al igual que él.

—¡Oigan él no ha hecho nada! —les señalé asustada de cómo lo tenían agarrado.

—Según el propietario y algunos testigos, él es principal causante que se ha originado en Break For The Borden. Señorita, apártese —me advirtió con severidad uno de los policías.

Los ojos de Darién me miraron lastimados y ansiados, deseaba correr y abrazarme, pero no podía y se dejó llevar por ellos dos.

—¡He llamado a Aiden! —le grité.

Por un segundo giró su rostro hacia mí, mientras subía las escaleras que lo conducían hacia la comisaria, y me sonrió.

Le devolví la sonrisa pero al instante desapareció de mi rostro al pensar que tenían detenido a Darién. Tenía que conseguir a un abogado y rápidamente. Pero al único que conocía estaba en Los Ángeles. Y era el de la familia Knightley. ¿Entonces le asignarían uno él?

¿Por qué Darién había pedido ayuda a Aiden? Tal vez él conseguiría un abogado y por eso me pidió que lo llamara.

Subí las escaleras apresurada y entré a la comisaria. Había detenidos por doquier en ese espacio cuadrado, y la mayoría se quejaba, observando también a varios policías caminando de un lado hacia el otro llevando papeles entre sus manos.

Me acerqué a la mujer que se encontraba detrás del mostrador masticando un chicle.

—Hola. Necesito ver al detenido que acaban de llevarse —señalé el pasillo.

Tardó en levantar sus ojos cansados hacia mí.

—Señorita, en estos instantes es imposible.

—¡Pero soy su novia! —exclamé alterada.

Oh, qué bien sonaba eso en mi boca. Aunque era una sandez. Pero me gustaba.

—Y él está acusado de armar escándalo en una discoteca. Será mejor que se siente. Esto va para largo.

Y no mintió. Fueron las dos horas más largas de mi vida. Cada vez que mis nervios me podían, volvía a acercarme a la chica morena que no dejaba de masticar un chicle y me ponía más de los nervios. ¿Acaso no se cansaba de masticarlo?

Frustrada, me encaminé a mi asiento por enésima vez cruzándome de brazos sintiendo el calor que emanaba la chaqueta, y al instante olí una fragancia mezclada con Darién. La chaqueta de cuero olía a él. Cerré los ojos sintiéndome relajada de olerlo. Lo amaba con tanta *intensidad* que hasta era capaz de dar mi vida por él, de mentir y de echarme toda la mierda solo para salvarle. ¡Él solo me había defendido, maldita sea!

¿Dónde lo tendrían? ¿Le estarían interrogando al estilo FBI? ¿O lo tendría en un calabozo?

Por Ériu esperaba que no.

—Señorita Adalia.

Levanté la cabeza mareada y vi a Aiden plantado a unos pasos de mí. Vestía un traje gris elegante, llevando un portafolios en una mano. ¿Cómo demonios había llegado tan rápido?

—Déjate de formalismos, Aiden. Puedes tutearme. Y espero que yo también.

—Claro —asintió con una media sonrisa—. Como quieras, Adalia.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —le pregunté frotándome los ojos.

—Estaba en Edimburgo arreglando unos asuntos. Y he venido lo más rápido que he podido.

—Oh —me sorprendió escucharle.

Él ojeó a nuestro alrededor y decidió llegar hasta la morena «masca chicles». Lo seguí inquieta, esperando un milagro para que Darién saliera de esta situación sin ningún problema.

—¿Cómo vas a conseguir sacar a Darién? —le pregunté preocupada poniéndome a su lado.

—Buenas, señorita.

Pero no le dio tiempo de responderme, al inclinarse sobre el mostrador y poner atención hacia la chica. Ella parpadeó perpleja comiéndoselo con los ojos y negué con la cabeza. Pero si por poco no babeaba. Dejó de masticar, aclarándose la garganta y poniéndose de pie.

—¿Qué desea, señor?

—Me gustaría ver al detenido que acaban de traer. Se llama Darién O'Hart. Ella echó un vistazo a unas hojas apiladas en la mesa blanca.

—Lo siento, ahora...

—Soy su abogado. Aiden MacHale. Y tengo todo el derecho en ver a mi cliente detenido.

En mi cabeza se formaron un montón de interrogantes imaginarias. ¡Abogado! Aiden era abogado. Era lo último que esperaba descubrir. Por eso Darién le pidió ayuda. Lo miré fascinada y aliviada. La «masca chicles» arrugó su nariz pasando unos segundos más.

—De acuerdo. Sígame. Usted no —me señaló recelosa.

Entrecerré los ojos asesinándola con la mirada, mientras contoneaba su culo saliendo detrás del mostrador.

Aiden me miró un momento bajo una sonrisa tranquilizadora.

—Lo sacaré de aquí. Te lo prometo.

—Gracias —le dije de antemano.

Me guiñó un ojo y se volvió hacia la masca chicles, siguiéndola todo el pasillo hasta que los perdí de vista. Resoplé dejando mi cabeza sobre el mostrador. Gracias a los dioses celtas que Aiden sacaría de este apuro a Darién. Y todo era mi culpa. Darién se había metido en este problema porque yo insistí en salir a bailar, porque por caprichosa deseé alejarme unos momentos de él y puse la excusa de ir al lavabo. Todo habría sido tan diferente si no hubiera sido tan orgullosa. El orgullo muchas veces nos llevaba por malos caminos. Y esta noche lo había comprobado en carne propia. Ya no más... ya no más estupideces.

Froté mis brazos sintiéndome destemplada.

Volví a mi asiento. Me crucé de brazos inquieta, y esperé.

La comisaria se quedó en silencio al cabo de una hora. Solo se oía el tic-tac de un sonoro reloj colgado en la pared, no quería estar tanto tiempo sola, porque los recuerdos no dejaban de volver a mí, donde el miserable de Liam por segunda vez intentaba violarme. Pero esta vez la cosa había sido más grave. En esa primera horrible ocasión no llegó a manosearme, ni me golpeó y el beso repulsivo no duró más de dos segundos... cerré los ojos sintiéndome sucia de haber sentido su cuerpo contra el mío. No dejé escapar un solo sollozo de mis labios. Retuve esa emoción con fuerza porque no podía llorar, no quería.

Pasé otra larga hora llena de nervios. El panfleto que había sobre una mesita al lado de mí, lo destrocé entre mis dedos. ¿Qué ocurría? ¿Por qué nadie salía a decirme nada? ¿Aiden no podía sacarlo?

Gruñí poniéndome de pie repasando con fuerza una mano por mi pelo.

Caminé de un lado hacia el otro, oyendo como mis tacones resonaban por el espacio, hasta que oí dos voces que discutían sin disentir.

—¡Estás loco!

—¡Tú no lo comprendes!

Volví mi rostro hacia el pasillo. Eran Darién y Aiden. Sonreí al ver que lo había podido sacar.

—Darién, me han llegado informes de que ese tal Liam está hospitalizado porque casi le rompes la mandíbula, y le has fracturado dos costillas.

—Debí partirle el cuello. Y encima iba drogado el muy cabrón. Acabaré con la poca carrera que tiene. Tú... —le señalaba rabioso con un dedo—, tú no puedes comprenderme.

—No. El que no comprende eres tú.

—¡Iba a violarla! —Le gritó furioso y fue lo que me frenó en la esquina, mirándolos. Vi en ese momento como Darién cerraba un puño golpeando la pared para descargar su impotencia—. ¿Querías qué me cruzara de brazos? No pienso tolerar que nadie le ponga un solo dedo encima, y él se lo puso. ¿Has visto su mejilla? ¡Joder! ¡El canalla le ha puesto las manos encima! —Dejó caer su cabeza contra la pared con aspecto torturado, no oyendo lo que decía entre susurros—. Nadie la va a tocar jamás. Así tenga que matar a quién lo intente.

—Y cuando al fin le hables de Kisa, ¿eh? ¿Qué ocurrirá cuando le cuentes todo?

Darién se quedó sorprendido mirando a su amigo, dejando sus manos sobre su cintura.

—No sé a qué viene que la saques a relucir ahora. Pero sé que ella me comprenderá, espero que lo haga. Pero creo que tú lo tienes mucho más complicado amigo, porque lo que le harás a Eria es mucho más rastrero que lo que estoy haciendo yo.

—Nuestra historia es más complicada que la vuestra —la voz de Aiden se entonó grave.

—Ya —chistó Darién hacia otro lado sin creerle mucho.

Pasaron unos segundos en silencio, en un ambiente tenso como si no hubiesen deseado hablar de Kisa y esa tal Eria que no sé quién era.

—Yo también lo habría matado si hubiera tocado un solo pelo a Eria, créeme. Pero tienes que mirar tu imagen, Darién.

¿Su imagen? ¿Se refería a que era gigoló? ¿Pero es que acaso Aiden no sabía que Darién dejó esa profesión? No entendía nada de lo que hablaban.

—¡Mi imagen me importa una mierda y lo sabes, cuando se trata de ella! Por defender a Adalia soy capaz de pisar el mismísimo infierno.

—Me ha costado lo mío que el propietario de esa discoteca no te denunciara. Da gracias de que esto no haya pasado a mayores. De que la prensa no lo sepa, de que ella tampoco esté en un aprieto, y de que tu expediente esté limpio de incidentes penales y...

Aiden observó que los estaba mirando a los dos desde la esquina. Darién le siguió la mirada y se cruzó con la mía. Su estado de furia cambió rápidamente y salí del todo al pasillo sintiéndome cohibida.

—Adalia —corrió hasta mí y dejé que me estrechara entre sus brazos, sintiendo sus cálidos labios sobre mi frente—. Cariño, ¿estás bien? Dime que sí porque si no a ese malnacido lo buscaré y...

—Estoy bien —dije con una frágil nota de voz. Pero su mirada se oscureció repasando con las yemas de los dedos mi mejilla izquierda, me dolía un poco pero no dije nada. Ví como Darién la miraba con furia al verme golpeada.

—Menos mal que Darién entró a tiempo —se acercó Aiden.

Asentí escondiendo mi rostro en el pecho de Darién, mientras me rodeaba con sus brazos y le mandaba una mirada recelosa a su amigo. Por el rabillo del ojo vi que Aiden estaba conteniendo la risa observándonos con atención. Fruncí el ceño porque no sé de qué intentaba no reírse ante una situación así.

—¿De qué te ríes, Aiden? ¿Te parece esto una situación graciosa? —le preguntó malhumorado su amigo al descubrirlo.

Se encogió de hombros negando con la cabeza.

—De nada especial. Solo que estaba recordando que esto me recuerda a una situación parecida hace casi seis años —Darién tensó su cuerpo sin dejar de mirar a su amigo, pero éste me miraba a mí sin dejar la sonrisa—. Tu querido Darién hace casi seis años armó otro escándalo, aunque esa vez fue en un bar, y lo detuvieron. Hizo que todo Dios se peleara en ese lugar, ¿y sabes por qué...?

—¡Aiden, cállate! Será mejor que no sigas. ¿Qué pretendes?

La amenazadora e imponente voz de Darién estremeció mi ser sintiéndome pequeña, pero eso no ocurrió con su amigo que parecía no temerle en nada.

—Me alegra recordar esos viejos tiempos porque no se parecen en nada a

estos.

—Pues yo no me alegro de esos tiempos, al revés, prefiero olvidar esa amargura. Porque ahora todo es diferente —acabó, besando mi cabeza bajo un suspiro.

—Sí, tienes razón —dijo él mirando hacia otro lado y asintiendo.

—¿No tienes qué perseguir a tu futura esposa? Será mejor que la incordies a ella y que nos dejes a nosotros en paz.

Aiden desdibujó la alegría de su rostro al hablarle de ese tema. ¿Aiden se iba a casar?

—La verdad es que necesito verla con urgencia, aunque sea un poco de lejos. Pronto seremos marido y mujer. Y no pienso dejarla escapar, créeme.

—Te deseo la mayor de las suertes, amigo.

¿Por qué Darién le deseaba suerte de esa forma? No entendía nada.

—Bueno. Mi labor aquí ha concluido. Si quieres un consejo, Adalia. No salgáis de Muckross-Knightley House, parece ser que éste cabezota sin cerebro es en el único lugar donde es feliz. Tenlo allí encerrado de por vida, y si hace falta encadénalo. Y por favor, manteneros a raya con la ley. No puedo estar haciendo de superman todo el rato.

Nos hizo un gesto de despedida, y se dio la vuelta marchándose a la vez que Darién soltaba entre sus labios sin ninguna malicia: «capullo».

—Te he oído —le expresó levantando un brazo hacia arriba.

Darién sacudió la cabeza y sonrió mientras Aiden desaparecía por el pasillo.

Mientras miraba el pasillo en un estado embotado, Darién volvió sus ojos hacia mí acariciando mi rostro con delicadeza y con una profunda mirada oscurecida.

—Volvamos a la mansión.

Me abrigó con sus brazos y caminamos fuera de la comisaria. No dijimos nada de camino al deportivo, tampoco cuando entramos. Se dedicó a ponerme el cinturón mientras yo perdía la mirada en la profunda noche, callada,

temblorosa y llena de temores.

Exclamó una maldición en bajo poniéndose derecho en su asiento y me miró por bastante tiempo. Pero yo no pude. No sé qué me pasaba. De repente solo quería desaparecer. Y gritar. Y que me abrazara. Y que me protegiera para siempre. Pero de eso se trataba ¿no? Que entre él y yo no existía un *para siempre*. Apreté los labios deseando no llorar, ni gemir, ni desmoronarme. Las palabras de Liam asesinaron mi cabeza.

*«Veo que has venido con un hombre. No lo he podido ver bien. Pero apuesto a que es otro que intentará utilizarte».*

Mis ojos torturados viajaron hacia Darién. Estaba tenso mientras conducía, lo deduje por como endurecía su rostro bajo las sombras de la noche, y como sus nudillos estaban blancos y también llenos de sangre al haberse encarnizado golpeando a Liam. Una lágrima se deslizó por mi mejilla y ya no aguanté más. Estallé.





## Aterrada

—Tú... tú también me vas a utilizar —al fin hablé para darme cuenta de lo destrozada que se sentía mi voz.

Darién hizo una mueca rara antes de mirarme con un ceño fruncido. De pronto, cambió su expresión quedándose sobrecogido al verme llorar.

Sollocé sin cesar, gimiendo.

—Vas a utilizarme como hicieron ellos. Él me lo dijo.

—¿Qué estás diciendo, Adalia?! —iba atento a mí y a la carretera con el rostro desencajado.

—Cuando te hagas famoso ya no me necesitarás —miré mi cuerpo, cabizbaja—. Tengo un cuerpo de puta. Solo sirvo para que me utilicen.

—Adalia. ¡Basta! ¡Qué demonios estás diciendo! —gritó tan alto, pero mi cuerpo ni siquiera se estremeció.

—Lo comprendo. Pero me dolerá mucho cuando te vayas. No quiero que te vayas. No. No... no quiero dejarte —comencé a gemir más llorando y sacudiendo la cabeza.

—¡Joder! —exclamó Darién con una clara y furiosa voz.

Entre lágrimas que no cesaban, vi que se desviaba hacia un lado de la carretera y frenó en seco. Se quitó el cinturón, luego se giró hacia mí quitándome el mío y me cogió en brazos sin apenas esfuerzo, poniéndome en su regazo. Tomó mi rostro entre sus manos con firmeza y una clara determinación en su mirada.

—Escúchame —cesé de llorar aún temblorosa, mirando sus irritados ojos azules—. No pienso utilizarte, Adalia. No quiero hacerme famoso a tu costa. Todo lo que te dijera ese malnacido de mí, es mentira. No venderé mi alma a ese precio, si debo venderla, será para que lleves una vida feliz.

Sus palabras me emocionaron con una agradable sensación de tranquilidad que navegó por mis sentimientos, arrasando con las dudas que me provocó

Liam, y me quedé unos segundos conmocionada. Pegó su frente contra la mía, haciendo suaves movimientos con sus dedos sobre mis mejillas mojadas.

—No quiero alejarme. Nunca. Solo tú tienes el poder de alejarme de ti. No quiero dejarte. No puedo...

Fue deteniendo sus palabras al ver como dejaba mis labios contra los suyos en un intento de decirle cuanto lo amaba con mi cuerpo y mis besos. Necesitaba desesperadamente que borrara el beso de Liam. Él era el único capaz de *borrar* todo lo malo que sucediera en mi vida. Acaricié mis labios con los suyos en un intento porque comenzara a besarme. Se mantenía tenso y probando sus límites con una respiración entrecortada, pero sabía que se resistía porque creía que esto que estábamos sintiendo no era lo correcto, por la mala *experiencia* que había vivido hacía apenas unas horas. Pero se equivocaba, ahora más que nunca lo necesitaba. Susurré entre sus labios «por favor» y no resistió. Bajo un sonido gutural se abalanzó sobre mis labios besándome desenfrenado, pero sus labios no eran exigentes ni rudos, sino dulces, provocando en mí las mejores sensaciones de mi vida. Movía sus labios con suavidad mimándome y haciéndome gemir al sentirme deseada. La postura por la que me tenía agarrada era algo molesta y me removí, él gruñó intentando mantenerme quieta.

—Adalia, deja de moverte...

—¿O qué?

Torció una sonrisa sexy negando con la cabeza por mi atrevimiento dirigiendo su mirada hacia otro lado.

Ahora más que nunca no podía dejar escapar a Darién. Sé que de alguna forma la vida me lo había mandado para mí. Por tantos años padeciendo. Y me importaba muy poco que en su anterior trabajo vendiera su cuerpo para las mujeres. Solo me importaba él. Que había entrado en mi vida y estaba más que dispuesta a hacer que se quedara.

¿Debería confesarle mi amor por él? No. Seguro que se asustaría.

Se mordió el labio inferior con fuerza y repasó con su pulgar mi labio inferior haciéndome sentir amada, cerrando los ojos con esa agradable sensación.

—Me estás haciendo sentir tantas cosas, Adalia. Tantas. Que me asusta. Eres la única que puede dejarme en el cielo y luego arrastrarme al infierno.

No cesé de mirarle desconcertada por sus palabras, cuando me inclinó sobre su pecho abrigándome con sus brazos.

—Tú también me estás haciendo sentir tantas cosas —musité.

—Lo siento, lo siento. Lo siento mucho —dijo con un tono de amargura sintiendo su barbilla sobre mi cabeza.

Negué con la cabeza. Sé a qué se refería. Pero él no tenía la culpa de lo que me había pasado hacía apenas unas horas. Y no quería que se sintiera culpable. El silencio nos envolvió, sintiendo solo su corazón latir desenfrenado contra su pecho. No pedía más. No quería más. Solo a él. ¿Cómo podía hacer que se enamorara de mí? Ni siquiera sabía qué hacer. No era experta en el arte de la seducción, ni nunca me enamoré de verdad (salvo en mi pasado inexistente). Bueno, como decía Carla, teníamos esas maravillosas novelas románticas que nos inducían que hacer o que caminos tomar. Pero solo era ficción y esto era la *cruel* realidad.

—¿Mejor? —me preguntó mirándome.

Asentí quitándome una pequeña lágrima de la mejilla.

Suspiró aliviado. Pero me apretó la nariz en un gesto de reproche haciéndome reír.

—Y como vuelvas a llamarte de esa manera, señorita, me veré en la obligación de tomar medidas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tomaré y cogeré con gusto el consejo de Aiden. Te encerraré de por vida en la mansión y te encadenaré hasta hacerte entrar en razón.

—Ese consejo me lo ha dado a mí —repliqué sin perder la felicidad.

—Me da que no solo te lo ha dado a ti.

—¿Y cómo me harías entrar en razón?

Esbozó una sonrisa y pegó sus labios a mi oreja.

—Creo que puedes imaginarlo, banphrionsa.

Me volvió a incorporar sobre mi asiento, dejándome con ganas de quedarme en sus brazos para siempre. Hice un mohín molesta deseando que me besara de nuevo. No quitó su sonrisa al verme molesta cuando me puso el cinturón.

Y volvimos a la mansión sin volver hablar de nada más, inquietándome qué pasaría por su cabeza.

Había pasado por tanto en tan poco tiempo, que ni siquiera reparé en lo herido que estaba Darién. Alfred, Olivia y Mary estarían durmiendo al ser las cinco de la mañana. Y dentro de unas horas se marcharían para iniciar sus mini vacaciones. Ni siquiera tenía una chispa de sueño. Estaba demasiado alterada para tenerlo.

Caminando hacia la entrada de la mansión, los dos en silencio, tomé la mano de Darién sin previo aviso.

Me miró desconcertado mientras lo llevaba hacia el interior.

—Voy a curarte esas heridas —le indiqué angustiada porque no había tenido la decencia de preocuparme por él. Quería cuidarlo el resto de mi vida. Aunque eso tal vez, no fuese posible.

Puso los ojos en blanco.

—No creo que haga falta, Adalia.

Pero no me detuvo y se lo agradecí para mis adentros siguiendo el pasillo hasta la cocina.

—Claro que hace falta. Ni siquiera en la comisaria han tenido la amabilidad de atenderte.

—Solo son los nudillos ensangrentados.

—¿Solo? —me volví un momento indignada con el pecho agitado, él se chocó conmigo al detenerme de improvisto.

En sus labios se formó una sonrisa por verme echar chispas, pero la emoción no llegaba a sus ojos... en la profundidad de sus ojos podía verlo aún impotente y lleno de un dolor que a mí también me hacía daño. Labio partido, la ceja derecha también, los nudillos llenos de sangre, una mejilla inflamada

incluso más que la mía. ¿Era poco para él? ¿Acaso no le dolía? Por el amor de Ériu, me había salvado de ese degenerado de Liam. Lo arrastré conmigo empecinada en curarlo y lo senté en un taburete de madera.

—No te muevas por tu bien —le señalé con el dedo como si fuera un sargento.

—A tus órdenes, Deva. Tú mandas.

Me sonrojé sacudiendo la cabeza y antes de darme la vuelta, su mano se agarró sobre la mía y nos miramos.

—Solo quiero que te sientas como en casa. Porque esta es tu casa.

Sonreí mientras iba hacia la despensa cogiendo los accesorios necesarios para curarle. Mientras me movía por la cocina, él no dejaba de mirarme, y la verdad es que prefería que me hablara a que se quedara callado y con esa intensa mirada que parecía atravesar mi alma, y que no me ayudaba nada a estar calmada. Con un gesto, le indiqué que me marchaba un momento y salí por la puerta trasera de cristal, caminando hacia mi invernadero. La puerta chirrió al entrar a ese oscuro lugar y encendí con rapidez la luz, anduve hasta los pequeños tarros que tenía sobre una estantería cogiendo el indicado.

Entré en la cocina y Darién seguía en la misma posición. Por último, envolví hielo sobre un trapo. Y finalmente caminé hacia él que me esperaba aún sentado, pero cuando me fui acercando se puso como una estatua sin dejar de mirarme. Dejé los accesorios en la mesa de madera, cogiendo primero una gasa y echándole el spray sobre los nudillos. Darién emitió un quejido apretando la mandíbula y mirando hacia otro lado. Apreté los labios mientras pasaba la gasa con delicadeza por sus nudillos.

—Tá brón orm.

De mis labios brotó un «*lo siento*» en mi idioma natal sin que yo lo pensara, simplemente mi corazón me lo pidió. Él me miró con un brillo en sus ojos.

—¿Lo ves? Solo tienes que dejarte llevar por tu tierra. Porque la amas. Solo que tu corazón está dormido.

—Es posible. Hace tiempo que está dormido. Y no creo que despierte jamás —dije afligida.

Su ceño se frunció como disgustado o eso creí observar. Con Darién era difícil captar que emoción tenía en su rostro. A veces podía parecer una estatua de acero. Continué desinfectando sus nudillos, cuando mis ojos viajaron hacia su mejilla un poco amoratada. Y aun así con todo y golpeado, se veía tan atractivo e insuperable en belleza.

Suspiré negando con la cabeza y cogiendo el trapo con el hielo.

—Mira cómo te ha dejado la mejilla —dije preocupada dejando con cuidado el trapo sobre ella.

Él gimió cerrando los ojos y apoyando una mano sobre la mía al sentir el frío penetrar en su piel magullada. Su mano me confortó, y su mirada voló hasta la mía donde juntas no dejaron de mirarse descifrándose una con la otra.

—Lo hubiera matado. Esto no es nada. Él ha salido peor —dijo entre dientes.

—Lo sé —quise no flaquear y que los recuerdos volvieran.

Mi mano que sostenía el trapo temblaba, sintiendo como mi cuerpo me traicionaba deseando desmoronarse. Él sostuvo con fuerza mi mano mirándome con furia en su mirada. Esa furia no amainaría, no esta noche. Mis ojos viajaron hacia su camisa desabrochada de los primeros botones al estar rotos, y vi un hematoma que se asomaba. *Dios mío*. Pensé rota por dentro.

Enojada conmigo, dejé el trapo sobre la mesa y me dispuse a coger el tarro de cristal que contenía una crema natural para heridas leves.

—No huele bien, pero...

—Me gusta. Me gustan tus remedios naturales.

Mi sonrisa de boba se instaló en mi rostro. Y ahora mucho más nerviosa, comencé a curarlo. Unté dos dedos y los llevé hacia su ceja, sintiendo como dejaba de respirar y cerraba los ojos con tensión. Luego llegué sobre su labio haciéndolo con delicadeza, gimió y me detuve un momento al pensar que le había hecho daño. Pero su gesto me dio a entender que no.

Limpiando mis dedos, llevé mis manos a su camisa pero en el primer botón que deseaba desabrochar, lo miré a los ojos. Aprecié los suyos con un brillo oscuro y asintió con la cabeza para que siguiera. Comencé a desabrochar la

camisa hasta dejar su torso al descubierto. Mi mirada siguió por su vientre duro quedándome embelesada unos segundos, y sacudí la cabeza carraspeando volviendo hacia arriba. Cogí de nuevo el tarro y unté un poco sobre su pecho con cuidado, deseando acabar al tener muy cerca el nombre de Kisa. Y por esta noche, ya había tenido suficiente como para recordar que una mujer había conquistado para siempre el corazón de Darién.

—¿Cómo te hiciste esas cicatrices? —le pregunté para distraerme.

No contestó de inmediato. Y me arrepentí de preguntárselo al sentir que tal vez era algo muy personal.

—Me las hice cuando era niño. Y no me arrepiento ni un instante de lo que pasó. Porque protegía lo que más quiero en este mundo.

No dijo nada más, dejándome en un mar de dudas acerca de sus cicatrices. ¿De niño? ¿Se lastimó de niño sin importarle las consecuencias de lo que podría sucederle? ¿Pero a quién protegió para pensar de esa forma tan alocada?

*Él no me ama.* Pensé rota en mil pedazos. Que podía esperar. ¿Un amor de cuento de hadas? Por Dios, esto era el siglo veintiuno. Él haría su camino y yo el mío.

La mano de Darién se cerró sobre mi muñeca deteniéndome, su rostro estaba endurecido. Parecía no decidirse en algo.

—Si no llego a entrar...

—Pero llegaste a tiempo —cerré los ojos intentando sonar firme.

—Maldita sea, Adalia. Te juro que esto no se quedará así. Ese malnacido va a pagar caro haberte tocado. Pienso destruirlo.

Esas palabras sonaban tan oscuras y peligrosas que estremecieron mi ser. Como si él tuviera ese *poder* para destruir a Liam. Dejé mis manos sobre mi vientre, temblando.

—No importa.

—¿No importa? —expresó entre dientes, furioso—. No te creo. No es la primera vez, ¿verdad?

—¿De qué hablas? —hui de su mirada.



No toleró que no le mirara y sus dedos hicieron girar mi barbilla hacia sus ojos iracundos.

—Lo ha intentado una vez. Violarte.

Apreté los labios pero las lágrimas me delataron al humedecerse mis ojos.

—¡Joder! —bramó brincando del taburete, y sobresaltándome su grito que retumbó por la cocina. Dio un golpe sobre la mesa temblando de ira.

—Va a pagar caro haberte tocado un solo centímetro.

Las lágrimas recorrieron mi rostro, dejando mi mirada en mis manos sin atreverme a mirarle.

—Soy un imbécil —dijo al fin y me sobresaltó que me empujara contra su torso desnudo, abrazándome. Dejé mi rostro sobre su pecho sintiendo como el olor de la crema natural penetraba en mi nariz, pero confortándome su abrazo tan protector. Besó mi cabeza inspirando aire. Y levanté mi rostro encontrándome con sus ojos apaciguados solo por este momento.

—Gracias.

—¿Por ser un imbécil? —torció una sonrisa rota.

—No. Por salvarme. El honor refleja en ti. Al final si es cierto que eres un caballero. Diste tu palabra de que no me abandonarías nunca. Y así ha sido.

No respondió al respecto, de hecho echó un vistazo a mi mejilla y manifestó un gruñido de rabia.

—Tú me dices que estoy herido. Pero tú no te has visto.

Cogió el trapo de hielo y me lo puso en la inflamación de la mejilla. Gemí por el frío que recorrió mi cuerpo estremeciéndome. Él sonrió un poco y yo le seguí esa sonrisa.

—Mañana tengo que hablar contigo.

—¿Y no ahora? —quise saber.

Negó con la cabeza, muy serio.

—No. Es mejor mañana. Muchas emociones para una sola noche. Lo que mañana tengo que decirte manda sobre nuestros destinos.

—¿A qué te refieres?

—Mañana lo sabrás.

Le reproché con la mirada que siguiera evadiéndome.

Quería pasar la noche con Darién. Sentirme amada en sus brazos como la otra noche. Que al despertar lo encontrara abrazado a mí y no me hallara sola en esa cama tan grande. Pero si lo conocía bien, no querría tocarme. No esta noche.

Su mano siguió en mi cuello, enterrando sus dedos en mi cabello mientras que con la otra mano sostenía el trapo con el hielo para aliviar mi dolor. Ahora estaba intrigada por saber que deseaba decirme tan importante. Pero si era tan importante, ¿por qué esperar hasta mañana?

—No soy un caballero, Adalia. El honor lo perdí hace mucho tiempo.

—Lo siento si discrepo en tu comentario. Yo no lo creo así.

—Hoy puedes pensar que soy un caballero. Mañana que soy un bastardo.

Sus palabras me abrumaron.

—¿Un bastardo? ¿Qué pasa, Darién? ¿Qué intentas decirme?

Aparté su mano que sostenía el trapo con el hielo decidida a saberlo.

Miró el trapo con aspecto decaído y lo dejó sobre la mesa.

—Los hombres simplemente no tenemos honor. Lo creemos así, pero tarde o temprano dejamos de tenerlo.

—Me has salvado, Darién. Has mantenido tu promesa. ¿Qué es eso entonces?

—¿Y si no llego a entrar a ese maldito baño? —cerré los ojos intentando no imaginarlo—. Pues yo si lo he imaginado. Una parte de ti hoy estaría muerta. ¡Hoy has vivido la experiencia más horrible de tu vida! Créeme si te digo que yo tan limpio no estoy. He hecho cosas de las que me arrepiento. Quita el honor de mí. Quita la caballerosidad. Déjala para los héroes de tus novelas.

*Pero tú eres mi héroe.* Quise gritarle. El que amaba y jamás dejaré de amar.

—Darién —susurré remordida. ¿Qué le pasaba ahora? ¿Por qué había

cambiado tanto? ¿Por qué tanto tormento y remordimientos?

Adelanté unos pasos pero decidió darme la espalda siendo frío. Me detuve cerrando los ojos y doliéndome su indiferencia. Estuvimos un minuto callados sin decir nada, sintiéndome rechazada.

—Creo que es hora de dormir.

Lo miré entristecida cuando habló tan desolado.

—Y el postre que deseabas. ¿Ya no lo quieres? —le pregunté con valentía.

Me estaba ofreciendo, lo sé.

*Vamos, vuélvete.* Pensé aterrada porque no me deseara.

—Me he dado cuenta de que es un postre inalcanzable para mí. Está prohibido que lo toque. Pensaba que siempre sería para mí, pero esta noche me he dado cuenta de que no.

Sus palabras me golpearon dejándome vulnerable.

—Espero de corazón que descanses. Cualquier cosa, avísame. No dudaré en acudir a ti.

Se fue marchando de la cocina.

—Pensaba que no tenías honor —dije sorbiendo de mi nariz a la vez que despejaba las lágrimas de mis mejillas—. Si te preocupas por mí, es porque lo tienes.

Se detuvo con firmeza y esperé que se diera la vuelta, no obstante, habló en irlandés.

—*Buinidh urram do'n aois.*

No supe que decirle. Pero de todas formas nada le hubiera detenido en marcharse de la cocina. Deseaba alejarse de mí, eso era un hecho que arrasaba mi pecho destrozándome. Vagué pensativa hasta la chimenea de piedra, ahora oscura y fría sin sentir el calor que desprendía a veces al estar encendida.

*«El honor pertenece al tiempo antiguo».*

Había dicho. De pronto, unas molestias se agruparon sobre mi cuerpo. Toqué mi frente bajo un quejido sintiéndome destemplada. Arrastré mis pasos hasta un armario, cogí un vaso y bebí agua. Esperaba que mañana todo lo

solucionáramos. Bueno, no todo. Porque en lo principal, él y yo no éramos pareja. Ese pensamiento cayó sobre mi estómago decidido a hacerme daño.

¿Qué había intentado decirme? Jamás pensaría que era un bastardo, nadie podrá cambiar jamás mis pensamientos hacia él. Tenía que pensar que estaba en ese estado de furia y de odio hacia él mismo, por un tema de orgullo y de impotencia. Porque si en verdad no me hubiera salvado, sé que ahora mismo se sentiría el ser más miserable del mundo, culpándose el resto de su vida.

Deseaba que llegara mañana para saber que tenía que decirme. Por su tono, por su forma de expresarlo, era algo muy serio. Llegando a mi habitación, me di cuenta de que no había visto si Carla me habría mandado otro mensaje. Revisando mi iPhone, tenía uno.

**Carla O'Brien 09 de Marzo 23:43**

*Tranquila, Ada. En gran parte tienes razón. No tienes que disculparte por algo que es verdad. Un beso grande, Carla.*

Pude sentir como me había escrito esas palabras con un dolor incurable. Las lágrimas salieron al encuentro con mis mejillas. Quise llamarla, disculparme con ella, hablarle de todo lo que me había sucedido, desahogar mi corazón con mi mejor amiga, porque era la única que me entendía, y ahora más que nunca la necesitaba mucho en estos momentos.

Pero no quise molestarla. Dejé el bolso sobre el tocador y me dispuse a ducharme, frotando mis brazos frenéticamente porque volvían los recuerdos de Liam aplastando su cuerpo contra el mío, y ese beso asqueroso que me robó tan despiadado.

Saliendo de la ducha, mis ojos se nublaron y me agarré en lo que pude antes de resbalar, agitándose mi pecho del susto. ¿Qué me pasaba? Me estremecí de dolor, y un pequeño síntoma recorría mi cuerpo haciendo malestar en él. Lo ignoré pensando que sería la tensión que aún llevaba encima a causa de lo que me había pasado. Creí como una tonta enamorada que al salir de la ducha, encontraría una rosa roja sobre la almohada, pero no fue así.

¿Estaría él durmiendo ya? Era posible.

Las imágenes del intento de violación volvieron a mí para castigarme. Me acobijé en la cama apretando los labios reprimiendo llorar, cerrando con

fuerza los ojos. Y en mi mente golpeó un recuerdo que hasta ahora no había reparado con claridad.

«*Tú. Tú. Tú...*». Abrí los ojos ante el recuerdo. Liam le decía balbuceando esa única palabra tan asustado, como si hubiera visto un enemigo mortífero que no tenía piedad con sus enemigos. *No puede ser*. Sacudí la cabeza por esos pensamientos. ¿Liam conocía a Darién? Mañana se lo preguntaría o prácticamente en unas horas. Ahora no podía sacarme de la cabeza que Liam le expresara esa palabra sin parar, mirándolo horrorizado. ¿Por qué le dijo *tú*?

Percibí que poco a poco bajo todo ese miedo que aún consumía mi cuerpo, el sueño me vencía con una facilidad asombrosa y pesada.

Esa noche no me trajo ninguna *rosa*.

\*\*\*\*\*

Muy trabajosamente fui abriendo los ojos, pero mis parpados los sentía pesados. La luz del día me molestaba y solo quería envolverme en las sábanas, pero no pude, porque su roce fue peor que el de la noche anterior. Me las quité de encima levantándome con un mareo, que me tambaleó hasta apoyarme en un mueble.

Mis manos temblaron sin fuerza para agarrarse bien.

*Que me pasa*. Pensé con pesadez.

Me notaba tan cargada, tan pesada y débil, muy débil, con un fuerte dolor de cabeza como si un constante martillo estuviera dándome. No podía ni siquiera abrir bien los ojos, la piel la tenía tan erizada que me hacía daño cualquier roce. El pomo para mis manos estaba helado, y di un pequeño gemido abriendo la puerta.

Arrastré los pies por la moqueta del pasillo, bajo los escalofríos que cada pocos segundos sentía recorrer por mi cuerpo. Por un momento mi visión se distorsionó, observando que las escaleras para bajar a la planta inferior se movían, alejándose como si no pudiese alcanzarlas.

Parpadeé con fuerza para sobreponerme de esa visión. Mis manos buscaron la barandilla tanteándola, y con valentía, me agarré a la barandilla bajando con lentitud las escaleras.

—Qué alivio verte ya despierta. Son la una de la tarde. ¿Dónde están Alfred, Olivia y Mary?

Era increíble lo lejos que veía a Darién hablándome desde el recibidor, y eso que solo había bajado apenas cuatro escalones. Frené bajar otro escalón al marearme, pero al cerrar los ojos se me pasó. ¿Tan tarde me había levantado de la cama? Eso era impropio en mí.

—Alfred y... y... —toqué mi cabeza porque al hablar me estallaba como cañones —, les he dado unos días libres. Se han marchado. Alfred con su familia y ellas no sé, supongo que en Dublín también pasándoselo genial.

—Oh, vaya, que gentil por tu parte darles vacaciones.

Mis manos no resistían más tocar la barandilla por la debilidad.

—Adalia, debemos hablar...

Asentí con los ojos entornados. Si siguió hablándome, había perdido la audición de escucharlo. Un *flash* pasó cegando por completo mis ojos, como si de un rayo se tratase. Mis manos se soltaron de la barandilla y mi cuerpo quedó vulnerable a la gravedad de donde estaba.

Me desvanecí perdiendo poco a poco el conocimiento.

—¡Adalia!

Unos fuertes brazos me cogieron a tiempo ardiendo en mi piel su tacto. Pero no abrí los ojos por el dolor.

—¡Dios, estás ardiendo! —oí su desgarradora preocupación.

¿Ardiendo? ¿Yo?

—Adalia, mírame. ¿Adalia, me escuchas?

Ahora una mano suya tocaba mi rostro, dándome leves toques en las mejillas.

—Hey, escúchame, ante todo no te duermas. ¿Me oyes? Asiente si me oyes.

Sentí como me elevaba y supuse que me cogería entre sus brazos subiendo las escaleras. Asentí débilmente y oí un suspiro por su parte. Luché contra las sombras que querían debilitarme por completo, haciendo que cayera en los brazos de Morfeo. Abrió una puerta con brusquedad empujándola con su

espalda y segundos más tarde percibí el tacto blando de una cama.

Posó una mano en mi frente unos segundos.

—Madre mía, debes de tener más de 38 grados.

Parte de mí quiso dejarse llevar por las sombras.

—Hey, Adalia —sus manos cogieron mi rostro.

Sacudí la cabeza lentamente bajo leves quejidos.

Soltó un bufido exasperado.

—Mierda —lo oí susurrar caminando de un lado para otro.

Al fruncir el ceño me hice daño, pero escuché que se marchaba.

—No, no me dejes sola —levanté asustada una mano sin abrir mis parpados pesados.

Su mano tocó la mía y aunque la sintiera ardiendo, fue confortante.

—Tranquila banphrionsa, volveré pronto —sus labios besaron mi mano.

Eso fue un gran alivio para mi tristeza.

*Recuerda que no debes dormirte.* Pensé decidida a luchar contra las sombras.

Pero una parte de mí lo deseaba tanto, que las sombras me envolvieran y me arrastraran para dormirme, porque según ellas encontraría la *paz* que necesitaba. ¿Pero y si esa oscuridad solo me engañaba y quería mi mal? Hice un gran esfuerzo en no dormirme. En otras circunstancias me hubiese encantado que me cogiese Darién en brazos, pero enferma solo quería *oscuridad* y dejarme vencer.

Tardó aproximadamente unos veinte minutos en volver.

—Voy a matar a Alfred en cuanto vuelva por no tener ibuprofeno —lo escuché sulfurado entrando en la habitación—. Hey, Adalia.

Escuché su voz perfecta y angelical llamándome. Sonreí cuando la oí. Sus manos me arrastraron un poco hacia arriba para quedarme recostada contra el cabecero, posicionándome un cojín en mi espalda para estar más cómoda. Con los ojos cerrados, percibí el sonido de una cuchara removiéndose en un vaso.

Abrí con fuerza mis ojos observando el rostro angustiado de Darién.

—Con cuidado —se sentó en la cama aproximando a mis labios esa bebida que traía entre sus manos.

La inclinó con sumo cuidado, y bebí. Noté un sabor raro pasando por mi garganta que no me gustó demasiado. Hice una mueca de mal gusto. Y Darién torció una sonrisa pequeña al verme. Cuando me bebí ese raro brebaje, observé como dejaba el vaso encima de la mesita de noche. Ví pesadamente que se acercaba a un recipiente blanco empapando en el agua una pequeña toalla.

—A ver —me dejé inclinar por su naturaleza de cuidarme tan delicada. Dejó esa mini toalla mojada en mi frente, sintiéndola caliente.

—¿Qué es esto? —señalé en general.

—Pues esto te ayudará a bajar la fiebre —la posicionó bien en mi frente con cuidado.

—No, me refiero a la bebida.

Él la miró.

—Ah... un remedio casero para bajar la fiebre. Me lo enseñó una persona muy especial para mí. Es una infusión de tomillo y manzanilla.

Vaya. Al final no era la única que le gustaba este tipo de *remedios* naturales. Me quedé fascinada mirándolo un rato. Pero me quedé pensando en esa persona especial que le enseñó hacer ese remedio. ¿Quién sería?

—Dios, me siento como si me arrollaran continuamente —mostré con voz ronca.

Relució una sonrisa espléndida, de esas tantas que tenía guardadas, y que me enamoraron de él. Podía perderme en ellas y no pedir más.

—Si esto no te puede bajar la fiebre, tendré que llevarte a un hospital.

—De acuerdo.

Su sonrisa se esfumó de su rostro bajando la mirada y levantándose de la cama, dándome un momento la espalda perdiendo su mirada hacia las ventanas.



—Descansa...

¿Por qué no me lo decía mirándome?

—¿Pero te quedarás a mi lado?

—No lo dudes —me expresó con dulzura.

Me quedé inquieta mirándole como si algo malo *presintiera* mi corazón. Pero al final le hice caso y me abandoné totalmente para cerrar los ojos.

Y parecía que la *oscuridad* seguía esperándome.

*Mi aclamada alma navegó en el tiempo, a una larga distancia y a un incomprendido espacio que no pude ver con total claridad, hasta pasados unos minutos en los que caí de culo sobre el suelo. Cuando estuve en Canadá, sufría extraños sueños que no podía hallarles ninguna lógica y que parecían fuera del alcance humano. Después, cuando comencé a soñar con Thief, desaparecieron, pero ahora parecía que habían vuelto. Salvo que ahora no estaba en una ciudadela del medievo.*

*Vastas tierras se alzaban en el horizonte, dejándome paralizada en el sitio por su inmensidad abrumadora. La enorme espiral que tenía frente a mí, me sobresaltó haciendo que aullara un pequeño grito, al ver en la cima de ella una colosal estatua de una hermosa mujer, que sostenía algo entre sus manos y que no podía visualizar cien por cien, al estar medio cuerpo de ella sumido entre nubes.*

*Me rodeaba la eterna noche con su manto de estrellas. Pero la luna tenía el poder suficiente para iluminar el terreno donde me hallaba.*

—¿Y ahora qué hago? —expresé con temor.

*Mesé mi pelo agobiada mirando todas las direcciones para buscar una salida. Salvo la espiral, todo era llanuras plagadas de un intenso verde y una hierba que me llegaba casi por la cintura.*

*Un fuerte presentimiento se agolpó en mi pecho y me abrumó de sensaciones que no lograba explicar y hacían que temiera.*

—Tengo que salir de aquí...

*Mirando por última vez a la colosal mujer de la espiral, me di la vuelta, pero no me moví ni un paso más, incluso apenas pestañeeé y la sangre se me*

*congeló. Por mi rostro pasó todo tipo de emociones; miedo, pánico, desconcierto, cobardía y una pizca de una indudable astucia.*

*Mis ojos se quedaron hipnotizados en el profundo ámbar de los ojos del tigre que tenía a unos metros. Tan grande y robusto. Hermoso y enigmático. Si me movía, sé que vendría a por mí... estaba a su merced. El viento se meció a mí alrededor sin apenas darme cuenta de cuanto frío hacía. Estaba muy cuerda para saber que esto no era real, que era un delirio provocado por la fiebre, pero si me dieran a elegir, hubiese preferido una vez más soñar con Félix.*

*Cuando valientemente di un paso hacia atrás, el tigre sacó de lo más profundo de su garganta, el rugido que me hizo caer al suelo al temblarme las rodillas. Sintiendo como todo me temblaba, agaché la cabeza suplicando en mi interior que me dejase viva. Percibí, como sus patas pisaban la tierra y se dirigía hacia mí.*

*No sé por qué me atreví a mirarlo, pero lo hice, y nos separaba un escaso metro de distancia entre su rostro y el mío. No sé por qué no acababa de una vez con mi agonía, porque así podría despertar con más rapidez de esta pesadilla. Cuando vi su próximo movimiento, cerré rápidamente los ojos con temor, apretando los labios. Lo oí moverse, sacar sus garras y arañar la tierra...*

*No es real. Es solo una pesadilla... pensé una y otra vez acobardada.*

*Sé que cuando intentara devorarme despertaría de inmediato, tenía que ser así.*

*El tiempo seguía pasando y no veía indicios de que me atacara. Primero abrí un ojo, y luego el otro.*

*Y me quedé atónita.*

*Eché mi cabeza hacia atrás para verlo mejor. El tigre estaba echado sobre la tierra y parecía subyugarse ante mí. Como si se doblgara para obedecerme. Los dos nos mirábamos como si fuera un desafío, sentía una especial familiarización en esa mirada que no dejaba de mirarme. Y también sentía como si su mirada también me doblgara, y ese sentimiento solo hizo que me acercara a él sin temor. Quería acariciarlo, saber cómo era su pelo, quedarme con el tacto de él sobre mis dedos. No llegué a comprender que*

*conexión tenía con ese tigre, pero algo nos unía, algo magnético.*

*Cuando mis dedos rozaron su cabeza, algo a mi izquierda se movió con rapidez hacia mi dirección. Entre la hierba alta algo corría con velocidad, una sombra más negra que la noche se abalanzó. El tigre se irguió y rugió haciendo que tapara mis oídos por el dolor provocado, y vi cómo se ponía delante de mi inclinándose en forma de ataque.*

*Antes de que pudiera evitarlo, el tigre se abalanzó contra esa oscuridad que intentó llegar a mí y una onda propulsada por esa fuerza oscura, me lanzó varios metros lejos del animal que me había protegido.*

*Magullada sobre la tierra, me moví despacio buscándolo con la mirada.*

*—Muchacha...*

*Esa voz me sobresaltó dirigiendo mi mirada con rapidez hacia allí. A cinco metros vi una mujer con una capa azul oscuro, que arrastraba por el suelo, ocultando una capucha su rostro.*

*El corazón me latió con fuerza mirándola horrorizada, sin hallar el motivo por mi pánico.*

*—Si volvieras... no sumirías el reino en una profunda y tenebrosa oscuridad.*

*Hice una mueca pero ni una palabra podía pronunciar, todas se atascaban en mis labios. Ella se acercó a mí con determinación, y ni aun así pude apreciar sus rasgos, salvo el cabello que descendió por los lados de su rostro tan oscuro como la noche.*

*—No dejes que tu mundo también prevalezca...*

*Sus dedos tocaron mi frente y una corriente eléctrica sucumbió por mi cuerpo. Sentí como caía por un vacío en el que no veía fin, mientras oía mi grito desgarrador...*

*Un ensordecedor trueno me despertó jadeando y haciendo desaparecer esa pesadilla.*

*Parpadeé entre la oscuridad cegadora, y mis ojos intentaron buscar un mínimo de luz. Esas tierras, el tigre, esa extraña mujer, esa oscuridad...*

milagrosamente todo fue una pesadilla. Otra de esas tantas *extrañas* pesadillas que parecían ser de otro mundo.

—¡Darién!

Lo llamé asustada, agitada y acelerándose mi corazón. ¿Por qué todo estaba a oscuras? Yo quería luz, necesitaba que hubiera luz. Unas manos rozaron las mías con suavidad, confortándome su tacto.

—Tranquila, estoy aquí.

Cerré un momento los ojos tocándome el pecho, para luego abrazarlo agitada sin ser rechazada.

—Me habías asustado.

Entre la oscuridad pude apreciar su sonrisa y su frente contra la mía, acariciándome suavemente. ¿Cuánto había dormido?

—Tranquila.

Me aparté un poco porque aún seguía sudando y el tacto ya no me ardía en la piel, estaba totalmente recuperada de la fiebre. Se levantó de la cama alejándose unos metros.

Y oí el chasquido de una cerilla de fósforos. Encendió una vela dejándola en la mesita de noche. Y luego encendió tres más. Hasta que la estancia estuvo más iluminada.

—Perdona, debí encender al menos una vela, pero pensé que te vendría bien algo de oscuridad. La luz se fue hace un par de horas.

Apreté los dientes ante otro trueno que retumbó en el cielo, mirando por las ventanas como fuera caía esa tormenta espeluznante.

—No importa —susurré con debilidad.

Volvió a la posición en la que estaba, pero algo más alejado, sentándose en el borde de la cama teniendo un rostro serio y torturado. Oh, no, ese rostro no. Por la diosa Ériu, otra vez no.

—Darién, yo...

—Has enfermado por mi culpa —estaba remordido.

—¿Qué? ¡No!

Me arrastré por las sábanas para llegar a él, pero se levantó con rapidez huyendo, caminando por la habitación y pasándose una mano por su pelo.

—Si no hubiéramos venido a Irlanda, tú nunca hubieras enfermado, si no te hubiera tirado al barro o cuando saliste en plena tormenta corriendo... y lo de ayer, pasaste el peor día de tu vida... —soltó un bufido sulfurándose contra el mismo—. ¡Dios, es mi culpa no soy nada bueno para ti!

Que me hablara así me asustó.

—Darién —mi respiración se agitó y traté de calmarla—, escúchame, no es tu culpa. No debes pensar de ese modo. En todo caso es mía, soy débil... la fiebre no es por todo lo que dices. Créeme.

Quise contarle esa pesadilla pero hasta yo misma la veía absurda, además de toda una locura. Cada vez que tenía una de esas *extrañas* pesadillas que estaban muy lejos de ser reales, me daba fiebre, algo extraño pero cierto. Y cada vez que despertaba, la fiebre remetía de inmediato. No había sido por estar aquí, ni por el barro, ni por nada que cruzara la remordida mente de Darién. Resté importancia a esa pesadilla temiendo por él. Negó repetidas veces con la cabeza muy cabezón. Estaba impotente sin saber que más decirle, para convencerle de que él no tenía la culpa de nada.

—Lo siento, no puedo.

—¿Lo sientes? —se me quebró la voz.

Y se movió para que mis ojos viajaran a lo que había detrás de él. Me quedé helada observando una maleta. Darién miraba el suelo con los hombros caídos por la culpa.

—Te marchas —balbuceé afirmándolo.

—Debo alejarme de ti.

Esas palabras traspasaron mi corazón como un puñal. Lo observé subiéndome el torrencial de emociones débiles.

—Debes —repetí dolida.

Rehuyó mirarme apretando la mandíbula. Y me sentí *aterrada* de que se marchara.

—No puedo estar más a tu lado, no cuando solo te hago daño. Mañana

temprano me marcharé. Llamaré a Alfred para que vuelva. No quiero dejarte sola.

—Me prometiste... me prometiste que no me dejarías nunca.

Mi corazón se desbocó sintiéndome débil. Me quedé paralizada y arrodillada en la cama, sintiendo descender por mis mejillas las lágrimas que no pararían hasta saciar ese dolor *perpetuo* que me ahogaba en el pecho.

—Adalia, no... —se quedó impactado de verme llorar aproximándose a la cama. Se sentó cerca de mí cogiendo mi rostro para hacer desaparecer las lágrimas, pero por más que intentara quitarlas, otras las remplazaban.

Sus ojos estaban apagados, rotos y tristes mirándome por llorar tan desoladamente.

—No llores, no merezco tus lágrimas, no de ti.

Intenté al principio hablarle, pero no pude, hipando sin poder decir palabra. Incluso los truenos eran el menor de mis miedos de solo pensar que mi amor verdadero se alejaría de mí. ¿Qué remedio habría para que no nos moviéramos de aquí? ¿Cuál era la palabra que detendría que se alejara de mí?

—Por favor —me suplicó remordido dejando su frente contra la mía cerrando los ojos—. No me lo pongas más difícil.

Ya no podía aguantar más lo que mi pecho llevaba *aclamando* salir desde que le conocía.

—Darién, te amo.

En ese instante tronó la nube que estaba encima del castillo y que hizo retumbar los cimientos de éste, bajo el rostro impactado de Darién mirando mis ojos llorosos con las escasas velas iluminándonos.

—Estoy enamorada de ti.



## Liberando mis sentimientos

—¿Me quieres? —en algún lugar de él pareció alegrarse con una media sonrisa asomada en sus labios.

—Sí —no sentía vergüenza de decírselo libremente.

Pero de pronto su sonrisa se esfumó. Frunció su rostro en tormento y se puso de pie, alejándose.

—No, Adalia, tú no me quieres. Solo te sientes agradecida conmigo.

Su mirada afligida se perdió unos segundos por la estancia, haciendo que me temblara de espanto el cuerpo porque seguía rechazándome, y mis pensamientos retorcidos adjudicaron que había metido la pata hasta el fondo y que ahora se marcharía sin ninguna objeción.

—Lo siento —susurré cabizbaja—, no pude cumplir tu regla número dos. En realidad las tres. Me he metido demasiado en tu vida...

—Dicen que las reglas se hicieron para romperse.

Lo miré esperanzada sintiendo que el corazón se saldría de mi pecho. Asustada, solo podía liar entre mis dedos las sábanas suplicando que no se alejara de mí. Pero se quedó callado mirándome, sin poder descifrar que pasaría por sus pensamientos ahora mismo. Lo que al contrario, él si podía conmigo.

—Tú no puedes saber lo que siento en mi interior —hablé cansada de ocultarle mis verdaderos sentimientos. Tenía la necesidad de *liberar* todos *mis sentimientos*—. Cada vez que me miras enciendes una pasión en mí que ningún hombre ha podido despertar, cuando me llamas, cuando me acaricias es un paraíso del que no quiero salir. Como no iba a enamorarme de ti si me has tratado tan duce y cariñoso.

—He sido un gigoló, Adalia.

Se alejó de la luz de la vela adentrándose entre las sombras de la habitación como si no deseara que viera su rostro avergonzado.



—¿Y crees que eso a mí me importa? ¿Crees que me fijo en un hombre por su trabajo, su hermosura o si tiene millones? Nunca he podido hacerlo. No he entregado mi corazón a nadie. Me importa cómo eres por dentro, y para mí eres el hombre más maravilloso del mundo.

—No soy bueno para ti.

Continuó en su cabezonería.

—¿Te recuerdo todo lo que has hecho por mí?

—No me conoces —partió de otra base hablando aún entre las sombras.

—No me importa tu pasado, sino al chico maravilloso que he conocido ahora.

No habló, permaneció quieto sin salir de las *sombras* que no podía llegar la luz de la vela más próxima a él. Me arrodillé sobre la cama buscándolo con la mirada desesperada.

—Solo tú puedes amarme de la forma en la que quiero ser amada.

Esperé abatida, sintiendo un vacío en mi pecho que me dejaba con más ganas de llorar. Estaba a punto de sentir que se me quebraba el corazón cuando salió de las sombras dejándome sin aliento. Su mirada oscurecida se topó con la mía ansiada por necesitarle, los segundos que se acercó a mí fueron eternos. No vaciló cuando se sentó en el borde de la cama cerca de mí, y no quise moverme y ahuyentarlo, solo me quedé mirándolo. Aunque se hubiera quitado de las sombras, había algunas sobre su rostro que ensombrecían al verdadero Darién. ¿Qué lo atormentaría? ¿Qué sería lo que no le dejaba en paz?

Su rostro se inclinó sobre el mío y su pulgar trazó mi labio inferior deseando sus labios con demasiada intensidad. Por un momento su mirada se volvió oscura al acariciar con delicadeza mi mejilla magullada, hoy tendría mejor color pero tardaría en desaparecer. No me dolía tanto... comparado con el dolor irreparable que dejaría en mi corazón que Darién se marchara. No tenía ni punto de comparación.

—Adalia —pronunció mi nombre de una manera en la que me derritió por completo desafiando sus negaciones. ¿Por qué luchaba contra él mismo? ¿Qué temía? ¿A sentir lo mismo que yo?

Inicié el beso sin ser rechazada, obligando que sus labios se movieran al mismo ritmo salvaje que los míos. Subiendo mis manos por su torso, me agarré a sus hombros y lo tiré hacia mí cayendo los dos sobre la cama, sintiendo como su cuerpo aclamaba el mío. Hacía apenas unas horas no quería nada más que estar en reposo en la cama, porque mis adormilados músculos me pedían que no me moviera. Pero ahora era todo lo contrario. Volvía a sentir el fuego sobre mi piel extendiéndose hasta hacerme vibrar en los brazos de Darién, que me rodeaban fuertes y vigorosos. Necesitaba que se quedara, necesitaba demostrarle cuanto lo amaba y esperar que las *puertas* de su corazón se abrieran para recibirme, y amarme con la intensidad que a veces percibía cuando me miraba.

Eché mi cabeza hacia atrás y sus besos descendieron por mi cuello, murmuró unas palabras pero estaba tan nublada por la excitación que no capté la esencia de ellas. Viajé mis manos por su jersey entrando en contacto por su fibrosa espalda tan húmeda y caliente. Noté como agarraba con fuerza mi camisón, retorciendo la tela en sus manos al desear romperlo para poseerme. Relamí mis labios con un suave golpe de caderas con las suyas y soltó un triunfante gruñido que me hizo sonreír agitada.

—Tengo que detenerme—dijo alterado volviendo a mis labios para un firme y casto beso—. Tengo que hacerlo porque no te haré el amor, no después de haber pasado fiebre. Sé que estás recuperada, pero no me fio.

Me disgustó que se retirara de mi cuerpo y se quedara arrodillado hundiendo sus dedos entre su pelo, soltando aire. Le hice una mueca de desilusión. Ya me encontraba recuperada gracias a sus cuidados y a los remedios que sabía hacer, y que me habían dejado fascinada. Aunque sabía que la fiebre remitiría sola después de despertarme. Era algo extraño qué me sucedía con esas pesadillas a las que por el momento no quería pensar demasiado, ni buscarles una lógica explicación. Pero cada día que pasaba descubría algo de Darién que lo hacía más perfecto.

—Es un no indiscutible —dijo con prevención.

Relamí mi labio inferior volviendo agarrarme a su pelo.

—No te tomes tu papel de caballero al pie de la letra. ¿Sabes que hay otro remedio casero en el que afirman ser muy efectivo y al que llaman sexo?

Comenzó a reírse por mi tono tan intencionado.

—Sí, lo he oído, pero yo me remito a los demás remedios. Además... — tocó mi frente con delicadeza y me quedé a su merced embobada—, tú ya estás recuperada, señorita.

—Le do thoil —encogí mi adulez sacando a la niña que habitaba en mi interior con ese *por favor* en irlandés.

Abrió la boca asombrado, traicionado por algo.

—No me digas eso.

—¿Por qué? —me inquieté por su voz grave.

—Porque no puedo negarte nada cuando súplicas. Es algo que siempre me vence.

Sonreí maliciosa.

—¿He ganado?

Levantó una ceja.

—No. No esta vez.

—Jo —inflé mis mejillas.

Comenzó a reírse y besó mi frente.

—Ven —me cogió en brazos y caminó conmigo hasta el baño. —Vamos a darnos un baño. Lo necesitamos. Me has hecho pasar el peor día de mi vida con esa extraña fiebre.

—¿He hablado en voz alta mientras dormía?

—No.

*Menos mal.* Pensé aliviada. Una vez en el baño, encendió la luz y me dejó sobre una silla blanca, acercándose con pasos decididos a la bañera. Comenzó a remangarse las mangas del jersey observando sus definidos bíceps bien marcados, y mordí mi labio inferior perdiéndome en él hasta que me despertó de mi ensoñación por ese adonis... como la lluvia golpeaba la ventana. *¡Estúpida lluvia!*

Con expresión juguetona le dije:

—Oh, ahora lo entiendo. Intentas ahogarme. ¿Te va ese rollo de ahogar a jovencitas señor O’Hart?

Su carcajada me agradó del tal forma que me pegó su risa mientras seguía atento en llenar la bañera.

—Echaba de menos eso.

—¿El qué? ¿Una burla hormonal adolescente?

—Las bromas. Hace tiempo que nadie me hace una. Te estaba esperando, Adalia.

Le sonreí en «*modo embobada*», parecía una tonta, ¿pero qué chica no sonreía ante esa declaración? Las heroínas de mis novelas favoritas solían ser ellas las primeras en decir esas palabras. Pero que un hombre te lo dijera primero, era tremendamente *profundo* y *romántico*. ¿Aunque por cuanto tiempo iba a sonreír en modo embobada? ¿Una semana más?, ¿un mes? Había estado a punto de abandonar esta mansión, de dejarme aquí sola. Y yo le había confesado que lo amaba más que a nada en este mundo. ¡Dios, se lo había confesado! Literalmente me puse una soga al cuello. Según Carla, ahora él tendría el *manejo* de mi vida por completo. Pero no tenía por qué ser así, ¿no?

Agaché la cabeza mirando mis manos.

Pasó unos segundos más hasta que vi a Darién moviéndose hacia mí, se puso de cuclillas y cogió mi barbilla de modo que nos miráramos.

—Ahora tú eres mi vida, Adalia. Y nadie tendrá el poder suficiente para arrancarme de tu lado.

Me hizo liberar una sonrisa, alejando mis inseguridades. Darién tenía una velocidad insuperable de hacerme sentir de mal a mejor en pocos segundos. Hizo un gesto hacia la bañera.

—¿Estás lista, Deva?

—Tienes que decirme por qué me llamas así. Entiendo lo de banphrionsa, pero Deva es demasiado desconcertante para mí —me ayudó a levantarme.

Se concentró en desvestirme en silencio mirando cada centímetro de mí con una pasión en su mirada que me encantaba.

—Tu piel es perfecta —me susurró tan pícaro.

Puse los ojos en blanco.

—No mientas —intenté no mirar mis brazos y las pequeñas cicatrices—. Y no desvíes el tema.

—Cuando quieras te lo diré —me juró con tranquilidad.

—¿Ahora? —insinué con una sonrisa de niña buena.

—Después de mis preguntas —refutó con rapidez dando dos pasos hacia atrás.

—¡Ah! Muy típico en ti —le hice una señal con el dedo índice.

Se acercó irresistiblemente de nuevo manteniéndose quieto y no dejando de mirarme, me tomé mi tiempo en quitarle el jersey, dejando que cayera por sus musculosos brazos hasta el suelo, y echando un largo y detenido vistazo a las perfectas abdominales de su vientre y a esa V que sofocaba a mi corazón y me dejaba sin aliento.

—En cambio tu piel es fea —le señalé sus cicatrices para ver si lo sacaba de quicio.

—No me sacarás de quicio, Adalia.

Me quedé boquiabierta mirándolo. ¿Cómo demonios lo sabía?

—Pero cómo...

—Métete en la bañera. Ahora —me mandó pero con una chispa de diversión.

—Como mandes.

Sonreí pícara mientras él se deshacía de sus pantalones. El agua caliente me confortó hundiéndome en la bañera bajo un cálido gemido de placer. Miré lujuriosa su cuerpo desnudo mientras me acompañaba. Se metió en la bañera, me abrazó por detrás y dejé caer mi cabeza contra su pecho. Suspiró besando con profundidad mi cuello.

—Te tengo atrapada —me rodeó con sus brazos.

Reí maravillada.

—Para siempre.

Volví mi rostro a la vez que remetía un mechón de mi pelo detrás de la oreja. Sus ojos refulgían un brillo especial. Y esperaba que estuviera relacionado conmigo, que no me hubiese equivocado en *confesarle* mi amor. Mis ojos viajaron hacia sus nudillos de la mano derecha, aún con las heridas presentes por los tantos golpes que le dio a Liam. No sé cómo quedó ese bastardo, pero no debió de quedar muy bien. Darién se dio cuenta de que miraba su mano y la intentó ocultar debajo del agua para que así la espuma la escondiera, pero se la cogí y miré torturada los nudillos intentando no llorar. Besé cada uno haciendo que él cerrara los ojos complaciéndole ese gesto.

—¿Qué pasará con él? —musité intranquila.

—No quiero que pienses en ese desgraciado ni un segundo más —dijo entre dientes algo duro por pensar en él.

—Pero...

—No saldrá de la cárcel en una buena temporada. Yo me encargaré de que así sea.

¿*Cómo?* Quise preguntarle. ¿Qué poder tenía Darién para eso? Que recordara hasta hace poco fue un simple gigoló. ¡Ja! *Simple*. Se reía mi lado sensato. Sé que me ocultaba más de lo que me decía, pero no podía obligarlo a que me contara nada. Ya tenía bastante con haberme saltado una de sus reglas, la más importante, y aún era un *milagro* que siguiera aquí y no en el aeropuerto más cercano huyendo de mí.

Me estremecí de espanto en mi interior de solo pensarlo.

—Lo siento, Adalia. Ayer fui un imbécil. Debí pasar el resto de la noche contigo —con su mirada torturada fue acariciando mi pómulo herido—, y cuidarte, y venerar tu cuerpo con mis besos. Pero me sentía un miserable que no merecía nada de ti...

Negué con la cabeza que no tenía importancia, haciendo que se quedara callado cuando lo besé con profundidad. Me emocionaba saber que deseó pasar la noche conmigo, pero entendía que se sintiera demasiado culpable.

—Lo que ocurrió ayer no es tu culpa. Ahora estás aquí, y eso es lo que importa.

Su expresión se tornó más alegre mirándome con devoción.

—Eres mi sanadora preferida.

Eso me arrancó una sonrisa mirándolo con ilusión y sus labios me besaron con dulzura.

—Cuéntame de ti —al instante me acobijó la incomodidad. Él sacudió la cabeza al ver mi expresión—. Tranquila, no te preguntaré que te ocurrió hace casi seis años, solo quiero saber cosas sobre ti. Por ejemplo, tu familia.

—A ver si lo adivino, ¿curiosidad masculina otra vez? —le saqué mi lado más burlón con una sonrisa traviesa.

Me mandó una mirada en reprimenda y reí tocando la espuma de nuestro alrededor.

—Como sabrás tengo un hermano, Max, nunca le ha gustado que le llamen Maximillian, no me preguntes por qué, ya tampoco lo sé —*a lo mejor en mi pasado sí que lo sabía pero ya no lo recuerdo*, quise decirle pero no pude—. Es un aventurero, nunca se puede estar quieto en un lugar. Es arqueólogo, y tiene un mentor, Sheppard, al que por cierto no me gusta tanto, porque lo expone a peligros en los que podría morir con eso de que tienen que visitar templos y ruinas de hace miles de años. Sé que son excitantes esas aventuras pero también peligrosas.

—Tu hermano no es un niño. ¿O me equivoco?

—Solo es un año menor que yo. Pero aun así no me gusta que se arriesgue. Y seguro que de mi padre habrás oído hablar, por llevar la empresa de modas Knightley.

—Sí, algo he oído.

—Creo... creo que mi madre Nicole, en el fondo nunca le ha gustado vivir en Los Ángeles.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, simplemente lo siento así. Hace ya algunos unos días que mi padre pidió que sacaran de la buhardilla una foto enmarcada de ellos dos en los Acantilados de Moher, para darle esa sorpresa que haría más feliz a mi madre. Creo en el fondo que mi madre echa de menos vivir en Irlanda, pero

por mi padre se calla, oprime lo que siente, lo que desea gritarle. Y no debería ser así. Debería expresárselo.

—Cierto. Una de las bases de la pareja es la comunicación y la confianza. Sin eso, tarde o temprano el hilo que los une... se rompe.

—Ahora que estoy aquí —miré el baño con nostalgia—, no sé por qué mi familia decidió quedarse allí. Y la verdad es que tengo miedo de descubrirlo.

Lo miré a los ojos que también se perdían por el baño algo pensativos.

—¿Y tú? ¿Qué me puedes contar de ti?

—Mis padres viven en Inglaterra. Antes de trabajar, en ya sabes... —asentí rápida para que no tocara ese tema que parecía incomodarle—, vivíamos en Nueva Zelanda. Pero ellos volvieron a Inglaterra un tiempo después y yo decidí quedarme en los Estados Unidos.

No tuve el valor de preguntarle por qué se hizo gigoló. Qué gran causa le hizo llevarlo a ese extremo. Podía decir que era un trabajo como otro cualquiera, pero en realidad no lo era. Vender tu cuerpo no era un trabajo cualquiera. No quise interrumpirle y me fijé en como su pulgar trazaba círculos en mi brazo mojado y lleno de espuma.

—Mi padre fue empresario y mi madre trabajaba en casa. Aunque ahora los dos no trabajan. Y a mí hermana le va ese rollo de buscar cosas antiguas de hace muchos siglos.

Alcé las cejas sorprendida bajo una sonrisa. ¡Vaya, como mi hermano!

—Seguro que es como mi hermano, Max. Muy cabezota cuando algo se propone y lo quiere conseguir sí o sí.

—Es posible. Ashelia no es de las que puedes mandarle nada sin que haya una base sólida que le permita aceptar ese mandado. Palabras textuales de ella.

Reí sacudiendo la cabeza. Debía ser todo un personaje Ashelia, me gustaría mucho conocerla. Algún día, quizá.

—Fueron tiempos felices —musitó tan bajito que casi no lo oí.

Lo pillé mirando el nombre de Kisa y se me hizo un nudo en el estómago.



—¿Qué me puedes decir de ella? —señalé ese nombre.

Respiró con profundidad notando en su cuerpo la tensión.

—Creí que era la mujer que amaría el resto de mi vida.

Contuve un sollozo por sus palabras tan llenas de melancolía y soledad, él paseó los ojos por el baño.

—Pero no fue así. Me abandonó. Todos los días me he preguntado qué mal hice para que de la noche a la mañana me abandonara. Le di todo lo que pude y a día de hoy sigo pensando que fue tan poco lo que le di. Destrozó mi corazón como nunca antes creí que podría hacerlo. Ha sido la única mujer que amé.

Mis lágrimas amenazaron con desbordarse de mis ojos, apreté los labios al ver cómo había sufrido tanto por culpa de una mujer. ¡Esa maldita lo había abandonado! Él cogió mi rostro entre sus manos sonriéndome. Era una sonrisa de: «*Hey, tranquila, estoy bien*».

Pero en el fondo no era así. Estaba *marcado* por culpa de ella. No estaba preparada para saber si seguía amándola. Mi corazón se destrozaría en menos de un segundo.

—¿La echas de menos?

Esperé nerviosa. Se dedicó a morderse el labio inferior con levedad, mirando cada centímetro de mi cara con orgullo y admiración, haciendo que sus pulgares retuvieran las lágrimas amenazadoras de mis ojos.

—Ahora ya no.

Cerré los ojos aliviada y me dejé caer contra su pecho acariciando él mi espalda. Estuvimos más de un minuto callados.

—¿Cuándo te tatuaste su nombre?

—Cuando tenía veintidós años.

No quería preguntarle más sobre ella. No quería que siguiera sintiéndose mal por culpa de mi imprudencia.

—¿Puedo saber algo, Adalia?

—Mmm —asentí con la cabeza.

Me hizo un gesto para que me sentara. Cogió el champú, se echó sobre sus manos y comenzó a frotar mi pelo de una manera sensual y cuidadosa. Haciendo que emitiera un gemido de placer. Si seguía masajeándome de esa forma tan suave, pronto me quedaría dormida en sus brazos.

—Se oyó un rumor de que decidiste vivir en otra parte hace casi seis años. ¿Por qué?

Suspiré profundamente.

—Y es cierto. Me fui.

—¿Adónde?

—A Canadá —le dije la verdad.

Detuvo sus manos sobre mi cabello, manteniendo su cuerpo tenso al sentirlo sobre mi piel.

—¿Canadá? —su voz sonó en un murmullo roto.

—Sí.

Tardó unos segundos más en seguir hablando.

—¿Por qué? —musitó.

—Quería huir.

—¿De quién?

—De mí. No era nadie, Darién, y sigo sin serlo. Jamás podré ser la chica que un día mi familia vio en mí. Esa Adalia... no volverá. Y tomé la decisión de huir. Dejar a mi familia fue una decisión difícil. Me fui con Carla a Canadá. Allí me diplomé en Bellas Artes, aunque no pinto muy a menudo. No hay nada que me motive. Es como si algo dentro de mí estuviera apagado... muerto.

—Por favor no sigas... no...

Cerró los ojos angustiada, dejando caer los brazos bajo el agua como si le hubiese dado una puñalada mortal a su corazón.

—Darién —me llenó de intranquilidad verlo tan quieto, volviéndome hacia él cogiendo su rostro, angustiada—. ¿Qué ocurre?

Negó con la cabeza cogiendo mis manos y besándolas con los ojos

cerrados.

—Nada. Por favor, sigue.

—Bueno, es poco más. Estuvimos casi cinco años allí y luego volvimos.

Se quedó callado mirando el agua con una mirada que no supe descifrar.

—Déjame terminar —me volvió a poner de espaldas enjabonándome.

Me gustaba haberle confesado parte de mi vida, aunque ni siquiera sabía si podía denominarla «parte» a eso tan pequeño que le había contado sobre mi familia y sobre mí. Y me alegraba saber más de él. Estaba feliz de que me *abriera* más su corazón, pero lo que más deseaba era llegar a él y quedarme para siempre.

Mientras aclaraba mi cabello con el agua le solté impaciente:

—Me has prometido contarme porque me llamas Deva.

—Oh, sí. ¿Lo he hecho? —se hizo el loco.

Le di un codazo ofendida aunque con humor.

—Está bien —dijo con una risa—. ¿Sabes que Deva para los celtas significa *diosa*?

Descubrir su significado hizo que mi corazón latiera a gran velocidad.

—¿Soy una diosa para ti? —le pregunté sonrojada.

—Lo eres —me susurró cerca de mi oído mordiéndome el lóbulo y haciéndome gemir—. Eres mi más completa diosa. En cuanto te vi, sabía que serías mi Deva.

—¿Y de dónde viene... Deva? —le pregunté trabándose mis palabras.

—Deva es la diosa celta del agua, y también de las emociones y sentimientos. Hasta tiene su propia leyenda. Aunque muchos no creen que sea cierta. En ella dice que el agua del mar era dulce hasta que Deva se enamoró de un mortal humano. Pero su amor solo pudo durar una noche y Deva desdichada, regresó al fondo del mar para cumplir su deber, pero volvió inundada de tristeza y dice la leyenda, que sus ojos no han dejado de llorar desde entonces y que el agua del mar es salada por las lágrimas de su diosa.

—Una historia muy triste. Pobre Deva. ¿Por qué tuvo que volver? ¿Por qué

no se quedó con él?

—Ya te lo dice la leyenda. Era su deber.

—Pero si se enamoró...

Vi que ensanchaba una clara y ardiente sonrisa de esas en las que siempre había algo detrás tan *oculto*, que era difícil de descifrar. ¿Me estaba perdiendo algo?

—¿A qué viene esa sonrisa?

—Creo que tienes un poco de ella. Antepones el amor a cualquier otra cosa.

—Por amor se hace cualquier locura.

—De eso no te quepa la menor duda —cogió mi rostro besándome dulcemente en los labios.

Nos miramos a los ojos un momento desnudando nuestras almas.

—¿Por qué eres tan perfecto?

Torció una sonrisa siendo demasiado sexy todo el conjunto que la equipaba; su rostro mojado, esa incipiente barba, el mar de sus ojos.

—Solo adoro y protejo a mi Deva. Porque es tan importante para mí que no pienso dejarla marchar. Y soy más imperfecto que perfecto, créeme.

Pasamos un rato besándonos, hablando de nuestras familias, de los gustos de algunas cosas en las que nos parecíamos, y terminamos acariciándonos de un modo que nos encendió a los dos hasta nublar nuestros sentidos y perdernos en el *placer*... envueltos en el vaho que resguardaba el baño que había empañado los azulejos y los espejos.

Caí exhausta y completamente complacida en sus brazos. Y me quedé dormida sin apenas darme cuenta. A ratos podía sentir como rodeaba con sus brazos mi cuerpo, y oía pasos. Sintiendo un húmedo beso en mi frente y luego como sus labios se depositaban contra los míos deseándome *dulces sueños*.

\*\*\*\*\*

El estrepitoso canto de un gallo me despertó. Y me alteró sentándome en la cama. Guiñé los ojos tapándomelos al sentir la luz del sol penetrando en la

estancia. La miré al observarla diferente. Esta no era mi habitación. Era la de Darién. ¿Por qué estaba aquí?

*Anoche...* cerré los ojos. Después de pasar fiebre y despertar de ese raro sueño, le confesé mi amor, nos bañamos, hablamos y finalmente hicimos el amor. Pero... no me aseguró que se quedaría conmigo aquí en la mansión. Observé un momento el camisón azul de seda que llevaba. No recordaba habérmelo puesto. No recordaba como llegué aquí.

—Darién —susurré asustada destapando las sábanas de mi cuerpo. Salté de la cama caminando descalza por la madera hasta llegar a la puerta, pero algo me hizo frenarme en seco y mirarlo de reojo. El *vestidor*. Con total decisión, llegue hasta él al ver sus puertas abiertas y me hizo exclamar un pequeño grito que auxilió mi garganta.

No estaba su ropa. Nada de las pertenencias de Darién estaban. Mi corazón latió desbocado. Y me aterró temblándome las piernas.

Se había ido.

Miré la habitación con los ojos humedecidos.

¿Por qué me había abandonado?

Con torpeza, abrí la puerta pisando la moqueta del pasillo, y con el dorso de la mano me quité las lágrimas de las mejillas. Mi puerta estaba entornada, y la abrí deseando enterrarme entre miles de mantas en mi cama y no salir jamás.

Con el corazón destrozado me di cuenta de que la cama no tenía sábanas. *Qué demonios...*

Un ruido del vestidor me dejó paralizada, estaba abierto y con la luz encendida en su interior. Me quedé sin aliento cuando vi asomarse a Darién vistiendo un pantalón de pijama sin nada arriba. Mi corazón se alivió y gritó de regocijo pero no sé por qué no dejé de llorar. Él se asustó dejando las prendas caer al suelo, y se apresuró en venir hacia mí tomando mi rostro entre sus manos.

—¿Por qué lloras, Adalia? —me dijo angustiado.

Negué con la cabeza, me separé de él y caminé hasta la cama sentándome

sobre el colchón, me siguió y se puso de cuclillas cogiendo mis manos mientras dejaba mi cabeza agachada.

—Creía que te habías ido. No vi tu ropa en tu habitación y creí...

—Oh, Adalia —me abrazó contra su cuerpo confortándome, y al otro segundo me vi en su regazo estando él sobre el suelo, acunándome contra su pecho—. Te dije que no me iría, y te lo dije cuando te hacía el amor en la bañera. ¿No te acuerdas?

Me ruboricé pero no aparté los ojos de él. ¡Pues claro que me acordaba! Cada detalle estaba *grabado* en mi piel, en cómo me hizo sentir deseada, en cómo me amó de una forma apasionada y sin límites.

—Pero no me lo prometiste.

—Te lo prometo —besó con calma mi frente soltando yo un suspiro—. Jamás te dejaré. Solo te dejé en mi cama porque necesitaba cambiar las sábanas de la tuya. Ayer pasaste un día infernal con la fiebre y tu cama necesita sábanas nuevas.

—¿Y por qué tus cosas no están allí?

—Había decidido quedarme contigo en esta habitación, es más acogedora y me gusta más. Si no te importa claro.

—Me encantará tenerte cada noche conmigo —le sonreí emocionada.

Desde este ángulo vi su maleta casi desecha dentro del vestidor, él se fijó en mí alzando las cejas con expresión pilla, y me sonrojé escondiendo mi rostro en su cuello al haberme sentido tan débil y tan idiota.

—Lo siento. Pero has hecho que esté calada por tus huesos. Me asustaste.

—Me alegro que estés calada por mis huesos, Adalia.

¿Y tú? Quise preguntarle pero no fui tan valiente.

—¿Desayunamos?

—¿De qué forma? —ronroneé.

Mis tripas sonaron y Darién se carcajeó dejándome en la más completa vergüenza. Mi estómago me había traicionado.

—Creo que tu cuerpo me ha dado la respuesta.

Me levantó del suelo con un solo brazo y me cogió de la mano tirando de mí para salir de nuestra habitación a partir de ahora. Cuando llegamos abajo, se frotó las manos con optimismo y abrió el frigorífico.

—Me gusta que estemos solos —dijo sin más.

—Y a mí —cogí una manzana del recipiente que había sobre la isla, mordiéndola.

—Así puedo hacerte gritar tantas veces como quiera.

Sus palabras llenas de posesión y pasión hicieron que me atragantara, y que me diera leves golpecitos en el pecho para sentir el aire de nuevo. Darién aguantó reírse mientras yo intentaba volver a mi estado normal, y él tan tranquilo se manejaba bien por la cocina. ¡No podía decirme eso y quedarse tan ancho!

Puso a fuego lento la leche mientras las tostadas se hacían en la tostadora.

Un sofocante calor subió por mi cuerpo cuando sus ojos se detuvieron en mi cuerpo recorriéndolo muy descarado.

—¿Qué?

—Ven aquí —me hizo un gesto con su dedo índice y fui inmediatamente.

De un salto me subió a la encimera de la isla haciéndome reír, y me tumbó del todo sobre ella, arrastrando sus manos por debajo de mi camisón y remangándolo hasta el vientre, mientras sus labios lo recorrían volviendo a excitarme.

—Necesito que me digas lo que ayer me dijiste tan importante.

—Te... te dije tantas cosas... —cerré los ojos perdiéndome por sus excitantes caricias.

—Lo que me dijiste en la cama y lo que no soportabas más retener en tu corazón.

Extasiada, sonreí abrigándome los recuerdos.

—Te quiero.

Emitió un gemido suave, triunfante y satisfactorio, subiendo sus labios por mi clavícula. Necesitaba tanto que él también me dijera «*te quiero*». Lo

necesitaba desesperadamente para sentirme completa. Poseída por el deseo, enganché mis manos sobre su cintura desnuda y lo arrojé hacia mí besándolo, devorando su boca como él hacía con la mía.

Pero nuestro juego se paralizó cuando escuché mi iPhone sonar. Extendí mi mano tanteando la encimera, para cogerlo mirando primero quien era.

—Hola, mamá —descolgué haciéndole un gesto a Darién de que me ayudara a levantarme y ponerme de pie.

Puso los ojos en blanco ayudándome a regañadientes, bajé mi camisón con la mano libre mientras intentaba acompasar mi respiración.

—¿Hija qué tal?, ¿cómo lo llevas?

—Bien —dije simplemente.

—¿Solo bien? ¿No te aburres allí sola en la mansión?

—Oh no, que va. Venir a Irlanda fue la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Darién comenzó a besarme el cuello estremeciéndome, oyendo «y la mía» salir por sus labios que solo yo escuché.

—Alfred me ha llamado diciéndome que les has dado unos días libres. Es un gesto bonito por tu parte, pero no me gusta que estés sola.

—Ya, pero no sé, lo vi buena ideeeaa poorque... —me perdía por el placer de que me besara el cuello Darién de una forma tan sensual, temblándome las piernas.

—¿Hija, te encuentras bien? —se alteró mi madre al otro lado del teléfono.

—Sí —le dije rápida haciéndole un gesto a Darién para que parara.

Él aguantó reírse siendo tan canalla porque no tenía intenciones de parar. Tapé el auricular del iPhone frunciendo el ceño.

—O te estás quieto, o te dejas si ese postre que no te tomaste el otro día.

Alzó las cejas, divertido.

—¿Una amenaza? —Me hablaba entre susurros—. Con eso lidiaremos después, señorita Knightley —me hizo una reverencia volviéndose hacia la leche y las tostadas. Suspiré volviendo a la conversación con mi madre



intentando que no notara mi alteración.

—Quiero que estés tranquila. Estoy bien. Me gusta estar aquí.

—Me alegro. ¿Pero estás segura mi niña que deseas pasar tu cumpleaños sola?

Eso cayó de sorpresa para mí dejándome un momento nublada.

—¡Felicidades, cariño!

—¡Adalia, mi niña, felicidades! —oí a mi padre gritando de felicidad.

Me emocioné tanto, que abrí la puerta trasera de la cocina tomando el aire y saliendo al exterior.

—Gracias. Me hace ilusión que me felicitéis los primeros —miré de reojo a Darién que seguía moviéndose por la cocina sin estar pendiente de mí.

¿Cómo se me había borrado de mi mente que hoy era mi cumpleaños? *Dios mío*. Nunca se me había olvidado. No desde que supe que en este día caí en coma, y hoy hacía justamente seis años. Un día tan *feliz* como *oscuro*.

—Cuando vuelvas montaremos una fiesta —me aseguró papá ilusionado.

Puse los ojos en blanco.

—Como desees.

—Tu hermano te llamará más tarde cariño y... —se detuvo indecisa de seguir.

—¿Y? —le instigué.

—Y nada hija. Tu madre es tonta. No, es igual... no importa.

Al instante intuí que deseaba preguntarme.

—¿Querías hablarme de Félix? ¿O tal vez de la familia Brent?

Oí como a Darién detrás de mí se le caía un cubierto, lo miré asustada pero seguía dándome la espalda con una clara tensión sobre su cuerpo, y me arrepentí de haber nombrado a Félix en voz alta porque lo había oído con claridad al estar la puerta abierta. *Mierda*.

—¿Has recordado algo? —parecía esperanzada, casi podía verla al borde de la emoción con las lágrimas.

Apreté los labios intentando sosegar mi corazón desolado.

—No. Lo siento mamá.

Suspiró con pesar.

—Más lo siento yo. Que padezcas esa amnesia incurable.

—He oído hablar de él y de su familia. Pero se fueron de Irlanda.

—Lo sé. Tu padre y yo intentamos contactar con ellos pero fue demasiado tarde. Ya no vivían ahí. Y nadie supo donde se fueron. Eran nuestros vecinos y amigos del alma. Vivíamos a un kilómetro escaso de ellos... —me hablaba con tanta emoción que partió mi corazón en dos.

Cerré los ojos mortificada negándome a llorar, y faltándome el aire de mis pulmones.

—Por favor, mamá —le supliqué.

—Ay, hija lo siento —su voz se quebró aterrada—. No me había dado cuenta. Lo siento. Lo siento. Sé que no deseas saber nada.

—Tranquila. Entiendo que deseas hablarme de ello. Pero no puedo.

—Lo sé, cariño. Solo llamaba para saber cómo estabas, para felicitarte y mandarte miles de besos y achuchones. Espero que te llegue.

—Ya me ha llegado, mamá —me quitó rápida una lágrima.

Casi podía sentir su cálido abrazo si cerraba los ojos y me dejaba llevar por la imaginación.

—Te quiero mucho, cariño. Si te sientes sola, solo dímelo. Porque estaré dispuesta a estar ahí contigo. ¿Sabes?, echo de menos ese lugar. Irlanda es un lugar mágico y enigmático.

—Tienes razón —miré a mi alrededor con admiración—. Yo también te quiero. Y no te preocupes. En realidad necesitaba esto.

—Lo sé. Adiós, cariño.

—Adiós, mamá.

Colgué, dejando el iPhone contra mi pecho conteniendo un sollozo, y dejando mi mirada en la espesa vegetación.

Si no nos hubiéramos marchado de Irlanda... ¿hubiera perdido la memoria?



## Su familia

Nunca sabría la respuesta. Tardé unos pocos segundos en sobreponerme, para que Darién no notara mi estado de melancolía. Si yo hubiera querido, mamá me habría podido contar todo sobre Félix, pero no me sentía preparada para ello.

Saqué una sonrisa entrando y cerrando la puerta detrás de mí. Darién me daba la espalda. Echó dos cucharadas de café en las tazas a la vez que estaba pendiente de la tostadora, tamborileando los dedos sobre la encimera. Mordí mi labio inferior, lasciva, al ver que se comportaba como un hombre casado que le preparaba el desayuno a su mujer para complacerla. Suspiré para mis adentros. *Más quisieras estar casada con él.* Pensé. Cogí la mermelada de fresa del frigorífico dejándola sobre la mesa.

— ¿Te ha hablado de él? —saltó de repente con un tono duro.

Me quedé alarmada, apretando el tarro de la mermelada en mi mano. Sin ni siquiera nombrarlo, sabía que se refería a Félix. Me aclaré la garganta.

—Sí. Pero no la he dejado hablar. No quiero que me hable de él. Yo deseo recordarlo por mi cuenta. Si es que algún día puedo hacerlo. Ya es doloroso no saber qué papel interpretaba en mi vida cien por cien.

En ese momento las tostadas saltaron del tostador. Y las cogí con las puntas de los dedos, dejándolas apresurada sobre la mesa al estar quemando, y las fui untando de mermelada sumida en mis pensamientos. Darién caminó unos pasos sumamente callado y se posicionó detrás de mí.

—Adalia.

—¿Sí? —volví mi rostro hacia el suyo inquieto.

—Si tuvieras a Félix delante. ¿Qué le dirías?

Intenté no amargar mi expresión imaginando a un Félix sin rostro delante de mí, miré para los lados cogiendo esa pequeña valentía que no sabía de donde me salía. Darién esperaba cauto y me quedé frente a él mirándonos sin apenas pestañear.

—¿Por qué me abandonaste?

Mi voz se quebró rota y con ella el silencio se hizo inminente entre los dos. En ese momento percibí en su rostro un deje de dolor, como si algo en su interior se quebrara sin poder a tiempo detenerlo. Me arrepentí de lo que mi corazón había obligado a que hablara. Darién no tenía la culpa de todas mis dudas sobre Félix. ¿Por qué le habría mirado a los ojos como si lo fuera?

—Lo siento, yo no... —enterré nerviosa una mano en mi pelo, sintiendo mi corazón desbocado—. ¿Por qué me lo has preguntado?

—Lo siento yo también —dijo cabizbajo—. Solo quería saberlo para cuando lo tengas delante. Porque lo encontraré. Y quiero que estés preparada.

Lo miré extrañada. Abrí la boca para preguntarle a qué venía esa férrea decisión, como si ahora su *objetivo* fuera ese y llegaría hasta el final sin detenerse, pero a destiempo su móvil sonó dejándome con ganas de preguntárselo. Me volví hacia otra parte algo cabreada de que nos irrumpieran, cruzándome de brazos.

Miró con un ceño fruncido el nombre que figuraría en la pantalla, y se movió unos pasos descolgando.

—¿Mamá, qué ocurre?

Mi enojo disminuyó al oír que era su madre.

A los pocos segundos la cara de Darién se transformó en horror.

—¡¡Qué!!

Me asustó haciéndome brincar por su alterada voz.

—Dios... no —cerró los ojos dolido tocándose la cabeza—. ¿Dónde estáis?, ¿en qué hospital?

¿Hospital? Oh no, cuando uno hablaba de hospitales todo era malo. Estuve atenta a su rostro lleno de angustia.

—Sí, sí me acuerdo, se dónde está. No, voy para allá.

Colgó agitado y temblándole el pulso, se miró un momento y exclamó una maldición al verse en pijama.

—¿Darién, qué pasa?

Me miró angustiado como si fuera un niño asustado, y eso apretujó mi corazón con ganas de abrazarlo para que se le pasara.

—Mi padre acaba de sufrir su segundo infarto. Está en el hospital.

—Oh, Dios mío —me tapé la boca espantada.

—Adalia, tengo que ir —parecía apurado de dejarme.

—Claro, pero voy contigo.

Mi respuesta le asombró quedándose paralizado, y sin dejar de mirarme pasando más de una emoción por su rostro. Pareció indeciso de aceptar que fuera con él. *Por favor, no dudes, déjame ir contigo.* Supliqué por dentro.

—Darién, quiero estar a tu lado en este momento, por favor no me importa que tengamos que viajar.

Estuvo inseguro unos segundos más, con la mirada perdida. ¿Por qué se lo pensaría tanto? ¿Acaso no me quería a su lado? ¿No significaba nada para él?

—Está bien —alegró a mi corazón con esa respuesta, soltando un suspiro de alivio—. Tenemos que vestirnos.

Fuimos saliendo de la cocina.

—Voy hacer otra llamada —me indicó con apuro mientras yo subía las escaleras y él se quedaba en el recibidor.

¿Cómo la vida podía hacer tambalear tu mundo en un segundo? Solo quería estar a su lado por si... Sacudí ese pensamiento oscuro y atroz de mi cabeza. No, su padre se recuperaría y saldría de ésta. En verdad no lo conocía, pero no quería que ningún *mal* perjudicara la vida de Darién.

Entré a mi habitación y fui directa al vestidor vistiéndome con demasiada prisa, cogí apresurada unos informales jeans y una sudadera gris. Fui hasta mi tocador echándome un poco de maquillaje sobre el rostro, para que no se notara nada el leve hematoma de la mejilla. Metí en mi bolso todo lo imprescindible. Cuando estuve lista, bajé por las escaleras hacia el recibidor observando que Darién aún hablaba por su móvil, moviéndose de un lado hacia otro.

—Por favor, hacedme caso es importante para mí, ya me encargaré yo de ese tema —desvió su mirada al verme—, tengo que colgar.

Bajé apresurada los últimos escalones.

—¿Has pedido los billetes de avión? Me dijiste que vivían en Inglaterra.

—Sí. Pero no los necesitamos. Mi amigo Aiden me dejó su Jet privado. Voy a vestirme.

Fue subiendo de dos en dos los escalones y no dejé de mirarlo. Era increíble que Aiden tuviera un Jet, ¿pero por qué se lo dejaría a Darién? ¿Con qué propósito?

Llegamos a un aeropuerto privado y embarcamos rápidamente con rumbo a Inglaterra. Me preocupaba lo angustiado que estaba Darién a mi lado en el asiento, no dejaba de mirar su reloj cada pocos segundos deseando llegar al hospital donde tenían a su padre.

Dejé mi mano sobre la suya, entrelazando nuestros dedos, y me miró con sus ojos rasgados de preocupación.

—Estoy aquí.

Torció una pequeña sonrisa.

—Doy gracias de que estés aquí —se llevó mi mano a su boca besándola—. No sabría que hacer sin ti. Él no se merece esto. No se lo merece.

—Seguro que es un hombre fuerte. No te preocupes.

Apretó mi mano con calidez intentando hallar esa tranquilidad que necesitaba.

—¿Cuándo tuvo su primer infarto?

—Hace años. Cuando vio que el mundo se le echaba encima. Y decidió consumirse en una oscuridad que ni yo, ni mi madre y mi hermana pudimos sacarle.

No entendí con exactitud que le ocurrió verdaderamente, pero debió de ser algo muy *grave* que afectó a su familia. Y sobre todo a él.

—¿Ellos saben qué hacías? —me referí a su antiguo trabajo.

—Sí.



Fue lo único que me dijo pero sin apenas mirarme.

—¿Y saben que voy contigo?

—Sí.

—¿Y qué pensarán de mí? Creerán que soy una perversa o que hago esto con frecuencia. ¿Cómo voy a mirarles a la cara? —enterré mi rostro entre mis manos.

Tal vez después de todo, no había sido una buena idea insistirle a Darién para acompañarle, en estos momentos tan cruciales para él. Pero yo quería estar a su lado y darle todo mi apoyo y mi cariño. Sentí como cogía una de mis manos, llevándosela a los labios para besarla, sonriendo.

—Puede que te lleves una sorpresa.

—No te entiendo —fruncí el ceño.

—Pero yo sí.

Le puse mala cara.

—Entonces. ¿Puedo considerarme tu chica? —le pregunte con valentía.

Su mirada directa me produjo un nudo en el estómago. Los segundos parecían eternos para que me contestara, dejando nuestras miradas unidas. La melodía de mi móvil me sobresaltó sacándolo de mi bolso, y oí un suspiro de Darién girando su rostro hacia la ventanilla.

Me quedé en un parámetro de incompreensión. Había tardado lo suficiente para decirme *si* o *no*. ¿Qué significaba yo para Darién? No. En realidad tenía que preguntarme que éramos.

—Es mi hermano —le avisé con incomodidad levantándome y caminando hacia otro asiento.

Max solo me llamó para felicitarme. Me emocionó su llamada e intenté que mi «*gracias*» fuera lo más bajito posible. Antes de volver a mi asiento, me llamó Carla para también felicitarme. Deseaba contarle tantas cosas, pero no era el momento adecuado. La verdad es que este cumpleaños se estaba volviendo muy particular. Y era mejor no decirle nada a Darién. Con el infarto que había sufrido su padre, mi cumpleaños no era para nada importante.

Estaba claro que tenía que enfrentarme a su madre, la cual en cuanto me viese, me repudiaría y me echaría una de esas miradas que si pudiera, me mataría por estar con su hijo y pagarle por los placeres que él me satisfacía sexualmente. Pero podía jurar ante todos los dioses, que ni se me pasó ofrecerle dinero a Darién a cambio de sus servicios. Jamás. La verdad... ahora que me detenía a pensarlo. ¿Por qué Darién nunca sacó esa parte tan importante cuando era gigoló?

Los nervios se enterraron en mi estómago. Hasta este momento, Darién y yo no habíamos hablado acerca de ello, de qué haríamos con lo *nuestro*. Yo estaba dispuesta a estar con él, sin importarme cual fue su anterior trabajo. Si no fuese porque esa noche me salvó frente al *Club Seducción* y lo conocí, no sabría ahora de qué manera estaría llevando mi vida *marcada* a partir de esa noche.

Y su hermana... no quería imaginar lo que me haría su hermana. Me entraban escalofríos de solo imaginarlo.

*¡Madre mía y si su padre me ve y le da otro ataque!* Pensé en mi fuero interno.

Suspiré pesadamente con tensión.

Él podía estar tranquilo, pero yo no. Ni siquiera sabía si estábamos juntos como pareja o amantes... Pensar me volvía loca, él me volvía loca desde que lo había conocido.

Una vez que llegamos a Londres, el taxi aparcó en la entrada de un hospital privado del que no me dio tiempo ver el nombre, y casi tuve que correr para ir al compás de Darién aunque fuéramos agarrados de la mano. Le pregunté en qué habitación estaba su padre y me respondió que en la 402. Entramos al ascensor y le dio varias veces al botón hecho un manojito de nervios para que se cerraran las puertas, pegando pequeños gruñidos, porque cada segundo para él era un *infierno*. Lo miré abatida al ver su exasperación y su dolor, y supe al instante que me necesitaba. Fue algo que *dictó* mi corazón como si lo conociera desde *siempre*. Le di la vuelta para abrazarlo mientras las puertas se cerraban. Y estuvimos todo el trayecto del ascensor abrazados, enterrando Darién su rostro en mi pelo, mientras yo me relajaba escuchando su acompasado corazón. Me alegraba que mi abrazo lo ayudara y que al menos

despejara su intranquilidad un poco. Ojalá que este dolor que ahora mismo estaba sintiendo él... desapareciera, ojalá que yo pudiese remover cielo y tierra para que simplemente su vida fuese más feliz y tranquila. Siempre observándole esa sonrisa de niño bueno que tenía.

Mordisqueé mi labio inferior, temblando. Antes de que el ascensor se detuviera en la cuarta planta, Darién se volvió hacia mí cogiendo mi rostro.

—No te pasará nada. No pienses que te van a comer porque estás conmigo. Estoy a tu lado y nada te va a pasar.

Por un momento mi temblor desapareció y me hizo sonreír. Como siempre adivinando mis pensamientos.

Las puertas se abrieron y cruzamos unos cuantos pasillos, mirando Darién apresurado los números de las puertas. En cuanto lanzó un suspiro, identifiqué que iba dirigido hacia dos personas que había visualizado. Eran dos mujeres a unos veinte metros de nosotros vestidas con unos vestidos de tonos claros. ¿Serían ellas?

La más joven, que tendría unos veintidós o veintitrés años se mesaba su cabello castaño oscuro, recogido en una trenza casi desecha que le llegaba a la mitad de la espalda. Su rostro estaba sumido en el dolor perpetuo. La otra mujer pelirroja que aparentaba unos cincuenta años, enterraba su rostro en un pañuelo llorando sin consuelo.

Con nuestras manos entrelazadas, me escondí detrás de él espantada, al ver que estábamos más cerca de ellas. Darién sin avisarme, me soltó la mano abriendo los brazos hacia su madre y me quedé quieta sin apenas moverme.

—Mamá, Ashelia.

Las dos lo miraron con rapidez al oírle.

—Hijo —lo abrazó con desesperación su madre.

Pero ella no perdió el detalle de su rostro y lo miró preocupada.

—¿Qué te ha ocurrido? —le tocó la ceja y el labio.

—No es nada —dijo él negando con la cabeza.

Su hermana se quitó una lágrima que recorría su mejilla, sonriéndole con tristeza.

—Hermanito —dijo ahogada dándole a Darién un fuerte abrazo.

En estos momentos me sentía desplazada, al ser una desconocida entre ellos tres. Podía pasar perfectamente desapercibida como si fuera una paciente que caminaba por los pasillos.

—¿Cómo sigue? —expresó él angustiado.

—Ahora mismo el doctor está dentro para ver su evolución. Él dice que está bien, pero... —se ahogó en su llanto su madre, abrazándola de nuevo Darién al ver que no podía seguir.

Ashelia alzó las manos para tapar sus labios y no seguir gimiendo al percibir tanto dolor. Noté un pinchazo agudo recorriéndome todo mi cuerpo, cuando su madre me mandó la primera mirada verdosa desde el abrazo de su hijo.

*Mierda, mierda, mierda.*

Observó un momento a su hijo a los ojos, y pareció que ambos se hablaran con la mirada. Vi un asentimiento de cabeza por parte de Darién, asomando una pequeña sonrisa en sus labios. Y ella volvió a mirarme quitándose con el pañuelo que tenía en sus manos, las lágrimas de sus ojos que se denotaban sufridos por lo acontecido. Se alejó de su hijo y vino hacia mí sin vacilación.

Tensé todo mi cuerpo. Ahora sí que estaba literalmente muerta. Me armaría el peor escándalo, insultándome de todas las formas posibles, y yo como una verdadera tonta me dejaría. A medida que se acercaba, las comisuras de sus labios se torcieron sorprendiéndome de que fuese al nivel de una sonrisa agraciada y dulce. ¿Sería una estrategia para cogerme de los pelos?

Aguanté la respiración.

Cuando la tuve solo a un metro, se detuvo mirando cada parte de mi rostro como si me inspeccionase y no creyera lo que vería de mí. Tragué saliva quedándome como una estatua y esperando cautelosa su siguiente movimiento. Claro, quería grabar en su mente la cliente que se acostaba con su hijo para repudiarme el resto de su vida. ¡Pero él ya no era gigoló!

—Adalia.

Me quedé impactada que de pronto sus brazos me abrazaran contra ella,

sintiendo su confortable cariño hacia mí. Le envié una mirada indecisa a Darién, que nos miraba con un toque de emoción. Sin embargo, su hermana estaba de brazos cruzados sin apenas sonreír. Él me indicó con un gesto que recibiera su brazo. Ni me había dado cuenta de que no lo había hecho. Me había quedado en shock. Rodeé mis brazos alrededor de su espalda, soltando el aire acumulado en mis pulmones.

Llevaba todo el camino matándome la cabeza histéricamente al lucubrarme que su madre me repudiaría. Y ahora me encontraba con esto, con su madre recibéndome con un cálido abrazo como si me conociera de toda la *vida*.

—¿Está bien, señora? —le dije con amabilidad y preocupada, porque comenzaba de nuevo a llorar.

Me sonrió desde el dolor echándose unos pasos hacia atrás para mirarme.

—Nada de señora, soy Kyra —se llevó el pañuelo a los ojos.

Le sonreí con timidez asintiendo.

—¿Y cómo sabes mi nombre? —le pregunté desconcertada.

Kyra giró su rostro para mirar a su hijo.

—Porque yo se lo dije —señaló Darién con rapidez—, la llamé antes de que saliéramos de la mansión y le dije que vendrías conmigo.

Asentí recordando esa llamada. Entonces cuando él estaba en el recibidor hablando por su móvil, era especialmente con su madre.

—¡Guau eres tú! —me llevé otra gran sorpresa cuando Ashelia se abalanzó hacia mí, abrazándome tan eufórica.

Kyra y Darién se mandaron una mirada de aprensión. Y solté una pequeña risa mientras abrazaba a su hermana, de la que no me esperaba este abrazo tan emotivo.

—Y pensar que nunca...

—¡Ashelia! —le puso atención Darién con un tono inflexible.

Ella lo miró sorprendida, pero luego asintió cerrando los ojos como si recordara algo dándose unos golpecitos en la cabeza.

—Perdona, no quería abrazarte de ese modo y que te asustaras, es que soy

un poco eufórica —me confesó muy animada a mi lado.

—¿Un poco? —le dijo incrédulo Darién.

—No importa —aseguré muy cómoda.

Esto era de película, ¿o lo estaba soñando? Su madre y su hermana me aceptaban o estaba montándome una paranoia yo misma en la que ahora mismo despertaría, y estaríamos aún de camino al hospital. Pero me sentía un poco intimidada, pues desde que Kyra me había abrazado, no me dejaba de mirar con regocijo por algo que particularmente ahora mismo no captaba.

La puerta de la habitación 402 se abrió, y de ella salió un hombre de unos treinta y pico años muy apuesto, alto y de ojos verdes.

—¿Doctor, cómo sigue? —se aproximó Kyra a él esperando noticias positivas.

Me puse al lado de Darién, atenta. El doctor parpadeó unas pocas veces mirando su carpeta y levantando unas hojas para mirar los informes médicos.

—Se recuperará. Es un hombre fuerte.

Los cuatro nos alegramos satisfactoriamente de oír eso.

—Pero debe guardar absoluto reposo, ha sufrido un pequeño episodio pero con un tercer infarto no sobrevivirá, su corazón ha sufrido mucho. Estará en observación aquí dos días más.

—¿Podemos estar con él? —le preguntó Ashelia dejando sus ojos por la cristalera que daba hacia la habitación.

—Claro. Él se alegrará de veros. Pero que no se agite mucho.

Cuando comenzó a alejarse, su mirada se topó con la mía quedándose extrañado unos segundos en los que permaneció quieto, y me sonrió con amabilidad. Darién nos miró a ambos muy serio, y me cogió de la mano entrelazando nuestros dedos sin que pudiera prever ese gesto, que me dejó sorprendida de su comportamiento. El doctor le dedicó un asentimiento de cabeza a él, al ver ese gesto tan claro.

—Señorita —me dedicó a mí cortésmente con otro gesto de cabeza marchándose.

—Vamos, vamos a verle —saltó con emoción Ashelia agarrando los brazos de su madre.

Ella asintió y abrieron la puerta entrando.

—¿Vienes? —me preguntó Darién a mi lado con un tono que denotaba frío.

—Oh no, eso es algo ya muy personal, me quedo aquí.

Se quedó unos segundos mirándome con una cierta desconfianza, y también mirando el pasillo por donde se había marchado ese doctor.

—¿Por qué quieres quedarte fuera?

—Ya te lo he dicho, es algo muy personal entre tú y tu familia. ¿Qué pinto yo ahí dentro?

—No me fio de dejarte aquí fuera —dijo entre dientes.

—¿Qué? —me quedé a cuadros por verlo tan irritado.

—Ese doctor te comía con los ojos, mira porque estaban mi madre y mi hermana delante que si no... —puso una mano sobre su boca repasándola con gesto malhumorado.

—¿De qué mirada hablas? De verdad Darién, no te entiendo, solo ha sido cortés. No tiene nada de malo.

Él soltó una pequeña risa incrédula.

—Qué casualidad que tú nunca veas nada malo.

Entrecerré los ojos con enfado. ¿Qué le ocurría? ¿Me atacaba de estar forma porque ese doctor fue amable conmigo? *Contrólate Adalia, no es momento para ponerte furiosa.* Pensé calmándome.

—Mira, voy a entrar porque si no...

Pasé por su lado irritada entrando a la habitación. Si seguía fuera con él, discutiríamos y en este momento lo más importante era la salud de su padre, y no que un doctor (si fuera cierto) quisiera ligar conmigo, rechazándolo yo en todo caso. Darién se puso al lado de su hermana y su madre, enviándome la última mirada malhumorada y negando yo en un gesto su actitud tan fría conmigo. Después dirigió su mirada a su padre, y sonrió tranquilo de verle bien.

Yo estuve apartada, cerca de un sofá de cuero observando a ellos cuatro.

—Hey, papá —lo llamó Ashelia acongojada.

—Daniel —le acarició el rostro Kyra llegando hasta unos mechones castaños que apartó de su frente, sumergida en el sufrimiento de verlo tendido en una cama.

Daniel poco a poco fue abriendo los ojos de un tono color café, con un rostro demacrado. Se veía el sufrimiento reflejado en su cara, y todo lo que había padecido tras el infarto. Intentó quitarse la mascarilla de su boca que al parecer le agobiaba.

—No papá, no lo hagas —le puso Darién una mano sobre la suya.

Daniel lo miró lentamente abriendo los ojos con síntoma de sorpresa.

—Hijo —dijo detrás de la mascarilla y levantándole una mano con emoción.

Darién se la cogió asintiendo con la cabeza. Daniel levantó la otra mano para acariciar el rostro tormentoso de su esposa, que ahora lloraba más, sin poder detener las lágrimas. Y también acarició el de su hija al verla también sufrir, mostrándole que estaba bien.

Llevé una mano hacia mi boca tapando el gemido que casi se me escapaba y el que haría que llorara como una *condenada*, al ser tan conmovedor verlos a ellos cuatro, y sintiéndome impulsada a acercarme a ellos y unirme. Extrañándome que mi corazón pidiese eso de una *familia* que apenas conocía.

—Estoy bien, no preocuparse. Estoy hecho un roble —les sonrió desde la mascarilla.

Ellos tres se rieron por el humor optimista de Daniel.

—Aunque así sea, el doctor ha dicho que te quedarás dos días más en observación —le informó Kyra sonriéndole.

—Médicos —puso los ojos en blanco y pareció repudiarlos por el modo en que lo había dicho.

—Descansa papá, lo necesitas —le aconsejó Ashelia dándole un beso en la frente.



Daniel asintió entornando los ojos.

Antes de quedarse dormido, desvió su mirada hacia mí inocentemente con los ojos casi cerrados. No me moví, pensando que se quedaría dormido antes de observarme mejor y con más claridad. Susurró algo nada audible detrás de la mascarilla, abriendo los ojos, impresionado. Contempló con estupor a su familia, y Darién en ese instante huyó de la mirada de su padre dejándola sobre el suelo. Eso me extrañó. ¿Por qué Darién huía de la mirada de su padre como si algo le remordiera?

Kyra acarició el rostro de su esposo, expresándole algo entre susurros que no logré escuchar, y al cabo de un minuto se quedó profundamente dormido, sin apenas entender por qué una inquietud lo había removido tanto cuando me había mirado.

A medida que avanzaba el día, Darién les insistió varias veces a Kyra y Ashe que se fueran a descansar. Hasta conseguir su objetivo.

—Tú también deberías marcharte con ellas —me aconsejó en un susurro Darién, observando a su padre que dormía.

Yo también giré mis ojos hacia su padre, intranquila. Ya no tenía la mascarilla. Había tenido una lucha intensa de palabras con su médico, porque ya no deseaba la mascarilla sobre su boca. Aunque ahora no lo pareciera, Daniel era un hueso duro de roer, y nadie podía llevarle la contraria.

—No, yo me quedo contigo acompañándote.

—Entonces nosotras si nos retiramos a tu insistencia —le señaló con un dedo Kyra a su hijo dándole un beso en la mejilla. Éste le sonrió, y también le dio un beso a su hermana susurrándole algo en el oído que no logré escuchar.

—Adalia, me alegro mucho haberte conocido. Aunque haya sido en esta circunstancia —me volvió abrazar con afecto, Kyra.

—No importa. Yo también me alegro.

Ashelia me mandó un saludo a lo lejos, abriendo la puerta de la habitación, y ambas se marcharon cerrando la puerta.

Solté un suspiro.

—Vaya, pensé que me comerían.

Darién se rio por lo bajo cogiéndome por la cintura y plantándome un beso en el cuello.

—Te dije que te llevarías una sorpresa.

—Y aún la estoy asimilando.

—Ven —me cogió de la mano llevándome con él.

Se sentó en el sofá y yo lo hice a su lado, pero hice una mueca al sentir tan helado el sofá negro de cuero. Sin esperarlo, las manos de Darién rodearon mi cintura para ponerme en su regazo, pasando de un frío molesto, a un calor confortante que emanaba de su cuerpo y que por nada del mundo cambiaba.

Le sonreí como una boba besando sus labios que los necesitaba tanto.

—¿A qué ya no estás celoso de ese doctor? Hum —le dije en plan broma.

Él me puso mala cara, pero tenía una expresión divertida que me tranquilizaba.

—De ese doctor ya me encargaré luego.

—Oh, Dios. No lo retarás a duelo, ¿verdad? No me deshonres de esa manera —dije poniendo una mano en mi corazón en plan teatrera intentando aguantar la risa.

—Ja-ja —expresó con un tono hosco sin pizca de gracia. No le gustaba ni un pelo que siguiera tomándomelo a broma. Pero es que era ridículo, que tuviera celos de alguien que no me interesaba en lo absoluto—. Duerme, has estado toda la mañana atenta a mi padre, y todo por estar aquí conmigo y no es nada justo —sus brazos me estrecharon más contra él con ternura, cobijando mi rostro bajo su cuello.

Besé su garganta.

—Quería estar a tu lado.

Ardió en mí decirle un montón de palabras más para hacerle sentir mejor, para sacar a ese chico lleno de chispa y alegría que yo conocía, porque no me gustaba verle torturado y lleno de temores. Pero estaba indecisa de expresarle esas palabras que tocaban lo romántico, y alejarlo de mí por mi odiosa

imprudencia. Porque lo que necesitaba saber primero, era que haríamos sobre nosotros. ¿Éramos o no éramos pareja? Si lo éramos, estaba dispuesta a dar todos esos pasos que me detenían al sentirme en el *precipicio* de la indecisión.

—Y te lo agradezco, porque te necesitaba aquí conmigo.

Sonreí acobijándome más entre su pecho, cayéndose mis parpados al verme el sueño.

—¿Cuántos años tiene tu padre? —bostecé adormilada.

—Cincuenta y cuatro.

*Igual que mi padre*, quise comentarle, pero no lo creí conveniente porque no era una situación para ponerme con temas sobre mi familia.

—Lo siento mucho, Darién. Eres demasiado bueno para que te sucedan cosas malas.

Besó mi frente acariciándome el rostro con una dulzura que me adormilaba por momentos.

—Duerme, banphrionsa.

Cuando desperté, ya no me encontraba refugiada entre los brazos de Darién, sino sola en el sofá de cuero y con una pequeña manta sobre mí. Parpadeé unas pocas veces hacia la ventana, observando que aún era de día. Estiré mis músculos agarrotados, si seguía en este sofá más tiempo, me dejaría la espalda en él. Ladeando el rostro a la vez que bostezaba, me encontré de frente con Ashelia, mirándome como una niña curiosa. Sus ojos verdes brillaban.

Me levanté del sofá bruscamente, sentándome más recta que un palo al encontrármela de repente.

—Perdona, no quería despertarte —se disculpó haciéndome un gesto avergonzada.

—No, tranquila, no lo has hecho —mostré una sonrisa.

Soltando un bostezo, contemplé que la cama estaba vacía, sin Daniel. Mi corazón se aceleró deprisa.

—¡Y tu padre! —señalé con el terror arremolinándose en mi interior.

Ella deslumbró una sonrisa desconcertante para este momento crucial.

—Se aburría de estar en la cama como testarudo que es, y mi madre se lo ha llevado a dar una vuelta por los pasillos.

Toqué mi cuello por detrás poniéndome de pie y luego volviendo a sentarme.

—¿Dónde está, Darién?

—En la cafetería.

Su incesante mirada sobre mí me desconcertaba, mostrando un rostro amable y sonriente.

—¿Qué ocurre, tengo mal algo? —me toqué el rostro con rubor.

*Oh, Dios mío.* ¿Tendría el pelo revuelto, se me había caído la baba sobre mi sudadera o tenía mis ojos tan hinchados de haber dormido? ¿Por qué me miraba con tanta profundidad?

—Oh no, solo te observaba para sacar conclusiones.

Asentí suspirando sin parpadear al ver su indirecta.

—¿Y bien? —quise saber curiosa.

—No sé —se encogió de hombros sin más—, te creía distinta, engreída... por las palabras de mi hermano.

—¿Perdón? —parpadeé atónita.

—¡Ashelia!

Se oyó una voz detrás de ella.

Aguanté respirar al ver quién entraba a la habitación.

Daniel aún llevaba la bata del hospital y fue arrastrando sus pies apoyado en el cuerpo de su mujer, al estar todavía un poco débil, y levantó del todo su mirada para chocar con la mía e hizo que me levantara del sofá automáticamente.

—Ashe, hija, no trates así a la señorita Adalia —le seguía reprendiendo su padre Daniel cuando ésta se puso a su lado.

Kyra negaba con la cabeza por los modales tan expresivos de su hija. Pero

la verdad es que a mi Ashelia me había caído muy bien desde un principio. Salvo que ahora, deseaba saber por qué ella me había dicho que Darién decía que yo era una engreída.

Caminé hacia ellos con una sonrisa amable.

—No se preocupe señor Daniel, y puede llamarme solo Adalia. Me agrada mucho que me tutee.

Él volvió a mirarme con ojos de curiosidad.

—Entonces tú debes llamarme solo Daniel y también tutearme. Será un trato muy justo.

Asentí con la cabeza.

Ellos tres en silencio no cesaron de mirarme, sin sacar ni un tema de conversación para amenizar el momento. Me crucé de brazos nerviosa mostrando siempre una sonrisa. *Pero que le pasa a esta familia. ¿Por qué me miran todos con tanta curiosidad?* Pensé ruborizada. En los pocos segundos que los cuatro nos quedamos en silencio, siendo algo incómodo, porque sus miradas no se despegaban de mí, entró Darién alegrándose de que irrumpiera ese silencio que estaba matando a mi corazón.

—¿Qué ocurre?

—Nada —saltó la primera Ashelia evitando mirarle.

Él la miró algo receloso y después paseó su mirada para todos terminando en mí, y cautivándome que me sonriera. Pero antes de que él pudiese hablar, lo hizo Daniel, quien no me quitaba la mirada.

—Adalia, ¿después puedo hablar contigo?

Darién se quedó mirándonos a los dos con una expresión alarmante y suspicaz.

—Claro, no hay problema —expresé con el ceño fruncido mirando a Darién.

—Tú, quiero hablar contigo. Ahora —le señaló estricto Darién a Ashelia.

Ésta puso los ojos en blanco suspirando y marchando detrás de él que parecía cabreado. Pero la verdad... no sabía por qué.

Kyra y Daniel se miraron algo cortantes.

—Cosas de hermanos —me alegó para mi tranquilidad Kyra.

¿Por qué sentía que no se trataba de un asunto de hermanos, por la forma tan dura de Darién al dirigirse hacia su hermana? Kyra ayudó a Daniel a volver a la cama.

—Oye, que no soy un niño —le decía él cansado de sus cuidados.

—Para mí sí... ay que rico —le cogió de los mofletes Kyra como si fuese un bebé.

Sonreí observando que su unión como matrimonio estaba intacta. Que parecía que con los años su *amor* era más inquebrantable. Apenas los conocía y ya los sentía parte de mí, como si algo en mi interior me avisara, de que ellos eran mucho más para mí de lo que creía. Pero por el momento, no sabía cómo interpretar ese sentimiento nuevo que me *abrazaba* el corazón. ¿Yo llegaré algún día a estar así con Darién? Ese pensamiento traspasó mi corazón, debilitándome. *No creo*. Pensó mi lado razonable.

—Disculpad.

Salí de la habitación con la cabeza agachada, no soportando esa nostalgia que me había *atrapado* de verlos tan unidos y felices. Cruzándome de brazos, proseguí mis pasos por el pasillo consumida en mis pensamientos. Yo también tenía suerte de que mis padres siguieran unidos y amándose. Y me alegraba de que su amor siguiera perdurando como el primer día. Pero... ¿y si a mí no me ocurría lo mismo? ¿Y si en mi camino solo había soledad, tristeza y dolor? El dolor de saber que Darién tarde o temprano se marcharía de mi lado, y que yo seguiría amándolo hasta el último día de mi vida. ¿Ese era mi destino? ¿Haberme enamorado y no ser correspondida?

Suspiré con melancolía.

Busqué a Darién y Ashelia, pero no los encontré por ninguna parte de la cuarta planta. Estaba completamente segura de que Darién tenía un enorme cabreo con su hermana, y no entendía por qué. Recordé que Daniel me había pedido hablar conmigo, y me dispuse a volver a la habitación media hora después de estar buscándolos.

Kyra salió de la habitación y al verme me sonrió con dulzura.

—Te espera.

—Gracias —asentí viendo cómo se iba por el pasillo.

Inspiré aire sin soltarlo. *Tranquila, si no te han comido su madre y su hermana, ¿por qué entonces tendría que hacerlo su padre? ¿Pero y si era así? ¿Y si quería hablar conmigo para decirme que me alejara de su hijo?* Tragué saliva con un nudo en el estómago. Por segundos, estuve indecisa de entrar, pero me armé de valor recordándome aguantar la respiración.





## El tren de nuestros sueños

Entré observando a Daniel relajado en la cama viendo la televisión que estaba colgada de la pared. Tenía mejor aspecto y me alegraba, sobre todo por Darién. Haría cualquier cosa por él. Ojalá tuviera el *poder* suficiente para quitarle de su rostro el dolor y el tormento que arrastraba desde que lo conocí aquella noche que me salvó, frente a su antiguo trabajo. Sin mirarme, apagó la televisión desde el mando a distancia, notando mi presencia. Que el corazón se me iba a salir por la boca, se convertiría en un hecho en unos pocos segundos. Porque no sabía de qué deseaba hablar conmigo sino nos conocíamos de nada.

—Usted dirá.

Enarcó una ceja, y lo pillé, cerrando los ojos bajo un suspiro.

—Lo siento, Daniel —me corregí a tiempo haciendo una mueca.

—Eso está mejor. ¿Siempre has sido tan cortés con las personas?

—Sí. Siempre he sido así. No creo que haya sido descortés con nadie en la vida.

*¡Ja!* No entendía por qué se reía una parte de mí.

Su risa me acarició un sentimiento *dormido*, y un fugaz recuerdo pasó por mi mente de cuatro personas en Muckcross-Knightley House. Reconocí a mis padres, pero no a los otros dos que el sol les hacía una enorme sombra obstaculización mi visión. Apreté las manos inquietándome ese *recuerdo* e intentando no mostrarlo por fuera, ya tenía bastante Daniel para que ahora a mí me diera por ponerme nerviosa, y todo por un recuerdo tan borroso como los anteriores.

—¿Estás saliendo con mi hijo?

Fue tan directo como un rayo cuando caía y fulminaba a un inocente árbol. Estaba claro que no quería andarse por las ramas.

—Oh... eh... yo —me toqué la cabeza nerviosa.

Sonrió sacudiendo la cabeza.

—Lo tomaré como respuesta afirmativa, tranquila.

—No entiendo por qué me lo has preguntado —dije frunciendo el ceño.

—Porque sé que eres la mujer indicada para él, lo sé... —se detuvo con una mirada nostálgica que dirigió hacia la ventana—. Créeme si te digo que contigo es diferente.

—Yo lo amo —suspiré cerrando un momento los ojos ante esa confesión inesperada por mi parte—. Pero yo no creo que él esté enamorado de mí.

—¿Y por qué no? ¿Te lo ha dicho?

—No me lo ha demostrado que es casi lo mismo.

¿O si lo había hecho?

—Darién siempre fue un chico que le costaba expresar sus sentimientos y emociones, bueno, solo era libre de expresarlo todo con una persona en concreto.

*Claro que sí, con esa tal Kisa que lo ha dejado así, tan desconfiado y frío en el amor. Pensé con rabia pero no manifestándola por fuera.*

—Por mi culpa él pasó una etapa en su vida que jamás me perdonaré. Si yo estuve sumido en una oscuridad, sin darme cuenta también arrastré a mi hijo conmigo. Apagándolo día tras día. Nada ha podido arrancarle una sonrisa... pero contigo todo ha cambiado. Lo he visto en su mirada. Un padre sabe esas cosas. Eres la indicada. Pase lo que pase no te separes de él. Nunca me perdonaré el daño que le hice. He sido una vergüenza de padre para mis hijos, aunque nunca me lo dijeran.

Su forma tan destrozada de hablar hizo que me sintiera mal de alguna forma, intentando retener las lágrimas. Y sin pensármelo dos veces, me acerqué a él cogiendo su mano, mirando Daniel nuestras manos unidas y mi pequeña sonrisa, bajo un rostro ensombrecido por la tortura.

—No digas eso. Las cosas de alguna forma ocurren por alguna razón lógica que el humano no está preparado para entender. El poco tiempo que te conozco siento que has sido un padre maravilloso para tus hijos. He visto lo unidos que estáis. Nadie está preparado para los cambios bruscos que están en nuestro

camino. No te eches la culpa de esa etapa oscura que pasaste.

Relució una sonrisa al ver mi explicación y me dio un apretón suave en mi mano.

—Adalia, sigue tus instintos, estoy seguro que serán los correctos.

Asentí pensativa.

—Gracias por escucharme. Y ahora voy a descansar un rato antes de que mi mujer me siga tratando como un bebé.

Le sonreí con las emociones endeblés tras esta conversación. Daniel le dio al botón que estaba situado al lado de la cama, para recostarse del todo cerrando los ojos.

—Claro. Espero que descanses.

Salí de la habitación un poco abrumada, caminando por el pasillo.

Su propio padre me decía que yo era la indicada para Darién. Yo. Una chica cualquiera. ¿Por qué yo y no otra? ¿Qué había visto Daniel en mí? Según él arrastró a Darién a la oscuridad, y aún no dejaba de culparse por eso. Mi corazón se estrujó al sentir ese fuerte dolor reflejado en el rostro de Daniel. ¿Qué le ocurrió en su pasado para decir eso? ¿Estaría también de por medio Kisa en todo esto?

Parecía que no era la única en tener un pasado *oscuro*.

Apoyé mi cabeza contra la pared.

—¿Qué te ha dicho?

Salté asustada quitándome de la pared, mirando a Darién muy cerca de mí con una expresión fría y cautelosa. Fruncí el entrecejo.

—Nada especial, quería conocerme un poco más —le mentí.

Cabeceó mirando para otro lado oyendo como suspiraba. Se movió hacia la puerta 402 donde descansaba su padre e intenté retenerlo preocupada de que lo molestara.

—Está durmiendo.

Se quedó a punto de entrar a la habitación sin apenas mirarme.

—No importa —dijo seco.

Y entró con brusquedad dejándome inerte en el lugar. ¿Pero que le pasaba? Había sido llegar a este hospital y transformarse en un hombre lleno de inseguridades. ¿Pero por qué se sentía inseguro? ¿A qué se debía? *Tal vez porque aquí tú sobras*. Me dijo mi lado más sensible. Oh, eso era cierto. ¿Qué pintaba yo aquí? Nada. Tal vez se estaba dando cuenta de que yo tan *importante* en su vida no era.

Pensar en todo a la vez me dio dolor de cabeza, además de avasallar mi corazón que deseaba marchitarse de solo imaginarlo. Enterré las manos en mi rostro agotada y hambrienta. Desde que salimos apresurados de la mansión no había probado bocado.

—¿Señorita, se encuentra bien?

Quitó mis manos de la cara frunciendo el ceño con desconcierto observando frente a mí al doctor que atendía a Daniel.

—Sí, gracias, no se preocupe.

Me quedé callada pensando en Darién bajo un rostro plagado de tristeza.

—Se ve cansada, ¿ha dormido? —se preocupó acercándose más.

—Un poco, pero reconozco que aunque me diesen una cama aquí para mí los hospitales no son nada cómodos.

—Ya somos dos —dijo con resignación y una optimista sonrisa que me contagió.

Me acerqué a la pared de nuevo recostando mi cuerpo agotado por todo.

—Entonces usted es...

—Adalia, Adalia Knightley.

—Yo el doctor Edwards —nos dimos la mano con educación—. Ya me decía a mí que su rostro me era familiar. Su padre dirige una de las empresas de moda más famosas —asentí bajo una sonrisa forzada—. Me gusta mucho.

—¿Cómo? —lo miré nerviosa.

—La ropa que diseña su padre —argumentó en un gesto.

—Oh, claro —reí sacudiendo la cabeza.

—Y perdón por mi atrevimiento ¿pero está saliendo con el hijo del señor Daniel?

No, si atrevimiento era. Pero pensando en Darién, ya no sabía que éramos. Expresé lo primero que se me vino a la cabeza.

—No —respondí con franqueza—, solo somos amigos.

Asintió con una sonrisa muy complacida.

—¿Qué le parece si la invito a comer algo en la cafetería de la tercera planta? Me gustaría ver esas mejillas con un color más vivo.

Antes de poder hablarle y decirle «*no, gracias*» educadamente, atisé a Darién apoyado sobre la puerta 402, observándonos inmóvil, serio y frío. No sabía desde que tiempo estaba ahí con el mismo semblante que en el restaurante cuando Theo me besó. El corazón comenzó a latirme desbocado.

*Mierda.* Pensé en mi fuero interno. Sin decir nada se aproximó a nosotros y se puso detrás de mí, rodeándome con un brazo mi cintura para pegarme contra él con toda la naturalidad del mundo, sin dejar de mirar al doctor. Edwards se sintió un poco incómodo de ver esa clara expresión de «*mía, no te acerques*». Y observé a Darién con recelo dispuesta a cantarle las cuarenta en cuanto se fuera el doctor.

—Doctor Edwards —le saludó con aspecto caballeroso, pero severo y con una mirada mortífera.

Éste asintió con la cabeza saludándolo con cortesía. Luego me miró con una agradable sonrisa y noté la tensión de Darién por dedicarme esa mirada.

—Bueno, creo que ya tienes acompañante para ir a la cafetería. Adiós.

Se dio la vuelta marchándose todo el pasillo donde saludaba con amabilidad a otros pacientes, y vi que Darién no le quitaba la mirada que bullía de celos hasta verlo desaparecer por completo. Luego me miró con aspecto crispado y cortante.

—¿Así que solo amigos?

Puse los ojos en blanco separándome de él con algo de brusquedad.

—Pues sí, ya no sé qué pensar de nosotros dos, estoy hecha un lío.

Se repasó una mano por su pelo bastante inquieto.

—Si no llego a estar... ¿qué? ¿Habrías aceptado su invitación?

—Lo primero, no la iba aceptar, se me ha cerrado el estómago. Y lo segundo, no sería nada del otro mundo.

—¿Qué no sería nada del otro mundo? —repitió lo último receloso.

Dio una vuelta echando una maldición por lo bajo a la vez que ojeó el reloj de su muñeca, como si estuviera pensando mil cosas al mismo tiempo y todas le resultaran estresantes.

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Sobre qué?

—No sé, dímelo tú.

Estaba mareada con sus *misteriosas* preguntas.

—Darién, al grano. No me gustan los rodeos.

—No creo que en serio desees estar aquí.

Me quedé boquiabierta. Sus palabras me habían herido hasta el punto de sentirme desilusionada con él.

—¡Esto es increíble! No entiendo tu comportamiento. Y que sea la última vez que me agarras como si fueras mi dueño —no se esperó que le hablara tan tajante, intentó hablar pero fui más rápida—. Pero si quieres que resolvamos dudas aquí va una mía. ¿Por qué le dices a tu hermana que soy una engreída?

—¿Cómo-has-dicho? —cuadró cada palabra con crispación.

Di un paso hacia atrás observando que estaba encendido de rabia.

—Ella me lo ha dicho.

—¡Pues es una mentirosa! —dijo entre dientes.

—Yo no lo creo así. Y baja la voz que estamos en un hospital. ¿Por qué le dijiste eso de mí? ¿Y en qué momento?

Se notaba a leguas lo cabreados que estábamos, ¡pero él había empezado con esta maldita discusión! Y todo por una invitación que iba a rechazar.

—No me desvíes el maldito tema, Adalia. Quiero saber por qué le dices a ese doctor que solo somos amigos.

Por un momento su mirada endurecida se deslizó sobre mi anillo Claddagh y no sé por qué sentí *demasiada* posesión en sus ojos. Se quedaría con las ganas de que le respondiera. Inflé mis mejillas cabreada mirando hacia otro lado y cruzándome de brazos. Él adelantó un paso pero se detuvo, suspirando con pesar. Mis ojos miraron como se relajaba pero yo no bajé la guardia.

—Ashe, cotilla, ahora que estás aquí, ¿por qué no te llevas a Adalia? Necesita descansar —le habló con voz grave mirándome a mí.

Ella al final salió detrás de él haciendo que diera un respingo al no haberla visto venir. Y nos miró con precaución al vernos enfadados.

—Vale —nos sonrió a los dos.

Pero miré angustiada a Darién negando en un gesto.

—No estoy cansada, quiero estar aquí contigo. No separarme de ti.

—Quiero que te vayas —fue tajante.

—Pero...

Se movió entrando en la habitación de su padre sin darme tiempo de seguir hablando. Su hermana también se quedó paralizada por lo frío que fue Darién conmigo.

—De acuerdo —susurré dolida agachando la mirada.

—No le hagas caso. Él es así —intentó amenizar Ashelia con una mueca.

La miré con los ojos humedecidos sin saber que decirle.

—Vamos —tiró de mi brazo—. Primero vamos a tomar algo en la cafetería.

La seguí, mirando el suelo del pasillo sintiéndome más desconcertada que nunca. ¿Por qué se comportaba así conmigo? ¿No veía el daño emocional que me hacía?

Ashelia fue bastante estricta en que no nos moveríamos de la cafetería si no comía al menos algo; en eso se parecía bastante a su hermano. Así que no tuve más remedio que comer, cuando en realidad nada me entraba al sentirme tan debilitada de mis emociones, y todo lo que me ocurría tenía un solo nombre.

La casa de los padres de Darién era pequeña pero acogedora y muy hogareña. Caminé por un amplio salón rustico de paredes blancas mientras Ashelia se marchaba hacia la cocina, trasteando en su teléfono móvil. La alfombra redonda de color vino destacaba entre otras cosas. Era agradable el olor a lavanda que se mantenía en el ambiente. Nunca me hubiera imaginado que estaría en la casa de los padres de Darién. Todo lo vivido en estos últimos días había sido una completa locura. Pero de la que no me arrepentía.

Llegando a la chimenea de piedra, observé un Leprechaun tallado en madera y al instante sonreí al recordar las palabras de Darién en el bosque, y como jugó conmigo con esa pequeña broma. Cerca del Leprechaun había una hilera de fotos que contemplé con atención. Cogí una foto en particular y sonreí emocionada. Era Darién con su familia, todos juntos, sonriendo a la cámara en un día nevado. No pude apartar la mirada del rostro sonriente de Darién. ¿Cuántos años tendría en esta foto? ¿Dieciocho, diecinueve años?

Suspiré.

—Toma.

Me volví observando que Ashelia me ofrecía un jugo.

—Gracias —se lo cogí dejando de nuevo la foto.

—El baño está arriba, al fondo del pasillo. Puedes usarlo con total confianza. Estás en tu casa.

Asentí agradecida mirando aún el salón. Hasta que mis ojos se detuvieron en algo particular que me dejó alucinada, y me acerqué con premura sin creerlo. Encima de la mesa había una cesta llena de Kit Kat casi idéntica a la que me preparaba Flor.

—¿A quién de tu familia le gusta el Kit Kat? —le pregunté asombrada.

Ella dio un respingón cuando la miré y se puso a meditar mirando el techo.

—Ah... pues a Darién.

Parpadeé atónita. *Oh, Dios de mi vida.* No me lo podía creer. Seguí mirando fascinada la cesta.

—Es que esto es increíble —la señalé con asombro—. Mi ama de llaves, Flor, también hace una cesta como ésta para mi cada mañana.



—Casualidades de la vida.

*Una casualidad enorme.* Pensé llena de sorpresas.

—¿Puedo? —señalé la cesta ganándome las ganas de coger uno.

—Claro —me hizo un gesto sonriente y se dio la vuelta sacando algo de una mochila negra.

Sin resistirme, cogí un paquete desenvolviéndolo y dándole un mordisquito a la primera barrita. Estaba deliciosa. Y de solo pensar que a Darién también le gustaban me hacía sentir mil cosas. Distraída y devorando otra barrita, mis ojos se fijaron en el libro que llevaba en sus manos Ashelia. La tenía tan sumida en él que observé como liaba sobre su dedo un mechón de su pelo. Humm... *Zafiro* de Kerstin Gier. Esbocé una sonrisa agradándome verla con esa historia. ¡Me encantaba esa trilogía! Entraba entre mis favoritas ya que tenía una cierta *debilidad* por los viajes en el tiempo... No podía negar que donde hubiera amor, ahí qué iba de cabeza para leer esa historia. Aún recordaba como si fuera ayer, cuando saqué de quicio a Carla diciendo que *Gideon de Villiers* era mío y solamente mío, y que no lo compartiría con ella. Esa noche (ya que todos los viernes lo convertíamos en «*noche de chicas*») acabé con una almohada sobre la cabeza y llena completamente de plumas.

Como si supiera que la estaba observando con atención, levantó los ojos del libro. Sus mejillas se tiñeron de rojo al ver que nuestras miradas se cruzaron y le sonreí en un modo tranquilizador.

—¿Enamorada de Gideon de Villiers?

Esbozó una sonrisa tímida pegando el libro contra su pecho.

—Hasta los huesos —me guiñó un ojo.

Ambas nos reímos alegrándome que esa tirante tensión que noté al principio con ella, se fuera disipando poco a poco.

—Aunque me está resultando difícil encontrar el tercer libro que cierra la trilogía.

—Yo lo tengo. Si quieres te lo puedo dejar. En cuanto vuelva a Los Ángeles puedo enviártelo sin problemas.

—¿De verdad me lo dejarías? —Dijo ahogada por la emoción mirando un

momento la portada del segundo libro, mordiéndose el labio inferior—. Gracias. No sabes cómo te lo agradezco.

—No tienes que agradecermelo. Mereces cerrar esa hermosa historia entre Gwendolyn y Gideon —hice una pausa mirando a mí alrededor y añadí—: Voy al baño.

—Claro —me hizo el amago de donde estaban las escaleras.

Le pasé el jugo y subí, quedándose ella en la planta inferior. Ví al fondo del pasillo el baño con la puerta cerrada, pero el destello de un objeto que se filtraba por el pasillo hizo que me detuviera. Llena de curiosidad y mirando en esa dirección, contemplé que era la única habitación que tenía la puerta entreabierta. Ese destello bajo la luz perfilada del día, seguía brillando con intensidad. El corazón dio tumbos sobre mi pecho cuando leí en un pequeño cartel pegado sobre la puerta:

### **Darién**

¡Esta era su habitación! Giré mi rostro hacia las escaleras oyendo a Ashelia en la cocina. No tenía derecho a entrar en ninguna habitación sin el permiso de sus dueños, y mucho menos en la de Darién. Pero algo me había empujado a estar frente a esa puerta, apoyando mis manos en ella y abriéndola lentamente. Hice una mueca al crujir la madera y esperé en tensión que Ashe no lo hubiera oído. Suspiré después de un minuto trascurrido, y la abrí de un tirón haciendo una suave ráfaga de aire que movió las cortinas celestes de la ventana.

El objeto que no dejaba de brillar al darle los últimos rayos del sol, era una llave que estaba colgada en el centro del cabecero de la cama. Me froté los brazos al sentir fría la habitación y carente de vida. Solo había una cama, una cómoda y un pequeño mueble cerca de la cama. *No dormiré aquí mucho*, pensé mientras la recorría con la mirada. Y por ello estaba tan vacía. El mueble que estaba cerca de la cama tenía un único cajón con una cerradura.

Observé la cama subiéndome los colores. En esta misma cama es donde él dormiría, me senté sobre ella pero mi mente volvió otra vez hacia esa cerradura del cajón. ¿Qué tendría de especial ese cajón? ¿Por qué lo tendría cerrado? Me mordí el labio inferior pensativa. Estaría mal ponerme a hurgar entre sus cosas sin su consentimiento, pero es que quería saberlo todo de él... que no medía las *consecuencias* de mis actos. Darién era tan reservado

conmigo que apenas sabía nada.

Me aproximé hasta el cajón. No pasaría nada por echar un vistazo rápido. Sería abrir y cerrar.

Tiré para mí llevándome un chasco. Vaya, estaba cerrado bajo llave. Y entonces mi mente enlazó la llave que estaba colgada sobre el cabecero con esa cerradura. ¿Sería así de fácil? La cogí y sin ningún problema entró en la cerradura... me quedé indecisa de invadir su intimidad, pero también quería saber por qué tenía este cajón cerrado.

*¡Qué demonios!* Pensé dando una vuelta a la cerradura. Abrí el cajón y dentro observé un álbum. No había nada más.

Lo cogí entre mis manos. Era de terciopelo y azul. Daba gusto pasar las manos por la tapa, los bordes eran dorados y en el centro ponía:

### **El tren de nuestros sueños**

Lo abrí. Y me quedé impactada. Lo primero que encontré fue a dos niños de entre tres y cinco años. El niño besaba la mejilla de la niña que sonreía cerrando los ojos. Debajo de la foto había una descripción muy detallada escrita a mano.

*Eres y siempre serás el amor de mi vida, Kisa. Me dejaste besar tu mejilla con solo tres años y a partir de ese momento, encadenaste mi vida a la tuya para toda la eternidad...*

—¡Adalia!

Me giré gritando aterrorizada de que me pillaran, cayéndose de mis manos ese álbum de fotos. Ashelia también se asustó por mi repentina brusquedad de volverme, pero me miraba con estupefacción y más blanca que el papel.

Se agachó cogiendo el álbum y pegándolo contra su pecho con los ojos abiertos como platos.

—¡Qué has visto! —me exigió con un chillido alterado.

—Nada —se me quebró la voz todavía asimilando lo leído—. Solo... solo la primera foto.

Fue a comprobar el álbum, mientras yo dejaba la mirada perdida sentándome en el borde de la cama. Una solitaria lágrima resbaló por mi

rostro martirizándome el recuerdo de esa foto de Darién junto a Kisa. Unos segundos después sentí como se sentaba a mi lado ella, suspirando.

—Lo siento, Adalia. No era mi intención gritarte. Pero esto es de mi hermano. No tendrías que haberlo visto. Ahora mismo estarás muy confusa y dolida. ¿Estás bien? —su mano me agarró un brazo, preocupada por mi rostro turbado.

—Está enamorado de ella. ¿Verdad?

Giré mi rostro torturado hacia ella.

Dudó en hablarme agachando la cabeza.

—Ashelia, dime la verdad —le pedí haciéndome daño su silencio.

—Supongo que no puede olvidarla. Pero yo no puedo meterme en la cabeza de mi hermano, Adalia. El vínculo que creó con Kisa es muy fuerte.

—Jamás me amaré —confesé destrozada a la vez que cerraba los ojos.

—Yo no sé qué hay entre vosotros... pero eso no puedes saberlo.

—Déjame verlo —le pedí desesperada en un gesto.

Ella con rapidez se echó hacia atrás saliendo de mi alcance.

—No, Adalia. Solo mi hermano tiene el derecho de ver esto. Y ella. Si algún día regresa a por él.

¿Si regresaba a por él? ¿Eso significaba que había estado aquí? ¿En esta habitación? ¿En la habitación de Darién?

—¿Siguen manteniendo el contacto?

Se quedó callada mordisqueando su labio inferior. *El que calla otorga.* Pensé para mis adentros. Se levantó destrozando mis esperanzas y mis ilusiones, metió el álbum en el cajón, lo cerró con la llave y estuvo indecisa de volver a ponerla en su sitio.

—¿Puedo confiar en ti?

Asentí rota de dolor. No creía que tuviera fuerzas para volver abrir ese álbum. Ver esa foto de ellos y leer la descripción de amor de Darién hacia Kisa, había hecho pedazos mis ilusiones. Y sobre todo había *despedazado* mi corazón.

Volvió a poner en su sitio la llave y caminó hasta la puerta.

—Si te sirve de consuelo, eres la única que puede hacer que vuelva a ser el chico de antes. Por cierto. Me debes una. Te guardaré el secreto de que has estado hurgando entre las cosas de mi hermano. Si se enterara no sé cómo se lo tomaría. Me tengo que ir a trabajar.

—¿Trabajas? —le pregunté pero en verdad no estaba muy atenta a sus palabras.

—Sí. Ya he perdido también unos valiosos días en la universidad. Vuelvo a Irlanda. Ah, se me olvidaba. Quiero que felicites a tu hermano de mi parte, sí que tiene un gran futuro prometedor como arqueólogo.

Cerró la puerta sin apenas escuchar sus últimas palabras.

Me quedé en el silencio de mi soledad. Darién jamás se enamoraría de mí. Eso era lo que no dejaba de pensar. Podía tenerme un pequeño afecto o atraerle mi cuerpo, pero nada más, su corazón le pertenecía a ella. ¿Cómo luchar contra alguien a quién no había visto jamás? La descripción en ese álbum me volvió a golpear sobre la cabeza y casi se me escapó un sollozo que contuve con la mano.

*Eres una estúpida, Adalia.* Pensé frotando mis ojos y poniéndome de pie. Ignoré el hecho de que tenía en mi poder ver más fotos de ese álbum. Pero no lo deseaba. Porque tal vez vería cosas que harían que mi corazón no se recuperara jamás. Si de pequeño le besó en la mejilla, puede que encontrara una foto de ellos adultos besándose en los labios.

*No. No. No puedo.* Pensé.

Con mis sentimientos aplastados me hice un ovillo en la cama. Intenté alejar esa foto de mi mente pero me fue imposible. Yo quería que me amara a mí. ¿Era ser egoísta pedir ese deseo? ¿Acaso no tenía derecho a esa amada felicidad de la que tanto hablaban los enamorados y las novelas? Me había enamorado de un hombre *prohibido*. ¿Por qué Darién no podía sacarla de su corazón? ¿Por qué?

No esperaba que se enfadara por dormir en su cama. ¿O tal vez sí? Estaba tan liada con sus sentimientos hacia mí, que ya no sabía que pensar de él. Me había echado de su lado en el hospital, así que podía ser que ya no quisiera

que estuviera más junto a él. Se había cansado de mí.

De un momento a otro me pesaron los parpados, me dije a mí misma que no deseaba quedarme dormida en esta cama, porque en ella habría estado ella, pero no pude vencer al sueño que mitigó algo mis pesares.

Algo me despertó... fue el roce de una caricia sobre mi rostro. Estaba completamente oscuro, porque al abrir los ojos no vi nada. *Mierda*. Pensé horrorizada. El corazón me latía con intensidad de solo pensar en ese roce que me tocaba en plena oscuridad. Aguanté respirar contrayendo todo músculo. Y cuando me tocó con más atrevimiento me giré gritando.

—Shss... soy yo, Adalia —me puso su mano sobre mi boca siendo su voz tan inconfundible.

—¡Darién! —salté alarmada pero relajándose mi corazón por ser él.

Él encendió la luz y al instante me vino todo de golpe. El cajón, la llave, el álbum de fotos, él de niño besando la mejilla de Kisa, esa odiosa descripción donde decía que la amaría por siempre. Apreté los labios luchando con las ganas de llorar.

—Me has asustado —me aparté un poco aclarando mi garganta.

—No era mi intención, lo siento —se acercó más al ver que me movía.

Y me volví a alejar no deseando ni siquiera su roce, aunque me doliera en el alma ser tan fría. De solo pensar que jamás podría enamorarse de mí, me hacía tener ganas de llorar. Volvió a acercarse siendo terco y molestándome, y me quedé al borde de la cama sin mirarlo, con los brazos cruzados.

—¿Me estás huyendo? —preguntó sin creerlo.

—Quiero estar lejos, es todo —dije con frialdad mirando al frente.

—¿Qué?

Ojeé en su reloj de muñeca que eran las cinco de la mañana pero ni siquiera me limité en contestarle.

—¿Por qué no te has puesto ropa mía? Tengo poca en esa cómoda pero tenías mi permiso.

Si claro. Apostaba toda mi pequeña fortuna a que Kisa también se había puesto su ropa. Los celos me reconcomieron. No pensaba ponerme nada que ella se hubiese puesto.

—¿Y tu hermana? —quise sacar un tema cualquiera.

—Se ha quedado en la universidad. ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó esta vez más molesto.

Me quedé callada y como una estatua, y lo exasperé haciendo que alzara los brazos.

—Veo que estás cabreada. Pues yo también. Vengo con la intención de hacer las paces contigo, de pedirte perdón y te encuentro más cabreada que yo.

Nos quedamos callados. Si por mí fuera jamás abriría mi boca. Su profunda y exasperada inspiración me alertó que se estaba crispando.

—¡Ya está bien! ¿Qué te ocurre, Adalia? —sus manos imprevistamente me cogieron de la cintura girándome hacia él, usando su fuerza.

Su contacto me quemó recorriéndome una mala sensación por la piel, y salté de la cama empujándolo para que me soltara.

—¡No me toques!

Se quedó de rodillas sobre la cama mirándome petrificado al verme huir. Sin querer, mis ojos desolados viajaron hacia la llave del cabecero y lo lamenté, porque él también lo hizo al ver donde se dirigieron los míos. Me sentí pequeña cuando lo vi levantarse con aspecto duro e inflexible, y en un segundo lo tuve sujetándome de mis brazos sacudiéndome una vez.

—Qué. Has. Visto —su mirada era tan helada como el hielo.

Entrecerré los ojos. Y lo sacudí de mí valientemente, haciendo que echara un paso hacia atrás, cabreándome su actitud.

—Nada. Si me crees tan vil como para ponerme a registrar tú habitación es que no me conoces —iba a ir al infierno por mentir tanto.

—Seguro que mi hermana tiene algo que ver. ¿Quieres que la llame? —me amenazó llevando su mano al bolsillo del pantalón.

—Adelante —levanté la barbilla con audacia.

Su mirada estaba recelosa sin ni siquiera pestañear. Y chasqueó la lengua mirando hacia otro lado.

—Joder, Adalia. No entiendo nada —expresó ofuscado por mi comportamiento.

Apreté los dientes y los puños.

—Me he puesto a pensar y es fácil llegar a la conclusión que he llegado. Tú jamás podrás olvidar a Kisa.

—¿Otra vez? —dijo cabreado dirigiéndome su mirada afilada—. ¡Por qué la metes en esto!

—Yo estoy enamorada de ti pero tú de mí no. Y no quiero que me hagan daño. La prueba más clara es que la tienes tatuada en tu pecho. ¡Estoy celosa de ella!

—Pues no deberías —remarcó apretando los dientes.

—¿La has traído aquí?

—Eso no te incumbe.

—Pero yo lo quiero saber. ¡Tengo derecho!

Pegó un gruñido de rabia dando una vuelta por su habitación, como si no quisiera que habláramos de ella. Cuando me volvió a mirar, sus ojos habían obtenido una fortaleza que no comprendía.

—Sí. Si ha estado aquí.

Abrí la boca impactada regocijándose el dolor en mi corazón, y lo empujé hacia atrás gruñendo de rabia.

—Y seguro que la has metido en tu cama. Donde yo he estado apenas hace unos segundos. ¡Cómo me has podido hacer esto! No sé en qué momento estabais juntos, pero seguro que ya eras gigoló cuando la enamoraste. Y seguro que le rompiste el corazón siéndole infiel una y otra y otra vez.

Estaba tan llena de rabia y celos que no sabía lo que decía.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Deja de retratarme como un putero! —Bramó tan alto que incluso los cimientos de la casa podían haber temblado al estar encolerizado, porque mis palabras le habían hecho un daño irreparable—.



¡¡Joder!! —con un solo paso se abalanzó sobre mi boca, haciendo su cuerpo que me chocara contra la pared sin apenas sentir nada. Sus manos me subieron sobre su cintura con algo de dureza, enroscando mis piernas.

En ese beso no hubo paciencia, ni dulzura, ni amor, sino rabia, celos, miedo, rencor. Nos magullamos los labios con posesión y desenfreno, pero no estaba dispuesta a que sintiera que era débil, y me dolía que la siguiera amando. Por eso me vencí a su beso posesivo que me excitaba, que me volvía loca, pero que me dejaba más vacía de solo saber la verdad. Él decidió romper el beso manteniendo nuestros rostros cerca, me quedé quieta sin apenas mirarlo. Notaba los labios hinchados con un incipiente dolor, pero no quería que viera que estaba tan destrozada por su culpa. Enamorarme de él había sido un *error*. No podía negar el deseo irrefrenable que sentía por Darién, y que él también sentía por mí. Pero el sexo sin *amor* era algo vacío que no estaba dispuesta a aceptar. Sus manos se soltaron de mi cintura y las piernas me temblaron cuando toqué el suelo. No se despegó de mi cuerpo, me observaba tan fijamente respirando con tanta fuerza que me incomodó. Yo lo había provocado de tal manera que parecía más furioso que nunca.

—Es que acaso no lo sientes en mis besos. ¿No me ves? —me dijo torturado apoyando con fuerza su puño contra la pared conteniendo algo que, ahora ni nunca deseaba saber.

Me mantuve rígida. Estaba desecha por su culpa, ¿que esperaba?

—Tus besos ya no me saben a nada. Ya no siento nada.

Lo miré tan fría que ni yo me reconocía.

Cerró los ojos con lamento caminando hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada, y repasó exasperado una mano por su pelo.

—¿Quieres que esto acabe? —Mi silencio lo tomó como un sí—. Pues bien. Volvemos a Irlanda. Te dejaré en tu flamante mansión. Pero quiero que se te quede algo grabado, si es eso posible. Tú no sabes nada de mis sentimientos. Nada. Juzgas, pero jamás dejas dar una explicación.

Ni siquiera pude actuar. Cogió mi mano con fuerza arrastrándome con él fuera de la habitación, bajando apresurados las escaleras sin remitir en su apresurado propósito. Le pedí que se detuviera mientras cogía mi bolso de mala gana, pero no me hizo caso. Abrió la puerta principal de la casa saliendo

a la calle.

Me negué a entrar al coche y gruñó intentando no ser un cromañón.

—Adalia, sube al maldito coche —me pidió por las buenas.

—¿Y tu padre?

Me miró escéptico con una mirada endurecida.

—Para tu información. Me ha pedido que no nos preocupáramos y que podíamos volver a Muckcross-Knightley House en cuanto volviera a por ti. Que te mandara un gran abrazo por parte de los dos, y que esperan verte pronto. Pero eso lo dudo mucho.

Cogiéndome de un brazo me hizo entrar en el coche. Miré, como apresurado entraba sentándose en el piloto y arrancaba con fuerza el coche. Preguntándome si este Volkswagen sería de su padre o de su madre.

Estaba claro, había metido la pata pero hasta el fondo. Era peor que mis heroínas de mis historias favoritas. Y había leído bastantes estupideces que hicieron ellas por sus hombres. ¿Joder, es que no había aprendido nada de ellas? Parecía como si yo fuera una principiante en el *amor*. En realidad lo era.

De camino al aeropuerto ninguno de los dos habló. Y aunque yo lo hubiese intentado, sé que no me habría hecho nada de caso, y ya me hacía daño su indiferencia que por otra parte me la había ganado pero bien. Tal vez me había pasado de la raya. Lo reconocía, estaba celosa de alguien de quien posiblemente no arrancararía de su corazón. ¿Pero y si podía luchar contra ella? Kisa tuvo su oportunidad. Pero la perdió. Según él ella lo abandonó. Y yo estaba aquí, y ella no. Eso era una enorme diferencia.

Qué estúpida fui. ¿Cómo pude comportarme de esa manera con él? Nota mental: «*date todos los cabezazos posibles cuando llegues a tu habitación*». Y ahora... y ahora quería dejarme. Intenté que no notara que estaba afligida. No volvería conmigo a la mansión. Me dejaría en ella y luego se marcharía para siempre.

*Oh, no.*

En el Jet privado de Aiden deseó apartarse de mí como si ya no significara

nada para él, y me hizo sentir despreciable que ya ni quisiera mi compañía de camino a Irlanda. Y fue un martirio que en todo ese trayecto, ni me mirase una sola vez. Al llegar a mi tierra, unos hombres tenían el McLaren listo para él en la pista de aterrizaje privada. Y como era de esperar, yo sola abrí la puerta de mi lado. Lo miraba, pero él a mí no.

Otro recorrido en silencio no podía soportarlo más.

—Darién —su nombre salió en un hilo de voz poco audible.

Siguió mirando la carretera en silencio y con el ceño fruncido.

—¡Darién!

Miré asustada que faltaba poco para llegar a la mansión. Recogería sus cosas y se largaría de mi vida. Porque no se iba a quedar, me lo dejó ver entrelíneas en la casa de sus padres. Me abrazó el miedo cuando lo imaginé marchándose de la mansión.

—¡¡Darién!!

Me castigó con el látigo de la indiferencia y el silencio. Vi como apretaba las manos sobre el volante, pero ni se inmutó. Y más silencio torturador de mis emociones otro minuto después.

—¡¡Joder Darién, háblame de una vez!! —le exigí en un grito llena de pánico.

—QUÉ —gritó pegando un frenazo y haciendo que me agarrara al salpicadero ayudándome el cinturón, desviando él a un lado de la carretera el deportivo con un perfecto giro.

Sus ojos rabiosos me paralizaron unos segundos echándome del todo sobre el asiento, y tragando saliva sin saber que decirle.

—¿Quieres seguir peleando conmigo? ¿Acaso se te ha olvidado decirme algo? ¿Qué tal vez no te gusta cómo te toco? ¿Qué te repugna? Solo te falta para rematarme que fingiste todos los orgasmos de la otra noche. ¡Maldita sea! —golpeó el volante con fiereza. Su respiración agitada y ver como cerraba los puños, me daba a entender lo enormemente cabreado que estaba. Lo vi respirar con demasiada fuerza como si deseara hacer algo impropio—. Tengo que salir de aquí... no lo puedo soportar más.

Se quitó de mala gana el cinturón y abrió la puerta con malhumor. Lo seguí observando muda con los ojos agrandados. ¿Cómo conseguía dejarme paralizada ante la magnitud de sus enfados? Dio vueltas sobre el asfalto masajeando sus sienes con los ojos cerrados, manteniendo su rostro hacia el cielo cubierto de nubes grises, como si algo pesara sobre sus hombros. Pero luego apoyó sus codos sobre el capó del deportivo dejando sus manos sobre la frente, y murmuraba algo que no podía oír al ver sus labios moverse.

Ah no, no iba a dejar que pensara eso de mí. ¡Jamás! Abrí la puerta sintiendo el frío erizando mi piel y en cuanto me vio de reojo, se dio la vuelta con ofuscación caminando la solitaria carretera para alejarse de mí. Me asustó tanto que me huyera, que corrí tras él sintiendo que mi mundo se derrumbaba si seguía en esa actitud. Cuando lo alcancé, no lo pensé dos veces y lo abracé por detrás como si mis brazos fueran unas cadenas que no deseaban soltarlo jamás. Su cuerpo estaba tan caliente por la furia y tan tenso, que me quedé agitada temblando cada parte de mí.

—Lo siento. Lo siento. Perdóname.

Me aferré a su cintura pegando mi rostro torturado contra su espalda. Esperé que me apartara con brusquedad y que me gritara que me odiaba, pero fue un gran milagro que no lo hiciera. Se quedó inmóvil como una estatua, pero sin darse la vuelta siquiera. Esperé como una condenada a que hablara, doliéndome su indiferencia.

—No puedo más, Adalia. Llevo una vida esperándote. He pasado por el infierno y ahora que he encontrado el cielo tú me lo niegas.

Sus palabras me golpearon haciendo que dejara de abrazarlo con temor a que se marchara de mi vida. Su confesión me había dejado helada mirándolo con los ojos vidriosos. ¿Yo era su *cielo*? Él se volvió con un rostro fruncido por el tormento y la melancolía.

—Solo te pido que confíes en mí, porque jamás haría nada que te hiciera daño. Jamás.

Nuestros ojos torturados no dejaron de mirarse. El viento comenzó a removerse a nuestro alrededor, y las vastas praderas nos rodeaban sintiendo tan inmensa esta naturaleza salvaje. Se respiraba una intensa humedad en el ambiente y el sol ni siquiera deseaba asomarse, haciendo que el día fuera más

oscuro. La carretera estaba mojada, hacía poco que había llovido y no dudaba en que volvería a llover dentro de nada. Ya no me resultaba incómodo el olor de la lluvia, se estaba convirtiendo en uno de mis *aromas* favoritos... gracias a Darién estaba volviendo a amar todo lo que había olvidado, todo lo que había perdido en el camino. Mi *tierra*. Mi *hogar*.

Una lágrima y otra recorrieron mi rostro apretando los labios en una fina línea.

—Te mentí porque soy una estúpida, una ignorante que no ve que tiene delante de sus narices al hombre más maravilloso que existe. Me gusta cómo me besas, como me tocas, como me haces el amor. ¡Maldita sea si estoy deseando que volvamos hacerlo! No me abandones —apenas lo dije en un susurro tiñéndose mis mejillas de rojo—. No me abandones tú también. Te quiero más que a mi propia vida. Y sé que mi amor será suficiente para los dos.

Ya no podía luchar contra algo que nunca podría cambiar. Que él amara a otra mujer. Me *rendía* ante el destino. Le cedía la *victoria*. Y esperaba que mi amor fuera suficiente y que se quedara a mi lado para siempre. Aunque siendo una inválida mental, dudaba que algo bueno me sucediera en esta vida. Su cara se quedó paralizada al oírme, y al otro segundo me vi envuelta en sus brazos besándome con la dulzura que sabía cómo derretirme. En este beso me daba todo lo que en el anterior no hubo posibilidad, sus labios me mimaron y me removían hasta el punto más dormido que existía en mi cuerpo, hacían danzar los míos llevándome a lo más alto de lo inimaginable. El fuego, el deseo y los sentimientos acérrimos fueron los cargantes de este dulce beso apasionado.

—No soy él —me decía entre mis labios sujetando mi rostro con firmeza.

Él estaba muy lejos de ser Félix. Pero eso era lo que menos me importaba. Porque lo que en verdad me importaba, era que él estaba aquí conmigo haciéndome sentir viva y enamorada.

—No me dejes —le pedí de nuevo angustiada.

—No pensaba hacerlo. Solo estaba esperando a que se te pasara el cabreo, y el mío. ¿Crees que te iba a dejar? Ni loco.

Sonrió y yo también lo hice, y me volvió a besar cogiéndome de la cintura y caminando conmigo en sus brazos.

¿Era posible que Darién alguna vez llegara a amarme? Tal vez él no era el típico chico de decir un *te quiero*. Pero yo lo necesitaba tanto. Al menos tenía que oírlo una vez. Solo una vez de sus labios.

—Entra —me depositó los últimos besos y reí mientras me dejaba sobre el suelo cerca del deportivo—, por si no lo recuerdas has pasado fiebre. Y lo último que quiero es que recaigas.

Le hice caso. Y quise gritar de regocijo. Esa confesión me había dado esperanzas y ganas de soñar. Y sé que nunca se marchitarían. Mi corazón necesitaba tanto lo que me había dicho. Entrando él, me miró de últimas sonriéndome, giró la llave en el contacto y volvimos a la mansión.

La calma llegó a mi corazón haciéndome sonreír todo el camino hacia nuestro hogar.

Cuando aparcó el McLaren en la entrada su móvil sonó.

—¿Sí?

Distraída, me fijé que había comenzado a chispear.

Mi chico sonrió emocionado y con un brillo especial en su mirada.

—Perfecto. No sabe la alegría que me ha dado que lo tenga. Está bien. Voy hacia allí.

Darién se quedó pensativo mirando un momento el volante.

—¿Qué ocurre?

Sacudió la cabeza al haberle quitado de sus pensamientos.

—Que a la mansión solo vas a entrar tú —me indicó en un gesto.

—¡Qué! —sentí náuseas de pensarlo.

Miró su reloj de muñeca con pinta de apresurado.

—Lo que oyes.

No lo podía creer, pero cuando bajó del deportivo, lo rodeó y me abrió la puerta tendiéndome la mano para que saliera, pensé lo peor.

—¿Pero por qué?, ¿qué he hecho? No me ha dado tiempo a meter la pata de nuevo.

Sonrió con gusto negando con la cabeza, cogiendo mi rostro entre sus manos para besarme, aturdiéndome los pensamientos con ese beso.

—No has hecho nada, Adalia. Es solo que me tengo que ir un momento a Killarney.

—Vale, voy contigo —estaba asustada, ya ni sabía que pensar.

—No —me dijo seco.

—¿Pero qué te requiere allí y sin mí?

—Nada.

—¿Nada? —repetí.

Se quedó callado.

—¿No me lo vas a decir?

—No. ¿Confías en mí?

Abrí la boca. Maldito traidor. ¡Agg! Eso no podía hacérmelo.

—Sí —expresé sin remedio cruzándome de brazos algo enfurruñada.

—Bien. Tú sólo espérame.

Me besó en la frente, rodeó el McLaren y vi que sacaba su móvil mientras volvía a entrar en el deportivo.





## Confesiones de un pasado fantasma

A ver si lo había entendido. ¿Me dejaba aquí tirada de repente porque decía que iba a la ciudad sin alegarme que iba hacer allí? Quería calmarme y confiar en él, ¿pero cómo hacerlo si no me había dicho nada?

Entré furiosa a la mansión dejando mis pensamientos en él. Y todas las alarmas saltaron en mi interior; como las odiaba cuando hacían eso. La última vez que supe que fue a la ciudad, se vio con su amiguita *especial* que lo besó en el cuello dejándole la marca de pintalabios. Me quedé mirando un punto del recibidor, asustada. Se vería con ella otra vez. ¿Por qué me hacía esto?

*No, Adalia. Confía en Darién... él te lo ha pedido varias veces y debes hacerlo.* Pensó mi lado más sensato.

Gruñí en el recibidor y entrando en el salón principal arrojé mi bolso a cualquier parte sin medir la fuerza, saliendo unos cuantos accesorios de éste al deslizarse por el suelo. Miré uno en especial aclamando un «*gracias*» en mi interior por no haberlo roto. Cogí mi iPhone muy enojada y comencé a maquinar mi mensaje.

**De:** Adalia Knightley

**Asunto:** Confusa

**Fecha:** 12 de Marzo de 2015 07:23

**Para:** Darién O'Hart

*Lo has conseguido, estoy CABREADA contigo y no creo que descienda mi cabreo. No te entiendo Darién, me estás mareando y haciendo que pierda el rumbo de mis sentidos. ¿Por qué no decirme dónde vas? No quiero empezar a pensar mal, pero es que me lo estás poniendo en bandeja. Si ya no soy significativo nada para ti dímelo y punto, no juegues conmigo.*

*Adalia Knightley (altísimamente cabreada)*

*Ejecutiva de Knightley Enterprises Inc.*

Posiblemente no me contestaría. Tiré mi iPhone al sofá llevándome una mano a la cabeza para pensar y reflexionar. Al minuto sonó un tintineo sin darme tiempo a pensarlo todo con calma.

**De:** Darién O'Hart

**Asunto:** Con paciencia se gana el cielo

**Fecha:** 12 de Marzo de 2015 07:24

**Para:** Adalia Knightley

*Mmm cabreada y esa palabra en mayúscula, pero estoy seguro de que cuando llegue tu cabreo desaparecerá, créeme. No puedo decirte nada, ¿por qué no puedes verlo bien? ¿Y qué es eso de que vas a pensar mal y que te lo estoy poniendo en bandeja? ¿Qué no significas nada para mí? Bueno, esta noche te mostraré lo atractiva que sigues y serás siendo para mí, ahora y siempre.*

*Darién O'Hart*

*Hechizado bajo el encantamiento de su banphrionsa.*

*Juegas sucio con esa firma. Pensé crispada. Este mensaje era una especie de burla y mi cabreo no disminuyó.*

**De:** Adalia Knightley

**Asunto:** Juegucitos los justos

**Fecha:** 12 de Marzo de 2015 07:26

**Para:** Darién O'Hart

*No creo que cuando llegues lo hagas disminuir ni aunque supliques clemencia, no sabes de mis enfados. Darién, a veces te siento cerca y otras es como si no te conociera, y en verdad es así. Y yo no te he hechizado, no mientas, ya te veo diciéndoselo a todas. No soy una banphrionsa.*

*Pd: agradecida de que al fin muestres tu apellido.*

*Adalia Knightley*

*Ejecutiva de Knightley Enterprises Inc.*

---

**De:** Darién O'Hart

**Asunto:** Te conozco

**Fecha:** 12 de Marzo de 2015 07:29

**Para:** Adalia Knightley

*¿Sabes que me ha ofendido? De todo ese mensaje lleno aún de cabreo que haré que se te pase, y si no me crees ya me lo dirás, es que me dijeras que no me has hechizado y que no eres una banphrionsa para mí. Lo eres. Y siempre será así. Jamás he llamado a otra mujer por ese nombre. He esperado por ti, Adalia. Y sé mucho de tus enfados.*

*Nada ahora me alejará de ti, ni tus débiles enfados que desharé con mis besos.*

*Pd: agradecido de que estés agradecida, pero más agradecido me siento yo de que me ames.*

*Darién O'Hart*

*Hechizado bajo el encantamiento de su banphrionsa para la eternidad.*

*Para la eternidad, pensé derritiéndome por completo.*

*—Oh, no —salté crispada dando tumbos porque me tenía en sus manos.*

Podría tirarme el día entero con mensajitos pero no seguiría su juego. Esperé por si me mandaba otro, pero no lo hizo, y con otro gruñido salí del salón principal dirigiéndome hacia mi habitación. Con mala gana y enfurruñada me fui quitando la ropa a medida que iba hacia el baño. Esperaba que un baño caliente relajara mi furia que volvía a resurgir por mis venas.

Mientras el baño hacía su efecto estuve tentada de llamarlo, pero al final me decanté por no hacerlo, no quería que pensara que lo necesitaba tanto y por otra parte tampoco quería agobiarlo. El silencio imperturbable de la mansión hizo estremecer mis sentidos, era tan grande y solitaria que a veces su silencio asustaba. Y lo que pasó por mi mente me perturbó e hizo temblar mi cuerpo agarrándome a los bordes de la bañera. La imagen de Liam acorralándome en la discoteca hizo mella en mí «*Pronto iba a hacerte una visita*»... «*Entrar por la noche dentro de la mansión e ir a hurtadillas a tu habitación*». Recordar sus palabras me hizo temblar de espanto, y agitándose mi respiración me puse de pie mirando la puerta cerrada del baño, tocándome

instintivamente la mejilla con el leve hematoma. *Tranquila, Adalia. Tranquila.* Pensé frotando mi pecho. Él estaba muy lejos de mí, aún estaría en el hospital y según Darién iría a la cárcel. No podría de nuevo hacerme daño. Cerré los ojos dándome un escalofrío. Si Darién no llega a venir conmigo, sino llega a darme esa sorpresa en el aeropuerto... Liam tarde o temprano hubiera venido a por mí. Y me hubiera pillado sola. Tan solo imaginarlo me dio una arcada y mis emociones me debilitaron, haciendo que soltara un sollozo que contuve segundos después con fuerza. Fue una mala idea darme un baño para intentar relajarme, eso solo hizo inquietarme y estar en alerta en esta grandiosa mansión.

Un rato después, bajé a la biblioteca dispuesta a esperar a Darién. Un poco de lectura me relajaría. Pasé de largo por la estantería que accedía al *cuarto secreto* de mi bisabuelo y sonreí como una tonta, recordando esa pequeña aventura vivida ahí dentro con Darién. Encendí la chimenea para meterme más en el ambiente de la lectura y fui directa al sofá marrón para leer durante un rato.

Puse toda mi atención en la novela, pero no tardé más de veinte minutos en dejar de leerla perdiendo mi mirada por el fuego. ¿Yo una banphrionsa?, ¿de dónde se sacaría semejante tontería?, ¿por qué tratarme así desde el primer momento? No tenía sentido. ¿Sería verdad que era la única a la que llamaría de ese modo? Puede que no y se le dieran bien las mentiras. Pero desde el fondo me encantaba (como una tonta romántica que era) ser tratada como una *princesa*. Él no se lo habrá dicho a ninguna mujer más, pero Thief si me lo decía en los sueños y no quería que por nada del mundo él se enterara, estaba segura de que dejaría de llamarme banphrionsa en cuanto se lo dijera, porque procedía de mi *antiguo y olvidado* amor.

Suspiré.

¿Por qué no podrá amarme? ¿Por qué yo era rica y él no? Si era así no era justo que lo pensara. Mi amor por él me haría dejarlo todo. Vivir en una pequeña casa sin importarme dejar atrás los lujos y las comodidades, solo pidiendo como único aliciente su amor. Solo lo quería a él, el lugar no importaba. No me había olvidado de *todo* lo que me había dado en estos últimos días, haciéndome sentir más viva que nunca.

Sacudí la cabeza sonriendo. Ya no estaba tan cabreada porque se hubiese

ido a Killarney sin alegarme un por qué, y quería pedirle perdón por mis tontos mensajes. Confiaba en él, y eso era lo más importante. Decidí llamarlo. Metí la mano en mi chaqueta sacando mi móvil. Y esperé a que me contestara con una verdadera impaciencia.

—¿Sí? ¿Hola?

Mi alegría y mi sonrisa se esfumaron de mi rostro. Me quedé muda al oír una mujer al otro lado de mi iPhone. ¿Por qué una mujer contestaba el móvil de Darién?

—Eh, sí... —sacudí la cabeza recobrando el sentido—, deseo hablar con Darién.

—Oh, tú debes ser su novia, verás yo... esto te va aparecer raro, pero es la verdad, no te voy a mentir...

Esperé haciéndose un nudo en mi estómago.

—Cariño, espérame, te dejas esto —intentó mantener su voz en un susurro pero fue inevitable que yo lo escuchara.

Cuando la oí hablar con ese tono tan cariñoso hacia otra persona, me quedé rígida imaginando que sería Darién. Los celos me poseyeron cegándome la rabia. Y deseé ponerla en su lugar, llamarla por su nombre, exigirle que él se pusiera al teléfono. ¿Pero quién era yo para reprocharle nada a esa mujer?

—No... no importa. Me he equivocado.

Colgué soltando el aire que retenía con dolor en mi pecho, y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas sintiéndome como una verdadera estúpida. La voz de esa mujer, que tuviera su móvil, que lo llamara cariño... me confirmaba que había otra chica en su vida. Y esa arpía había tenido la cara de decir que yo era su novia. ¿Qué estaban, burlándose de mí?

—Eres una estúpida romántica, si crees que vas a tener tu príncipe azul —me dije a mi misma.

¿Cómo pude creer que Darién podría sentir algo por mí? Era absurdo. Su trabajo era seducir y yacer con las mujeres, no entregar su corazón y aunque hubiera dejado su trabajo, parecía como si no pudiera desprenderse del todo de esa vida. Cerré el libro soltando un suspiro amargo mirando su tapa.

No supe cuánto tiempo estuve en la biblioteca deprimida y desolada, pero toda mi atención se centró en los tres golpes que sonaron en la puerta.

Me quité el libro de la cara frunciendo el ceño sin dejar de mirar la puerta. No había nadie en la mansión, y estaba segura de que Darién aún no volvería; no hasta que se le diera la mísera gana. Apreté el libro entre mis manos reticente al pensar que no había nadie en la mansión a parte de mí.

—Ade... adelante.

La puerta se abrió y me quedé atónita.

—¿Alfred? ¿Qué haces aquí? Todavía te quedan unos días más.

Hizo una leve inclinación de cabeza.

—Solo estaré aquí unas horas, señorita Knightley. Las suficientes para preparar una cena exquisita. Fue el señor Darién quien me llamó y me ordenó que la preparase, y me ordenó que no le comentase más.

¿Cómo que se lo ordenó? Con una reverencia de despedida cerró las puertas.

—¡Alfred! —lo llamé indignada por culpa de Darién.

No regresó para una explicación detallada. ¡Y ahora esto! Mandaba a Alfred a preparar una cena. ¿Para qué? ¿A qué jugaba? Eso era lo que quería, seguir cabreándome aún más porque le encantaba. En realidad él no quería conocerme muy enojada. ¡Y de aquí no saldría por nada del mundo! En esa cena iba a estar él solo y sin mí.

Suspiré para tomar un pulso de relajación volviendo mi atención a la novela. Y me perdí en el libro usando mi capacidad *lectora* para no comerme la cabeza, con todo lo que en las últimas horas me había ocurrido. Pero a la hora de marcharse Alfred, volvieron a sonar golpes en la puerta.

—Adelante, Alfred —le dije atenta a la lectura.

Dos figuras juntas tan inconfundibles como el sol, se aproximaron a mí.

—Olivia, Mary, ¿pero qué hacéis aquí?

Ellas se miraron sonrientes.

—Un encargo —hablaron las dos.

Puse un rostro serio.

—Explicaros, por favor.

—No hay tiempo, tiene que venir con nosotras —Mary me cogió de un brazo quitándome el libro y pasándoselo a Olivia para que lo dejara en la estantería.

—¿Adónde y por qué?

—Son órdenes del señor Darién, hace poco que ha llegado y nos ha encargado un pedido muy especial.

—Ahh ha venido, espera que voy a cantarle las cuarenta —me deshice un segundo del agarre de Mary.

—No puede verlo señorita, él no quiere aún recibirla —agarró con más fuerza mi brazo arrastrándome con ella.

Me quedé boquiabierta. *Quéeee*. ¿No deseaba recibirme? ¿Pero que se creía, un marques?

—Pues lo llamo o le envío un mensaje —saqué de mi bolsillo mi iPhone echando chispas.

—Esto se lo confisco, nada de tecnología.

—¡Oye! —lo intenté reclamar pero Olivia se lo metió al bolsillo del delantal con una sonrisa que ocultaba mucha información.

Las dos se cogieron de mis brazos sin dejarme escapatoria, dejándome turbada de pensar que harían conmigo. Pero me rendí al no ver que me dejaran en paz.

—¿Qué haréis conmigo según las órdenes del excelentísimo señor Darién?

Se miraron pillas y sonrientes subiendo conmigo las escaleras.

—Un viaje en el tiempo.

El reloj de mi habitación me avisó de que eran las ocho de la noche.

¿Quería despertar de este sueño que estaba viviendo?

Probablemente no.

La chica que había frente al espejo no se reconocía en lo absoluto, jamás se hubiera imaginado que su belleza resultara ser dulce y bonita, y no una maldición como siempre había pensado.

Olivia terminó con mi pelo, y me miré una vez más en el reflejo del espejo. Llevaba un semi recogido con ondas y unos pequeños adornos en forma de flores sobre mi cabello. Me sonrojé por verme a mí misma así, aun cuando Mary seguía echándome un poco de colorete en las mejillas. Cuando se dieron cuenta de mi leve hematoma mientras me maquillaban, tuve que decirles que me di contra una puerta; y por suerte me creyeron.

—Está usted muy bella, señorita —me dijo Olivia.

Levantándome de la silla frente al tocador, me sentí rara y sonreí nerviosa. Mary se encargó de ponerme bien el vestido por detrás, que arrastraba unos centímetros por el suelo. El vestido de un tono crema, era una joya. Estaba confeccionado en satén con un escote en forma de corazón y una fina pedrería plateada sobre el pecho. Toqué mi cuerpo para ver si esto aún seguía siendo la realidad y no un sueño.

Sonreí más abiertamente con ilusión.

—Le queda perfecto —también parecía ilusionada Mary mirándome.

—Gracias chicas, por ayudarme con todo —señalé maravillada.

—Ha sido un placer —dijeron ambas con una leve inclinación.

Estaba que no resistía por saber dónde estaría Darién, y si me daba una ligera imagen de como iría vestido. Olivia me echó un perfume embriagador por mi cuello, y Mary se dispuso abrir la puerta para que saliera.

Bajé temblorosa buscándolo con los ojos, pero solo vi a Alfred al pie de las escaleras que me tendía su mano enguantada para coger la mía.

—Señorita —se inclinó en reverencia.

Sonreí tímidamente. Con esto puesto, era como viajar a los tiempos medievales. Su mano me cogió la mía.

—Está usted muy hermosa, señorita.

—Gracias, Alfred —dije sonrojada.



—El señor Darién la espera.

Mi corazón bombeó con fuerza de solo oír eso. Intenté relajar mi cuerpo, no ayudándome en nada oír el incesante tacón de mis zapatos a cada paso que avanzaba. Intentaba no ponerme más nerviosa, pero era inevitable. Nadie jamás había hecho esto por mí, y aún no sabía el porqué de toda esta sorpresa. Y eran demasiadas preguntas y dudas las que se formulaban en mi mente. Alfred se detuvo frente a unas puertas, y las abrió de par en par dándome a mi paso.

No podía negar que en mi estómago revolotearan mariposas por la sorpresa que me aguardaba, pero tampoco podía evitar y partiendo mi corazón en dos, pensar que Darién no me amaba y que tal vez solo podía verme como una amiga con derecho a roce. Y no. No era de esas chicas. Si yo entregaba mi corazón, lo mínimo que pedía era ser correspondida y que me fuera fiel. Nada más.

Sabía que Darién no era ese tipo de hombres, aunque ya no sabía que pensar, porque cada día me confundía más su actitud. *Ahora me acerco, ahora me alejo*. Eso me creaba dudas. Me había arriesgado a entregarle mi corazón y perdí en mi propia guerra de sentimientos y emociones. Apreté mis manos en el precioso vestido sin arrugarlo, sintiéndome derrotada.

Tragué saliva paralizada, oyendo que detrás de mí se cerraban las puertas.

Cuando entré por completo en el salón de baile, una suave y acompañada melodía clásica se acomodaba en la estancia. Me quedé maravillada mirando el salón. Los marcos de los espejos estaban bañados en oro, así como también las escayolas de distintos diseños. Las paredes blancas resaltaban con el dorado y el suelo de mármol tenía forma de rombo. Visualicé cuatro estatuas de mujeres en diferentes posturas bañadas en bronce, cerca de los ventanales donde se filtraba la luz de la luna. Como en otras partes de la mansión había cuadros donde estaban representados mis antepasados, y que databan del siglo XIX. Maravillada, me fijé en los frescos del techo, observando pintados con una elegante perfección algunos dioses celtas. No entendía el concepto que quiso plasmar mi bisabuelo sobre los dioses celtas reflejados en el techo. Este salón de baile costaba una fortuna por su estilosa decoración. Más de un baile importante debió de celebrarse aquí, reuniendo tal vez a algunos importantes de la aristocracia.

Mi corazón golpeó desenfrenado al observar frente a mí a Darién. Y los deseos volvieron a resurgir por cada poro de mi piel. Robó mi aliento, robó mis sentidos, robó cada parte de mí, y lo miré adorándolo. Me humedecí los labios para tranquilizarme, pero sus ojos azules tan cautivadores me atraparon y sonrió haciendo más magnífico todo para mis sentidos.

Una sonrisa suya era un *mundo* donde deseaba despertar todos los días. La elegancia y la masculinidad con la que vestía ese traje negro me dejaban embobada, sin saber cómo reaccionar ante tanto atractivo. Lamentablemente me hubiese gustado dejarme llevar por mi atolondrado corazón... pero ya no podía más.

Erguida caminé hacia él intentando no mostrar la ilusión en mi rostro por todo esto. ¿Pero por qué lo había hecho? ¿Para seguir engatusándome y que pudiera garantizarse que mi cuerpo volviera a ser suyo? No sería el segundo plato de nadie.

Cerré los ojos un segundo, volviendo a negarme que Darién fuera así de maquiavélico. Comprendí que su sonrisa se esfumara de su rostro al ver mi rigidez sin proponérmela cien por cien. Estaba a una milésima, solo a una de arrojarme a sus brazos y no importarme cuanto me utilizara, cuanto me lastimara y se riera de mí.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos mientras rehuía su mirada.

—¿Qué ocurre, Adalia? ¿No te gusta? —señaló inquieto el entorno con los brazos.

Dios de mi vida. ¡¡Sí!! Quise gritarle.

—No puedo más, Darién —mi voz sonó frágil.

—¿Cómo? —le desconcertaron mis palabras.

Apreté los labios para contener el sollozo que irrumpía salir de mi garganta.

—Entiendo que no sientas lo mismo por mí...

—No Adalia, espera un momento... —adelantó un paso y yo retrocedí automáticamente. Se exasperó repasando una mano por su pelo al ver mi reacción—. Yo quería decirte algo esta noche, algo importante para mí, ¿por

qué todo tienes que malinterpretarlo?

¿Malinterpretarlo? ¡Como tenía la cara de decirme semejante cosa!

—Te llamé Darién, y me contestó una mujer.

—¿Me llamaste? —estaba confuso. ¿Por qué no lo admitía? Cerró los ojos asintiendo con la cabeza como si aceptara algo—, maldita sea es eso...— susurró—. Adalia escúchame, debí dejar mi móvil en la tienda que te compré el vestido. ¡Llevo días planeando esto!

*Mentira, mentira, mentira.* Me repetía mi retorcida mente.

—No sigas —mi susurro quebrado hizo que se detuviera. Me miró espantado e impotente, y yo estaba rota.

—¡No puedes desconfiar de mí porque una dependienta haya contestado mi móvil!

No quería romper a llorar delante de él, no se merecía mis lágrimas.

«*Cariño, espérame te dejas esto*». Me torturó mi mente las palabras de esa chica. No fue una simple confusión. Sé lo que oí. Estaba conmigo y con otra. Y no era una mujer que se dejaba pisotear.

—No puedo soportarlo —me di la vuelta.

—¡Adalia! —me llamó frustrado al ver que me iba.

Llevé una mano a mi boca. *Aguanta, tú puedes, unos metros más.* Pensé nublándose mi vista por las lágrimas. En cuanto cruzara esas puertas del salón de baile, también saldría de la vida de Darién. Si esperaba que yo lo fuera a compartir con otra mujer, entonces no me conocía en nada.

Me estaba partiendo en dos mientras caminaba. Y que no viniese hacia mí para detenerme, me hizo dar cuenta de cuanto deseaba que me marchara de su vida. ¡Entonces por qué me llevó con su familia! ¡Por qué me hizo conocerlos! ¡Por qué me hizo dormir en su cama! ¡Por qué jugaba conmigo!

—Adalia —volvió a llamarme con una nota de desesperación. Mi cuerpo ardía por volverse, por olvidarlo todo, por perderme entre sus brazos que eran mi hogar. Pero el amor no podía hacerme débil—. Maldita sea Adalia, quiero que te detengas. ¡Ahora! —estaba cabreado y oí que caminaba, y aceleré más mis pasos con angustia levantando un poco el vestido para no pisarlo.

Ahogándome en una soledad profunda por tomar esta decisión, estaba dispuesta hacerme un nudo en el corazón y esperar que el *tiempo* lo sanara, porque ahora estaba a punto de *apagarse* en cuanto cruzara las puertas. Cinco metros más y...

—*Táim i ngrá leat!*

¡*Bum!* Fue un latido intenso que dio mi corazón haciendo que me detuviera. Se me escapó un gemido quebrado donde mi cuerpo quedó paralizado. Los músculos se tensaron en mi cuerpo haciendo que mis rodillas temblaran. Y mi mundo comenzó a cobrar vida por primera vez en mucho tiempo. «*Estoy enamorado de ti*» me había dicho en irlandés. ¡En mi idioma natal! Corté mi respiración sintiendo una oleada de emoción que a su vez se mezclaba con el miedo de volverme y que nada fuera real.

—*Is grá liom thú.*

Ese «*te quiero*» fue el que culminó de luz y emociones mi corazón.

Cerré los ojos apretándolos. Lo volví a oír caminar más cerca y me tensé. Y tras unos segundos más lo sentí detrás de mí, percibía su aliento en mi nuca y como el roce de su ropa lo hacía con la mía erizando mi piel.

—Estoy dispuesto a romper cualquier barrera del tiempo y destrozará cualquier obstáculo para estar contigo. He muerto cada día esperándote. ¿Por qué has tardado tanto en venir a mí? —abrí los ojos impactada por sus palabras cargadas de dulzura y una pizca de tristeza. Nunca lo habría esperado. Nunca habría esperado que me dijera eso tan romántico—. Me he sentido tan solo estos años. No he tenido paz. Jamás he amado a otra mujer tanto como te amo a ti. Créeme.

Lloraba en silencio apretando los dientes, borrándose mi visión por el mar de lágrimas que salían de mis ojos, y sentí que de un momento a otro me desvanecería de todas las emociones que golpeaban a mi corazón.

Sus manos se apoyaron en mis brazos sujetándolos con suavidad y oí como inspiraba cerca de mi cuello rozándome sus labios.

—Te amo, Adalia Knightley.

Mi corazón me pidió con urgencia que me diera la vuelta y lo hice, fundiéndose nuestras miradas en una sola al mirarnos. Frunció los labios con

una media sonrisa y me tomó el rostro entre sus manos a la vez que despejaba con ternura mis lágrimas.

—Sé que esto que estamos sintiendo asusta, ha pasado tan rápido que el temor intenta acorazar nuestros corazones para volvernos vulnerables. Pero enamorarse es soñar despierto y vivir de la esperanza. Donde quedaría el amor si nadie se arriesgara en esa aventura. La vida no ha sido justa con nosotros y ella misma se ha encargado de unirnos porque nos debía una. El destino me puso en el día justo para conocerte. A tu lado puedo ser yo mismo, y eso hace que me sienta liberado. Ya he encontrado mi casa y solo tú tienes el poder de abrir la puerta, y dejar que te ame con el frenesí que retengo en mis venas. Te has metido tan dentro de mí que anhelo que el resto de mis días despiertes entre mis brazos, porque eres la mujer de mi vida.

Sonreí con esperanzas y en un impulso mandado por el corazón me arrojé hacia sus labios que me aceptaron con alivio y felicidad. El beso fue prolongado, dulce y lleno del más puro amor.

*Me ama, me ama, me ama.* Pensé estallando de felicidad.

—¿Me amas?

—Te amo, banphrionsa. Desde la primera vez que te vi robaste mis sueños, mis pensamientos y mi corazón. ¿Por qué has creído que estoy con otra cuando tengo a la mujer de mi vida a mi lado?

—Solo deseo que seas mío y no soportaba la idea de que otra estuviera contigo —enarcó una ceja con diversión al verme celosa—. Oh, vamos, eres todo lo que una chica querría en su vida. Eres guapo, atractivo, noble, eres el caballero que todas sueñan. Y me sentí inestable. Yo no tengo mucho que ofrecerte de mí...

Su sonrisa se fue apagando a medida que iba hablando al verme afligida. Sin vacilación, cogió mi mano y me llevó con él enfrentándonos a ambos en el reflejo de un espejo.

—¿Me alabas a mí pero a ti te desprecias? Mírate. Tu belleza haría que cualquier mortal se inclinara ante ti. Y la nobleza de tu interior no se puede igualar con nadie.

Me miré por un largo rato en el espejo y suspiré.

—Mi belleza es una maldición, no quiero verme... —me di la vuelta acongojada, ocultando mi rostro en su pecho, y pesando sobre mis hombros todo este año sufrido por culpa de la prensa y de los hombres.

Sus brazos me abrigaron durante un rato haciéndome sentir que siempre estaría aquí. Amándome, protegiéndome, consintiéndome. Pero se alejó de mí unos pasos ofuscado, y apretando los puños.

—¡Maldito mundo por haber intentado quebrar tu espíritu! No sabes cómo me enerva como han intentado quebrarte, pero no lo han conseguido. Porque aquí estoy yo, y nadie volverá a tocarte de ninguna manera.

Sus ojos irritados se dirigieron a mí apaciguándose con rapidez, volvió hasta mí cogiéndome las manos y llevándoselas a los labios.

—Debiste confiar en mí. Y soy tuyo. Eternamente tuyo.

Sabía que se refería al lío paranoico que me hice con la dependienta. Pero cómo hacerlo cuando su trabajo o más bien su antiguo trabajo, era seducir mujeres para disfrutar del placer carnal y también disfrutar del placer del dinero. Lo leyó en mis ojos negando en un gesto.

—Aleja tus pensamientos, Adalia.

Esboqué una sonrisa.

La emoción inundó mis sentidos deseando que este momento se quedara conmigo para siempre. Observé una mesa a unos metros de nosotros con un festín de comida, y alcé las cejas muy sorprendida. Oh claro, la cena que me dijo Alfred que prepararía. Entonces ellos otra vez se habrán marchado hacia Dublín. Darién solo los llamó para que lo ayudaran a preparar toda esta *sorpresa* para mí.

¿Cómo pude ser tan paranoica de pensar lo peor de Darién? Por Dios, él me dijo que era su cielo, eso tuvo que ser suficiente para no *desquebrajar* la confianza que intentamos construir. Mi mente me la había jugado otra vez. Y Darién tenía demasiada *paciencia* conmigo. Demasiada.

Se echó unos pasos hacia atrás tendiéndome su mano, y la mía voló al instante hacia la suya como si necesitara aferrarse con toda la voluntad a él. Me besó con dulzura la mano y me hizo dar una vuelta deleitándose su mirada sobre mí.

—¿Y ahora puedo decirte claramente lo hermosa que te ves con ese vestido? Porque era lo primero que deseaba decirte y no me has dejado —me sonrojé mirando el suelo por su alago tan ardiente—. Digno de una banphrionsa como tú —me susurró al tiempo que me estrechaba entre sus brazos con el amor que me profesaba, y me besaba con una arrebatadora pasión.

Me condujo con él hacia la mesa y deslizó con caballerosidad una de las sillas para que me sentara.

—Gracias —le dije al tiempo que me sentaba.

—Es todo un placer —me estremeció el roce de sus labios en mi oreja, cerrando los ojos complacida. Y rodeó la mesa sentándose frente a mí.

—Me eclipsaste nada más entrar al salón, y te ves indiscutiblemente atractivo. Sigues siendo un delito para la sociedad de hombres.

Sonrió acomodándose y sirviendo en las copas un vino blanco.

—Gracias señorita Knightley, es un honor recibir un alago así de usted teniendo en cuenta lo enojada que está conmigo.

Lo recordé al instante avergonzándome ahora de todo eso. Puse la servilleta con los bordes dorados sobre mis rodillas, pero Darién se inclinó hacia mí y me cogió una mano acariciando con su pulgar mis nudillos, con una mirada intranquila.

—Dime la verdad, ¿por qué te pusiste así?

Observé un momento la mesa para armarme de valor y tragar ese orgullo tonto que a veces me salía.

—Creí de verdad que te estarías viendo con otra mujer. Me puse celosa.

Darién echó su cuerpo hacia atrás sorprendido, pero sin soltarme de la mano.

—¿En serio?

Asentí avergonzada.

—No sé, pensé que ya tal vez te habrías aburrido de mí, que tú no eres hombre de una sola mujer y que yo soy poca cosa...

—Nunca tendré de ti suficiente, Adalia. Me lo das todo solo con respirar. Y puedo comprender tus celos. No soporto la idea de que otro hombre esté en tu vida, salvo que sea para una amistad. Me ciega la ira de solo pensar que alguno intente ganar tu corazón.

Sonreí con levedad. Y eso en el fondo era tranquilizador, ¿pero por cuánto tiempo?

—Así que todo ese misterio que te llevaba hacia Killarney era por esta sorpresa.

—Así es. Una noche *romántica*. Te lo prometí.

Fruncí el rostro con credulidad. Me lo prometió. ¿Cuándo?

—No lo recuerdo.

Parpadeó unas pocas veces con una clara expresión juguetona en su rostro.

—Olvida con frecuencia todas mis promesas, señorita Knightley.

Deseé decirle que sí. Que mi cabeza estaba *dañada* para siempre. Tal vez me lo dijo. No quería imaginar que algo ahora no estaba funcionando bien en mi cerebro. Me estremecí de terror de solo pensarlo, disimulando ese malestar por fuera para que no lo percibiera Darién.

—Bien, comencemos a comer esto tan rico que Alfred nos ha preparado.

Asentí gustosa.

La velada de la cena fue mágica, fue un claro paso más para conocernos realmente. Hablamos, reímos, disfrutamos de cada segundo... fue un momento que nunca olvidaré. Esta segunda *oportunidad* que me dio la vida la aprovecharía al máximo. Y daba gracias de que pusiera a Darién en mi camino. En cada segundo no cejaré de *grabar* en mi memoria la sonrisa de él, su forma de hacerme sentir especial, su forma de hacerme ver la vida, su forma de amarme, y hasta del tema más absurdo que pudiésemos tener. Los recuerdos más hermosos perseverarlos parecía fácil, pero no era así. Si la vida quería, de un momento a otro los borraría de ti quitándote hasta tu propia identidad.

Al poco tiempo de terminar de cenar, me tendió una mano levantándose primero sin decir nada. Me quedé un momento mirando su sonrisa torcida que



derritió mi corazón, con su mirada que llameaba el fuego abrasador que desnudaba cada parte de mí.

Se la cogí confusa, levantándome al mismo tiempo. ¿Y ahora dónde iríamos? Nos separamos de la mesa caminando hacia el centro del salón. Por unos instantes se separó de mí marchándose hacia otra parte. Y unos segundos después, comenzó a sonar una melodía que fustigó mis *sentimientos* haciéndome sentir rara al escucharla.

—¿Deseas bailar conmigo? —me tendió su mano elegantemente.

—Estoy honrada de que me lo pidas.

Expresé fascinada y cuando cogió mi mano, me estrechó contra él de una manera delicada y frágil, llevando su otra mano a mi cintura y dejando mis manos alrededor de su cuello sin desear despegar mi cuerpo del suyo. Cuando comenzamos a bailar, Darién miró todo el salón con algo de nostalgia reflejada en su rostro, dejando su mirada más tiempo en el piano negro de cola que estaba cerca de los ventanales.

—¿Qué ocurre? —susurré a tiempo que giraba su rostro hacia el mío.

Su mirada encerraba una tristeza que no podía descifrar, y que me dolía que tuviera. Pero esbozó una sonrisa.

—Nada —sacudió la cabeza.

Intenté profundizar más en el tema pero sin esperarlo me robó un beso que enloqueció mis sentidos, deseando que no pusiera fin a las maravillosas sensaciones que recorrían mi cuerpo. Sé que había sido una *maniobra* de distracción para hacerme olvidar. Pero eso solo hizo que me comiera más la cabeza. Ese específico «nada» no me gustaba. ¿Por qué había notado cierta tristeza en su rostro? Sé que algo le *hostigaba* desde que habíamos pisado Muckross-Knightley House. Pero no sé qué era, y no dejaba de darle vueltas a qué podría ser que lo tuviera tan martirizado.

Una de sus manos recorrió mi nuca atrayendo nuestros rostros nuevamente y cerrando nuestros ojos a la misma vez. Podía sentir su respiración tan entrecortada como la mía, nuestra atracción que no entendía de *ataduras*, y el ritmo de nuestros corazones a su llamada. Sus mejillas rozaron las mías con suavidad, y en una lenta sensualidad haciéndome temblar de placer, y

dejándome nublada ante algún pensamiento.

—Adalia, mírame. Mírame todos los días y nunca dejes de hacerlo. Nunca dejes de mirar en mis ojos cuanto te amo.

Lo contemplé emocionada bajo una sonrisa.

—Nunca, mi amor.

Entonces la suave melodía me distrajo, hizo que me estremeciera y sufriera una sensación extraña otra vez. No incómoda, pero si algo desconcertante.

—¿Cómo se llama la melodía?

—*Moonrise* de Brian Crain.

—Es preciosa.

—No tanto como tú. Ni las rosas ni las melodías ni nada material de este mundo pueden compararse con tu be...

No lo dejé terminar besándolo apasionadamente al inundarme más la felicidad. Mi amor era correspondido, Darién sentía lo mismo que yo. Me amaba. Este momento no quería que acabara jamás.

—Cierra los ojos —me pidió con un tono dulce.

Lo hice a su petición. Oí como se movía a mí alrededor y luego sentí como algo se deslizaba sobre mi cuello. Abriendo mis ojos, miré el colgante quedándome alucinada. *¡Dios de mi vida!*

Lo miré *hechizada* sin saber que decir.

—Feliz cumpleaños.

Parpadeé atónita.

—¿Cómo lo sabes? —estaba perpleja.

—Digamos que te oí en el Jet de Aiden.

Puse los ojos en blanco. Claro, con la llamada de mi hermano o tal vez con la de Carla. Al parecer a Darién no se le escapaba ni una.

—Aunque sé que no es hoy, y que fue ayer —parecía molesto.

—¿Es por eso que estabas enojado ayer? —ahora podía quitarme un

enorme peso de encima tras saberlo—. Por eso me decías que no te creías que estuviera a tu lado. Darién, no me importaba pasar mi cumpleaños acompañándote en el hospital.

Suspiró resignado.

—Sí, mi cabreo era un noventa y cinco por ciento sobre eso. El otro cinco por ciento porque pusieras atención al doctor.

Le di una mirada en reprimenda que me sostuvo con un ceño fruncido. Cuando se ponía malhumorado se veía mucho más guapo.

—¿Qué doctor? Ni recuerdo ya como se llama —me hice la loca con humor.

Aunque quería evitarlo al final me sonrió relajándose.

—Gracias. Es precioso.

—¿Sabes lo que es? —la señaló.

—Sí, es una Triqueta celta —asentí aún maravillada por su hermoso regalo.

La Triqueta tenía demasiadas representaciones ya que su evaluación histórica sobrepasaba los más de cinco mil años. Era la representación de la parte fémica del universo y de las tres fuerzas de la naturaleza; tierra, agua y aire. Además representaba a la divinidad mujer en sus tres facetas unísonas de doncella, madre y anciana. También cabía destacar que simbolizaba la vida, la muerte y el renacimiento, ya que en el druísmo creen en la reencarnación. Según algunos, este símbolo celta escondía una *magia secreta* de la que se encargaban las propias druidas en tiempos inmemoriales.

Se mordió el labio inferior, rebotante de felicidad al ver mi entusiasmo. Sus manos se deslizaron por mi rostro tomándolo, rozando sus labios contra los míos y cerré los ojos nublada de mis sentidos cuando sus palabras susurradas, que comenzaron a salir de sus labios, tomaron el *poder* de mi corazón.

—Simboliza demasiadas cosas pero yo me quedo con una. La que representa las tres promesas que un hombre debe hacerle a su amada en una relación; *amar, honrar y proteger*.

Quise gritar de alegría y emoción. Conmocionada, mis ojos humedecidos

vagaron hacia el colgante bañado en platino. Observé la forma de los tres óvalos con los extremos en punta y rodeados por un círculo, teniendo en el centro de éste una piedra de un tono zafiro reluciente. Era bellissimo. Sin pensarlo, me arrojé a sus labios agradeciéndole que me demostrara de esta manera cuanto me amaba.

Si él me daba esta *prueba* de amor yo tenía que darle otra. Otra que él estaba deseando escuchar de mis labios. Algo que había ansiado saber desde que me conocía. Y esperaba que se quedara a mi lado después de oírme.

—Estoy preparada.

—¿Para qué? —frunció el ceño acariciando mis mejillas con ilusión.

—Para contarte lo que me ocurrió hace seis años.

Sé que en cuanto solté esas palabras todo a nuestro alrededor cambió, creándose una atmósfera cargada de tensión y miedos. Asintió despacio con un inquietante rostro, observándome que tragaba saliva y miraba un momento al suelo.

—No fue mi elección olvidar, Darién —ladeé el rostro atormentada, caminando unos pasos.

—¿Qué intentas decirme? —me siguió impaciente porque siguiera.

Cerré los ojos entristecida. Había llegado la hora de decirle la verdad.

—Cuando llegué a Los Ángeles con casi veinte años, apenas me faltaba un día para cumplirlos, en la mansión donde vivo actualmente me caí por las escaleras. Estuve en coma por un largo mes y cuando desperté no recordaba a nadie, no recordaba nada de mi vida. Desde entonces solo recordé muy pocas cosas. Al principio estaba aterrada de mi misma...

Dejé de hablar al ver lo pálido que estaba Darién de repente. Su mirada permanecía en una dirección sin apenas respirar, teniendo un demacrado rostro y una sombría mirada como si la *luz* de sus ojos se hubiese apagado dejándolo inerte en vida.

—¿Darién?

Mi sangre se alteró al ver que ni tan siquiera pestañeara.

—Darién, di algo me estás asustando...

Apretó los puños con fuerza, su cuerpo comenzó a temblar y su respiración a agitarse. Su semblante cambió volviéndose atormentado y furioso sin poder entender por qué. Se movió por el salón de baile ofuscado no entendiendo que farfullaba y en un momento inesperado, vi que se abalanzaba contra la mesa arrojando toda la cubertería al suelo, explotando la porcelana en añicos y resonando en todo el salón.

—¡Darién!

Reaccioné asustada al verlo hecho una furia, no sabiendo cómo actuar al quedarme paralizada. Apoyó sus manos temblorosas sobre la mesa no cesando su ira. Me quedé quieta, asustada y humedeciéndose mis ojos. No sabía por qué había actuado así. ¿Sería por mí? ¿Porque era un parásito humano que apenas recordaba su vida? ¿Porque ahora se arrepentía de estar conmigo?

Comencé a llorar no soportando mis pensamientos que emprendieron a torturar a mi corazón. Inmediatamente, él se dio la vuelta con un rostro turbado y sus ojos agrandados. Negué con la cabeza dando un paso hacia atrás confundida, perdida por su reacción.

—Es por mí, ¿verdad? Porque al fin de cuentas no valgo. Quien querría a una mujer que poco recuerda de su vida. Soy una carga...

—¡No! —Su voz alzada me sobresaltó y no hablé más apretando los labios. Repasó una mano por sus sienes endureciendo su rostro—. Jamás pienses así de ti. Jamás.

Miré hacia otro lado acongojada, llena de una vorágine de sensaciones malas. Pero lo vi moverse hasta llegar a mí, coger mis manos y ver su mirada destrozada por mi culpa.

—Perdóname —agachó la cabeza como castigo, balbuceando descontroladamente. Estaba paralizada por su reacción. Fue arrodillándose y envolviendo sus brazos alrededor de mis piernas—. Necesito que me perdones, yo...

Reaccioné rápida poniéndome a su altura dejando una mano sobre sus labios y negando con la cabeza.

—No tengo nada que perdonarte, mi amor. No has hecho nada malo. Es verdad que tu reacción me ha desconcertado y he temido. ¿Por qué has

reaccionado así? —observé sus manos asustada de que se hubiese cortado, pero afortunadamente no tenía heridas.

—Por impotencia. Te he imaginado con veinte años sola, desorientada, sin... —se calló bajo su amargura cerrando los ojos.

Arrodillada y cabizbaja una de mis lágrimas se fundió en mis labios apretándolos con fuerza para no seguir llorando. Necesitaba ser fuerte para seguir, pero en verdad me costaba, me costaba mirar hacia atrás, mirar seis años atrás y todo lo que hice erróneo.

—No debí decirte nada —musité—. He roto nuestra noche romántica. Soy una estúpida.

—No, mi banphrionsa. Ahí te equivocas. Te doy las gracias por habérmelo dicho. Aquí quién se ha comportado como un imbécil he sido yo.

Esboqué una leve sonrisa.

—Deseo seguir contándote...

Me apretó las manos sintiendo su fortaleza.

—Estás dispuesta a seguir. ¿Estás bien? —me tomó el rostro entre sus manos con tanta ternura que por unos pocos segundos me perdí en su cálida protección.

Asentí dispuesta a seguir y dejé mi cabeza contra su pecho rodeándome con sus brazos, los dos en el frío suelo sin importarnos que estuviéramos sobre él.

—Mi madre solo me dijo que el día del accidente yo estaba muy alegre, que solo deseaba hacer una llamada. Me contaron que mi accidente fue sobre las doce de la noche justo cuando cumplí años. Y caí treinta escaleras, no recuerdo el dolor o el miedo, aunque no conforme la vida con eso atravesé un ventanal cayendo unos metros de altura hacia el jardín de atrás de la mansión. De milagro no me partí el cuello. Recuerdo despertar y verme rodeada de mucha gente que para mí eran desconocidos, algunos de ellos sonreían, otros lloraban y se abrazaban. Mi madre se acercó a mí llorando, quería abrazarme pero mi primera reacción fue: *¿quién es usted? No se acerque a mí.*

»Me dijeron que antes de despertar, mi corazón se detuvo. Los médicos intentaron que reaccionara sin perder ni un segundo. Para mi familia fue un

infierno esos momentos. Dice mi madre que tiene grabada en su mente como la maquina a la que estaba conectada no dejaba de sonar *bip...* todo el rato. Hasta que di señales de vida. Los médicos me explicaron que fue un milagro que volviera a vivir, porque mis posibilidades de volver eran nulas. Y que no me preocupara, porque estaban seguros de que mis recuerdos volverían. Pero también había noticias malas, y era que si quería tener hijos me costaría, que no podría quedarme embarazada enseguida porque la matriz estaba dañada a causa de la caída.

Con lamento, mis ojos se deslizaron hacia los pequeños cortes de mis brazos.

»Después de una fiesta en la que fuimos invitados los Knightley, aunque nadie sabe que caí en coma, salvo mi familia, Carla y ahora tú —torcí el gesto con una sonrisa y él también lo hizo—. Como iba diciendo, después de esa fiesta en la que me di cuenta que nada volvería a mí, no aguanté más, y exploté. Yo ponía de mi parte en recordar pero no podía, no podía —me señalé sollozando y Darién seguía mirándome torturado bajo sus ojos humedecidos—. Me encerré en mi habitación gritando y deseando que el dolor se fuera de mi pecho. Me puse histérica y rompí un cristal, y sin pretenderlo me caí sobre los cristales haciéndome estos cortes en los brazos —hice una pausa abatida por todo—. Desde que desperté del coma me he sentido muerta...

El azul de los ojos de Darién era oscuro mirando mis cicatrices. Era el único que podía mirarlas sin que me sintiera incómoda, y eso en parte aliviaba la pesada carga de llevarlas.

»Las habilidades aprendidas a lo largo de los años se quedaron en mí. ¿Cómo era posible que pudiese saber escribir y que los recuerdos no perduraran en mi mente? ¿Por qué? Llevo seis años preguntándomelo. Le prohibí tajantemente a mi familia que me hablaran de mi pasado —hice otra pausa cogiendo aire al sentirme debilitada—. Y tomé una decisión. Me fui. Carla y yo nos fuimos a Canadá, pero el día anterior al viaje hice una precipitada aparición en Knightley para calmar a la maldita prensa y sus habladurías. Viajamos por ese país dando nombres falsos en los hoteles donde nos hospedábamos, por si alguien reconocía nuestros verdaderos nombres. Ya que yo era la hija del famoso diseñador Knightley, y Carla la hija del nuevo

gobernador de California. Si tomé la decisión de huir fue porque sabía que era una carga para mi familia. Todos los días me miraban con la esperanza de que dijera: *mis recuerdos han vuelto. Vuelvo a ser la Adalia que conocéis*. Pero no fue así. Y yo no podía seguir con la tortura de verme como un despojo. Ahora me arrepiento de haber huido por mucho tiempo... ya estoy acostumbrada a mirarme en un espejo y no saber quién es la chica que se refleja. Y desde que Carla y yo volvimos de Canadá...

Me quedé mirando nuestras manos unidas, tambaleándose mis emociones.

—Que más —me pidió con una voz suave desesperado porque siguiera.

Dudosa de seguir, me levanté intentando no pisar el vestido. Darién se levantó a la misma vez sin dejar de mirarnos.

—No he dejado de soñar con Félix durante dos años. Al principio creí que era algo fantasioso que se había creado mi mente por estar tan triste. Pero ahora sé que existe. He soñado por dos largos años con praderas, con la Torre de los Sueños, el árbol donde pone Go Brách. Ahora sé que no he dejado de soñar con mi Irlanda y con Thief, porque en los sueños lo llamo así. Siempre estoy con él. Pero no logro ver su rostro, cada vez que lo intento algo siempre lo ensombrece.

—Sí, ya me explicaste que en un sueño te hacía el amor.

Me preocupó su tono frío y distante cuando ladeó el rostro para dejar de mirarme.

—No sé quién es —susurré con la esperanza de que no me dejara, y me miró dolido—. En parte sé que fue mi vecino, tal vez mi primer amor pero... —me aferré a él cansada de que la vida me siguiera torturando—, no quiero soñar con Félix, me aterra pensar que vivimos tanto y que tal vez por mi culpa todo se rompió.

—¿Aún deseas encontrarlo? —me preguntó con un tono grave.

—Sí.

—¿Qué sientes por él?

Intenté encontrar en mi interior la respuesta adecuada, pero no hallé nada. Solo dudas que me hacían más desdichada.



—Tampoco lo sé. Solo sé que cuando me despierto me ha gustado soñar con Félix.

Él se tensó al instante y lo miré remordida.

—Perdóname, Darién. Perdóname —oculté mi rostro en su pecho y rodeó sus brazos alrededor de mí apoyando una mejilla en mi cabeza—. Me siento mal, no sé qué hacer ahora.

—Tranquila —me habló con dulzura—, no me importa. Estoy aquí y no pienso alejarme. Estoy dispuesto a encontrarlo por ti.

—Gracias —dije alzando mis ojos hacia los suyos algo apagados—. ¿Y si él quisiera por alguna razón que desconozco que retomemos lo que dejamos hace mucho tiempo? ¿Qué harías?

Esperé impaciente su respuesta. Darién no podía dejarme marchar, no podía tirar nuestro *amor* tan fácil a la basura. Apretó la mandíbula como si estuviera furioso mirando mi anillo Claddagh.

—Ese chico tendría que haber tenido un par de...

—¿Qué? —musité sin entenderlo apenas.

Suspiró resignado, acariciando mis mejillas sin ver una chispa de alegría en su rostro.

—Si lo encontraras, te dejaría el espacio que necesitaras. Tal vez tenéis tantas cosas de que hablar...

—Pero mi corazón es tuyo, Darién.

Soltó un suspiro de alivio besando mi frente. Y sonrió.

—No permitiré que nadie nos separe, nadie. Eres mía, banphrionsa. Ni siquiera la muerte podrá separarnos.

Algo en mi interior se *activó* tras escuchar la palabra «muerte», y me hizo retirarme de su abrazo en el que encontraba seguridad. Su ceño fruncido denotaba que no entendía por qué me apartaba así de él. Mis ojos vidriosos lo miraron durante unos segundos de silencio.

—Adalia... —adelantó un paso con cautela pero con un rostro alarmado.

—Darién, no solo soy una inválida mental.

Se detuvo mirándome sobrecogido por mis palabras. Apreté las manos para que no temblaran, y me di cuenta de que no podía detener los espasmos de mi cuerpo a causa del llanto.

—Puede que vuelva a caer en coma dentro de cuatro años.

La impresión se reflejó sobre su rostro que despuntó blanquecino. Mis lágrimas caían pero ahora no podía detenerme, ya era tarde. No me habló y entendí que estuviera conmocionado, intentando su mente encontrar una explicación razonable y acorde para mis palabras. Pero no las había. Si después de esto decidía dejarme, no podía impedirselo.

—Cuando salí del coma alguien, no sé cómo, me hacía llegar unas cartas a mi habitación. Las he traído conmigo por si quieres verlas después. En ellas me dice que cada diez años caigo en el estado del *Sueño Profundo*, por una profecía que llevo marcada de hace miles de años. Que lo llevo en mí como una maldición.

—¿Una maldición? —denoté cierta ironía en su voz pero seca—. ¿Sabes quién puede ser?

—No. Pero me envió cuatro cartas. Después no recibí más. Siempre firmaba como Hope.

—No puedes creerle —refutó con firmeza—. Tal vez fue alguien que deseaba gastarte una broma.

—¿Quién? —alcé los brazos desesperada por saberlo—. Nadie sabe que caí en coma. Y dudo de que mi familia o Carla hicieran algo tan mezquino. Esto no lo sabe nadie. Y prefiero que siga así. Ahora lo sabes tú, porque confío en ti con los ojos cerrados.

—Pero no... no lo entiendo. ¿Cómo llegas a esa conclusión?

—Porque me lo dice mi corazón. Y porque ahora sé que esa persona que me escribió esas cartas quería decirme algo... algo que aún no sé lamentablemente. Hace poco que le pedí a Flor, mi ama de llaves, información de cuando tenía diez años. Me costó mucho, porque yo nunca he querido saber nada de mi pasado. ¿Y sabes que me contó? Que el mismo día que cumplí diez años me encontraron inconsciente en el bosque. Que intentaron llevarme al hospital pero ese día hubo una tormenta y las carreteras estaban inundadas.

Estuve cuatro días inconsciente, Darién —las lágrimas ya se deslizaban por mi rostro—. Ya sabes lo impotente que me siento por no poder recordar ese día. ¿Sabes lo que tuve que reprimir mientras me lo decía porque ella si lo recordaba con nitidez?

Se dio la vuelta llevando sus manos a la cabeza oyéndolo sollozar.

—No... no... —decía entre susurros.

Me abatió haberle destrozado en un momento tan especial entre los dos.

—Yo creo en la persona que me escribió esas cartas. Me dijo que algún día nos veríamos. Pero han pasado los años y no ha vuelto a dar señales.

—Por favor basta —casi no lo oí.

—Me quedan cuatro años...

—Por favor —suplicó mirando los frescos del techo.

—Y nadie podrá impedirlo...

—Adalia, basta. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

No esperé que se diera la vuelta tan rápido y me cogiera de la cintura para estrecharme contra él, uniendo nuestras miradas destrozadas.

—Deja de torturarte. Porque tú tortura es mi tortura. Esa persona tenía que estar enferma para escribirte semejante ridiculez. No le creas. Sácate esas absurdas ideas. Tú no estás maldita ni llevas una profecía encima. Y no es por los cánones por los que se rige esta sociedad, y que toda clase de maldiciones lo tachan de fantasioso, sino porque tiene que ser imposible. Cree en mí, tú no estás maldita.

Mi labio inferior tembló mirándolo acongojada.

—Entonces solo puedo esperar. Entenderé que me abandones. No te quiero arrastrar a mi lado...

—Nunca, ¿me oyes? Nunca vuelvas a pensar que voy abandonarte. Voy a estar contigo siempre.

Lo miré emocionada.

—Tengo miedo.

Amargó su rostro y me abrazó, consolándome en la tormenta furiosa que arrastraban ahora mismo nuestros corazones.

—No volvamos a sacar más este tema. No te hace ningún bien.

Asentí escondiendo mi rostro en su pecho, los dos aún en medio del salón de baile.

A pesar de todo, a pesar de haberme hecho daño recordando lo que sufrí en mi pasado y lo que seguía sufriendo... Ahora podía sentir *paz*. Me había hecho un bien contarle todo. Haberle *confesado* mi *pasado fantasma*.



## Inesperada proposición

Desde que habíamos salido del salón de baile, Darién no había abierto la boca. Ni cuando me permitió pasar a mí primero a nuestra habitación. Se mantenía distante y sumamente callado, como ensimismado en sí mismo.

*Lo estás perdiendo.* Pensé en mi fuero interno.

No, no, no podía ser lo que pasaba por mi mente. Entonces, la cena especial romántica, su declaración, el colgante... eran pruebas suficientes de su *amor*. Observé como se marchaba hacia el vestidor, abrió las puertas y se adentró despojándose de su chaqueta.

¿Y si al decirle todo sobre mi extraña maldición, el mes que pasé en coma y mi pasado inexistente, Darién decidía dejarme? Porque no podría con la presión que conllevaba estar conmigo.

Cerré los ojos negando mis pensamientos tan retorcidos. Él me había asegurado que me amaba y que se quedaría aquí. Cogí entre mis manos el colgante, sintiendo un pedacito de él. Pero aunque deseara marcharse, porque se veía presionado u otra cosa relacionada conmigo... No podría impedir que se marchara. Porque de eso se trataba el amor *verdadero*, el amor *puro*, de hacer feliz a la otra persona a pesar del dolor que pudiese arrastrar la persona que la dejara marchar.

¿Pero tendría esa fuerza suficiente?

Ojeé mis manos sintiendo como las lágrimas intentaban desbordarse por mis ojos. Para mí era como mi primera relación en la que me embarcaba emocionalmente, en la que daba todo de mí, sin mentiras, sin dudas, pero sí con miedos. Desde hacía tiempo que no podía desprenderme de mis propios *demonios* internos. Y si perdiera a Darién, navegaría hacia un abismo oscuro del que era posible que no regresara jamás. Pensativa, mis dedos repasaron las finas líneas blanquecinas (casi invisibles) de mis brazos. Cuando mis ojos se guiaron por instinto hacia la entrada del vestidor, me choqué con Darién inclinado sobre la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y observando su camisa blanca desabotonada de cuatro botones.

Esperé temerosa entrelazando los dedos. Me miraba mostrándose compasivo. Él sabía que no me encontraba bien, tenía ese *don* para verme. Confesarle lo que me pasó hacía seis años, revivirlo, no fue fácil. Porque aunque mi familia estuvo a mi lado, aunque me visitaran *infinidad* de veces en Canadá, yo me encontré siempre sola. Nunca supe por qué, fue como si a partir del accidente... mi *corazón* de ningún modo decidiera latir de *nuevo* con vida.

Siguió con la mirada mis movimientos, cuando me dispuse a ir hacia la mesita de noche abriendo el cajón. No sé qué me llevó a traer las cartas, pero aquí estaban. Y estaba dispuesta a dárselas para que las leyera. Cogí aire mientras las sostenía con debilidad entre mis manos. Me moví hacia él y alargué mi mano para entregárselas.

Leyó en mis ojos lo que necesitaba, ya que las palabras no me salían. Nuestras manos se rozaron e intentó cogerme la mano, pero preferí retirarme hacia atrás. Entendió mi alejamiento, soltó un suspiro y vi por el rabillo del ojo como abría la primera carta para leerla.

Esperé... demasiado. Lo que fueron unos escasos minutos, para mí se convirtió en una hora eterna abatiéndome contra mis miedos. Él estaba atento a las cartas, a veces se movía por la habitación, otras en cambio se repasaba la mano por el pelo. Y la verdad, prefería que hablara a este interminable silencio entre los dos.

Yo no es que creyera firmemente que tenía una *maldición*, ni una tonta profecía que me hostigaba persiguiéndome desde tiempos antiguos. Dios, si parecía absurdo hasta pensarlo. Pero sin un pasado claro, ¿cómo podía estar segura de que la persona anónima que me escribió me estaba mintiendo? ¿Y si me decía la verdad?

Mi familia no sabía nada de las cartas, ni siquiera Carla. Y era mejor que siguiera así.

En su rostro se marcaba la amargura y la impotencia. Ahora le había pasado mis pesares y no era justo que cargara con ellos. No era justo que cargara conmigo. ¿Por qué me quería? ¿Qué había visto en mí para enamorarse? Pero una parte de mí, esperaba que viera en mi mirada cuanto lo necesitaba. Porque se había quedado con mi corazón y ya no podía respirar sin él.

Apreté los labios con fuerza.

Terminó de leer la última, mirándome. Y se me paralizó el corazón.

—Aún sigues aquí —afirmé quebrándose mi voz.

Frunció el ceño, lastimado. Asomó una débil sonrisa que evidencié rota. No quería tristezas en su rostro, me sentía muy culpable. Bajé la mirada y vi que se movía hacia mí. Se detuvo, y cogió mi mentón uniendo nuestras miradas. Agarró mi mano cerrada en un puño y la puso contra su pecho.

—Nada de lo que dicen esas absurdas cartas va a cambiar mis sentimientos por ti. Te quiero, te quiero hasta sentir que mi corazón se destroza contra el pecho. Porque cada latido es tuyo —las lágrimas me impidieron ver lo hermoso que se veía diciéndome esas palabras.

—Darién...

Ahogó mis siguientes palabras cuando me cogió el rostro contemplando su firme mirada.

—Seguiré aquí, siempre. Hasta que tú decidas abandonarme.

Sus palabras me impactaron, cogiendo una de sus manos que se hallaban sobre mi rostro. Abrí su palma dejándola sobre mi mejilla negando con la cabeza.

—Nunca —juré.

Suspiró aliviado cerrando los ojos y estrechándome entre sus brazos. Abandoné mi rostro sobre su pecho, agradándome su seguridad. Darién era tan fuerte, tan alto, tan imponente, tan bueno, tan comprensible... tan todo. Lo necesitaba en mi vida.

Si la vida lo había puesto en mi camino sería porque algo bueno debí hacer.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿De verdad? —pregunté ahogada por la emoción.

Me apretó aún más contra él.

—Va a parecerte irónico, pero estoy deseando que vuelvas a tirarme bellotas sobre mi cabeza.

Reí contra su pecho y elevé mi rostro hasta chocar con su mirada brillante.



—Y yo estoy deseando que me llenes de barro. Mi perfecto caballero.

Su risa era ahogada por la emoción.

—No quiero que pienses que te voy abandonar. Tengo delante al hombre de mi vida, y no pienso permitir que nos separen.

Sus manos tomaron mi rostro hechizándome su mirada, aunque su semblante parecía luchar contra algo, por como apretaba la mandíbula tan fuerte. Luchaba contra algún pensamiento que tal vez lo atormentara.

—Has podido olvidar tu pasado. Pero te juro que a mi lado vas a vivir la mayor alegría de tu vida. No olvidarás ni un segundo de este presente —fue acercando sus labios a los míos dejándome llevar, al sentir como los rozaba contra los míos erizando mi piel—. Porque te quiero.

Me besó hasta perder la cordura y me colgué de su cuello gimiendo contra sus labios, que me aclamaban como suya. Agitados, pegó su frente contra la mía sin dejar de tocarnos.

—No puedo poner el mundo a tus pies, pero si puedo prometerarte que mi mundo es tuyo, todo mi ser... *m'fhuil, mo shaol, mo ghrá*.

Y mientras decía esas hermosas palabras en irlandés, llevó mi mano temblorosa hacia su pecho sintiendo su corazón desenfrenado, para hacerme sentir que todo lo de él era completamente mío. «*Mi sangre, mi vida, mi amor*». Cada vez que me hablaba en ese perfecto acento irlandés era un descontrol en mis sentidos, y hacía una revolución en mis hormonas. De nuevo nuestros labios se encontraron más apasionados y lujuriosos que nunca. Sentir como me amaba, me subió a la cima de la felicidad. Desde allí divisaba buenos tiempos, los mejores. Y deseaba que llegaran pronto.

—Te quiero —le expresé entre sus labios a la vez que acariciaba su torso desnudo que hizo que no se resistiera en gemir.

—Yo más.

Ambos sonreímos agitándose nuestros corazones.

—No, yo más. Mucho más —remarqué hundiendo mis manos entre la abertura de su camisa acariciando su piel de un modo erótico, gimiendo en su boca.

Mordí su labio inferior de un modo torturado y de placer, él gruñó sin resistir ni un segundo más, y con una habilidad asombrosa, elevó la larga y voluminosa falda de mi vestido subiéndome sobre su cintura, y haciendo que abrazara mis piernas en torno a ella. Apresurada y sin despegar nuestros ansiados labios, fui desabrochando los botones restantes de su camisa hasta que voló lejos de él. Que me confesara su amor, era un éxtasis de lujuria, pasión, deseo y todo lo que conllevaba la palabra *amor*.

Me arrastró hasta la cama llevando con premura sus manos por detrás de mi espalda deslizando con maestría hacia abajo, la cremallera de mi vestido, sin dejar de besar mis hombros. Desatando a la apasionada sin control que llevaba dentro de mí (mucho tiempo atrás dormida), llevé mis manos hacia sus pantalones.

Que las manos de Darién me detuvieran, me dejó mirándole desconcertada y desilusionada.

—No tan deprisa, mi amor —sonrió todo picarón—. Primer quiero saborear cada centímetro de ti.

Con manos habilidosas hizo que el vestido me quedara holgado, aliviándome que se deshiciera de la presión que había ejercido sobre mis pechos, y lo deslizó de mí con una lentitud que me llevó a la locura del frenesí por sentirlo dentro de mí de una vez.

—¿Confías en mí? —me preguntó quedándose arrodillado en la cama, aún con sus pantalones y yo más expuesta que él.

—Sí. Siempre confiaré en ti —mi voz ahogada se perdió esperando.

Antes de ver su siguiente movimiento, vi como sonreía con gesto de complicidad. Y después una venda cubrió mis ojos atándola por detrás de mi cabeza. Nunca la oscuridad había sido una buena *aliada*, pero confiaba en Darién. Sentí las yemas de sus dedos recorrer mi pecho y como se inclinaba hasta mi oído, acariciándome con su aliento.

—Solo quiero que sientas todo lo que haré.

Asentí apretando los muslos.

La sensualidad con la que bajó mis bragas me hizo gruñir desesperada, y él se dedicó a soltar una risa llena de victoria. Quise quitarme la venda, podía

hacerlo incluso, pero aguardé... impaciente. Gemí cuando me liberó de mi sostén y noté algo de frío navegando por mi piel, haciéndome recordar al momento que no habíamos encendido la chimenea.

Me había quitado el sentido de la vista, pero podía sentir como de nuevo estudiaba mi cuerpo, como me tocaba de una forma hasta sentir que llegaba al paraíso. La forma en que acariciaba mi cuerpo era una tortura. Para luego duplicar más esa tortura dejando una línea de besos, comenzando desde mis piernas, hasta avanzar por el interior de mis muslos...

—Darién —supliqué.

—Shhh déjame venerarte.

Pronto entré en calor, la forma en como me excitaba me había hecho arder. Arqueé las caderas contra él para encontrarlo, pero no estaba encima de mí, solo tenía una rodilla entre mis muslos subiendo sus labios por mis pechos. Y gemí sintiéndome liberada de mis deseos. Busqué su rostro instintivamente y nuestros labios se chocaron con fuerza y frenesí. Me restregué contra él tan descarada a la primera oportunidad, para excitarlo y que sintiera en carne propia que era la tortura. Gruñó contra mi cuello ante ese inesperado movimiento y se deshizo de la venda de mis ojos, mirándonos.

—Eres muy impaciente —me acusó juguetón y excitado.

—Tú me has convertido en una mujer impaciente. Ya sabes lo que deseo.

Tras la presión que no soportábamos los dos, le ayudé a deshacerse de sus pantalones. Y se preparó entre mis piernas, pero se detuvo mirándome con intensidad.

—Busco un...

Negué sujetándome a su cuello.

—Sin barreras.

Sonrió aplastando sus labios contra los míos a la vez que me penetraba lentamente para saborearme. Mi grito lo ahogó su boca, que no dejaba de danzar contra la mía insaciable y cautivadora. Nos movíamos al mismo ritmo, nuestras bocas gemían sin cesar, mis manos se deslizaron por sus hombros hasta su cabello. Y el intenso orgasmo nos llegó como la avalancha inesperada

de *sensaciones* que golpeó mi corazón sin preverlo.

Cobijada en los brazos de Darién y buscando el aliento, algo me incomodó en ese momento. Algo que no esperé en este momento tan *mágico y especial*.

*«Te amo, Adalia. Nunca amaré a otra mujer. Solo estás tú en mi corazón. Nunca habrá otra, te lo juro».*

Las palabras que se formaron en mi cabeza me dejaron abrumada, quedándome paralizada y asustada. ¡Esa era la voz de Félix! Era de él, porque podía diferenciar que siempre la escuchaba lejana y distorsionada.

*No, no por favor.* Supliqué buscando la fuerza que necesitaba para aguantarlo.

En ese momento, en ese mismo instante, sentí como si Félix me estuviera tocando como lo había hecho Darién hacía un momento atrás. No. No. No. ¡Era imposible! Apreté los labios intentando contener un sollozo al sentirme desorientada y molesta conmigo misma, al estar luchando mi corazón contra mí. Darién, que tenía oculto su rostro en mi cuello sin tener todo su peso sobre mí, notó los temblores de mi cuerpo que no pude ocultar.

—Adalia.

Captó mi tortura mirándome preocupado y acariciando mi rostro. Me remordía como me demostraba su preocupación, buscando en mi mirada que había mal.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal? ¿Te he hecho daño? —lo dijo tan rápido y asustado que no me dejó hablar.

Se angustió recogiendo unas lágrimas que se habían escapado por mis mejillas. ¡Maldito mi autocontrol de mis emociones!

—Te he hecho llorar —su voz quebrada sonó llena de tortura.

—Darién...

Negó con la cabeza inquieto, intentando apartarse de mí. Y era lo último que necesitaba, que se alejara. No lo soportaría.

—Soy un jodido imbécil.

—Darién.

Me agarré a su cuello forzando que su rostro se quedara a centímetros del mío. Sus ojos me miraban como si no hubiera un fin justo para la angustia que vivía. Le sonreí con devoción bajo la fragilidad de mis lágrimas, haciendo que mis dedos lo relajaran apoyando su frente contra la mía.

—No me has hecho daño. Solo lloro de felicidad. Estoy feliz. Tú me has hecho la mujer más feliz de este mundo.

Suspiró hundiendo su rostro en mi cuello.

Lo abracé con fuerza enredando mis piernas con las suyas, y así estuvimos lo que pareció la fracción de unos segundos, pero para nosotros era la *eterna* tranquilidad que nos daba saber que estábamos unidos como un solo ser. Una parte de mí se sintió mal (en realidad toda mi conciencia). Me hacía feliz, pero en verdad aunque me doliera admitirlo, esas lágrimas no habían sido de felicidad, sino de la amargura que arrastraba mi corazón confundido. No sé cuánto tiempo iba aguantar con esa fachada de «*todo está bien*», cuando mi mundo interior se caía a pedazos.

Extrañada, noté algo húmedo por mi cuello que recorría las mejillas de Darién. De pronto, caí en la cuenta de que estaba llorando en silencio. Mi corazón se apretujó muy sensible y logré que me mirara. Me mordí el labio inferior al ver sus ojos cristalinos. Esta era la segunda vez que lo veía llorar y no me gustaba. No me gustaba verlo tan frágil. Con el tiempo yo me acostumbré a verme débil, y me hice a la idea de que la fragilidad sería la que *gobernaría* mi vida. Por mi pasado inexistente, por mi rara maldición y por no poder recordar nada.

Pero no me gustaba ver a Darién tan frágil. Me tembló el labio inferior sin poder detenerlo, conteniendo las lágrimas a la vez que apoyaba mis manos sobre sus mejillas. No sé qué clase de pasado tuvo él con Kisa. Pero esperaba que no fuera por ella que llorara; por algún mal que le hizo y que ahora tristemente recordara. Como a mí me pasaba con Thief, aunque eran dos *historias diferentes*, pues él recordaba a Kisa a la perfección.

—¿Por qué lloras, mi amor? —le pregunté con una gran congoja.

Sus ojos estudiaron los míos también vidriosos.

—Porque no puedo creer que estés aquí —susurró con voz temblorosa, sus labios rozaron mis mejillas, mi frente y mis labios depositando pequeños

besos maravillosos —. Estas aquí conmigo. Y me amas como yo te amo a ti.

—Estoy aquí —le reconfirmé.

Besé su frente sintiéndome trastocada por sus palabras. Yo a veces tampoco creía que estuviera aquí conmigo. Y esperaba que no fuera un *sueño*. Que mañana despertaría y descubriría que Darién solo había sido una *fantasía* que creó mi cabeza, para sobrevivir a la vida tan desastrosa que estaba viviendo.

—Soy tan poca cosa para ti.

Mi corazón se aceleró tras lo escuchado. ¡Pero qué memez me acababa de soltar! No, estaba claro. Este no era mi Darién, el patán, el seductor, el caballero...

—Jamás vuelvas a decirme una cosa así. ¿Me has entendido, Darién? — dije tragando saliva al hablar tan deprisa.

No me habló. Pero asintió con la cabeza enterrando su rostro sobre mi pecho.

*Que te ocurre, Darién. ¿Es por mi culpa que estás así? Pensé* entristecida mientras mis dedos surcaban su cabello castaño. *¿Por qué tuve que ser una bocazas y contarle todo mi pasado? ¿Por qué? Ahora era cuestión de tiempo que sucediera lo peor.*

Esperaba que no se moviera de encima de mí, era cierto que me obstruía algo la respiración, pero esa pequeña molestia no se acercaba a la tranquilidad y calidez que me aportaba que su cuerpo estuviera sobre el mío.

Movió su rostro hasta el mío un minuto después, besando con dulzura mis labios.

—Te amo, Adalia. Me estás dando una oportunidad para creer que en este mundo hay un final feliz para mí. Te amo, banphrionsa.

No pude ocultar el gemido que escapó de mis labios y que las lágrimas surcaran mis mejillas con alegría y sintiendo su energía más positiva.

Lo estrujé más contra mí buscando sus labios posesivamente.

—Yo también te amo. Y estoy dispuesta a enfrentar cualquier adversidad por ti.

Y le mostré lo habilidosa que podía ser, incitándolo, tentándolo para que me demostrara una vez más cuanto me amaba. Y para yo también mostrarle a su corazón cuanto lo amaba. Y aunque al principio se resistiera (creyendo por su cabezonería y terquedad que me había hecho daño), se rindió bajo mis artes de seducción.

Al caer exhaustos. Nos abrazamos con posesión, como si nuestros cuerpos ya no pudieran vivir el uno sin el otro. Y antes de quedarme dormida, oí como comenzaba a llover. Sonreí en la oscuridad sintiendo como él me daba su calor para no pasar frío. Me sentí muy complacida respirando con tranquilidad, no deseando que el *amanecer* llegara nunca. Porque no había mejor refugio, que los brazos de Darién en una noche de *tormenta*.

*Supe que soñaba. Porque de nuevo me encontraba debajo del árbol lleno de vida que tenía escritas las palabras sobre la corteza; Go Brách. Quise resistirme a las caricias que Thief hacía sobre mi rostro, pero me vencía su manera de tocarme, como si yo hubiera nacido solo para él. Y tras ese beso tan maravilloso que me dio, el sueño fue más retorcido y oscuro perturbándome a cada segundo.*

*Thief me apartó de él con brusquedad, dejándome conmocionada que se comportara tan frío de un momento a otro.*

*—Estás pensando en ese hombre que ahora te ha conquistado, ¿no es cierto? —su voz distorsionada me confundía.*

*Intenté visualizar su rostro pero de nuevo el sol y las sombras volvían a ser protagonistas sobre él.*

*—Lo siento.*

*—¿Qué hay de mí, Adalia? —Se golpeó el pecho con impotencia—. ¿Dónde ha quedado nuestro: para siempre?*

*—¡Dime quién eres! —le supliqué.*

*Sentí como si me mirara con repudio.*

*—¿Ahora te importo? Te has enamorado de otro. Que fácil ha sido olvidarte de mí.*

—*¡Perdí la memoria! —grité ahogada por la desesperación.*

—*¡Excusas! Jamás debiste alejarte de mí. Te pedí que no lo hicieras. Te supliqué que te quedaras junto a mí. Que no te marcharas.*

*Sus palabras solo me liaban y me torturaban haciendo que llevara mis manos a la cabeza, por el intenso dolor que se producía en mi interior.*

—*Por favor, ayúdame a encontrarte —respiré agitada.*

—*¿Para qué? ¿Para restregarme que tienes un nuevo amor? ¡Qué ya no estoy en tu corazón!*

—*Lo siento.*

—*Me has traicionado. Me juras amor eterno. Y el primero que te da un poco de cariño ya conquista tu corazón. Que fácil fue deshacerte de mí.*

*Balbuceé negando con la cabeza asustada, observando que todo a nuestro alrededor se había vuelto tenebroso, con unas nubes oscuras sobre el cielo y un viento que helaba hasta mis huesos, y que azotaba las praderas siendo despiadado.*

—*Por favor, no me hables así. Dime dónde vives. Quiero buscarte. Necesitamos hablar.*

—*Te odio —cuadró con furia.*

*Mi corazón se detuvo mirando su rostro ensombrecido por el oscuro día. Miré los alrededores desesperada por despertar. Mi corazón se hizo añicos, volviendo a oír de sus labios que me odiaba por haberlo olvidado.*

—*¡Adalia!*

*Me volví rápidamente hacia la voz de Darién. Me quedé de piedra observándolo a diez metros de mí. Vestía unos pantalones vaqueros con una camiseta azul. Su rostro torturado me suplicaba clemencia. ¿Por qué?*

—*Ven conmigo, por favor —me tendió una mano, desesperado.*

—*¡No vayas con él! —me grito Félix en mi otro extremo.*

*Temblorosa, estaba en medio de los dos mirando a uno y al otro sin parar. A Félix no podía verlo y Darién me miraba angustiada. Las lágrimas se escapaban de mí sin piedad alguna. Uno de ellos había conseguido mi*



*corazón haciéndome sentir la mujer más feliz de este mundo, el otro solo me hacía sentir desconcertada desordenando mi vida al no saber que sentía verdaderamente por él.*

—*Elijas lo que elijas. Yo siempre te querré.*

*La confesión de Darién partió mi corazón en dos y antes de que pudiese elegirlo a él... el viento se lo llevó, deshaciéndolo entre mis manos como la suave arena que era arrastrada por el viento del desierto.*

—¡¡Nooo!!

Ahugué un grito incorporándome de la cama con la respiración disparada, sintiendo unas pequeñas gotas de sudor deslizándose por mi frente. Balbuceé enterrando mis manos en el rostro, no soportando que Félix me hubiese despreciado en el sueño. ¿Y por qué mi mente había hecho que apareciera Darién? ¿Por qué me torturaba de esta manera?

Noté como Darién se incorporaba con rapidez y me abrazaba por la espalda besando mi cuello, cogiendo mis manos con fuerza para hacerme sentir que no me soltaría.

—Tranquila mi amor, estoy aquí. Solo ha sido una pesadilla. Era él, ¿verdad?

Asentí acongojada volviéndome hacia él, al sentirme tan pequeña y vulnerable. Sus brazos me acogieron como si fuese una niña, dejando caer su espalda contra el cabecero.

—Hablabas en alto. Le pedías que no se fuera.

Enterré mi rostro en su cuello.

—Sé que mi mente me ha manipulado y que ha trastornado el sueño como ha querido. Pero me ha dolido que me dijera que me odia —obvié decirle que él también salía.

—Sería un completo imbécil si de verdad te odiara.

—¿Y si fui yo la que lo abandonó? No puedo culparlo de que me odie.

—No te odia.

—Tú no puedes saberlo.

—Es cierto. No puedo —susurró mirando hacia otro lado.

—Tenemos que buscarlo. No puedo vivir así. Aún sigue en pie la idea.

Su pulgar acarició mi mejilla sintiéndome aliviada de que estuviera a mi lado.

—Lo buscaremos. Aunque de ello pueda depender que te marches de mi vida. Recordarás a ese chico.

\*\*\*\*\*

El roce delicado de su nariz contra la mía me despertó por completo, confortándome la sensación de felicidad que no dejaría escapar por nada del mundo. Pegó su cuerpo desnudo contra el mío para hacerme despertar del todo, y se rio de mi gemido que me hizo soltar por sus claras intenciones.

—Hola, banphrionsa.

—Muy buenos días —parpadeé guiñando los ojos al ver que la luz del día entraba con fuerza en la habitación.

Agradecí que amaneciera antes que yo y que me despertara, y besé cálidamente sus labios. Él dejó su frente contra la mía.

—Adalia, promete una cosa.

—Lo que quieras —dije sin más, estirándome.

—Que no me dejarás. Pase lo que pase, no lo harás.

Fruncí el ceño.

—Esa promesa deberías hacérmela tú, porque aquí de los dos el que está más bueno eres tú —le bromeé sonriendo.

—No me lo has prometido —siguió con empeño.

Levanté una mano como juramento.

—Te lo prometo.

Me besó con cierto alivio tras prometérselo. Qué cabezota podía ser a veces.

—Entonces puedo proponerte algo que no puedo soportar más retener.

—¿El qué?

—Cásate conmigo, Adalia.

El corazón me latió a mil por hora. Las emociones florecieron en mí y lo miré atónita sin haber esperado esa *proposición*. Lo primero que intenté averiguar fue si era una especie de broma, pero su rostro serio, nervioso y decidido me dijo que no.

—¿Qué?

Agarró mis manos con fuerza, besando mis nudillos con una expresión clara.

—Adalia, te quiero. Tú también me quieres. Y no hay obstáculos para que nos casemos.

—Espera, espera —sacudí la cabeza intentando ordenarlo todo en mi cabeza—. Es demasiado pronto. No tenemos por qué tener prisa. Esperemos unos meses más.

—Yo si la tengo —dijo rápido.

—¿Por qué?

Ladeó el rostro pretendiendo huirme, pero se creía listo si esto se quedaría así. No podía pedirme *matrimonio* así sin más, y no decirme el porqué de esa apresurada y también *inesperada proposición*. Me quería, pero había algo más *oculto*, lo sé.

—Oh, ya sé —salté chispeante y sus ojos me miraron prudentes y a la espera—, en realidad no eres irlandés sino canadiense y dentro de poco se te pasará el visado, y me necesitas para que no caduque. ¡Te pillé!

Comenzó a reírse echándose contra la almohada, sintiendo como su tensión se esfumaba y me llenaba de orgullo divertirlo.

—Me encanta tu humor. Pero eso no quita que siga deseando que seas mi esposa ahora mismo. Adalia, por favor di que sí —me pidió ansioso.

—Pero Darién, es demasiado pronto. ¿Qué viajaríamos a Las Vegas? —dije toda incrédula.

—No. Sería aquí en Irlanda. Yo me encargaría de todo.  
Me quedé boquiabierta.

—¿Darién, es por Félix? ¿O por mi absurda maldición?

Apartó la mirada soltando un suspiro y cerrando los ojos. Había dado en el *clavo*. Era una de esas dos suposiciones o en general las dos.

—No es por una cosa, ni por la otra —su tono malhumorado lo delataba.

—No es amor lo que siento por Félix, pero ha estado por más de dos años en mis sueños y necesito buscarlo. No tienes por qué temer, porque sabes que mi corazón es tuyo. Solo quiero verlo, nada más. No necesitas pedirme matrimonio ahora, pero quiero que sepas que me has hecho muy feliz por desear que nuestra unión sea irrompible. Casados o no, lo será. Darién, yo te quiero.

Esperé que dijera algo, pero se mantuvo callado y con la mirada pensativa. Le estaba rompiendo el corazón al rechazarlo. Y me estaba *martirizando* saberlo, mirándolo sobrecogida. Pero es que era demasiado pronto para que pensáramos en una boda.

Me alivió ver como dirigía su mirada viva y resplandeciente hacia mí, y me cogía las manos apretándolas con suavidad.

—Pongámonos en un momento drástico. ¿Y si mañana el mundo se fuera acabar y todo se destruyera? No crees que deberíamos pasar las mejores veinticuatro horas realizando nuestros sueños.

—Es imposible que el mundo se acabe mañana —rompí su teoría asomando una sonrisa.

Se encogió de hombros.

—Puede suceder. A esta tierra le estamos restando vida.

—Tienes más imaginación que mi amiga Carla, con eso te lo digo todo —pero no conseguí arrancarle la sonrisa que tanto deseaba, para apagar esa seriedad que no me gustaba cuando la marcaba en su rostro—. Una catástrofe mundial es una entre un billón. Es imposible.

—No has contestado a mi pregunta, Adalia —su tono retomaba un punto serio.

Suspiré con pesar.

—No, Darién. Es demasiado pronto.

Y antes de que pudiese tocar su brazo al ver que se quedaba cabizbajo, se levantó de la cama doliéndome su distancia.

—Darién —susurré dolida por su mirada tan triste.

No me habló y se dirigió al vestidor fundándose en unos vaqueros.

—¿Puedes vestirme, por favor? Necesito que veas algo —me pidió con seriedad pero con un tono más apacible.

—¿Adónde me llevarás? —le pregunté aún en la cama al ver que no estaba tan enfadado conmigo.

—Vístete. Es una sorpresa.

—Todo contigo son sorpresas —sonreí con emoción.

Me envió una sonrisa, pero me entristeció que la alegría no le llegara a los ojos, y salió por la puerta con un sexy jersey que ayudó a acomodarse bien, mientras lo perdía de vista. El silencio me otorgó pensar todo con más claridad.

*Ay, Dios de mi vida. Me ha pedido matrimonio.* Pensé sorprendida. Sí, lo había hecho. Una sonrisa de tonta cruzó por mi rostro. Quería que fuese su esposa. ¡Qué locura! Frotándome el rostro, giré mi cuerpo para coger el anillo Claddagh, que estaba sobre la mesita de noche. Y me encontré con la sorpresa de que no estaba. *Pero qué...* si ayer por la noche lo dejé ahí. Rebusqué por las sábanas y por el suelo, pero no lo hallé.

Con tristeza, suspiré resignada.

—Pues empezamos bien el día... —dije desilusionada.

Cogimos el McLaren y gran parte del camino que recorrió Darién conduciendo, lo hizo en silencio, y me atreví a echar pequeños vistazos furtivos para ver su expresión. Estaba tenso y muy serio, sin despegar sus ojos de la carretera, me ponía triste que no deseara mirarme, y estaba segura que era mi culpa porque le había rechazado su *proposición*. Se había precipitado y

sé que me lo había pedido por miedo, por si algún día de estos, Félix se presentara en mi vida y posiblemente algo en mi interior lo deseara, hasta el punto de saber que me hallaba enamorada de él. Pero yo tenía la firme convicción de que *nunca* será así. Yo amaba a Darién y si Félix volviese a mi *vida*, sería muy tarde para que volviera a sentir amor por él. No sería el amor que se daba entre un hombre y una mujer, tal vez sería otro tipo de amor.

Ahora estaba más segura (gracias a ese sueño que tuve con los dos) que mi corazón fue tan claro de decirme que amaba con *locura* solamente a Darién. ¡Por fin! Ya no había dudas, y eso apaciguaba y calmaba por fin a mi atolondrado corazón.

Después de media hora de recorrer valles y praderas, saqué un tema sobre Irlanda, para desquebrajar el hielo entre los dos a fin de distraerle y disipar su malhumor. Él me hablaba con total tranquilidad y sin ningún rencor en su voz. Esperaba que al fin comprendiera que aún era demasiado pronto para casarnos, tal vez en unos meses sacaríamos el tema nuevamente, pero ahora lo veía precipitado y muy loco.

Llegado el momento, Darién me avisó que estábamos en el condado de Kilkenny. No entendía que hacíamos aquí pero no le pregunté nada, solo me dejé llevar por lo que me dictaba el corazón; y él confiaba en Darién. Todo mi ser confiaba en él. Si alguien me preguntara por qué confiaba en un chico que apenas conocía... le diría con exactitud que el amor me había atravesado el *alma*, forjándose en ella un bienestar que había calmado las tempestades de mi corazón, haciendo que reluciera la *luz* que me hacía sentir viva, y que había decidido no dejarlo escapar por nada del mundo. Porque yo también tenía derecho a ser feliz.

Darién aparcó bajo las sombras de un roble y miré por la ventanilla antes de bajar. Me hallé totalmente sorprendida. Y bajé del McLaren aún impactada. Darién rodeó el deportivo poniéndose a mi lado, torciendo una sonrisa, pero yo seguí eclipsada con lo que veían mis ojos. Tomó mi mano entrelazando nuestros dedos, y recorrimos un camino de piedra.

—¿Dónde estamos? —le pregunté fascinada.

—En la Abadía de Jerpoint.

Fruncí el ceño mirándolo y él se encogió de hombros.

—Siempre quise visitarla.

Asentí con la cabeza comprendiéndolo ante tanta belleza.

—¿Pero podemos estar aquí?

—No hay nadie. No creo que haya problemas.

Lo que tenía delante de mí y me había dejado tan encantada, era una antigua Abadía muy bien cuidada. Darién siguió llevándome con él y llegamos a un especie de patio que lo rodeaba la Abadía. Di una vuelta mirando a mí alrededor sin dejar de sentirme fascinada. Me gustaba muchísimo, y no sé en qué momento de mi vida me gustaron este tipo de monumentos históricos. Pero mi corazón me lo decía, las sensaciones maravillosas que recorrían mi piel, me avisaban de cuanto me gustaba. Caminé hasta tocar un arco de piedra, donde había tallado un soldado muy bien conservado para los siglos que debía tener este lugar. Sonreí. Ciertamente la Abadía se veía en muy buen estado.

—¿Te gusta? —me preguntó a mi lado.

—Me encanta.

—Me alegro —su sonrisa fue sincera.

Él también observaba el lugar permaneciendo pensativo. Lo miré. Y estaba indecisa de preguntarle si aún seguía enfadado por mi rechazo. Suspiré bajito. Se paseó por el patio que encerraba la Abadía, en un silencio torturador y eso era lo que más me incomodaba. No sé lo que pensaba, pero yo sí sé lo que quería que me contara ahora mismo, para hacer que su pedida de matrimonio no fuera del todo una locura. Necesitaba quitarme esa *espina* que se clavaba en mi corazón y me hacía sangre.

—Cuéntame sobre, Kisa.

Él giró su mirada sorprendida hacia la mía.

—No creo que sea buena idea.

—Tú quisiste saber sobre Félix. Creo que tengo derecho de saber algo más de ella.

—Pero no es lo mismo.

¡Como que no! Quise gritárselo pero me contuve, él se paseó una mano por

el pelo algo indeciso.

—¿Es por eso que no me has dicho un sí? ¿Porque crees que aún la sigo amando?

Desvié mi mirada hacia otro lado, cruzándome de brazos. No en realidad, pero sí que tenía mis dudas.

—Yo te amo a ti. Y ella quedó hace tiempo enterrada en mi pasado. Fue mi primer amor, el que creí que sería para toda la vida. Fui un idiota.

—¿Por creer que amarías solo una vez en la vida?

No me contestó, pero seguro que era así. Era muy romántico que deseara solo amar una vez en la vida. Eso era muy poco visto en los hombres.

—¿Ella dónde está ahora? —no supe si en verdad quería saberlo.

Se encogió de hombros mirando la hierba.

—Viviendo su vida, supongo.

—¿Pero guardas bonitos recuerdos de ella?

Asomó una sonrisa, aunque rota.

—Los mejores. Ella era vivaz, una aventurera, un corazón rebelde. Me enamoré de cada una de sus cualidades y de sus imperfecciones. Pero también destrozó mi corazón, un corazón que no estaba dispuesto a amar nuevamente. Y años más tarde... —fue acercándose a mí hasta tomar mi rostro entre sus manos mirándome amoroso—, me encuentro a una chica tímida pero dispuesta a todo, y hace que mi mundo se ponga patas arriba desordenando mi vida — me hizo soltar un suspiro de felicidad—. Desde la primera noche que te vi, desde que me miraste, no he podido sacarte de mi cabeza, incluso invades mis sueños y no me permites dormir en paz si no te tengo a mi lado.

Ojalá él también invadiera los míos, pero Félix era dueño de ellos.

*Pero no por mucho tiempo.* Habló mi cordura.

—Y en cambio tus sueños son de otro —dijo al ver escrito mi remordimiento en mi cara, adoptando una postura celosa y enmascarando su rostro.

Lo miré lastimada cuando se dio la vuelta intentando calmarse al haber



pensado en Félix.

—No tienes por qué...

—Sí, sí estoy celoso de Félix —me interrumpió implacable mirándome—, él está tan presente en ti que tengo miedo, hace que tu corazón esté dividido. Y no quiero. No soy un hombre perfecto, tengo demasiados defectos. Pero mi mayor temor es perderte. No me repondría, Adalia.

—Entonces me mentiste. No tienes un pasado sencillo ni tu vida lo es.

—Lo era hasta hace algunos años. Lo era... —susurró más lastimado cayendo su mirada al suelo.

—Yo te amo a ti. No a él. Ahora sé que te amo a ti. Solo a ti.

—Lo sé —dejó soltar un suspiro, cabizbajo.

En qué encrucijada estábamos metidos. Estábamos *atrapados* en un agujero. Y no parecía uno superficial de una profundidad de dos o tres metros, sino uno abismal que conectaba con el centro de la tierra. Tan profundo que temí que nunca llegáramos a la *superficie*. Yo con *Félix*. Y él con *Kisa*. Darién celoso de *él* y yo odiándola a *ella*. ¿Cómo íbamos a ser felices sin seguían tan presentes nuestros antiguos amores y no enterrados?

—Quiero contarte una historia de hace unos cuantos siglos sobre un hombre y una mujer —sus palabras de pronto me distrajeron viendo como él maravillado, observaba el lugar—. Él debía ir a la guerra y la última vez que se vieron fue aquí, justo aquí. Antes de que el muchacho partiera hacia la primera batalla, no dejó de insistirle a su bella doncella que se casara con él.

—¿Ella no le quería? —le pregunté con curiosidad.

—Oh no, ella estaba muy enamorada de él. Pero veía precipitado casarse con él.

Sus palabras me hicieron sonreír sacudiendo la cabeza. *¡Eso no iría explícitamente por mí!* Evité reír mirando la torre tan perfecta de la Abadía.

—Apenas se conocían de un mes. Pero cuando él la vio por primera vez en un mercadillo pueblerino, según él era la doncella más bella de Irlanda. Dulce, amable, risueña, nunca dejaba de dibujar una sonrisa en sus labios. Y supo que tenía que ser suya. Porque había sentido como el corazón le había

dicho: *la has encontrado. Ella es tu mujer, el amor de tu vida, la futura madre de tus hijos.* No tardó mucho tiempo en conquistarla, y como ambas familias no objetaron nada, vivieron felices hasta que a él lo destinaron a la guerra. Ella estaba rota de dolor, pero siempre sabía sonreír para que cuando él se marchara, se llevara el mejor recuerdo. Pero él no deseaba marcharse a la guerra, no sin antes casarse con ella. Ella tenía la esperanza de que regresaría a su lado, pero él no era tan optimista como ella, y sabía lo que le esperaba. Y quería disfrutar, soñar y sentir por unos días, que era su esposa — posó su cálida mano en mi mejilla mirándome, le sonreí emocionada por esa historia—, le insistía día tras día y ella se negaba. Porque soñaba todas las noches que él moría dejándola viuda, rota y llena de dolor. Y entonces...

Esperé impaciente. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón sacando un anillo. Abrí la boca impactada. ¡Así que él tenía mi anillo! Hincó una rodilla sobre la hierba delante de mí, cogiendo mi mano derecha y quitándome por completo el aliento. *¡Ooh!*

—Bajo el crepúsculo, aquí en este lugar. Tomó su mano y aferrándose a su última esperanza pronuncio: Si pierdo la vida en la batalla, que sea el viento el que te traiga mis últimas palabras dedicadas de amor por ti. Si mi sangre es derramada por la tierra, ella sabe que cada gota te pertenece a ti. Si mi último aliento se lo llevan los céfiros del destino, él sabe en qué vida volverá a ponerme en tu camino para volver a amarte. Toma mi mano mi hermosa mujer y caminemos juntos construyendo nuestra propia historia. Luchemos contra el viento cuando todo se vuelva oscuro, y abracemos cada amanecer amándonos como si no hubiera un mañana. Pero júrame mi hermosa doncella, que me amas como yo te amo a ti. Que me anheles cada noche, cada mañana al despertar. Que desees mis brazos como abrigo en los duros meses de invierno. Que piensas en mi cada segundo que no estoy junto a ti. En tus manos he depositado mi corazón. Mis ojos solo miran la dirección dónde tú miras. Mi vida es tuya... cógela. Porque si no lo haces, vagaré por una triste y solitaria vida, esperando una esperanza que me lleve de nuevo junto a ti... Y si al final de la guerra vuelvo, te amaré eternamente hasta el fin de mis días. ¿Quieres casarte conmigo?

Estaba llorando, las lágrimas caían en silencio por mis mejillas, atascándose las palabras en mi boca que mi corazón aclamaba gritarle con

tanta intensidad. ¡Dios mío! Esa era la declaración más hermosa que había escuchado en mi vida. Y Darién había pronunciado cada palabra como si le perteneciera. Quería ahora *liberar* todo lo que me había hecho sentir. Estaba maravillada, fascinada, encantada y más enamorada. Sin apartar su mirada llena de amor y devoción, deslizó el anillo Claddagh apuntando el corazón hacia mí. ¿Por qué en la mano derecha? ¿Y por qué el corazón en esa posición? Eso solo representaba que mi corazón estaba *ocupado*. Solo eso.

Él esbozó una sonrisa, nerviosa.

—Y ella le dijo...

—¡Sí, quiero!

Se quedó sobrecogido y me hizo sonreír con el velo de lágrimas que caían sobre mis mejillas.

—¿Qué? Uh...

Cayó de culo contra el suelo sin poder evitarlo al pillarlo desprevenido.

—¡Darién! —me arrodillé a su lado sin evitar echarme a reír por la forma en la que se había caído.

Se repuso rápido cogiéndome de nuevo las manos, mirándome con un brillo especial y besando cada nudillo de mis manos sintiendo como le temblaba todo.

—Repítelo. Necesito que lo repitas. ¡Has dicho que sí! ¡Me has dicho que sí! —me decía con voz entrecortada por la sorpresa de mi afirmación.

Esbocé una sonrisa más enamorada de él asintiendo con la cabeza.

—Quiero casarme contigo. Te acepto.

Sé que acababa de hacerle el hombre más feliz del mundo, sin duda alguna. Porque esa sonrisa *única* me la estaba demostrando ahora, después de aceptarlo sin que se lo hubiese esperado. Grité cuando me alzó en brazos y me hizo dar una vuelta besando mis labios apasionado y desenfrenado.

—No lo puedo creer —dijo atónito mientras colgaba mis brazos por su cuello sintiéndome inmensamente feliz—. ¡Me has aceptado!

—Tienes razón, Darién. Te quiero, me quieres y no hay ningún impedimento

para casarnos.

Me dio un casto beso que me aturdió unos segundos y cogió mi mano apresurado, marchándonos de lugar.

—Espera.

—¿Qué? —se inquietó de que lo detuviera.

Le sonreí.

—¿Ella lo aceptó? —Asintió con la cabeza—. ¿Y él volvió de la guerra?

Tardó en responderme mirando la Abadía, y saqué las precipitadas conclusiones que me deprimieron.

—Oh, Dios mío —me llevé las manos a la boca—. No volvió, ella se quedó viuda. ¿Por qué me has contado esa triste historia? ¿Acaso te va a pasar algo?

—No te montes tus novelas, Adalia. Él volvió de la guerra y vivieron felices y comieron perdices.

—¡Mentira! Lo dices para que me sienta mejor.

—Es la pura verdad, porque entonces sino... —sacudió la cabeza chasqueando la lengua como si no deseara seguir—. Es igual, Adalia. Él volvió te lo juro. Y la hizo muy feliz. Ahora señorita, tengo prisa. Tengo que llamar a Aiden.

—¿Para qué?

—Para que sea nuestro testigo. El conoce un juez perfecto para que nos casemos. No hace falta que ni salgamos de Muckcross-Knightley House. Será una boda íntima.

—¡Ay va, yo también necesito un testigo! —exclamé cayendo en ello.

—No importa, Aiden seguro que puede conseguir...

Y sin dejar que prosiguiera, di una palmada al aire esbozando una sonrisa.

—Espera. Carla. Ella puede ser mi testigo. Si no se lo pido a ella seguro que me querrá matar. La conozco.

—De acuerdo. Ya tenemos los testigos.

Si tenía que definir lo que estábamos a punto de hacer, se resumiría en un sola palabra; *Locura*. Pero era una locura por amor. Después de soltar un triple suspiro, me armé de valor llamando a Carla. Esperé impaciente, sentándome sobre el taburete y apoyando un brazo sobre la encimera de la isla de la cocina, observado que me había dejado la televisión encendida.

—Dime, Adalia. Y te odio porque me estás llamando a una hora en la que estoy durmiendo —abrí la boca para hablar—, y te odio porque me remordería la conciencia no cogértelo, y te odio más porque soy mega cotilla y debe ser importante...

—¿Carla me vas a dejar hablar? ¡Santo Dios! —salté un poco irritada.

—Y te quiero porque siempre caes y te irritas —rio sin cesar.

—Carla. ¿Te acuerdas de que una vez me prometiste qué harías cualquier cosa por mí?

—Sí, claro.

—Pues bien. Coge el primer vuelo hacia Dublín. Necesito que seas la testigo de mi boda.

Se quedó callada demasiado tiempo. La oí respirar pero nada más, y me estaba poniendo nerviosa que no me hablara.

—¿Carla?

—¿Estás borracha, Adalia? —Me preguntó al fin—. ¿Y con quién demonios te casarías?

Resoplé poniendo los ojos en blanco.

—Con Darién.

—Uh. ¡¡Con el gigoló!! —exclamó en un grito que hizo que apartara un momento mi móvil de la oreja.

—Ya no lo es, lo ha dejado. Carla, le amo y él también a mí. Ya sé que parece una locura, de hecho lo es. Pero necesito unir más mi destino a él. No me preguntes por qué, es lo que me dice mi corazón.

Se quedó otros segundos más callada, como si estuviera pensando en algo.

—¿Y Félix?

—¿A qué viene que menciones a Félix? —pregunté en un tono molesto.

—Querías buscarlo.

—Sí. Y como sabrás, Darién amablemente se ofreció a encontrarlo.

—Y sigo viéndolo raro, viniendo de tu futuro marido —remarcó como si le diera vueltas—, por lo consecuente debería mostrarse celoso o posesivo de que un hombre que existe, invada tus sueños y tu corazón.

—Pues ha sido todo lo contrario. Me ha tratado como una princesa. Y créeme es celoso.

Recordé el numerito de la discoteca y su confesión en la Abadía, diciéndome que estaba celoso de Félix.

—¿Sabes qué? Tiremos la casa por la ventana —eso significaba que aceptaba ser mi testigo—. Me pillas en Inglaterra así que estaré allí en un periquete. Si él te va hacer muy feliz. Yo te apoyo. Total, aquí estoy muerta del aburrimiento, ya mi padre y mi odiosa madrastra están de visita oficial con el primer ministro. Cogeré un vuelo directo.

—Te espero, Carla. Y gracias por ser una amiga incondicional.

—Bah... créeme yo estoy más chiflada que tú. En uno de estos días me verás casada con cualquier pringado que haya escogido al azar, porque mi tarde de pija aburrida no sabía cómo pasarla.

Me destornillé de risa.

—Tú odias las bodas. Siempre me has dejado claro que jamás te vas a casar.

—Tienes razón —rio conmigo—. Les tengo pánico. No me verás nunca casada. Es una tontería lo que te acabo de decir. Producida por los efectos de una Coca-Cola barata.

Seguí riendo y sacudiendo la cabeza. Entretenida, contemplé la televisión sin prestar mucha atención en ella.

—Me verás allí en un santiamén. Y como sé que es una boda acelerada y tú eres capaz de casarte en vaqueros. Te traeré una sorpresa. Tú solo espérame.

—A la orden mi capitana.

Colgué sin dejar de sonreír, dejando sobre la encimera mi móvil. Suspiré feliz sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho. Tardé unos segundos más en bajar de la silla y cuando lo hice, me di la vuelta saliendo de la cocina.

—*La torre Brent. Es espectacular. ¿Verdad, Molly?*

—*Así es Nick. El arquitecto Brent se ha convertido en uno de los más prestigiosos de los Estados Unidos.*

Luchando contra las emociones, me volví impactada y temblorosa observando la televisión donde salía un enorme rascacielos. Era de esos programas de cotilleo que no soportaba ver, pero estaban hablando de Félix. ¡Era él! Estaba segura de que era él.

—*Y no solo de América del Norte. Nos han llegado rumores de que es el arquitecto favorito del presidente de los Estados Unidos. ¡Qué locura!*

—*No te equivocas, Molly. Pero lo que ocurre con el señor Brent, es que no le gusta mucho la prensa. Jamás ha concedido una entrevista. Si alguien ha sacado una foto, por Dios mándennosla.*

Vi que ponían un correo electrónico en la parte inferior de la pantalla.

—Me... me alegro que estés bien —susurré conmocionada sin despegar la mirada de la pantalla—. Que en tu vida haya prosperidad. Ojalá sepas cuánto me alegro por ti. Me hace un bien saberlo.

Unos pasos se detuvieron detrás de mí, sintiendo como si esa persona hubiese querido ser escuchada. Me volví con un jadeo al ver a Darién plantado a unos metros de mí, mirando serio y frío la televisión. ¡Me había escuchado! *Oh, no.* Sus ojos se encontraron con los míos y me tensé esperando que se enfadara, pero en su mirada impasible no pude descifrar nada. ¡Maldita sea!

Metió su mano en el bolsillo sacando su iPhone.

—Aiden... necesito que hagas algo por mí —se fue marchando, dejándome paralizada.

No sé qué era peor, que no me dijera nada, lo cual me volvía loca, o que se pusiera celoso. ¿Por qué llamaría a Aiden? ¿Por qué le pedía su ayuda?

Veinte minutos después de intentar buscar la mejor excusa para explicarle el porqué de mis palabras en voz alta, lo busqué por el salón principal, por el estudio de pintura, por la biblioteca... estuve más de diez minutos buscándolo por la mansión, pero no encontré por ningún lado a Darién. ¿Dónde se había metido? Estaba enfadado, lo sé. De su futura esposa no habría sido nada agradable que escuchara que me alegraba por Thief, por su triunfo, por su futuro, porque lo habrá interpretado de otra manera. Yo me alegraba por Félix, pero no sentía amor por él, no al menos por el que sentía por Darién.

De solo saber que pronto lo vería, los nervios se me acogieron en el estómago, y me apoyé contra una pared del pasillo que conectaba con las habitaciones de invitados y con el salón de baile.

*Pronto.* Pensé. Ahora Félix estaba en Nueva York. Lo tuve tan cerca en la boda a la que me invitó Eustaquio. No sé si me oyó cuando le grité, creo que no. Quería creer que no. ¿Y si me odiaba? Tenía un *cacao* en mi mente que ni yo misma sostenía mis teorías. Necesitaba respuestas. Puede que fuese mi primer amor, el primero con el que estuve, pero eso fue antes de mi accidente por las escaleras, donde perdí la memoria para siempre. Y donde se *borraron* veinte años de mi vida.

Ahora tenía una nueva vida. Estaba enamorada de un hombre maravilloso. Y me iba a casar dentro de unas horas. Me sentía dichosa.

Una suave melodía que se colaba resonando entre las paredes de los pasillos, me produjo un dulce cosquilleo por la columna. Alguien estaba tocando el piano en el salón de baile. Caminé desconcertada, observando la puerta entornada cuando llegué a ella. No era de las que cotilleaban, pero quién tocara el piano lo hacía a la perfección. No reconocí la melodía, pero sonaba muy melancólica y hacía que la tristeza me embargara.

Asomé un poco mi cabeza por la puerta para no ser descubierta.

Al instante mis ojos se abrieron como platos dejándome inmutada.





## Aiden y Carla

Darién estaba tocando el piano. Otra faceta de él que no conocía. Me mordí el labio inferior fascinada. ¿Por qué en la cena no mencionó nada? Aunque con la que líe contándole mi pasado, no hubiera sido un buen momento.

Me daba la espalda en el reluciente piano negro de cola, pero podía ver su perfil y parecía triste. ¿Por qué lo estaría? ¿Tendría algo que ver que tocara esa melodía tan melancólica? Me apoyé contra el marco de la puerta, observándolo por un buen rato. El ambiente se volvió mágico y me dejé cautivar por su manera de tocar. Pero sentía como si no pudiese tocar con alegría, sino con nostalgia. Si estaba así por mi culpa tenía que hacer algo, decirle cuanto lo amaba, expresarle una vez más que Félix jamás se interpondría entre los dos.

De pronto, mis ojos se nublaron y vi borrosa la figura de Darién y todo el salón de baile. Con un malestar impropio en mí, me apoyé contra la pared cogiendo bocanadas de aire. Cerré los ojos durante unos segundos donde la música que procedía del piano, la oía distorsionada. Al instante, me golpeó un recuerdo de mi infancia.

*Me vi en el salón de baile en el que hacía unos instantes Darién estaba tocando el piano, pero ahora lo cubría una niebla dificultosa que ni me molesté en pensar por qué estaba dentro de la mansión; ya estaba harta de ella. Estaba parada en medio del salón y a mi lado había una muchacha con un vestido veraniego azulado, que le llegaba hasta las rodillas, descendiendo por su espalda un largo cabello rubio. A dos pasos de mí, había un muchacho, no tenía más de quince años. unas bermudas colgaban de sus caderas y una camiseta verde se pegaba a su torso algo tonificado. Su rostro una vez más, estaba oscuro y supe que sería Félix, aunque tuviese un aspecto más joven. Le cogió las manos a ella balanceándolas y vislumbré una sonrisa en los labios de él que me fascinó: aunque ciertamente me lo estaba haciendo a mí.*

—Vamos, Adalia, es fácil. Yo te enseñaré a bailar y tú me enseñarás a

*tocar el piano. Sabes que eres la mejor. Me lo prometiste.*

*—Te voy a pisar. Soy demasiado patosa. Accedo a enseñarte a tocar el piano —ella lo miró un momento y luego volvió sus ojos hacia el piano—. No te quiero hacer daño, Thief.*

*—Me complacerá que me pises. Creo que será gratificante esta experiencia.*

*Vi cómo siendo apenas una adolescente, inflaba mis mejillas con un rostro enojado. Él soltó una risa repasando una mano por su pelo castaño.*

*—¿Confías en mí, banphrionsa?*

*Contemplé como ella dejaba caer los brazos, como si esas palabras le hubiesen arrebatado la voluntad, ensanchando una sonrisita. Ellos dos no me veían, pero yo sí. Se dio la vuelta observando la mano de Thief extendida hacia ella con la esperanza de que se la cogiera.*

*—Con todo mi corazón.*

*Mi Adalia del pasado tomó la mano de Thief y ambos comenzaron un ritmo lento en el salón. Hice una mueca al ver que esa muchacha era yo, y pisaba cada tres o cuatro pasos al pobre Thief, pero él no se molestaba ni perdía la paciencia. Al contrario, le sonreía, le daba confianza, la templanza que ella necesitaba cada vez que flaqueaba y deseaba dar por finalizado el patoso baile. Sus risas resonaron en mis oídos dejándome tocada del corazón.*

Y el recuerdo desapareció de mis ojos volviendo a la realidad. Ahogué la respiración apoyando mi cabeza contra la pared, mirando al techo del pasillo, al haberme debilitado ese recuerdo. Era un recuerdo con Félix. ¿Por qué le apodaría Thief?

¿Le enseñé a tocar el piano? ¿Llegué a hacerlo?

Al menos seguía tan patosa a la hora de bailar, aunque había perfeccionado algo el ritmo de los pasos, pero seguía igual de torpe. Si mal no presentía, Félix se daría por vencido cuando en algún momento vio que no aprendía nada. Aunque eso nunca lo sabré.

Pero era un bonito recuerdo que *atesoraría* en mi corazón. Aunque otra vez fuera borroso.

Giré mi rostro hacia las puertas entornadas del salón de baile, Darién seguía tocando. No sería buena idea decirle que había tenido un recuerdo más, porque en él aparecía Thief, y sé que se ponía furioso cada vez que oía ese nombre.

Mi corazón decidió no interrumpirle, agaché la cabeza un momento mirando al suelo llena de remordimientos y dudas. Luego volví al pasillo con cuidado de no hacer ruido.

Subí hacia la segunda planta dejando de oír la melodía y pensé de inmediato que ya habría terminado. Abrí mi habitación entrando y dejando la puerta abierta. Mi objetivo; subir a mi cama, y hacerme un ovillo hasta que se me pasara esta melancolía que abarcaba todo mi corazón por ese borroso recuerdo. Ahora resultaba que yo tocaba el piano. En estos seis años no había tenido ninguna *sensación* ni nada parecido para atraerme hacia ese *instrumento*, si tanto me había gustado tocar en mi pasado.

Suspiré con pesar.

Con pasos torpes, caminé hacia la cama.

—¡Ay! —me tropecé con un tablón de madera que sobresalía del suelo, caí de rodillas apoyando mis manos para amortiguar la caída.

Sentándome en el suelo, me froté las rodillas al escocerme, y desde el suelo vi el tablón levantado. ¿Cómo demonios había un tablón levantado? Apartando mi pelo de la cara, me arrastré hacia el tablón observando un pequeño hueco muy oscuro. Metí la mano, y saqué una carta.

Estaba un poco deteriorada. Pero no tenía remitente ni nada. Por la otra cara observé una letra que reconocí mía.

*Para Thief.*

Me quedé helada al leerlo.

Con las manos temblorosas, se me deslizó sobre mis rodillas quedándome paralizada del miedo. ¿Había escrito yo esa carta? Pues claro que fui yo, quién más la iba a escribir si se hallaba oculta debajo de un tablón en mi habitación. ¿Por qué la ocultaría? Iba dirigida para Thief, para Félix en realidad.

Angustiada, la volví a coger dudando si abrirla o no. No lograba recordar si la había escrito; eso ya era muy *habitual* en mi vida. No recordar nada. Temblando, abrí la carta sosteniendo en mis manos el delicado papel.

*Mi querido Thief,  
Mi amor...*

*¡No! ¡No!* Negué con la cabeza estallando en lágrimas y dejando la carta lejos de mí, arrastrándome hacia atrás como si me hubiese quemado las manos. Balbuceando, me quedé quieta sin dejar de mirar la carta tirada sobre el suelo.

No podía. Las primeras palabras ya me habían producido un dolor y un vacío en el corazón. Estaba claro que era una carta de *amor*. No tenía fuerzas para leerla. Aturdida, me levanté del suelo limpiando con el dorso de mi mano las lágrimas que descendía por mis mejillas.

El sonido de una puerta cerrándose, se coló entre los pasillos haciéndose eco hasta mí, y me sacó de mi ensimismamiento.

Salí de mi habitación y caminé por el pasillo siguiendo la procedencia de ese ruido, y me di cuenta que era la *antigua* habitación que usaba Darién. Fruncí el ceño, observando una sombra moverse por debajo de la puerta. Había subido a su habitación. ¿Por qué? Ya no tenía que hacer nada allí. Di un respingón, cuando sentí como se abría la puerta, y mi mente intentó buscar una salida o una excusa para cuando saliera, y me descubriera aquí de pie a unos metros de la puerta. Pero no salió, y la puerta se quedó entornada. Suspiré de alivio tocándome el corazón.

Cuando me acerqué del todo a la puerta, fui escuchando un murmullo que finalmente se convirtió en una voz nítida y reconocible para mis sentidos. Era Darién, hablando por teléfono. Mordiéndome mi labio inferior, decidí no escuchar esa conversación porque no era nadie para estarle de nuevo cotilleando. Me prometí no hacerlo y lo iba a cumplir.

—Lo siento, Kisa...

Mi cuerpo se quedó paralizado plantado en medio del pasillo. ¡Estaba hablando con Kisa! Volví mi rostro mirando hacia la puerta. Entré en pánico y malos pensamientos cruzaron mi mente. ¿Él la habría llamado o ella lo estaría

buscando? Cuando quise darme cuenta, ya estaba más cerca de la puerta, escuchando con más claridad, teniendo mi corazón como protagonista de unos incesantes latidos.

—No me lo pongas más difícil. Nuestro tiempo pasó.

¿Eso era bueno o malo?

—Quiero que sepas que no te guardo ningún rencor. Siempre tendré bonitos recuerdos de ti. Pero no podemos volver. Estoy enamorado de otra mujer. Ella me valora por como soy. Tú me despojaste de tu vida muy fácil. Quiero que dejes de insistirme y llamarme... no quiero tomar medidas drásticas. ¿Lo comprendes, verdad?

Apoyé mi mano sobre la puerta abriéndola poco a poco, y vi a Darién encorvado, apoyando un brazo sobre la ventana, mirando el paisaje de afuera con aspecto apagado. Estaba claro que se veía afectado y eso me dolía.

—Te deseo todo lo mejor del mundo. Y espero que encuentres a alguien que te valore. Adiós para siempre, Kisa.

Colgó de inmediato cerrando los ojos y dejando su móvil contra su pecho, debatiéndose contra él mismo.

Se dio la vuelta y se encontró de frente conmigo. Por más que hubiese querido moverme, no pude, ni siquiera pude correr a tiempo antes de que me viera. Ella le había insistido en volver, y él le había dejado claro que no la amaba. Que su tiempo pasó. Y que ahora yo era *dueña* de su corazón.

Saberlo de sus propios labios me quitaba un *colosal* peso de mi corazón, que no había dejado de aplastarlo hasta el día de hoy. Sus ojos clavados en mí no dejaron de mirarme. No vi señales de que estuviese enfadado, sino asustado e intranquilo. Porque lo había escuchado hablando con Kisa. Y esperaba que esa fuera la última vez que hablara con ella.

Esboqué una sonrisa.

—Hola.

Suspiró cerrando los ojos, aliviado.

—Hubiera preferido que no lo escucharas.

Me moví hacia él y me agarré a su cuello preocupada por su triste y

apagada mirada.

—Darién, ¿estás bien?

Asintió. Pero yo deseaba que me lo confirmara con un «sí» y una sonrisa. Sé que en el fondo no habrá sido fácil hablar con su ex, se le habrán removido demasiados sentimientos que tal vez enterró, porque ella se hallaba en su *pasado*. ¿Tendré yo una conversación parecida con Félix? Ni siquiera lo sostuve en mi mente más de un segundo. Todo lo relacionado con él, era *relegado* hacia un segundo plano. Mi vida era Darién.

—Parece que ella quería volver. Parecía insistente. Aún te ama.

Se inquietó y me dio la espalda mirando hacia la ventana.

—Ella es mi pasado, tú eres mi presente, Adalia. Se lo he dejado bien claro.

Se volvió hacia mí mirándome con adoración.

—Te amo a ti, señorita.

No pude evitar sonreír como una tonta.

—Yo me alegro de haber escuchado esa conversación...

Mis palabras se trabaron cuando Darién me cogió el rostro entre sus manos, mirándome preocupado. Sus profundos ojos miraron con determinación los míos.

—¿Has estado llorando?

—No —musité intentando no sonar frágil.

—Mientes fatal, mi amor. Inténtalo de nuevo.

Suspiré.

—Sí. Pero...

—No más secretos, ¿vale?

Lo dudé. Dudé en decirle que había encontrado una carta que escribí hacía mucho tiempo dirigida a Félix. Se iba a cabrear, lo sé. A él no le gustaba que le hablara de Félix.

—Adalia, por favor —su súplica partió mi alma.

—He encontrado en nuestra habitación una carta que va dirigida hacia Félix. No sé cuándo la escribí pero es así.

Lo dije tan rápido que no tuve tiempo ni para respirar. Él se tensó nada más nombrarlo, perdiendo la mirada.

*No, problemas no por favor.* Supliqué hacia mis adentros.

—¿La has leído?

Respiré más tranquila cuando su voz sonó calmada.

—No. No he tenido fuerzas. La he dejado tirada en el suelo.

—Enséñamela —dijo firme.

Salté espantada hacia atrás.

—Ni hablar.

—Por favor, Adalia.

—No puedo. Esa carta va dirigida a Félix. No sé qué digo en ella pero es una carta de amor —él cerró los ojos como si le doliera, y me maldije por haberlo dicho en voz alta—. No me pidas que te la de para leerla.

—Y tú no me pidas que lo deje pasar así sin más. Es importante que la lea, cariño.

—Darién... —supliqué luchando.

—Adalia, te amo, y esa carta no hará cambiar mis sentimientos hacia ti. Me da igual cuantos te quieras le dirás o que cosas románticas haya puestas.

Entrelazó sus manos con las mías, llevándoselas a sus labios.

—No me importa quién estuvo antes de mí. Lo único que me importa es cuantos te quieras me dirás solo a mí hasta el fin de los tiempos.

No lo aguanté más y al final me rendí, me venció por completo como su mirada desgarrada me lo suplicaba. Asentí con la cabeza y cogí su mano con decisión, y lo llevé hacia la carta. Entró el primero en la habitación observándola sobre el suelo, y no dudó en cogerla conteniendo la respiración.

¿Por qué quería autocastigarse de esa manera? Leerla solo le produciría un daño tal vez irreparable, algo en mí me decía que esto estaba mal y que no



debía ser tan débil en dársela.

—Me pregunto por qué la escondería debajo de un tablón. Solo he leído las palabras: *mi amor*. Nada más. Por más que lo he intentado no he podido seguir —dije cabizbaja apoyada sobre la puerta.

—Ese capullo te ha hecho llorar —expresó entre dientes sin despegar sus ojos de las letras escritas.

—Por favor, no lo llames así. Estuve enamorada de él, supongo. Y quiero creer que en ese tiempo me hizo feliz.

Me miró asombrado pero apretando la mandíbula y sacudiendo la carta.

—No defiendas a alguien a quien has olvidado. Estoy seguro de que ese imbécil te hizo daño, no tal vez intencionadamente, pero te lo hizo. Y aunque tenga miedo y mi instinto me pida mil veces, que te cargue sobre mi hombro y te lleve lejos de todo lo relacionado con Irlanda... no puedo, porque confío en ti y quiero que finalmente lo veas y hables con él cuando llegue el momento.

—Te dejaré solo para que leas la carta.

Salí sin aguantar mis emociones tapando mi boca para no gemir. Me apresuré en bajar las escaleras, y en salir de la mansión que me hacía sentir como si me asfixiara a cada segundo que transcurría. Respiré el aire puro de afuera controlando mis emociones.

El sol proyectó en mi rostro y cerré los ojos al suave viento primaveral que mecía mi pelo. A veces había tenido la *necesidad* de detener el tiempo. Tener ese poder en mis manos para tomar unos segundos de paz en mi cuerpo, en mi atormentado corazón y en mi alma perdida.

Caminé sin un propósito claro, y me di cuenta de que mis pies me habían llevado al robusto árbol que había solitario entre las praderas.

*Ojala pudiera recordarte, Félix.* Pensé entristecida. Todo sería más fácil. Sería más feliz. Acaricié con mis dedos las letras escritas en la corteza del árbol.

*Go Brách.*

¿Si en su día escribimos estas palabras en el árbol, fue porque pensamos que nuestra historia de amor sería *para siempre*? Cerré los ojos atormentada

bajo un suspiro.

¿Fue buena idea dejar que Darién leyera la carta? ¿Por qué mi corazón me decía que no? Tendría que habérselo negado, ser más fuerte que él. Me di la vuelta mirando desde esta distancia la mansión, llena de un mar de dudas. Dios, ¿y si se enfadaba y luego de leerla, me reclamara celoso y posesivo por qué le escribí a Félix cosas románticas? Aunque no tendría derecho a reclamarme nada; esa historia con Félix estaba en mi pasado.

Mierda, debí leer la carta yo primero. Debí hacerlo. Maldita sea mi falta de coraje a la hora de afrontar mis miedos.

Estuve recostada sobre el árbol más de diez minutos, mirando pasar las nubes sobre el cielo y pensando que decirle cuando me preguntara sobre la carta. Cuando bajé la mirada, me encontré con Darién caminando hacia mí. Y me incorporé rápidamente, sin dejar de estar apoyada sobre el árbol al sentirme un poco cohibida.

*Oh, no.*

No traía buena cara. Sus facciones eran severas, duras, no veía un ápice de tranquilidad en él. Por lo que podía esperar lo peor.

Decidí alejarme del árbol y caminar hacia él. Lo que tuviera que decirme, lo afrontaría.

De mis labios iba a salir un «*lo siento*» cuando vi como agarraba mi rostro con firmeza y me besaba con una arrebatadora pasión que me pilló desprevenida. Deslizó una mano por mi cintura y pegó más mi cuerpo contra el suyo que me reclamaba como suya. Aturdida y extasiada por el fuego que se propagaba entre los dos, no pude quedarme quieta, y este beso que me estaba derritiendo, me animó a enredar mis manos sobre su pelo, emitiendo un sonido de placer que hizo que sus labios fueran más salvajes, encantándome. Solo se oían nuestros labios entrelazándose una y otra vez siendo el sonido y la sensación más gratificante del mundo.

Soltó un gemido bajito sobre mis labios que estimuló mis sentidos, y pegó su frente contra la mía sonriendo.

—Te he dicho lo jodidamente y loco que estoy enamorado de ti.

Me contagió su sonrisa haciéndome suspirar de alivio.

—Sí, hace poco.

Cogió mi mano llevándome de nuevo hacia el árbol, acariciando mi anillo con una verdadera ilusión en su mirada que me asombraba, sin desprenderse de una sonrisa sexy y cautivadora. ¿Era yo o Darién parecía más feliz que cualquiera de estos días atrás?

—¿Qué dice la carta?

—No te preocupes, Adalia. No estoy celoso —de eso no estaba muy segura cien por cien—. Se nota que la escribiste muy joven. Estabas enamorada de él, eso es todo.

Ya. ¿Y por qué un tono serio y algo celoso? Al menos no estaba enfadado.

—Tal vez debería leerla —propuse pensativa.

—Yo creo que no —repuso de inmediato y serio.

—¿Por qué?

—Si no lo recuerdas, te dolerá. Y no quiero que sufras, cariño —acarició mi mejilla con ternura.

Inesperadamente me puso contra el árbol, y me hizo reír nublando de mi mente las palabras que quería decirle.

—¿Qué estás haciendo? —contemplé su mirada hambrienta de mí.

—Besarte bajo este árbol. Lo he deseado desde siempre.

—Oh, sí. Qué curioso.

Rodeé mis brazos alrededor de su cuello lamiendo mi labio inferior.

—Y nadie esta vez me lo impedirá.

Su mano en mi espalda me empujó contra su cuerpo haciendo que abriera la boca, sintiendo el roce de sus labios contra los míos, y solo con ese gesto me hacía temblar.

Alguien carraspeó ante el inicio del beso.

Intenté no reírme cuando Darién gruñó hundiendo su rostro en mi cuello, y pude observar quién nos había interrumpido, dejándome boquiabierta. Esa persona me hizo un gesto de silencio sobre sus labios, para que no dijera nada.

—Joder. ¿Es que es tan difícil de que me dejen besarte debajo de este árbol? —susurró molesto para nosotros.

Nos miramos un instante, y Darién se dio la vuelta tratando de ser caballeroso, pero estaba segura de que quería mandar al infierno a la persona que nos había interrumpido. Alzó las cejas un poco perplejo, cuando vio plantado a unos metros de nosotros a su fiel amigo.

—¡Aiden! —gritó Darién caminando hacia él.

Se abrazaron dándose con afecto unas leves palmadas en sus espaldas. Y esperé nerviosa detrás de Darién.

—Hola, Aiden —le saludé.

—Hola, Adalia. Permíteme decirte que te llevas al mejor hombre de este planeta. Un poco loco, pero buena persona.

—No te pases grandullón —le recriminó Darién con un golpe seco en el hombro.

—¿Cómo has llegado tan rápido aquí? —le pregunté desconcertada—. No hace apenas ni dos horas que te habrá llamado Darién.

—Estaba en Dublín.

—Oh —asentí sonrojada mirando a mi prometido—. ¿Y piensas que estamos locos por casarnos tan precipitadamente?

Él miró a Darién.

—No. Creo en mi firme opinión, que estas bodas son las mejores. Os queréis. ¿Qué os impide casaros ahora? ¿Qué diferencia hay entre ahora o dentro de tres meses? Relativamente poca.

Su comentario me hizo esbozar una sonrisa.

—Tú también te vas a casar —le señalé—, ¿puedo saber el nombre de la afortunada que se ha llevado tu corazón?

Aiden miró dudoso a su amigo. Y no entendí por qué ese intercambio de miradas.

—Claro. Se llama Eria —me respondió con amabilidad.

Recordaba ese nombre. Lo nombró en la comisaría.

—Y cuando te casarás...

—Tengo que decirte que Aiden es muy estricto en su vida privada —me interrumpió Darién—. No habla mucho de ella.

Mis ojos se toparon con los de Aiden e hice una mueca avergonzada.

—Oh, perdona. No quería ser tan imprudente.

—No importa. Pero te puedo decir que antes del verano ya será mi mujer.

—Pues te felicito.

—Gracias —echó un vistazo a su alrededor maravillándose por el paisaje, aunque parecía buscar algo—. ¿Y dónde está tu testigo? Darién me dijo que vendría. Me muero de la curiosidad por conocerla. Me ha dicho que es todo un personaje.

Le puse mala cara a mi futuro marido y él me guiñó un ojo todo sonriente.

—Vendrá enseguida —dije.

—Lo siento, Aiden —Darién me cogió de la cintura—, pero nosotros nos retiramos. Eres libre de recorrer Muckcross-Knightley House.

—Gracias. Un placer verte, Adalia.

—Lo mismo digo —fui diciéndole mientras caminaba y veía que él se quedaba un momento mirando el árbol.

Darién me llevó con él escogiendo uno de los senderos que nos devolvería a la mansión. Antes de entrar por la puerta principal, vi a Ben transportando unos grandes maceteros con otros dos trabajadores, y lo saludé con entusiasmo.

En el pasillo de la segunda planta, Darién me abrazó por la espalda y me besó el cuello perdiéndome en sus caricias, a la vez que abría la puerta de nuestra habitación.

—¿Vamos hacer el amor? —le pregunté con un tono seductor.

La sonrisa sexy apareció enmarcada en su rostro.

—No... de momento. Ese momento explosivo lo vamos a dejar para esta noche —negó con la cabeza arrastrándome con él a la cama. Mordí mi labio inferior deseando que llegara de una vez la maldita noche—. Vamos a

descansar un rato antes de prepararnos. Este es mi momento más especial y sagrado.

Se tumbó sobre la cama y me invitó tendiéndome la mano. Fue imposible resistirse. *Darién* más una *cama*, era una imagen explosiva. Cuando nuestros dedos se tocaron, me empujó hacia él, inclinando su cuerpo contra el mío mientras me abrazaba, y sus labios reclamaban los míos en un intenso e insaciable beso.

—Y porque sin duda mi lugar preferido son tus brazos —fue diciendo entre mis labios.

Me perdí en su mirada azul y no sé cuánto tiempo pasó acariciando mi rostro con una extrema ternura, y como si yo fuera quien lo sostuviera sobre la tierra. Todo era tan perfecto con él. No había dolor en mi alma ni en mi corazón, no había remordimientos por un pasado que no recordaba. Solo cuando estaba con *Darién*, era fuerte y valiente.

—¿Seguro que no eres un sueño? —le pregunté sintiendo que el sueño venía hacia mí—. Presiento que en cualquier momento voy a despertar y tú no estarás.

Su abrazo se intensificó complaciéndome ese gesto.

—Soy muy real, cariño —susurró en mi oído—. Estoy aquí y jamás me moveré de tu lado.

Me acomodé contra su pecho, mi lugar *preferido* sin duda. Los parpados me pesaban cada vez más, e inspiré el perfume de su camisa dejándome cautivada y escondiendo mi cara en su cuello.

—Pero si es un sueño. No quiero despertar jamás. Si aún estoy en coma, no quiero despertarme ni morir...

Fui dejando de hablar a medida que el sueño me abrazaba y caía rendida poco a poco en los brazos de *Morfeo*. Sentí por último como si me hablara con palabras dulces y susurradas, pero estaba tan cansada, que no pude distinguir nada de lo que me decía.

\*\*\*\*\*

—Mi amor —oí como me llamaba *Darién*.

Me moví un poco sobre su pecho pero estaba la mar de gusto, que no deseaba abrir los ojos. Se rio apartando mi pelo para besar mi cuello.

—¿Quieres hacer esperar a tu amiga? —me susurró todo travieso.

—¡Carla! —salté arrodillándome de golpe sobre la cama.

Volvió a reírse removiéndome el pelo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Estás hermosa cuando despiertas.

—Uy, qué mentiroso. Es de las peores bellezas ocultas que tenemos las mujeres. No me mires —me hice la teatrera girando mi rostro.

—Y que nosotros los hombres valoramos más.

Le saqué burla saliendo de la cama y yendo hacia el baño. Me refresqué la cara y me cepillé el pelo cogiendo una goma.

—¿Hace mucho que me espera?

—Pocos minutos —vi que estaba organizando la cama y me hizo sonreír—. Uno de los jardineros me acaba de avisar que está abajo esperándote.

—¿Y tú amigo, Aiden?

—No ha vuelto aún. Tengo que buscarlo. Y él y yo nos iremos a buscar al juez Quinn.

—Perfecto.

Salí más refrescada del baño haciéndome una coleta. Le planté un beso en los labios y salí pitando para recibir a Carla. Bajé apresurada las escaleras, crucé la esquina del pasillo para llegar al salón principal, y la vi tocando una estatua mirando deslumbrada la decoración imperio. Su vestido corto amarillo y de palabra de honor, me dejó boquiabierto al realzar su belleza y su esbelta figura.

—¡Carla!

Ella se giró hacia mí sonriente.

—¡Adalia!

Nos abrazamos un buen rato emocionadas al vernos por fin. Me alegraba

tanto de tenerla aquí. La cogí de las manos echando un paso hacia atrás, mirando de nuevo su vestido y alabándola con un gesto, el buen gusto que tenía para escoger los vestidos. Ella hizo una mueca no muy contenta mirándose.

—¿No me hace un poco gorda? —se tocó sus caderas desanimada.

—Oh, Carla... y dale con lo mismo —resoplé poniendo los ojos en blanco y dándole un manotazo a sus manos, por el erre que erre de su —no existente —gordura.

—¡Oye! —dijo frotándose el dorso de las manos al picarle.

Ojalá *alguien* le hiciera ver (pero se lo hiciera ver bien de verdad) que ella no estaba gorda, que tenía un cuerpo deslumbrante. No lo estaba. Maldita Bruja por arruinarle su niñez. Pero no quería sacarle ese tema, sacudí mis pensamientos y la abracé de nuevo sintiéndome feliz de que estuviera mi mejor amiga conmigo, en un día tan *especial* como el de hoy.

—¿Has tenido un buen vuelo? —le pregunté arrastrándola conmigo hacia el sofá.

—Sí. No te preocupes. ¡Dios mío! —estaba tan emocionada mirándome que casi se le saltaban las lágrimas.

—¿Qué? —me toqué el rostro desconcertada.

—Tú, Adalia. La luz de tu rostro ha cambiado.

—No digas bobadas —puse los ojos en blanco.

—Es cierto. Tus ojos no dejan de brillar. He estado viendo por largos años tus ojos apagados y tristes. Por la diosa Ériu, ese hombre te ha cambiado la vida.

—Carla —dije emocionada.

Ella ojeó nuestro alrededor.

—Y bueno. ¿Dónde está tu flamante chico? Necesito conocerlo y darle un abrazo, y un morreo, si me lo permites, por hacer que vuelva la luz de tu mirada.

Me hizo estallar en una carcajada. Si no la conociera, pensaría que estaba hablando muy en serio.



—Ha ido a buscar a su amigo.

—Oh —se acarició la barbilla algo recelosa—. Ese tal Aiden, ¿no?

—Sip.

—Bueno, mientras no se parezca a él.

—No es él. La vida no puede ser tan cruel contigo.

—Claro —susurró con un deje de tristeza mirando sus manos.

Oí voces en el recibidor. Y me puse de pie entusiasmada al reconocer a Darién con su amigo Aiden.

Sin decir nada, tiré de la mano de mi amiga llena de un gran regocijo, acompañándome detrás de mí, pisándome los talones. Sonreí mientras llegábamos al recibidor y ellos dos se volvieron hacia nosotras al vernos. Darién me esbozó una sonrisa al verme, pero Aiden se encontraba a su lado serio y de brazos cruzados.

Carla que aún estaba detrás de mí escondida, hice que saliera para que los mirara.

—Carla, te presento a Darién y a su amigo Aiden —fui señalando a cada uno con su respectivo nombre.

Un jadeo se escapó de entre sus labios y se quedó más blanca que el papel, mirándolos sin parpadear. Pero vi como poco a poco cerraba las manos, y los puños le temblaban como si no pudiera controlarse. No dejaba de mirar a Aiden, pero sobre todo también a Darién con cierto recelo.

Le cogí una mano asustándome, al verla con una mirada enfurecida.

—¿Carla, qué te ocurre?

—Tú... tú —dijo entre dientes con tono odioso.

Aiden inspiró aire con aspecto tranquilo asomando un pequeña sonrisa.

—Yo también me alegro de verte, Carla. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Ah, pero sabes contar? —le tiró en plan veneno.

Entonces todo fue cuadrando en mi mente... porque mi amiga estaba pálida y furiosa, porque Aiden la miraba animado y como si la conociera, y sobre

todo porque se palpaba esa clara tensión en el ambiente entre los tres. ¡Él era su Aiden! *Dios mío*.

—¡Tú eres el Aiden que le destrozó su vida! —le señalé con el dedo.

Darién se interpuso en medio pidiéndome con la mirada que me relajara y tapándome la visión de su amigo, pero lo aparté de mí aunque me agarró de los brazos al verme furiosa.

—¿Destrozarle su vida? —Negó en un gesto—. Veo que te cuenta solo su versión.

—Por tu culpa la...

—ADALIA —el desgarrador grito de Carla me puso la piel de gallina, agarrándome a la camisa de Darién.

Pero ella seguía mirando a Aiden conteniendo su respiración.

—Eres un cabrón. Y sigo odiándote como el primer día.

Antes de irse, miró con rencor a Darién, que miró hacia otro lado como si no soportara la mirada de mi amiga. ¿Por qué le mandaba esa mirada?

Se marchó en largas zancadas del recibidor oyendo como resonaban con fuerza sus tacones, y la seguí sin pensarlo, pero antes de perderlos de vista a ellos dos, vi como Darién detenía a Aiden al ver que deseaba ir tras ella con un rostro desencajado, como si no hubiera podido soportar más la *máscara* que llevaba. La encontré apoyada sobre la chimenea, intentaba reprimir los sollozos y me partía el alma verla en ese estado. Carla siempre reprimía sus tristezas y pocas veces la había visto llorar a lo largo de estos años.

—Lo siento, Carla —dije apenada dejando mis manos sobre sus hombros.

Ella me agarró las manos sacudiendo la cabeza y apretando los labios.

—Tú no tienes la culpa. El destino es muy caprichoso.

—Pero no quiero verte así.

—No me verás hundida si es lo que quieres saber —dijo con la cabeza erguida y aclarándose la garganta para despejar los sollozos—. Esto es una prueba que me impone el destino y pienso superarla.

—Yo no deseo que la superes. Voy a suspender la boda. Darién lo

entenderá. Podemos casarnos otro día —dije con un deje de tristeza volviéndome para ir hacia él.

—¡Ni hablar! —me detuvo con firmeza. Me alzó la barbilla para que nos miráramos, sus ojos rojos al haber retenido las lágrimas me hicieron sentir mal.

—¿Lo amas?

Asentí. Esperó unos segundos más mordiéndose con fuerza su labio inferior.

—¿Te ama?

—Sí.

—¿Estás segura?

—¿Por qué lo preguntas? Claro que lo estoy.

Ella perdió la mirada hacia la entrada del salón.

—Pues la boda no se suspenderá por mi culpa. Si son amigos. Estupendo. Pero antes necesito hablar un momento a solas con tu futuro marido.

Sin darme tiempo a reaccionar, se movió de nuevo hacia el recibidor. Recé para que no intentase asesinar a Aiden. Me lo dijo tantas veces que la creía capaz.

Ellos dos no paraban de hablar, parecía que incluso discutían al observar la tensión en los hombros de Darién y su rostro severo. Pero dejaron de discutir contemplando como una Carla enfurecida caminaba hacia ellos.

Aiden le mostró una sonrisa con descaro para ver cuál sería su siguiente paso, pero ella no lo estaba mirando. En cambio Darién, dejó sus ojos en mí cuando nos acercamos. Me crucé con su mirada sintiéndome rara de verlo como si me temiera.

—¿Puedo hablar contigo Darién o tu tiempo es demasiado limitado para mí?

Abrí los ojos como platos por su tono algo socarrón. Y Aiden negó con la cabeza por su actitud tan arisca.

—Sigues igual de siempre, Carla.

—¡Tú cállate! —lo señaló con un dedo como amenaza.

—Claro. Podemos hablar —se apresuró a decir Darién algo nervioso.

Ella abrió la puerta principal y los dos salieron hacia fuera. Caminé hasta la puerta observando cómo se alejaban varios metros, por el camino principal que llevaba hacia las afueras de Muckcross-Knightley House. Los miré preocupada, frotándome los brazos al darme un escalofrío. ¿Por qué Carla quería hablar con él de esta manera tan apartada? ¿Desconfiaba del hombre que se iba a casar conmigo?

No entendía nada.

—Adalia yo...

Lo miré sin ninguna pizca de compasión cuando Aiden se puso a mi lado.

—¿Puedes excusar lo que le hiciste? —le pregunté al fin.

Agachó la cabeza negándolo.

—Sé que no me perdonará.

—Haces bien en saberlo. Tú y Darién sois amigos. Qué coincidencia —hice un gesto con ironía.

—Mucha. El mundo es un pañuelo.

—He estado a punto de suspender la boda por tu culpa —le dije con énfasis.

—Lo entiendo. Ya le he dicho a Darién que puedo buscar otro testigo.

—¡Pero ya veo que Carla es más valiente que tú! —le acusé al verlo tan cobarde.

—Eso lo sé desde hace mucho tiempo —me deslumbró una sonrisa rota y no supe si creer en ella.

Esperé paciente caminando de un lado para el otro. Y fue extraño lo que vi al cabo de unos minutos. Carla discutía con Darién, al ver su forma de mover los brazos al aire como si algo le reprochara.

—¿Pero qué ocurre? —adelanté un paso.

Aiden me detuvo del brazo también observándolos. Esperaba que Carla no

le estuviese reprochando nada por ser amigo de Aiden. Que fueran amigos, no significaba que Darién fuera tan ruin como Aiden.

—Yo voy. Tú espera aquí.

Hice un gesto afirmativo algo inquieta, mientras él se marchaba hacia ellos. Carla alzó los brazos al cielo al ver que Aiden se acercaba. Capté el gesto de brazos que le hizo Aiden a ella, pareció que intentaba tranquilizarla y que guardara silencio. Y eso nadie lo conseguía con Carla. Era un *torbellino* imparabile cuando se enfurecía.

*Aiden y Carla.* ¡Increíble! Habían vuelto a reencontrarse después de tanto tiempo. Después de lo que les ocurrió. Quería pensar que la vida fue *injusta* con ellos. Pero Aiden le hizo mucho daño a Carla, un daño en el que no veía justificación. No quería que ella soportara su presencia por mí. Pero no podía entender nada. De lo poco que conocía a Aiden, no parecía tan malo como me lo pintó Carla cuando me habló de *su historia*. Aunque sé que una mujer descorazonada decía todo lo negativo de su ex.

¿Tendría que darle un voto de confianza a Aiden?

Después de unos largos y tediosos cinco minutos, seguían hablando. Pero ahora más relajados. Carla había dejado de hablar y solo estaba atenta, escuchando todo lo que hablaba Darién, y a veces lo que decía Aiden.

Tenía unas inmensas ganas de ir hacia allí para ver de qué demonios hablaban. De hecho nada me lo impedía. Empecé a andar a la vez que Carla se acercaba a mí y me sonreía.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cansada de tanto misterio.

—Nada malo. Solo me aseguraba de que te ama. Y te ama mucho, por lo que veo. Y también pienso que está muy, pero que muy loco. Me han dicho que ahora se marchan hacia el condado de Cork para buscar el amigo juez de Aiden.

Aquí estaba pasando algo raro. ¿De pronto Carla aceptaba estar al lado de Aiden así como si nada?

—Además te tengo la sorpresa —la miré mientras me guiñaba un ojo.

Yo aún no podía procesar nada, esto era de película. Mis ojos se dirigieron

hacia ellos que aún hablaban lejos de nosotras, y miré de reojo a Carla viendo su clara expresión inquieta, dejando sus dedos sobre su boca con nerviosismo, como si no dejara de darle vueltas a algo que la *atormentara* sobre su cabeza.

—¿Ha pasado algo de lo que yo deba enterarme? —le pregunté algo molesta.

No podía soportar cuando se me ocultaba información.

—Aparte de que no tolero a mi ex. Nada.

—¿Nada?

—Adalia —resopló cogiéndome las manos para tranquilizarme—. No ha pasado nada. Ya sabes lo posesiva que soy para las personas a las que amo. No quiero que te hieran más. Y me he asegurado de que fuera así —me abrazó y añadió—: Quiero verte feliz. Y estoy segura de que Darién es el correcto.

—Yo también —suspiré complacida.

—¿Sabes? Este tipo de boda me está recordando a las novelas históricas que leemos. Solo te ha faltado un padre posesivo que no desea que mancillen a su hija, y que tú y Darién os fugarais a Gretna Green. Y hubiera sido un *betseller*.

—¡Carla! —Exclamé con una evidente sonrisa—. Cada día me da miedo tu imaginación. ¿Por qué no le das una tregua a tu mente sobre tanta lectura?

—Ni loca. Necesito leer. ¿Tú has visto a los Tamagotchi cuando necesitan comer o sino mueren? Pues yo soy un Tamagotchi y necesito alimentarme de libros.

Su comentario me hizo estallar en una carcajada y la abracé de nuevo.

—Carla. Eres increíble. No cambies nunca.

—Si cambio. Enciérrame en mi novela favorita.

Le sonreí.

No era justo que yo obtuviera mi felicidad y Carla no. Nada justo. Si mi pasado era oscuro, él de ella también lo era. Negué con la cabeza, entristecida. Nada justa había sido la vida para ella.

Darién se acercó a nosotras, mientras Aiden se quedaba cerca de su

deportivo, esperándolo. Las miradas de Aiden y Carla se cruzaron en un descuido, pero ella la apartó con indiferencia y él negó con la cabeza mirando hacia el cielo.

—Nos vamos. Volveremos pronto. No te muevas —me sonrió en modo canalla mientras me plantaba un beso en los labios.

Asentí.

—No lo hará —aseguró Carla pero con una sonrisa—, a no ser que Adalia haga como en «Novia a la fuga» y en el último momento se arrepienta y decida largarse. Entonces ahí chaval, tendrías un problema bien gordo —decía tan burlona Carla de últimas, mientras se marchaba hacia el interior de la mansión.

Darién me miró con pánico por las explícitas palabras de mi amiga. Primero asesiné con la mirada a Carla por la espalda, antes de que traspasara la puerta, y luego lo miré a él.

—No voy hacerte nada de eso —le aseguré.

Me torció una sonrisa demoledora para mis sentidos.

—Lo sé —dijo como si hubiera tenido esa seguridad desde el principio.

Me quedé boquiabierta poniendo los brazos en jarras.

—¡Eres un patán!

Sus brazos me rodearon con rapidez y me estrechó contra su cuerpo dándome un beso apasionado que me dejó aturdida, y me hizo gemir cuando con suavidad tiró de mi labio inferior derritiéndome en sus brazos.

—Pues este patán tiene que ir a recoger su móvil, y decirle a esa otra novia ficticia que se imaginó mi futura mujer... que lo nuestro no puede ser —bromeó con un tono juguetón.

El roce de sus labios sobre los míos, me dejaba sin fuerzas para replicarle que fuera el doble de patán. Sabía que me sacaría el temita de la *dependienta*, y claro está, siempre saliéndose con la suya para quedar como el victorioso.

—Anda ve —le alenté apresurada, recobrándome del todo—. Porque estoy deseando ser tu esposa.

Besó mi frente sintiéndome plena de felicidad, y se marchó con su amigo Aiden en su deportivo para buscar al juez Quinn.





## Fui su prometida

Entré a la mansión con una sonrisa de tonta en mi rostro. Y me recosté contra la puerta suspirando. Hacía apenas un minuto que se había marchado, y ya lo echaba de menos. Buscando una distracción, levanté la mirada para que mi amiga me ayudara a que no estuviera tan impaciente, porque ya llegara mi prometido.

—¿Carla? —la llamé resonando mi voz entre los pasillos, pero no oí respuesta.

¿Dónde se había metido? Subí las escaleras hacia la segunda planta caminando hacia mi habitación. La puerta entreabierta me dio indicios de que Carla estaría dentro. Abriéndola sin abandonar la felicidad de mí, Carla fue saliendo del vestidor con algo rojo entre sus manos. Me quedé quieta como una estatua al observar su rostro desconcertado, sin poder ella desprender los ojos del vestido rojo que me regaló para mi cumpleaños, rasgado del escote. Mi cuerpo se estremeció deseando no volver a esos recuerdos, y nuestras miradas se encontraron, descubriendo Carla mi pánico.

—¿Tienes algo que decirme? —me preguntó sorprendida por el vestido.

Me quedé tartamudeando y enlazando mis dedos por el pánico de no saber cómo decírselo. Preferí darme la vuelta con pasos ligeros, bajando hacia la primera planta.

—¡Adalia! —me gritó por detrás intentando alcanzarme. Mis pies apresurados no se detuvieron a su llamada alarmada, apreté las manos conteniendo las emociones. Pero me atrapó un brazo, volviéndome hacia ella y me alivió que no tuviera el vestido entre sus manos para no seguir martirizándome.

—No sé a lo que te refieres —dije calmada intentando llegar al salón principal.

—He encontrado el vestido que te regalé rasgado del escote. Tengo dos teorías. A Darién le encanta destrozar la ropa por ser tan posesivo, cosa que cierta parte de mí lo entendería, por esas tantas diversas novelas que hemos

leído tú y yo. Y me segunda teoría es que te ha pasado algo grave. Y espero que sea la primera.

Solté el aire de golpe.

—Liam intentó violarme en los lavabos de una discoteca.

Esperé la carga *atómica* de Carla. Pero no llegó. Me atreví a echarle un vistazo y la encontré mirándome pálida y con la boca entreabierta. Intenté no revivir ese momento, pero necesitaba seguir contárselo.

—¿Qué has dicho? —no me dio tiempo de hablar—. ¿Liam? ¿Hablamos del mismo Liam? Agg voy hacer que su último tiempo de vida se la pase en la cárcel —sacó su móvil tecleando en la pantalla táctil.

—No —se lo arrebaté mirándola asustada porque la creía capaz.

—Devuélvemelo, Adalia. No estoy bromeando —extendió la mano apretando los dientes.

—No harás nada.

—Dijiste intentó. Oh, Dios. ¿Quién te salvo?

—Darién. Darién llegó a tiempo —los ojos me escocían por las lágrimas retenidas—. Lo siento por el vestido.

—A la mierda el vestido. ¿Tú estás bien? —me acarició el rostro preocupada, sintiéndose mal. Asentí pero luego negué con la cabeza, escapándose un gemido de mis labios.

Ella me abrazó por un largo tiempo calmando mis miedos.

—Me golpeó... dijo que quería vengarse de mí y que tarde o temprano me hubiera visitado. Si no llega a entrar Darién... no sabes cómo me trató...

—Shhh tranquila. No lo revivas. Doy gracias de que Darién llegara a tiempo. Y espero que le metiera una paliza.

—Lo hizo —sorbí de mi nariz mirando su móvil entre mis manos y se lo pasé confiando en que no recurriría a su padre, para que jugara sucio con Liam—. Y me dijo que esto no se quedaría así, que lamentaría haberme tocado.

—Bien. Otro morreo que tengo que darle —con su broma me sacó una sonrisa.

—Por culpa de Liam la policía se llevó a Darién. Pero gracias a Aiden, pudo sacarlo de los calabozos.

Hizo una mueca.

—Como siempre rescatando a los que más lo necesitan. Muy típico en él — habló más para ella que para la conversación.

No sabía si decirle que Aiden estaba a punto de casarse. No. Era mejor no romperle más el corazón, porque sé que aunque dijera que lo odiaba, en las profundidades de su corazón a pesar de desear enterrarlo, algo seguía sintiendo por Aiden.

—¿Qué te parece si tomamos un café irlandés y te hago reír con mis paranoias que tengo últimamente con las novelas? —Me propuso pasándome un brazo por la espalda—. La última ha sido que me casaba en un sueño con un Highlander buenorro. En qué mala hora me he despertado, jopé.

Me hizo reír quitándome las lágrimas de los ojos, asintiendo. Eso sería una gran distracción, para el malestar que me había dejado recordar al despreciable de Liam.

\*\*\*\*\*

Recibí un mensaje de Darién a las doce del mediodía expresándome que todo estaba listo y que pronto estaría de nuevo a mi lado. No pude evitar el ponerme nerviosa como si fuera una colegiala. Sé que en el fondo a Carla esta *boda-locura* tan apresurada no le gustaba nada, pero comprendía que deseara hacerlo de esta forma. Y ojalá algún día tuviese el suficiente valor para decirle que estaba «*maldita*», y que cada diez años caía en coma. Seguro que me contagiaría su buen humor y saldría con la justa clara verdad, de que era una chorrada fantasiosa de una mente perturbada que tenía el nombre de Hope.

Pero de momento no tenía el valor para contarle ese *secreto* que me dolía guardarle. Darién quería meter en mi cabeza que yo no estaba maldita, pero si lo estuviera, si cabía esa remota posibilidad... ¿no tendría que exprimir al máximo mi vida? Vivir experiencias, sentir emociones, cometer errores y aprendes de ellos, dejarme llevar por los sentimientos, ser feliz. Desde esa perspectiva no veía esta boda como una completa locura, sino como la sencilla razón de que amaba a ese hombre maravilloso, que la vida me había dado, y que quería casarme con él por amor, por un amor que había hecho

abrir las puertas doradas de mi corazón dormido.

Darién junto con Aiden y el juez Quinn, un hombre mucho mayor que ellos y pelirrojo, llegaron a las dos de la tarde. Ni siquiera pude saludar a mi chico al que necesitaba con urgencia sus besos. No fue posible porque mi odiosa amiga del alma (en realidad la amaba con locura), me arrastró con ella lejos de él para prepararme. Solo pude atisbar de mi chico mientras subíamos las escaleras apresuradas, como me sonreía de un modo canalla desde el recibidor, y me expresaba entre sus labios: *«te esperaré impaciente, banphrionsa.»*

*Yo también*, juré en mi interior mientras Carla me hacía prisionera en la habitación para arreglarme para la ceremonia.

No me importaba que no lo celebráramos a lo grande, no me gustaban las bodas a bombo y platillo, con tener a mi lado a mi mejor amiga en el día más importante de mi vida, era suficiente.

—Mira. Esta es la sorpresa.

Dejé de retocarme el peinado en el espejo para volverme.

Grité llevándome las manos a la boca.

Sobre una silla de terciopelo descansaba un vestido de novia. Miré a mi amiga cargada de emociones y casi a punto de echarme a llorar. Y volví mi mirada hacia el sencillo vestido largo y drapeado con un escote en forma de uve. Tampoco podía creer hasta donde llegaba Carla por mí. ¡Esto era un sueño!

—Gracias —me abalancé hacia ella sollozando, abrazándonos con fuerza.

—¡Ni se te ocurra llorar! —me advirtió en el proceso del abrazo haciéndome reír—. Me gusta verte feliz. He esperado mucho tiempo para esto.

Al final terminé llorando sin poderlo evitar. No me riñó como esperaba, por hacer que su trabajo con el maquillaje se fuera al garete, lo comprendió y lloró conmigo. Y de nuevo minutos más tarde, volvió a maquillarme.

El reloj de la habitación marcó las cuatro en punto de la tarde. Llegaba tarde, pero esa era la tradición, ¿no? Que la novia llegara un poquitín tarde, aunque esta boda no se celebraría ante Dios y solo fuera un mero trámite de

papeles en los que firmaríamos ante un juez. No descartaba que más adelante nos casáramos por la *iglesia*.

En cuanto estuve lista, Carla se marchó de la habitación pero no sin antes asegurarle (otra vez) que se veía bellísima con ese vestido amarillo de palabra de honor. Sola en la habitación, me di unos segundos cogiendo aire. ¡Por qué el maldito nudo en mi estómago no se esfumaba!

*Venga Adalia, sal de una vez.* Abrí la puerta y fui caminando por el pasillo.

Vi al final de las escaleras a Darién, esperándome mientras se anudaba correctamente la corbata negra. Mordí mi labio inferior recorriendo con mi mirada su cuerpo envuelto en un traje negro, llevando debajo un chaleco y una camisa de un tono mucho más claro que el traje. No podía creer que lo estuviera haciendo. *¡Voy a casarme!* Pensé nerviosa. En unos minutos seré su *esposa* en cuerpo y alma. Apreté la mano que se deslizaba por la barandilla, mientras llegaba hacia él, que se giró hacia mí en cuanto entré en su campo de visión. En la mirada de Darién había una esbozada felicidad y tendió su mano hacia mí. Le sonreí sintiendo mis mejillas arder cuando me susurró «*lo hermosa que me veía*», mientras sus brazos me estrechaban en un apasionado abrazo. Estuvo tentado de besar mis labios, pero decidió no hacerlo subiendo sus labios hacia mi frente.

—¿Preparada?

—Sí.

Estreché mi mano en su brazo y juntos fuimos hacia unos de los bellos y pintorescos jardines de Muckcross-Knightley House. Entre miles de flores, robles y una extensa vegetación que hacía de este lugar un paisaje idílico, me iba a casar en unos pocos minutos. Quien visualicé primero fue al juez Quinn, esperándonos detrás de una mesa de madera que estaba cerca de la fuente de piedra, que deslizaba el agua en cascada. Y a su derecha nos sonreía una Carla que no dejaba de mirarme emocionada. Al otro extremo se encontraba Aiden, otra vez trajeado y muy guapo el condenado. Siempre me preguntaré que *verdadera historia* habría detrás de Aiden y Carla. Porque ahora que los observaba a ambos, los veía como una pareja perfecta y única, como si la vida hubiera sido injusta con ellos. Y que el *malo* no era precisamente él.

Llegamos finalmente al juez Quinn, pero mientras que él hablaba hacía

nosotros, me fijé en detrás de él.

Me quedé extrañada unos segundos observando a una mujer envuelta en una túnica gris, sin poder visualizar bien su rostro. Eché una mirada a mí alrededor de forma disimulada, y nadie más la miraba a ella, sino al juez. ¿Es que era la única que la veía?

*Adalia, concéntrate, estás en tu boda.*

Desterré mi lado paranoico novelero y me fijé en el juez, pero a su vez la mujer misteriosa se quitó la capucha descubriendo su rostro. Mi sangre se alteró conteniendo la respiración. Y oí los incesantes latidos de mi corazón martilleando contra mi pecho. La miré petrificada, apretando con más fuerza el brazo que sostenía de Darién, creyendo él por su sonrisa tranquilizadora, que era por los puros nervios de la boda. Esto debía de ser una broma. La seguí mirando pasmada. ¡Era ella! ¿Qué hacía aquí la vidente que se acercó a mí en Los Ángeles? ¿Cómo demonios había llegado a Irlanda? Recordaba su cabello marrón chocolate y sus ojos de color esmeralda, pero no parecía nada desaliñada como la última vez. Tenía mucho mejor aspecto. ¡Qué demonios ocurría aquí!

Ella me miró y torció una sonrisa sin entenderla, estremeciendo mi ser.

Si no fuera porque ahora mismo era mi boda, no tendría reparos en preguntarle cómo diablos me había localizado, y miles de preguntas más que incordiaban mi cabeza. La ceremonia fue sencilla. Y perfecta. Cuando intercambiamos nuestras alianzas, Darién me besó tan apasionado, que creí que me desmayaría de los brutales deseos que despertaba en mí.

Remetió un mechón de pelo detrás de mí oreja, dejando su frente contra la mía.

—Mía. Al fin eres mi esposa. Te quiero.

—Yo también.

Antes de volver a besarme, observé como Aiden se comía con la mirada a Carla, y ésta intentaba evitar mirarlo por todos los medios. Cuando quise darme cuenta, la vidente ya no estaba detrás del juez. Y él solo nos miraba con devoción.

*Mierda.* Pensé en mi interior. O me estaba volviendo loca, o era muy

clavada a la vidente del semáforo que me leyó la mano, y me dijo unas palabras extrañas que aún perduraban en mi mente. Mientras Darién se acercaba a Aiden, yo lo hice hacia el juez que recogía los papeles de la mesa.

—Disculpe, juez Quinn.

Él levantó sus ojos negros hacia mí.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarte, muchacha?

—La chica que había detrás de usted. ¿Era alguien que debía estar con usted?

El juez Quinn frunció el ceño, mirándome.

—¿Qué chica? Estaba solo. No he traído a nadie conmigo.

Me quedé en un total desconcierto. ¿Cómo era posible que no la viera? Tal vez porque estaba muy detrás. Dios, me estaba volviendo loca.

Necesité con urgencia ir detrás de ella, pero Darién me llevó con él sin sospechar nada y me quedé mirando el camino de piedra, que llevaba hacia el bosque por donde seguramente se habría marchado esa rara vidente.

¿Quién sería esa chica?

La felicidad me envolvió despejando mis inquietudes (al menos un buen rato), cuando Darién y yo nos pusimos a bailar nuestro primer baile como *marido y mujer* en ese mismo jardín, con una música clásica y un pequeño convite sobre una mesa. No pedía más. Porque lo tenía a él y era lo que en verdad me importaba.

Llevé mis manos alrededor de su cuello mientras nuestras miradas se unían.

—¿Eres feliz? —me preguntó Darién.

—Sí.

Sus ojos me recorrieron desde mi escote hasta mis labios, dándome un apretón contra su cuerpo, haciendo perder mi voluntad al dejar sus labios tan apetecibles sobre los míos y haciendo una suave caricia que me derretía en sus brazos.

—Yo también lo soy. Eres todo lo que siempre he deseado.

Me hizo perder los sentidos con un dulce beso mientras seguíamos el ritmo



de la suave música. Terminando nuestro baile, tuvo que atender una llamada urgente de la que no presté demasiada atención al ir hacia mi amiga.

—Ay, Carla estoy en una nube —le apreté las manos llena de un gran júbilo.

—Me alegro.

Aunque intentara disimularlo, noté una nota de tristeza en su voz.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. No es nada...

Seguí su mirada y me detuve en Aiden, que estaba apartado de todo, teniendo una copa de champán entre sus manos. La miré apenada sin saber que decirle. Aunque me dijera que soportaba la presencia de Aiden, en realidad le hacía daño estar cerca de él.

—Oye, ¿tú también has visto a esa chica rara que había detrás del juez Quinn?

—Sí, la he visto. Era bastante rara. Oh, mierda.

—¡Que! —salté alarmada por su rostro horrorizado de repente.

—Viene hacia aquí —me cogió de las manos y me hizo girar para perderlo ella de vista, y vi a Aiden caminando hacia nosotras. Sonreí. Las manos de mi amiga estaban temblorosas entre las mías, mordisqueando sus labios—. ¿Sigue viniendo?

—No, qué va. Se acaba de marchar en otra dirección.

Suspiró poniéndose una mano en el corazón.

—Menos mal, por un momento he creído que me pediría...

—¿Bailas conmigo, Carla?

Ella se quedó boquiabierta mirándome. Aguanté reír guiñándole un ojo y apartándome de ellos para darles su espacio, aunque me quedé cerca por si las moscas. Ella me fulminó con la mirada antes de volverse hacia su *archienemigo*, mirándolo con indiferencia.

—Antes de bailar contigo, prefiero que me caiga un rayo.

Él miró hacia el cielo. Chasqueó la lengua con una sonrisa.

—Lástima. Hace sol. ¿Bailas conmigo?

—Antes de bailar contigo, prefiero bailar con una vaca.

—No veo ninguna a nuestro alrededor, la más cercana estará a uno o dos kilómetros. ¿Bailas conmigo?

—Antes de bailar contigo, prefiero bailar con un zombie —ya se le estaba agotando la paciencia por su tono lleno de ira.

—Las posibilidades de que ahora aparezca un zombie son nulas y un poco fantasiosas. ¿Bailas conmigo?

Carla me miró a los ojos expresándome con esa reluciente ira: «*Lo mato, lo estrangulo.*»

—Antes de bailar contigo, prefiero viajar atrás en el tiempo y bailar con un verdadero Highlander apasionado, rudo y sensual.

Abrí la boca asombrada por su contestación tan clara. Él frunció el entrecejo nada molesto por su respuesta, y con una expresión divertida. Estaba claro que sabía cómo sacar de quicio a Carla.

—¿Por qué quieres viajar en el tiempo cuando tienes uno delante de ti de carne y hueso?

¿Estaba insinuando Aiden que él había nacido en las Highlands? Él soltó un suspiro finalmente con una asombrosa calma, para la tempestad de furia que emanaba por cada poro de la piel de Carla.

—En serio, Carla. Esto va así. No voy a dejar de preguntarte si quieres bailar conmigo. ¿Y adivinas quién va a ganar de los dos? ¿Bailas conmigo, por favor? Me gustaría mucho.

—Agg tú ganas —se acercó a mí Carla, tendiéndome de mala gana su copa—. Por favor Adalia, tenla un momento —y se giró hacia él con altivez—. Pero no me tocarás.

—¿Como que no puedo tocarte? Necesito hacerlo para que bailemos.

—Tú ponme una mano encima y te aseguro que tendrás que ir de inmediato al hospital más cercano.

Me hizo reír en cuanto vi como Carla le daba un manotazo a la mano de Aiden, cuando intentó tocar su cintura. «*Pero yo que te he dicho. Qué te he dicho*», le decía ella crispada. Y él miraba hacia el cielo como si en su mirada dijera: *dame paciencia*. Sentí como Darién rodeaba sus brazos sobre mi cintura, besaba mi cuello y dejaba su barbilla sobre mi hombro, mirándolos también como discutían, porque Aiden deseaba tocarla y Carla no se dejaría por nada del mundo.

—Me arriesgo a decir que están hechos el uno para el otro.

—Yo no estoy tan segura. Tienes que contarme la parte de Aiden —le pedí mientras dejaba la copa sobre la mesa.

—Eso solo lo puede hacer él, cariño. Sería como traicionarlo si lo hiciera. Pero si se lo pides, seguro que te lo contará. Él es un hombre muy bueno, algo reservado, pero en el fondo tiene un enorme corazón, aunque por fuera parezca un grandullón severo.

De pronto, su móvil sonó dentro de su chaqueta. Hizo un juramento en irlandés, rebuscando en el interior de ella sin más remedio. Me hizo un gesto disculpándose y asentí sin problemas. Sonreí hacia Carla, porque al final había vuelto a ganar Aiden, y estaba rodeando sus manos sobre la cintura de ella. Podía imaginar lo mal que lo estaría pasando Carla ahora mismo, pero no parecía pasarlo de ese modo, cuando al fin Aiden pudo *atrapar* la mirada de Carla sin que ella lograra deshacerse de ese hechizo que lo hizo mirarlo.

El viento meció mi vestido acariciando mi piel. Y sobre el ambiente removido por el aire, noté un susurro en mi oído poco audible. Me estremecí y me di la vuelta en la dirección en la cual lo había oído. Dudosa, negué con la cabeza al habérmelo imaginado.

Pero un *aroma* familiar para mis sentidos, atrajo mi atención y me quedé hipnotizada de ese aroma. Me giré en esa dirección y comencé a caminar.

Me alejé de la música entrando en el espeso bosque. Seguí ese aroma intenso y tan aromático, me era familiar pero ahora no caía de donde lo conocía. El susurro de una mujer, volvió alzarse sobre el viento ahora más claro. Las ramas de los árboles se movían con un espeluznante sonido, pero nada podía inquietarme, como si no fuera por completo la dueña de mi misma. Giré mi rostro hacia una pequeña poza a unos metros de mí, y sin más

vacilación, me arrodillé sin apenas tocar el agua tan pura y cristalina. Perdí mi mirada bastante rato en ella, hasta que vi cómo se formaba un rostro borroso en el agua. No era mi reflejo, yo no tenía esos ojos azules como el zafiro.

Cerré los ojos oyendo sobre mis oídos «*ven conmigo*», una y otra vez sin cesar. Era una voz suave y aterciopelada que me invitaba a seguirla sin poner resistencia.

No fui dueña de mi cordura. Hipnotizada, llevé mi mano hacia el agua rozándola con las yemas de mis dedos.

—¡No! —expresó alguien por detrás con un grito desgarrador.

Asustada, desperté y me caí de culo sobre la tierra seca. Me cogió de los brazos levantándome, y encontré frente a mí a la vidente del semáforo.

—¿A quién has visto? —me sacudió de los brazos más alterada que yo.

—Yo...

—¡Quién era! ¿La has visto del todo?

—Solo he visto unos ojos de color zafiro. He oído una voz... pero no estoy muy segura —me toqué la cabeza sin recordarlo nada bien.

—Jamás te acerques al agua. Jamás. Pero lo más importante a ningún lago.

Ella se separó de mí mirando a nuestro alrededor, como si no se fiara ni de su propia sombra.

—Déjala en paz. ¡Ella no tiene la culpa! —gritó al viento.

La miré sin parpadear.

—¿Por qué gritas a la nada?! ¿Se te ha ido la cabeza?

Ella bajó la mirada entrecerrando los ojos hacia mí. ¿La había ofendido? Apretando sus manos, se dio la vuelta para marcharse. Y encima su bipolaridad no conocía límites. Pues conmigo estaba equivocada.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas?

Se detuvo, dejando transcurrir unos segundos antes de enfrentarme de nuevo para mirarme.

—Erin.

La señalé con recelo sin apenas tener claro mis pensamientos.

—Tú... eres tú, ¿verdad? La que me dijo todo eso en el semáforo en Los Ángeles.

—Sí, soy yo.

—Pero no puede ser. ¡Estás aquí!

Se encogió de hombros con tranquilidad.

—Soy irlandesa. Me encontré de casualidad contigo allí, y quise gastarte una broma. Nunca he mendigado. Fue un disfraz. Fin de la conversación.

Intentó salirse con la suya marchándose, pero yo no se lo permití, adelantándome a ella para bloquearle el paso.

—No te creo —la volví hacia mí cogiéndola del brazo.

—Disfruta de la felicidad, Adalia. Por cómo es la vida de cruel, puede durar muy poco.

La miré impactada, soltándola. Y ella maldijo en irlandés, como si eso no fuera lo que deseara haberme dicho.

—Lo siento. No es mi intención tratarte así.

—Erin, no creo en las casualidades —negué con seriedad.

—Ya somos dos.

Esboqué una sonrisa sin pretenderlo. Ella suspiró con un deje de tristeza, y se alejó unos pasos dejando recostada su espalda sobre un árbol, cruzándose de brazos y mirando la poza de agua con algo de desconfianza. Se quedó allí durante largos segundos en los que no dejé de mirarla.

—La naturaleza siempre se ha inclinado en obedecerte.

No supe qué decir. ¿Eso iba hacia mí?

—No hace falta que me lo digas. Veo que no me crees. Él no te dejará en paz, Adalia.

—¿Quién?

—El chico de tus sueños. Te persigue. Pronto lo verás. Y te separará de Darién.

—No pienso separarme de Darién. Nadie. Óyeme, nadie podrá. Lo amo.

—El amor puede ser ciego. Pero aprende a caminar en la oscuridad.

Me quedé perpleja sin entender nada de lo que me decía.

—Está escrito, el viento es el surcador que mueve los caminos del destino. Pero quiero darte un consejo. Lucha por lo que más amas. Aférrate a él como si dieras tu vida. Que no te cieguen los prejuicios, las dudas...

—¿Quién eres? —le pregunté asustada.

—Una loca, supongo. ¿No es eso lo que estás pensando ahora de mí?

Negué con la cabeza. Su comportamiento parecía tan distinto al que utilizó en Los Ángeles. Mirando hacia la pequeña poza, encontré un escrito sobre el barro cerca de la orilla. Que yo recordara, no estaba ahí hacía un momento. Miré extrañada a Erin y fui hacia ese escrito.

Pero no llegué a entender que ponía.

—¿Es irlandés? —le pregunté rara señalándoselo.

Ella se acercó hasta mi lado, dejando su mirada en las palabras escritas en el barro tan perfectas y claras. Por lo que capté en su mirada, entendía lo escrito y se quedó sobrecogida como si no le gustara.

—Es el irlandés antiguo.

—¿Y qué pone? —pregunté.

—No. Es mejor que lo dejes pasar. No es nada.

—¿Qué pone! —le urgí llena de curiosidad como si fuera una orden.

Ella suspiró resignada mirándolo otra vez.

—*El tiempo apremia a tu favor. Pero pronto despertarás. Ya me has visto.*

Se me congeló la sangre y me estremecí de espanto dando instintivamente cuatro pasos para atrás.

—¡Ah! ¡¡Te lo has creído!!

Salté alterada por su risa, alejándome unos pocos pasos más. ¿Me había tomado el pelo? ¿No ponía eso en realidad? No sabía si cabrearme o seguir su risa para quitar la tensión acumulada de mi cuerpo.

—Seguro que algún tonto lo habrá escrito. No pone nada interesante. Créeme —sus botas de cuero borraron el escrito.

—¿Estás segura?

—Humm —asintió una sola vez mirando hacia otro lado.

Estaba incómoda, lo podía notar a leguas. Pero se acercó a mí, cogiendo mis manos y bajo una sonrisa me dijo:

—Tengo que irme.

Abrí la boca pero no dije nada, mientras se daba la vuelta marchándose. Que chica más rara.

—Recuérdalo siempre, Adalia. Tu vida es una manifestación de tus sueños. Y tus sueños los escoges tú. Que el cielo siempre te proteja.

Terminó antes de desaparecer entre la espesura del bosque dejándome sola. Erin me estaba ocultando algo. Y algo muy gordo y tal vez *oscuro*. Abrí mi mano y encontré un papel con un número telefónico y unas palabras.

***Si me necesitas, si te encuentras rara... llámame. Acudiré en tu ayuda.***

Podía decir que estaba chiflada, ¿pero por qué una parte de mí me decía que era más coherente que un tercio mundial de la población humana?

—¡Adalia!

La voz de Darién me alteró, y me volví hacia él cerrando la mano donde tenía el papelito, con un rostro tranquilo y sonriente. Vino apresurado saliéndose del camino para llegar a mí, con un rostro ansioso y preocupado.

—¿Dónde estabas? Me habías asustado —me abrazó eufórico contra él besando mi frente.

Reí contra su pecho para tranquilizarlo.

—Estaba por los alrededores.

—Creía que te habías ido.

—¿Por qué? —fruncí el ceño mirándolo.

Negó con la cabeza sin darle importancia, y miró sorprendido los bajos de mi vestido algo manchados de barro. Como novia no era un modelo a seguir.

—¿Qué te ha pasado?

—Oh, nada. Sin querer me he caído.

—¿Te has hecho daño?

—No.

Volvió a poner mi cabeza contra su pecho y miré la poza, pensativa. ¿Adónde se habrá ido Erin? ¿Por qué borró el escrito sobre el barro sino tenía importancia?

Bajos los cenit del atardecer, Carla y Aiden decidieron partir. Ella y yo nos separamos unos metros para despedirnos.

—No sé si es buena idea dejarte sola —me dijo mientras nos abrazábamos.

—No te preocupes, Carla. Voy a estar bien. ¿No ves lo feliz que estoy?

—Lo sé. Por favor, amiga. Cualquier cosa que te pase, llámame y no dudaré en volver. Por favor.

—Vale. Lo haré —resoplé poniendo los ojos en blanco.

Me sonrió satisfecha. Y caminó hacia Darién para despedirse de él, pasando por al lado de Aiden sin apenas mirarlo, y éste bufó un suspiro resignado por la actitud arisca que ella tenía. En todo el día, él no le había *quitado* la mirada a Carla.

—Espero que seáis muy felices —me abrazó Aiden de forma amistosa.

—Gracias —le sonreí mientras miraba como Carla acercaba sus labios a la oreja de Darién, susurrándole algo. Él asintió con la cabeza con una expresión seria, hablándole también. Aiden se interpuso en mi campo de visión sin poder ver más.

—Cuida de Darién. Aunque no lo creas y pueda parecer increíble. Es muy frágil.

—Seguro que eso no le gustará que me lo hayas dicho —le tiré en modo guiño y rio conmigo—. Descuida. Lo amo demasiado para hacerle daño.

Aiden como si lo intuyera, giró su rostro hacia una dirección.



—¿Y señorita, usted dónde va? —caminó hacia ella de modo galante.

Darién se puso a mi lado, observándolos. Carla resopló al ver que no había funcionado irse sin que se enterara.

—A ti que te parece mentecato. Me voy.

—No pienso permitir que te vayas sola y menos andando.

—Es que lo prefiero. Prefiero llegar a Killarney a pie antes que subir a tu coche. Primero que la humanidad consiga clonar una oveja y entonces subiré.

—Oh, pues debo informarte que ya la han clonado, se llamaba Dolly nacida en 1996. Así que te llevo adonde me digas.

Ella agrandó los ojos con un aspecto furioso, porque Aiden siempre conseguía salir *victorioso* en sus comentarios, pero antes de que pudiera darle la espalda con verdadero desdén, él hizo algo magistral, echarla sobre su hombro haciendo que ella gritara.

—¡Aiden! Suéltame. Aiden, no te lo repetiré —le golpeaba furiosa los hombros.

Apenas él parecía inmutarse por los golpes, mientras se acercaba a su Maserati.

—Puf... si sigues siendo la misma eso es mentira. Me lo repetirás cien mil veces más hasta que no puedas exhalar más tu aliento. Entonces será ahí cuando no puedas volver a repetírmelo. Y me lo suplicarás bajo un suave susurro por última vez.

Di un grito inesperado, cuando Darién me volvió hacia él pegándome contra su cuerpo y besando mi cuello.

—Al fin solos, banphrionsa.

—Ajá. Al fin puedo devorarte como una verdadera tigresa.

—¿Tienes hambre? —me preguntó con una mirada felina.

—Mucha.

Verlo con la camisa blanca algo desabrochada y con la corbata casi desecha haciéndole más apetecible que nunca, había despertado a la tigresa que llevaba en mi interior. Tiré de su corbata hacia mí plantándole un beso

apasionado. Entre besos y abrazos llegamos a nuestra habitación sin dejar de toquetearnos. Cerrando la puerta, sus ojos emocionados no dejaron de mirarme, pero llegó un punto en que agaché la mirada ruborizada por su mirada tan intensa. No era la primera vez, que me miraba con esa *profundidad* y me desarmaba por completo.

—¿Qué?

Esbozó una sonrisa.

—No sabe el destino la jodida suerte que tengo de tenerte. Era mi sueño. Al fin somos uno.

Agarrándome a su cuello, mis emociones brotaban sin cesar. ¿Había algún defecto en Darién? Tal vez uno, dos o máximo tres. Pero no encontraría más allá de tres. Todos éramos imperfectos por *naturaleza*. Pero Darién completaba la perfección con la imperfección, y le hacía increíblemente sexy.

Yo era la de la jodida suerte.

—Ya éramos un solo ser, Darién.

—Pero al casarnos estamos unidos para siempre. Es la última unión que nos faltaba para completar mi dicha. Me siento más seguro que seas mi esposa.

—¿Por qué? ¿Crees que puede haber algún caballero más apuesto que tú por ahí oculto? —le bromeé en plan burlón.

Pero las posibilidades de que hubiese otro Darién en el mundo, eran tan nulas como si ahora se estrellara un *cometa* sobre la tierra y arrasara con ella. Me puso mala cara, no agradándole del todo mi broma a la vez que gruñía. Reí mientras me depositaba en la cama dejándome sentada en el bordillo. Vi cómo se arrodillaba ante mí cogiéndome un pie.

Negó con la cabeza.

—Claro que no. Seguro que podría competir contra uno idéntico a mí — deslizó de mi pie izquierdo el zapato comenzando a masajearlo.

Eché mi cabeza hacia atrás sintiendo un enorme placer que emití con un pequeño gemido.

—Contra lo único que no puedo competir... es que me eches de tu vida.

Con ligereza lo miré abrumada. Él no me miraba, porque se estaba dedicando a atender mi otro pie.

—Pero eso no ocurrirá.

Torció una sonrisa muy sexy.

—Lo sé —me guiñó un ojo muy seguro.

Me quedé boquiabierta ante la sorpresa, echando mi cabeza sobre la cama.

—¡Serás patán!

—Humm —plantó un beso sobre uno de mis pies, para luego comenzar hacia arriba llegando a los muslos. Ya estaba perdiendo el rumbo fijo de mis sentidos. Cuando sus labios besaban alguna parte de mi cuerpo. Adiós control, adiós cordura—. Me encanta que me llames patán.

Sus manos subieron mi vestido hasta el vientre. Me fue besando, acariciando y ya estaba más que excitada apretando los labios para no gemir con fuerza.

—Estabas tan hermosa con este vestido. Ya le di las gracias a Carla. Te veías como una diosa. Te veías como una poderosa, Deva.

Ese nombre seguía removiendo cosas en mi interior inexplicables para razonarlas. Cosas que no entendía.

—Pero ya es hora de que vuele de tu cuerpo. Necesito reclamar lo que me pertenece.

Extasiada por sus caricias y nublada de mis pensamientos, cuando quise darme cuenta, ya estaba desvestida de todo lo molesto para Darién. Como siempre, se daba su tiempo de devorarme con la mirada. Y yo solo quería, ansiaba con locura que se desprendiera de sus ropas y nos entregáramos a la pasión insaciable que ardía en nosotros.

—Voy a venerarte —sus labios húmedos besaron mis caderas hasta dar ese pequeño mordisquito que me hizo jadear de placer—. Voy a consentirte —sus labios fueron subiendo por mi vientre y arqueé mis caderas al sentir como se ponía encima de mí notando su erección. Lo que me puso más loca de deseo—. Voy a protegerte —sus labios subieron por mis pechos atendiéndolos. Le encantaba torturarme de placer, eso era un hecho—. Y voy a amarte el resto de

mi vida.

Sus labios subieron por mi cuello, llegaron a la barbilla y lograron atrapar vorazmente los míos, empujándolo contra mí sin resistir más. Sin miramientos, desanudé del todo la corbata y rompí los botones de su camisa, ayudándolo a quitársela, mientras nuestros labios no daban tregua. A traición, me restregué con intenciones maliciosas contra su miembro abultado.

—Joder —llevó su mirada hacia sus pantalones gruñendo, al verse vestido.

Le sonreí con picardía muy agitada.

—Eso te pasa por ir vestido.

Me echó una mirada de complicidad y llena de lujuria, que no contuvo por mucho tiempo. Le llevó cinco segundos desprenderse de todo obstáculo para hacerme el amor. Y su mirada posesiva y llena de amor me hechizó, y me dejó a su merced. Y fue un dulce castigo cruel, que entrara en mí poco a poco haciendo que arqueara mis caderas, mientras mi gemido lo atrapaban sus labios salvajes.

Esta era una noche mágica. Donde finalmente había *sellado* mi destino con el hombre de mi vida.

Me sentía enfebrecida cuando me poseía de esta manera tan apasionada. Su lengua acariciaba mi cuello, mis pechos y me sentía cautivada del placer que me daba. Su cuerpo siguió moviéndose contra el mío de una manera explosiva e insaciable, hasta que sentí como el orgasmo explotaba en mí, liberándolo con mi gemido salvaje que atraparon al momento sus labios, mientras él llegaba al mismo *paraíso* que el mío.

Apoyó su frente sobre la mía sintiendo como le temblaba todo, como a mí.

—Eres increíblemente perfecta.

—Tú eres el increíblemente perfecto.

Los ojos de Darién eran sorprendentemente tiernos a la vez que sus mejillas acariciaban las mías, perdiéndonos en el placer de ese roce, mientras nuestros cuerpos seguían unidos y reclamándose como uno solo.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? ¿Por hacer el amor? —le pregunté con un tono humorístico

acariciando su rostro, llena de un amor incondicional.

Negó con la cabeza, perdido por mis caricias.

—Por quedarte en mis brazos para siempre.

Cada palabra que había salido de sus labios, había hecho que mi corazón estallara de emoción y felicidad. Siempre encontraba el mejor momento para hablarme tan romántico. Me hacía sentir muy querida y especial.

\*\*\*\*\*

Pero después de hacerme el amor, caer exhausta en sus brazos y cerrar los ojos. Él volvió atacar mis sueños. Félix intentaba nuevamente *reclamar* mi corazón.

*Esta vez me sorprendió verme de pie. Era yo, tenía el mismo camisón rosa semitransparente puesto, y me encontraba en la Torre de los Sueños. La cama con dosel estaba cubierta por una estela de cortinas blancas, y había una vela sobre la mesita de noche. Tragué saliva al oír una risa. La reconocí. ¡Esa risa era mía! Me acerqué más. No podía verme del todo. Pero vi dos siluetas abrazadas, recostadas sobre el cabecero.*

—Te amo.

*Me quedé paralizada al oír la voz de Félix.*

*Respiré deprisa sintiéndome despreciable.*

—No creo que opines lo mismo cuando tenga setenta años y esté llena de arrugas, y sea una viejita mucho más terca que ahora.

—Te amaré siempre, Adalia. Despertaré siempre a tu lado. Hasta que mis huesos no puedan más, y mi cuerpo flácido siga amándote como el primer día.

*Estaba impactada. Vi entre las cortinas blancas de tela, como él acariciaba un anillo que ella llevaba en el dedo corazón. Y solté un jadeo al ver que era el mismo que yo llevaba en la realidad. ¡Era el anillo de Claddagh! Esa Adalia, giró el rostro emocionada soltando aire, con una mirada completamente enamorada.*

—Gracias por darme la sorpresa con este anillo, y por este mágico espacio donde podemos amarnos con intensidad.

*No pude ver el maldito rostro de él, pero levantó una de sus manos acariciando su labio inferior, cerrando ella los ojos y soltando un gemido de placer.*

*—Eres mi prometida. Y la mujer de mi vida.*

*—Solo soy tuya. Go brách.*

*No lo aguanté. Incluso cuando me oí a mí misma dar un grito de júbilo y vi a través de las cortinas, como ella se abalanzaba hacia él devorando sus labios. Me tapé los ojos, los oídos y negué con la cabeza. Me incliné hacia delante espantada, gritando con el corazón hecho trizas.*

*“¡No! ¡No! ¡No!” Seguí gritando. Pero ellos no me oían, seguían besándose con ardiente intensidad y entregados a la pasión. No podría soportar oír como hacían el amor. Como él supuestamente me tocaría. Mi cuerpo solo pertenecía a un solo hombre. A Darién. Y sentía en mis sueños como si lo traicionara. Lo estaba traicionando.*

*“Vete. Vete”. Le seguí gritando. “No te quiero a ti”.*

Desperté gritando, sintiendo como cada uno de mis poros se abría y cayendo irremediabilmente las gotas de sudor por mi frente.

—Adalia, cariño. Es solo una pesadilla —Darién me abrazaba asustado, apartándome los mechones mojados del rostro—. Estoy aquí.

Era como si cada noche lo traicionara. Porque a esa Adalia le gustaba como Félix la tocaba, porque en el fondo de mi *corazón*, desgraciadamente a mí también me gustaba. Gemí sin cesar. Y sus ojos se rasgaron de dolor por verme tan alterada. Me escapé de sus brazos sin poder aguantarlo más y corrí hacia la puerta.

—¡Adalia!

Atravesé el pasillo bajando las escaleras y casi tropezando en los últimos escalones. A través de la noche de luna llena, corrí descalza como si deseara desprenderme de mi alma, como si necesitara *desahogar* mis pesares. Él me seguía, me gritaba pero yo no me detuve hasta que al final lo hice, rabiando mi corazón herido, cayendo de rodillas, y agarrando la hierba con fuerza que tenía

debajo de mí.

—¡Sal de mi mente! —Grité hacia el cielo oscuro y estrellado, apretando la hierba con desesperación—. No tienes derecho a ser mi dueño. ¡No puedo más! Sal de mi cuerpo. No te quiero a ti. No te quiero a ti.

Mis ojos llorosos miraron mi anillo de prometida. ¡Era suyo! Él me lo regaló. Por la diosa Ériu, *fui su prometida*. Y ahora me acababa de casar con otro. Susurré tantas veces «no» meciéndome, que no supe cuánto tiempo estuve así.

—Adalia. Por Dios —me agarró por detrás Darién para volverme hacia él.

Asustada, llevé mis manos hacia su rostro quebrado por el espanto. Ahora tenía que estar pensando de mí lo peor. Que se había casado con una cualquiera que en sus sueños le ponía los cuernos. Lo que me seguía preguntando, es que hacía aquí. ¿Por qué no huía de mí? ¿Por qué no cogía el primer avión y hacía como si yo no existiera? Porque en verdad le había podido la presión de estar conmigo. Yo lo entendería. Sería una chica fuerte. Entendería que me abandonara, porque estar conmigo significaba tener una «*vida complicada*.»

Y Darién no se merecía eso. Se merecía una vida plena y feliz. Y la mía era complicada desde hacía seis años, y no quería arrastrar a Darién conmigo. No se merecía que le echara mi pasado sobre él. Toda mi mierda. Pero aquí estaba, conmigo. Amándome todos los días. Tolerando y aceptando que otro hombre invadiera mis sueños, y se apoderara de mis sentimientos sin poder controlarlos. Era mi esposo, y yo su mujer en cuerpo y alma, aunque mi mente a veces lo deseara traicionar. ¡Pero por el amor de Ériu! Siendo consciente... yo no. Yo no quería. Me sentía rastrera y sucia. Quería amarlo con plenitud. Darle todo lo que se merecía él.

—Él... él está intentando luchar contra ti. Pero nunca podrá contigo. Tú... tú puedes hacer que lo olvide. Tú sabes cómo hacerlo —balbuceé dejando mi frente contra la suya, sintiendo como subía el torrencial de deseo hacia él—, hazme el amor, Darién. Demuéstrale a mi mente quien es el que tiene ahora el poder de mandar. Solo tú quiero que seas el dueño de mis sueños. Solo tú.

Me cogió en brazos sin decir nada, y me apretó contra él besando mi frente. Abandoné mi rostro debajo de su cuello y deseé que todos los males

desaparecieran. Ahora temía dormir por las noches, porque sabía que Félix en cada sueño me besaría, me haría el amor y me susurraría palabras dulces que extasiarían mi corazón. Y yo ya no lo deseaba. ¡Estaba llegando a la locura!

Volvió a la habitación conmigo en sus brazos y en un descuido por su parte, atrapé sus labios sintiéndome muy posesiva. Vi que intentaba apartarse, pero lo agarré del cuello tirándolo hacia mí.

—Adalia —intentó razonar conmigo con una voz grave y un rostro tormentoso.

—Le do thoil —susurré en sus labios—. Demuéstraselo, Darién.

Sus ojos brillaban algo rojos, y no sabía si era porque retenía las lágrimas o porque estaba cautivado por cómo le demostraba cuanto lo amaba regando de besos su rostro. Sé cuánto me deseaba ahora y sé cuánto se retenía. No quería que pensara, quería que actuara.

—Te quiero —le susurré sobre sus labios.

El fuego se propagó por sus ojos tan anhelantes de mí. Y el sonido gutural que salió de su garganta me dijo que había ganado.

Sintiendo como ardía mi cuerpo por el *deseo* de tenerle, le ayudé a deshacerse de sus pantalones a la vez que él me remangaba el camisón. Me subió sobre su cintura y entró en mí haciendo que mi espalda chocara contra la dura pared. Lo hicimos de pie al estar desatados, sin pensar que sería mucho más cómodo la cama, no le di tregua a que fuese lento y que me acariciara. Hundió su rostro en mi cuello y se movió con la fuerza que deseaba, y que me dejaría extasiada hasta hacer *desaparecer* de mi cuerpo a Félix. Me aferré a su pelo desesperada buscando sus labios, y cuando los encontré, el amargor golpeó mi alma, sacudiéndome como nunca antes lo había hecho, porque sentía como si fueran los labios de Félix los que ahora me besaban salvajes. *No, no, no puede ser*. Mi mente retorcida quería ensuciar a Darién y que lo repudiara, pero no lo conseguiría. Él no era Félix. No sé por qué demonios tenía que sentir que eran sus labios.

El éxtasis me golpeó cuando el placer recorrió cada centímetro de mi piel, gimiendo salvaje en sus labios, mientras sus últimas embestidas le hacían a él perderse en el mismo cielo que yo.



Acabé tan rendida que me dejé caer sobre su torso húmedo, sintiendo mis miembros flácidos e intentando encontrar aire. Sonreí complacida con los ojos cerrados. Lo había conseguido. Ya no sentía a Félix sobre mi piel. Me tomó en sus brazos y me depositó en la cama, dejando caer sus labios sobre mi frente con ternura para un complaciente beso. No abrí los ojos, pero percibí como se metía en la cama y me abrazaba contra él con desesperación, como en anteriores veces.

No hablamos al menos durante varios minutos. Estaba inquieta, porque no me decía nada sobre la pesadilla. Él sabía una vez más que había sido Félix, pero no deseaba hablar de ello. Y con el paso del tiempo, me sentí mal de haberle pedido de esa forma que hiciéramos el amor.

—Lo siento —susurré angustiada.

Una de sus manos viajó por mi cuerpo encontrando mi mano, y nuestros dedos se entrelazaron.

—¿Por qué? A mí me ha gustado. Me gusta que seas así de apasionada.

Logró dibujar una pequeña sonrisa en mis labios, y giré mi cuerpo hacia el suyo. Él liberó sus brazos de mí, solo el momento en el que me daba la vuelta, para volver a abrigarme entre ellos. Nos miramos en silencio y me partió el alma ver sus ojos azules tristes, aunque me mostrara una sonrisa.

—Tienes que recordar a Félix. Haz un esfuerzo —murmuró contra mi pelo.

Miré nuestras manos entrelazadas.

—Lo hago.

—Esfuézate más. Seríamos más felices si consiguieras recordarlo.

Sus palabras solo infundieron en mi corazón un *torbellino* de dudas. Mis ojos vidriosos miraron el nombre de Kisa tatuado en su pecho. ¿Cuándo tendré el valor de decirle o de suplicarle que se lo quite? ¿Y si él no quería?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo y pedirme eso? Si ella intentara volver contigo... oh, créeme por encima de mi cadáver.

Él esbozó una sonrisa pero no dijo nada al respecto. Mis ojos intranquilos volvieron al anillo, y no pude más con esta pesada carga.

—Creo que voy a quitarme este anillo —fui deslizando el anillo Claddagh

de mi dedo corazón.

—No lo hagas —me susurró deteniendo mi mano.

Me quedé mirándolo sin saber que decir, bajo su rostro lleno de *sombras* que no podía descifrar.

—Pero...

—Por favor, no te lo quites. Por favor.

Su susurro atormentado me estremeció, hasta que vagué mis ojos hacia el anillo. Pero era de Félix. No quería llevarlo. Ya no tenía que hacerlo. Pero Darién no lo sabía, y no sé en qué momento se lo diría. Y como de furioso se pondría cuando lo supiera. No sé cómo diablos no me había *repudiado* ya. Con tantas chicas que había en este mundo y fue a fijarse en una atormentada como yo. Me resentí de mis pensamientos apretando los labios.

—Hablas en sueños.

—¿Sí? —sonreí—. ¿Y qué digo?

—Que lo amas. Hablas muy frecuentemente de Félix.

Contuve un sollozo arrastrando mi rostro contra su pecho y recibíendome él con los brazos abiertos, sintiéndome complacida de que ese *refugio* que tanto necesitaba, no me lo negara.

—Yo te amo a ti, Darién. Solo a ti.

—Lo sé, banphrionsa. Juntos vamos a superarlo. Te lo prometo.

*¿Y aguantas que le diga te quiero a otro en mis sueños?* Pensé con dolor. Que gran noble corazón tenía Darién para aguantarme. Hundí mi rostro en su pecho aferrándome a él, sintiendo que lo necesitaba más que en el oxígeno que me daba el aire para vivir.

Necesitaba cambiar de tema. Y con *urgencia* extrema. Busqué una de mis tantas *locuras*.

Inspiré con tranquilidad.

—Quiero un tigre.

De pronto, Darién rompió a reír sintiendo como su agitado pecho subía y bajaba, porque no podía controlar su risa. Miré a través de mis pestañas y me

fascinó verlo tan relajado y despreocupado. Esa, esa risa era la que quería verle todos los días de mi vida. Que riera a pleno pulmón. *Mira Adalia, por lo menos sirves para algo.* Pensé autocastigándome.

—No me estás pidiendo que por Navidad te regale un perro, un gato o un indefenso loro. Me estás pidiendo un tigre. Eres peligrosa y magnética señora O’Hart. Definitivamente no.

—Jo. Pues yo lo quiero. Puedo negociarlo —lo observé con cara de juguetona.

—No. Las negociaciones pidiendo un tigre están rotas.

—Es mi animal favorito. Al menos prométeme que veremos uno. ¿Qué te parece ir a la India? —dije en plan locura.

—Eso sí. Verlo de lejos. Algún día... —me quedé alucinada porque aceptaba.

Sonrió malicioso mirándome.

—Por si acaso, te esposaré a mí mientras los observas de lejos. Esa mirada que tienes ahora mismo es peligrosa.

Cerré los ojos maravillada, sintiendo que explotaría de felicidad.

—Darién.

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también —besó mi cabeza y luego bajó a mis labios, siendo un beso delicado y tierno que me revolucionó por completo, convirtiéndose minutos después en un beso voraz y desatado.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes a nuestro enlace fueron los más *mágicos* de mi vida. Estaba pletórica de felicidad.

En nuestra luna de miel (secreta de momento) hicimos una pequeña ruta por el anillo de Kerry quedándome fascinada como una niña por todo lo que veía, esa noche caí tan exhausta que incluso Darién me llevó en brazos a la cama. Del cansancio di gracias de que Félix no me atormentara esa noche, pero la

alegría duró poco, porque fue persistiendo la noche siguiente. Aunque Darién me amara cada noche y me dejara rendida, eso no le impedía a Félix invadir mis sueños y que mi corazón y mi alma se batieran en un *duelo* de emociones. E intentaba que Darién no evidenciara la amargura que suponía para mí sentirme despreciable.

También visitamos después de las lluvias que nos impidieron salir de la mansión, Brú na Bóinne. Un complejo arqueológico que te invitaba a sentirte parte de él, una necrópolis prehistórica anterior a *Stonehenge* en unos mil años. Era un lugar único y maravilloso donde no dudé en llevarme los mejores recuerdos junto a mi chico.

Cuando me levanté una mañana, no pude salir de la cama, unas náuseas espantosas con un horrible dolor de cabeza me atacaron sin piedad. Y no me gustaba preocupar a Darién, incluso me pidió que dejara que me llevara a un médico o que al menos viniera uno a la mansión. Pero no fue necesario. Con sus cuidados, sus mimos y la infusión natural que me preparó, estaba segura que se me pasaría enseguida. Fue un largo día de malestar sin que pasara a mayores.

Recordaba muy bien que la última vez que tuve estos síntomas parecidos, fueron en los *comienzos* de los sueños con Félix. Me levantaba mareada y con dolor de cabeza, pero llegué a la conclusión de que era por esos mismos sueños borrosos... el malestar que me producía tenerlos y no entenderlos.

En la noche del 16 de marzo, me llevó dos horas convencer a Darién de que fuéramos a Dublín a festejar con el resto de personas el día de San Patricio. Día que se conmemoraba la muerte de éste, que era el patrón de Irlanda. Hacía pucheros, inflaba mejillas, volvía hacer pucheros cruzando mis manos. Y sus respuestas eran las mismas. «*No podemos. El año que viene. Hace apenas un día que estabas enferma. ¿No has visto lo pálida que estabas? No y mil veces no.*»

Exageraba totalmente.

Estaba segura de que si esos malestares me habían pillado desprevenida, era todo culpa de los remordimientos de los sueños que aún tenía con Thief. Esos remordimientos donde a mi corazón también le gustaba Félix; aunque fuera en los sueños. Porque en la realidad no podía competir con Darién, ni de

lejos. Eran dos *hombres* totalmente distintos. Y agradecía desde el fondo de mí ser, que Darién no me volviese a preguntar por él.

Y tras un tira y a floja de: *Si. No. Eres un egoísta. Eres una caprichosa. Eres un patán.* ¡Gané! Las *armas* de seducción de las mujeres eran infalibles. Y presentía que mañana sería un día *inolvidable*.

El despertador sonó a las seis de la mañana y salté emocionada volviéndome hacia Darién, que aún seguía durmiendo.

—Vamos, Darién. Levanta —lo sacudí llena de energía.

Se removió entre las sábanas sin ganas de levantarse murmurando algo, giró su rostro con levedad mirando el reloj de la mesita de noche sin apenas abrir muchos los ojos.

—Oh, Adalia —se echó la almohada sobre la cabeza—. Solo son las seis de la mañana. Un ratito más.

—No y no —me puse a horcajadas sobre él peleando para quitarle la almohada de su rostro, pero era imposible ganarle en fuerza. Resoplé—. Si queremos llegar a Dublín, tenemos que ponernos en marcha ya.

No me habló, parecía haberse dormido. Inflé mis mejillas poniendo los brazos en jarras. Que hombre más perezoso. Mirando la posición en la que estaba sobre Darién, me dio una idea maliciosa. Levanté una ceja con perversión y fui deslizándome sobre su cuerpo de un modo que lo tortura. Surgió ese efecto cuando noté su tensión y ese gruñido posesivo que salió de su garganta.

—Si sigues encima de mí, no respondo de mis actos salvajes. Y ya puedes imaginar cómo serán —fue diciendo con una voz ahogada por tener en su rostro la almohada.

—¡Ja!

Con un leve roce todo sensual, salté con rapidez de la cama.

—¡Adalia! —fue rápido en quitarse la almohada e intentar pillarme al haberle provocado de nuevo. Gruñó por lo bajo al haberle excitado de esa manera.

—Eso te pasa por listillo —le saqué burla. Él arqueó las cejas con una clara expresión de «¿ah, sí?» y se puso la almohada de nuevo, ignorándome. Me quedé boquiabierta—. Pues muy bien. Me vestiré primero. Pero como salga del vestidor y no te hayas levantado, te la lío buena.

Expresé enfurruñada dándome la vuelta cuando oí su risa tan transparente.

—¿Hey, y mi beso mañanero? —me volví a tiempo de verle sentado, haciendo un gesto inconfundible con su dedo índice para que fuera hacia él. Sin pensarlo, corrí hasta él saltando sobre la cama. Sus labios me recibieron apasionados, y me hizo rodar por la cama posicionándose encima de mí y no dejándome escapatoria.

—¿Y si aprovechamos esta hora para nosotros? —me preguntó juguetón mordiéndome el lóbulo de la oreja haciéndome gemir.

No hubo desacuerdo por mi parte, cuando sus labios decidieron tomar el rumbo que me llevaron al más *puro* deseo.

Me apresuré en vestirme y estar lista, ya que mi flamante esposo me esperaba en el recibidor algo impaciente. Estaba segura de que esta no era la primera vez que celebraríamos el día de San Patricio en Dublín. Así me lo decía el corazón. Pero sí era para esta nueva Adalia que se miraba en el espejo en este instante, con una radiante felicidad que nunca se agotaría.

El vestido sin mangas verde limón de gasa, que abrazaba mi cuerpo, era sencillo, con una cinta que rodeaba mi cintura y que cerré en un lazo para terminar. Estiré mi pelo con las planchas y opté por ponerme una diadema. Y me puse el último retoque que me faltaba, la triqueta celta sobre mi cuello. Lista y preparada, bajé hacia mi imponente y sexy esposo.

Él ya tenía la mirada puesta en mí desde que bajé el primer escalón hasta el último. Su mirada por mi cuerpo hizo un sinfín de revuelos en mi interior. Acorté la distancia entre los dos, mientras me devoraba con la mirada. Me alegraba mucho verle la gorra con el símbolo del trébol de tres hojas que le compré ayer en Killarney. Llevaba una camiseta gris de manga corta, con unos pantalones de un tono verde oscuro.

—Eres la pura inocencia reencarnada. Eso es muy peligroso.

Puse los ojos en blanco pero sonriendo.

—No te pases.

Tomó mi rostro entre sus manos mirando el brillo de labios.

—Digo la verdad, Deva. Humm ese brillo no te va a durar mucho.

Puse un dedo entre sus labios y los míos, antes de que me dejara extasiada y me quitara las ganas de asistir a los festejos de este maravilloso día. Sonreí maliciosa ante su ceja elevada.

—Tendrás que esperar. No ansíes tan temprano el postre.

—¿Y no puedo darle un bocadito solo? Te prometo que será pequeñito.

¡Ja! Eso no se lo creía ni él. Di un paso hacia atrás con voluntad, aunque me muriera de ganas porque me besara.

—Esta noche me podrás devorar.

—Ya lo creo que lo haré, y te aseguro que esa inocencia que llevas, te la arrancaré de un mordisco.

Sacudí la cabeza riendo, mientras él con caballerosidad me abría la puerta principal, haciéndome un gesto divertido para que pasara primero.

Tardamos un largo tiempo en llegar a Dublín o yo estaba demasiado impaciente, y el trayecto lo vi eternamente largo. Las calles estaban repletas de coches y personas caminando que reían y hablaban sin parar. Antes de que entráramos entre la multitud, dos voces nos detuvieron.

—¡Oh, Dios, eres tú!

Darién y yo nos volvimos, y observé con atención a dos mujeres con expresión de fascinación, y no me habría irritado en lo mínimo, sino fuera porque miraban a Darién comiéndoselo con los ojos.





## Félix está en Irlanda

—Eres tú. Sí, es él, ¿verdad Pilar? —señaló la chica a la otra.

Miré a mi chico inmóvil a mi lado y con rostro sorprendido. Ella dos se miraron sonrientes. Por sus acentos eran americanas. ¿De qué diablos lo conocían?

—Creo que se confunden, señoritas...

Una negó con la cabeza.

—No, estoy segura de que eres tú. Eres...

—Vuelvo a repetirles que se confunden de persona —le interrumpió Darién con rotundidad y seriedad, volviéndose hacia mí para agarrar mi cintura con ligereza, despidiéndose de ellas con cortesía, aunque con aspecto cabreado—. Buenos días.

Las chicas se quedaron parpadeando desconcertadas por el comportamiento de Darién tan hosco. Miré su expresión dura y enigmática, mientras miraba al frente perdiéndonos entre las personas con pasos ligeros.

—¿De qué te conocen?

—Se habrán confundido.

Negué con la cabeza no pudiendo evitarlo.

—No se confundieron. Te habían reconocido. Les hiciste unos servicios, ¿cierto?

Su expresión malhumorada cambió mirándome, abrió la boca pero volvió a cerrarla, mirando hacia otro lado bajo una maldición. Enojada, me alejé unos pasos cruzándome de brazos y chocando con varios hombros por ir cegada por el cabreo. Esas chicas lo habían reconocido como gigoló. Debía ser eso. ¿Qué otra cosa podía ser?

¿Pero quién era yo para reprocharle nada? Ahora Darién era mío y de ninguna mujer más. No podía borrar su *pasado* y mucho menos evitarlo, pero esperaba no encontrarme más con este tipo de situaciones tan desagradables, y

en las que enervaban mis celos. Sentí sus manos en mis hombros y me besó el cuello.

—Adalia, por favor confía en mí —me susurró inquieto.

Suspiré volviendo mi rostro hacia él, sintiéndome avergonzada de mi comportamiento.

—Tienes razón. Perdona mi comportamiento —eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Vamos? —me tendió una mano sonriéndome.

Asentí emocionada.

Sus manos me llevaron por una calle escurridiza de personas con sombreros verdes. Vi incluso la bandera de Irlanda maquillada en frentes y mejillas que llevaban con orgullo los irlandeses. Darién y yo miramos con gran expectación el día de San Patricio. Nos detuvimos en una gran calle donde duendes y más gente disfrazada danzaban un baile.

Sonreí, reí y aplaudí al compás de las personas. Los edificios también estaban iluminados de verde. Hoy era un día de tradiciones para los irlandeses, para mí y para Darién. Y no solo nosotros lo celebrábamos, Chicago, Nueva York y muchas otras ciudades también se unían a este día tan especial.

Me alegraba ver cómo la gente se divertía en este día, como niños sucumbían a la *magia* y a la *pura* esencia que era celebrar todos unidos, San Patricio. Los carruajes alegóricos pasaban por las calles y era imprescindible que todo aquel que deseara celebrarlo, llevara algo verde. Las gaitas al ritmo de la música celta cobraban relevancia originando un pintoresco paisaje sonoro.

A mi lado un hombre grandote con una gorra verde y dibujada la bandera irlandesa en sus mejillas, pasó tateando eufórico la canción que se escuchaba, llevando una jarra de cerveza en su mano de color verde.

—*Beannachtaí na Féile Pádraig oraibh!!* —gritó con rudeza haciendo que otro lo dijera y así hasta que llegó a más personas.

Mis ojos buscaron a Darién que miraba como un niño el festival. Nuestros

ojos se cruzaron y me hizo sonreír. Sólo él tenía el poder de hacer que mi corazón latiera contra mi pecho con una intensidad arrolladora. Se acercó más, su mirada me tenía atrapada y no podía pensar en otra cosa que no fuera él. Su mano se alzó detrás de mi cuello sintiendo su pulgar rozando mi mejilla. ¿Cómo era posible que estando por completo enamorada, las mariposas seguían ahí en mi estómago dando guerra? Atrajo mi rostro hacia él y sentí la electricidad recorrer entre los dos, mientras nuestros labios se rozaban. Los *deseos* irrefrenables de que me besara se hicieron inminentes en mí. Había sido cruel negarle el beso antes de que saliéramos de la mansión, y sonreí esperando.

—Señorita, para usted. Feliz día.

Una chica joven y pelirroja nos rompió la magia e hizo que nos separáramos. No logré enfadarme, al ver su cara de felicidad, cuando me puso sobre mi cabeza una corona preciosa hecha con tréboles de tres hojas, y susurré aún sorprendida de su buen gesto un: «*gracias*». Darién admiraba el detalle de la chica tanto como yo, mientras la mirábamos como se perdía entre las personas, llevando más coronas en sus manos y con buen gesto, y buena fe las regalaba.

Al pasar las carrozas vi a unas cuantas personas bailando *Céilidh*, una danza tradicional gaélica.

Darién intentó cogerme la mano, pero otra chica me arrastró con ella para bailar. Reí y bailé intentando coger el mismo ritmo. Estaba envuelta entre personas que bailaban sin cesar, buscaba con la mirada a Darién pero no logré visualizarlo y estaba segura de que desde donde estuviera, me observaba con una sonrisa en sus labios esperando la finalización del baile.

La tierra que olvidé estaba volviendo a meterse dentro de mí. Y esta vez no permitiría que nada me hiciera olvidarla. La música resonaba tan penetrante en mis oídos que pensé que en cualquier momento estallaría, pero no dejaba en ningún momento de reír y divertirme con el resto de personas.

Di una vuelta y otra y otra más, hasta que me detuve sintiendo como me temblaba el estómago por reír tanto, y un par de ojos azules me atraparon. Agitándose mi pecho y colocándome bien la corona, miré a la persona que estaba frente a mí y a unos pocos pasos. El corazón no cesó, latiendo

desenfrenado. Y todo a mí alrededor desapareció. La gente, la música, el bullicio de la felicidad que brotaba de las gargantas de todos, desapareció ante mí teniendo solo un objetivo. Mirar como Darién avanzaba hacia mí, como mi más perfecto Belenus. Existíamos él y yo. Nada más. Inspiré el aire reteniéndolo en mis pulmones, cuando se detuvo a un paso de mí, sosteniendo entre sus manos un pequeño *seamróg*, y lo puso detrás de mi oreja. Sus dedos acariciaron mi rostro acercándome más a él, sin dejar de sonreírme.

—Mi banphrionsa —susurró entre mis labios.

Me mató que acariciara tan sensualmente sus labios contra los míos, tenía el pulso tan acelerado que me agarré a su camiseta para sostenerme. Y mientras se celebraba a nuestro alrededor el día de San Patricio, nuestros labios se entrelazaron, besándome con una dulzura que arrasó mis debilidades por poseerle. Me perdí en la caricia de sus mejillas contra las mías mientras tenía tomado mi rostro, siendo el completo *dueño* de mis sentidos.

—Oh, mierda.

Abrí los ojos extasiada volviendo a la maldita realidad. Vi que había susurrado con la cabeza agachada, pero unos segundos antes estaba mirando detrás de mí. Seguí esa dirección y encontré a un hombre que nos miraba tras unas gafas oscuras, con una cámara en sus manos y llevando el *logotipo* en su camiseta de alguna revista. Me sorprendió ver que no solo nos echaba una foto, sino varias.

—¿Un paparazzi?

—Eso parece. Vámonos. Tendremos que volver a la mansión.

Me cogió de la cintura con firmeza y con un rostro frío, llevándome con él hacia un lugar menos abarrotado de tanta gente.

—¿Pero por qué? —dije apenada siguiendo sus pasos apresurados y nada normales—. Apenas hemos visto nada. ¿No podemos quedarnos más tiempo?

Su rostro impassible me decía que «no». Aligeró los pasos cogiéndome de una mano para ir más deprisa, mientras nos alejábamos del gentío que celebraba el día de San Patricio. Llegando al deportivo, se detuvo al sonarle su móvil. Exasperado tras haber visto al paparazzi, descolgó la llamada con algo de brusquedad. ¿Por qué se ponía así por un paparazzi? ¡Maldita sea! Era

mi culpa, porque ese paparazzi me habría reconocido a mí y seguramente a Darién estas cosas no le gustaban nada.

—Sí... no... está bien —dijo entre dientes mientras se frotaba la nuca, nervioso—. No te preocupes. Gracias por recordármelo pero no hacía falta. ¡Claro que lo haré! ¡¿Por quién me tomas?! Sí, lo entiendo. Adiós.

—¿Quién era? Parece haberte irritado.

Me miró con una expresión tensa, pasando una mano por su pelo.

—Hoy es el día, Adalia.

—No te entiendo —sonreí con inocencia.

—Félix está en Irlanda.

Me quedé inmutada mirándolo sin parpadear, sobrecogida por los sentimientos.

—En poco tiempo estará en Muckcross-Knightley House.

—¿Conseguiste que viniera? ¿Lo... lo encontraste?

Asintió apretando la mandíbula al no caerle nada bien este tema. Solté bocanadas de aire al sentir que mis piernas temblaban.

—Por favor, Adalia —me tomó el rostro, viendo reflejada su angustia en sus ojos—. Pase lo que pase, no me dejes. No lo hagas. Te quiero más que a mi vida. No me abandones.

Sus palabras ahogadas y martirizadas bajo su profunda mirada aterrada... hizo que mi alma se quebrara, sintiéndome miserable de que él no se sintiera seguro de mí.

—No lo haré —le prometí con una sonrisa para tranquilizarlo—. Solo hablaré con él. Darién, él tendrá su vida hecha seguramente.

Él ladeó el rostro hacia otro lado, como si eso no lo pudiese tranquilizar del todo. Estaba lleno de temor y lo comprendía. Si Kisa apareciera de un momento a otro, yo también estaría aterrada. Y era posible que en un *futuro* intentara volver con él de nuevo, pero era algo que yo no le dejaría hacer nunca. Darién era mío.

—Cuando llegemos a la mansión, él ya estará allí.

Aunque intentara disimularlo, la cara se me quedó pálida sintiendo las náuseas subirme por la garganta. Él lo supo de inmediato, y me abrazó con fuerza y ternura susurrándome que me quería, antes de abrirme la puerta del copiloto del deportivo. De camino al condado de Kerry, el tiempo se me hacía *eterno*. Entrelazaba las manos con fuerza, la música de la radio no me ayudaba nada, y los paisajes pintorescos que observaba por la ventanilla, no me distraían para el manojito de nervios que estaba hecha. Y que Darién se mantuviera callado, frío y tenso tampoco me ayudaba.

No podía parar de imaginarme como era Félix. Pero mi mente no hallaba un rostro certero. ¡Dios, Darién había conseguido traerlo desde Nueva York! No sé cómo lo había hecho, pero le estaba eternamente agradecida por eso... porque al final de este día, podría vivir más tranquila y feliz de saber quién era Thief. Tenía ese presentimiento. Las dudas y los tormentos cesarían, y tal vez incluso después de verlo, ya no volvería a soñar con él porque su rostro sería revelado para mi mente *inactiva* de recuerdos.

Llegando a los terrenos de los Knightley, mi corazón comenzó a latir con intensidad y temblé. No pude evitar como sentía mis piernas temblorosas, convirtiéndome en una completa gelatina. Estaba segura de que si me ponía de pie, caería al suelo. A medida que el deportivo avanzaba hacia la entrada de la mansión, vi una silueta que me daba la espalda. En mi interior se agitó todo. ¡Era un hombre! Darién y yo nos miramos.

Y de pronto, lo reconocí. ¡No podía creerlo! Darién detuvo el McLaren pero ninguno de los dos salimos del deportivo. Aunque no lo hubiese visto por días... su aire de superioridad y de macho alfa no se alejaban de su cuerpo prepotente y egocéntrico. Llevaba las manos en los bolsillos, dándole un *toque* de creído. Al estar mirando la mansión, se dio la vuelta y me miró a través del cristal, y sonrió con una sonrisa desconcertadora.

Ese no era Félix, sino Ryan.

—¿Quién es? —Darién estaba perplejo de ver a un hombre desconocido.

Tragué saliva.

—Es Ryan.

Nada más escuchar ese nombre, Darién tensó cada parte de su cuerpo, apretando la mandíbula y echando una furiosa mirada hacia Ryan. Y salió del

deportivo dispuesto a todo sin darme tiempo a detenerlo. *Oh, no.* A tiempo abrí la puerta interponiéndome para que no ocurriera lo peor.

—No, por favor —le puse una mano en el pecho al ver su furia emanando por cada parte de su ser.

Ryan no tuvo reparos en venir hacia nosotros tan prepotente, vistiendo el típico traje gris que solía llevar en la empresa Knightley.

—Tu padre me dijo que estarías aquí —expresó una sonrisa falsa.

—¿Qué haces aquí, Ryan? —le pregunté aún agarrada a Darién.

—Buscarte.

—¿Para qué?

¿Qué no le cogiera las llamadas no fue suficiente para aclararle que ni quería verlo? Tuve que apretar la mano de mi chico porque le temblaba, su mirada tan *letal* no la apartaba de Ryan ni por un segundo.

—Quiero hablar contigo... a solas.

Le tiró la indirecta fría y calculadora a Darién.

—No, por favor —vi que Darién adelantaba un paso con ira.

Ryan no le temió, sonriendo con burla de sentirse superior.

—Déjame unos minutos a solas con él.

—No pienso dejarte aquí con este cretino sin escrúpulos —dijo entre dientes.

Ryan soltó una carcajada y lo miré recelosa.

—¿Quién de los dos aquí es el cretino sin escrúpulos?

Lo que quería es que no se agarrara a golpes con Ryan, aunque sabía que ganaría Darién y dejaría hecho polvo a ese misógino en segundos, mandándolo al hospital por alguna costilla rota. Pero no quería *cargar* con esa culpa de ese enfrentamiento.

Al final Darién se calmó y asintió relajado solo mirándome a mí.

—Cinco minutos, ni uno más —fue inflexible y con una voz dura, mandándole una última mirada iracunda a Ryan.

—Gracias —le susurré.

Miré a Ryan con desconfianza.

—Vamos al salón principal.

Una vez dentro y solos en el salón, me alejé unos diez metros de él al sentir que me daba repugnancia sentir su presencia, de solo recordar su conversación con Paul. Él miraba el salón, asintiendo con la cabeza ante el asombro de la elegancia de la decoración de estilo imperio. Hizo un silbido largo y molesto.

—Bonita mansión. Que calladito os lo teníais los Knightley.

—Habla lo que tengas que decir, y te largas de mi mansión.

—Ésta no pareces tú —me dijo con descaro.

*Tú no me conoces, Ryan. Pensé furiosa.*

—Soy otra.

—¿Te ha cambiado tu nueva mascota? —intentó no reírse.

—Como vuelvas a usar más sarcasmos en tu voz...

—Tranquila, tranquila —levantó los brazos en señal de defensa—. Te he llamado un montón de veces, pero parecías demasiado ocupada para contestarme. Y ya he visto ahí fuera quien te mantenía tan ocupadita... en fin... Solo he venido a proponerte algo.

—¿El qué?

—Que salgas conmigo.

Alcé las cejas, incrédula. Esto era la gota que colma el vaso. Pero no hablé, porque la sarta de insultos que se acumulaban en mi boca, no eran precisamente de una señorita, y también tenía unas inmensas ganas de golpearlo.

—Me he dicho por estos días. ¿Y por qué no? No tuviste reparos en hacer más famosos a tus anteriores pretendientes. Yo no te utilizaría como ellos. Adalia, soy un hombre de mundo y seguro que a mi lado no te aburrirás.

—¿Seguro? —Fui caminando hacia él toda incrédula y llena de seguridad —, ¿estás seguro Ryan?, ¿no seré muy mojigata para ti? —le solté con fiereza lo último y entre dientes, resumiendo toda su maldita conversación, en esa



palabra que escuché en los lavabos de la empresa.

Se sorprendió de esa palabra alzando las cejas a su estilo de prepotente, cruzándose de brazos.

—¿Qué hacías tú en el aseo de caballeros?

Me hizo reír negando con la cabeza.

—Mira Ryan, tú eres todo menos un caballero y doy gracias de que escuchara esa conversación. Me repugnan los hombres como tú. Los que se creen que por dominar, se ven como machos alfa sobre las mujeres. Eres una basura.

—No soy más basura que ese energúmeno de ahí fuera —señaló hacia la salida del salón con un tono jocoso.

—Se llama, Darién. ¡Y él es más hombre que tú!—le tiré.

Me miró con una chispa de ira pero sonrió mirando el salón.

—Bueno, yo quería hacerlo de la manera correcta, pero no me dejas otras opciones y me obligas a ser malo. Vas a salir conmigo —no parecía una petición sino una orden.

Las palabras se atascaron en mi boca abriendo los ojos atónita por su chiflada petición, aunque por su tono parecía más bien una amenaza.

—Estás loco —susurré—. ¡Qué tornillo se ha oxidado en tu cerebro para pensar que yo saldré contigo!

—Te conviene estar conmigo, Adalia. Tenemos que estar juntos... así conocerías tu mundo.

Vale, estaba loco. Y sus palabras me hicieron temer que de verdad estuviera chiflado, y que fuera un perturbado o algo parecido que perseguía a las mujeres por las que se encaprichaba, pero teniendo una fachada de caballero que ocultaba su verdadera identidad. Quise gritar el nombre de Darién, y sé que él entraría como un *torbellino* y lo aplastaría como una cucaracha. Pero no lo hice. No podía demostrarle temor y ni que me viera desvalida, porque se sentiría más seguro y me ganaría en esta batalla.

—¡Ryan estás enfermo!

Entrecerró los ojos tomándose mal mis palabras adelantando un paso, y yo retrocedí dispuesta a defenderme si se abalanzaba sobre mí.

—Entonces no te importará que le diga a tu padre que su niñita ha pasado unas maravillosas semanas, sola, con un gigoló aquí en Irlanda.

Se me secó la garganta y no pestañeé. Sacó de sus labios una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin flaquear en mi voz.

Ensanchó una sonrisa más superficial sintiendo él, que me tenía a su merced. Pero eso no sucedería ni en sus sueños.

—Mmm tengo mis contactos. En este mundo todo se sabe. Todo se ve.

Miré hacia otro lado buscando una salida.

—No tienes otra alternativa, y los sabes. Bajaré muchísimo la reputación de Knightley cuando la prensa se entere de que la hija de Peter, uno de los más famosos diseñadores de moda, está saliendo con un gigoló.

*Él ya no lo es, imbécil. Y es mi marido.* Quise gritarle pero me contuve, porque a él no le importaba con quien estaba casada, y aun así oculté con disimulo la mano detrás de mi espalda, donde llevaba mi anillo de matrimonio.

—No lo entiendes, Ryan. ¡No me chantajearás! Ni muerta estaría contigo. Deseo que jamás una mujer se fije en ti salvo que sea simplemente por echar un solo polvo. Yo amo a Darién, y me da igual lo que hagas. Si quieres contárselo a mi padre. Ve, corre. Porque no te detendré.

Le señalé la salida del salón toda irónica.

—Vaya —parecía desilusionado, pero era puro teatro, porque podía ver que estaba irritado de no conseguirme—. Pero si yo no te tengo, esto no va acabar bien.

Me quedé alucinada. ¡Pero qué se creía este maldito prepotente sin escrúpulos! Algo en mi interior me dijo que me alejara corriendo de él, y que me protegiera en los brazos de Darién, porque él sabría defenderme de este gusano que aparentaba ser humano, y no lo era. Fue un *presentimiento* profundo que me dejó turbada de sentirlo por primera vez.

—¡Ya basta! —Expresé iracunda mirándolo—. Ryan, estás despedido. O mejor, despídete tú de Knightley, porque si no ahora mismo llamaré a mi padre y le contaré todo lo que pretendías conmigo. Querías ascender con la hija del jefe y te salió el tiro por la culata. También le diré que te has ido tirando a la mitad de la plantilla de mujeres de Knightley con tus juegos perversos... — me acerqué un paso más con un rostro inescrutable—, rétame hacerlo, y te juro que no volverás a trabajar en ningún lugar de modas.

Tragó saliva dándome un indicio de pánico, escaso, pero lo vi en su rostro.

—Esto también lo vi venir —asintió sin más.

Madre mía, este tío estaba majareta o peor, necesitaba tratamiento psiquiátrico con urgencia.

—¿Estás segura de que conoces a... Darién?

Me quedé callada cruzándome de brazos. Y se rio.

—Así que no lo sabes —se mofaba señalándome—, tu noviecito o lo que seáis, te ha estado engañando, ¿y no te denominas de mojigata?

Esto tendría punto final, ahora. Adelanté los dos pasos que nos distanciaban y le crucé la cara por ser tan rastrero de que en mi cara, siguiera humillándome. Él se quedó unos segundos con el rostro ladeado tocándose, riéndose al cabo de unos segundos.

Entrecerré los ojos de rabia.

—Vaya, sí que eres una salvaje, como a mí me gusta. Pero ya no me interesas.

—¡Fuera de aquí!

—Tienes que saber muchas cosas, Adalia. Cosas que te sorprenderán.

—¡¡Lárgate!! —ya no aguantaba más su presencia.

Se quedó quieto a un paso de distancia, mirándome con lujuria de arriba abajo como si no pudiera frenar sus deseos de poseerme. Y sentí la bilis subiendo por mi garganta, pero no le demostré cobardía.

—Si vuelvo y te encuentro aquí, le diré a Darién que te saque a patadas.

Me giré sobre mis talones y salí del salón principal sin darle tiempo a que

me hablara. Fui hasta la cocina soltando el aire de mis pulmones y dando un pequeño grito de rabia, sintiendo como mis manos temblaban, pero estaba orgullosa de haber enfrentado a Ryan. ¡Pero qué se creía viniendo aquí!

Que me chantajeara hizo que sintiera más asco sobre su persona. Había tenido el descaro de venir aquí para ver si salía con él, y como me había negado, intentó sacar su segunda carta... *amenazarme* con decirle a papá que estaba saliendo con un gigoló o mejor dicho con un ex gigoló, porque Darién era mi esposo y ya nunca más volvería a ese trabajo. Con eso lidiaría con más calma cuando llegara su momento, porque yo personalmente se lo diría a mi familia. Y no me importaba si les gustaba o no la *locura* que había cometido, porque era mi vida y nadie tenía derecho de manejarme.

Agg como lo odiaba. Lo quería fuera de Knightley y fuera de todas las mujeres que trabajan en dicha empresa. Ryan era peligroso, tras esa fachada de galán y noble se ocultaba un ser oscuro y repulsivo. Mi dio un escalofrío y froté mis brazos con inquietud. ¡Acaso no había tenido suficiente con el repulsivo de Liam! *Maldita sea*.

Bebí un vaso de agua para relajarme del todo.

Cuando llegué al salón principal, Ryan ya se había ido.

Suspiré relajada.

Busqué en nuestra habitación a Darién, creyendo que estaría allí enfurruñado y malhumorado por haberme dejado a solas con ese energúmeno, pero no fue así, la habitación estaba vacía. Lo busqué en la biblioteca y en el salón de baile creyendo que estaría tocando el piano, pero tampoco se encontraba en esos dos sitios.

*Donde está*. Pensé confusa frotándome el pecho angustiada.

Atravesando uno de los pasillos de la planta inferior, la puerta del despacho estaba entreabierta y sonreí aliviada de oír a Darién. Cuando iba abrir del todo la puerta, me frené sintiéndome débil de seguir, al escuchar la otra voz masculina.

—¿Cómo has hecho para que Adalia caiga rendida a tus pies?

—Eso no es de tu incumbencia. Y lárgate de aquí.

—Oh, ya lo creo que sí, yo quería salir con ella pero te adelantaste a mis planes. Quería utilizarla, ¿sabes? Creo que solo sirve para eso.

Un golpe sonoro sobre la mesa por la fuerza utilizada, hizo que diera un respingón alterando mi sangre.

—Me estás tentando —expresó con un tono violento—. Y luego no me digas que no te lo advertí. Adalia me tiene a mí. Y ningún hombre jamás volverá a pisotearla.

Pero Ryan no parecía temerle al reírse de sus palabras. Éste aparte de enfermo, era tonto. ¡Por qué lo provocaba de esa forma!

—Así que la mojigata tiene a su héroe. ¿Cómo puedes ser tan mentiroso respecto a tu trabajo?, ¿de qué artimañas te valiste para que te creyera? Eh, Darién.

—Tienes cinco segundos para salir de aquí. Si no te meteré la paliza de tu vida.

*No, no, no.* Recé fervientemente para que no pelearan. Y cogí el pomo para entrar.

—Yo al menos cuando estoy con una mujer, sabe que no le miento. Sabe lo que quiero de ella. No me pongo mil máscaras. Eres un cobarde.

Ante el gruñido de Darién, oí como se abalanzaba hacia él y entré de golpe gritando al temblarme todo mi cuerpo, apoyando mis manos sobre el pomo con cara horrorizada. Darién se echó hacia atrás, mirándome asustado antes de cogerlo y golpearlo. Y Ryan ensanchó una sonrisa malévola hacia mí, sin apenas haberse movido del sitio.

—Bueno —dio una palmada al aire satisfecho Ryan, frotándose las manos—, ya he conseguido una parte de mi propósito. Al fin y al cabo tú y yo nos parecemos mucho, Darién —dijo con gusto su nombre como si hubiese algo oculto.

Cuando Ryan iba a salir del despacho, se detuvo a mi lado mirándome con rostro de pena fingida, pero yo aún seguía mirando la cara sobrecogida y furiosa de Darién.

—No hace falta que me despidas. Lo iba hacer de todos modos si no salía

contigo y ascendía, como era mi propósito, monada. Armani, la competencia, me ha ofrecido un cargo mejor y lo he aceptado. Pienso hundir a Knightley. Tu padre es un imbécil el cual veré hundido y tú... —me miró de arriba abajo con soberbia chasqueando la lengua—. Lástima de cuerpo para una mojegata. No sabes lo que te espera...

No lo predecí. Darién se abalanzó como un lobo hacia Ryan, propinándole un puñetazo debajo de su mandíbula que lo tambaleó hacia un lado, chocando contra un mueble.

—¡Darién!

Vi que le daba otro mientras con su otra mano, retorció la chaqueta de él para cogerlo. Lo estampó contra la pared sin poder Ryan defenderse de la furia que descargaba contra él. Angustiada, observé como se cogían y se golpeaban, sintiendo como si esto fuera una pelea a muerte. Le pedí una y otra vez que lo soltara, pero no me hizo caso y salí al pasillo apresurada.

—¡Alfred! ¡¡Alfred!! —grité a voces.

A los pocos segundos vi a Alfred venir con Jamie hacia el despacho, y se sorprendió dando un respingón al verlos agarrados golpeándose sin ningún límite.

—¡Señor Brent! —intervino Alfred con el cuidador de los establos.

Consiguieron separarlos, aunque ellos siguieron como salvajes forcejeando. Enseguida Ryan le pidió a Jamie que le quitara sus sucias manos de encima, alegando que no sería tan salvaje como Darién en seguir con la lucha. Cuando lo soltó, se sacudió las ropas con petulancia. Giré mis ojos hacia Darién que respiraba con fuerza sujetándolo Alfred, si lo soltaba, estaba segura de que seguiría golpeándolo.

—Te lo he advertido una vez. Una vez. ¡A mí mujer la respetas! —le dijo con fiereza Darién.

—No se rebaje a su nivel —le pidió Alfred mirando con seriedad a Ryan.

—Suéltame, Alfred. ¡Suéltame que lo mato! Nadie humillará más a Adalia. ¡Nadie!

Ryan torció una sonrisa más maquiavélica al ver a Darién iracundo,

forcejeando con el pobre de Alfred que ya estaba agitado de intentar sujetarlo. Se tocó el labio inferior lleno de sangre y volvió a mirar a Darién con odio, asintiendo con la cabeza como amenazándole con esa expresión. Me mandó una larga mirada a mí, pero yo ni siquiera lo hice, no merecía nada de mi atención, estaba en shock mirando a mi esposo, porque este día que se suponía que era alegre, había acabado en desastre.

Entrecerró los ojos como si odiara vernos.

—Maldita imagen la vuestra... que volvéis a estar juntos —expresó entre dientes.

Me quedé desconcertada por sus palabras que me estremecieron, al no entender por qué nos maldecía. Y se dio la vuelta estando en alerta Jamie a su lado, pero se volvió de nuevo hacia nosotros muy engreído.

—Ah, por cierto, tu padre sabe que sales con un gigoló. A ver cómo lidias con eso.

Cerré los ojos con rencor.

—Alfred, Jamie, acompañad a este señor a la salida —les pedí sin perder la paciencia.

Primero Alfred miró a Darién para ver si podía soltarlo, ya que no se fiaba. Éste asintió con un gesto de manos conteniendo la respiración. Y ellos dos se movieron hacia Ryan.

—¡No me pongan sus manos encima! —les exigió con rudeza Ryan sacudiendo sus brazos.

—Pues usted salga de aquí —lo empujó Jamie hacia la salida del despacho sin contemplaciones. Alfred se giró para cerrar la puerta, pero antes de ello, nos mandó una mirada en la que interpreté la tristeza.

Estaba absorta. Solté varias veces el aire que se había acumulado en mis pulmones, enterrando mis manos sobre el cabello. Sentí que todo volvía a la normalidad poco a poco; mi corazón, mi sangre, las ganas de que mis pies me respondieran... después de unos largos cuatro minutos, me acerqué a Darién que seguía inmóvil sin apenas mirarme. Sus brazos no me respondieron cuando lo abracé intentando tranquilizarlo, porque sé que aún estaría furioso. Alcé los ojos hacia los suyos sombríos.

—No te preocupes, Ryan no hará nada. Es más cobarde que otra cosa.

*O eso creo.* Pensé.

—Él no me preocupa en absoluto. Sino tú. Tengo miedo de ti.

Me extrañó su actitud tan fría y aterrada. ¿Miedo de mí? ¿Qué memeces estaba diciendo?

—Pero que... —caí en la cuenta de algo que me desvió de mis intenciones de calmarlo—. Oh, Dios. Félix nos está esperando fuera. ¡Tú dijiste que estaría aquí!

Salí disparada hacia fuera del despacho como una bala.

—¡Adalia! —me llamó Darién apresurado.

Pero lo ignoré pensando que ciertamente no había visto a Félix fuera.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Sonreía. ¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin! Mi corazón gritaba de regocijo, de alivio, de alegría y es que finalmente todo tendría un sentido claro para mis noches llenas de tormento y dudas.

Lo veré.

Los temblores volvieron a mí y peleé con el pomo de la puerta principal al estar histérica por salir. Una ráfaga de viento me dio en la cara cuando abrí de golpe la puerta, y pisé apresurada la zona de afuera buscándolo ansiosa. Hice un mohín mirando al cielo gris, y al oler la intensa humedad. Pero nada empañaría que deseara conocer a Félix. ¿Me estaría esperando en la torre o en el árbol donde me había besado tantas veces en los sueños?

Caminé unos pasos con la esperanza de verlo, lo busqué con la mirada deseando encontrarlo. Tenía que explicarme tantas cosas, tenía que hacerle tantas preguntas, que no sabía desde que *punto* empezar. Aunque mi deber primero era decirle que mi corazón estaba *cogido*. Giré mi rostro y vi a Darién apoyado en la puerta con aspecto desgarrado y roto, como si no deseara que viera a Félix. Tenía miedo, lo veía en su mirada azul. Gracias a él, gracias al gran hombre que era, en unos minutos vería a Félix.

Le sonreí, era una sonrisa tranquila en la que no se necesitaban palabras, pues mis ojos ya le avisaban de que todo iba a estar bien y que debía confiar en mí. *Debe hacerlo.* Pensé entusiasmada. Me alegró el corazón que mostrara



una pequeñísima sonrisa, aunque se tornara triste. Y vi que inspiraba aire lentamente metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, y se abandonaba en un estado ensimismado.

Presentí que alguien venía por el camino principal de la entrada de Muckcross-Knightley House, y me quitó toda la atención que tenía en Darién.

Una persona caminaba en mi dirección por el camino que bordeaban los árboles.

Era él. Lo sé.

Parecía un hombre. ¿De mi edad? Aún no lo tenía claro porque estaba lejos. Los nervios burbujearon en mi interior liando mis dedos sobre el vestido.

*¡Es Félix!*

Mi corazón no cesó de latir con intensidad. Llevé mi mano al cuello algo asustada porque al fin podré ponerle una cara. ¿Cómo serán sus ojos, su nariz, su pelo? Qué importaba, ¿no? Al fin lo vería. Se fue acercando y vi sobre su cabeza una gorra roja que ocultaba su pelo. Antes de que se acercara del todo, corrí hacia la entrada y le planté un beso en los labios a Darién creyendo que no sería muy prolongado, pero me sorprendió descubrir cómo eran sus labios de posesivos y audaces. Y por un momento me olvidé de Félix, y me dejé arrastrar por mis instintos *salvajes* enredando mis dedos por su pelo y entregándome a él por completo. Gemí en sus labios cuando me estreché contra su cuerpo sintiendo cuanto me deseaba mientras nuestros labios no daban tregua, y la chispa del *anhelo* saltaba entre los dos desatando nuestra pasión. Terminó el beso quedándose a un centímetro de mis labios y apretando la mandíbula, mientras sus dedos acariciaban mis pómulos con una sombría mirada, y estremeció mi ser que estuviera tan abatido.

—Adalia... —me suplicó sin calma aparente.

—Confía en mí —le susurré agitada y maravillada de tenerlo. Y subí mi mano hacia su mejilla, viendo como le confortaba mi caricia cerrando los ojos —. Recuerda, eres mi Belenus.

Por un instante mi corazón dudó, los sentimientos se batieron en un duelo tormentoso y sobre mi mente se reflejó el sueño que tuve con Félix, y en el que

también aparecía Darién con aspecto desolador. Me pedía que me fuera con él tan desesperado para protegerme en sus brazos, como si Félix fuera alguien maligno. Pero Félix me lo prohibió con un grito cortante que me mantuvo paralizada. Sé que fue solo un sueño, pero si no fuera porque no podía ver su rostro, habría sentido como si Félix deseara enfrentarse a una lucha a muerte con Darién. Mi corazón se apretujó padeciendo. Y ahora que en la realidad se iban a ver... *¡No! Eso es imposible.* Pensé abrumada. No se enfrentarían, no tenían por qué hacerlo.

Félix se acercaba cada vez más (era algo inevitable) y noté como Darién rodeaba sus brazos alrededor de mi cintura pegándome posesivo contra su cuerpo, mirando fijamente al chico que se acercaba por el camino. Su rostro se envolvió serio y desafiante. Aparentaba ese *semblante* rudo que siempre ponía para cualquier desafío. Sé que no confiaba en él. Pero en mí si debía hacerlo.

Logré deshacerme de su agarre, aunque intentó agarrarme del brazo para detenerme, pero me sacudí y caminé hacia el chico oyendo un «*joder*» susurrado por Darién que aparentaba ofuscado y celoso.

Comenzó a chispear. Y por una vez en mi vida me alegraba de mojarme.

Todo saldría bien.

Él tenía que confiar en mí, lo amaba y no renunciaría a él por nada del mundo. Eché a caminar más apresurada. A tan solo unos pasos de mí, el chico de ojos marrones, pelo negro ondulado y unas pecas sobre su nariz, me sonrió con timidez. ¿Era él? Estaba muy segura de que era mayor que yo, y ese chico parecía tener unos diecinueve años. Detuve mis pasos, desconcertada y desilusionada.

—Buenas tardes, señorita Adalia —me hizo un gesto de saludo con la cabeza y pasó de largo un poco apresurado porque no le gustaba mojarse.

Me quedé helada mirándolo alejarse hacia el camino de los establos. Si fuera Félix, no pasaría de largo, él tenía que reconocerme. Además, ese chico era muy joven. Envié mi mirada hacia Darién que seguía en la entrada de la mansión sin mirarme. Y fui directa hacia él haciéndome mil preguntas.

—¿Dónde está? Me dijiste que me estaría esperando.

Le pregunté cuando me acerqué a él en la más completa confusión. Se

limitó al silencio en el que estaba sometido. Como si mirarme le pesara. Me acaricié la barbilla alzando las cejas con optimismo.

—¡Ya lo sé! Está en la Torre de los Sueños. ¿A qué sí?

—No, Adalia, no está en la torre —su voz tan seca me confundió.

—Oh, venga, no te pongas tan celoso y protector. No va a pasar nada, solo hablaremos, necesito respuestas.

—Adalia —me siguió hasta retenerme del brazo con un rostro inquieto y lleno de sombras—. Ya te he dicho que no está allí. Me lo estás poniendo muy difícil.

—¡Claro! —Chasquéé los dedos sin estar prestándole demasiada atención—. ¿Por qué no he caído? Me estará esperando dentro de la mansión, tal vez está en una de esas tantas habitaciones, ¿por qué Alfred no me ha dicho nada? —me apresuré hasta la entrada con entusiasmo.

—¡Adalia, él no está dentro! —su voz tan alta e imponente hizo que me detuviera, erizando el vello de mí nuca al notarla tan grave. Caminó detrás de mí, oyendo como golpeaba la fina lluvia sobre el terreno. No entendía nada su actitud tan fría—. Félix, está detrás de ti.



## Un oscuro pozo sin fondo

Por unos segundos mi mundo se detuvo, nada podía cavilar mi mente y lentamente me giré encogida por un terror que no entendía, y que procedía de mi corazón. Y aunque mi mente lo captó al vuelo, mi atolondrado corazón se negaba a creerlo. Mis ojos húmedos buscaron a Félix por cada recóndito lugar de la zona. Solo tenía a Darién justo enfrente de mí, separándonos unos metros. Su rostro desencajado, frío y torturado, me miró.

—Félix, soy yo. Yo soy, Thief.

Sus palabras me golpearon como si fueran miles de bofetadas proyectadas en menos de un segundo. Me sentí abatida. Y comenzó a llover con más fuerza. Gemí llevando mis manos hacia mi boca, negando con la cabeza. No. Él no. ¡No podía ser cierto!

—Me llamo Félix Darién O'Hart Brent.

—Me estás... me... ¡Es mentira! —me sentí desfallecer, pero me mantuve firme pensando que era una broma macabra suya. Sí, tenía que serlo. Pero los segundos transcurrían, y Darién seguía mirándome torturado por la culpa. No, y mil veces no. No por favor—. Félix —grité asustada perdiéndose mi voz, buscándolo por la zona.

—Soy yo, Adalia —se movió al mismo tiempo conmigo intentando que lo mirara.

—¡Félix! —con ese grito me hice daño en la garganta.

La lluvia seguía persistente y mi cabeza comenzó a darme vueltas sintiendo las náuseas apretar mi garganta.

—¡¡Félix!! —ahugué mi voz desesperada.

Los brazos musculosos de Darién me volvieron hacia él sin soltarme, intentando calmarme, aunque forcejeara para intentar apartarlo al estar abrumada por mis emociones.

—Ya no soportaba más ocultártelo. No podía.

Apreté los dientes mirándolo irritada, por como jugaba con mis sentimientos y emociones.

—¡Como te atreves a decirme que eres Félix! Eres un mentiroso. ¿Cómo puedes jugar de esa manera conmigo? —Intenté golpearle el pecho sollozando, pero me retuvo con fuerza de las muñecas—. Tú no eres, Félix. No te creo. Jamás lo haré.

—Lo soy. Tienes que creerme, Adalia.

Seguí negando con la cabeza, retorciéndome en sus brazos para escapar de él, pero utilizó más su fuerza cogiendo mi rostro entre sus manos y pegando nuestras frentes, anclando mi mirada a la suya.

—¡Sí soy Félix! Entonces cómo sé que desde niña te encantaba bañarte en el lago, que te fascinaban las plantas curativas, y que tu cumpleaños es el 11 de Marzo. Qué uno de tus sonidos favoritos es la lluvia. Y que solo podías conciliar el sueño si dormías en mi pecho, porque era tu postura favorita...

—¡Cállate, cállate! ¡No eres él! Nunca te creeré.

Continué forcejeando sin parar, y él gruñó pegando más nuestros rostros, porque no estaba dispuesto a dejarme marchar.

—Entonces como sé que tu canción preferida irlandesa es Buachaill ón Éirne... —me quedé atónita y paralizada, cuando comenzó a cantarla entre susurros.

*Buachaill ón Éirne mé*  
*'s bhréagfainn féin cailín deas óg.*  
*Ní iarrfainn bó spré léithe*  
*tá mé féin saibhir go leor.*  
*'S liom Corcaigh 'a mhéid é,*  
*dhá thaobh a' ghleanna 's Tír Eoghain.*  
*'S mura n-athraí mé béasaí*  
*'s mé n' t-oidhr' ar Chontae Mhaigh Eo.*  
*Rachaidh mé 'márach*

*a dhéanamh leanna fán choill...*

Se fue deteniendo, agachando la cabeza como si no pudiera más. Las *cadenas* de sus brazos me liberaron y caminé tres pasos hacia atrás, sin dejar de mirarlo. Sus ojos brillaban mirándome, y por un momento apretó los labios al no sentirse con fuerzas de seguir. Yo aún seguía en shock, mirándolo sin parpadear, sintiendo como la sangre no corría por mis venas. Esa canción, esa canción que recordé en la boda a la que me invitó Eustaquio. Mi canción preferida irlandesa. Yo... yo no le dije a él que la recordé. No lo hice. Cómo sabía...

—Lo supe... supe que la recordaste cuando estábamos en la boda a la que nos invitó el cascarrabias de Eustaquio. Lo vi en tus ojos.

«*Se mucho. Pero mucho de ti. Y no soy un aficionado a los chismes*». Un recuerdo fugaz de varios días atrás, me golpeó la mente cuando Darién me lo dijo en el estudio de pintura.

*No, no tiene sentido*, quiso razonar mi corazón. Pero mi mente ya maniobraba más rápida que él, encajando las piezas de un puzzle desestructurado que en días anteriores no había tenido un sentido. El día que me llevó a la mansión de los Brent y me explicó que la había encontrado por una mera casualidad. ¡Fue mentira! ¿Por qué me llevó a ella? ¿Para torturarme emocionalmente? Y en la boda a la que me invitó Eustaquio, quise darme de bofetadas porque ahora lo comprendía, estuvo todo el día huyendo de Eustaquio porque sin duda lo hubiese reconocido, y yo habría descubierto su falsedad. Pero se presentó ante él en un momento en el que no estábamos juntos. Y luego me hizo creer que era el chico que se marchó en el *Aston Martin*. Esa jugada psicológica le salió muy buena, porque me hizo sentir más despreciable de lo que ya me sentía, al pensar que Félix no quería verme porque me odiaba. Todo este tiempo era él. Y cada *enigma* que llevaba su nombre fue encajando en su lugar. Que Sheeva lo aceptara, que conociera muy bien mis pensamientos y cada paso que daba...

Sus padres y su hermana no me repudiaron cuando me vieron en el hospital, y solo fueron amables conmigo. ¡Joder, el abrazo de Kyra emocionada por qué no sospeché de él! Y cuando su padre me señaló que yo era la mujer indicada para su hijo. Me utilizó como quiso y jugó con mis sentimientos. Todo atravesaba en mi mente desestabilizándome al no poder ordenarlo todo al

mismo tiempo. Y lo que hizo una *mella* en mí, fue recordar como lo llamó Alfred en el despacho antes de sacar a Ryan de allí. ¡Señor Brent! Nunca lo llamó señor Brent, sino «señor Darién» para que así yo no lo reconociera.

*Brent.* Se repetía en mi cabeza haciéndome daño. *Eres una ilusa, Adalia. Él no es gigoló, caíste en su trampa... en su juego.* Se reía la sensatez de mí.

Sus ojos rotos me miraron con ansia y con los hombros caídos, mientras el agua recorría su rostro.

—Por favor, dime algo. No te quedes callada.

—Tu... tú no eres gigoló —dije ida sin aún salir del estado embotado del que estaba.

—No lo soy. Te mentí. Pero te lo puedo explicar...

—Tus padres y tu hermana me conocen, al igual que a ti te conoce Eustaquio.

Asintió cabizbajo.

—La mansión a la que me llevaste...

—Fue de mis padres, antes éramos tan ricos como los Knightley. Éramos una gran familia. En la historia no te mentí, pero no te alegué los nombres.

—Entonces Kisa...

Era la única que no cuadraba en esta historia. ¿Quién demonios era ella en esta historia?

Cerró un segundo los ojos con amargura, como si algo le doliera en profundidad.

—Kisa eres tú, Adalia. Siempre te llamé así. Y me tatué tu nombre una semana después de tu marcha.

Negué con la cabeza frenéticamente.

—No puede ser... yo... yo escuché cuando ella te llamaba y tú le decías que te olvidara.

—¡Estabas tan obsesionada con Kisa que tuve que fingir que llamaba a una exnovia que en realidad eras tú! —Gritó impotente—. Y sabía que me escucharías. Lo planeé todo. Al otro lado de mi móvil no había nadie.



Esta vez no sentí como si un millón de bofetadas me dieran en mi rostro, si no que mi corazón se rompió en mil añicos sintiendo aún sobre mi piel, como el agua me empapaba, y lo peor de todo, es que seguía respirando cuando en realidad quería exhalar mi último aliento de vida. Yo era Kisa. No. Él me estaba mintiendo. Y algo volvió a mi mente.

*«Al fin desistes con tu tonta venganza. Le hubieras hecho mucho daño a Kisa, créeme. Y te hubieras odiado de por vida. Es la mejor decisión que has tomado. Lo que pasó en ese tiempo ahora es pasado. Ahora ella parece feliz y tú... bueno... nada te ata a no serlo. Ya es hora de que busques tu propia felicidad, Darién.»*

Ese e-mail de Aiden hacia Darién se reflejó en mis ojos cuando esa noche lo leí. Las lágrimas y el dolor no cesaron en mí, recordando que Darién me confesó que no podía perdonarla por el daño que le había infligido. Que ya no le importaba donde estuviera. Había jugado conmigo de la manera más *cruel* y la más inhumana de este mundo. ¿Por qué?

—Soy Kisa. Soy Kisa—dije con la mirada ida arrastrando los pies unos pasos, pisando un charco de agua y que caló mis bailarinas penetrando el frío en mi piel, pero sin apenas sentirlo—. ¡Te querías vengar de mí! —dije quebrándose mi voz.

Se puso en mi visión con la cara aterrada negando una y otra vez con la cabeza.

—Déjame explicártelo todo. Porque estamos aquí...

Negué en un gesto. La sangre en mi cabeza comenzó a bombear desenfrenadamente, nublando mis sentidos por segundos.

—Pero Adalia, escucha...

Que me hablara tan normal como si nada, fue lo que me hizo explotar.

—¡¡Me has engañado!! —bramé furiosa separándome a una buena distancia.

—¡Te lo he querido decir en días atrás, pero nunca he encontrado la ocasión!

La parte más perversa de mí se reía de esas palabras.

—¡Te querías vengar de mí! —me señalé toda rabiosa.

—Adalia esto no... —balbuceaba descontrolado y desesperado intentando tocarme—. No es lo que piensas...

—¡No me toques! ¡¿Qué, no?! ¡No es lo que pienso! —Alcé la voz anteponiendo mi mano para que no se acercara más de lo debido, y él se quedó inmutado y con impotencia—. Me he entregado a ti por completo, he creído que tú me querías y que había encontrado al hombre de mi vida. Y el resultado que he obtenido es que eres un completo miserable que me ha engañado, haciéndome creer otra apariencia. ¡Dios de mi vida eres Félix! —me agarré el cabello abrumada y asustada—. ¡Cómo has podido ser tan miserable! Sabías por todo lo que estaba pasando, lo mal que me sentía cada noche, lo que me ocurría, que los sueños no me dejaban vivir. Me sentía una miserable, porque sentía que en los sueños te era infiel. Y no podía vivir más así. ¡Eres un completo cabrón!

—Adalia, por favor no me hables así —parecía roto con los hombros echados hacia delante, como si mis palabras tuvieran el efecto de destruirlo.

—Te lo mereces —dije entre dientes conteniendo las ganas de golpearlo.

—Iba a contártelo en cuanto viniéramos de Dublín. ¡Dios! —sacudió los brazos desesperado salpicando agua—. Lo he estado intentando desde que estamos aquí. La venganza nunca fue mi mayor deseo cuando volviste a mis brazos otra vez...

—¡Cállate, no quiero escucharte! Entraste únicamente en mi vida para asegurarte de destruirme. Cómo pudiste tan siquiera pensarlo, por el amor de Dios no te conocía.

Su rostro se quedó perplejo como si lo hubiese herido más.

—Yo no sabía que caíste en coma, Adalia. Todos estos años he creído que me habías olvidado.

—¡Eres un bastardo retorcido! —le grité con dolor hasta hacerme daño en la garganta.

Cerró los ojos un momento y se quedó rígido, mientras la lluvia seguía cayendo sobre nosotros, sin importarme que estuviera calada hasta los huesos, y que mi mirada fuera borrosa al mirarle.

—¿Soy un bastardo? No sé quién de los dos ha caído más bajo. Si yo, que te oculté que era Félix o tú que me buscaste como gigoló.

En ese momento en el que no razonaba conmigo misma, le crucé la cara de una bofetada que resonó fuerte y concisa. Pero esta vez me ardían las manos, ignorando el hecho de que no se la merecía. Mi corazón reclamó abrazarlo, mi alma también, y mi mente lo repudiaba y era la que ganaba en por ciento.

Se quedó con el rostro ladeado pero no se lo tocó en ningún momento.

—Esta bofetada me la merezco.

—Te odio —me restregué las lágrimas de las mejillas que se mezclaban con el agua.

—No, Adalia, no digas eso —intentó acercarse con el rostro desencajado, pero lo rechazé gritando.

—¡Maldita sea, sabías desde que me salvaste de los abusadores quien era! ¿Sabes cómo me estoy sintiendo yo ahora?, ¿lo sabes? Te conté que había perdido la memoria y aun así seguiste jugando conmigo. Fuiste muy retorcido —le reclamé sin control.

—Déjame explicártelo Adalia, todo puedo decírtelo. Jamás supe que habías caído por las escaleras y que te quedaste en coma. ¡Cuándo me lo confesaste me encendí de rabia...!

—No quiero escucharte —le interrumpí con frialdad dejándolo helado—. Quiero que te vayas, que te vayas bien lejos de mí.

—¡¡Tu padre no me dejó encontrarte!! —Bramó alterado y a punto de perder los papeles por mi necedad—. Tienes que escucharme, por favor. Solo escúchame.

Cerré las manos con rabia. Y las estampé contra su pecho, haciendo que débilmente se tambaleara hacia atrás por mi poca fuerza.

—¿Dónde estabas tú cuando desperté del coma!

Lo había dejado de piedra sin dejar de mirarme sus ojos apagados. Y volví a golpearlo, haciendo que diera otro paso hacia atrás salpicando agua.

—¿Dónde estabas! Dímelo. Yo te necesitaba. Y tú no estabas a mi lado. Eras el único que me podía reconducir a la luz. ¿Si éramos novios no se

suponía que tú tenías que estar allí? ¡Dime! Dónde estabas cuándo más te necesitaba. Te necesitaba... —balbuceé desencajada mirándolo derrotada por culpa de la vida—, cada día me ahogaba en un mar oscuro que no tenía fin. Fue tu culpa —le grité hasta sentir como las venas de mi cuello se hinchaban. —Tú fuiste el culpable de que cayera en coma. ¡¡Tú y solo tú!!

Supe por su mirada abatida que algo en su interior había muerto, por como su rostro se sombreaba por el demacrado color que ahora tenía. Y ya era tarde para regresar en el tiempo y tragarme esas palabras. Pero estaba tan confundida, desolada y llena de traiciones, que no podía retener nada de lo que *dictara* mi mente.

—Te odio. Te odio...

—¡Adalia, ya basta! Mira cómo te estás comportando —atravesó esa distancia cogiéndome de los brazos. Forcejeé con él, pero fui deteniendo mis ataques, porque aunque me doliera y me ardiera, su tacto no me desagradaba como mi mente quería hacerme creer. Sus ojos suplicaban un perdón que no merecía, mientras nuestros rostros estaban a unos centímetros—. No eres tú. Perdóname, te lo suplico. Yo nunca te haría daño.

Lo miré destruida. Me estaba acariciando el rostro como si se le fuera la vida en ello.

—Adalia, yo te quiero. Podemos estar juntos. Sigamos construyendo el futuro que nos prometimos en nuestro pasado.

—Tal vez al principio cuando me hubieses dicho la verdad. Pero enterarme que estuviste en mí pasado, del cual no recuerdo nada, y que solo pensabas en vengarte de mí... —tartamudeé lloriqueando—, me hace pensar que eres el ser más miserable de este mundo. Lo tuviste todo planeado desde el principio.

Me deshice de su agarre con brusquedad, sintiendo un gran repudio por él, teniendo su mirada Darién/Félix en el suelo por ser verdad mis palabras.

—¿Estando conmigo no te has acordado de nada? —Susurró como un alma en pena—. Ningún recuerdo ha sido nítido.

—Absolutamente de nada —expresé inflexible—. En vez de hacerme un bien, me has corrompido de más oscuridad en mis recuerdos.

Ladeó el rostro cerrando los ojos, destrozado por mis palabras tan frías.

Me mordí el labio inferior abatida por su aspecto tan desolador, y deseé abatir mi frialdad, atravesar la distancia y abrazarlo. Y pedirle que hiciera desaparecer (porque él tendría el poder suficiente), la rabia y el dolor que ahora surcaban mi pecho. ¡Pero cómo hacerlo! Él era Félix. Thief. El chico que había estado más de dos años en mis sueños. Y me había mentido. Había usado una máscara para acercarse a mí y conseguirme. Había caído como una tonta en su trampa. Y lo peor, lo que me desgarraba el alma saberlo, es que siempre deseó vengarse de mí. No quería preguntarle por su venganza. No quería que me abatiera más de lo que ya estaba. Porque si era tan *retorcida*, no creía posible que saliera del *pozo* oscuro del que me dejaría encerrar.

—¿Me forzaste, Darién? —no sabía si era yo verdaderamente o la ira quien hablaba por mí.

Su rostro se descompuso mirándome sin apenas moverse.

—¿De qué hablas? —su voz era ronca.

—La primera vez que hicimos el amor. Tal vez me has dado una vida de infelicidad en mi pasado. Tal vez la vida me dejó sin recuerdos porque fuiste cruel conmigo.

No parpadeó, y sentí como en este momento le había *destruido* por completo su corazón, por mis palabras tan frívolas y duras.

—Cómo puedes... —se trabó en sus palabras con un rostro desencajado. Cerró los ojos percibiendo su rabia y su acelerada respiración. Atravesó nuestra distancia de una zancada, estrechándome contra su cuerpo y salpicando agua. Me quedé rígida en sus brazos, pero no peleé al ver su mirada furiosa brotando de su garganta un gruñido que me estremeció—. Dímelo tú, Adalia, ¿te forcé? No hay más verdad que la de tu cuerpo delatándote. ¡Dime! ¡¡Crees qué te forcé!!

Me sacudió una, dos y tres veces muy cabreado. Apreté los dientes desbordándose mis lágrimas al sentirme frágil. Mi cuerpo me traicionaba cada vez que él se acercaba a mí, en realidad no deseaba decirle esas palabras, me cegó la furia de su traición. Estaba desconcertada como también asustada.

—¡No lo recuerdo!

Sus ojos destrozados no dieron crédito a mi actitud. Me soltó con

brusquedad y caminé dos pasos hacia atrás. Dejó sus hombros caídos mirando el suelo, como si le pesara la vida.

—Te entregaste a mí por voluntad. De hecho fuiste tú la que quiso que hiciéramos el amor en la torre, la misma noche que cumpliste dieciocho años. No sabes hasta qué punto, me has destrozado preguntándome si te forcé como si fuera el más vil de los hombres.

—¡Y en qué lugar deseas que te ponga si me has mentido todo este tiempo! Eres un cínico. Lo has conseguido. Tu venganza ha tomado fin. Ahora lárgate de aquí. No quiero volver a verte en la vida, quiero que desaparezcas ahora de mi vista y de mi vida. Para mis estás muerto desde este mismo momento.

Decir esas palabras fue demoledor, porque cerró un momento los ojos debatiéndose con su dolor por mi frialdad. Tuve el valor de tener la cabeza alta, aunque mis lágrimas me delatasen, como también el padecimiento que estaba hundiendo mi corazón. Cuando me miró, encontré un vacío en su mirada que me dejó desencajada.

—Soy tu marido, Adalia. Eres mi mujer. Por favor, no me vuelvas a echar de tu vida. No lo hagas. No lo podré soportar por segunda vez —esa súplica desgarradora me produjo un sinfín de dolor y dejé de mirarlo.

Temblando de ira, me despojé de los dos anillos tirándolos a su lado, cerca de un charco de agua que se había formado apenas unos segundos atrás.

—Desde este mismo momento dejo de ser tu esposa y tu mujer. En cuanto pise Los Ángeles te pediré el divorcio. No tardarás en tener noticias de mi abogado. Vuelvo a repetírtelo por última vez, sal de mi vida para siempre. Solo me has traído dolor. Era feliz antes de que volvieras a por mí.

No dejó de mirarme, como si le hubiese clavado un puñal en el corazón. Aquí acababa todo entre los dos.

Sus hombros se sacudían por los sollozos.

—Me estás destrozando, Adalia —me dijo en un tono de súplica como si se le fuera la vida—. Me prometiste que nunca me echarías de tu vida. Si me echas de tu lado, volveré al infierno del que tú me salvaste.

—¡Fuera! —repetí entre dientes sin un ápice de compasión.

*Si dejas que se marche, si dejas que cruce ese límite. Lo habrás perdido para siempre.* Habló mi lado razonable. Cerré los ojos aferrándose aún en mi pecho la rabia.

—Si te das cuenta, desde el primer minuto que estamos aquí, mi propósito no fue la venganza, sino recuperarte. Recuperar a mi dulce Kisa que conquistó mi corazón cuando era un niño —hablaba con voz apagada y su rostro demacrado.

Se hizo más silencio entre los dos, destrozándonos vernos tan destruidos. Se agachó recogiendo los anillos, los miró un momento acariciándolos para luego cerrar su mano como si los atesorara con su vida.

—Creí durante años como un necio que te habías olvidado de mí. Que me habías abandonado. Eso fue lo único que nunca saqué de mi cabeza.

Y se encaminó hacia el McLaren con aspecto derrotado. Empapada por el frío, mi cuerpo se giró hacia él, pero algo me impidió correr hacia Darién y arrojarme a sus brazos para perdonarle. Estaba tan furiosa y llena de dolor que me encontraba en una *espiral* de sentimientos encontrados. Vi cómo se metía en el McLaren sin ni siquiera mirarme una última vez. Oí como el motor rugía con fuerza, y unos segundos después salía derrapando de las tierras de los Knightley para siempre.

Mis piernas me reclamaron correr, y así lo hice, corrí en una dirección sin pensar ni siquiera en detenerme. Atravesé un camino bordeado por árboles que se azotaban por el viento. Y saliéndome del camino, llegué a una extensa pradera sintiendo como el frío del agua sobre mi ropa, penetraba en mis huesos. Mi cuerpo no podía más. Con la mirada perdida, me desplomé de rodillas contra la hierba, abrazándome y llorando sin consuelo.

—¿Por qué Darién? ¿Por qué me has hecho esto? Yo confiaba en ti... confiaba en ti —fui golpeando la hierba mojada.

El hombre de mi vida era un completo farsante. Ni me había atrevido a preguntarle por su venganza, porque temía que fuese cruel y despiadada, de las que te dejaban toda tu vida una brecha desangrándote lenta y dolorosamente.

Félix, el que había estado por más de dos años *navegando* en mis sueños, era Darién. ¿Cómo la vida pudo ser tan cruel conmigo?

En la nada del silencio oí como el cielo rugía encima de mí. Y lloré sin descanso. Me abandoné por completo, alejándome de la realidad y observando cómo iba hacia un *oscuro pozo sin fondo*. Y que nadie tendría el *poder* suficiente para rescatarme.

\*\*\*\*\*

Alguien se aclaró la garganta detrás de mí y tardé tiempo en saber quién era. Contemplé el cielo gris, pero ya no llovía. Quien estaba detrás de mí era Alfred.

—¿Sí? —dije con voz grave sin ni siquiera levantarme del suelo al estar aún conmocionada.

Hizo bien en no preguntarme, porque estaba en ese estado.

—Señorita Knightley, su padre ha llamado y me ha ordenado que la vuelva a traer de regreso a Los Ángeles.

—Está bien, Alfred —toqué mis ojos hinchados.

—Prepararé el equipaje.

Asentí perdida con otra lágrima más recorriendo mis mejillas.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me preguntó preocupado antes de marcharse.

Cerré los ojos mordiéndome los labios y solo asentí una vez.

—Como desee.

Supo que mi soledad era la única aliada que quería para enfrentarme a mi dolor, pero este dolor jamás se me quitaría del pecho, jamás sería extraído con el fin de poder respirar y sentir paz. Darién me había *marcado* para siempre.

\*\*\*\*\*

—¡¡Cómo has podido Adalia!! ¡Cómo!

El grito de mi padre nada más entrar a la casa fue brutal. Lo miré perdida y teniendo los ojos medio entornados, sintiéndome cansada, desechada, con ojeras de no dormir bien en el avión y completamente dolida. Alfred, Olivia y Mary se retiraron con un gesto rápido e impasible que les hizo mi padre. Unas once malditas horas de vuelo y ahora me tocaría la charla del siglo.



—Peter, no seas tan duro con ella.

Intentó tranquilizarlo mamá con un gesto, mirándome intranquila.

—¿Qué no lo sea, Nicole? ¿Acaso no te hemos enseñado el respeto a tus padres?

*No lo sé, no lo recuerdo.* Quiso gritarle una parte de mí, pero lo dejé pasar. Ya no podía más. Parecía que el mundo se había echado sobre mí, y eso era demasiado.

—Sí, papá, tienes razón.

—Adalia, hija ¿por qué nos mentiste? Dijiste que ibas a estar sola. Y no con un hombre —la voz compasiva de mi madre me relajó un poco. Al menos ella no estaba hecha una furia como papá.

—Llámalo por su nombre, Nicole. Un gigoló, nuestra hija ha estado con un gigoló.

—Hermanita, te ha podido contagiar alguna enfermedad.

Ni siquiera me di cuenta de la presencia de mi hermano al lado de ellos.

Me encogí de hombros.

—No era gigoló. Me mintió. En realidad he estado con Félix Darién Brent. ¿Os suena de algo? —les pregunté.

Los tres se quedaron impactados mirándose.

—¿Darién? El hijo de Kyra y Daniel. ¡Dios de mi vida pero si no sabíamos nada de ellos desde hace años! —exclamó mamá llevándose las manos a la boca.

—Él es arquitecto, no entiendo nada —sacudió la cabeza mi hermano.

Ahora resultaba que todos menos yo, sabían que era arquitecto. Y por sus formas de hablar, lo conocían muy bien.

—¿De qué manera te mintió? —entrecerró los ojos mi padre, mirándome—. Te exijo que me lo digas.

Me mantuve callada. No tenías fuerzas para nada más. Quería desintegrarme, y aún guardaba un poco de lucidez para saber que es no sucedería jamás.

—¿No vas a decir nada? —su tono era crispado y furioso.

—¿Qué quieres que diga, papá? Es algo que no se puede cambiar.

—Estás castiga un mes...

Asentí sin importarme.

—No, un mes no... un año entero sin salir de tu habitación.

—Como digas papá —dije abatida.

Él se frotó el pecho con un rostro agitado y agobiado, y lo miré remordida deseando llegar hasta él y abrazarlo. Pero con su carácter, estaba segura de que me rechazaría.

—Peter, tranquilízate o te dará algo. Flor, tráele un vaso de agua —le pidió mi madre de urgencia al ver que papá no dejaba de tocarse el pecho.

—Papá no te alteres, últimamente tu tensión está por las nubes —lo intentó tranquilizar Max dejando sus manos sobre los hombros de papá, instándolo para que se sentara sobre el sillón.

Flor apareció con un vaso de agua que traía corriendo, intentando que no se le cayera de sus temblorosas manos. Mi padre me miró escéptico después de beber, y sentirse más tranquilo.

—Un día me vas a matar de un disgusto, y mi hija, la que nunca creí que me haría semejante engaño. Estoy muy decepcionado contigo.

Mi madre solo me negaba con la cabeza, aún al lado de mi padre, observando su preocupación también por mi estado. Y mi hermano solo me miraba con un deje de pena, sin saber que decirme. Que bien, ahora daría pena a todo Dios.

—Solo puedo pedir perdón.

—De momento ese perdón no me sirve, ni llena a lo bajo que has caído.

Respiré con fuerza para no volver a llorar.

—¿Puedo retirarme a mi habitación? Estoy cansada.

—Sí, vete —dijo frío como un témpano.

Les di la espalda a punto de derrumbarme.

—Peter... —parecía una súplica de mi madre cuando me marchaba.

—¡No! —fue más estricto.

Subí a trompicones las escaleras para llegar a mi *refugio* que era mi habitación. Cuando la observé y la vi tan distinta a la habitación de la mansión Knightley en Irlanda, a lo que me hacía sentir ese lugar, me derrumbé sobre la cama llorando y abrazando un cojín. Solo podía llorar y llorar, echada sobre mi cama sin poder reflexionar con mi mente.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y con las lágrimas borrosas en mis ojos, contuve el sollozo unos segundos. Mamá cerró la puerta detrás de ella quitándose algunas lágrimas mientras se acercaba a mí, y esperé su siguiente movimiento un poco asustada. Si me regañaría como papá o me consolaría, porque eso era lo que más necesitaba mi alma... los brazos de mamá para refugiarme en ellos y no salir jamás.

—Ay, mi niña.

Se subió a la cama, abrazándome y dejé mi cabeza sobre su pecho siguiendo llorando.

—Mamá —balbuceé apretándome contra ella.

—Shhh estás aquí. Aquí está mamá.

—Me... me mintió, quería vengarse de mí.

Siguió acunándome en sus brazos, intentando aplacar a mi corazón desolado.

—Mi Adalia, ¿por qué lo hiciste?

No supe que responderle en ese mismo momento donde solo pensaba una cosa.

—Quiero morirme... me ha destrozado el corazón —fui hipando sin hallar algo que calmara el dolor que quemaba mi pecho.

—No. No. Cariño no vuelvas a repetir eso. Nunca más —me apretó más entre sus brazos oyendo como también gemía, al verme abatida mientras me besaba la cabeza.— No entiendo nada a Félix, cuando erais unos niños él era tan risueño y feliz, nunca fue un muchacho vengativo ni cruel. Bueno, eso de feliz era porque pasaba la mayor parte del tiempo contigo. Y ahora me

encuentro con que se quería vengar de mi hija. No entiendo sus motivos. Tengo que buscar la manera de hablar con Kyra.

No le hablé, para que no me contara nada más acerca de él. Únicamente quería que me abrazara, sentir su calor maternal, y que no me separara de sus brazos que eran los únicos que me hacían sentir algo mejor, pero solo *algo*.

Estuve toda la noche llorando. No cené pese a que Alfred me preparase solo una sopa que no toqué, y que dejé en la mesita de noche para que más tarde la recogiera Olivia.

\*\*\*\*\*

Papá mantuvo firme su orden de no dejarme salir. Pero qué más daba. Era lo que menos me importaba, que me mantuviera encerrada. Ahora mismo era un *cadáver* andante, salvo que por desgracia, tenía un corazón que latía en mi pecho y me hacía estar viva. A veces deseaba escuchar a mi corazón que me gritaba que fuera a buscar a Darién, que lo perdonara porque él nunca me haría daño, jamás, y otras veces en cambio deseaba arrancarlo de mi corazón y de mi cuerpo. Pero era algo inútil, porque no podía dejar de pensar en él.

Carla no pudo visitarme hasta el tercer día de mi encerramiento.

—A ver si tú puedes sacarla de esa depresión que tiene, y de la que no quiere salir —oí a mi hermano Max tras las puertas de mi habitación.

Seguí como un ovillo en la cama y con la mirada perdida. Escuché un jadeo de sorpresa lleno de horror de mi amiga Carla, y supe que era por mi estado. Los dos me observaron desde la puerta.

—A ver si contigo habla más y la sacas de ese estado.

—Descuida, Max.

Él se quedó mirándome un segundo más, triste por mí, y cerró la puerta. Carla caminó hasta ponerse de rodillas en el suelo, apoyando sus codos sobre el bordillo de la cama, donde yo estaba con la mirada perdida.

—Ay amiga, estás más pálida y delgada —acarició mi rostro asombrada.

Oírla hablar tan cerca de mí fue reactivar mi cerebro. La miré y solo pude abrazarla encontrando un momento de paz conmigo misma.

—Estoy destrozada, Carla.

—Eso ya lo veo —me acarició el cabello en nuestro abrazo.

Apartó el rostro de mi hombro, apretando los labios y observando sus ojos rojos porque estaba a punto de llorar.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Supo de lo que hablaba por mi desgarradora voz. Ella renegó mirarme, poniéndose de pie y soltando un suspiro lleno de amargura. Salí de la cama y eché dos pasos hacia atrás apretando las manos.

—¡Por qué no me lo dijiste! Eres mi amiga. Maldita sea, debí sospechar tu comportamiento cuando viste no solo a Aiden, sino también a Darién. Y luego hablaste con él largo y tendido fuera de la mansión. ¡Me mentiste cuando te pregunté qué ocurría!

—No te voy a mentir —me miró avergonzada—. Sí, lo reconocí. Sabía que era arquitecto y no gigoló. Mi padre hace unos cuatro meses que lo invitó a una de sus tantas fiestas, por ser el reconocido arquitecto del presidente —frotó los dedos sobre su frente sintiéndose remordida—. Perdóname, Adalia. Pero no quise arruinar tu boda. Y antes que os casarais, le exigí que de inmediato te dijera que era él. Le di unos pocos días.

—Entonces no fue por su propia voluntad —dije hundida deseando volver a la cama.

—No lo creo. Lo vi en sus ojos. Él ya estaba desesperado por decirte que él era Félix. Me pidió que no te dijera nada, y por los dioses celtas no sabes cuánto me costó —expresó ofuscada recordándolo.

Carla fue paseándose de un lado para el otro de mi habitación, muy pensativa, apoyando una de sus manos en un codo y la otra mano en su barbilla.

—Pero no lo entiendo... la verdad es que me cuesta.

Eso me confundió, mirándola.

—¿Qué te cuesta entender?

Cabeceó para mí con los ojos desconcertados.

—Que hayas dejado escapar a Darién.

Eso descolocó todo mi ser abriendo los ojos como platos.

—¡Bueno, y a ti que te pasa! ¿Qué... acaso estás de su parte? —hice gestos de indignación.

—No es que esté de su parte pero...

—Pero nada, me utilizó, me hizo daño de la manera más vil que existe, se vengó de mí —señalé mi cuerpo a punto de echarme nuevamente a llorar.

Carla parpadeó con perplejidad.

—¿Qué se vengó de ti, Adalia? —se ofuscó de pronto mirándome enojada. Asintió con la cabeza como si sopesara algo—. Muy bien, apartemos que te ocultó que era Félix.

Sin decir más cogió mis brazos con fuerza, señalándolos con la mirada.

—A ver, dime la verdad, ¿te levantó la mano cuando estuvisteis solos en la mansión? Ocasiones no le faltaron, eso no lo pongo en duda.

—No —miré con rabia el suelo.

—¿Te insultaba cada momento haciéndote daño psicológicamente? Porque un hombre que busca venganza, sabría cómo atacar a la mujer que lo abandonó, buscar los puntos más débiles para humillarla. ¿Te dañó psicológicamente?

—No —apreté los dientes.

—¿Te obligaba a que te acostaras con él forzándote?

—No —probé el sabor amargo de mis lágrimas deslizándose por mis labios.

—¿Te hizo daño la primera vez que lo hicisteis siendo despiadado?

Recordé esa noche. Sus besos, su manera de tocarme, su manera de hablarme, su manera de hacerme sentir viva y amada. Me solté de mi amiga bruscamente con las lágrimas en los ojos y pegando un gruñido.

—No maldita sea, fue cariñoso, tierno... nunca me hizo daño. Ni las otras veces que me hizo el amor.

—¿Entonces donde ves ahí tú la venganza? —señaló en un gesto y en un grito.

¿Qué no entendía Carla?

—Ahora resulta que estás de su parte.

Suspiró negando con la cabeza mirándome apenada.

—Adalia, solo quiero que lo entiendas.

—La tonta al final es la última en enterarse. Todo Dios sabía que era Félix menos yo. Me siento traicionada y humillada. Ahora mismo debe estar descojonándose de mí por hacerme caer en su trampa. Tengo ganas de odiarle.

Carla me observaba como si no viera algo bien en mí.

—¿Por qué no puedes ver lo que yo veo? Un hombre que ha estado años desesperado y que cuando te encuentra, solo ha querido estar contigo aun sabiendo que se arriesgaba a perderte y a que lo descubrieras. ¿Por qué no puedes verlo?

Apreté las manos.

—¡Porque no puedo recordarlo! Por eso.

Me entrecerró los ojos, explotando también. Nuestra *combinación* de carácter no era muy buena si las dos nos poníamos a gritar.

—¡Sabes lo que habría dado porque Aiden hubiera hecho una locura como esa! —me gritó exaltada sin darse cuenta de las palabras que salieron de su boca.

Me quedé mirando a mi amiga sobrecogida, que apartó la mirada de mí cerrando los ojos y exclamando por lo bajo una palabrota. ¿Seguía enamorada de Aiden? Había notado una nota de desesperación cuando gritó esas palabras.

—No... no he querido decir eso. ¡Joder! No era eso... —se frotó la frente negando con la cabeza un poco nerviosa.

Miré al suelo sintiéndome desdichada.

—Debes darle una oportunidad para que se explique —aclaró cansada.

Mis ojos iracundos se encontraron con los de ella.

—Esto no es una de esas novelas que nos encanta, Carla. Donde al final los protagonistas se perdonan todo y viven felices para siempre. Esto es la cruda realidad. Donde yo he sido traicionada por el supuesto hombre, que

según él me ha amado siempre. Donde tuvo más de dos semanas para enamorarme, usarme y vengarse a su placer. ¡Y ahora tengo una herida en el corazón que no cicatrizará jamás!

Se cruzó de brazos negando en un gesto mi actitud.

—Te autoengañas, Adalia. Y que sepas que si un autor escribe no es para que tu adjudiques el final feliz, da igual cuantos clichés, tópicos o escenas repetidas tenga esa historia. El escritor crea esa novela para que veas que el amor puede contra cualquier barrera. Nos muestra que tener a alguien a nuestro lado complementa nuestra vida. Pero no estamos hablando de las novelas, sino de la realidad. De ti —se acercó a mí cogiéndome de las manos—. Adalia. Él te quiere. Aún no es tarde.

Me quedé un minuto cabizbaja, mirando la moqueta granate que tenía sobre mis pies.

—Claro que lo es. No sabes todo lo horrible que le solté. Le culpé de haber caído en coma. Cuando en realidad no es así.

—Tenías rabia. No podías pensar con claridad, yo en tu lugar hubiese estado peor.

Y ahora era consciente de mi arrepentimiento. Me dolía saber cuánto había *roto* a Darién culpándole de todo ese día.

—Menos mal que tu padre me ha dejado visitarte, al parecer no vas a salir en mucho tiempo —torció una sonrisa intentando hacerme sonreír también, pero ahora mismo no tenía ganas de nada.

—Me lo tengo merecido —musité.

—Adalia, ve con él, aún estás a tiempo.

—Tengo miedo —me sentí sobrecogida por mis sentimientos, humedeciéndose mis ojos.

—Ay, amiga.

Me volvió abrazar consolándome.

Una hora más tarde, Carla y yo dimos un paseo por el jardín, tomando la vitamina del sol que tanta falta me hacía, después de estar tan encerrada en mi habitación. Era una masoca, porque echaba en falta el cielo cubierto de nubes,



que hiciera frío, la lluvia, los verdes prados de Irlanda que la hacían tan única, echaba de menos su magia, su misterio, sus leyendas. Y aquí solo encontraba un intenso calor y un verde artificial rebuscado por el hombre, para hacer que los paisajes fueran más bonitos, sin nada que la naturaleza hubiese creado por ella misma. Estar aquí, hacía que mi mente volara con imaginación recordando la mansión, los jardines, el frondoso bosque que rodeaba Muckcross-Knightley House. Y en cada lugar de esa imaginación (creada por la desesperación), estaba Darién abrazándome, besando mis labios, infundiéndome su fuerza, su calor, diciéndome *te quiero*. En un momento me resentí de sentirlo sobre mi piel con tanta intensidad, preguntándome Carla si me encontraba bien, y le mentí diciéndole que siguiera con el tema que teníamos, y al que no prestaba mucho la atención.

Ya no sabía que sentía mi corazón, si un odio *abismal* o simplemente estaba enfadada con él por mentirme. No sé si podía aún perdonarle toda su elaborada mentira.

Antes de que Carla se marchara, me pidió dos cosas, que descansara y que comiera. Pero no hice ninguna de las dos. De momento no era capaz de salir de mi depresión.

—Hey, hermanita.

Me detuve en las escaleras volviéndome con los ojos entornados.

—¿Qué quieres, Max?

Los ojos marrones de mi hermano me miraban compasivos. Todos lo hacían, hasta la servidumbre. Y eso era bastante molesto.

—¿Te ha hecho bien verla?

—Sí. Carla es mi mejor amiga. Ahora la necesito mucho.

Suspiró con cierto alivio, y como vi que no seguía hablando, decidí seguir subiendo las escaleras como si fuera un zombie. Aunque mi amiga se molestara en ponerme un vestido amarillo que avivaba más mi aspecto (aunque por dentro no), y me maquillara algo para tapar las ojeras y el tono demacrado de mi rostro. Quería quitármelo todo, ponerme mi chándal holgado y meterme entre miles de mantas.

—¿Tanto daño te ha hecho, Darién? Nunca creí que él fuera de esos. Con lo

que te adoraba y te amaba —siguió mi ritmo.

—Max, no quiero hablar de él ahora.

—Me preocupas.

—Y agradezco tu preocupación, pero de esta salgo sola.

—¿Quieres que vaya y le parta la cara?

Esa proposición me espantó deteniéndome de golpe.

—¡Por Dios, no!

Me sonrió entrecerrando los ojos y acariciándose la barbilla.

—Entonces no lo odias, lo sigues queriendo.

—Eso no es verdad —lo ignoré.

—Bueno, entonces bajo y salgo a buscarlo.

Prosiguió escaleras abajo todo tranquilo.

—¡Te he dicho que no! —Lo detuve de la camiseta aferrándolo a la barandilla de las escaleras—. Déjalo en paz.

—¡Has visto cómo te comportas! —me señaló sorprendido.

Retrocedí asustada, quitándome de cómo lo tenía agarrado. Me crucé de brazos enfadada.

—Tú lo recuerdas —no fue una pregunta sino más bien una afirmación.

—Claro que sí. Hasta donde sé erais novios y me atrevo a decir que os comprometisteis a escondidas. Pero no me hagas mucho caso, porque solo es una especulación.

Cerré los ojos con dolor.

—Y también recuerdo a Ashelia. ¿Sabes cómo está? ¿La has visto?

Me cogió de los brazos y me quedé sorprendida por su tono atormentado. ¿Desde cuándo se preocupaba tanto por ella? *Tú que sabrás, si olvidaste tu pasado.* Me afligí de mis pensamientos.

—Sí, la vi. Está muy bien.

—Ojalá hubiese tenido tu suerte —musitó—. ¿Dónde vive?

—¿A qué viene esa insistencia?

Suspiró mirando hacia otro lado.

—Déjalo. Ya es demasiado tarde para retroceder al pasado —bajó las escaleras sin más que decir.

¿Qué mosca le había picado a Max con Ashelia? ¿Por qué me preguntaba por ella?

\*\*\*\*\*

Pasó otro día más y mamá no me decía nada relacionado con los Brent, para no hundirme más, simplemente me consolaba y me alentaba que diera paseos por el jardín. Papá aún seguía enfadado por mentirle y no decirle que me fui con un hombre a Irlanda, el cual era el hijo del que fue uno de sus amigos allí en Irlanda. Carla me decía que había sido un error dejarlo escapar, Max también. ¿Había alguien más que quisiera decírmelo?

Antes de llegar a la cocina, oí el clamor de una voz femenina en el pasillo, identificando a Flor. Me detuve sin cruzarlo, observando a quien le gritaba en la entrada de la cocina.

—¿Cómo has podido dejar que esto sucediera, Alfred!

Él estaba cabizbajo, afirmando la sentencia que le echaba su mujer.

—Tenías que haberlo visto Flor...

—¿Me da igual! Ahora nuestra pequeña Adalia está destrozada.

—¿Y no puedes ponerte también en la piel de Félix? Él también lo está. Me dijo que la buscó por años.

—Tú debiste decirle a ella desde un principio que era él. Debiste ir hacia Adalia. ¿Por qué dejaste que sucediera esto?

—Él me lo suplicó. Tú no lo viste. El muchacho cada vez que nadie lo veía, se derrumbaba llorando como un niño por cualquier esquina oscura de la mansión, porque ella no lo recordaba —amargué mi rostro padeciendo, intentando no imaginarlo frágil y destruido por mi culpa—. Tú no viste lo que yo vi, Flor. Volvían a ser ellos. No sabes la alegría que me dio verlos juntos. No me correspondía a mí decirle a Adalia que él era el amor de su vida.

Ella seguía negando con la cabeza muy taciturna.

—Oh, como me da rabia. Tuvo mucha suerte Félix de que no me mandaran a mí allí, y que fueras tú. Yo si hubiera intercedido. Ahora el dolor que padece Adalia, es más grande que incluso esta mansión. Cuando pille a ese muchacho lo cogeré de las orejas.

Entristecida, me aparté caminando hacia otro lugar de la mansión. Ya ni me impresionaba que Alfred lo supiera. Él estaba con nosotros desde incluso antes de que yo naciera. Tenía que haber sospechado de su comportamiento cuando vio por primera vez a Darién, se quedó de piedra cuando lo miró como si lo hubiera reconocido. ¿Pero cómo podía imaginar en ese momento que ellos dos se conocían?

No sé por qué lo hice, pero lo estaba haciendo. Necesitaba buscar información de Darién en internet. Quería saber si en verdad la famosa Torre Brent era suya. Entrando en mi habitación, fui en busca de mi portátil y busqué en *google* su nombre completo. Al momento, vi mil sitios donde meterme.

Hice clic sobre imágenes pero la mayoría eran de la Torre Brent por fuera y por dentro. Ese rascacielos era bellissimo, situado en el corazón de Manhattan. La estructura estaba compuesta de una torre principal de setenta pisos, flaqueada por un edificio sur de veinte y el edificio norte de cuarenta. Apostaba mi pequeña fortuna que él se había encargado de diseñar el edificio. En un pequeño artículo detallaba más sobre la Torre Brent: *“la torre se compone de algunas de las tecnologías más avanzadas del mundo y está construida con materiales casi indestructibles. Las últimas cinco plantas de la torre Brent, son un complejo de viviendas con un helipuerto en la azotea para uso personal del presidente y sus socios”*. En muchas revistas prestigiosas sobre empresas, estaban algo indignados de que nunca concediera una entrevista (reflejándolo así en sus artículos), resaltando con desfachatez que ahora era más famoso gracias al presidente de los EE.UU. ¡Hipócritas! ¡Ellos que sabrán? Si el noventa por ciento de las cosas se las inventaban para sacar provecho. Algo desilusionada, no hallé ni una foto de él. ¿Cómo era posible? Entré en una Web más respetuosa y neutral, encontrándome con información más detallada: *Brent Industries Inc. Es líder mundial en construcciones, energía sostenible, inteligencia artificial, ecología sostenible y medio ambiente. Su Presidente Félix Darién Brent, es una de las*

*jóvenes promesas en la Era de la arquitectura. Dicho así por el mismísimo presidente de los Estados Unidos, que le pidió encarecidamente una casa solariega en las afueras de Washington D.C. tras ver unos fantásticos bocetos de una casa, hechos por el propio arquitecto Brent. Tiene como socio y también empresario al ilustrísimo abogado Aiden MacHale, y a otro que desea aún conservar su anonimato.*

Bajé la página y me quedé inmutada asomándose la primera sonrisa en mi rostro en mucho tiempo.

Una foto de Darién y el presidente de los EE.UU dándose la mano. Se veía tan guapo, con un traje negro que le hacía más atractivo y varonil. Acerqué mis dedos a su rostro sonriente. Debajo de la foto databa una fecha: *15-08-2014*.

*Daríá todo por recordarte, Darién. Todo.* Pensé rota sintiendo que de un momento a otro se me humedecerían los ojos. No podía desearle ningún mal, no a él y me alegraba que siguiera con su vida y que su trabajo viera sus frutos.

Cruzándome de brazos, seguí ensimismada sin poder sacarme las palabras de Alfred de la cabeza. «*¿Y no puedes ponerte también en la piel de Félix? Él también lo está. Me dijo que la buscó por años.*»

¿Estuvo buscándome por años?

Reprimiendo un sollozo, me llevé una mano al pecho frotándolo. Debí dejar que se explicara cuando me pidió que lo escuchara. Ahora ya era demasiado tarde.

Me sobresaltó que las puertas de la habitación se abrieran de pronto, y me calmé carraspeando y disimulando que veía paisajes por internet. Era Alfred. Él agachó con rapidez la cabeza sintiendo su vergüenza de aguantarme la mirada, avanzó con pasos ligeros hacia la mesa redonda dejando la bandeja.

—Señorita Knightley, ahí le vuelvo a dejar la comida, coma por favor — me pidió en una reverencia antes de marcharse.

Mirando la comida, un recuerdo *fugaz* pasó por mi mente y me levanté del asiento.

—¡Alfred!

—Sí, señorita —se quedó en las puertas de la habitación.

—Tú sabías quien era él, ¿verdad? Cuando miraste a Darién por primera vez en el recibidor, sabías que era Félix.

Se volvió y su mirada remordida estaba en el suelo.

—Sí. Al principio me sorprendió verle. Pero no dije nada, porque supe que usted no sabía nada de él. Luego vino a mí y me dijo, más bien me suplicó, que no le contase nada a usted. Lo conozco desde que era un bebé y cuando me lo suplicó, no pude negárselo. Él me dijo que se lo diría, que no era fácil, pues usted no lo recordaba. Debí ser más responsable y contarle al señor Brent que padecías de amnesia.

Eso fue un puñal en mi espalda. ¿Por qué me sentía tan culpable de no recordarlo? Entrelacé mis manos con una profunda tristeza, mirándolas.

—Sé que no es una mala persona el señor Brent. Lo único que no supe es que se haría pasar por un gigoló. Imaginación no le faltó —asomó una pequeñísima sonrisa que se entornó triste—, pero sabe usted que yo no lo hubiera permitido. Pero creo opinar, si me lo permite, que él no le mintió por gusto. Y los días que estuvo allí con usted, volvió a ser ese joven inocente y risueño que corría con usted por las praderas de los terrenos de los Brent y los Knightley.

No dije nada. Estaba abrumada.

—Con su permiso.

Cerró las puertas formándose a mí alrededor un silencio. Gemí tapándome la boca, porque otra vez esas lágrimas de padecimiento venían a mí. Otro más que decía que Darién no era tan malo.



## Rota en mil pedazos

Mis días eran *grises* y oscuros. Y mi estado fue letargo e inestable. La mayor parte del tiempo la pasaba en mi habitación, sé que era libre de recorrer la mansión, pero no tenía ganas de salir más allá de mi *refugio*. Me quedaba apoyada en el alféizar de mi ventana mirando los exteriores. Mi mente buscaba praderas, un lago enorme... buscaba la naturaleza en todo su esplendor y origen. Pero mis ojos sombríos se topaban con la realidad. Una ciudad abastada de edificios, residencias, comercios, de semáforos que no dejaban de cambiar de color, del ruido de los coches y de las personas caminando sin alzar los ojos al mundo, porque estaban atentas al aparato tecnológico que llevarían encima.

Cada vez eran menos las personas que miraban al mundo.

Y no quería pensar en él en ningún segundo. No merecía nada de mí. Quería odiarlo, despreciarlo... y aun así mi corazón anhelaba cada centímetro de él. Que apartara mi orgullo y fuera a buscarlo para hablar, porque el *clavo lleno* de fuego que quemaba mi pecho desaparecería de inmediato y seríamos felices.

*¿Seríamos?* Pensé incrédula.

Tocaron tres veces la puerta distrayéndome de mis pensamientos.

—Señorita Knightley —entró Alfred con una sencilla reverencia—. El señor MacHale.

Salté impresionada viendo como Aiden entraba en mi habitación, observando su impoluto y sofisticado traje negro. Nos miramos a los ojos y pareció algo incómodo aunque me sonriera con amabilidad. Me quedé quieta y callada cuando nos quedamos solos. ¿Qué hacía aquí?

—¿Puedo seguir tuteándote?

Me aclaré la garganta aún sorprendida de verle aquí en mi casa.

—Claro —le hice un gesto para que tomara asiento en la butaca de terciopelo, y yo lo hice en la más próxima a él.



—¿Aiden, qué haces aquí? —Comencé a pensar más de la cuenta y la sangre que fluía tranquila hacía apenas unos minutos, se alteró—. ¿Le ha pasado algo a Darién?!

Mis ojos asustados buscaron algún indicio en su mirada, agarrándome con fuerza a los posabrazos de la butaca.

Mostró una sonrisa tranquila con un gesto.

—No, tranquila. Él... está bien.

Suspiré dejando libre a mi corazón de que latiera con normalidad. Él se desabrochó el botón que ataba su chaqueta dejando al descubierto la camisa frambuesa. Levantó del suelo su portafolios abriéndolo y sacando unos papeles.

El corazón se me disparó de nuevo sin darme tiempo a reaccionar.

—Aquí traigo los papeles del divorcio.

Dejó el pequeño montoncito de hojas sobre la mesa redonda de nuestro lado. Evité mirarlas acongojada, dejando los ojos en otro lugar mientras apretaba con fuerza los labios y contenía la respiración. Noté la amargura que surcó mi pecho y que se regocijaba por verme sufrir, sé que Aiden estaba viendo las inmensas ganas que tenía de llorar... pero no me había esperado esto de Darién. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en nuestro divorcio, ni un maldito segundo lo había hecho. ¡Porque estaba tan confundida y dolida que no sabía que hacer! De Darién podía haberme esperado cualquier cosa, pero no que me trajera su abogado tan rápido. Eso apagó más la *luz* de mi interior que había estado intentando sobrevivir, hundiéndome en una profunda oscuridad.

—Él quiere evitarte que tu abogado interceda. Tampoco quiere que pases por el agobio de la prensa si llegaran a enterarse, pero para eso estoy aquí, para que nunca se lleguen a enterar. Quiere la mayor discreción para ti. Él se encargará de todo. Te dará todo lo que pidas.

*¿Puede devolverme los recuerdos?* Pensé pero callé esa vocecita de mi interior.

—Qué rápido quiere divorciarse de mí.

Él negó en un gesto mi forma tan arisca de decirlo.

—No, Adalia. Tú lo amenazaste que cuando volvieras a Los Ángeles le mandarías un abogado. No sabes qué días ha llevado esperando que en algún momento tu abogado apareciera en su casa.

—Él no está pasando por un infierno. ¡Yo sí! —intenté contener el sollozo.

Se mostró compasivo mirándome apenado por verme hecha una mierda. Apenas quería arreglarme, así que podía imaginar (incluso sin verme en un espejo) la clase de *zombie* que parecía para los demás. Ojeras, pelo desaliñado, cara hinchada, ropas holgadas. Todo un despojo humano.

—No tienes buena cara.

—Tú eres su amigo —balbuceé señalándolo, reduciéndose todos los muros que me hacían ser apática, al sentirme tan destruida—. Se supone que los amigos están para aconsejar con buena fe.

—Y lo hice —dijo apresurado—. Le dije que no era buena idea que se fuera contigo. Que se presentase ante ti de otra forma. Pero Adalia, reconoce que se lo pusiste en bandeja. Solo te puedo decir que vivió obsesionado todos estos años contigo. Preguntándose una y otra vez por qué lo habías olvidado. No ha tenido ni un minuto de paz mientras ha estado contigo. Quería contártelo, te lo puedo asegurar, pero temía que lo dejaras de nuevo. Desde que conozco a Darién, jamás le he visto el terror en sus ojos —me miró angustiado como si no pudiese ver a su amigo de esa forma—. Adalia, está destrozado. No sale del apartamento, solo quiere oscuridad...

Le hice un alto cerrando los ojos no pudiendo más. No más, no quería oír más de él.

—Por favor no sigas. No...

—Lo siento —hizo una mueca mirando al suelo—. No es mi intención crearte más amargura. ¿Pero sabes? La primera vez que saqué de una comisaria a Darién fue hace más de seis años. Se peleó en un bar y todo por ti.

Recordaba bien ese detalle cuando lo mencionó semanas atrás en la comisaria irlandesa. Qué ilusa e ingenua fui. Aunque me muriera de ganas por saber por qué fui yo la causante de que se peleara en ese bar, mi orgullo me ganó. Quise cambiar de conversación y en un arrebato cogí los papeles.

—Acabemos de una vez con esto —afirmé decidida con mucho temple.

—Solo falta tu firma —remarcó con seriedad actuando como el abogado que era.

Vi la de Darién y me quedé más destrozada. Me quedé así, como una estatua unos largos y *eternos* segundos. Si creí que en estos días había estado hundida y que no podía llegar más al fondo de mi oscuro agujero. Estaba equivocada, aún seguía habiendo metros y metros de profundidad. No solo me quería fuera de su vida, sino que había firmado ya. Apenas podía respirar, y no pude controlar mi pulso mirando su elegante firma. Si plantaba mi firma estaríamos *divorciados*.

Me estremecí de espanto odiando esa sensación.

—Le costó lágrimas firmar y en dos ocasiones destrozó los papeles. Y no debería decírtelo.

Sus palabras no tendrían que haber surgido algún efecto en mí porque deseaba odiar a Darién con todas mis fuerzas, pero su comentario había traspasado mi corazón haciéndome daño, ahogando un pequeño gemido. No quería imaginarlo. Lo evité apretando los ojos.

—No... no tengo un boli —excusé para ganar tiempo repasando mi mano por el pelo.

Sacó de su chaqueta una pluma elegante con sus iniciales regrabadas, pasándomela sin ninguna compasión. La cogí con manos temblorosas. Y lo miré en estado de shock.

—¿Por qué? —susurré lastimada.

Me miró por unos segundos más, impassible de alguna emoción en su rostro.

—Eres tú la que quiere el divorcio. Yo solo soy un simple intermediario entre los dos. Puedo mover algunos hilos para que os divorciéis de inmediato. ¿Quieres esto rápido? Adelante. Nada te impide firmar.

Mi mirada vagó hacia los papeles. Y no dejé de mirarlos. Odié el tacto del papel, todo lo escrito... Hasta que encontré algo fuera de lo común.

—¿Y esta cifra? —señalé una parte del papel con bastantes ceros.

Él la ojeó por encima.

—Como no firmasteis separación de bienes, algunas cosas estipuladas pasarán a ti. Y Darién lo quiere así. Eso que has señalado es la mitad de su fortuna que ha ganado a lo largo de los años. Y pasará a ti.

Tragué saliva abriendo los ojos, atónita. ¿Qué me iba a ceder el 50% de sus ganancias?

—Es una cifra muy alta —ladeé el rostro reacia—. No la acepto.

—Adalia. Acéptala. Él puede permitírselo.

—¡No me comprará!

Suspiró.

—En el fondo sabes que no lo está haciendo.

Me levanté ofuscada del asiento sintiendo que ya no podía detener las lágrimas. Ahora lo que tenía era ganas de estrangular a Darién. Por ser tan rápido de traer a su abogado, por firmar antes que yo y por poner esa cifra exagerada para mí. ¡Estaba loco!

—Me estoy volviendo loca, Aiden. ¡Estoy rota en mil pedazos! —Me volví hacia él quitándome las lágrimas de las mejillas—. Él y yo estábamos prometidos, ¿no? ¿Por qué no vino aquí?, ¿por qué no me buscó? ¿Todos estos años y de pronto viene a por mí?

—No me concierne a mí hablarte de eso.

Sonreí con ironía.

—Claro. Lo encubrirías. ¡Estoy segura de que todos estos malditos años donde yo me he ahogado en un pozo oscuro, donde me he intentado buscar y no podía encontrarme, él se ha divertido con cuanta mujer se le ha cruzado en el camino! No quiero ni imaginarlo. Me da asco.

Con furia me giré hacia la ventana cruzándome de brazos no deseando imaginar a Darién en brazos de otras mujeres, pero mi mente fue tan perversa que lo hizo. Como disfrutaba con ellas y nunca pensaba en mí, como las besaba y les daba placer... ¡maldita sea! Los celos y el dolor se mezclaron sin poder templarme. Tapé mi boca para no gemir sintiendo como mi corazón se destrozaba más. Esto era demasiado para mí.

—No puedes estar más equivocada. Me matará si te lo digo. Pero ya

puestos... Darién no ha estado con ninguna mujer.

Volví mi rostro hacia él y entrecerré los ojos cargada de una buena *dosis* de recelo.

—Sí. Ya. Va a estar seis años de celibato.

Esbozó una sonrisa al verme furiosa y muy celosa.

—Qué mala reputación tenemos los hombres —sacudió la cabeza—. Debes creerme. Mujeres no le han faltado. Es millonario, guapo, emprendedor, comprensible y mil cualidades más... ¿Pero qué se lo impidió? Tú. Tu recuerdo. Verdaderamente nunca habéis roto. Estabais comprometidos, ibais a casaros y la vida os separó. La última mujer que lo besó, la apartó unos segundos después al sentir que eras tú y maldijo que estuvieras tan dentro de él, porque eso le hacía ser débil. Y yo estaba presente en ese pub. Aunque ese beso a proscrito ya, porque fue hace mucho tiempo —se rio para calmar un poco la tensión del ambiente. Y yo lo que tenía ganas era de estrangular a esa lagarta por haberle besado y ni siquiera la conocía, y mejor que se quedara así. Suspiró mirándome—. Ha vivido con el recuerdo de que tú lo has abandonado como si él fuera un despojo, claro que ha intentado odiarte y olvidarte, pero no ha podido. Cuando hace un año volviste, estuvo más obsesionado, te veía en esas revistas y su confirmación de que lo habías olvidado se hizo más clara para él.

Con un rostro desencajado y sintiendo mis mejillas mojadas, me crucé de brazos sintiéndome el ser más pequeño.

—Él es mi protector, ¿verdad? Al que apodan todos los medios El Protector Fantasma.

—¿Quién más iba a protegerte, Adalia? Cuando Liam publicó esa barbaridad por Twitter no sé contuvo. A cada uno lo ha ido poniendo en su lugar. Y con el último estaba decidido a ponerle fin. Este año ha sido un infierno para él.

—No te entiendo —sorbí de mi nariz intentando sosegar mi estado.

—Estaba dispuesto a enfrentarte, Adalia. A reconquistarte como hizo cuando erais más jóvenes. ¿Cómo? —Extendió por su rostro una sonrisa pícaro que escondía secretos—. Ah, eso solo te lo puede decir él.

—Está loco —remarqué negando con la cabeza.

—Eso es evidente. Pero por ti. Siempre se desvivió por cuidarte.

Me di cuenta de que él tendría que saber nuestra historia, porque Darién se la habría contado con pelos y señales. En realidad a todos los que conocía sabían *nuestra historia* menos yo. Porque no podía recordar absolutamente nada. Pero ya era tarde para mí y Darién. La segunda *oportunidad* que la vida nos había dado de alguna forma, yo misma, la había destruido sin pensar en las consecuencias. Desvié mi mirada hacia la ventana y pensé en Carla. En su *historia*. En cómo había pasado todos estos años con el recuerdo de Aiden clavado en su corazón. Ahora que lo tenía aquí, no perdería la oportunidad de saberlo todo.

—Quiero que me cuentes tu parte de la historia que tuviste con Carla —fui directa al grano.

Inspiró aire mirándome con fijeza, no flaqueando ninguna debilidad de algún sentimiento que despertara de su interior tras nombrársela. Acababa de descubrir que era muy bueno *ocultando* sus sentimientos.

—¿Qué deseas saber? —me preguntó con cautela.

—Sé la parte de Carla. Lo que le hiciste. Pero algo no me cuadra en vuestra historia.

Me hizo un gesto para que me volviese a sentar cerca de él y no lo dudé ni por un instante.

—¿Preparada?

Asentí.

Al principio no estuve dispuesta a creerle, principalmente porque quién tenía el corazón destrozado y marchito era mi mejor amiga, mientras que él parecía repuesto de lo que vivió con Carla. Hasta que pude ver en el reflejo de sus ojos, su alma atormentada y desecha. Una clara señal de que aunque estuviera muy profundo y enterrado el amor que le tuvo a Carla, seguía sintiendo algo por ella. No sé cuánto tiempo estuvo contándome su parte, pero acabé hecha un mar de lágrimas recomponiendo un *puzzle* que Carla se desvivió por componer, hacía mucho tiempo cuando Aiden le destrozó su corazón.

Cuando acabó de relatarme todo, se hizo un silencio inminente entre los dos. Él intentaba ocultar su tristeza con una expresión impasible, pero a mí no me colaba su fachada de tipo duro. Metió su mano dentro de su chaqueta y sacó un pañuelo blanco pasándomelo a mí. Dije con una voz quebrada «*gracias*» a la vez que veía sus iniciales grabadas de color dorado en el pañuelo.

—Lo siento, Aiden —di un largo suspiro quitándome con el pañuelo las lágrimas de mis mejillas.

—Así es la vida —se encogió de hombros.

—Pero yo no lo sabía... eso...

—No tenías manera de sospecharlo.

—Lo hiciste por su bien —mostré una sonrisa rota.

—Sí, por su bien. Y pagué el precio de perderla. Y por favor te pido, que no le digas nada. Ya es demasiado tarde, no quiero que sufra más. Por favor, prométemelo.

Apreté los ojos luchando contra esa *promesa*.

—¿Por qué has confiado en mí? Podías haberte negado. Ahora mismo puedo ir con Carla y contarle todo.

Esbozó una sonrisa tranquila.

—He confiado en ti por todas las cosas maravillosas que me decía Darién de ti, a pesar de que él pensara que tú lo habías olvidado traicionando así la promesa de vuestro amor.

Esas palabras solo hicieron que me hundiera más en ese *mundo* oscuro que estos últimos días cernía mi vida.

—Te lo prometo —expresé finalmente sin dejar de pensar en Carla—. Pero no lo entiendes a ella le pasó... —me quedé callada ante lo que recordaba de mi amiga.

Él se levantó con brusquedad al escucharme, y yo también lo hice al verlo tan grandullón e imponente.

—¿Qué le pasó? ¿Hay algo que no sé? —me cogió de los hombros asustado

de que callara.

—Eso no me concierne a mí decírtelo. Sino ella.

Suspiró con pesar echándose hacia atrás, soltándose.

—Maldita sea Aiden, ve detrás de Carla y... —me detuve de golpe al pensarlo. Santo Dios, si Aiden estaba a punto de casarse. Agaché la mirada avergonzada—. Lo siento, no recordaba que dentro de poco te ibas a casar.

—La vida sigue, Adalia. Y yo ya tengo mi camino trazado con esa mujer. Y la quiero muchísimo.

*Hay muchas formas de amar.* Quise decirle. Me preguntaba si Aiden sentía amor verdadero por su futura esposa.

—Creo que Carla no te ha olvidado.

Cerró los ojos como si eso le doliera. No debería meterme donde no me llaman, pero tras saber la parte de Aiden. Todo cambiaba. Y para ellos podía haber una *esperanza*.

—Espero que ella encuentre el amor que se merece.

Suspiré resignada tras escucharlo.

—Yo también lo espero.

—Tú lo tienes. Solo que ahora tu orgullo está herido y el rencor no te deja pensar... —intenté hablar pero siguió mientras recogía el portafolios del suelo—. Cualquiera cosa que desees cambiar puedes llamarme y lo negociaremos —me pasó una tarjeta donde figuraba su móvil—. Menos la parte siete. Esa Darién me ha dicho que es intocable. Si te lo tienes que pensar, mejor.

Fue marchándose hacia la puerta y miré los papeles que estaban encima de la mesa. Entrecerré los ojos con rabia.

—Yo no tengo nada que pensar —dije con decisión—. ¿Y por favor puedes decirle algo a Darién de mi parte?

—Claro.

—Dile que he firmado los papeles del divorcio. Esta noche lo haré. Pero quiero que se lo digas.

Vi un deje de tristeza y desconcierto en su mirada.



—Lo haré. Y espero que pronto me envíes los papeles para seguir con los trámites.

Asentí una vez y él también lo hizo. Pero volvió a mirarme con algo de nostalgia.

—Hace tiempo que dejé de creer en los finales felices. No están hechos para mí. Y debo aceptar el destino que me ha tocado vivir.

Su sonrisa me hizo sentir mal y se dio la vuelta marchándose.

Abrió la puerta pero se quedó quieto.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre Carla?

—La que quieras.

—¿Sigue cantando canciones tradicionales irlandesas cuando cree que nadie la ve?

Recordaba muchos momentos en los que Carla cantaba y ella creía que yo no la veía, y cuando me descubría pegaba un grito avergonzada, señalándome de que tenía que haberla avisado de que estaba detrás de ella espiando. Le gustaba cantar, pero sin que nadie la observara. Sonreí.

—Sí.

Torció una sonrisa melancólica que vi de perfil.

—Las viejas costumbres no se pierden —susurró para él pero llegó hasta mis oídos.

Se marchó dejándome en lo que pensar. Y mirando mis manos, vi el pañuelo de Aiden cayendo en la cuenta de que no se lo había devuelto.

Suspiré decaída guardándolo en el bolsillo de la chaqueta.

Mis ojos volaron hacia los papeles, y como si fuera una masoca los sostuve sobre mis manos. Cerré los ojos y al momento pude sentir como si apenas unas horas atrás, Darién también hubiese sostenido de esta forma los papeles, como si se los hubiese puesto sobre su pecho como deseando no llevármelos nunca. Quería que probara un poco de su propia *medicina*. Pero el divorcio de momento no se lo daría. Tenía que pensar y demasiado. Organizar mi cabeza. Quería componer el *puzzle* de mi vida, pero sin los recuerdos no podía

avanzar en nada. Porque me sentía traicionada y de esa casilla no podía avanzar. Estaba atrapada. Tiré los papeles del divorcio por algún rincón de mi habitación, frustrada conmigo misma.

\*\*\*\*\*

Pasaron unos días más en los que no mejoraba. Apenas dormía y la comida no me entraba nada, a pesar de que Flor se molestara en hacer mis comidas favoritas y siempre me preparara también mi postre favorito: fresas con nata y chocolate. Lo que hacía que acabara hecha un mar de lágrimas al recordarme a Darién, y saliera corriendo hacia mi refugio y me echara sobre la cama llorando durante todo el día. Por esos días papá estaba encolerizado y nadie podía bajar su malhumor, al parecer Ryan abandonó Knightley sin alegar explicaciones. No quise contarle nada de Ryan y su asquerosa amenaza que me hizo cuando estuve viviendo en Irlanda. No era el momento. Al menos podía trabajar desde mi habitación, mandándole algunos archivos por correo electrónico a mi secretaria Lisa, y algunas firmas que necesitaba de mí con urgencia.

Invité a Carla que se quedara conmigo cuando volvió a visitarme, alegrándome que también trajera a la hermosa Neve con ella. Pero la fiesta de pijama que montamos, al parecer no funcionó del todo, estuve bastante distraída cuando recitábamos nuestras frases preferidas de nuestras *heroínas*. Pero aunque Carla intentara maniobrar una distracción conmigo usando nuestras novelas, eso no me sacaba del pensamiento de Darién. Cada noche me preguntaba que estaría haciendo. Si pensaría en mí. O si me había sacado de su corazón por lo mal que lo traté. Al parecer era así, porque mandó a Aiden con los papeles del divorcio. ¿Cómo se habrá tomado Darién que su propio abogado-amigo le dijera que yo había firmado los papales cuando en realidad no era así?

Esa noche Carla consiguió el sueño fácil, pero yo estuve dando vueltas por la cama y acariciando a Neve que estaba entre ella y yo.

Echaba de menos oír la lluvia, echaba de menos oír como el viento golpeaba los cristales, echaba de menos el olor de la tierra húmeda, echaba de menos la belleza única de Irlanda. Me tenía cautivada, y ya no podía evitar añorar tanto la tierra que siempre amaré. Y echaba tanto de menos el refugio que me daban los fuertes brazos de Darién, cuando dormíamos abrazados,

cuando me besaba y hacía que mi mundo se detuviera, cuando me mimaba y me consentía, cuando me volvía loca que me hiciera el amor... Cerré los ojos con tormento deslizándose una lágrima sin apenas gemir, para no despertar a Carla, enterrando mi rostro sobre la almohada. Fui tan feliz con él allí en Muckross-Knightley House. Y ahora estaba aquí en Los Ángeles... sin él.

*Y así será para siempre, idiota.* Pensó mi mente frívola.



# Adiós, Darién. Adiós para siempre

*Nueve años después*

Miré apresurada mi reloj de la muñeca recorriendo a toda prisa el aeropuerto LAX. Entre el murmullo de la gente oí el timbre de mi iPhone. Cuando lo revisé, era un mensaje.

**Carla O'Brien 11 de Marzo 11:33**

*¡¡Felicidades treintañera!! ¿O debo decir treinta y cinco justos? No todos los días una cumple esa edad. Tenemos que celebrarlo. Ya sabes en que parte de Nueva York te esperamos. No tardes mucho. Besos, Carla.*

Puse los ojos en blanco. Qué graciosa Carla, ella siempre tan directa. El tiempo había pasado tan rápido, tan fugaz. Tener treinta y cinco años me hacía dar cuenta de los errores de mi pasado, los que nunca pude rectificar. Y que jamás podré.

Ayer terminé con Mario. Seis meses de relación y ahora estaba para olvidar. Los dos nos dimos cuenta de que no éramos el prototipo que buscábamos, y que habíamos basado nuestra relación en algo superficial. Otro añadir a la lista de «ex».

Salteé la gente disculpándome por mi imprevistos empujones pero mi vuelo salía en menos de media hora hacia Nueva York, donde ahora vivían mis padres y querían que todos celebráramos allí mi cumpleaños. Pero como mi hermano se pasara con algún chiste sobre mi edad, se tragaría la tarta. Porque lo conocía muy bien. Aunque se había casado con una buena chica hacía más de un año, pero ese humor cómico no se le iba ni a tiros. Así era de *especial* Max.

Todos tenían una felicidad menos yo...

—¡Ayy! —exclamó una débil voz debajo de mis pies.

Bajé la mirada al ver que había tirado de culo a un niño de cuatro años más o menos.

—Oh, Dios mío —me agaché poniéndolo de pie y sacudiendo sus ropas

con delicadeza. Ese angelito puso morritos para llorar por la caída.

—No, cielo no llores, ha sido sin querer, no pretendía tirarte. ¿Dónde está tu mamá? —la busqué con la mirada, y el niño de ojos azules y rubio, perfecto para un anuncio, negó con la cabeza llevándose su dedo a la boca—. Perdóname por el empujón pero es que tengo mucha prisa, pero aquí no puedo dejarte solo...

—¿Darren, dónde te habías metido?

Eso voz me estremeció y subiendo la mirada me congelé poniéndome de pie. Él se quedó petrificado en el sitio mirándome. *No... me... lo... puedo... creer.* Pensé maldiciendo a mi destino caprichoso y torturador.

—¿Adalia? —parecía asombrado y maravillado de verme.

—Darién —susurré con ilusión.

Apreté los labios bajo las olas de emociones que arrastraba mi corazón al verlo plantado frente a mí. Hacía tanto tiempo que no lo veía. Desde que firmé los papeles del divorcio. Nueve años. Vestía informal, propio de un día cotidiano... pero aún conservaba lo guapo y varonil que siempre le resaltaba llevar unos simples vaqueros y una camiseta blanca. *Ay, Dios.* Me entró un calor de repente nada nuevo. A Darién con el paso de los años la madurez le sentaba como a nadie. ¿Qué tendría ahora treinta y siete años? El corazón me latió con fuerza.

Se agachó un momento para coger al niño entre sus brazos besando su frente de una forma paternal.

—Papi, esta mujer me ha hecho pupa —le señalaba el niño tocando su cara.

¿Papi? Me paralicé al escuchar al niño llamarle así a Darién. Los observé a los dos y les encontré cierto parecido. Reprimí un gemido lleno de padecimiento. ¿Había tenido un hijo? ¿Con quién?

Sin poder evitarlo reviví cada uno de los momentos maravillosos vividos con él hacía nueve años, cuando estuvimos en la mansión Knightley. En ese tiempo si fui feliz. Ahora me sentía sola y vacía.

—Seguramente ha sido sin querer, ¿verdad? —me miró Darién con comprensión.

Por unos segundos me quedé callada por mi shock, luego me recobré sacudiendo la cabeza.

—Por supuesto, de nuevo te pido perdón —le dije al niño con una sonrisa.

—Ves, no pasa nada —le dio un beso paternal en la mejilla con mucho amor.

Eso ardió bajo mi piel sin poder soportarlo. Una mujer morena, alta y esbelta apareció por detrás de Darién, rodeándole con un brazo su cintura y apoyando una mano en su hombro.

—¿Qué ocurre, cielo? —le comentó a Darién.

Él ladeó su rostro sonriéndole y le plantó un beso corto en los labios. Presenciar ese gesto fue peor que el del niño, por momentos odiaba a esa mujer que besaba a Darién, y por momentos estaba celosa de que lo tuviera solo para ella. Parecía de buena apariencia. Una mujer buena y pura. Lo que siempre quiso Darién. Me resentí de mis pensamientos.

Nunca fui lo *suficiente* buena para él.

—Nada grave, cariño. Ella es Adalia, una amiga del pasado.

*Pasado.* Se repitió en mis tímpanos hasta reventarme de dolor, pero tuve que fingir buena postura.

—Encantada, soy la esposa de Darién, Martha —me tendió su mano bajo una amabilidad admirable.

¿*Es-po-sa*?

—Mucho gusto, Martha —se la estreché creciendo esa conmoción.

¿Hacía cuánto que no lloraba?

—Mami, mami —el niño le hacía manitas para que su madre le cogiese.

Se me encogió el corazón por ver esa imagen de ellos tres. Tan tierna y familiar. Ella lo cogió en sus brazos sonriéndole con la única ternura que tenía una madre protectora. Lo acunó contra su pecho susurrándole una canción.

—Es hora de dormir un rato —le hizo un gesto a Darién con la mirada de que se lo llevaba un poco más lejos para dormirlo.

Él asintió y volvió a mirarme, pero en esa mirada ya no reflejaba amor por

mí, esa pasión que fundíamos juntos los dos solos. El amor que un día nos tuvimos se fue y ahora lo comprendía. Ahora amaba a su esposa. Y por mi seguramente solo tenía una cierta simpatía. No quise mirar su anillo de casado, pero fui demasiado masoca y fue como un latigazo en mi espalda que hizo que apretara los dientes con disimulo.

—Los he llevado de viaje a España para que conozcan su cultura. Ya sabes cuánto me gusta ese país.

Asentí sin hablarle mirando las personas pasar. Me estaba dando cuenta de cómo se me estaba rompiendo el corazón ahora mismo.

—¿Cómo estás? Hace tiempo que no nos vemos, nueve largos años. Estás casada, novio...

—Ni una de las dos. Rompí con Mario ayer. No nos entendíamos.

—Lo siento —hizo una mueca apenado.

Ni una mínima expresión de posesivo ni celoso. Solo comprensión.

—Y yo.

*Pero por perderte a ti. Pensé rota. El egoísmo y el orgullo al final me ganaron y como resultado lo perdí para siempre. Respira Adalia, tienes que respirar y recordarte que eres fuerte. Que hay una vida por delante. Darién siguió mirándome con ilusión de verme, pero solo por eso, ya no había amor en su mirada.*

—Te esperé.

Mis ojos emocionados chocaron con los suyos.

—Te volví a esperar. Pero no volví a saber nada más de ti después de nuestro divorcio. Aiden me dijo que no querías verme más. Y comprendí cuánto daño te hice.

Las lágrimas amenazaron mis ojos. Y respiré poco a poco al sentir que algo se atascaba en mi garganta, entrelazando mis manos con nerviosismo.

—Tú siempre serás mí Thief.

Se lo dije con la esperanza de ver algo de *amor* en su mirada. No sé por qué era tan *masoca*, ya que nunca volveríamos a ser pareja, pero necesitaba



que me diera un hálito de esperanza, algo que me dijera que vivimos un amor intenso y nada olvidable. Pero me miró... mostrándose inactivo de sentimientos afectuosos y solo compasivo, torciendo esa sonrisa sexy que siempre me desarmó. Ser compasivo era lo contrario al amor.

—Tú siempre serás mi banphrionsa, Adalia. Y mi Deva. Jamás podré llamar así a otra mujer aunque la ame. Hay cosas que nunca cambiarán.

*Te ha faltado Kisa*, quise mencionarle pero estaba inmutada. ¿Acaso se lo decía a su mujer? *Dios, está casado y tiene un hijo*. Seguí en mi interior torturándome. Mi corazón se quebró y algo en mi interior se apagó para embargarme la más absoluta tristeza.

—Al final nuestros caminos eran distintos. No estábamos destinados a estar juntos —confesó triste por recordarlo.

No me atreví a mirarlo porque entonces sabía que no me contendría de llorar delante de él.

—Eso parece —hablé y mi voz salió ahogada carraspeando a tiempo para disimular.

El silencio nos fue envolviendo mientras las personas del aeropuerto pasaban por nuestro lado hablando. En ningún momento dejaba de mirarme y sé que estaba asombrado de verme, pero solo eso, asombrado. Ya su mirada no me ponía nerviosa, ni me excitaba, ni me estremecía, ni podía perderme en ella... porque ya no me miraba con los mismos ojos. El amor que me tuvo y que yo misma destruí, se había *apagado* en su mirada.

—Me ha dado gusto verte de nuevo, Adalia. De verdad.

Donde estaban sus palabras tan mágicas y llenas de amor, donde estaban esas dos únicas palabras que él siempre me llamaba: mi banphrionsa. *¡Santos Dios!* ¿Qué me estaba pasando?, ¿por qué quería que me las dijera?

—Veo que a ti las cosas te marchan bien —señalé con la mirada a su mujer e hijo, mirando los dos por los ventanales que daban hacia las pistas de aterrizaje.

Él los contempló y tuvo esa peculiar expresión donde le brillaban los ojos, de la alegría y del amor que profesaba.

—Sí, al final encontré a una mujer que me aceptó tal y como soy. Ya sabes, yo siempre quise formar una familia —tocó su dedo anular donde estaba el anillo de casado.

Cerré los ojos un momento llena de padecimiento.

*Los arrepentimientos ahora no sirven.* Pensé con razonamiento.

—Bueno —dije sacando una sonrisa de donde podía. Quería correr, correr mucho y no mirar atrás—. Tengo que irme. Me ha encantado verte de nuevo.

—Lo mismo digo.

Se aproximó a mí y sin vacilación me dio un beso en la mejilla dejándome tocada de mis sentimientos y de mis más delicados sentidos. Quería guardar para siempre ese contacto que apenas habíamos tenido. Se dio la vuelta para volver con su familia, pero volvió a mirarme.

—Algún día si quieres podemos quedar y tomar un café, y contarnos los detalles de estos últimos años.

Le sonreí asintiendo, y la última dedicación de su sonrisa hacia mí fue la que me destrozó por completo.

Vi que se acercaba a su mujer cogiendo en brazos a Darren, y lo sentó detrás de sus hombros holgando las piernas del niño por el pecho de Darién. Se fue alejando con ellos sin dejar de sonreírles. Verle nuevamente besar a su esposa, me mató.

Nunca más nos volveríamos a ver. Entendía que la vida había dejado que se cruzara en mi camino para que viera lo feliz que era con su familia. Para darme a entender lo que había perdido.

—Adiós, Darién. Adiós para siempre —susurré.

Esa debería ser yo, y no ella. Las mejillas se empaparon por mis lágrimas y seguramente ya había perdido mi vuelo. Este era mi *peor* cumpleaños, porque me había hecho dar cuenta de que no servía de nada seguir adelante e intentar *olvidar* el pasado, que lo que sentía por Darién continuaba ahí *clavado* en mi corazón como un hierro ardiendo sin poder extraerlo. Él si lo había conseguido, pero yo no.

*«Al final nuestros caminos eran distintos. No estábamos destinados a*

*estar juntos».*

Esa frase de Darién fue la que más explotó en mi interior haciéndome tapar mis oídos al sentir presión en ellos, y me rendí cayendo de rodillas sobre el suelo sin que nadie quisiera acercarse a mí. No aguanté mucho tiempo la presión que emanaba por todo mi cuerpo.



## Mi despertar

Di un grito ahogado incorporándome de la cama en plena noche.

Jadeosa, me toqué la frente empapada de sudor con una mirada histérica.

Con mi grito hice que se levantaran Carla y Neve.

—¿Qué te ocurre, Adalia? —dijo bostezando Carla sin darse cuenta de mi ataque de ansiedad, volviéndose para encender la luz de la lamparita de la mesita de noche.

Algo presionaba con fuerza mi pecho sin dejarme respirar, y alarmé más a Carla al observarme más blanca que el papel.

—¡Qué día es hoy! ¡Qué día es hoy! —grité y grité arrodillada en la cama sollozando.

Enterré mis manos entre los mechones del cabello con el corazón desbocado, pero no pude quedarme quieta. Me levanté de la cama enredándose las sábanas entre mis piernas, y me caí de bruces sobre el suelo.

—¡Adalia! —se asustó Carla bajando corriendo a por mí haciéndole una señal a Neve para tranquilizarla al verme tan alterada. Desde el suelo busqué desesperada el calendario o mi móvil.

—Ada —me cogió de los brazos para levantarme.

Y mis ojos idos la miraron desesperados, agarrándome a sus brazos y sacudiéndola.

—¡Dime que no estamos en el 2024! ¡Dímelo! ¡Dime que no soy más mayor! ¡Qué no tengo treinta y cinco años! ¡Dime que no lo he perdido, dímelo!

Estaba estupefacta, mirándome.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Solo has tenido una pesadilla. Tranquil...

—¡¡No!! —Ahogué mi voz haciéndome daño en la garganta—. Quiero ver la fecha —la aparté de mí con algo de brusquedad, buscándola angustiada.

Por los nervios me trabé en la alfombra pero no sentí dolor cuando caí, solo quería que se me fuera el de mi pecho y no tenía intención de abandonarme. Localicé mi iPhone sobre el tocador y temblorosa busqué el calendario.

*Estamos... estamos en el 2015. Estamos en el 2015.* Pensé martirizada.

La ansiedad de mi pecho se marchó. Llegó la calma. Y sollocé más cayendo de rodillas contra el suelo, abrazándome. Una *pesadilla*. Todo había sido una *pesadilla*. Soñar que veía a Darién nueve años después tan feliz, con una mujer y un hijo... me había destrozado por completo.

*Dos semanas separados y sigues tan clavado en mi piel, en mis pensamientos... en mi corazón.* Pensé en mi fuero interno.

El hocico de Neve intentó levantarme la cara que miraba el suelo, gemía al verme llorar desconsoladamente, pero por la profunda tristeza que me embargaba, ni reparé en ella. Carla se sentó a mi lado apretando los labios abatida por verme, y cogió mi rostro poniéndolo contra su pecho, acariciando mi pelo.

—Ni cuando los sueños no eran tan nítidos con Darién te ponías así. Ha tenido que ser muy dura esa *pesadilla*.

Neve se acobijó en mi regazo y cayendo ahora las lágrimas silenciosas, fui acariciando su lomo.

—Lo sigo amando a pesar de todo. No puedo odiarlo —dije con fragilidad.

—Lo sé. Cuéntame de que iba a la *pesadilla*.

Y lo hice. Aunque no deseaba revivirla, pero me hacía un bien contársela a mi mejor amiga. Hasta que me quedé profundamente dormida y sintiendo por primera vez (después de tantos días depresiva), que no podía vivir sin Darién.

Convencí a Carla para que se fuera a trabajar a Knightley. Según ella no quería dejarme en ese estado, pero por la mañana me encontré algo mejor. Esa *pesadilla* dejó mi rostro hecho un cadáver. Y para que no lo notaran, me maquillé bien y evité esas ojeras que de nuevo aparecían en mi cara. Desayuné tranquila con mis padres y mi hermano, actuando normal. ¿Pero creían ellos

que aunque no los mirara no podía sentir sus incesantes miradas sobre mí? Como si tuvieran ganas de decirme algo, pero se negaban a hacerlo. Cuando acabé el desayuno, decidí seguir en mi habitación repasando informes de Knightley y algunos contratos. La pesadilla deseaba torturarme durante todo el día y aunque intentara desterrarla de mis pensamientos, siempre aparecía para dejarme abatida y con la mirada puesta en mi iPhone deseando llamar a Darién. Mi corazón me gritaba que fuera con él, que lo perdonara por engañarme y que juntos superáramos mi incapacidad para recordarlo; para *recordar* mi pasado. Pero mi mente se interponía entre mis sentimientos, siendo juiciosa y aclarándome que aunque lo amara con todo mí ser, no podía perdonarlo.

*Estás siendo injusta, Adalia. Muy injusta.* Me habló la razón haciéndome resentir de mis pensamientos, y cerrando los ojos.

Sonaron tres golpes en la puerta y dejé de teclear en mi portátil.

—Adelante —dije con una molestia que de pronto se instaló en mi cabeza frotándome los ojos.

—Señorita Knightley, acaba de llegar este sobre para usted.

Quitó la vista de mis obligaciones y bajé de la cama observando a Alfred con un grueso sobre entre sus manos.

—¿Estás seguro, Alfred?

—Seguro señorita, el cartero dijo que era un pedido urgente, aunque se ha retrasado unos días y ha pedido una disculpa.

Lo miré entre mis manos, no tenía remitente ni nada.

—Gracias, Alfred.

Éste asintió y se marchó cerrando las puertas. Miré unos segundos el sobre y lo decidí abrir muy confusa. ¿De quién sería?

En mis manos encontré una carta y lo que parecía ser un álbum con una pequeña tarjeta pegada. El álbum se deslizó de mis manos al suelo en el instante en que supe quién era. Pero no lo cogí, conmocionada. Tragué salivando mirando esa *letra* de la carta y mis ojos se humedecieron.

*Adalia:*

*No sé si la leerás o la destruirías una vez que sepas que soy yo quién te escribe. Entiendo que no quieras verme y que me odies, pero no me dejaste explicarte nada de lo que yo hacía allí contigo en Irlanda. Ni por qué te mentí tan miserablemente ocultándote que yo era Félix. Solo el Dios Dagda sabe cómo luchaba en las noches contra mí mismo para no estallar por los remordimientos. ¿Cómo podía despertar a tu lado y sonreírte? Me sentía miserable. Nunca he creído posible estar a tu altura, a pesar de desear alcanzar mis sueños para darte la vida que te merecías. Y por intentar alcanzarlos... te perdí. No me justifico por ocultarte que yo era/soy Félix. En una carta tampoco es apropiado una explicación. No soy tan cobarde para ello. Si algún día quieres escucharme, te estaré esperando, siempre lo estaré. Tu odio no me alejará de ese amor tan profundo y puro que siento por ti. Por favor no me odies, no podría vivir con la culpa de saber cuánto he amargado tu vida por intentar traerte de nuevo a mis brazos.*

*Siempre te amaré,  
Darién.*

El shock hizo mella en mí. No sabía qué pensar acerca de esto. Mis ojos llenos de lágrimas volaron al álbum que estaba bocabajo en el suelo. Mi pulso tembló cuando lo recogí, y me llevé una mano a la boca gimiendo sin cesar, leyendo primero la tarjeta.

*«Te devuelvo el que fue nuestro álbum favorito: “El tren de nuestros sueños”. Ya no soy capaz de abrirlo sin derrumbarme.»*

Intenté no partirme en dos mirando el álbum mientras mi cuerpo no aguantaba de pie, y me dejé caer sobre la cama sentándome poco a poco. Lo pegué contra mi pecho conmocionada mientras tenía miedo de abrirlo. En la casa de sus padres no pasé de la primera foto porque Ashelia me pilló. Ahora todo era distinto, porque sabía que Kisa era yo, y eso me tranquilizaba. Otra punzada atravesó mi cabeza haciendo que de mis labios saliera un pequeño grito ahogado al ser molesto y doloroso. ¡Dios, pero qué me estaba pasando! Apreté el álbum entre mis manos ansiando saber cuánto viví con Darién.

Inspiré aire porque sentía que me faltaba a medida que pasaba el tiempo.

Levantándome de la cama sollozando, caí de rodillas sobre el suelo al



sentir un fuerte dolor detrás de mi cabeza como si algo me estuviera presionando. Llevé mis manos a la cabeza deseando que desapareciera, y me tambaleé por mi habitación sintiéndome perdida y sin rumbo. De pronto, una imagen se extendió conmigo transportándome a un lugar. En mi mente algo golpeó duro y sin tregua, abriendo una *luz* a mi corazón, surcando los mares de mis recuerdos perdidos, siendo tan nítido y transparente como el agua.

Y de pronto, lo vi.

Mi corazón se apretujó al comprender que éramos Darién y yo.

---

*—Venga, Darién, ¿a qué esta vez no me pillas? —volví mi rostro rápida sacándole la lengua.*

*—Eso ya lo veremos.*

*Teniendo apenas siete años, bajé como un torbellino las escaleras de la mansión de Muckross-Knightley House, actuando como una verdadera diablilla. Saltando el último escalón, corrí hacia la puerta a la vez que ésta se abría y entraban dos mujeres con las que choqué, y ni reparé en disculparme al estar eufórica porque no me pillara Thief.*

*—¡Tened cuidado niños!*

*—Un día se matarán.*

*Se exasperó Kyra con mi madre a su lado mirándonos desde la puerta como corríamos por los exteriores.*

---

Otra imagen impactó en mi mente. Ahora estábamos en el bosque.

*—Venga, te hecho una carrera —le decía yo a Darién inquieta deseando bajar del árbol después de contemplar el atardecer juntos.*

*—Cuidado banphrionsa, no te vayas a caer —me tendía la mano Darién ayudándome a bajar del árbol.*

*Solo podía mirarlo embobada por su naturaleza de cuidarme, mientras sus manos se deslizaban por mi cintura para sostenerme, y me ruborizó ver en su mirada un brillo especial.*

—Tú nunca me dejarías.

—Eso no lo dudes jamás.

*Besó mi mano y me quedé como una tonta hechizada por ese gesto tan caballeroso. Luego otro recuerdo conectó con mi corazón viéndome como rodaba sobre una colina con Darién, manchándonos la ropa de barro, sin importarnos que nos ensuciáramos y pensando solo en jugar y divertirnos.*

Todos esos recuerdos ahora efectuaban en mí, estaba recordando mi infancia, como fue cada detalle, como la viví con intensidad y sin preocupaciones. Pero no solo estaba recordando mi infancia, sino que los veinte años perdidos de mi vida, habían regresado a mí. Darién y yo teníamos una *conexión* que nadie más tenía.

---

En el siguiente recuerdo me encontraba muy cabreada.

—Toma, toma y toma —le tiré bellotas furiosa alrededor de mis doce años.

—Ay, ay, ay —fue saltando como un pajarito al acertar todas en su cuerpo—. ¡Se puede saber por qué ahora me tiras bellotas!

—Por tirarme al estanque. Mira mi vestido —lo señalé todo calado de agua—. ¡Ahora cómo voy a ir a la iglesia! ¡Mis padres me van a regañar!

*Sus ojos bullían de rabia por haberle golpeado con unas simples bellotas, maldiciendo hacia el cielo y pidiendo paciencia por mi carácter.*

—Pero si te has caído tú. Esto no se queda así. Si crees que me voy a quedar de brazos cruzados, estás equivocada —fue mirando el suelo muy crispado.

—¿Y qué vas hacer?! —puse mis manos en la cintura con altivez.

*Se agachó recogiendo bellotas del camino que daba al bosque.*

—Pues toma, toma y toma.

*Grité cuando una me alcanzó sobre mi frente, aunque el dolor fue mínimo al estar enrabiada. Y me hizo una reverencia con una sonrisa de satisfacción. ¡Cómo se atrevía a tirarme bellotas a mí! A una chica. Lo*

*mataba, quería asfixiarlo. Con un grito de guerra, me abalancé contra él y rodamos por la pradera agarrados intentando ver quien vencería. Y claro está, que yo siempre era la vencedora, al ver que Darién perdía sin remedio cada vez que me ponía a llorar falsamente, poniéndose a mi lado intentando calmarme con un rostro enternecedor.*

---

Ahora me hallaba en los jardines pintorescos de Muckcross-Knightley House.

*—¿Porque me regalas rosas rojas?! No me gustan las rosas.*

*Darién me sonreía ilusionado.*

*—Te ves hermosa con una rosa.*

*—Deja de regalármelas todos los días.*

*—Nunca, Kisa. Nunca.*

*Ofuscada y pegando un gruñido, me volví hacia el camino que conducía hacia la mansión de mis padres. Darién no me siguió, y cuando volví mi rostro lo vi plantado en medio del jardín mirándome con cierto brillo en los ojos. Cuando me guiñó un ojo todo bribón, yo le saqué la lengua y deslumbró una sonrisa que hizo latir mi corazón intensamente ruborizándome.*

*Mientras seguía el camino hacia mi casa, fui observando la rosa toda ilusionada. Aunque lo negara, me gustaba que me regalara una rosa. No sé, era un gesto que me hacía sentir única y querida. Él decía que era muy especial dármela.*

*La olí agradándome su olor.*

*Esperaba que no tomara en serio mis palabras, y siguiera regalándome una rosa cada día hasta el fin de los tiempos. O siendo menos poética hasta que se cansara, porque seguro que llegaría ese día donde no me regalaría ni una más.*

---

Ahora estaba en otro lugar. Y en otro tiempo.

*Respiré con tranquilidad el aire que se movía a mí alrededor atrayendo un sinfín de olores placenteros. Mi estación favorita era la primavera. Porque después del crudo y frío invierno, llegaba esa estación llena de vida donde las flores se abrían al sol y se llenaba de infinitos colores los paisajes que más admiraba de Irlanda.*

*Volví mi rostro hacia Darién que estaba atento a su lectura, recostado sobre nuestro árbol con una pierna flexionada, mientras que con un brazo me tenía inclinada hacia su pecho y nuestras manos se unían. Me leía en voz alta uno de nuestros poemas preferidos de Shakespeare. “He visto la mañana en plena gloria”.*

*—He visto a la mañana en plena gloria  
los picos halagar con su mirada,  
besar con su oro las praderas verdes  
y dorar con su alquimia arroyos pálidos;  
y luego permitir el paso oscuro  
de fieros nubarrones por su rostro,  
y ocultarlo a la tierra abandonada  
huyendo hacia occidente sin ventura.  
Así brilló mi sol, un día, al alba,  
sobre mi frente, con triunfal belleza;  
una hora no más lo he poseído  
y hoy me lo esconden las aéreas nubes.  
No desdeñes mi amor: si el sol del cielo  
se eclipsa, han de velarse los del mundo.*

*Una y otra vez me decía que no había mejor voz que la de mi chico. Grave, dulce, sexy pero sobre todo perfecta. Cerrar los ojos y oírlo era como ir al paraíso. Aparté la novela que tenía entre mis manos, ya que me resultaba muy aburrida. Actuando maliciosa, subí hacia el cuello de mi chico dándole mordisquitos.*

*Bajo una sonrisa maravillosa, apartó el libro de Shakespeare mirándome con un brillo en su mirada.*

*—No he podido evitarlo —le susurré.*

*—¿El qué? ¿Darme mordisquitos? —me plantó un beso sobre mi cabeza*

*con una voz perfecta.*

*Negué con la cabeza.*

*—No, enamorarme de ti. Dime que mujer se puede resistir a un hombre atento, cariñoso, amoroso, ávido lector, que me entiende, que me mimas, que tolera mi carácter... Y que desea que el futuro de su mujer crezca a pasos agigantados. Soy una chica con suerte.*

*—Si tú quieres luchar por tus sueños sean inalcanzables o no, yo estoy aquí para apoyarte. Porque barreré de tu camino lo inalcanzable para convertirlo alcanzable.*

*—¿Entonces mi sueño de tener una galería de arte para ti es un sueño alcanzable o inalcanzable? —le pregunté dejándoselo caer.*

*Su sonrisa pícaras la perdí de vista al sentir como besaba mis labios con un dulce ronroneo.*

*—Depende.*

*—¿De qué? —dije perdida por sus labios que se detuvieron en los míos.*

*—De cuantos te quiero me digas esta noche en la Torre de los Sueños.*

*Mordí mi labio inferior extasiada por su dulzura. Lo empujé sin vacilación contra el árbol tomando el poder.*

*—¿Y por qué no empiezo ahora?*

*En un segundo me puse a horcajadas sobre él agarrándome a sus hombros, Darién miró en todas las direcciones mientras dejaba sus manos sobre mi cintura.*

*—Ten cuidado, Kisa. Alfred siempre nos acecha. Es el topo de nuestros padres. Ellos creen que somos muy jóvenes para pensar en el amor, lo que creo firmemente erróneo.*

*Yo tenía dieciocho años y sabía cuánto estaba enamorada de Darién. No era un simple capricho como creía mi madre. Creo que ellos pensaban que no estábamos tan enamorados como nosotros jurábamos, por lo mal que nos habíamos llevado de pequeños. Pero ya lo decía el dicho: del odio al amor solo hay un paso.*

—Nuestros padres no comprenden nuestro amor. Primero quieren que realicemos nuestro futuro, pero no entienden que gran parte de mi futuro eres tú. Cada día estoy más enamorada de ti.

Al fin atrapé su mirada dispuesta a demostrarle cuanto lo amaba. Ahora sería solo con besos, pero esta noche en la torre iba a demostrarle (como tantas veces) cuanto lo amaba y cuanto significaba para mí.

—Ahora mismo, en este instante, para mí eres una diosa celta. Voy a tener que llamar a los historiadores y que te incluyan como la diosa Adalia.

Solté una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es mi mayor cualidad?

Su pulgar acarició mi labio inferior oscureciéndose su mirada al desarme con locura.

—La bondad que desprende tu interior, y la belleza inigualable que postró a tus pies a un mortal que hechizaste nada más al nacer.

Y una de las cualidades de Darién era el don de hechizarme bajo el encantamiento de sus palabras.

—Eres tan bobo —me agarré a su cuello acariciando el lóbulo de sus orejas.

Esbozó una amplia sonrisa.

—Bueno, pues este bobo te va adorar toda la vida.

---

—¡¡Kisa!!

El grito de Darién lo oí a mi espalda y todo cambió de escenario.

Me encontraba frente a la mansión mirándola por última vez . Me volví observando su rostro entristecido y desolado. Venía corriendo por el camino que conducía hacia los terrenos de los Brent, sin importarle que no tuviese que respirar mientras llegaba a mí.

—¿No ibas a despedirte de mí? —dijo sin aliento y con un rostro horrorizado. Agaché la mirada avergonzada, pero él me alzó la barbilla haciendo que lo mirara de nuevo—. ¿Crees que dejándome exhausto en

*nuestra torre ibas a impedir que me despidiera de ti?*

*Me contagió esa media sonrisa tan atractiva que marcó en su rostro. Y el recuerdo efectuó rápido en mí, porque nunca podría olvidar algo tan valioso como Darién. Recordaba como habíamos pasado la noche anterior. Como me había dado el calor de sus brazos, cuantos te quiero había marcado en mi rostro mientras me besaba con pasión y me hacía el amor.*

*—No quería que te sintieras mal, Darién. Es mejor que no lo hagamos.*

*—Quédate por favor... no... no puedo vivir sin ti —me miró desesperado.*

*Levanté el rostro hecha un mar de lágrimas y me abalancé hacia él abrazándonos el tiempo que necesitábamos.*

*—Solo serán dos semanas. Pasarán volando ya lo verás.*

*—No me gusta que te alejes de mí. No me gusta que cruces un enorme océano y que sea tan lejos. Tengo un mal presentimiento y no sé por qué. Tienes diecinueve años, casi veinte, puedes mandar en tu vida, Adalia.*

*—Lo sé —dibujé una media sonrisa—. Y por eso cuando mi padre inaugure la nueva empresa Knightley allí en Los Ángeles, volveré. Sabes que no me perdonaría no estar cuando la inaugure. Espérame, porque volveré. Esta es nuestra tierra, nuestro hogar.*

*—Adalia, si un día sin ti es agónico, no puedo imaginar dos semanas.*

*Ambos nos miramos destrozados sin poder decir más.*

*Mi alma se quebró ante el último encuentro entre Darién y yo. Podía sentirlo traspasando en mi piel, en mi corazón, en como su aliento de vida acariciaba mi alma cada vez que me amaba sin medida.*

*—Te echaré de menos —le susurré con una voz entrecortada.*

*Lo volví abrazar muy fuerte; de esos abrazos de los que sueñas jamás desprenderte.*

*—Que voy hacer sin ti, sin mi banphrionsa.*

*Me remordí que Darién hablara tan agónico y desolado, cerrando un momento los ojos. No sé por qué tenía ese absurdo presentimiento de que algo malo me sucedería, pero no quería irme sabiendo que lo dejaba en ese*

*estado. Me miraba como si su mundo estuviera derrumbándose.*

*Pegó su frente contra la mía acariciando con suavidad mis mejillas.*

*—Tienes que volver a Cambridge, Darién. Ya has perdido muchas clases en la universidad. Solo por estar conmigo estos días.*

*Esbozó una sonrisa.*

*—Cuando estoy contigo el tiempo se detiene. No hay nada más importante que tú.*

*—¡Señorita Adalia, nos vamos!*

*Vi a lo lejos a Alfred llamándome al lado de un vehículo negro con dos camiones de mudanzas detrás. Giré el rostro hacia Darién temblándome el labio inferior porque había llegado la hora.*

*—Te llamaré en cuanto llegue, te lo prometo, estaremos en contacto. Tenemos los e-mails, las llamadas e incluso Skype. Ya verás, estas dos semanas pasarán volando.*

*—Cuando vuelvas te prepararé la mejor cena romántica del mundo y te compraré el vestido que intentará rivalizar con tu belleza. Me lo has prometido Kisa, más te vale volver porque si no iré a por ti. Te lo juro.*

*Sonreí con dulzura.*

*—El día que vuelva, no volveremos a separarnos.*

*Y con ese último abrazo fui retirándome hacia atrás sin soltarnos las manos, hasta que en el filo de nuestros dedos que aún se tocaban... se interpuso una distancia. Con un rostro atormentado, Darién adelantó un paso porque no estaba dispuesto a dejarme marchar, pero se giró hacia otro lado sulfurado apretando los dientes, y saliendo de sus labios un «maldita sea.» Le mostré una sonrisa rota y me di la vuelta caminando hacia el vehículo, sin ganas, porque lo que más quería era volver hacia él y saltar a sus brazos. Dentro, pegué mis manos sobre la ventanilla mirando a Darién que se había quedado con los hombros caídos mirando al suelo, delatándolo unas lágrimas de sufrimiento por dejarme ir. Me despedí con la mano, y con el último «te quiero» susurrado de mis labios. Solo serán dos semanas, solo dos. Pensé una y otra vez.*



Y ante ese último recuerdo... se me clavó en el alma profundizando en la oscuridad que cernía cada recuerdo dándole una clara luz.

Ahogué un jadeo que sacudió mi cuerpo volviendo a mi habitación. Mi respiración se volvió entrecortada. Y me encontré en un estado de embotamiento.

Miré abatida y temblorosa el álbum entre mis manos que tenía unas dos décadas. Lo único que oí fue a mi corazón martilleando contra mi pecho. Arrastré los pies al sentir que me desvanecería si apenas levantaba un centímetro del suelo mis botas. Las lágrimas recorrían mis mejillas sin fin alguno, sintiendo que estaba entrando en una fase de shock. Mi pecho se ahogaba, notaba una presión que no me dejaba respirar. Y entonces comprendí, mientras miraba sin parpadear la habitación, que los recuerdos perdidos de mi pasado, los que nunca creí que volverían a mí, habían vuelto haciendo una *vorágine* en mi corazón de dolor, de desesperación, de miedo, de frustración, de angustias y dudas que me surcaron sin contemplaciones. Froté mi pecho llorando y negando con la cabeza sintiéndome totalmente desconcertada.

*Darién.* Susurré en mi mente. *Mi Darién.* ¿Qué había hecho? *¡¡Que has hecho, Adalia!!* Pensé gritando en mi interior. Él estuvo tan presente en mi pasado. Era el *amor* de mi vida. Habíamos vivido tanto juntos, tantos sueños cumplidos, tantas aventuras. ¿Cómo la vida fue tan cruel de arrebatarme mis recuerdos? ¿De arrebatarme a Darién?

Antes de que pudiese dar un paso firme, un dolor intenso atravesó mi cabeza haciendo que me desvaneciera contra el suelo.

Miré mi alrededor mareada y sintiendo más presión sobre mi cabeza.

—Ma... Mamá —grité asustada de no poder visualizar bien el entorno.

Intenté levantarme pero me desvanecí al temblarme las piernas, apenas sintiendo mi cuerpo como caía. Toda mi vista estaba distorsionada, me dolía a rabiarse la cabeza y... toqué con las yemas de los dedos por detrás de mi cabeza.

Tenía sangre. Descubrir esa sangre solo me empeoró.

—¡Alfred! ¡Flor! ¡Mamá!

Y ante mi último grito donde desde el suelo vi distorsionada la puerta que se abría, y oía alguien que gritaba... cerré los ojos perdiéndome por completo.

Busqué a Darién en mis sueños y lo encontré. El sol ya no hacía sombras sobre él ni nada impedía que lo viera tan claro como el agua, podía ver su rostro risueño besándome y confortándome sus brazos en un cálido abrazo. Lo vi en mis cumpleaños, cuando salía del colegio y juntos de la mano regresábamos a nuestras casas, cuando decidíamos escaparnos al bosque y jugar, cuando nos peleábamos y siempre nos reconciliábamos, cuando en Killarney decidieron apodarme *La Destructor* por todas las incontables travesuras que hacía, y que siempre reparaban en un gasto que cabreaba a mi padre. Y a Darién lo apodaban *El Protector* por serme fiel siempre y protegerme hasta del más suave viento de poniente, hasta incluso echarse la culpa de alguna de mis trastadas salvándome. Lo vi animándome en mis competiciones de natación; siendo cinco veces *campeona*. Las veces que le pisaba al intentar enseñarme bailar, y como nos divertíamos cuando le enseñaba a tocar el piano, las noches apasionadas en nuestra Torre de los Sueños, las tardes campestres con Sheeva, las miles de veces que me ayudaba en mi invernadero siendo mi más perfecto Thief. Me vi apoyando su futuro como arquitecto, las veces que lo visitaba en Cambridge intentando no ser una tigresa celosa, porque en ese lugar había indiscutibles bellezas rodeando a mi hombre que intentaban atraparlo... Los recuerdos siguieron navegando por mí sin fin alguno. Mi corazón supo desde un principio que él era *El dueño de mis sueños*, pero mi mente manipuladora no supo captar las emociones de mi corazón creando un *escudo* invisible que aplacaba los recuerdos.

Este había sido mi más dulce *despertar*, el que había esperado tantos años. En mi... había despertado la verdadera Adalia.

Continué viajando al pasado. Mis deseos de ser pintora y superar mis metas. La adoración que tenía Kyra por la moda. Mamá siendo un excelente jinete en muchas competiciones que se celebraban en Killarney, el amor que sentía por los caballos. Mi hermano cambiándose al mismo colegio que Ashelia porque por extraño que pareciera, no quería estar lejos de ella, las reuniones familiares que hacíamos los fines de semana los Knightley y los Brent como la gran familia que éramos... Todo volvió a mi mente sin barreras ni impedimentos.

Pero sobre todo, lo que volvió a mí con claridad. Fue ese extraño sueño borroso que nunca veía con claridad. Y al instante lo comprendí. No estaba muerta. Hoy, no. Esto solo era un recuerdo. Ese mismo recuerdo que quedaba inconcluso en el inicio de mis sueños. Cuando oía una débil voz, veía una mano extendida hacia mí entre una niebla espesa como las nubes y escuchaba una voz llamarme; banphrionsa, sin dejar de tintinear las manecillas de un reloj.



## El Puerto de las Almas perdidas

Mi mente volvió al brutal accidente. A ese *oscuro* día.

Llegamos a nuestro nuevo hogar. Mmm nuestro nuevo hogar. No para mí. Los Ángeles no sería mi hogar. La mansión era deslumbrante de eso no había duda y estaba segura de que Estados Unidos era una tierra bonita, pero nada comparable con la tranquilidad que tenía Irlanda, la magia, su color verde tan vivo y adorable. Ya habían pasado unas largas horas desde que me despedí de Darién y aún tenía mi corazón vacío, me sentía afligida porque no me gustaba como lo había dejado. ¿Por qué nos había costado tanto separarnos? Él tenía ese mal *presentimiento* y extrañamente yo también.

*Son imaginaciones, tuyas. Solo serán dos semanas. Mira que eres boba.* Volví a pensar para llenarme de vitalidad.

Mi hermano tampoco estaba muy contento de estar aquí. Tanto mi hermano como yo, lo hacíamos por papá y su ilusión por la nueva apertura de la empresa Knightley en este lugar.

Entrando en el recibidor, rebusqué en mi bolso el móvil deseando llamar a Darién. Necesitaba desesperadamente escuchar su voz, y su frase tan *especial*.

—¡Adalia, ayúdame con estas cajas! —levanté el rostro observando como mamá me hacía gestos subiendo las escaleras sosteniendo dos cajas sobre su pecho.

—Pero mamá, quiero llamar a Darién —señalé ansiosa el móvil.

—Adalia, unas horas más no te matarán. Puedes llamarlo más tarde.

Resoplé haciéndole caso y guardando algo molesta el móvil en mi bolso.

Así estuve hasta la noche. Ayudando sin parar. Sino era mamá la que me necesitaba era Flor o Alfred... la cuestión es que acabé rendida en la segunda planta, tirándome sobre una silla aún embalada que se hallaba en el pasillo. Había un total silencio cuando contemplé ambos pasillos. En esta planta al parecer no había nadie.

Estaba segura de que Darién estaría muy preocupado. Le prometí que lo

llamaría nada más llegar y no lo había hecho. El susurro del aire colándose por una ventana me detuvo quedándome quieta, y sintiendo un escalofrío que me puso un malestar en el cuerpo nada propio en mí. Sacudí la cabeza y me dirigí a mi habitación cogiendo el bolso. Pero antes de sacar mi móvil, ojeé desde la distancia el baúl marrón haciéndome sonreír. Dentro se hallaba lo más *preciado* que tenía, mi hermoso vestido junto al anillo de compromiso de Darién. «*Prometida*». Era su prometida desde hacía cuatro meses. Estaba en un nube de felicidad y la verdad es que esta dicha no quería que nunca tuviera *fin*. Suspiré. Ambos acordamos de que no les diríamos nada de momento a nuestros padres. Seguían en ese plan de: *aún sois demasiado jóvenes para casaros*. Y no quería que me arruinaran el ánimo con sus *particulares* charlas.

Cuando ojeé mi móvil abrí los ojos asombrada. ¡Santo Dios! Veinte llamadas de Darién. Tenía que estar muy cabreado e impaciente. Vi en la pantallita que no tenía cobertura dejándome un momento extrañada, pero salí de la habitación muy atenta a mi móvil. Caminé por el pasillo esperando poder llamarle mordisqueando mis uñas con una impaciencia que me crispaba.

—¡Al fin! —vi que tenía cobertura.

Desvié mis ojos un momento hacia el suelo al verme muy cerca de las escaleras. *Oups*. Di tres pasos hacia atrás muy precavida.

Pronto seré su esposa. Pronto nos casaríamos. Cuando volviera a Irlanda fijaríamos la fecha de la boda y se lo diríamos a todos. Pensarán (sobre todo nuestros padres) que éramos unos locos que nos precipitábamos con una boda. Pero nos amábamos y teníamos un futuro juntos. Y eso era lo más importante. Buscando con tranquilidad en la *agenda* el nombre de Darién, me sobresaltó oír el reloj de péndulo que estaba a unos metros de mí. Me fijé en la hora. Ya eran las doce de la noche. Chasqueé la lengua al ver que ese minúsculo suceso me distrajera, y volví mi atención al móvil. Mi dedo rozó la tecla para la *llamada* y de pronto, el roce del aire en mi nuca me asustó dando un pequeño grito. Me volví llevándome la mano detrás de mi cuello y en ese instante algo golpeó dentro de mi cabeza haciéndome sentir mareada, y dejándome una leve ceguera que me agobió. Me tambaleé de un lado hacia el otro, hasta que no pude pedir ayuda al ver que me debilitaba contra las escaleras a las que había intentado alejarme.

El impacto contra las escaleras fue brutal. Sentí como mi frágil y endeble

cuerpo recibía un golpe, luego otro y otra más, haciendo que gritara de agonía en mi interior. Y sin poder frenarme en el pequeño descansillo... atravesé un cristal sintiendo como caía al vacío, magullada y semi inconsciente. Apenas pude respirar, el aire se contraía en mis pulmones. No sentí, no vi nada y supe que la *penumbra* me había abrazado.

Nada pude hacer, la consciencia me llevó rápido con ella y no deseó regresarme de nuevo hacia la realidad.

En algún momento de mi existencia... sabía que había dejado de respirar. Lo notaba. Pero aun así cuando lo último que sentí fue el brutal impacto contra la tierra, después de cerrar los ojos suevamente, mi mente y mi cuerpo viajaron a un espacio incomprendido para el humano. Un lugar entre la vida y la muerte. Donde el *destino* te daba a elegir vivir o morir.

No podía verme pero podía sentirlo. Estaba tumbada boca arriba, el tacto de los ropajes que llevaba los reconocía, aun cuando mis ojos no tenían intención de abrirse. Esos ropajes me los había puesto miles de veces, y con el mínimo roce sabía reconocer mi vestido favorito que me regaló Darién. El tiempo que estuve dormida no supe determinarlo, pero fue el suficiente para *mermar* mis emociones, mis sentimientos y desconcertar a mi corazón. Sentía como si mi cuerpo llevara demasiado tiempo sin moverse. Lo primero que pude mover fueron los dedos que tantearon un tallo, para luego comprender que sobre mi pecho se hallaba una rosa. Toqué sus delicados pétalos con cuidado reconociendo su suave tacto.

El tiempo fue pasando y al fin pude abrir los ojos. Sostuve con cuidado la rosa entre mis manos a la vez que intentaba ponerme de pie, pero mis piernas perdieron el equilibrio dejándome de rodillas sobre la tierra, como si por mucho tiempo las hubiese tenido dormidas. Cuando finalmente mi cuerpo me obedeció, arrastré mis pies descalzos unos centímetros levantando un poco la falda del vestido comprobando mi equilibrio.

Me molestó que en mis oídos no dejara de resonar las manecillas de un reloj. No comprendía por qué no dejaba de escucharlas.

Froté mi pecho, me dolía demasiado, el corazón me iba a cien.

Y solo quería hacer una cosa.

Echar a correr. No mirar atrás.

Me sentía como una niña asustada que solo deseaba meterse debajo de las sábanas, y contar hasta diez para que ese «*algo*» que me había asustado se marchara.

La rosa se deslizó de mis manos cayendo al suelo sin prestarle mucha atención, y caminé por una fina hierba bien cuidada, no sé qué lugar era pero había una espesa niebla y para mi desgracia, no podía distinguir nada más allá de unos metros. Alzando mis ojos al cielo, me angustió verlo también cubierto de niebla. Grité pidiendo ayuda, pero mi voz se perdió más allá del eco que hizo resonar mi propia voz erizando mi vello al escucharme tan angustiada. ¿Esto era un claro, un valle, una pradera...? ¿Dónde estaba metida?

Tirité de frío y apreté los labios.

¿Por qué estaba tan helada?

¿Por qué sentía que mi alma quería desprenderse de mí?

Caminé arrastrando los pies con temor, la niebla se abría a mi paso como si yo tuviera el poder de hacerla desaparecer. El atronador sonido de un reloj me paralizó encogiéndome ante el temor. Y no dejó por un largo rato de martillar mi cabeza con su tic-tac haciéndome sentir vulnerable.

Vagué la mirada deseando encontrar la luz, algo que me hiciera salir de aquí. No me gustaba este lugar. Me hacía sentir débil y asustada. Mis ojos se detuvieron en otra zona disipándose la niebla, y observé una gran puerta de madera con forma de arco. Fui directa a ella con la esperanza de que fuese la salida, y giré el pomo de color bronce. Una *penumbra* oscuridad se cerraba en ese lugar escaleras abajo, pero algo en mi interior me dijo que no me adentrara a esa profunda y tenebrosa negrura. Incluso si dejaba de respirar, podía sentir murmullos vagos llenos de un gran tormento que vagaron hasta mis oídos procedentes de esa oscuridad. Asustada, negué con la cabeza cerrando la puerta con brusquedad y echándome hacia atrás, observando ahora que esa puerta tenía incrustados unos símbolos extraños. ¿Qué lugar sería ese?

Mi mente no pudo recordar más allá de lo que hacía aquí. No me dejaba recordar nada.

Y la *niebla* fue dejando más claro el lugar en el cual estaba sin ninguna explicación. Mis pies llegaron hacia un muelle oyendo como la madera crujía bajo mis pies, con un incesante temor por descubrir por qué estaba aquí. Las



aguas del mar estaban tranquilas, silenciosas, pero no podía divisar el horizonte.

Agarré con fuerza el vestido al verlo todo más claro. Mi corazón se contrajo aterrado. Cada centímetro del lugar se quedó regrabado en mis ojos.

Era un *puerto*, y lo reconocí. *Oh, no, no, no*. Mis manos agarraron mi pelo, sobrecogida. ¡No podía ser! Por qué estaba en este puerto. ¡Por qué! El inquietante silencio era el *rey* de este lugar, y había un brillo especial en el ambiente que me deslumbraba. Este lugar era una *belleza mágica* sin duda... pero no quería estar aquí por nada del mundo.

De pronto... el mar comenzó a cambiar de color observando un tono dorado que lo cubrió en menos de un segundo, dejándome paralizada en el lugar. ¿Cómo demonios el azul había desaparecido y se había quedado ese intenso dorado que brillaba sin cesar?

—Oohh.

Quedé completamente fascinada.

Era precioso. Me gustaba. Y al observarlo y estar más cerca de esas aguas doradas ya no me dolía el corazón, los temores desaparecieron y algo me empujaba a que fuera hacia la escalerilla de madera al final del muelle, y que caminara sobre el mar. Sentía paz en mi cuerpo cada vez que lo miraba. Quería pisar ese brillo dorado que relucía en el agua, porque él me estaba invitando a que fuera hacia él. Y estaba decidida a ello...

—¿Banphrionsa?

Ahogué un gemido deteniendo mis pies fríos al escuchar esa dulce voz, antes de bajar las escalerillas y tocar el agua. Mis ojos se humedecieron con rapidez y me volví indecisa. Una luz blanca rodeaba a esa persona, no lograba verla bien pero sí la mano que extendía con firmeza.

No lo dudé, corrí hacia esa mano y cuando entré en contacto con ella se reveló esa persona despejando el aura de luz. Nos fundimos en un abrazo y mi rostro cobijado entre su pecho, lo miró. Sus dulces ojos azules me miraban llenos de una ternura y un amor inconfundible.

¿Por qué había parecido una eternidad desde que lo vi por última vez?

—¡Darién!

Su felicidad se extendió hasta llegar a sus ojos.

—Hola mi pequeña.

Estaba aquí. Conmigo. Me sentí dichosa. Quería besarlo, abrazarlo y... ¿por qué él estaba caliente y yo fría?

—¿Adónde vas?

Esa pregunta me pilló desprevenida. En mi cabeza no logré hallar una respuesta acorde con su pregunta.

Titubeé dejando mi dedo índice debajo de la barbilla, mirando el asombroso mar dorado que no dejaba de *sentir* en mi interior su llamada.

—Yo... no lo sé —volví a mirar a mi chico, confundida.

Ahora estaba serio, sin una pizca de emoción en su rostro e hizo una mueca de dolor. Y no quise pensar más de la cuenta.

—¿Recuerdas este lugar?

Negué como una niña mirando al suelo.

Soltó una risa suave.

—Si lo sabes. Vamos, dímelo.

Lo primero que deseaba saber era que hacía él aquí. Pero los recuerdos me golpearon al haberme hecho esa pregunta.

—Nuestros abuelos maternos siempre nos hablaban del Puerto de las Almas perdidas. Aquí vienen... —cerré los ojos presionando con fuerza—. Aquí vienen las personas que viajan hacia el *Otro Mundo*... para morir. Pero el puerto solo era una teoría fantasiosa de nuestros abuelos. No era real. ¿Existe realmente?

Su mano se encerró en mi mejilla mirándome lastimado.

—Sí. Al final existe. ¿Estás preparada?

—¿Para qué? —murmuré.

—Para decidir, Adalia.

Medité sus palabras y me abrazó el miedo. Mirando detrás de Darién vi una persona no muy lejos de nosotros, fruncí el ceño porque no conseguía verla bien. Se ocultaba tras una capa blanca envolviendo su cabeza en una capucha holgada, pero logré ver su pelo azabache que caía por su pecho, y también unos labios rojos y una nariz respingada.

—¿Quién es?

Darién la miró un momento y se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Pero ella me ha traído aquí.

¿Quién sería? ¿Y por qué se ocultaba tras una capa y una capucha? Lo más irritante es que la niebla jugaba a su favor. Como si la *protegiera*.

Miré de reojo el mar.

—Tengo miedo —solté acongojada—. ¿Estoy muerta?

—Aún no.

—Entonces... no lo entiendo. ¿Qué haces tú aquí?

—Estoy aquí para darte fuerzas.

—¿Fuerzas? —repetí su última palabra sintiéndome temerosa.

—Sí, mi banphrionsa. Pero eres tú la que decide si cruzar la línea o luchar.

Apretó mis manos y percibí la fuerza. Respiré agitada, el mar seguía llamándome y no pude evitar mirarlo otra vez. Esa *energía* era más fuerte que yo.

—Lucha Adalia, lucha por mí.

—No sé si tengo fuerzas.

—Las tienes mi niña.

—Él me llama —me deslicé de sus manos dándome la vuelta dispuesta a caminar por las aguas, como si algo me dijera que no me hundiría, y que solo caminaría sobre el *mar* para llegar al lugar que me daría la tranquilidad eterna que necesitaba mi corazón.

—¡No, quédate! —me estrechó rápido entre sus brazos por la espalda, sin verse capacitado de soltarme—. Maldita sea me estoy saltando las reglas —

susurró con temor—. Quédate Adalia, no me abandones.

—¿Qué me está pasando? —intenté retener las lágrimas en mis ojos.

—Tu corazón se ha detenido. Y depende de ti que vuelva a latir.

—¿Tú estás a mi lado? —volví mi rostro hacia él llena de temores.

Hizo una mueca acariciando mi cabello.

—No, cariño. Estoy muy lejos de ti.

—¿Por qué?

—La vida ha decidido separarnos.

—¡Qué! —balbuceé.

¿Qué mal habíamos hecho para que nos sucediera algo tan espantoso?

—No llores —su rostro estaba torturado—. Decide combatir la muerte. Tú puedes.

—No quiero que te marches. Eres mi vida. No sé vivir sin ti.

—En cualquier momento deberé irme y dejarte la decisión a ti. Pero quiero que sepas que no estás sola.

—No sé si deseo volver a la realidad —volví a mirar a la mujer—. ¿Quién es ella? ¿Por qué siento que la conozco?

—Supongo que es alguien de otro tiempo, pero escúchame con atención, Adalia. Si decides despertar, no estaré a tu lado.

—¿Cómo?

Él miró a la mujer con un deje de incompreensión.

—Así lo ha decidido el destino y por tiempo indefinido. Pero escúchame —me cogió el rostro, sentí como le temblaban las manos y estaba tan asustado como yo—. Espérame. Porque voy a volver a por ti. Te lo prometo por todas las veces que te he jurado mi amor eterno. No me importa la distancia ni el tiempo... volveré. Nadie me detendrá. No cruces el agua por favor, no destroces mi corazón.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Sabes que no puedo vivir sin ti. Y me has dicho que nos separarán. ¿Por qué?

—¿Crees que yo tendré un minuto de paz? —dejó caer en su rostro una sonrisa destrozada—. No, mi banphrionsa. ¿Lo recuerdas? —atrajo mi mano hacia su corazón desenfrenado y gemí de sentirlo tan fuerte latiendo sin cesar—. «*Con mi eterno amor hacia ti. Que desafía hasta la muerte. Tú que brillas como el más puro amor. He venido de una tierra lejana para amarte hasta el fin de los tiempos*».

Asentí desbordándose las lágrimas por mis mejillas. Dios, tenía un *don* para hablarme con ese estilo tan romántico que me desarmaba.

Y algo nos separó de golpe empujándonos.

—¡Darién! —grité asustada buscándolo con la mirada.

—Lucha, Adalia. Vive por mí. Y espérame. Porque nada ni nadie va a detenerme.

Su eco me hizo dar vueltas buscándolo desesperada. ¡Dónde estaba! ¿Dónde se lo habían llevado? Me detuve y solo logré ver a esa mujer. Seguía en la misma posición mirándome.

¿A qué esperaba para desaparecer o acercarse a mí?

Levantó un brazo señalando una dirección. Y negó con la cabeza como si algo no le gustara. Parpadeé impresionada al ver donde señalaba. A una poca distancia de mí se hallaba un gran árbol que me dejó estupefacta.

—No puede ser —susurré. Antes yo había pasado por ahí y no había visto ningún árbol.

Me entristeció verlo algo marchito. Una parte del tronco estaba negra, como si estuviera pudriéndose. Mis ojos miraron las hojas *verdes* hasta que me fijé en una que fue oscureciéndose... y una opresión se agolpó en mi pecho haciendo que me debilitara, hincando una rodilla en el muelle.

¡*Qué demonios!* Pensé desorientada apretando los labios.

Miré el mar que seguía brillando. Apreté los puños. Ya no me gustaba. Tenía fuerzas para no ir hacia él. Negué con decisión levantándome y caminando hacia atrás mientras lo observaba recelosa, y pensando en Darién

una y otra vez. El dorado que brillaba desapareció volviendo el *azul* habitual del mar.

*No quiero morir. Quiero vivir.*

Por encima de mi cabeza oí voces.

—*La perdemos. La perdemos.*

—*Carga a trescientos.*

Y sentí una fuerte presión en mi pecho. Miré por última vez a la mujer y solo logré ver una sonrisa antes de que una luz blanca me absorbiera.

Luego sentí la calma de mi alma abriéndose tras las vastas aguas de un océano oscuro.

Y así fue como desperté del coma.

Como viví de nuevo. Y como tras ese extraño suceso mis recuerdos se perdieron de camino a la vida. Todos se desprendían de mi cuerpo; cada caricia, cada beso, cada te quiero susurrado en el oído...

Ese fue el *precio* que pagué por vivir.

Pero él me salvó. Darién estuvo allí.

Tal vez fue mi mente o lo último que deseaba ver en esta vida antes de ir hacia Tír Na N'Og. Pero nunca fui. Luché por él. Me prometió que volvería a por mí y así había sido.

Jamás llegué a cruzar las aguas doradas.

Me quedé más tranquila, porque ahora ese *sueño enigmático* cobró un sentido para mí.



## Volviendo a ser yo

Recordaba haber llegado al hospital y también haber intentado escapar hasta que Robertson tomó las seguridades pertinentes, administrándome un sedante para adormecerme. Le supliqué entre forcejeos y sollozos que no me lo inyectara pero no me hizo caso, alegándome que era por mí bien, antes de que me adormeciera del todo ese maldito sedante.

Oí voces distorsionadas, que se alejaban y luego se acercaban. Pero estaba tan débil que no podía levantar los párpados y tampoco mover mi cuerpo. Y lo necesitaba. Necesitaba moverme y buscar a Darién. No podía permitir que volviéramos a separarnos... jamás.

—¿Por qué has tenido que sedarla? —parecía ser la voz desesperada de mi madre.

—Nicole, había que hacerlo. Estaba muy nerviosa —argumentó Robertson.

—¿Y por qué se ha desmayado? Cuando la encontramos estaba muy pálida —preguntó mi padre.

—Mi hermana ya ha tenido suficiente a lo largo de estos años. ¿Por qué ha sufrido ese ataque de histeria? —prosiguió mi hermano muy cerca de mí.

—No lo sé, solo repetía un nombre: *Darién*. Y le pedía ayuda.

Oí una maldición siseada por mi padre. Y mi madre suspiró con un sollozo.

—Su estado está normal, las enfermeras ya se han encargado de curarle la pequeña brecha. Aunque bueno...

—Robertson, déjate de rodeos —dijo mi hermano.

—Primero deseo hablar con Adalia.

Mi inconsciencia me arrastró con ella y grité por dentro no deseando volver a perderme en esa oscuridad. Pero no lo pude evitar. ¿De qué desearía hablar Robertson conmigo?

Odié las manecillas del reloj que oía en la habitación. Para mí el tiempo parecía eterno. ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué no había nadie ahora en la



habitación?

La puerta se abrió de golpe como si esa persona estuviera desesperada, y unos pasos ligeros se acercaron a mí. Mi piel se estremeció con ese suspiro que soltó aquella persona. Mi corazón comenzó a latir desbocado, y esa persona se sentó en la cama cogiendo una de mis manos.

—Estaba tan preocupado por ti.

*¡¡Darién!!* Pensé gritando por dentro.

Dejó mi mano con suavidad sobre mi abdomen y acto seguido sus manos agarraron mi rostro y puso sus suaves labios sobre mi frente, besándome con profundidad.

—Perdóname... —dijo agónicamente en un sollozo—, perdóname. Lo siento —me rompía en dos sentirlo tan destrozado. No entendía que sus manos me tocaran los brazos y la parte del abdomen—. Estás más delgada y pálida. Es mi culpa. Solo mía. Seguro que ese desmayo lo sufriste por mi culpa, seguramente viste el álbum y te desagradó.

*¿Qué? No, no.* Maldita sea, deseaba abrir los ojos. Maldito mi cuerpo. Maldito sedante.

—Te quiero tanto hasta sentir el dolor. Ahora lo comprendo. Si estoy cerca de ti seguirás peor. No volverás a verme. Me alejaré de ti para siempre.

*No, no, no. Darién no me hagas esto.* Pensé sintiendo una fuerte presión en mi pecho.

—Solo necesito verte una vez más, solo una vez y me marcharé de tu vida.

Se levantó de la cama de golpe. Sentí que me moría si se alejaba, pero noté que se inclinaba hacia mi rostro. Sentir el *filo* de sus labios contra los míos, fue lo más placentero que había experimentado en este poco tiempo que estaba en el hospital. Y más que nunca deseé abrir los ojos, abrazarlo, besarlo y no soltarlo nunca más. ¡Por qué me pasaba esto a mí! Maldito sedante que aún me mantenía adormecida.

—Aunque tú ahora me odies yo te seguiré amando siempre. Allá donde vaya me llevaré el amor que tú me diste y que me hizo volver a tener ganas de vivir. Volviste a llenar de luz mi corazón —me besó en los labios y me

decepcionó lo corto que fue. Sentí sus cálidos dedos acariciando mis mejillas —. Mi dulce y pequeña Kisa. Espero de corazón que encuentres a un hombre que no te haga desdichada y te haga feliz, porque si no se las tendrá que ver conmigo.

*Idiota, si el hombre de mi vida eres tú.* Pensé a gritos. Qué ganas tenía de golpearlo o peor... de tirarle bellotas a la cabeza.

*No, no te vayas, Darién.* Grité cuando lo sentí alejarse de la cama. Abrió la puerta, pero percibí como se detenía y lo conocía demasiado para saber que me estaba mirando con un rostro torturado. Quise gritar, llorar, patalear... Agg como odiaba los hospitales. Ante mi inminente horror, cerró la puerta marchándose sin saber adónde.

\*\*\*\*\*

Las horas fueron pasando, eternas para mí. Si él creía que saldría de mi vida tan fácil iba muy listo. ¡Jamás! Ya había cometido la estupidez de dejarlo escapar. Podría catalogarme de tonta, pero creí merecer un *calificativo* más duro.

Cuando por fin mis ojos se abrieron me encontré de frente con el doctor Robertson curvando una leve sonrisa. Nunca podré interpretar con exactitud porque sonreían los médicos, si por el bien del paciente o por la pena de su estado.

—¿Cómo te encuentras, Adalia? —los ojos grises de Robertson me inspeccionaron.

—Bien, Robertson —me acomodé en la cama—, pero deseo marcharme.

—Como siempre rehuendo de los hospitales.

—Sí. ¿Puedo irme ya?

*Como me digas que no, vamos a tener un problema tú y yo.* Pensé decisiva de escapar.

—No por ahora, Adalia. Pero mañana te daré el alta.

Resoplé repasando una mano por mi cara pensando en Darién. ¿Adónde habrá ido? ¿Se habrá marchado fuera de Los Ángeles? Lo negué mil veces. No

podía. Tenía que decirle tantas cosas y malditamente ahora no podía moverme de aquí.

—¿Qué te preocupa?

Vio en mi expresión que estaba desesperada.

—Nada. Son problemas que yo causé y que espero solucionar.

—Adalia, ¿has intentado poner en peligro tu vida?

Lo miré espantada.

—¿Qué? No. ¡Cómo puedes preguntarme una cosa tan horrible!

—¿Entonces que te ha pasado?

No hablé, prefiriendo quedarme callada. Él podía ver mi estado alterado. Pero no entrar en mi mente y saber que mi pasado había conectado al fin con mi presente, y que en mi interior tenía una *fiesta* montada por ello. Sus ojos de «*doctor pensativo*» me escudriñaron por bastante tiempo.

—¿Puedo salir ahora de aquí? Es urgente.

—No hasta mañana.

Intenté replicar pero pensándolo mejor, no lo hice. Asentí con una cara de inocente que solía utilizar cuando hacía travesuras de pequeña, y que se tragó con facilidad. Salió de la habitación y ahogué un sollozo que enterré entre mis manos sin poder evitarlo.

Mis ojos viajaron hacia el reloj de la pared. Las 16:32 de la tarde.

—Darién, donde estás —susurré espantada.

Tenía que salir de aquí. Y cuanto antes pudiera, mejor. Esperé a que Carla me visitara. Cuando vino, no tardó en abrazarme y en reprenderme por haberla asustado. Al parecer mamá la había llamado diciéndole todo sobre mi inesperado desmayo. Se alegró y saltó de felicidad cuando le conté que había recuperado la memoria, dándome otro abrazo fuerte de los suyos.

—¡Wow! Quieres darte a la fuga del hospital. ¿Puedo ser la cabecilla? —pidió con rapidez con una cara maliciosa.

—Claro, si me sacas de aquí te deberé una enorme.

Le sonreí saliendo de la cama pero al instante me tambaleé, apoyando mis manos en ella y emitiendo un quejido.

—Auu —murmuré.

—¿Qué te pasa? —Exclamó Carla poniéndose a mi lado—. ¿Llamo a una enfermera?

Negué con la cabeza, calmando la revolución de mis sentimientos y emociones.

—No sé. Me siento rara. Es como si la Adalia actual se hubiese fusionado con la de mi pasado. Es una sensación rara. Estoy volviendo a ser yo.

Carla me miró temerosa entrelazando sus dedos.

—Pero esa Adalia del pasado tendrá un poco de amor para mí, ¿no? ¿Cambiará nuestra amistad? —preguntó con mucho temor.

—¡Eres tonta! —exclamé alterándola—. Pues claro que no, boba —la abracé contra mí besando su frente—. Siempre serás mi mejor amiga.

Mis palabras la emocionaron tanto que lloró con mi abrazo y las dos nos fundimos en lágrimas riéndonos, y recordándonos una vez más, la *promesa* que nos hicimos cuando nos conocimos de no separarnos nunca.

—Espera, repasemos todo. Has recordado todo tu pasado. Sabes cómo es Félix o Darién. No quieres dejarlo escapar. Y ahora no sabes dónde está.

—Exacto —señalé crispada.

Me fui poniendo mis jeans y las botas.

—Pero tu familia está ahí fuera —dijo como si fuera un problema.

—Me da igual. Voy a buscar a mi marido.

—Oh, pensaba que habías firmado —ella sonrió abiertamente.

—Si Thief cree que voy a darle el divorcio va listo.

Sus ojos me miraron chispeantes.

—Ay Thief, cuantos quebraderos de cabeza te ha dado durante dos años. Ya te puede recompensar y mucho.

Puse los ojos en blanco cogiendo por último la chaqueta.

Carla asomó su cabeza por el resquicio de la puerta y me hizo un gesto para que la siguiera al no ver moros en la costa. Vimos al final del pasillo el ascensor y nos apresuramos por llegar a él. Sonreí nerviosa. Pronto vería a Darién y...

—¡Cómo se te ocurre salir de tu habitación! —exclamó mi padre detrás de mí con una autoridad que estremecería a cualquiera.

Carla se detuvo agitada chocando yo contra su espalda, y ambas nos dimos la vuelta para ver a mi padre con el ceño fruncido y a mi madre a su lado desconcertada al verme vestida.

—No tienes el alta hospitalaria —me reclamó bastante cabreado de verme fuera de la habitación.

—¿Adónde quieres ir, hija? —me preguntó mamá preocupada.

—Voy a buscar a Darién —dije sin problemas.

Intenté darme la vuelta sin dar más explicaciones, pero sabía lo que me tocaba por haber dicho eso.

—¡¡Qué!! —bramó papá furioso por oír ese nombre—. Como des un paso más...

—¿Qué, papá? —le reté si apartar la mirada de la suya.

Sus ojos se abrieron como platos, pues nunca le había retado ni replicado en nada. Durante seis años había sido una Adalia *neutral*. Una Adalia *inestable*. Una Adalia *quebrada*. Una Adalia *apagada*. A la que todo decía sí, sin rechistar, sin pensar si me venía bien o no. Pero ya no era esa. En mí ya habitaba la *verdadera* Adalia.

—¿Qué pasa? —vino Max por el otro extremo del pasillo con un café en su mano.

Mamá le puso una mano en el hombro a papá para que se tranquilizara.

—Adalia. Ni un paso más —me advirtió de nuevo papá.

Y entonces recordé algo que me dijo Darién y que torturaba mis emociones. «*Tu padre no me dejó encontrarte.*»

Apreté los puños conteniéndome, cerrando un momento los ojos para

confinar mi rabia.

—Voy a preguntártelo una vez, papá. ¿Has visto a Darién en estos seis años?

Mi padre miró a mi madre. Y suspiró cerrando los ojos al delatarle su expresión.

—Sí, una vez.

No estaba impresionada de su confesión pero sí muy cabreada.

—¿Y qué le dijiste? —dije entre dientes.

—Ahora ya no importa...

—¡Qué le dijiste maldita sea! —exigí saber en un grito haciendo que más de uno se alarmara.

—Por favor Adalia, no le hables así a tu padre —me suplicó mamá al verme alterada.

Mi padre me mantuvo la mirada firme sin decaer.

—Le dije que habías cambiado. Que ya no eras la misma.

Sus palabras fueron una estocada para mi corazón. Carla me retenía de los brazos, y tenía las lágrimas en los ojos, pero ya no podía contenerlas más. Siempre fui una chica de lágrima fácil, pero no con ello la más débil.

—¡De qué manera había cambiado papá! ¿Le dijiste que había perdido la memoria? ¿Qué no podía recordar absolutamente nada? Qué veinte años de mi vida se borraron como si nada. ¡Se lo dijiste!

Agachó la cabeza avergonzado y remordido negando en un gesto.

—No. Lo único que hice fue alejarlo más de ti.

—¡Por qué! —intenté sacudirme de los brazos de mi amiga gritando agónica, sintiendo como mi corazón se rompía de solo pensar en la situación que pasó Darién.—No tenías ningún derecho. Él merecía saberlo. Él... Él era el único que podía traer luz a mi corazón. Ni tú, ni mamá ni nadie. Solo Darién. Y tú lo alejaste de mí. ¡En que pedestal como padre debo ponerte papá!

—Lo siento —susurró mirándome a los ojos con un deje de tortura.

Negué con la cabeza quitándome con el dorso de la mano las lágrimas que delataban mi sufrimiento. Max enterró una de sus manos en su rostro no creyendo lo que ocurría ahora.

—Papá, ¿sabes lo que te digo? Si tuvieras un poquito de conciencia visitarías al único amigo fiel que tienes en todo el planeta, exactamente ubicado en Inglaterra. ¿Te acuerdas de él? Sí, hablo de Daniel y Kyra. Los únicos que fueron fieles a vosotros y les distéis la espalda. No viváis más engañados, aquí en Los Ángeles no tenéis amigos reales. Todos se nos acercan por el dinero y lo famosos que somos, pero cuando pueden nos dan una puñalada por la espalda hablando mal de nosotros. Si yo fuera los Brent ni os abriría la puerta, pero ahí están, esperando. Hace poco que Daniel ha sufrido su segundo infarto. Anda papá, corre, porque si se muere antes de que le pidas perdón, te morirías con la conciencia intranquila de haber perdido a un gran amigo. Se te debería caer la cara de vergüenza por no intentar al menos encontrarlo en todos estos años.

Mi padre aún estaba inmutado mirándome por el viaje de reflexión algo duro que le había dado, mereciéndoselo. Dolía hablarle de este modo tan cruel y despiadado, pero esperaba que abriese los ojos y viera la metedura de pata que cometió hacía casi seis años.

—Mamá, ¿por qué nunca me mencionaste a Darién? —le dije agónica con las lágrimas en mis ojos.

Mamá me miró sorprendida sin saber que decir y tartamudeando por los nervios de esta pelea.

—Tú me lo prohibiste, hija. Recuérdalo. Me dijiste: *jamás me hables de mi pasado. De nada que esté relacionado con él.* Y en tu pasado también estaba Darién. Y no pude contarte nada de él, porque deseabas comenzar una nueva vida. Y en esa nueva vida no había cabida para tu pasado.

Tenía razón. Yo era la culpable de mi propia *desgracia*. Me alejé de todos y hui sin mirar atrás, sin ser consciente de a quién le hacía daño. Me sentía totalmente rota. No supe que decir. Me di la vuelta dispuesta a ir al ascensor, pero me contuve. Apreté los puños y decidí de nuevo enfrentarlos.

—Gracias a Darién he recordado todo. He recordado los veinte años que la vida me arrebató.

Mi madre exclamó un pequeño grito llevando sus manos a la boca, mi hermano me miró con la sombra de la sorpresa reflejada en su rostro y papá... se había quedado quieto mirándome fijamente con la cara sobrecogida.

Le sonreí con fragilidad a mi hermano.

—Max, a ti te recuerdo como el más estudioso y el más correcto de los hermanos. Yo era la oveja descarriada de la familia. La que siempre se metía en problemas y de los que Darién me ayudaba a salir —miré a mamá temblándome los labios—. Te recuerdo a ti mamá cuando te gustaba tanto montar a caballo y esas tardes que pasabas con Kyra tomando vuestro té favorito, y hablando de moda y caballos. Y a ti papá cuando todos los domingos te pedían tus amigos ir a jugar al golf y tú les decías que preferías pasar ese día con tu familia, porque nada se podía comparar con el cariño de los tuyos. Igual que hacía Daniel. Erais unos amigos incondicionales, os tratabais como hermanos. Los Knightley y los Brent siempre hemos sido una familia unida —él cerró los ojos como si volviera a esos maravillosos recuerdos que parecían haberse quedado en el olvido, deslizándose por su rostro una lágrima—. Así que pregúntate como Darién ha tenido el poder de hacerme recordar todo en tan poco tiempo, y vosotros no. No me pidas que no busque al hombre de mi vida. Porque ya sabes la respuesta.

La frágil línea del silencio tensó a todos los presentes.

Sin más, papá se dio la vuelta y se marchó con brusquedad sintiéndome decepcionada por su comportamiento, y mamá lo siguió llamándolo intranquila repetidas veces. Inspiré aire pasando las dos manos por mi pelo y mirando el ascensor, y por un momento me alteró sentir el abrazo amoroso de mi hermano besándome la frente.

—Me alegro de que vuelvas a ser la misma. He esperado mucho que volviese la Adalia que eres ahora —me acarició el rostro mirando mis ojos y sonrió ilusionado—. Vuelves a ser tú. Hermanita, menudo viaje le acabas de meter a papá.

Suspiré.

—¿Tú también me lo vas a impedir?

—No, yo no —levantó sonriente las manos.



—Y entonces...

—Estoy orgulloso de ti, ya era hora de que alguien le dijera una verdad como un templo a papá. No te preocupes, él está bien. Ya sabes lo terco que es cuando le dicen la verdad. ¡Wow al fin puedo decirte algo que sabes muy bien!

—Gracias por ser tan comprensible —estando con las emociones a flor de piel por sentirme más viva que nunca gracias a los recuerdos, lo abracé con fuerza sintiéndome también muy orgullosa de él.

—Adalia, vamos —me señaló Carla cerca del ascensor.

Me desprendí de su abrazo, besé su mejilla y llegué apresurada hasta mi amiga.

—¡Suerte! —me gritó mi hermano antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Carla resopló repasando una mano por su pelo mientras le daba repetidas veces al botón 0 para que llegáramos de una vez a la última planta. Dejé reposar mi cabeza sobre el frío metal de la pared, y en el silencio... un recuerdo persistió en ser memorizado en mi mente haciéndome sentir mil emociones. Sonreí al recordarlo. ¡Maldito seas, Darién!

*Me vi con quince años. En los últimos días había esquivado a Darién recordando cómo me había besado bajo nuestro árbol favorito. Ese fue mi primer beso y me había gustado mucho, y sobre todo que fuera él quien me lo robara pero... Darién quería que fuéramos novios. ¡Estaba loco! ¿Pero cómo podía confiar en que me quería? Siempre habíamos tenido un odio-amor. Sí, porque eso fue lo que me dijo, que estaba locamente enamorado de mí. Pero no satisfecha con mis paranoias, Priscila, la chica guay y guapa donde cursaba Darién, vino ayer por la tarde restregándose en toda la cara que en la excursión que harían hacia la Abadía de Jerpoint tendría la oportunidad de besar a Darién y así conquistarlo con sus armas de mujer.*

*Puaj. ¿Mujer? Pero si era un palo. Un insecto seco. Una mantis religiosa era mucho más guapa que ella. Siempre presumía de su lacio pelo pelirrojo y de sus ojos azules, y de su tez pálida. Para mi parecía un vampiro, pero para los chicos era tremendamente atractiva. ¿Sería atractiva también para*

*Darién? Me hervía la sangre de pensar que sí. Estaba encolerizada. Y nadie me quería cerca cuando Adalia-La Destructora, sacaba las garras. Me convertía en un tigre. No tenía piedad con mis enemigos.*

*Así que decidí embarcarme en la aventura de seguir en un taxi el autobús donde Darién iba. La maldita se había sentado a su lado para engatusarlo. Yo la mataba, y luego a él por dejarse embaucar por ella. Me dijo que me quería a mí. ¡A qué estaba jugando! ¿Quería una novia para la mitad de la semana y otra novia para el resto? Lo-ma-to.*

*Agotada de mis paranoias de psicópata adolescente, llegué a mi destino. Le pedí al taxista que me esperara, y siendo habilidosa me escabullí entre la gente que visitaba la Abadía. Estaba a tope de turistas. Y no me extrañaba, pues era una de las más bellas y atrayentes Abadías de Irlanda. Pillé a tiempo el grupo donde iba Darién, me sentía como un James Bond en potencia. Espiando y esperando el momento de atacar.*

*Entrecerré los ojos con furia al ver como la zalamera de Priscila enroscaba su brazo sobre el brazo de Darién. Lancé agujas asesinas a su espalda; lástima que no fueran reales. Mientras un guía les explicaba al grupo el origen del lugar, ella tiró de Darién alejándolo del grupo.*

*¿Hacia dónde se lo llevaba?*

*Los seguí salteando a las personas y disculpándome por los empujones que remetía. Apresurada, mire a mí alrededor al perderlos de vista un segundo. Imaginé espantándome, que se habían escabullido del grupo para besarse y manosearse, y sentí como si fuese a explotar del todo.*

*Finalmente los encontré. Tuve que esconderme detrás de un árbol mientras observaba como se acercaban a las ruinas. Darién estaba con las manos en los bolsillos mirando al suelo, mientras Priscila hablaba como la cacatúa que era, no paraba de parlotear como una cotorra sobre el lugar. Pero si a la maldita le importaba un comino todo. Solo le importaba su belleza. Belleza que destruiría como volviera a acercarse a él.*

*—Oh, Félix, esto es tan bello.*

*No me gustaba como ella pronunciaba su primer nombre de un modo tan meloso.*

—Sí, lo es.

¿Por qué él parecía triste?

*Los seguí mirando como una psicópata. Dios, un paso más y entraría al manicomio de cabeza. ¡Y solo tenía quince años!*

—Darién —se volvió hacia él sonriente. *¿A qué venía ese tono cariñoso? Abrí los ojos como platos cuando ella encerró sus manos en la chaqueta de él—. He pensado que ahora que estamos solos tú y yo...*

*Fue acercando su rostro al de él que permanecía inmóvil mirándola. Lo más gracioso es que me quedé paralizada para verlo, para ver cómo se besarían. Mientras mi mente ordenaba: abaláznate hacia ella. Mi corazón se oprimía de dolor. Iba a estar destruido en 3... 2... 1...*

—Creo que te equivocas —Darién se echó hacia atrás a tiempo y haciendo que ella se soltara de su chaqueta.

*Marqué una sonrisa en mi rostro, primero por la cara de ella tan desilusionada y segundo porque Darién no deseaba sus besos. ¡Toma ya!*

—Uf, que alivio —se me escapó y a tiempo estampé mi cuerpo contra el tronco al visualizar que solo Darién había mirado en mi dirección.

—¿Me estás rechazando?

*La bruja que llevaba dentro estalló en risas mirándolos con más precaución, asomando un poquito mi rostro.*

—Lo siento, Priscila. Pero nunca te he dado motivos de nada.

—¿Pero por qué? No lo entiendo.

—Mi corazón ya tiene dueña. Y desde hace mucho tiempo.

*Ella abrió la boca incrédula dejando indignada sus manos sobre su cintura.*

—¡Ya sé quién es! Es esa mocosa de Adalia Knightley. Por Dios, si aún su madre le cambia los pañales.

*Estaba claro que en los próximos segundos iba a salir del árbol, iba a arrancarle las extensiones de pija y a dejarle esa bonita cara destrozada. ¿Yo una mocosa?, que el cielo temblara, La Destructora acababa de*

*despertarse.*

*Darién se plantó frente a ella con firmeza.*

*—Como vuelvas a hablar así de Adalia no te volveré a hablar en la vida. ¿Me has oído bien? Ya quisieras ser su sombra.*

*—¡Cómo te atreves! —las mejillas de Priscila estaban rojas debido a la vergüenza. Eso le pasaba por descarada.*

*—Vamos Priscila, todos sabemos lo caprichosa que eres. Pero yo no entro en tus caprichos.*

*—Eres un capullo. En qué mal hora me fijé en ti.*

*—Me alegro desilusionarte. Y recuerda que tú has ido detrás de mí como un perro —le hizo una reverencia sarcástica pero como todo un caballero.*

*Ella gruñó en alto. Lo miró con furia y se fue a trompicones buscando seguramente el grupo. Dejé mi mano sobre la boca intentando no partirme de risa, volviendo a descansar mi cuerpo contra el árbol. Y oí como él resoplaba como si se hubiese quitado un peso de encima.*

*Pues sí... estaba muy feliz. No podía evitarlo. Al final me daba tanta pena Priscila, que la dejaría intacta con su bonita cara incrédula y sus caras extensiones. ¡Él no la deseaba! No la quería como novia. Volví asomar mi rostro y me tensé al no ver a Darién.*

*¡Por San Patricio, que rápido! ¿Se había marchado ya con el grupo? Claro, aquí no tenía nada que hacer. Pero era un alivio saber que me quería y no deseaba a otra. Un punto a mi favor y muy bueno.*

*—Me pregunto qué haces aquí.*

*Di un respingón gritando. De reojo, espí a Darién a mi lado cruzado de brazos y recostado contra el tronco como si se tomara la vida con tranquilidad. Cuando quise apartarme para huir, estaba envuelta en sus brazos y contra su cuerpo. Su velocidad siempre era insuperable. Mi corazón latió con intensidad al vernos tan pegados.*

*—Suéltame, Darién.*

*Me sacó la sonrisa sexy que tanto me gustaba.*

—¿Por qué me has seguido hasta aquí, Adalia? Tengo derecho a saberlo.  
Busqué con la mirada por el suelo.

—Lo siento. No hay bellotas aquí.

¿Cómo era posible que me conociera tan bien?

—No te importa, Darién. Pasaba por aquí.

—¿Ah, sí? —alzó las cejas con incredulidad—. Estamos en el condado de  
Kilkenny muy lejos de nuestros hogares, ¿y tú solo pasabas por aquí?  
Déjame dudar.

Entrecerré los ojos volviendo los recuerdos.

—Priscila ayer vino a restregarme que hoy sería tu novia. Y he cogido un  
taxi para seguir el autobús —le afirmé rabiosa de recordarlo.

—¿Y has venido a comprobarlo?

No aguantaba ese tonito arrogante.

—A matarla más bien —dije con un deje de decepción fingida por no  
cumplir mi misión.

—¿Por qué? —me lo preguntó más serio y sentí que esto se volvía más  
íntimo.

—Darién, suéltame —le pedí forcejeando.

Pero sus brazos fueron más fuertes acercando mucho más nuestros  
rostros.

—No quiero.

—Voy a gritar. ¡Suéltame!

Y lo hizo, haciendo que me tambaleara hacia atrás. Nos miramos por un  
buen rato sin decir nada. ¿Por qué me había soltado? Era un tonto. Pero  
más tonta era yo por pedirle que me soltara. Sus ojos azules me miraban con  
intensidad. Que pequeña me sentía a veces a su lado. Y eso que solo nos  
llevábamos dos años.

—¿Te ha dejado más tranquila que rechazara a Priscila? Ya sabes lo que  
siento por ti. No tengo por qué ocultarlo. Si no sientes lo mismo que yo, lo

*comprendo. Pero pienso persistir hasta conquistarte. Un Brent no se rinde. Persiste, lucha y protege y adora con toda su alma lo que es suyo. Y tú eres mía.*

*Estaba maravillada y asombrada por hablarme así. Siempre habíamos peleado, otras veces habíamos tenido treguas y nos habíamos llevado muy bien. Pero esta vez, ¿que había cambiado entre los dos?*

*—Quiero que seas mi novia, Adalia.*

*Entré en pánico al escuchar eso. No sé si él y yo hacíamos buena pareja. Y no era por él, sino por mí. Yo era un desastre como chica y no sabía a ciencia cierta lo que vio en mi Darién para enamorarse. Y comencé a darme la vuelta. Quería pensar, quería besarlo, quería tirarle bellotas. Tenía un claro desajuste de pensamientos.*

*—¡Kisa!*

*Ya sabía él cuánto me irritaba que me llamara así, y me frené cerrando los puños. ¡Por qué de una maldita vez no me decía que significaba!*

*Me volví ofuscada hacia él.*

*—No me...*

*Me silenció con un beso inesperado tomando mi rostro entre sus manos. Dulce, tierno, sin posesión, sin desenfreno. Yo quería más pero me daba lo justo. Y sabía lo mucho que se retenía por tener yo quince años. Sus labios se quedaron a centímetros de los míos, sonriendo.*

*—No sabes las ganas que siempre he tenido de besarte así. De momento solo puedo besarte. De momento.*

*Se me secó la boca y todo mi cuerpo vibró en sus brazos.*

*—Y algún día serás mi esposa.*

*—¡Estás loco! —le grité agónica alejándome de sus brazos.*

*Me esbozó una sonrisa más clara dejándome ir.*

*—La próxima vez te traeré aquí, te contaré la historia de mi tatarabuelo. Y aceptarás ser mi esposa. Es una promesa.*

*—Me importa un pimiento la historia de tu tatarabuelo —expresé con las*

*hormonas en plena revolución.*

*—Me dirás sí, Adalia. Créeme. ¿Y adónde vas? No pienso dejar que vuelvas a recorrer todos esos kilómetros en un taxi y con un desconocido. ¡Ven aquí!*

*Pero me escabullí de él. Me buscó. Sé que lo hizo. Y pude imaginarme su cara de desesperación al no encontrarme. El taxista me esperaba fuera de la Abadía y volví a emprender el recorrido de vuelta a casa. Con una cara sonriente, de boba también y a veces riéndome por soñar, por permitirme recrearme en mis fantasías. Porque sí. Estaba enamorada de Darién. Desde que era una niña había robado mi corazón. Siempre fui una rebelde, él un perfecto caballero andante y no sé qué nos unía... pero era muy fuerte, mágico e irrompible.*

*Llegué tan campante a casa. Mis padres no estaban, y me había saltado toda una mañana de instituto, lo cual me importaba muy poco. Pasé desapercibida con la servidumbre, sobre todo con Flor y Alfred. Dos guardianes dictados por mis padres.*

*Estaba leyendo una novela romántica en la sala del té acurrucada en el sofá cerca de la chimenea, cuando Darién irrumpió en ella fatigado, cansado y con una cara de espanto. ¡Qué demonios! Hacía menos de tres horas de nuestro encuentro en la Abadía de Jerpoint. Me miró. Y en esa mirada descubrí lo enfadado que estaba. Sus ojos llameaban furia. Me puse de pie esperando la carga de mala leche que traería, porque sabía que lo había asustado mucho al irme de su lado.*

*Escondí parte de mi rostro en el libro mirándolo a él, esperando temerosa.*

*Solo me miró, nada más. Luego se dio la vuelta y se marchó de la estancia. Y me quedé desconcertada volviendo a sentarme en el sofá, mirando el día gris de afuera que se reflejaba por la ventana. Presintiendo que algo malo se avecinaba.*

*Y el presentimiento se hizo realidad, odiaba cuando mi instinto de bruja salía. Al día siguiente en la comida donde mis padres invitaron a los Brent, Darién pasó olímpicamente de mí, fue como si yo no existiera, habló con todos menos conmigo salvo la cortesía del saludo del principio. Y no se*

*chivó de mi escapada a la Abadía de Jerpoint. Muchas veces Darién me encubría para no meterme en más líos. Y ésta se sumaba a la lista interminable. Me dolía su indiferencia y lo frío que era. Incluso se retiró de la mansión mucho antes que sus padres y su hermana. Se despidió de todos menos de mí, y sin poder aguantarlo más, salí corriendo hacia mi habitación llorando como una tonta. Sintiendo que lo había perdido por no saber cómo actuar frente a mis sentimientos.*

*Esa tarde me senté desolada en nuestro árbol, acariciando entristecida las palabras irlandesas escritas sobre la corteza. Significaban tanto. Cuando tenía cinco años Darién las escribió en la corteza y juramos ser amigos para siempre. Pero ahora tenían un significado más profundo y mágico, uno que te hacía alcanzar la eternidad de lo más deseado. El del amor. Aunque ya fuera tarde para remendar mi error de rechazarlo. Lo esperé, tenía la esperanza de que apareciera. Pero al caer la noche no apareció. Desilusionada, me levanté alisando las faldas de mi vestido lila y me marché hacia la mansión. Pero cuando llegué y pensándolo mejor, no tenía ganas de entrar para volver a sentir que mi corazón estaba roto, de modo que fui hacia mi amada Torre de los Sueños.*

*El lírico canto de un búho me sumergió en las profundidades de mi alma, mirando mi torre sin entrar. Yo era la portadora de la llave. Darién había hecho tantas cosas por mí. Desde niña me había cuidado. Era su banphrionsa. Y hacía poco que me llamaba Deva.*

*Apreté los labios sintiendo que mis ojos se humedecían.*

*—¿Te gusta mirar la torre de noche?*

*Ahugué un grito cuando oí a Darién cerca. Miré en su dirección y salí detrás de un árbol, entre las sombras de la noche que lo habían ocultado. No pude evitar sonreír, en cambio percibí que él no estaba de humor para estar sonriente. Se acercó a mí mirando también la torre. Y nos envolvió el silencio de un minuto incómodo.*

*—Creo que nunca te he dado las gracias por construirme la torre.*

*—Aprendí con el tiempo a que tú nunca das las gracias. Al menos no con palabras.*

*Esas palabras me dejaron trastocada. Miré en mi interior. Eso aunque en*



*parte sonara algo bonito me había dolido. ¿Era tan mala con Darién?*

*—Adalia...*

*—¿Soy tan mala persona? —le pregunté acongojada volviéndome hacia él, estrechando más acercamiento.*

*Avanzó hacia mí con una sonrisa casi imperceptible por culpa de la oscuridad que nos envolvía. Recogió de mi rostro un mechón rebelde mirándolo, rozando sus dedos por mi mejilla. Me gustaba que me acariciara, me hacía sentir mariposas en mi estómago. Y decidió ponerlo tras mi oreja.*

*—Eres demasiado impulsiva y eso me asusta. Porque un día de estos puede pasarte algo grave. ¿Pero mala? Jamás pensaría eso de ti. Tu corazón es demasiado puro.*

*—¿Entonces por qué no me has hablado durante todo el día? Y ayer te fuiste sin decirme nada. Me ha dolido tu indiferencia, hubiera deseado mil veces que me gritaras.*

*—Estaba enfadado contigo, Adalia. Muy enfadado. Mientras ayer venía hacia aquí pensé mil cosas espantosas, tuve que pedirle a un turista que me acercara a Killarney porque mi vecina, mi mejor amiga, la mujer a la que entregué mi corazón... había sido tan terca como irresponsable de marcharse sola de la Abadía. No me importó perderme esa clase de historia que realizó el señor Watson. Creí que podía haberte pasado algo malo. No hubiera podido vivir con la culpa.*

*—Lo siento.*

*Levantó una ceja con una dulce sonrisa.*

*—¿Lo dices de corazón?*

*—¡Por supuesto! —dije indignada inflando mis mejillas.*

*Su risa me encandiló, pero después bufó un suspiro con un rostro inquieto.*

*—Adalia, quería disculparme. Tal vez te asusté con todo lo que te dije en la Abadía. Tal vez no estás preparada para saber todo lo que me haces sentir —dio un paso hacia atrás rompiendo nuestra conexión—, y lo comprendo...*

*de momento. Bien, si te quedas callada y no intentas tirarme bellotas es una señal muy buena. Creo que... —negó con la cabeza y con la mirada perdida—. No te volveré a importunar. Pero no quiero que dejemos de ser amigos. Me partirías el alma...*

*No resistiendo ni un segundo más, me abalancé contra sus labios aún siendo torpe en ese terreno de besar. Ya que mi primer beso me lo robó él unos días atrás. Me agarré con fuerza a su cuello de modo que no pudiese irrumpir el beso, sentí que no podía respirar mientras nos besábamos al agotar el aire por desear más de ese beso. Y esa fue la primera vez que metí la lengua correspondiéndome él, haciéndome gemir en su boca al exquisito placer de sentirlo. No era una niña y sabía que esos besos excitaban más que los convencionales y castos. Y pecaba de haberle robado alguna que otra novela romántica adulta a mi madre curioseando entre las páginas.*

*Intentando encontrar el aire, dejé mi frente contra la suya.*

*—Te quiero. Sé que estoy enamorada de ti. Y no quiero ser tu amiga, sino tu novia. Soy una tonta por estar asustada de esto que estoy sintiendo, pero no quiero separarme de ti. No quiero que te alejes de mí.*

*Él me contempló, estaba asombrado por todo lo que decía y también maravillado, yo estaba temblando como un flan pero sabía que sus brazos me sostenían con fuerza y seguridad. Acarició mis mejillas y suspiró cerrando los ojos a la vez que besaba mi frente refugiada en sus brazos.*

*—Si oficialmente ya eres mía. No vuelvas asustarme de ese modo.*

*—No volveré hacerlo. Te lo prometo.*

*Mordisqueando mis labios algo avergonzada, fui enredando mis manos en mi vestido.*

*—¿Me podrías besar de nuevo? —tartamudeé mirándolo.*

*Esbozó una sonrisa acariciando por primera vez mi labio inferior de un modo que me hizo suspirar de placer.*

*—Todos los días de mi vida.*

*Y con ese beso decidimos entrar en la torre. Esas horas fueron las más mágicas de mi vida. Oficialmente ya era la novia de Darién.*

Por mi rostro estaban corriendo las lágrimas. Las toqué mirándolas, como en ellas encontré la felicidad extrema y comencé a reírme.

—¿Adalia? —pronunció mi nombre Carla algo asustada al verme.

Seguí riéndome como si estuviera chiflada. Ese era uno de los recuerdos más *hermosos*, sin duda.

—¿Otro recuerdo?

Asentí acongojada deslizándose más lágrimas. ¿Cómo había estado tan ciega? ¿Cómo no pude ver que Darién era Félix? Ni siquiera quiso cambiarse el nombre. Verdaderamente nunca me había mentido. Fue él mismo, solo que yo no pude verlo. ¿Cómo en algún momento en la mansión no se desmoronó al verme tan cambiada? ¿Cómo tuvo la fuerza de seguir? Meterme en su piel fue difícil. Como tuvo que pasarlo al ver que yo no era la Adalia que esperaba, no al menos al principio. Había sufrido. Y ahora lo sabía.

Reí de pronto con emoción.

—Quiero matarlo a besos, fundirme en sus brazos, pero también quiero matarlo de verdad —Carla reía conmigo. Sacudí la cabeza pasando una mano por mi pelo—. Quiero estrangularlo por hacerme creer que Kisa era otra. Y por hacerme sentir celos de mi misma. ¡Se hizo pasar por gigoló, te lo puedes creer! Y todo para estar conmigo —seguí riendo a pleno pulmón de pensar en esa locura que cometió por mí—. ¡Agg! Es el mejor hombre que existe. Y siempre ha sido mío. Siempre. El amor eterno existe. Y está en nuestra historia. No pienso permitir que se marche de nuevo de mi vida. Voy hacer hasta lo imposible por conquistarlo de nuevo.

—Ay amiga —me abrazó Carla con felicidad mientras el ascensor llegaba a la última planta.

—¿Sabes que él me construyó la Torre de los Sueños cuando yo tenía diez años? Siempre me gustó Rapunzel, es mi cuento preferido, y él me dio la sorpresa de construirme esa torre. Darién tenía doce años y solo pensó en hacerme feliz. Cogió sus ahorros y le pidió a su padre que contratara a un arquitecto. Él se encargó de hacer el diseño. Ya tenía madera de arquitecto.

—Tienes mucha suerte de tener un hombre así —me aseguró emocionada

Carla—. Aiden debe saber dónde vive, Darién. Por ti soy capaz de llamarlo. Pero quiero que me compres toneladas de cajas de donut.

—Trato hecho —le sonreí.

—Bien —fue marcando en su teléfono móvil mientras salíamos del ascensor.

Mi corazón ya palpitaba desenfrenado de solo sentir que en pocos minutos lo vería. De que cuando nos encontráramos, me arrojaría en sus brazos suplicándole perdón. Y que ambos pudiésemos superar esto juntos.

—Aiden —puso los ojos en blanco, esperé ansiosa mirando a mi amiga—. Sí, sí, soy yo. Necesito que me digas donde está Darién. Y no me digas que tú no sabes nada, porque no te creeré. No te importa, tú dímelo. Pues sí, Adalia quiere verlo. ¡Cómo! Para que... no tú... Agg está bien.

Carla apretó los dientes como relajándose, porque no fue muy agradable hablar con su ex y me pasó su móvil.

—Quiere hablar contigo.

Desconcertada, cogí su teléfono móvil.

—Dime —dije deprisa.

—Hola, Adalia —su voz fue formal—. Debo decirte que...

—Por favor, Aiden. Dime dónde vive Darién. Necesito verlo. Tú debes saberlo. Sé que te saltarías algún código de amigo pero en verdad necesito encontrarlo.

—No es fácil, Adalia.

—¿Por qué?

—Sé que hace unas horas te ha visitado. Pero ya no volverá más a Los Ángeles. Se ha marchado para siempre. Cada vez que él visitaba Los Ángeles lo hacía por ti, para saber cómo estabas y sobre todo para verte. Vivía en mi apartamento cerca de Beverly Hills, pero como te he dicho, ya no quiere volver.

—¿No está aquí? —dije con mi voz quebrada. Carla me estaba mirando a la espera, impacientándose al golpear la punta de su bota derecha sobre el

suelo.

—Lo siento. Tal vez ha influido el hecho de que hoy le haya dicho que has firmado los papeles del divorcio. No se lo ha esperado. He visto en sus ojos como su mundo se derrumbaba. Y se ha ido. ¿Adónde? No lo sé.

¡Los papeles del divorcio! Ni siquiera los firmé. ¿Por qué le dije a Aiden que se lo dijera? Me lamenté recorriendo una lágrima mis mejillas llena de un gran padecimiento, y dejé caer el brazo que sostenía el móvil como si me pesara.

Pensé lo peor.

—¿Adalia? —me llamó Carla al verme pálida.

Saliendo del hospital mi corazón dio un latido contra el pecho con fuerza. Una fuerza que hacía mucho tiempo que no sentía. La misma fuerza que cuando me despedí de Darién hacía seis años, y no nos volvimos a ver por culpa del *destino*. Mi amiga me arrebató el móvil poniéndolo en su oreja.

—¡Imbécil que le has dicho...! —le reclamó Carla pero la oí en mormullos y las siguientes palabras fueron mudas para mí.

Arrastrando los pies y con la mirada perdida, crucé la calle sin mirar. En mi mente no dejaba de repetir; *lo he perdido...*

—¡Mira por dónde vas!

Recobré la consciencia parpadeando, viendo como un coche me pitaba apartándose del carril correcto, por estar yo en medio de la carretera. Crucé al otro lado cabizbaja, llegando a un parque.

Me abracé a mí misma con los ojos humedecidos. ¿Y qué haría yo ahora?, ¿dónde lo buscaría? ¿Por qué me escribió esa carta diciéndome que me esperaba y ahora se había marchado?

Recordé entonces lo que Alfred me dijo al entregarme el sobre. Que se había retrasado unos días. Entonces... levanté la vista mirando el parque y bajando un torrente de lágrimas por mis mejillas, entonces me había estado esperando y tal vez, solo tal vez, pensó que seguía odiándolo y que nunca iría hacia él para que habláramos. Y que me visitara en el hospital y me viese en ese estado, su afirmación de que lo quería lejos de mí se hizo más clara para

él.

*Nooo...* grité en mi interior rota de esperanzas.

Le había dado *jaque* mate a su corazón sin darme cuenta. Me quedé hecha una piedra en medio de ese parque. Bajo las consecuencias de mis actos.

Esa carta que me escribió era doble. En una cara una *oportunidad* y en la otra una *despedida*.



## La frágil línea del amor

—¡Adalia es que no me escuchas! —Carla me volvió hacia ella.

Rota de dolor, sollocé sobre su hombro.

—Carla, se ha ido. No quiere volver a Los Ángeles. ¡Cómo diablos voy a saber dónde está!

—Joder, que hombre más tonto. Estate tranquila, Adalia.

—¡No puedo maldita sea! Se ha ido, me duele hasta el alma pensarlo. Dios... no... lo he... lo he perdido.

Me faltaba el aire gritando todo sin pausa. Las pocas personas del parque que paseaban, me miraban asustados por mi brusca alteración. En otros días les diría que mirar tan fijamente a una persona era de mala educación, pero ahora exasperada y a punto de perder los nervios, me importaba muy poco las miradas que cayeran sobre mí.

Sonreí con dolor.

—¿Sabes? Ahora mismo no me importaría coger mi coche y morir, que voy hacer sin Darién.

Ni siquiera me estremecí cuando Carla dio un grito espantada y sentí como me cogía, y me sacudía de los hombros.

—¡No digas eso, Adalia! Darién no es el único hombre en la Tierra.

—¡Para mí sí, joder! Y por estúpida y orgullosa lo he perdido. No quiero a otro, lo quiero a él.

Me entrecerró los ojos frunciendo los labios.

—Mira, te salva ese desmayo que sufriste en tu casa y que estés débil, porque si no ahora mismo te daba un tortazo de caerte de culo.

—Quiero vivir con este dolor, así sabré que esas semanas que pasé con Darién fueron reales y no un sueño.

Ella suspiró negando con la cabeza que deseara hundirme en mi depresión.



—Vamos, te llevaré a casa.

Me abrigó con su brazo alrededor de mi espalda apoyando mi cabeza en su hombro con un deje de tristeza, y volvimos a su Mini Cooper rojo. Mientras sonaba la canción *Last Kiss* de Taylor Swift, algo en mi interior se quebró en dos. Tal vez porque la canción era tan melancólica y me sentía demasiado identificada, o tal vez porque ya no había salvación para lo que le había hecho a Darién. Carla sabía por las lágrimas que recorrían mi rostro, que no estaba para hablar. Por lo que agradecí el silencio hasta mi casa, padeciendo a cada segundo ese dolor que desgarraba al humano cuando perdía el amor *verdadero*, el amor *puro*, el amor *irremplazable*. Así que era esto. Cuando todo lo dabas por perdido. Las ganas de que la *oscuridad* te abrazara sin más.

En cuanto Carla detuvo su coche, me quedé inmobilizada en mi asiento, sintiéndome tan vulnerable como los primeros días que desperté del coma.

«*Es que acaso no lo sientes en mis besos. ¿No me ves?*»

Las palabras de un Darién roto de dolor me partieron más de lo que creía que estaría partida, cuando me besó con desesperación y posesivo en la casa de sus padres. Él estaba desesperado porque lo viera. Y fui una ciega.

—Ahora entiendo lo posesivo que fue y por qué no dejaba de preguntarme tantas cosas. Sus celos, su actitud a veces arisca, su forma de amarme... —mis ojos volaron hacia mi amiga sintiéndome desecha—. En verdad nunca rompimos. Estaba prometida a él. Aunque fue un compromiso secreto, porque no deseábamos decírselo a nuestros padres —acaricié mi dedo donde creí encontrar el anillo Claddagh, pero se hallaba vacío. Cerré los ojos con lamento—. Y lo he perdido.

—Adalia... —expresó Carla dolida por mi estado, mirándome.

—No he sabido valorar lo que tenía. Y por eso lo he perdido. He recordado mi pasado gracias a él, pero mi destino me lo arrebató de mi lado. He huido durante casi seis años, y cuando él me encuentra, lo alejo de mi vida. Con él fui yo, en ese momento no recordaba nada de mi pasado, pero ahora veo que a veces era la Adalia de mi pasado. Creo que él era el puzzle secreto para que todo encajara en mi mente. Los días que pasé con él en Muckcross-Knightley House fueron la base, para que la niebla que espesaba mis recuerdos se disipara. Fue él. Él fue mi *panacea*. El negro orgullo y el rencor

que emponzoñó mi corazón, no me ha dejado ver nada claramente estas dos semanas. Y ahora me quedaré sola para siempre. Merezco ser desdichada—restregué las manos por mis mejillas llena de rabia contra mí misma a la vez que abría la puerta saliendo.

—Adalia —oí como abría la puerta de su lado quedándose apoyada en ella —, esto lo superarás. Todo volverá al camino correcto.

Asentí pensando en sus últimas palabras, antes de pegar una carrera hacia el interior de la mansión para intentar sosegarme. Nada volvería al camino correcto. Porque hacía tiempo en un camino similar, dejé tirado a Darién y ahora, lo había vuelto hacer. ¿Por qué lo habré hecho? ¡Qué estupidez la mía! Me había cegado la rabia de que me ocultara que era Félix, pero ahora que esa rabia había desaparecido, lo veía todo con nitidez, observando mis más graves errores.

Arrastrando los pies entré a mi habitación, y apoyándome contra la puerta, solté un suspiro, visualizando mis ojos el iPhone sobre la mesita de noche. Me quedé inerte un momento. Una mínima *esperanza* cubrió mi corazón. Una que asomó una cálida luz. Caminé hacia mi iPhone y marqué sin pensar el número de Darién. Sonó un tono, dos, tres, cuatro... Temblorosa, esperé mordisqueando mis labios. *Por favor, por favor, por favor*. Rogué en mi interior. Pero no contestó en los cinco minutos que intenté que me cogiera la llamada.

*Ya ni quiere escucharte, idiota.* Pensé destrozada.

Como un zombie sin vida, cogí el álbum aún sobre el suelo, abriéndolo por la foto que deseaba, y la cogí deambulando hasta mi cama. Lloré como una descosida hecha un ovillo, acariciando el rostro de Darién.

Sería el único recuerdo que tendría de él. Nuestras fotos.

—Te quiero —susurré mirando su rostro sonriente en la foto.

Le había prometido a Carla que me calmaría, y lo haría, me abandoné a mi tortura emocional. Le juré a Darién que nunca lo dejaría, ¿y que hice?, dejarlo, echarlo de mi vida como si fuese un perro. Era una miserable sin corazón. Y yo me reía a veces de algunas heroínas de las novelas, por actuar bajo las consecuencias de la rabia y el dolor. Qué ironías tenía la vida. Él había vuelto a por mí desesperado para *conquistarme* de nuevo. Y no es que justificara que

quisiera vengarse de mí, aunque no sabía con exactitud cómo era su venganza, porque no dejé que se explicara en nada.

Recordar todos esos momentos vividos en la mansión con Darién me hacía daño, mucho daño. No volver más a ver su rostro al despertar a mi lado, era como si firmara mi propia sentencia con la muerte. Había llegado tarde para encontrarlo. Si hubiese recapacitado a tiempo, tal vez estaría feliz en sus brazos. Y no amargada en mi propio sufrimiento. Las noches serán largas sin él, serán frías sin sus brazos, serán interminables sin su amor. Temía dormirme y que en mis sueños ya no lo encontrara.

Mi mente acompañó a las manecillas del reloj de mi habitación que resonaban sin cesar. Me sentía tan destruida que no me importaba quedarme así en esta postura para siempre, sosteniendo esta foto en la que salía el amor de mi vida. Y el *sueño* me venció.

Me despertó el ruido de mi móvil. Los parpados me pesaban, todo estaba oscuro. Ya había anochecido. Y por lo que vi, eran más de las once de la noche. Tanteé con mi mano en la mesita de noche cogiendo mi iPhone y descolgando.

—¿Sí?

Me toqué el rostro conteniendo los sollozos, porque mi alma no tenía suficiente calma.

—Adalia, soy Ashe.

Sonreí alegre de escucharla levantándome de la cama, bajo un impertinente mareo que logré que se pasara cerrando los ojos y apretando la boca.

—Hola, Ashelia. ¿Cómo está tu padre? —me aclaré la garganta al tener la voz grave.

—Mejor y más pesado que nunca. Pero te llamaba para...

Antes de que siguiera hablando ella, la interrumpí porque necesitaba saberlo.

—Ashelia, ¿sabes dónde está, Darién? No puedo localizarlo.

*Esperanzas, esperanzas, esperanzas.* Pensé reconcomiéndose mi

conciencia.

—Oh, sí, está aquí —sonreí con ilusión y siguió hablando—, bueno a ti no te puedo engañar. Vino, se despidió de mí y se fue. Parecía no sé, cambiado, como nuevo.

—Mi sonrisa se apagó reprimiendo un gemido de dolor. ¿Cambiado? ¿Nuevo? ¿Estaría intentando olvidarse de mí?

—¿Oye, estás bien?

—Sí, sí.

Sorbí de mi nariz respirando como pude.

—Te llamo porque quiero usar mí: “me debes una”.

—¿Y qué quieres hacer?

—Bueno, tenía pensado que podrías venir aquí a Irlanda y enseñarme la antigua mansión donde vivían antes mis padres, nunca me han vuelto a llevar y tengo mucha ilusión de verla. Y no me mientas, que sé que la has visitado. Quiero revivir viejos recuerdos.

Eso estaba bien. Siempre teníamos que mantener nuestros recuerdos en el presente. Pero siendo sincera, yo no estaba preparada para volver a Irlanda.

—Ashe, no sé si estoy...

—Por favor, no te lo pediría si no me hiciese una ilusión mundial. Se lo pediría a mi madre, pero está tan ocupada con el cuidado de mi padre, lo trata como un bebé, ¿lo puedes creer? Y bueno, mi hermanito no está.

Lo pensé durante unos segundos. Volver a ese lugar, volver a revivir esos momentos. Solo podré vivir de los *recuerdos* y nada más.

—Está bien, iré. Ahora mismo reservo el vuelo.

—¡Genial! Gracias, Adalia.

Colgué. No hacía falta hacer la maleta. Sería ida y vuelta. Cogí un poco de más abrigo y le pedí a Alfred que me reservara un vuelo directo nocturno a Irlanda, así llegaría allí por el día. Pero antes de retirarse para reservar el vuelo, me entregó una nota de mi hermano Max, porque al parecer había tenido que irse de urgencia.

*Querida hermanita,*

*He tenido que salir fuera del país. No te puedo decir dónde. Es por tu bien. Pero quiero que sepas que resulta que papá si tiene conciencia, y él y mamá se han ido a Inglaterra a visitar a Daniel y Kyra. Oye, como terapeuta eres buena, te felicito.*

*Besos,*

*Max.*

—Bueno, al menos algo sale bien —susurré.

—¡Adalia!

Salté alterada gritando, girándome hacia esa voz tan familiar.

—¿Carla? ¿Qué haces aquí?

Ella se acercó a mí ofuscada.

—¿A ti qué te parece? Te he estado llamando. Me tenías preocupada.

—Lo siento. Me dormí.

—No te lo he preguntado antes, pero no estarás intentando pensar en tomar pastillas para la depresión, ¿verdad? —me cogió de mis brazos preocupada.

—Claro que no. Ya sabes lo que opino de la química.

Suspiró calmada. Y caminé por el pasillo siguiéndome ella.

—Tengo que volver a Irlanda. Al parecer Ashe quiere que le enseñe la antigua mansión donde vivía.

—Bien. Eso está bien.

¿Solo bien? Impropio en ella que no me hiciera más preguntas o que me prohibiera que viajara a Irlanda, porque eso me hundiría más en mi miseria.

Entré a mi vestidor, escogiendo un bolso grande en el que planeé meter sin que se enterara Carla, los papeles del divorcio, porque estaba dispuesta a dárselos a Ashelia para que se los hiciese llegar a Darién. Salí un momento del vestidor y fui hacia mi estantería cogiendo del cuarto estante la novela *Esmeralda*. Mientras metía el libro en el bolso anduve hacia el vestidor donde se paseaba Carla muy callada (raro en ella), y saqué de una percha una chaqueta roja de cuero. Y sin resistirlo más porque el corazón me lo pedía a

gritos, me giré hacia el baúl y me quedé quieta mirándome desconcertada Carla por quedarme así. Tragándome el dolor, me arrodillé y abrí el baúl, cogiendo el vestido entre mis manos para olerlo y sentir a Darién una vez más. La última vez que lo cogí, no sabía que representaba en mi vida. Ahora lo sabía muy bien.

Carla se arrodilló a mi lado soltando un suspiro de fascinación.

—Qué bonito. Parece de una noble princesa —lo fue acariciando—. Ya sabes, de esas novelas históricas que nos gustan.

—Cuando cumplí los diecisiete me lo regaló Darién. Para él era su princesa irlandesa.

—¡Ohh!

Siempre había creído que Darién era un *sueño*. Qué ironías tenía la vida. Un hombre con sus imperfecciones, pero que con ellas se volvía más perfecto. Era mi hombre.

Mirando a mi amiga, ideé una locura.

—Ayúdame —le hice un gesto y comencé a desvestirme.

Me agarré a un poste de madera del vestidor, mientras Carla me ayudaba a subirlo por mi cintura.

—No sube —dijo un poco agitada.

—Con más fuerza —le pedí aguantando la respiración.

—¡Mete tripa como hacían antiguamente porque esto no sube!

Puse los ojos en blanco resoplando.

—Por favor, no he cambiado tanto. Solo han pasado un poco más de seis años desde la última vez que me lo puse.

—A mí me parece que estás un poquito rellena —ella hizo una mueca sincera.

Volví mi rostro hacia Carla quedándome boquiabierta.

—¿Me estás llamando gorda?

Esbozó una sonrisa burlona.

—En todo el sentido de la palabra. Si quieres te hago socia del club con una conmemorable chapa —su ironía me dejó a cuadros.

Entrecerré los ojos.

—No sé si sabes que me apodaban La Destructora. Y sigo siéndolo.

—¿Ah, sí? —Se irguió del todo alzando la barbilla para que ambas estuviésemos a la misma altura, aunque ella era unos pocos centímetros más alta—. ¿Te llamaban La Destructora? Entonces yo soy... —fue pensando en un apodo mientras dejaba la mirada por el vestidor. Y chasqueó los dedos—. La Terremoto.

Estallé en una carcajada relajando mis músculos tensos por este ficticio conflicto.

—¿La Terremoto? Te pega. Allá dónde vas creas un caos.

Ella hizo una mueca dudosa.

—No parece muy bueno. Ya pensaré en uno.

—A mí me gusta.

No había duda alguna que había pasado tiempo y me estaba algo ceñido, del pecho sobre todo, pero podía llevarlo. Me miré un segundo al espejo observándome, intentando encontrar a la Adalia jovial que fui, pero por desgracia no la encontré. Solo vi una Adalia rota y desolada. Que por egoísta y orgullosa, había perdido al hombre que amaría toda su vida. Carla se ofreció a llevarme al aeropuerto porque no deseaba que condujera en mi estado depresivo.

Quería pasar lo antes posible por el aeropuerto de LAX, porque me recordaba a esa pesadilla que tarde o temprano se haría realidad. ¿Entonces me lo cruzaré de nuevo cuando tuviera treinta y cinco años? Pensar eso me martirizaba. Sabía que ciertas miradas curiosas, me mirarían sin ninguna vergüenza al verme con un vestido de estilo medieval. Incluso Carla no cortaba su lengua en decir «*que miráis*», con su carácter indomable.

Me despedí de ella con un abrazo de oso antes de que anunciaran mi vuelo.

—Gracias —le susurré.

—No es nada. Quiero que tengas cuidado, ¿vale? Cualquier cosa llámame

—fui retirándome del abrazo y divisando por donde debía ir—. Y Adalia...

—¿Sí? —me volví sintiéndome un poco más repuesta de mi estado depresivo.

—El *amor verdadero* no se destruye tan fácilmente. Porque resurge de las cenizas para volverse eterno.

Sus palabras me hicieron sonreír y abrir una pequeña *esperanza* para mi corazón. Me guiñó un ojo y finalmente puse rumbo a la tierra que tanto amaba.

Antes de subir al avión le envié un mensaje a Ashelia.

**Adalia Knightley 1 de Abril 00:10**

*Ashe, espérame en el aeropuerto de Shannon sobre las diez de la mañana, he cogido un vuelo directo.*

Al parecer lo esperaba, porque me contestó enseguida.

**Ashelia Brent 1 de Abril 00:12**

*Ok. De nuevo gracias. De esta no te vas arrepentir. Te lo aseguro.*

No estaba tan segura de eso. Ashelia era como mi hermano. Tan raros los dos, porque ambos eran muy *reservados* para expresar sus sentimientos. Claro que me arrepentiría, pero porque todo me recordaría a Darién. *Todo*. Habían pasado dos semanas interminables desde la última vez que estuve en Irlanda. Y ahora volvía a mi tierra más destrozada que nunca.

En el asiento del avión recosté mi cabeza sobre el respaldo. Mis ojos vagaron hacia una pareja que había en mi extremo derecho. Estaban acurrucados dándose besos y entrelazando sus dedos, como si no pudieran despegarse el uno del otro. Cerré los ojos con amargura masajeando mis sienes y en ese instante, otro recuerdo del pasado se conectó conmigo.

*Hoy estaba triste. Y como todas las tardes, Darién y yo íbamos hacia nuestro árbol. Me tenía en su regazo teniendo recostada su espalda sobre el tronco, plantándome en ese mismo instante un beso sobre mi cabeza. La discusión con mis padres este al mediodía no me dejaba en paz. Me habían amenazado (una vez más) que me mandarían a un internado en Suiza si mis*



*notas seguían bajando, porque según ellos me había vuelto una vaga por culpa de mi encaprichamiento con Darién. ¡No era un capricho! ¿Es que estaban ciegos? Y lo que más temía era que me separaran de Darién. No podían hacerme eso. Ya no era una niña.*

*—No harán nada. Te lo prometo. Hablé con tu padre y está todo solucionado. Voy a tener que darte clases particulares. Pero nos comportaremos como adultos.*

*Eso sonaba tan maravilloso. Así podíamos pasar más tiempo juntos. Últimamente no teníamos tiempo para nosotros y eso era lo que me tenía trastornada.*

*—Tenía tanto miedo de que esta vez sí cumplieran con su amenaza. No quiero alejarme de ti. No quiero —escondí mi rostro en su pecho aún asustada.*

*Sus brazos me rodearon con más dulzura levantando mi barbilla, barrió de mi rostro las lágrimas con la más extrema sensibilidad que existía. Desde que era una traviesa niña estaba enamorada de Darién. Y sabía que teníamos un vínculo irrompible, pero hoy por primera vez, había visto mis sueños rotos y marchitos, en los que me veía alejándome de Darién. Esbozó una sonrisa, la dulce y la sexy que tanto amaba de él. Acercó sus labios a los míos y me besó.*

*—No puedo soportar verte triste y llorando —su mano apartó unos mechones de mi frente, resguardándolos tras la oreja—. Cada vez que estés triste, te besaré para borrar tu tristeza.*

*Mis labios se fruncieron en una sonrisa traviesa.*

*—Y cuando al fin hagamos el amor, ¿eh? ¿Qué harás? —dije en un tono meloso y muy descarada paseando mi mano por su pecho.*

*Darién sacudió la cabeza riendo y negando en un gesto.*

*—No caeré, Kisa.*

*Inflé mis mejillas pero sin síntoma de enfado. La verdad es que mi corazón en cualquier momento explotaría de felicidad y esa dicha solo tenía un nombre. No sé qué manía era la suya de esperar hasta que cumpliera los dieciocho. Mi chico tenía que estar chapado a la antigua, aunque no*

*referente al matrimonio, sino a esperar a que fuera mayor de edad para tener relaciones sexuales. Y aunque a veces me costara respetar su decisión, era lo más romántico que había visto nunca. Aún me faltaba un año para los dieciocho años y se me estaba haciendo muy, pero que muy largo.*

*—Pero cuando al fin hagamos el amor —susurró en mi oído todo seductor, y esperé abriendo una sonrisa—. Cuando vuelvas a estar triste, te besaré y te haré el amor como un loco para borrar la huella de esa tristeza que ha intentado sobornar tu corazón para que no puedas ser feliz. Porque el dueño de tu corazón soy yo... y yo digo que seas feliz.*

La debilidad de mis sentimientos amenazó de nuevo con derrumbar mi mundo, y dejé que sucediera porque no merecía aguantar algo que pronto volvería a derrumbarse por sí solo. Otro momento único que pasé junto a Darién. Y lo hacía, curaba mis tristezas. Cada vez que me veía triste me besaba. Y lo mismo pasó cuando vivíamos en la mansión. Cualquiera reflejo que me viera de tristeza... zas, un beso. Así era él. Apreté los labios deslizándose una lágrima mientras exhalaba aire.

Ahora viviría de los recuerdos. Amargos. Pero dulces como el más *puro* amor.

\*\*\*\*\*

Llegando a Irlanda vi a una Ashe vestida con un mono azul y debajo una camiseta de manga corta que le hacía muy bonita. Estaba hecha un manojo de nervios esperando cualquier reproche por mi parte. Porque ella le había seguido el juego a su hermano ocultándome que él era Félix. Yo solo podía sonreír mientras caminaba en su dirección, lo que suavizó un poco su rostro lleno de desconcierto y tortura.

Ashelia. Guapa, dulce y muy angelical. La chica estudiosa, obediente y firmemente *amante* de todo lo relacionado con la arqueología. Cuando me detuve frente a ella, no pudo soportar la mirada y la agachó avergonzada.

No podía enfadarme con Ashelia. Ella no tenía la culpa de nada.

Se sorprendió cuando la abracé y medio segundo después oí como suspiraba, y me devolvía el abrazo siendo cariñoso, como si hubiera esperado

mucho tiempo para dármelo.

—No estás...

—No. Nunca podría enfadarme contigo Ashelia —le aseguré aún abrazadas.

Volvió a suspirar.

—No sabes las ganas que tenía de decirte tantas cosas... pero Darién me lo prohibió. Lo siento por lo que te pasó.

Sabía que se refería al accidente propiciado hacía seis años que me dejó en coma.

—Eso está en mi pasado. Ya no importa. Lo importante es que hemos vuelto a reencontrarnos.

No sé en qué momento podía darle los papeles del divorcio y que se los hiciera llegar a Darién halla donde estuviera. ¿Si los viera sin firmar regresaría a por mí? Mi lado burlón se reía de mis *fantasías*.

Soltó aire separándose de mí como si ahora pudiese respirar, restregándose las lágrimas de sus mejillas que le habían emocionado. Luego se fijó más en mí, quedándose boquiabierto mirándome de arriba abajo.

Vi lo que observaba y sacudí la cabeza.

—Bah, es una tontería que he hecho.

—¿Una tontería? ¡Pues entonces que vivan las tonterías! Estás preciosa —me cogió de las manos columpiándolas.

Aunque su hermano y yo no fuéramos nada, yo quería seguir manteniendo esa amistad que siempre tuvimos Ashelia y yo, porque no quería perder lo que siempre amé en mi vida. No volvería a perderlo por segunda vez.

Condujo en su coche hasta que nos detuvimos en Muckcross-Knightley House. No entendía que hacíamos aquí, si la antigua mansión de sus padres estaba a un kilómetro de los terrenos de los Knightley. Se quedó quieta mirando sus manos sobre el volante. En el silencio que nos gobernó a las dos, abrí la cremallera de mi bolso y aguanté respirar intentando no mirar mucho los papeles del divorcio, cogiendo entre mis manos el libro.

—Toma.

Ella giró sus ojos y los abrió aún más, sorprendiéndose y haciendo que su boca se quedara entreabierta.

—Cógelo, Ashe. Quiero que lo tengas. Me alegrará saber que leerás el final de esta preciosa historia.

Ella se mordió el labio, emocionada.

—Gracias —me dijo un poco tímida mientras lo retenía en sus manos, mirando la portada y acariciándola con delicadeza.

Mostró una media sonrisa mirando la mansión con una apagada mirada. Otra vez nos quedamos calladas y me fijé con curiosidad en su trenza que la había echado hacia delante balanceándose contra su pecho por su respiración. Recordaba muy bien porque Ashelia se hacía una trenza. Para ella tenía un claro *significado*. Quien la viera con una trenza (y la conociese muy bien) sabría que en ese momento estaba enfadada. Ashe se hacía una trenza cada vez que estaba muy cabreada. Me preguntaba en este momento que le había hecho enfadar para que hoy llevara una.

—Darién me dijo que te pusiste celosa cuando le regalé un libro de...

Di un respingón impactada, mirándola. ¡Claro! Ahora si podía imaginar quien era esa famosa amiga. Ashe siempre besaba en los cuellos, no es que besara a todo el mundo de esa forma, pero si lo hacía con su familia y eso incluía a los Knightley.

—¡Así que fuiste tú! —sonreí diciéndome a mí misma por dentro lo tonta que era.

—Sí. Quería verte. Al final descubrí con quién estaba Darién en Irlanda, porque lo llevó muy en secreto que estaba contigo. Pero a mi nada me puede ocultar. Aunque Darién me prohibió que viniera hacia aquí y nos vimos en Killarney —y por eso salió como una bala de la mansión tan asustado además de cabreado, porque no quería que Ashe viniera hacia aquí y estropeará su tapadera. Ahora lo comprendía todo—. Yo estaba enfadada contigo. Le rompiste por muchos años el corazón a mi hermano. Vosotros os amabais con locura y de repente ¡bum!, un vacío oscuro en vuestros caminos. Pero cuando me contó que no te acordabas de nada, me empecé a sentir mal. ¿Habías

olvidado la amistad tan fuerte que tú y yo teníamos? —sacudió la cabeza quitándose las lágrimas de los ojos. Yo también me enjaboné las mías al oírla tan melancólica, y sintiéndome despreciable por el daño que le había hecho a los que más me amaban—. Lo siento, no debería hablarte de todo esto.

Abrí la boca levantando un dedo para decirle que lo recordaba todo, pero ella dio una palmada al aire abriendo la puerta de su lado para salir.

—¡Primero quiero ver la torre! —Dijo con entusiasmo—. Es preciosa y hace tiempo que no la veo.

—¿Qué torre? —me hice la despistada intentando no afligirme, saliendo también del vehículo.

—No te hagas la tonta. Qué han podido pasar seis años, pero los gestos no se pierden —me señaló como reproche.

Esboqué una sonrisa.

—Y si no me llevas, voy yo solita.

—¡Ashe! —le grité cuando la vi salir corriendo como una chiquilla por uno de los senderos.

Gruñí al ver las tonterías que podía hacer. Cogí el bolso apresurada y corrí tras ella para detenerla. ¿Cómo podía haberla perdido de vista tan pronto? Grité su nombre muchas veces corriendo con cuidado de no pisarme el vestido, y mirando a los lados del sendero entre la espesura de los árboles, por si se había escondido.

Llegando, entré al pequeño claro y vi que la puerta de la torre estaba abierta.

—¡Ashelia! —la llamé enojada. Recordé que Darién cuando vinimos aquí pudo fácilmente abrir la puerta, pero ahora que meditaba mejor, ¿no tendría él en su poder la llave? Oh, sí, claro que sí. Eso solo hizo que el *nivel* de mi enojo subiera.

—Bueno, ya está bien —entré de golpe mirando la estancia. No la veía por ninguna parte. Mis ojos vagaron hacia las escaleras, pero de pronto, la puerta se cerró de golpe detrás de mí sobresaltándome. Me acerqué un paso a ella, oyendo la inconfundible risa diablesa de Ashelia y como introducía una llave

en la cerradura dejándome encerrada. *Oh, no, oh, no...*

—¿Ashe, qué haces? —me acerqué a la puerta girando el pomo, sin poder abrir la puerta.

No respondió.

—¡Abre la puerta! —la golpeé histérica.

Agitada, miré las escaleras y sin pensarlo demasiado, las subí con cuidado de no pisar mi vestido, tirando malhumorada mi bolso sobre la cama y llegando al balcón. Ella me sonreía desde abajo haciendo un baile como si fuera una *victoria* en toda regla, oyendo un «*lalala*» que salía de sus labios. Yo creía que me comportaba como una niña tirando bellotas a la cabeza, pero ella perfectamente con ese baile podía llevarse un *premio*.

—¡Ashelia Brent, como no habrás esa puerta te voy a matar!

—¡Ja! Ya te ha salido La Destructor que llevas dentro. Dudo que puedas porque tengo la única llave en mi poder —la bailó en sus manos—. Yo encantada de abrirte, pero tengo órdenes supremas de no abrirte.

—¡Esa llave es mía! —le señalé con la mano.

—Estás atrapada —me aventuré.

Intenté calmarme soltando aire y pidiendo al cielo que me diera la paciencia suficiente.

—Por favor, Ashelia. Si me quieres, ábreme.

Ella se cruzó de brazos dejando de reírse.

—Créeme Adalia, esto es por tu bien.

—Creo que encerrarme no me hace ningún bien.

Sus ojos miraron un momento hacia el camino de atrás y luego echó un vistazo rápido a su reloj de muñeca.

—Ahora mismo Aiden y Carla se estarán encargando de robar el coche.

Me quedé alucinada. ¿Carla? ¿Aiden? Pero si Carla me había dejado en el aeropuerto allí en Los Ángeles. ¿Cómo podía estar aquí? Era imposible. A no ser que... cerré los ojos maldiciendo. ¿Cómo no lo había pensado! En cuanto me perdiera de vista, ella cogería otro vuelo, o mejor dicho uno junto a Aiden

en su flamante Jet privado. ¡Agg los mataba a los dos!

—¿Hablas de tu coche?

—Oh, no. De ese se ha encargado tu querido hermano Max, por si acaso esta jugada no salía bien. Yo hablo de otro coche.

Me quedé boquiabierta.

—¡Traidores! —grité.

—Pues un poco sí —dijo irónica y con una jocosa risa—, dentro de un ratito me iré a la mansión de mis padres para recordar viejos tiempos. Me quedaré un largo rato en mi antigua habitación y leeré esta delicia —señaló la novela Esmeralda con una clara sonrisa—, gracias a ti podré reencontrarme con mi amado Gideon de Villiers. Así que puedo ir perfectamente sola a la mansión de mis padres. No necesito compañía.

La asesiné con la mirada. Cómo pude caer en su vocecita de niña inocente.

—¡Mentirosa! —pero al instante caí en algo que me descolocó—. ¿De qué coche hablabas antes?

—Hmm —se acarició la barbilla—. Lo conoces. Ya lo creo. Bueno, yo me tengo que ir. Que desperdicio de mí: “me debes una” —negó con la cabeza para sí misma. —Más te vale que aproveches este momento. Chao.

No podía creer lo que veía. ¡Se marchaba!

—Ashelia no, no lo hagas. No te vayas. ¡Por qué lo haces! —me incliné sobre la barandilla de piedra ahogada por mis palabras de la fuerza de mi grito.

Y desapareció riéndose entre la espesura del bosque, dejándome *sola* en este claro tan aislado. Me quedé paralizada mirando el paisaje.

Quise gritar de rabia pero me contuve, volví a bajar hacia la planta baja pero no hubo forma de abrir la puerta, era demasiado dura para mí. Claro, Darién no tuvo otra cosa que hacer que mandar a construir una puerta de madera irrompible, y eso que ya tenía más de dieciséis años. Me miré. Y que ridícula me veía con el vestido. Todo era un fracaso. Volví hacia arriba, y me dejé caer sobre la cama soltando un suspiro lleno de pesar. Pero no pude estar mucho rato tendida sobre la cama. Y sin saber cómo salir de aquí, decidí sin

alguna razón volver a caminar hacia el balcón, tal vez Ashelia se arrepentía y volvía a por mí. Debí pensar que algo tramaba, pero fue más astuta que yo. Miré hacia abajo sin ver a nadie.

Bufé un suspiro poniéndome de cuclillas. Solo oí el viento meciendo las ramas de los árboles que rodeaban el claro, un silencio donde abundaba mi respiración. Cerré los ojos. Poco podía pensar. Estaba *atrapada*. ¿Y con qué propósito lo hicieron? Qué ganaban con esto, ¿querían que me saliera La Destructora y vieran con sus ojos lo que podía hacer? Oh venga, vamos, que ya no éramos ningunos niños. Aparte de Ashe, estaban involucrados en mi encierro; Carla, Aiden y mi propio hermano. No pude evitar irritarme de nuevo. En cuanto saliera de aquí, porque tarde o temprano saldría... los mataría uno a uno por tenderme esta vil trampa. ¡Agg qué rabia!

Gruñí exasperada poniéndome de pie y mirando hacia un lugar exacto.

Mis músculos se agarrotaron. Padecí un sentimiento desgarrador que fue directo de mi corazón hacia mi alma. Y noté como se me escapaba el aliento a través de mis labios, que fue el que impulsó una mínima esperanza *renaciente* para mí. No lo creí los primeros segundos, pero después de que pasara un minuto exacto, empecé a comprender quién tenía debajo de mí, y que no era una alucinación.

Tragué saliva y llevé mi mano al cuello, nerviosa. Estaba de pie como una estatua, llevaba un abrigo negro largo, dejando entrever una camisa azul con unos vaqueros negros. Intenté no mirarle a los ojos pero fue inevitable. Sus ojos azules conectaron con los míos. ¡*Está aquí, lo tienes aquí!!* Grité en mi interior llena de júbilo. Mi corazón deseaba gritarle cuanto le amaba, pedirle que me sacara de aquí y que me llevara lejos, pero mi mente ya comenzaba a meditar como demonios estaba aquí Darién. Mi Darién.

—Hola, Adalia.

Con altivez giré mi rostro hacia otro lado de modo que comprendiera que estaba enojada.

—No me lo puedo creer —negué con la cabeza sin sorprenderme—. ¡Debí imaginar que tú planearías esto!

En sus ojos encontré la sorpresa de mi acusación.



—Te juro que no es mi plan. Yo tenía otro en mente que tardaría exactamente un día más. Y que yo llevaría a cabo sin nadie. No es éste. Ellos también me han tendido una trampa. ¡Acaban de dejarme sin mi deportivo y llevo más de un día sin mi móvil! —exclamó enojado señalando el sendero.

—¡Y a mí me han dejado aquí encerrada! —le grité—. Como diablos voy a salir si la única llave se la ha llevado, Ashe.

—¿Qué? Eso no lo sabía.

—¿Ah, no? —levanté una ceja con rostro incrédulo.

—No debieron traerte de esta manera, lo admito. Como también gozo de una alegría por ver tu rostro una vez más Ki... Adalia —se arrepintió observando la desilusión en su rostro por no poder decirme ese nombre. Joder, cómo deseaba con locura que lo dijera—. Te veo en esa torre y sueño con estar ahí contigo para siempre.

Apreté los labios ahogada por la emoción. Lo recordaba, recordaba lo tan tierno que podía ser Darién. Mi cuerpo era débil a él, era una entrega hacia una *eternidad* sin tiempo, un pacto que tenía con la vida por darme el mayor regalo que me había dado jamás... a Félix Darién Brent; alias Thief. Porque desde muy niña robó mi corazón y no me lo devolvió. Jamás le dije el significado de por qué le llamaba así, como él con Kisa, nunca lo supe.

*Un poco más, un poco más.* Pensé apretando mis manos en el vestido.

—Si lo deseas puedo tirar la puerta abajo —me expresó al cabo de un rato al ver que no hablaba, caminando unos pasos en dirección hacia ella.

—¡Ni se te ocurra! No tocarás ni un ápice de mi torre.

Levantó el rostro y encerró una expresión turbada.

Suspiré cansada. Me pesaba el cuerpo y no sabía por qué. Necesitaba que me aclarara por qué habíamos estado seis años separados. Lo necesitaba saber para que pudiéramos ser al fin felices.

—Darién que quieres.

—A ti —contestó de inmediato mirándome ansiado—, te quiero a ti por el resto de mi vida. No puedo volver a dejarte marchar.

—Creo que...

—No, Adalia escúchame —me interrumpió firme, dio unos pasos más cerca, parecía que lo tenía cerca y a la vez tan lejos. Cerró los ojos con tormento—. Sé que no me recuerdas y me duele cada segundo de mi existencia. Sé que soy el culpable de que estés así —intenté replicar pero siguió, sus ojos ya se hallaban humedecidos dándome un vuelco el corazón—. No me echés de tu vida. Puedo hacerte feliz. Te juro que haré lo que esté en mi mano para que vuelvas a recordarme.

Sonreí con fragilidad. Ya lo había hecho. Si recordaba todo era gracias a él.

—Sé que solo he estado en tus sueños, que has tenido sensaciones. Solo Dios sabe cuánto me he maldecido por tu pérdida de memoria y ahora... —sus ojos me suplicaban y cayó de rodillas sobre la hierba—, te imploro un perdón que no merezco.

—¡Darién! —ahogué el llanto negando con la cabeza.

—Sé que no lo merezco —sus rodillas permanecieron clavadas sobre la tierra y tenía apretados los puños, conteniendo la impotencia y la rabia—, pero necesito que me perdones. Que vuelvas a mi vida, necesito, anhelo, volver a llamarte Kisa. Déjame ser el que cure tus cicatrices que parecen incurables de solo pensar en todo lo que has tenido que pasar —se calló un segundo ahogando un gruñido de exasperación. Cerré los ojos porque me transmitía ese sufrimiento que él padecía—. Mi corazón nunca se calla y siempre, siempre me va a llevar a donde pertenezco... a tu lado.

—Por favor Darién, levántate, jamás he querido verte arrodillado.

Y al instante, un recuerdo me recondujo hacia mi *pasado*.

*Tenía diez años y vi a Darién arrodillado con aspecto ilusionado encerrando algo en una pequeña botella de cristal. La noche se contemplaba templada y la luna brillaba en lo más alto de un cielo estrellado.*

—*Mira mi pequeña Kisa, esta luciérnaga nos guiará.*

*Darién agarraba mis manos contemplando los dos, un manto de estrellas junto a la luciérnaga encerrada en esa botella.*

—*¿No la soltarás?*

*Me entristecía ver esa luciérnaga atrapada, sin poder escapar. Sin su aclamada libertad que era la que le daba la vida.*

*—¿Quieres que lo haga, banphrionsa?*

*—Pero se morirá sino lo haces. Quiero que viva.*

*—Yo quiero que sea tu luz. Te asusta con facilidad la oscuridad y quiero que ella te ilumine.*

*—Darién, déjala libre —le supliqué—. ¡O no te perdonaré en cien años!*

*Se quedó mirando la botella y también a mí, apreciando mis mejillas infladas por mi enfado.*

*—Entonces si ella no será tu luz... —besó mi frente haciéndome sentir aliviada porque había conseguido mi propósito—. Seré yo quien ilumine cada día de tu vida.*

*Le sonreí y los dos abrimos el pequeño tapón que encerraba la botella, y de esa forma, la luciérnaga voló con su lucecita amarilla sobre el cielo, alejándose de nosotros. Darién me pasó un brazo por la espalda observando ambos el cielo cubierto de estrellas y no dejamos de reírnos. Adorábamos esos momentos donde nos escapábamos para ver el cielo estrellado, y para ver de lejos, las luciérnagas como brillaban con su luz propia.*

*Y de ese recuerdo pasé a otro. Ahora tenía dieciséis años. En una nota, Darién me decía que una sorpresa me aguardaba fuera de la mansión. Eran las nueve de la noche. Pero no dudé en ir. Me escabullí de la vigilancia de Alfred y salí por la cocina. La noche estaba fresca, helaba mi piel y me froté los brazos. Seguí las flechas fosforescentes que en la nota me indicaba que estaban sobre la hierba. ¿Qué nueva sorpresa me tendría preparada? ¿No le bastó con regalarme la Torre de los Sueños? ¿No le bastó con regalarme su corazón? Ansiosa por llegar, tracé el camino que me indicaba en la nota y recordé que este era el mismo recorrido que llevaba hacia la torre. Con la última flecha alcanzada, al momento, vi que a mi lado y sostenido sobre la rama de un árbol, se encendía un farolillo de papel, iluminando ese trozo de camino oscuro. Me detuve mirándolo sin entender nada. En cada árbol descubrí más farolillos haciéndome una senda de luz. Y entendí la sorpresa de Darién. Iluminar el camino que conducía hasta la torre para que no estuviera tan oscuro. Después de un largo tramo, lo vi a él. Esperándome en*

*el claro donde estaba la Torre de los Sueños. Me sonrió risueño llevando una rosa roja en las manos, pero su gesto (que hizo latir mi corazón con fuerza), me indicó que sus brazos deseaban recibirme. Salté hacia él emocionada mientras nos fundíamos en un abrazo, regalándome la rosa.*

*—Siempre lo recuerdas —dije maravillada.*

*—Por nada del mundo podía permitir que no me perdonaras en cien años —reí con él al recordar cuando tenía diez años y le solté esa babosada—. Tenías razón. Las luciérnagas están mejor en libertad. Y te he preparado esta sorpresa. ¿Te gusta?*

*—Me encanta. ¿Cómo lo has hecho?*

*Acarició mi rostro mirándome con devoción.*

*—Es un secreto. Hoy cumplimos un año desde que me aceptaste.*

*—Eres un novio muy atento.*

*—Y yo sigo adorando como me das las gracias sin decir palabra —indicó sus labios siendo todo un granuja.*

*Sonreí, pero no pude evitar ponerme de puntillas, rodear mis brazos sobre su cuello y aplastar mis labios contra los suyos.*

*—Siempre seré tu luz en las noches de oscuridad, Adalia. Siempre.*

Ese recuerdo lo llevaba impregno en la sangre. Cada recuerdo era mejor que el anterior. Esos farolillos de los árboles los hizo él para mí. Para las noches llenas de oscuridad, para las noches sin luna. De hecho si mal no recordaba, más de una noche me escapaba de madrugada para ir a la torre. Y siempre me encontraba con Darién. Teníamos una *conexión* única y especial. Él sabía cuándo yo venía hacia nuestra torre. Darién lo llamaba intuición, pero creo que había algo más detrás de todo eso.

Inspiré aire aguantando las ganas de tirarme por el balcón hacia él, porque mi corazón había sido *despertado* y seguía reclamándolo.

*—¿Aún sigues queriendo ser mi luz en las noches llenas de oscuridad? —le pregunté al fin.*

Él alzó la cabeza mirándome estupefacto, se levantó de la tierra apoyándose en un rodilla. Tenía la cara sobrecogida por mis palabras.

—¿Qué...qu...que has dicho?

Esbocé una sonrisa.

—Fuiste muy bondadoso en desear que esa luciérnaga viviera. Lo hiciste por mí. Y que llenaras los árboles de farolillos para iluminar el camino hacia la Torre de los Sueños.

No dejó de mirarme aturdido, ahora su rostro se tornaba un matiz más pálido, y sus ojos vagaron por el claro.

—¿Has... has recordado?

—Sí —dije frágilmente—. He recordado todo. Mi pasado ha vuelto a mi presente. Soy la Adalia terca, la guerrera, la dulce en pocas ocasiones y la Destructor. Y gracias a ti.

Dio una vuelta soltando mucho aire que había retenido en sus pulmones. Me preocupé al verlo agitado inclinándose hacia delante y apoyando sus manos sobre sus rodillas. Esperé nerviosa que me dijera algo más.

—Sé que va a ser una tontería pero... ¿Cuál es mi color favorito?

Suspiré.

—El rojo.

—¿Y el tuyo?

—El zafiro.

—¿Qué significaba que yo te dijera que tenía curiosidad masculina?

Me hizo soltar una risa relajando un poco la tensión de mi cuerpo, recordándolo con claridad.

—Qué estás celoso. O que en verdad me ocultabas algo que no deseabas que supiera.

—¿Qué hacía yo cuando te salía La Destructor?

Fruncí los labios pensativa bajo su mirada impaciente por una respuesta.

—Depende. A veces me atabas en *nuestro* árbol para que no realizara esa

trastada que maquinaba mi mente. Y te...

—Me maldecías. Sí, lo recuerdo muy bien. ¿Cuándo hicimos por primera vez el amor? ¿Y dónde?

Sus ojos agrandados y algo asustados eran puro fuego. Apreté los labios ruborizándome.

—Fue en esta misma torre —inspiré el aire cerrando los ojos, volviendo a ese encuentro tan especial, porque ya estaba completo en mi memoria—. Y fue cuando cumplí los dieciocho años. Fue la noche más mágica de mi vida.

—Y la mía —dijo con un tono frágil.

No aguantaba más, quería tenerlo aquí conmigo. Besarlos, abrazarlos y recuperar los seis años perdidos.

—¿Y cuál es mi postre favorito?

Nuestros ojos se conectaron en una mirada voraz.

—Yo.

Soltó varias bocanadas de aire recorriendo el claro de un lado hacia el otro con la cara impactada. Entendía que era un shock para Darién que se lo confesara así de sopetón, cuando él había venido con la *convicción* de que yo nunca recordaría mi pasado.

—Te abriría la puerta. Pero ahora mismo soy *Rapunzel*. Estoy atrapada en esta torre.

—Oh, joder, voy a matar a mi hermana, te lo juro —se expresó áspero y salvaje mesándose el pelo mientras caminaba de un lado hacia el otro.

—Pues ponte a la cola.

—¿No me dejas tirar la puerta abajo? —me preguntó con tono impaciente.

—¡Ni se te ocurra! —puse un tono de advertencia porque lo conocía bien.

—Bien —se deshizo de su abrigo tirándolo al suelo sin dejar de mirarme sus ojos ansiosos. Lo miré extrañada como se remangaba los puños de su camisa hasta los codos—. Entonces no tengo otra opción.

—¿Otra opción de qué?

Abrí los ojos espantada, cuando lo vi llevar sus manos a la piedra de la torre y comenzaba a escalar sin temor alguno. Di un grito ahogado alterándose mi sangre.

—¿Estás loco?!

—Sí, por ti.

—No puedes hacer eso.

—Por ti treparía, recorrería y viajaría al mismísimo infierno, ya lo sabes.

—¿Ahora te crees Romeo? —expresé sarcástica por el pánico.

—Él y yo somos muy distintos —dijo algo agitado.

—¡No puedes hacer esto! —repetí con el corazón en la boca.

—Yo creo que sí. Tranquila. Cuando la mandé a construir pedí, más bien exigí especificándolo, que piedras debían estar más hacia dentro para poder escalar.

—¡Ah! O sea que lo hiciste a propósito —expresé echando chispas pero con el terror agarrado a mi corazón.

—Sabía que algún día tendría que ponerlo en práctica.

Ahugué un grito horrorizada cuando una de sus manos se resbaló de la piedra y su cuerpo se balanceaba como un trapo, chocando con dureza contra la pared.

—¡Agárrate!

—¿Y qué crees que estoy haciendo?! —dijo con algo de ironía.

Pareció una eternidad que llegara hasta mí, la torre tenía de altura unos treinta metros y peligraba su vida. ¡Es que acaso no pensaba en eso! Me encontraba al borde de un ataque de nervios y recé una plegaria a Ériu mirando al cielo desesperada. Apreté los puños sintiendo mi corazón desbordado en mi pecho, latiendo a una intensidad equiparable a la de una locomotora. Lo vi más cerca de mí, pero hasta no verlo con los pies sobre el suelo del balcón, no iba a tranquilizarme ni un maldito segundo. Incliné mi cuerpo estirando mi mano, él la vio y con decisión una de sus manos se agarró con fuerza a la mía y lo ayudé a subir.

—Wow y parecía fácil desde ahí abajo —dijo como si nada echando un vistazo rápido hacia abajo.

La Destructora tenía ganas de estrangularlo por hacerme pasar el peor rato de mi vida. Pero ahora que lo tenía frente a mí, mis inseguridades me abrazaron y eché un paso hacia atrás. Cuando sus ojos me miraron tan intensos y llenos de gozo, acallé a mi corazón que pedía a gritos que me abalanzara a sus brazos. Me repetí que aún no. En ese momento me di cuenta de la magulladura que tenía cerca del labio, como si le hubieran dado un puñetazo, y tuve ganas de acercarme y acariciarlo. Él miró el vestido por bastante tiempo, y sabía que estaría pasando justo ahora por su cabeza. Qué recuerdos le traería que lo llevara. Por sus ojos sé cuánto deseaba tocarme y también sabía cuánto se contenía por besarme, por estrecharme en sus brazos, porque aún ambos estábamos en una *línea* que no sabíamos si cruzarla o no. Yo estaba segura. ¿Pero y él? ¿Sería demasiado tarde para recuperar su corazón que yo misma marchité?

—Adalia —susurró con una dulzura tan propia de él.

Adelantó un paso decisivo y me quedé rendida a él, pero algo le impidió seguir. Le había dicho que lo recordaba todo, pero no que con ello seguíamos juntos, y lo entendió. Volvió a su posición cabizbajo, reteniendo su voluntad imperiosa y salvaje de desear cogerme en sus brazos sin decir palabra.

Noté una gota caer sobre mi brazo y mis ojos se alzaron al cielo. En nada llovería. Se respiraba en el ambiente la humedad que recreaba la lluvia. Inspiré aire. Lo necesitaba.

Darién esperó que me moviese primero alentándome con un gesto caballeroso, entré sin vacilación dentro de la torre y me siguió. Sin volverme, oí como cerraba las puertas de madera. Me froté los brazos al sentir la última ráfaga de viento que entraba de afuera y que se había colado por las rendijas. La luz se opacó en el ambiente. Estaba hecha un manojo de nervios, y él se movió por detrás de mí sintiendo que lo tenía tan cerca que notaba su respiración en mi nuca. Cerré los ojos ante las maravillosas sensaciones que recreaba en mi cuerpo su cercanía. Pero Darién decidió apartarse rápido y fue directo hacia una cómoda, abrió el cajón y sacó una cajita pequeña, fijándome en el detalle de que eran fósforos. Se acercó a la mesita de noche en un incómodo silencio y encendió el candelabro iluminando más el espacio entre



los dos.

Y me fijé en un detalle que mi corazón me suplicó que estallara en un llanto sin fin. Llevaba aún el anillo de nuestro *matrimonio*. Apreté los labios con fuerza. No sé lo había quitado en estos largos días en los que estuvimos separados. Y yo siendo tan ruin, le tiré mis anillos al suelo como si él fuera un demonio. Cerré los ojos atormentada por el recuerdo de ese día, porque hice que el espíritu fuerte de Darién se quebrara.

—¿Desde cuando entras a la torre? —le pregunté al fin aplacando mis nervios.

—Lo hago cada año en una fecha especial. Espero que no te moleste.

Negué con la cabeza. Al contrario, me gustaba que siguiera visitándola. Era tan suya como mía.

—¿En cuál fecha?

—El día de tu cumpleaños.

Volvió el silencio. Ese recuerdo me golpeó y me hizo daño, tanto, que mis frágiles lágrimas estuvieron a punto de desbordarse de mis ojos. Me di la vuelta hacia otro lado para que no me mirase. Me tranquilicé respirando lentamente y fijándome en el techo. Venía aquí el día de mi cumpleaños, porque fue ese día en el que decidí entregarme a él y convertirme en su mujer... y él solo deseaba recordarlo y sentirse más cerca de mí.

Me crucé de brazos y reuní fuerzas para darme la vuelta, pero no estaba preparada para verle tan roto, desgarrado, ojeroso, con una incipiente barba de tres días y con los hombros caídos como si de repente ya para él nada tuviera sentido.

Sus ojos y los míos chocaron en un inescrutable silencio que yo terminé de romper.

—Seis años, Darién. Seis. ¿Por qué?

Sonrió con un leve gesto de afirmación llevando sus manos a los bolsillos, no era una sonrisa alegre sino desolada. Apoyó su espalda en una de las paredes sorbiendo de la nariz y mirando al techo.

—¿Dejaste de quererme? —le pregunté con temor.

—Jamás. Ni un solo día mi corazón ha dejado de amarte.

Cerré los ojos aliviada.

—Lo último que supe de ti fue que después de nuestra despedida tú volvías a la universidad y yo regresaría a Irlanda en dos semanas. Mi último recuerdo tuyo, es nuestra despedida.

—Tendría que haberte seguido maldita sea —apretó las manos con impotencia y se paseó una de ellas por su pelo, aguantando la rabia que acumulaba su sangre—. Al día siguiente, después de tu marcha, me enteré que mi padre había perdido su centro comercial en Dublín. Por no sé qué de haberlo invertido todo en Bolsa. En una semana el banco embargaba nuestro hogar, los coches, los terrenos, todo lo que perteneciera al patrimonio de los Brent se lo quedaría el banco. Y bajo toda la desolación que me rodeó, esperé tu llamada como el infierno, no podía creer que te olvidaras de mí ni por una hora. Era tu cumpleaños, y no te dejé solo una llamada sino miles. Estaba empeñado en viajar a Los Ángeles, pero no podía dejar a mi familia sola. Mi padre cayó en una depresión y mi madre no dejaba de llorar todas las noches. Ashe era más joven y se vio marcada por el destierro. Estuve muchos malditos días sufriendo por ti, por ellos, no sabía cómo localizarte, solo sabía que estabas en Los Ángeles. No contestabas ni mis emails ni mis llamadas. ¡Fue como si me hubieras borrado de tu vida!

Acto seguido, noté el dulce amargor de mis lágrimas recorriendo mis mejillas llegando a mi boca. Su cara se tornó destrozada mirándome, apagando la sed de rabia y se atrevió acercarse a mí aunque lo vi tenso e incómodo, como si sintiera que lo iba a rechazar. Pero jamás rechazaría sus caricias, y adelanté un paso demostrándoselo. Respiró despacio cuando sus dedos apartaron mis lágrimas.

—No llores —me susurró entristecido.

Mordí mi labio inferior negando con la cabeza, y ladeé mi rostro quedándome con la dulce sensación de sus dedos sobre mis mejillas. Quería que siguiera, necesitaba toda la verdad, pero sobre todo que expulsara todo su rencor acumulado en este largo tiempo.

—No podía dejar de pensar en que algo malo te había pasado, algo en mi pecho —se golpeé dos veces impotente justo en el corazón con un tono

desgarrado—, me decía que tú no eras así, que estaba seguro que nada más llegar a Los Ángeles me llamarías. Pero tu llamada nunca llegó. Y nunca volviste a Irlanda. Tuve que dejar la universidad, no teníamos nada, hubiéramos vivido debajo de un puente si no hubiese sido por nuestra tía Rachel que vivía en Nueva Zelanda, así que nos fuimos a vivir allí casi dos semanas después de tu partida. Y nada más llegar a ese país, mi padre sufrió su primer infarto. Creíamos que se moría —me tapé la boca gimiendo al ver su rostro roto de sufrimiento, porque sé cuánto me habría necesitado en esos momentos tan oscuros, su mirada humedecida me lo decía—, pero se repuso. Aunque no quiso salir de la depresión en la que se embarcó. Siguió depresivo y mi madre no sabía qué hacer para que saliera de ese pozo. Un rico en muchos casos no supera tan fácilmente volverse pobre, ver todo lo construido por tantos años reducido a cenizas. Y por interminables semanas, mis sueños se rompieron. Mi vida giraba hacia una sola persona y pensé que ella me había fallado completamente. Y cada vez que miraba al cielo en una noche estrellada, pensaba en la desolación... ¿Kisa pensará en mí? ¿Aunque sea un segundo? Tres meses después pude viajar a Los Ángeles, al fin podía saber de ti y que me dieras una explicación de porqué no me habías llamado ni contestado las llamadas. Fue fácil encontrar la empresa Knightley, todo el mundo en Los Ángeles sabía de ella. Ni siquiera pasé por el hotel donde me iba a quedar por unos días, fui directamente a por ti. Estaba dispuesto a traerte devuelta a nuestra tierra. A cargarte sobre mi hombro. A reconquistarte si tan fácil me habías olvidado.

—¿Qué te impidió volver a traerme de vuelta? —dije con el velo de las lágrimas cayendo.

Sus ojos húmedos me miraron destrozados.

—Cuando llegué, no entendía todo ese gentío de fotógrafos en la entrada de Knightley, no sé a quién fotografiaban. Cuando pagué al taxista y bajé del vehículo, todo pasó para mí a cámara lenta. Cuando la gente fue apartándose, te vi. Eras tú. Sonriendo a las cámaras. Tenías a tu lado a Theo y en ese momento, te besó en la mejilla abrazándote como si fuerais novios. La gente pasaba a mi lado y expresaban asombrados; *“oh Dios, esa es Adalia Knightley, que guapa”*. *“Ha estado mucho tiempo desaparecida”*. *“Todos creían que estaba enferma”*. No hice caso a esos chismes. Te observé durante

lo que para mí pareció una eternidad, y vi que ya no eras la misma Adalia que yo conocía de toda la vida, que el glamur y todo lo americano te había envuelto, y habías preferido olvidar al chico irlandés que aún te esperaba en Irlanda.

—¡¡Por qué!! —grité llena de impotencia golpeando su pecho con debilidad, agarrándose mis débiles dedos sobre su camisa—, porque no te acercaste. Dios mío, estuviste a unos pasos de mí. Mi padre hizo esa rueda de prensa para acallar los rumores que había sobre mí. Y Theo fue un amigo que me apoyaba en esos momentos donde sonreía, pero por dentro deseaba morirme. Solo hacía tres meses que había despertado del coma.

Sus ojos destilaban ira apretando la mandíbula.

—¡Cómo querías que me acercara a ti! ¡Dime! Tres meses sin llamadas, sin emails. ¡Cómo diablos iba ir hacia a ti cuando ese tal Theo parecía tu novio! Me llené de celos, me sentí traicionado, destrozaste mi corazón. Rompiste mis sueños, mis ilusiones de construir un futuro a tu lado. Acabaste con mi vida en tan solo un segundo. Y bajé al infierno que nunca creí que pisaría en la vida.

Temblé de rabia, de dolor, mis ojos no cesaban de llorar. Quería golpearlo, abrazarlo, besarlo y no sé cómo demonios me contenía.

—¿Qué hiciste después? —se quebró mi voz.

Él giró su rostro hacia otro lado sin apenas mirarme.

—Volví al hotel. Pero no deseaba pasar ni un minuto de mi soledad en ese cuarto, así que decidí salir, atardecía cuando encontré un bar. Entré y comencé a beber. Deseaba olvidarte, arrancarte de mi corazón. Tu imagen sonriendo tan gloriosa hacia las cámaras seguía clavada en mi mente. Solo quería sentir que estaba aún vivo, que aún no me habías destrozado. Allí de casualidad conocí a Aiden, también tenía un problema con el amor, pero yo no tenía el humor para escuchar a un desconocido hablándome de su vida. Intentó detenerme en beber pero le advertí bajo una amenaza que no lo hiciera. Se quedó en la barra a mi lado, tomando su pequeño martini. No tenía suficiente dinero para pagar todo lo que bebí, y el camarero intentó que pagara sí o sí... e hice algo lamentable. Le pegué un puñetazo, pero estaba tan ebrio que me tambaleé y le di a otro, y en ese bar reinó el caos. Me llevaron esposado, aunque no fue a mí solo. Y pasé la noche en el calabozo. Me arrepentí pasadas unas horas, me vi y no me

reconocía. Pero al amanecer alguien había pagado mi fianza. Salí de la celda y vi a Aiden. Lo reconocía, pero no entendía por qué me ayudaba. Resultaba ser abogado. Traía una resaca de los mil demonios y no estaba para que me echara una charla sobre la ley y el alcohol. Me dijo por mí bien que lo acompañara. Y fuimos a su apartamento, y no sé cómo, acabé contándole toda mi vida. Tal vez fue la confianza que me transmitió la noche anterior, por supuesto él también tenía lo suyo, ya sabes con quién —me hizo un gesto y asentí pensando en Carla—. Él me aseguró que tenía que estar equivocado contigo, que las apariencias muchas veces engañan, y que vemos algo que no es. Me convenció, y tuve el valor suficiente para visitar la empresa Knightley ese día.

—¿Fuiste ese día? —dije en shock comenzando a temblar mi cuerpo.

—Sí. Después de tanto tiempo tu padre me trato frío y distante. Me dijo que te habías marchado y que me olvidara de ti. Le dije que eso era imposible y que te encontraría por mucho que se opusiera. Y aún sus palabras siguen clavadas en mi alma: *muchacho, olvida a mi hija. Adalia ya no es la misma. Ha cambiado. Ya no quiere saber de ti. Es mejor que tengas en tu memoria todos los mejores recuerdos de ella. Sigue con tu vida, aún eres muy joven para encontrar a alguien. No la vas a encontrar... ella ha querido marcharse.*

Sollocé descontrolada. Porque todo era mi culpa. Yo decidí marcharme a Canadá. Yo decidí empezar una nueva vida allí. Intentar encontrarme. Pero no funcionó y me sentí más perdida que nunca.

—Volví más destrozado al apartamento de Aiden. Le pedí algo con lo que desahogarme, y no quiso saber nada, ya con mi rostro lo supo todo. Me llevó a su gimnasio y allí estuve por horas. Ese día me juré que te arrancarías de mi corazón.

Bajé la mirada entristecía.

—Pero no pude. Y sigo amándote como el primer día. Me conquistaste siendo un niño —nos miramos por un momento observando nuestras almas destruidas, y él se aclaró la garganta siguiendo—. En los días siguientes decidí contratar los servicios de un detective privado. Steven. Estuvo cuatro años buscándote. Pero no te encontró. Le fue imposible investigar a tu familia, ya que ese secreto fue muy bien guardado. Y que para el mundo tú estabas

haciendo unos viajes por Europa. Y ahora lo entiendo. Tú y Carla no dejabais vuestros verdaderos nombres, por eso Steven no pudo encontrarte. En ese tiempo me saqué la carrera de arquitecto, me puse la meta de superar mis deseos aunque viviera en el infierno más doloroso de este planeta. Y Aiden fue un gran hermano conmigo ayudándome, incluso invirtiendo en mis proyectos la herencia que no quería de su padre muerto. Pero jamás he podido sacarte de mi mente, he pensado en ti cada segundo que no he dejado de vivir en Estados Unidos. Y cuando volviste hace un año, me obsesioné con tu recuerdo, con tu aroma, con volver a deslizar mis dedos por tu hermoso pelo y por tu piel. Pero empezaron las revistas del cotilleo a hablar sobre ti, a inventarte miles de cosas y esos imbéciles a acercarse —cerró los ojos conteniéndose, apretando la mandíbula—. Pero yo siempre desde el fondo, te he creído a ti.

Hizo una pausa. Dios, me sentía molida. Como si me hubieran pegado una paliza, pero en realidad era en el estado emocional en el que me encontraba. Y Darién estaba mucho peor que yo. Quería refugiarme en mis brazos y prometerle que nunca más me alejaría de su lado, pero me contuve. Saqué el aire de mis pulmones quitando con mis manos las lágrimas de las mejillas.

—¿Por qué me engañaste, Darién? ¿Por qué me hiciste creer que eras un gigoló?

—Cuando te salvé de esos malditos desgraciados. En ningún momento tenía planeado pasarme por un gigoló. Jamás pasó por mi cabeza. Pero tú lo afirmaste la primera y yo solo lo tomé como un juego. Tenerte tan cerca, en mis brazos, sentirte de nuevo... no sé cómo me controlé. Y una maldita venganza maquiavélica se formó en mi mente provocada por la impotencia y el dolor. Pensaba que te odiaba y a la vez te quería. Acababa de regresar de Nueva York cuando leí en el periódico *The Secret* lo que Rodolfo decía de ti. No lo pensé y fui a buscarte a la empresa, por supuesto no iba a presentarme delante de ti pero estaba seguro de que alguien me diría si te encontrabas bien o no. Llegando allí, vi que era muy tarde, eran las once de la noche y pensé que estabas en tu casa. Tenía planeado volver al coche, pero un presentimiento negativo se aferró en mi pecho y escuché de casualidad de unos empleados que salían por la puerta, que uno de los Knightley aún estaba dentro. Supe que eras tú. Si aún te conocía lo suficiente, sabía que si algo habías dejado

inconcluso, no te marcharías hasta acabarlo. Lo haces desde muy pequeña. Y te esperé. Necesitaba verte después de tanto tiempo. Y me preocupaba que te fueras sola a esas horas. Saliste del edificio y te seguí sin que me vieras. Y en cuanto los vi a ellos, a esos desgraciados, supe lo que deseaban hacerte. Si no llegas a retenerme, los habría matado de una paliza. Te creíste que era gigoló y te marchaste. No me reconocías. Todo lo que me dijo tu padre era cierto. Te habías olvidado de mí. Al día siguiente busqué a Rodolfo para arreglar la ofensa que te hizo. Le amenacé que como volviera a escribir sobre ti, tenía el poder suficiente para destruir su carrera. Soy el famoso Protector Fantasma del que tanto habla la prensa, Aiden se encargaba bien de ocultar mi identidad a pesar de que ellos eran más cobardes para no delatarme. En ese largo fin de semana no pude pegar ojo. Cada segundo pensaba en ti—*igual que yo, me quitaste el sueño*, pensé—, no podía olvidar tus ojos, seguías tan hermosa, tan pura e ingenua. Me llevé el libro que se deslizó de tu bolso y pensé en dártelo el lunes en tu despacho. Me daba igual si tu padre me reconocía y me impedía la entrada, porque te iba a ver le gustara o no. Sabes, sabes cómo me sentí con tu indiferencia. No podía creerlo, me resultaba surrealista que me trataras como un desconocido. Ese día en tu despacho estuve a punto de estallar y de echártelo todo en cara. ¿Y cuál fue mi sorpresa? Que Adalia Knightley, sigue pensando en que soy un gigoló y me ofrece pasar unas semanas con ella en Irlanda. Si te soy sincero, no supe cómo tomármelo en ese momento, tenía ganas de sacudirte por olvidarme, de decirte todo el dolor que me habías producido, de besarte como un loco porque aún seguías clavada en mi piel y en mi corazón. Al principio no pude acceder. Era una locura y era cuestión de tiempo que descubrieras que no era un gigoló. Y cuando me acepté a mí mismo que no pensaba dejarte sola ni un minuto más, que tú sola allí no estarías, hice la maleta rápido y te pillé a tiempo en el aeropuerto. Tan solo tenía que evitar que supieras que era arquitecto y no un gigoló. Te puedo asegurar que busqué todo lo relacionado con un gigoló. No sabía cómo actuaban. Pero finalmente me decanté por ser yo mismo. Cuando Alfred me reconoció, le pedí que no te contara nada y él me advirtió de buenas que no te hiciera daño, porque no me reconocías en nada. Que lo habías olvidado todo. Le pedí que me lo explicara, porque cada día me estaba volviendo más loco. Pero él me dijo que solo tú tenías ese poder. Pero qué si no te decía nada de que yo era Thief, era porque por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, sonreías como si hubieses vuelto a la vida. Intenté que me recordaras, lo hice; la torre, el árbol, la noche

de las luciérnagas, la mansión de mis padres... todo estaba relacionado conmigo y contigo. Pero fui un inútil, ¿verdad? La noche que me confesaste que caíste en coma cuando ibas a llamarme —cerró los puños dándose la vuelta un momento para darse tiempo de seguir, oí su respiración fuerte y me entraron ganas de abrazarlo por la espalda, sintiéndome miserable de verlo en ese estado—. Caíste en coma por mi culpa Adalia...

Se giró con su voz rota y vi las lágrimas. Estaba llorando. Mi corazón se apretujó cuando vi como estrellaba su puño contra la pared.

—No. No fue tu culpa —negué agitada con la cabeza.

—¡Si lo fue! Yo te pedí que me llamaras en cuanto llegaras, Dios caíste por las escaleras, estuviste un mes en coma y yo no estuve a tu lado. ¡Qué clase de hombre fui en ese tiempo! Debí acompañarte. Debí hacer caso a mi corazón y a mi maldito presentimiento cuando te marchaste a Los Ángeles.

—Yo te pedí que me esperaras. Tenías que volver a la universidad. Y en dos semanas volvería a ti. ¡Nadie puede predecir nada en su destino!

Continuó con el puño cerrado en la pared, oía su respiración entrecortada por la furia y no tuve más remedio que seguir quieta e impotente. Gimiendo y cabizbajo, se arrastró hacia el suelo derrumbándose su mundo interior, quedándose arrodillado.

—¡No te busqué lo suficiente, maldita sea!

—¡Yo decidí irme a Canadá! —exclamé partiéndome en dos su estado.

—¡Y mi deber era cuidarte! —se puso de pie tan rápido quietándose el aliento y acercándose a mí—. Sabes todos esos momentos en donde quería gritarte que tú aún seguías siendo mi prometida. Qué seguías siendo mía. Qué llevabas el anillo de compromiso. Qué en este lugar nos prometimos fidelidad y amor eterno. ¡No sé cómo me contuve tantas veces! Estuve celoso de mí mismo cuando hablabas de Félix. Cuando hablabas de él, de mí, te brillaban los ojos y ese brillo era el que deseaba yo que obtuvieras a mi lado —rio con melancolía sacudiendo la cabeza—. E impuse tres reglas estúpidas que pudiste romper con facilidad, porque después de pasar veinticuatro horas los dos bajo el mismo techo, tuve que romper la regla número tres. Quise demostrarme que no tendrías poder sobre mí... pero verte llena de barro fue como volver a nuestra infancia. Y no pude luchar contra eso. Me venciste,



Adalia —sus ojos me miraban desolados—. Creo que en el fondo quería que me descubrieras antes de decirte que yo era Félix. Aunque me lo negara a mí mismo mil veces, quise hacerte el amor desde el mismo momento en el que pisamos Muckcross-Knightley House. Esa noche no dormí, porque volver allí fue rememorar cada caricia, cada beso, cada te quiero, y luchaba contra los demonios que intentaban llenarme la cabeza para hacerme creer que tú te habías convertido en una mujer frívola, que aburrida de la vida, despojó de su vida al chico irlandés que siempre la amó. Y que querías burlarte de mí. Le debo mucho a Alfred, aunque no me dijera mucho, fue lo suficiente para que planeara dos cosas. La primera; volver a enamorarte, y juré también, que de mis brazos no volverías a irte. Y la segunda; que me volverías a recordar aunque mi vida se fuera en ello. Por eso te dejaba cada noche una rosa, te llamaba banphrionsa o Deva. Cuando usé esos dos nombres temí que me recordaras y que no me dejaras explicártelo. Pero tu mirada no brillaba igual y la esperanza que se tejía hasta mi corazón, se quebró un poco más. Como el día que te llamé Kisa.

Mi labio inferior temblaba y me abracé temiendo que la gran *brecha* que teníamos abierta entre los dos, no pudiese cicatrizar jamás.

—Pero me engañaste. Me hiciste creer que eras gigoló. ¿Por qué no te sinceraste desde un principio?

—¡Y qué querías que te dijera! —saltó con un rostro asustado y quebrado—. No me reconocías en nada. Era un completo desconocido para ti. Una parte de mí estaba aterrada y otra deseaba volver a ti. La noche que te aferré en mis brazos frente al Club Seducción, todo se descontroló en mi interior —su mirada tan profunda y sincera me hechizó—. Porque tocarte fue el despertar de nuestros corazones.

—¿Y el odio? —me tembló la voz.

Él cerró los ojos masajeándose las sienes.

—Ya te lo he dicho. Jamás te he odiado. Y la venganza no fue más que una mera ilusión del dolor que arrastraba mi corazón desde hacía mucho tiempo. Duró en mi cabeza una maldita noche, aunque Aiden no me creía mucho y por eso me llamaba constantemente cuando estuvimos aquí.

—¿Cómo iba a ser tu venganza?

Me miró temiendo.

—¿Deseas saberlo?

Asentí no muy segura. Y observó la estancia un momento algo abrumado.

—Enamorarte y después, abandonarte de la forma más cruel. Como tú hiciste conmigo. Pero ahora sé que tú, en realidad, nunca me abandonaste.

*Oh.* Por dentro no podía estar más rota de lo que ya estaba. Hubiera hecho bien en su *venganza*, de solo mirarlo ahora y no poder reconocerlo, la venganza no parecía ni tan despiadada comparado con lo que yo le hice.

—La venganza no duró en mí nada más que esa noche cuando nos reencontramos, te lo juro. Fue algo que el dolor enquistado en mi corazón maquinó, pero no fui capaz de llevarla a cabo, porque nunca podría hacerte daño —volvió a repetir sin dejar de mirarme—. Desde niña tienes un poder sobre mí nada natural.

—Pero estuvimos casados y seguiste mintiéndome.

—Estuvimos —susurró dolido dejando caer su espalda contra la pared como si no pudiese resistir su peso—, supongo ya que no somos marido y mujer. Has firmado los papeles, ya me lo dijo Aiden. Pero aún no lo asimilo.

*Que te lo has creído Thief, tú y yo seguimos unidos hasta la muerte.* Pensé apunto de decírselo, pero lo reprimí con fuerza mordiéndome el labio inferior.

—Lo intenté el día que caíste enferma, la noche de la cena romántica, nuestra primera noche siendo marido y mujer... quise decírtelo demasiadas veces pero fui un cobarde. Era una tortura no poder decirte que yo era Félix y que Kisa eras tú. Me odiaba y me despreciaba a cada segundo.

Nos quedamos callados. Podía *palpar* en el ambiente la frágil línea del amor entre los dos, como si se pudiera romper en cualquier momento. *No, por favor.* Supliqué. Estaba enfadada, asustada y más enamorada de Darién. Vi que se acercaba a la cama con aspecto desgarbado, la miró un momento y se giró para mirarme llevando sus manos a la camisa. Sin alegar palabra, estaba comenzando a desabrochársela.



# El reencuentro de un amor destinado

(Parte 1)

—¿Qué haces? —pregunté sonrojada tragando saliva al ver que se la quitaba.

—Me preguntaste por las cicatrices —sus largos dedos siguieron desabrochando los botones de la camisa sin quitar la mirada de mí—. Y quiero recordarte una vez más porque están ahí. Me llenaría de miles de cicatrices más por ti.

Se miró su hombro derecho, asomando una débil sonrisa.

—Esta quemadura fue en el cobertizo que tenían mis padres, te aparté a tiempo antes de que un pequeño tablón que estaba quemado cayera sobre ti. No iba a permitir que con tan solo siete años tuvieses alguna quemadura. Nuestros padres se enfadaron mucho, porque según ellos fuimos los causantes de ese incendio. Nos pretendieron separar castigándonos un mes sin vernos, pero tú y yo antes del anochecer, nos escapábamos para vernos aunque fuese un minuto en el bosque.

Se miró la siguiente cicatriz, la que estaba cerca de su pezón izquierdo.

—Esta cicatriz fue de una rama en la que cayó casi encima de ti, te empujé a tiempo haciendo que te sentaras de culo en la tierra y la rama me rozó haciéndome está herida.

Se empezó a reír mirando la última que estaba en su costado.

—De esta me acuerdo bastante bien, porque recuerdo que estábamos jugando en el bosque y un gato salvaje intentó arañarte, y yo te aparté para que no te tocara abalanzándose hacia mí. Tú lo ahuyentas muy valiente tirándole una piedra, pero ya me había arañado.

Mi labio inferior tembló mientras miraba esas cicatrices con gran admiración. La sensación de los recuerdos me golpeó clavándose en lo más profundo de mi alma.

—Lo recuerdo bien. Todo eso hiciste por mí —dije ahogada por la

emoción.

—Y lo volvería hacer miles de veces. Tú eras mi Kisa, mi banphrionsa, mi Deva, mi todo, y no podía permitir que te hicieran daño. Nada, ni siquiera la naturaleza. Pero...

Caminó unos pasos deteniéndose delante de mí, cogiendo mis brazos y sin dejar de mirar mis pequeñas cicatrices. Su expresión rota robó el aliento de mi corazón, entristeciéndolo.

—Te he fallado. No pude cumplir mi promesa.

Darién no podía seguir protegiéndome como si yo fuese un frágil cristal que incluso el viento pudiese romper.

—No te sigas culpando más. No me hace ningún bien.

—Es imposible, ¿verdad? —me dolió su sonrisa rota y llena de dolor.

—¿El qué?

—Recuperarte. Estoy desesperado. Ya no sé qué hacer.

Lo miré con estupefacción.

—Te echo de menos. Cada segundo que no puedo tocarte es una agonía. Desde que te marchaste de mi lado hace seis años, nunca más volvió a salir el sol para mí y he convivido en la oscuridad desde entonces.

Me quedé paralizada al ver esa súplica desgarradora. Bufó una sonrisa rota, sacudiendo la cabeza y sintiéndose algo avergonzado.

—Lo siento... parezco un idiota lleno de fantasías por creer que saltarás a mis brazos y me perdonarás. Tú has hecho que el chico jovial y lleno de fantasías volviera, ese chico que pensaba siempre en hacerte feliz hasta más allá de otra vida que tuviéramos que vivir. Te he sido fiel halla donde he ido, estos largos años me he alimentado de todo lo que vivimos aquí. He podido sobrevivir porque cerraba los ojos y me imaginaba recorriéndote la piel, recordaba tus caricias y tus besos. Me alimentaba día tras día de todo lo que me diste. En los sueños aparecías con una cálida sonrisa que iluminaba cualquier oscuridad, y pocas veces quería volver a despertar. Tú representas mi *universo* —parpadeó unas pocas veces mirando sus manos como si la vida le pesara demasiado y ya no pudiera más con ella—. Pero tu odio no cambiará

los sentimientos de mi corazón. Y estaré dispuesto a esperarte el tiempo que haga falta, mi vida entera, envejecer aun sabiendo que podré tener una oportunidad para tenerte a mi lado.

No me había dado cuenta, pero estaba aguantando la respiración y más lágrimas amargas, dulces y tristes deseaban con urgencia recorrer mis mejillas. Necesitaba que Darién volviera a reír, que fuera el chico que me enamoró, que no se encerrara en la amargura que yo le había producido, y necesitaba pasar la última *prueba* para ver a lo que tendría que enfrentarme.

—Contéstame algo definitivo, Darién.

Asintió firme.

—¿Me esperarías cinco años? Porque ahora soy yo la que quiere vengarse de ti y hacerte sufrir.

Presionó un instante sus ojos, debatiéndose con esa cifra. Acababa de darle una bofetada literalmente, no lo pudo soportar y me dio la espalda, pero aunque no pudiese ver su expresión, si podía ver su sufrimiento, sentirlo sobre mi piel.

—Estaré dispuesto a sufrir.

*No me lo creo.* Pensé paralizada por sus palabras mirando su espalda.

—¿Y diez años? Teniendo en ese tiempo relaciones con otros hombres que si merezcan mi amor, mi cuerpo y mi alma.

Esperé inquieta. El Darién que yo conocía me diría que «no», ofuscado, celoso e impotente, y reclamaría mis labios demostrándome que no existía más hombres que él para mí. Y que era suya ahora y siempre.

—Esta... estaré dispuesto —su voz era ronca y algo ahogada por la melancolía y el dolor—, y si quieres... mantener relaciones con otros hombres seguiré esperando tu regreso. Me daría igual con quien estuvieras, porque finalmente regresarías a mis brazos. Cualquier castigo vale la pena si se espera con esperanzas a la mujer que uno ama.

No se atrevió a mantener su mirada abatida con la mía mientras me lo decía. Seguía dándome la espalda. No podía creer hasta que límites llegaba la *rendición* de Darién. No podía creer que estuviera dispuesto a esperar, y de

ese modo. Este no era mi Thief, sino un chico desolado que el destino se había ensañado con él. Me destrozaba saberlo, pero juraba por la diosa Ériu que Thief iba a volver a ser el mismo.

—¿Y me esperarías un segundo?

Se dio la vuelta tan rápido con un rostro turbado.

—¿Un segundo?

Crucé apresurada la poca distancia que nos separaba, chocando nuestros labios ante mis ansias de no poder resistirlo más. Había esperado tanto este beso, como la propia lluvia para dar vida a mi desierto. Tuve que tentar sus labios para que los abriera más, y sé que había sido inesperada mi reacción. Pero él jamás me había rechazado un beso. Y entonces su cuerpo revivió cuando de mis labios brotó un «te quiero», y sus propios labios urgentes y hambrientos tomaron el rumbo que había esperado. Su boca me devoraba sin límites al no haber esperado mi asalto, como si con este beso hubiera *renacido*.

Fui yo la que decidí separar un momento nuestros labios mirándolo agónica.

—Ese maldito segundo que nos distanciaba tenía que atravesarlo, ya no resistía más.

Me estaba tocando el rostro desesperado, creyendo que esto era irreal.

—Adalia —tartamudeó aún en shock.

Pegué mi frente contra la suya acariciando sus mejillas con las mías.

—No puedo y no quiero vivir sin ti. Tú lo eres todo para mí. Si la eternidad existe, es a tu lado —los dos teníamos los ojos humedecidos. Mordí mi labio inferior acongojada—. Perdóname, Darién. Todo lo que te dije en la entrada de la mansión fue mentira. No te merecías esas palabras tan crueles.

Hizo una mueca llena de dolor y se retiró hacia atrás. Sintiendo que aún era muy reciente esa cicatriz, y por su mirada, descubrí que aún no podía *sanar* con tanta facilidad.

—Dijiste la verdad. Cada una de esas palabras me las merecía. No tengo nada que perdonarte.

¡Maldita sea, había olvidado lo obstinado que era! ¿Por qué en las entrañas de mi ser sentía que yo iba hacia un callejón sin salida y que Darién se alejaba de mí en otra dirección opuesta a la mía?

—He recordado gracias a ti. Si no fuera por ti mis recuerdos seguirían vagos. Yo te vi, y me encontré. Nuestras almas están unidas como una eternamente.

—Y el precio que he pagado es hacerte más daño y que me odieras —su voz era más grave y dura—. Nunca en mi vida pensé que te perdería. Y he estado seis años vagando por un maldito infierno.

—Darién... —balbuceé.

Vi de perfil su rostro demacrado por el recuerdo.

—Merecí que me preguntaras si te había forzado en nuestra primera vez. Tenía que haberte dicho que sí, y así me habrías odiado hasta desear mi muerte. Y todo habría acabado. La agonía que he vivido por tanto tiempo habría tenido el fin que se merecía.

Fue una directa patada en la boca de mi estómago que hizo que mi corazón se destrozara más, agitándose mi pecho por la impotencia de que pensara así.

—No, por favor. No sigas, Darién. No te tortures de esa manera. Fui una miserable al decirte eso...

No me dejó seguir, trabándome en mis palabras al ver que me daba la espalda y reaccioné a tiempo, porque no estaba dispuesta a que la vida destruyera nuestro amor y lo que construimos juntos.

—¡Darién! —grité ahogada agarrándome a su cintura, impidiendo cualquier distanciamiento y dejando mi rostro sobre su espalda desnuda. Nos quedamos así unos segundos. Estábamos respirando agitados y destrozados, destrozados por mi culpa, lo sé—. Te estoy perdiendo, ¿verdad? —que se mantuviera callado y como una estatua de acero me confirmaba que sí—. ¿Lo recuerdas? Tus tres gestos preferidos. Los abrazos por la espalda —lo hice, rodeé con más firmeza mis brazos alrededor de su cuerpo dejando un momento mi rostro contra su espalda—, los besos con mordida—intenté dejar de llorar cuando me dispuse de puntillas a posar mis labios sobre su hombro y darle un leve mordisco terminándolo en un sonoro beso, pero sé que lo había sentido por



cómo se estremeció hasta sentir placer—, y los besos en el cuello —a punto de derrumbarme llegué a su cuello plantando mis labios temblorosos sobre su piel, gimiendo él sin poder resistir todo lo que le producía que lo hiciera—. Siempre te gustó que te hiciera eso. Y recuerdo también lo que me decías siempre: *En el amor no se espera, se conquista*. Tú me conquistaste.

Temblorosa, esperé. Solo pude permanecer pegada a su espalda. Estaba suplicando no haberlo perdido, no haberlo dañado demasiado. ¿Cómo la vida fue tan cruel con nosotros?

Se volvió hacia mí, despacio. Se me apretó el corazón al ver que las lágrimas recorrían sus mejillas, y que sus ojos vacíos de vida no dejaban de mirarme. Si me propusieran darme con un látigo en la espalda por el dolor que le había afligido a Darién, estaba segura de que aceptaría.

—He sentido como si hubiera esperado una vida para que volvieras a hacerme los tres gestos que más me gustan. No sabes cuánto deseaba que me lo hicieras cuando vivíamos en la mansión. Y cuando veía que no llegaba ese momento, sentía que te había perdido.

Esboqué una sonrisa rota al sentir su tono frágil.

Pero algo no marchaba bien. No se acercaba a mí para estrecharme entre sus brazos y jurarme con un beso profundo que nunca más nos separaríamos, y me asustó hasta sentir que mi *mundo* podría destruirse en un segundo. No podía perderlo. Aguanté las ganas de abalanzarme a sus brazos por temor al rechazo directo. Vi que apretaba los labios mirando un momento la estancia.

—Necesito más... por favor —me suplicó terminando en mí su mirada desgarradora.

Estaba desecha por todo, por cómo había tenido que sentirse Darién mientras vivíamos en la mansión, como debió de sentirse cuando quería que lo mirara como antes lo hacía o que lo tocara en la forma que deseaba, como debió de sentirse estos seis años llenos de una completa soledad y pensando que yo lo había abandonado. Comprendía que me pidiera más. Más *recuerdos*.

Asentí con la cabeza, soltando aire. Recordé cuando Darién se marchó con dieciocho años a Inglaterra. Le habían admitido en la universidad de Cambridge. Unos días antes, tuvimos una discusión porque él no deseaba alejarse tanto de mí, pero era una gran oportunidad que tenía que aprovechar y

yo no estaba dispuesta a interponerme entre sus sueños. No era de esas mujeres. El momento duro de la despedida en el aeropuerto seguía intacto en mi piel. Sabía que nos veríamos cada vez que pudiésemos, que teníamos los emails, las videollamadas, pero esa distancia aunque no fuera tan enorme, rompía mi corazón y más aún, porque yo tenía dieciséis años y estaba en esa *fase* de quererlo siempre a mi lado. Pero supe hacerme un nudo en el corazón y aceptar y desear que sus sueños se cumplieran. En un momento flaqueé, perdí la confianza al ver tanta distancia, y le solté llorando en la inminente despedida unas palabras que las seguía recordando (y estaba segura de que él también): *El amor se vuelve quebradizo y frágil cuando dos amantes viven en la distancia*. Entonces Darién se acercó a mi oído (antes de subir al avión), pegó su cuerpo contra el mío acariciando mi cabello, y me dijo las palabras que de nuevo me dieron la *irrompible confianza* absoluta en nuestro amor.

Él hizo más fuerte nuestro amor y confianza cuando todos los días, cada vez que descolgaba el teléfono y oía su voz, me decía la misma *frase especial* que me dijo en el aeropuerto.

Quitando de mis ojos las borrosas lágrimas, calmé mis temblores, preparada, pero también asustada porque no sabía si desearía decirme esa frase.

—Si yo te dijera: *El amor se vuelve quebradizo y frágil cuando dos amantes viven en la distancia*.

Todo permaneció en silencio. Su rostro desencajado por la culpa y el dolor... fue reviviendo, mirándome con una felicidad suprema. Y la sonrisa que extendió en su rostro calmó mi corazón atormentado. Sus ojos brillaron bajo las lágrimas.

—Yo te respondería: *De qué sirve la distancia cuando el amor es eterno*.

No lo pude soportar más y rompí a llorar sintiendo que me desvanecería bajo el suelo, que se volvió para mí tan quebradizo como mi corazón destrozado por ver como se encontraba Darién.

—Adalia —adelantó nuestra distancia de una zancada, y me tomó en sus brazos besando cada centímetro de mi rostro, agarrándome a su pelo con desesperación—. Kisa... Mi Kisa.

Nuestras piernas no resistieron más y nos dejamos caer sobre el suelo, pero

yo no llegué a tocarlo, porque Darién me puso sobre su regazo, sin dejar de tocarnos el rostro y besarnos.

—Soy yo... soy yo. Siempre he estado aquí, aunque no pudiera verte... siempre he estado. Lo siento.

Sus mejillas y las mías mojadas por las lágrimas, se rozaban desesperadas encontrándose nuestros labios una y otra vez.

—Lo sé... lo sé... —expresó intentando calmarme con sus caricias.

—Te quiero más que a mi vida. Nunca lo olvides. No puedo aguantar vivir sin ti ni un solo día más. Porque sigues siendo la luz de mi camino, el fuego de la pasión, y mi sol renaciente. Por un momento he creído que te había perdido para siempre.

El labio inferior le temblaba bajo una sonrisa, y toda la emoción que le inundaba tras mis palabras.

—Jamás. Un Brent...

Le tapé los labios para seguir yo.

—Un Brent no se rinde. Persiste, lucha y protege y adora con toda su alma lo que es suyo. Y tú eres mía. Sí, lo recuerdo bien.

Su rostro se iluminó de pura felicidad y volvió a besarme con más intensidad.

—¿En verdad ibas a dejarme ir? ¿Qué estuviera con más hombres y otros tantos años más separados?

Ví que su mirada salvaje se oscurecía al pensarlo, al pensar que otros me tocaran.

—Ni loco. Ya me conoces. Hubiera recurrido al plan B.

—¿Tenías un plan B? —dije plenamente feliz.

—Sí. Te habría pedido amablemente que me acompañaras. Lejos del mundo. Solos tú y yo.

Había sonado oscuro, peligroso y excitante. Me quedé un momento pensativa, acariciando con ilusión su rostro.

—Eso para un Brent se traduce como secuestro. Creo que me hubiese

dejado. Sí... definitivamente habría sido excitante.

Rio conmigo besando con dulzura mi frente y estrechándome más contra él, confortándome su calor, el calor que desprendían sus brazos que eran mi *hogar*.

—Aunque ya me lo había insinuado tu querida amiga Carla, que por cierto tiene una excelente imaginación. Ya lo tenía planeado. Ya te lo prometí, no iba a volver a dejarte escapar.

Acaricié con ternura la magulladura que rozaba su labio y cerró los ojos suspirando por mi caricia.

—¿Quién te lo hizo?

—Tu hermano.

Abrí los ojos atónita. ¡Mi hermano Max le había pegado a Darién! ¿Y él se dejó así sin más?

—Me lo merecía por haberte ocultado que soy Félix —alegó con profundidad como si conociera mis pensamientos—. Luego me amenazó que como no siguiera haciéndote feliz, me daría más que un puñetazo. Y le prometí que estaría dispuesto a dar mi vida por ti con tal de verte feliz.

Dejé caer mi cabeza sobre su hombro abandonando del todo mi cuerpo sobre él, que me tenía sostenida. Había sido todo tan intenso y doloroso que estaba machacada. Nos quedamos así durante un largo rato, sintiéndonos, porque eso era suficiente para nosotros.

—¿Y ahora qué? —pregunté sintiendo mi rostro hinchado por la llorera.

—¿Y ahora qué? —Dijo con un tono divertido girando mi rostro hacia el suyo—. Nos hemos reencontrado, siempre supe que estábamos destinados. Tenemos que recuperar seis años perdidos. ¿Alguna idea de cómo comenzamos, señorita?

Esboqué una sonrisa porque veía en su mirada a ese patán que me enamoró de niña. Claro que tenía una idea. Y más bien *perversa*, no salir nunca de la torre ni de esa cama que teníamos a unos pasos. Sus labios ansiosos deseaban de nuevo arrebatarme un beso voraz, pero yo siendo inesperado, eché mi cabeza hacia atrás. Él frunció el ceño asustado mientras me levantaba de su

regazo, y le mostré una sonrisa traviesa inclinándome hacia él y poniendo un dedo sobre sus labios.

—Espera —susurré.

Aunque me costó hacerlo, me separé de él caminando hacia mi bolso que estaba tirado sobre la cama. Cuando me volví, Darién estaba de pie y encorvado, no dejando de mirarme como un niño asustado.

Sin dejar de mirarnos saqué los papeles del divorcio. Al momento las palabras de Aiden me atravesaron el alma: «*Le costó lágrimas firmar y en dos ocasiones destrozó los papeles*». Dolía (como nunca antes me había dolido algo) imaginarme en esa situación a Darién. Pero algo frenó ese dolor. Una suave *lluvia* sobre el desierto por el que estos últimos años caminé, era una lluvia fresca que me hacía mirar hacia nuevos horizontes y respirar paz. Un papel no nos separaría nunca.

Su mirada se guió hacia los papeles y permaneció inmóvil y pálido, por mi siguiente paso. Estaba impactado de verlos en mis manos, cuando él creía que ya estarían firmados. No quería estirar más esta tensión que lo estaba torturando. Con fuerza y cogiendo los papeles por los extremos, los destrocé en dos partes mirándolo a él con firmeza.

—A la tercera va la vencida. Jamás te daré el divorcio Félix Darién Brent. Porque eres mío. Completamente mío.

Su mirada brillaba, contenía las lágrimas y se mordía los labios con fuerza asomando por fin una sonrisa triunfante que lo hizo reír.

—Y como me vuelvas a traer a tu abogado te...

Sin que me dejara acabar, se abalanzó hacia mí ahogando mis palabras en un beso, dulce, explosivo y lleno de fuego en el que supo bien aturdirme. Aún con nuestros labios pegados, llevó una de mis manos hacia su pecho, sintiendo sobre éste su corazón.

Bajé la mirada fascinada por su intensidad.

—¿Lo sientes?

Asentí.

—A esperado tanto por ti que ahora está como un loco por volverte amar

como antes. Y no va a cometer el mismo error de volver a dejarte ir... jamás.

La desenfundada emoción que me provocaron sus palabras, hizo que me abalanzara hacia sus labios que me recibieron con amor, orgullo y posesión.

—Estoy roto. Sin ti estoy roto, Adalia.

Los dos habíamos sufrido por la crueldad del destino, pero sabía desde el fondo que Darién había sufrido el doble que yo. Siguió vagando su mirada por mí aun no pudiendo creer que estaba aquí. Parecía un niño que lo había perdido todo. Y lo único que quería hacer mi ser, era derrumbarse y hacerse un ovillo. Pero no. Sería fuerte. Más fuerte que las tempestades.

—Repárame —me susurró con desesperación tocando mi rostro.

Asentí apretando los labios.

—Estoy aquí. Tu Kisa está aquí. Los dos volveremos a ser uno.

Me sonrió y devoró mis labios viajando sus manos por mi espalda.

—No he podido tocar a otra mujer... todo este tiempo... no he podido. Te lo juro. Ninguna mujer tiene el poder suficiente para tocarme, solo tú. Soy tuyo de todas las formas humanamente posibles —una lágrima se deslizó por su mejilla, esperando aterrado que no le creyera.

Aunque Aiden no me hubiese dicho nada. Habría confiado en Darién. Porque después de volver a ser yo, sabía cuánto había arriesgado él conmigo en nuestro pasado. Cuanto luchó por *nuestro amor*. Y me quería. Me quería más allá de los prejuicios, los peligros y las dudas que nos hicieron creer en nuestro *pasado*, aquellos que intentaron separarnos. Quería estar a mi lado pese a que dentro de cuatro años podía caer de nuevo en coma y no despertar jamás. O era posible que muriera.

—Lo sé. Te creo. Tú ya sabes que otro hombre no ha tocado lo que por ley te pertenece. Porque soy tuya aquí y en el tiempo que desee el destino marcarnos para que volvamos a encontrarnos. Porque nuestro amor es *eterno*. Es *infinito*.

—Te quiero —me expresó sonriendo y llegando esa alegría a esos ojos azules de los que estaba enamorada.

—Is grá liom thú —expresé en irlandés.

Me estremecí cuando sentí como deslizaba la cremallera que cerraba mi vestido por detrás. Aguanté mi respiración sujetándome a sus bíceps y sintiendo mi cuerpo vibrar, mientras dejaba una exhaustiva hilera de besos por mi cuello, y mis manos incapaces de estarse quietas, viajaron por su torso deleitándome y me di cuenta de que me miraba deslumbrante.

—¿Qué? —me sonrojé.

—Te ves hermosa. Demasiado para que seas un sueño.

Fruncí los labios, divertida. Mira que decirme hermosa cuando me había metido la llorera de mi vida. Pero así era Darién. Siempre haciéndome *sentir* amada.

—¿Así que sigues pensando que soy un sueño?

Me puso unos morritos encogiéndose de hombros para derretirse.

—Un poco.

—¿Un poco? —le fui empujando con suavidad hasta que sus piernas chocaron con la cama y lo dejé caer sobre ella, sonreí con picardía subiendo a horcajadas sobre él. Darién me sonreía pero estaba tenso y expectante debajo de mí—. Voy a tener que despertarte definitivamente.

—Yo desperté tu corazón.

—Y yo despertaré tu cuerpo —le guiñé un ojo.

Subí la falda de mi vestido hasta los muslos. Intenté controlarme para seguir con el juego, ya que su cuerpo me reclamaba por cada centímetro de mi piel. Y me moví de arriba hacia debajo de un modo lento y sensual.

—Adalia...

Arrastró las letras de mi nombre apretando los dientes.

Sonreí triunfal.

—¿Te acuerdas?

Su mirada lasciva y salvaje me decía que sí.

—Por supuesto que me acuerdo. Como olvidarlo. Cuando te regalé este vestido no perdías oportunidad de subirte la falda y restregarte contra mí tan descarada.

—¡Y tú me rechazabas!

—¡Tenías diecisiete años! Deseaba que te entregaras a mí cuando cumplieras la mayoría de edad. Y por Dagda... ¡cómo me torturabas! Ahora que lo pienso no sé cómo me resistí un año entero. Y todas esas frías duchas que me di para mantenerme sereno.

Lo dejé de torturar avanzando mi rostro hasta el suyo y mordisqueé su labio inferior tirando de él, mientras acariciaba con habilidad y puro erotismo su pecho. Ahogado por la excitación, sus labios intentaron besarme con una irrefrenable pasión, pero cogí mi autocontrol y bajé mis labios besando su pecho.

Gruñó agarrando las sábanas.

—Adalia, ya no eres una muchacha sin experiencia, ni yo tampoco... —era una advertencia que me divertía.

Fascinada y maravillada mis ojos recorrieron su torso desde la más sexy cicatriz, hasta la fibra muscular más perfecta de su cuerpo.

—Tú me esperaste y yo te esperé.

—Te pertenezco desde que nací. Pero eras tan cabezona por aquellos tiempos. No me creíste tan fácil —me recordó con una risa.

Fue un poco difícil creer en sus palabras cuando las chicas del instituto suspiraban por él, algunas me hostigaban con malas intenciones como la pobre tonta de Priscila. Una bruja de mucho cuidado.

—Refréscame la memoria. ¿Qué hiciste un noviembre cuando yo tenía diecisiete años?

Por un instante levantó su rostro, mirándome tan apasionado. Buscó en mis ojos que yo lo recordara y mi sonrisa juguetona le hizo reír.

—¿Me vas a obligar a decirlo, Kisa? —asentí buscando mis objetivos para que el fuego siguiera propagándose por su cuerpo—. En tu clase de historia que dirigía el señor Omar, tenías una obra de teatro, Romeo y Julieta. Tú ibas a hacer de Julieta y el que estaba coladito por ti, el cretino de Keane, haría de Romeo.

—¿Y qué más?



—Pues que me las ingenié para ser yo tu Romeo. Aquí el único que te puede besar y manosear soy yo. Aún recuerdo como nos aplaudían en el teatro. Fue alucinante.

Cerré los ojos saboreando en mi mente ese *especial* recuerdo que me colmó de amor y felicidad.

Besé y lamí la quemadura que se hizo por mi culpa. Su cuerpo me dio un empujón agarrándose a mis caderas y soltando bajo un susurro: *por los dioses*, mientras intentaba no perder la cordura.

Pero ese era mi propósito. Que la perdiera. Mis labios siguieron una línea de besos por su pecho, hasta llegar a la cicatriz que casi le rozaba el pezón izquierdo, la lamí de tal forma, que gruñó a punto de estallar. A través de mis pestañas vi su mirada eclipsada por los ardientes deseos de su cuerpo.

—Me estás matando, ¿lo sabías?

—No creo que lo esté haciendo. Según tú esto es solo un sueño.

Me puso mala cara, lo que consiguió hacerme reír mientras iba hacia mi último objetivo. Viajé hacia su costado izquierdo y lo encontré. Esa cicatriz que se hizo por mí. Y sé que estaba dispuesto a llenarse el cuerpo entero de muchas más para protegerme. Aunque la verdad no sabía de donde le venía esa *férrea* necesidad de protegerme de esa manera. Y él tampoco lo sabía, solo me dijo en su momento (hace tiempo) que le venía desde pequeño. Era cierto que esas tres cicatrices sobre su cuerpo le hacían más sexy, más oscuro y perfecto. Pero no volvería a permitir que se arriesgara de ninguna forma. Usar su cuerpo para proteger el mío. ¡Estaba loco!

Mis labios húmedos besaron la cicatriz con especial cariño por ser la primera que se hizo con solo apenas ocho años.

Sus manos hicieron más presión sobre mis caderas y subí mi rostro hacia arriba besando sus ansiados labios que me esperaban voraces y hambrientos. Me devoró como un poseso y me encantaba que volviera a ser él, y que no decayera. Grité cuando nos intercambiamos los papeles y ahora era yo la *prisionera* de su cuerpo.

Me perdí en el amor de sus ojos.

—Tengo que atender seis años de carencias insatisfechas por ambas partes.

—Tienes mucha razón. Tienes mi permiso para devorarme —le guiñé un ojo.

Con maestría el vestido voló de mi cuerpo y no sé en qué parte acabó de esta habitación. Le ayudé a deshacerse de sus pantalones haciendo que al fin los dos quedáramos desnudos, sin retener nuestras emociones y sentimientos.

—¿Sabes lo insoportable que ha sido estar estas dos semanas sin ti? Creí que moriría si no volvías a mis brazos —me hablaba con un deje de amargura que intenté desterrar mientras lo besaba.

Mi corazón se contrajo sintiéndose culpable. Aiden me afirmó que solo deseaba oscuridad... Cerré los ojos un segundo. Dios, como pude infligirle tanta magnitud de daño.

Observé y sentí como veneraba mi cuerpo con sus labios y sus ojos, que me hechizaban y me hacían sentir amada. Teníamos al *desnudo* nuestras almas, nos hablábamos con la mirada y nos amábamos con cada beso.

Se detuvo al observar una frágil lágrima resbalar por mi mejilla. La observó enternecido para luego hacerla desaparecer con un beso que llegó hasta mis labios.

—¿Qué te ocurre? —me susurró tan tierno que llenó mi corazón de gozo.

Mis ojos brillaron por las lágrimas.

—¿Crees que Thief puede volver? Necesito que vuelva.

Torció una sonrisa en cuanto oyó ese nombre.

—Puede ser, solo tienes que llamarlo con tus caricias y besos. Despertarlo con la pasión que me demuestres.

—Tiene que hacerlo Darién, es urgente. Desde el día que te eché de nuevo de mi vida —vio mi dolor reflejado en mi voz e intentó hablar, pero le puse un dedo en sus labios y seguí—, Thief me devolvió mi corazón, y ese día estuve destrozada y mi alma se quebró. Siempre has tenido mi corazón, Darién, siempre. Y necesito que Thief resurja y se lo lleve, para que vuelva a cuidarlo como siempre hizo. ¿Crees que a pesar de todo podrá volver?

Torció una sonrisa acariciando su nariz con la mía en un intento por sosegarme.

—Él está aquí desde el mismo momento en que le has dejado entrar a la torre. Y no volverá a marcharse. Nunca. Pero yo a cambio te pido algo. Coge mi corazón y cuídalo, porque siempre fue tuyo mi banphrionsa. Tuyo y de nadie más.

Besó mis labios con intensidad, nuestros pechos se unieron y dejé una mano sobre su corazón sintiéndolo. Dejé escapar un suspiro de regocijo por sentirlo y oírlo latir tan intensamente, porque yo era la causante de que latiera de esa forma.

—Mi dulce, Deva. Vas a ahogarme en la pasión que emanas de ti y no me importa.

—Entonces agárrate fuerte porque ambos volveremos a subir a la superficie. Siempre lo haremos.

Y entró en mí con suavidad y lentitud, haciéndome experimentar una de las sensaciones más estimulantes de mi vida. Gemí arqueando mi cuerpo y rodeando mis manos por su cuello. Me quedé un momento eclipsada y colmada por el anhelo, maravillándome sentirlo dentro de mí.

—El fuego no se ha extinguido entre los dos... —fui besándolo sintiéndome dichosa.

Su mirada tierna y salvaje me hechizó.

—Ni se extinguirá jamás.

Nos ahogamos en la pasión desenfrenada y voraz que nos hizo estallar desatando todos nuestros sentimientos.

Yo era *Kisa*. Él era *Thief*. Dos corazones atolondrados que estuvieron destinados al nacer. De niños no conocimos la maldad, de mayores comprendimos que cuando el destino te daba un revés de los que dejaban huella, solo podías hacer una cosa. Levantarte y seguir luchando y persiguiendo tus sueños.

Mi *sueño* era Darién. Mi *lucha*, permanecer a su lado para siempre.

Siguió moviéndose contra mí despacio, besándome apasionado y saboreando cada centímetro de mí, sintiendo que nuestros corazones luchaban por latir más fuerte, y le supliqué que no se detuviera. «Nunca», fue la palabra

que brotó de su garganta mientras todo se volvía más intenso e insaciable entre los dos, y esperé con él la gloria del éxtasis... juntos llegamos al mayor placer que había entre un hombre una mujer cuando decidían ser un solo ser.

Me llenó de «te quiero» el rostro, con alguna palabra más de amor en irlandés y lo abracé con más fuerza explotando de felicidad.

\*\*\*\*\*

La noche había caído. Y Darién se levantó un momento para encender un par de velas más. En la torre había un generador de luz, pero no tenía batería desde hacía tiempo. Cuando volvió, me rodeó con sus brazos haciendo que descansara mi cabeza sobre su pecho.

Estuvimos un largo minuto sin decir nada.

—No he conseguido ser el hombre de tus sueños. Al final fracasé.

Apoyé mi barbilla sobre su pecho mirándolo y alzando una ceja.

—Siempre fuiste el perfecto hombre de mis sueños. Pudiste pasar de mí el día que volvimos a vernos, pero me seguiste. Volviste a por mí. Y no cejaste hasta volver a conquistarme. Has despertado mi corazón reclamándolo tuyo. ¿Por qué tardaste tanto?

Hizo una mueca.

—Por necio, por estúpido y porque creía que eras feliz sin mí con tu nueva identidad americana. He sido un imbécil este año. Si tú no me hubieses pedido que te acompañara a Irlanda, hubiese recurrido a algún plan para volver a tenerte conmigo. Ya no podía más. Verte y no poder tocarte. Tan cerca pero a la vez tan lejos. Los años me han hecho comprender que no puedo vivir sin ti. He echado de menos tu piel —fue acariciando mi cuello con suavidad—. Tu perfume de lavanda que me volvía loco. La forma en la que me acariciabas, tu carácter... Puedo llegar tarde, pero jamás me hubiera rendido porque eres y siempre serás la dueña de mi vida. Mi astuta y felina Kisa.

Suspiré feliz besando su pecho donde estaba el nombre Kisa.

—¿Me llevarás a Nueva York? Quiero ver la Torre Brent.

—Por supuesto que te llevaré. Quiero que mis empleados conozcan a la señora Brent. Además las últimas cinco plantas son un complejo de vivienda.

Una es mía, así que también quiero mostrarte eso.

—Así que multimillonario, ¿eh? —le dije recorriendo mi dedo por su pecho haciendo que se riera.

—La verdad es que le debo mucho a Aiden. Es el segundo socio mayoritario, sin él Industries Brent no hubiera sido posible.

—¿Y el tercer socio mayoritario quién es? Te busqué por internet y... — Darién se quedó boquiabierto—. Sí, no me mires así. Venga vamos, dime quién es.

—Él prefiere que nadie lo sepa. Pero lo conoces. Y bastante.

—¿Ah, sí?

—De hecho has hablado muchas veces con él —siguió picándome.

—No es justo, dímelo. No soy adivina.

—No. Lo siento, cariño.

Pero supe que aguantaba esa sonrisita que le salía a veces, evidenciando que le encantaba ocultarme información que me hacía ser demasiado cotilla. Ah, pues si él jugaba con fuego se quemaría, porque estaba dispuesta a descubrir ese tercer socio. Y sí, jugaría con el sexo para sonsacárselo. Y ganaría. Siempre ganaba cada vez que yo quería algo. Pero por el momento lo dejaría pasar.

—No quiero que vuelvas a soñar que te soy infiel incluso en los sueños. Porque con la mujer que voy a tener hijos es solo contigo.

Me quedé impactada y abrumada mirándolo a los ojos que me demostraban el amor que me tenía tan grande. Como sabía... cerré un segundo los ojos al pillarlo con rapidez.

—Carla —susurré.

—No la culpes. Me lo contó porque estaba muy preocupada por ti. Hubiera dado todo mi dinero, por haber estado esa noche contigo y abrazarte con fuerza mientras te susurraría en el oído que la única que domina mi mundo eres tú.

—Nos costará Darién, tener hijos —dije acongojada.

—Tardemos lo que tardemos. Los tendremos.

Me hizo sonreír volviendo a poner sobre su pecho mi rostro, reteniendo a la llorica que deseaba volver a resurgir en mí.

—Aunque si quieres podemos empezar ya —ronroneó en mi oído pasando con sensualidad un dedo por mi costado.

Reí haciéndome estremecer su forma de tocarme y como me apretaba más contra él.

—Creo que oficialmente hace semanas empezamos esa tarea.

—Sí, pero hemos tenido un parón. Y tengo mucha hambre.

—¿Mucha? —dije con una dulce inocencia.

—Hmm.

Enlazó sus labios con los míos y por un largo tiempo no fui dueña de mis deseos. Pero algo en mi interior me reconcomía y aparté mis labios de los suyos aclarándome la garganta.

—Darién, quiero que sepas que aunque tú te hicieras pasar por gigoló, jamás pensé en pasar una noche con alguno. Nunca se me cruzó por la cabeza. Solo lo hice contigo porque me despertaste. Despertaste mi corazón dormido.

—Lo sé —dijo con seguridad.

—Aunque casi todos los días un chico me ofreciera la propaganda del Club Seducción.

Sentí como sus brazos se tensaban alrededor de mí y no respiraba, y esperé con una sonrisa traviesa como actuaba tras mi comentario intencionado.

—¿Qué un chico, qué? Ya me estás diciendo quién es. Oh no, señorita, borra esa sonrisa de esos labios tan apetecibles. ¿Con qué derecho lo hizo? ¡Eres mi mujer!

—No te me pongas gallo que el pobre muchacho no lo sabe.

Bufó un gruñido cruzándose de brazos mirando al frente.

—Me enerva la sangre pensar que te han ofrecido gigolós como si nada.

Ahugué la risa en su pecho y levanté la mirada juguetona hacia la suya

enojada y muy celosa.

—No cambiaría mi tierra irlandesa ni a mi Thief que es un puro fuego irlandés, por nada del mundo.

Su semblante se apaciguó bajo un suspiro, mirándome con orgullo y un deslumbrante optimismo.

—Siempre tuve curiosidad de por qué me llamas Thief desde que éramos unos niños.

—¿Y tú con Kisa? —inquirí curiosa apartándome para poder sentarme. Él hizo lo mismo—. Siempre que te lo preguntaba esquivabas mi pregunta.

Sonrió mirando las sábanas a la vez que cogía mis manos.

—Supongo que ha llegado la hora —su tono pícaro no me gustaba nada porque escondía mucho—. Kisa significa gatita. Decidí que necesitabas un apodo que reflejara con tu carácter.

Me quedé boquiabierta y pasmada. ¡Cómo! Kisa. Gatita. Kisa. Gatita. Ay Dios, para él era una gata.

—¿Me has apodado toda la vida, gatita? ¡No es nada original! —puse los brazos en jarras enfadándome.

Él frunció el ceño dispuesto también a dejarse enfadar, porque no se había esperado que me enojara.

—Perdona, pero sí creo que sea muy original. Has visto cómo me llamas tú. ¿Por qué siempre me llamas, Thief?

Parpadeé estupefacta de que nunca lo hubiese pillado el muy zopenco.

—¡Porque robaste mi corazón siendo una niña zoquete, y aún no me lo has devuelto!

Sus ojos chispearon un abrasador fuego que cimentó en mi piel al saber que era deseo y satisfacción. Torció la sonrisa más pícaro que me había puesto en la vida y dejó un dedo índice sobre mi pecho.

—Humm de verdad —ronroneó satisfecho.

—No intentes alejar el tema —aparté el dedo de mi pecho algo malhumorada—. Al menos el mío es romántico y original.

—Creo que gano, cariño. Kisa es más original y romántico. No creo que otro niño hubiera aguantado todas las jugarretas que me hacías mi querida Deva. Aún recuerdo cuando te colaste por la ventana y me pegaste con pegamento aquel nido de pájaros, cuando dormía una siesta. ¡Tuvieron que cortarme el pelo! Y esa por desgracia, no fue la única trastada que me hiciste.

Intenté reprimir una carcajada. No lo recordaba muy bien, pero pronto lo haría, estaba segura de ello.

—¡Eres un ladrón! —le acusé rabiosa.

—Y tú una gata —me señaló más tranquilo con el dedo—, astuta más bien. Que no se está quieta ni cuando duerme. Y te recuerdo que aquí el mayor soy yo. Nos llevamos dos años y cuatro días.

Lo sabía, sabía que tarde o temprano me sacaría ese tema que enervaba tanto mi sangre.

—¡Agg como detesto esos cuatro días! Te encanta restregármelo. ¡Devuélveme mi corazón! —le extendí mi mano echando chispas.

Su sonrisa canalla la extendió en sus labios cruzándose de brazos con aspecto complacido.

—Lo siento, no se admiten devoluciones.

Y dejando mis mejillas infladas, nos quedamos en silencio mirándonos un rato, asomándose una sonrisa en nuestros labios porque no aguantábamos más esta absurda tensión. Y comenzamos a reírnos.

—¡Dios mío! —reí sin cesar.

Darién rodeó sus manos sobre mi cintura estrechándome contra él y besó mi frente.

—Volvemos a ser uno.

—Sí, y sobre todo a pelear por tonterías —dije con las mejillas encendidas de vergüenza.

—Tonterías que refuerzan más nuestra unión.

Pero al momento caí en algo que me crispó del todo. Y que esta vez hizo que La Destructorora hiciera su aparición. Ah, casi se libraba el muy canalla.



Cogiendo una almohada se la estampé en la cabeza.

—¡Toma!

—¿Pero ahora que he hecho? —me reclamó frotándose la cabeza guiñando los ojos pero sonriente—. Vamos a tener el record más corto en reconciliaciones. ¿Estás comenzando nuestra famosa guerra de almohadas? ¿Ahora que penitencia me va a caer?

—Eso por decirme en mi despacho que satisfaces el placer íntimo y fantasioso de cada mujer. ¡Mentiroso!

Darién estalló en una carcajada relajándose y haciéndome inflar mis mejillas.

—Te pusiste celosa. ¿Y qué querías que te dijera? Tenía que actuar. Y por lo que veo me salió muy bien.

—¡¡Pues toma!! —le golpeé de nuevo con más fuerza dos veces seguidas.

Detuvo la sonrisa tan satisfactoria al picarle más que la anterior vez. Mi cara deslumbraba la *victoria*.

—Como estamos con esta guerra, tal vez te gustaría saber que he tenido todo el tiempo la llave de la torre desde que estamos aquí encerrados.

Me quedé como una piedra. Mis ojos flamearon fuego, pensando en ese momento que escaló para nada la torre y a mí me había quitado tres años de vida. ¡Tres años! Eran demasiados. Y sé que me lo había dicho porque quería verme furiosa como La Destructora. ¿Pero qué era, masoca?

—Agg yo te mato —le volví a estampar la almohada con más pericia y mala leche—. ¡Has podido matarte inconsciente!

Aulló como un lobo cuando le di en la entrepierna y me entrecerró los ojos.

—Oye, no más eh, no más. Porque entonces yo... —se volvió cogiendo la otra almohada—. Te digo toma, por ponerme celoso en la discoteca. Y por este año en el que me he vuelto loco de celos.

Me estampó la almohada en la cabeza mareándome por un momento. Gruñí en alto al no poder esquivarla a tiempo engulléndome el cabreo.

—Yo no tengo la culpa de salir en las revistas —volví a golpearlo.

Y él me devolvió el golpe de almohada.

—Podías haberlo evitado.

Yo parecía una loca con los pelos revueltos y él al revés, incluso con el pelo revuelto estaba para darle un mordisco de lo sexy que se veía. ¡No era justo!

—Eres un patán.

Suspiró complacido, relajando su respiración agitada por la guerra de almohadas.

—Gracias, me encanta oírlo.

Cuando intenté de nuevo golpearlo con todas mis fuerzas, esquivó el golpe haciendo que cayera boca abajo sobre la cama, oyendo su risa. Sin darme tiempo a levantarme al estar indefensa, se puso encima de mí quitándome de las manos la almohada y dejando (por su seguridad) mis manos ancladas detrás de mi espalda.

—Suéltame por las buenas, Darién. Te mereces que te golpee. No tengo bellotas, así que será con la almohada.

—Ya tendrás tiempo de tirarme bellotas. Lo estoy deseando. Pero... —sentí como su aliento recorría mi cuello plantándome pequeños besos ahí. Maldito sea. Esa era la fórmula exacta para bajar mis cabreos. Dejé de respirar con aceleración—. ¿Y si dejamos la guerra de almohadas para más tarde y dejas que siga complaciéndote en todo lo que me pidas?

No había nada que pensar. Ya me tenía sucumbida al deseo y a él. Giré mi rostro hacia Darién y automáticamente sonreí. Al ver esa sonrisa, aflojó mis manos soltándolas y me volví por completo hacia él, dejando la *guerra* a un lado y rindiéndome al *amor*.

\*\*\*\*\*

El amanecer se filtraba por las rejillas del balcón. Suspiré feliz. Y eché una mirada hacia el cuerpo que tenía debajo de mí. Besé su cuello y me acomodé sobre su pecho volviendo a dormirme porque no tenía ganas de salir de mi paraíso particular.

Hasta que sus besos me volvieron a despertar, dándome la sorpresa de un

suculento desayuno que había traído de Killarney.

—No puedo más —dije a punto de reventar masticando. Un café, dos croissants, nuestro famoso Kit-Kat que nos había traído hermosos recuerdos, y un rico pudding de queso eran más que suficientes para sentir que en cualquier momento explotaría.

—Sí, sí que puedes —me pasó otro croissant con tranquilidad—. Tienes que recuperar muchos kilos. Estás muy delgada y sé que es mi culpa, así que enmendaré el error.

¿Muchos? ¿Pero cuántos creía Darién que había perdido? No estaba esquelética.

—¡Si hombre! —Le di un manotazo a ese croissant espantada, haciendo que volviera a la bandeja—. ¿Quieres que me ponga como una vaca?

—Ellas se alimentan bien. Tú no lo estás haciendo, por lo menos tienes que engordar cuatro kilos.

Abrí los ojos como platos. Ni loca lo haría. Me crucé de brazos muy cabezota.

—No lo voy hacer.

—Come —dijo con tono grave y autoritario.

Uy, eso era una orden. Entrecerré los ojos.

—Oblígame —le dije como reto.

No lo haría. Con una expresión cautelosa, fue asintiendo con la cabeza poco a poco mirando la bandeja, pero torció una sonrisa.

—Bien. Sabes qué puedo hacerlo y que ganaría —oh sí, eso lo sabía de sobra—. Puede que en otra ocasión lo haga, si te niegas a comer —me advirtió con tono divertido pero decisivo.

Suspiré maravillada y me puse de rodillas inclinándome hacia él plantándole un beso en los labios.

—Gracias por comprenderlo, cariño.

Pero mientras me dejaba caer hacia atrás, algo apagó mi sonrisa, algo que me inquietaba y no me dejaba en paz. Miré a mi chico que recogía la bandeja

de la cama dejándola sobre la mesita de noche.

—¿De verdad vuelvo a ser tu Kisa? —Él se giró hacia mí frunciendo el ceño—. Quiero decir, he estado seis años perdida, vagando sola en un desierto donde no había nadie más. He vuelto a recordar, me siento más segura, más feliz, aún me queda camino pero... ¿Crees que ha vuelto la Kisa de la que te enamoraste?

Sonrió con dulzura derritiendo mi corazón. Y recogió de mi frente un mechón de mi pelo, observándolo entre sus dedos.

—Sigues siéndolo. Representas todo mi universo, Adalia. Aunque sé que al principio no pudieras verme, no perdí la esperanza de qué volverías a ser la Kisa que robó mi corazón.

Sus palabras renovaron mi confianza sintiéndome complacida y enterró un beso en mi cuello para hacerme sentir mejor.

—¿Sabes que gracias a ti volví a la vida? Quiero decir, desperté del coma gracias a ti.

Alzó las cejas sorprendido.

—¿Sí? No aumentes mi ego, señorita.

Me reí negando con la cabeza.

—Es cierto. Era un sueño hermoso. Era El Puerto de las Almas perdidas. ¿Te acuerdas de él? Nuestros abuelos no paraban de hablar de ese lugar fantasioso. Ese lugar en el que puedes caminar sobre el agua y llegar así al *Otro Mundo*. Era tan hermoso ese lugar, y apareciste antes de que caminara hacia el agua —Darién se tensó pero siguió escuchando—. También había una mujer pero no podía verla bien. Me pedías que no cruzara el agua dorada. Una de tus últimas palabras las tengo muy grabadas, fueron: *Lucha, Adalia. Vive por mí. Y espérame. Porque nada ni nadie va a detenerme.*

Terminando fascinada por ese sueño, volví mi rostro hacia Darién que estaba blanquecino e inmóvil.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

*Humm. Mentiroso.*

—Se te sobresale la vena de la frente. Félix Darién Brent, ¿qué me estás ocultando?

—Nada. Te lo juro. Es que me he puesto a pensar en tu sueño y... —su voz fue apagándose bajando la mirada a las sábanas.

—Oh, Darién —lo abracé contra mí intentando alejar su amargura—. Solo fue un sueño. Ya nada volverá a separarnos.

—*Din-don. Din-don. Din-don.*

Darién y yo volvimos nuestros rostros desconcertados hacia el balcón, al oír esa voz tan familiar.



## El reencuentro de un amor destinado

(Parte 2)

—¡Tú eres tonto o qué! ¿Para qué haces esa tontería del timbre? —se escuchaba a una indignada Ashelia.

—Como verás la puerta carece de timbre y suponiendo que ellos estarán arriba y en plena reconciliación, tal vez tocar la puerta carece de sentido si no me van a oír —y ese que argumentaba tan específico era Max.

—Unas de tus peores reflexiones. Din don, din don. Tu más tonto no has nacido.

—Pues tú también eres tonta porque acabas de repetirlo. De lista tienes poco.

—¡Agg no te soporto!

—Creo que la caballería ha llegado —afirmé sonriente.

—La sangre de los Knightley y los Brent siempre se han atraído desde hace siglos. Pero creo que ellos no van a seguir con la tradición —dijo algo sarcástico Darién mirando el balcón, y como esos dos de ahí abajo no dejaban de discutir.

—Sí, pero creo que se llevan mal. Lo que me sorprende —apunté sin creerlo.

—Como nosotros cuando éramos unos niños. Pero cuando se metían contigo yo era una fiera. El único que podía meterse contigo era yo.

Alcé las cejas con aspecto divertido.

—Oh, pero yo ya sé cómo dominarte, fiera. Con los años aprendí que poder tengo sobre ti.

—Lo dudo —refunfuñó cruzándose de brazos—, soy de acero.

Me acerqué a sus labios besándolo e incitándolo, pero dejé sus labios siguiendo una hilera de besos por su cuello con leves gemidos que hicieron tensar su cuerpo intentando resistirse a la tentación. Pero el pequeño

mordisquito sobre su cuello le hizo temblar de un completo placer pegando un gruñido de derrota. Y al instante me rodeó con su poderoso cuerpo volcándose sobre la cama y sintiéndome victoriosa, porque su mirada salvaje y excitada recorría la abertura abierta que dejaba ver la camisa sobre mis pechos.

—Me acabas de derretir. Eres una Kisa muy mala —acercó sus labios a los míos besándome y tirando de mi labio inferior.

Reí mientras me guiñaba un ojo y se daba la vuelta saliendo de la cama enfundándose en sus vaqueros, y después bajó las escaleras apresurado. Inundándome la felicidad, me estiré sobre la cama saboreando todas las buenas sensaciones. Después de unos minutos, regresó con una mochila en sus manos.

—Nos traen provisiones —la señaló sonriente.

—Adoro la encerrona que nos han hecho todos.

—Y yo más —se inclinó hacia mí para darme un beso en los labios—. Dentro de unos días hay una gran comida en la mansión Knightley. Al parecer nuestros padres vuelven a Irlanda unos días.

—Me alegro —dije pensativa por algo.

—¿Qué te ocurre? —me pilló al vuelo mi estado sentándose a mi lado.

—¿Crees que he cambiado mucho? ¿Qué las personas que me conocen de toda la vida ya opinen distinto de mí? Y no me mientas.

—Bueno, solo tengo una forma de demostrártelo.

Me cogió de la mano haciéndome salir de la cama. Se acercó hasta la mochila sacando un vestido negro sencillo de muselina.

—¿Adónde vamos?

No me habló, lo que me hizo suponer que esto ya lo tenía planeado, solo se dedicó a desabrocharme su camisa que cubría mi cuerpo. La sonrisa que extendió por su rostro tan traviesa no era una buena señal.

—Vamos a ver si la gente piensa distinto. Vamos a Killarney.

—Darién, no —intenté cubrirme a tiempo pero me despojó con habilidad la



camisa.

Le puse mala cara.

—Oh, sí —continuó sonriente a la vez que bajaba la cremallera del vestido y me ayudaba tan caballeroso a ponérmelo—. No quiero que tengas dudas. Luego te daré una sorpresa que llevo deseando darte desde hace mucho.

Una vez listos, tiró de mi mano bajando por las escaleras y salimos de nuestra amada torre. No podía creer que estuviera haciendo esto. Me removí mil veces inquieta en el asiento del deportivo de Darién hasta que llegamos a Killarney. Intenté ponerme una bolsa en la cabeza pero Darién no me dejó. Juraba que estaba dispuesta a ello con tal de pasar desapercibida, bueno, aunque pensándolo mejor, una bolsa en la cabeza llamaría bastante la atención. Y yo creo que cubrí mi *cupó* cuando fui una niña e hice tantísimas trastadas que se me pasaron por la cabeza no pensando en las consecuencias. Darién aparcó en una calle, la reconocí al instante por aquí había paseado infinidad de veces y porque a unos metros de mí estaba mi tienda de libros favorita: *Killarney BookShop*. Emocionada, miré el establecimiento tan pintoresco y verde. Recordé al momento como cada semana Darién entraba a esa tienda y me compraba un libro romántico de los míos, y me daba la sorpresa de su regalo cuando todas las tardes nos reuníamos en nuestro amado árbol y juntos leíamos. Estaba segura de que pronto me sorprendería con eso. Lo estaba deseando con locura.

Darién cogió mi mano con una tranquilidad admirable y caminamos por la calle. Muchas de las personas nos miraban y apreté mucho más la mano de Darién con esos cientos de ojos mirándonos.

—Nos están mirando —le susurré con nerviosismo.

—Normal. Estamos mucho tiempo sin aparecer por esta parte de la ciudad. ¡Señor Connor! —exclamó Darién parándonos frente a una licorería. En la puerta había un hombre de unos sesenta y pico, algo barbudo y muy canoso, barriendo con una escoba. Al oír la voz de Darién se dio la vuelta con una sonrisa, pero en cuanto me vio se le desvaneció como si hubiese visto un fantasma.

—¡Por San Patricio! La Destructorora ha vuelto —agrandó sus ojos como si no lo creyera.

—Señor Connor —me alegré de recordarlo. Cierto que no tenía una buena opinión de mí, le había hecho alguna que otra trastada en mi niñez. La última; hacerle una leve lesión en la espalda al resbalarse por el suelo de su licorería tras tirar dos o tres botellas. No fue nada, bueno, eso creía yo.

—No te acerques.

Agitó sus manos en la distancia como si así pudiese ahuyentarme. Seguía igual de cascarrabias.

—¿Cómo va su espalda, señor Connor?

—Bien. Bien —me hacía gestos con las manos para que no fuera más hacia él. Darién aguantaba reírse a mi lado al ver la escena. Connor abrió la puerta de la tienda solo metiendo su cabeza pero sin perder mi visión al no fiarse de mí—. Estela, me voy a comprar el pan —fue marchando hacia atrás sin quitar sus ojos de mí—. Adalia, muchacha, no te acerques a mí.

—Pero...

—No. No. Darién me alegro de verte, muchacho. A ti no... a ti te quiero lejos —me señaló escéptico cruzando la calle a toda prisa farfullando en irlandés algunos tacos propios de él.

Darién se destornilló de risa y me giré hacia él perpleja y con cara de sorpresa, pero sonriendo.

—Han pasado más de catorce años desde esa trastada. ¿Por qué no la olvidas? ¿Y por qué a ti te adora? Aunque tú fueras *El Protector* también hiciste alguna que otra trastada.

Conteniendo su adorable risa, se fue acercando a mí cogiendo entre sus manos mi rostro y plantándome un beso.

—Cariño eres La Destructora, contra eso nadie ha podido competir. ¿Estás satisfecha?

—Unos pocos más —puse un rostro de niña buena aleteando mis pestañas—. Por favor.

Él suspiró poniendo los ojos en blanco sin perder el optimismo y seguimos calle arriba.

Volvimos a encontrarnos con Eustaquio el lechero, el policía Rick, ahora

jubilado y con ocho nietos que lo llenaban de alegría y mucho amor, la panadera Cleta se emocionó tanto al verme que estuvo una hora relatándome toda su vida y como le iba. Menos Connor, todos se alegraban de vernos y me volvieron a recordar alguna que otra picia (sin rencores, claro) que les hice y que me sacaba los colores.

—Ahora la sorpresa. Está un poco lejos —me indicó Darién con cierto misterio volviendo los dos al deportivo.

—¿Dónde está?

—En el condado de Mayo —me guiñó un ojo todo patán.

Me quedé mirándolo. No quería hacerme ilusiones. Pero recordaba bien que era lo que me prometió que haría en dicho condado la última vez. Miré la carretera ansiosa porque llegáramos. El condado de Mayo fue donde nació Darién. Daniel y Kyra estaban visitando unos amigos, cuando Darién decidió salir al mundo sin esperar a que llegaran al condado de Kerry.

Darién siempre había dicho que una parte de él también era de ese hermoso condado. Y ambos estuvimos de acuerdo en que podíamos vivir allí alguna que otra temporada cuando la casa estuviera terminada. Su abuelo Owen y él tenían en común haber nacido en el mismo condado. *Una casualidad del destino.*

No me quedó más remedio que aceptar la última petición que me dio. Vendarme los ojos. Cuando el deportivo se detuvo finalmente, me ayudó a bajar y caminamos por un camino de gravilla al sentir como mis botas golpeaban esas pequeñas piedras. Y unos segundos después nos detuvimos.

—Si no te gusta podemos cambiar lo que quieras —lo oí algo nervioso; impropio en él.

Esperó unos segundos más impacientándose.

—Quítame de una vez la venda, Darién.

Lo hizo. Parpadeé unas pocas veces y grité tapando mi boca al verla. Estuve un momento sin reaccionar al embargarme demasiadas cosas en mi interior. La gran casa que me prometió que me construiría era un sueño hecho realidad. En nuestro pasado habíamos hablado tantas y tantas horas de ella, que tenerla frente a mí, fue como viajar a esos días.

Las emociones me llenaron de una dicha que quise gritar de júbilo. Nada más a unos pasos de mí, tenía una gran casa que me dejó con las lágrimas brillando en mis ojos. Ahora mismo no sabía que decir, me estaban embargando tantas emociones a la vez, que me era imposible soltar alguna palabra coherente. Darién vio mi emoción reflejada en mis ojos humedecidos y en el pequeño temblor de mi cuerpo e hizo lo que más necesitaba en estos momentos, me abrazó por la espalda depositándome un beso en el cuello y observando también con ilusión la casa. Mis ojos vagaron por las ventanas de la primera y la segunda planta enmarcadas de blanco, seguido del ladrillo gris de la fachada y del enorme tejado azul marino. Se veía deslumbrante y lujosa. Un camino de piedra llevaba hasta el garaje y la entrada principal. Cerca de la puerta principal había un porche, y muy cerca de él había construida una pérgola con un tejado del mismo color que la casa. Esa misma pérgola que le pedí para mis tardes de verano cuando leyera mis novelas románticas.

Al momento, efectuó un recuerdo alejándome de la realidad.

*Era de noche, hacía frío, y una niebla rodeaba la Torre de los Sueños, pero nosotros estábamos resguardados en el calor que desprendía nuestro nido de amor. Darién y yo estábamos sobre la cama, teniendo un montón de planos esparcidos por ella de las diferentes propuestas para nuestra futura casa. Discutíamos, reíamos y suprimíamos lo que no queríamos en nuestra casa.*

*—Mira, aquí quiero que vaya la pérgola —señalé en el plano que más me gustaba de los cinco que había hecho él—. Yo creo que un tono azul marino le irá perfecto al tejado, me alegro que eligieras el ladrillo gris para las paredes, le va perfecto... ¿Darién, me estás escuchando?*

*—Eh, sí —apoyado sobre un codo y estirado sobre la cama, quitó sus ojos tan ardientes de mi escote demasiado sugerente. Sonreí maliciosa mirando un segundo mis pechos—. Quieres un porche dentro de una pérgola.*

*—¡Pero qué dices! —Exclamé en una risa—. No me estás prestando atención. Y parece que estoy hablando sola como una loca.*

*—Pues deja de ponerte esos vestidos que piden a gritos ser arrancados para poseerte. Me vuelven loco.*

*Le tiré el boli que tenía entre mis manos sobre su cabeza inflando mis*

*mejillas, pero no estando verdaderamente enfadada. Él me miró un buen rato retirando hacia atrás un mechón rubio de mi frente y depositándolo detrás de mi oreja.*

*—Claro que te he escuchado. Nunca se me olvida nada de lo que me pides. Porque mi mayor deseo es hacer tus sueños realidad.*

*Embargándome la emoción, mordí mis labios y esturreé hacia el suelo los planos de la casa, invadiendo los labios de mi futuro esposo y poniéndome a horcajadas sobre su cuerpo, rodeándome él con sus brazos muy complaciente.*

*—¿Que habré hecho yo en mi anterior vida para que me tocara un hombre como tú? —pregunté con cierta chispa divertida.*

*—Eso solo lo sabe el destino, banphrionsa. Pero lo mismo me pregunto yo.*

No pude evitar llorar por el recuerdo mirando a mi esposo, y porque había hecho nuestra casa realidad a pesar de la incertidumbre de nuestros caminos para volver a *reencontrarnos*. Sus pulgares despejaron con suavidad mis lágrimas sonriéndome con dulzura mientras miraba conmovida cada detalle de los terrenos; la hierba que rodeaba la casa, la fuente que tenía una gran roca en medio deslizando agua, los árboles que se asomaban por el tejado situados en la parte de atrás de la casa. Y mi olfato percibió un aroma intenso y agradable que tanto me gustaba inspirar. El mar no estaba tan lejos al percibirlo en el ambiente.

*—La casa de tus sueños. Está construida desde hace tres años.*

*—Darién —me abalancé hacia él y me recibió en sus brazos besándonos—. Te quiero. Y me encanta, todo. Pero esto es demasiado.*

*—Nada es demasiado cuando se trata de ti. ¿Quieres ver el interior?*

*—Sip —asentí muy animada.*

Me encantó la luz natural que se filtraba por cualquier rincón de la mansión, era grande y majestuosa, con espacios abiertos al menos en la primera planta. Hizo cada parte que le pedí y eso era lo más sorprendente, que se acordara hasta del más mínimo detalle.

—¿Por qué, Darién? —le pregunté deslumbrada y admirando al hombre que tenía en mi vida.

Mirando nuestras manos unidas, suspiró.

—Guardaba la esperanza de que algún día volvieras a mis brazos. Soñaba con que te daría la sorpresa de enseñártela. Creo que nunca perdí la esperanza contigo.

Me emocionaron sus palabras abrazándolo con fuerza al sentirme complacida.

—No está amueblada. Sé que el interior querías hacerlo a tu gusto. ¿Quieres ver nuestro dormitorio?

Asentí. Su mano se entrelazó con la mía guiándome por el pasillo de color crema. Subí solo dos peldaños, me soltó la mano y se puso detrás de mí agarrando mi cintura y tapándome los ojos.

—¿Qué haces? —reí mientras caminaba con su ayuda.

—Otra sorpresa.

—¿Has decorado tú nuestro dormitorio?

—Oh no, eso te lo dejo a ti. Es otra cosa. Una muy especial.

La percepción hizo que oyera como abría la puerta y me encaminaba hacia el interior. Impaciente, esperé. ¿Qué otra sorpresa me tendría guardada? Nos detuvimos, y Darién aún mantenía su mano sobre mis ojos.

—¿Preparada? —me susurró en el oído estremeciéndome.

—¡Sí! —le grité más impaciente y apunto de quitarme su mano de mis ojos.

Apartó su mano de mi visión y al abrir los ojos, la sorpresa cayó de lleno sobre mí haciendo que emitiera un grito agudo tapándome la boca emocionada. ¡No podía ser! Pestañee varias veces y seguía ahí encima de la chimenea de piedra, no dudé en acercarme y tocarlo. Era real.

Me volví hacia mi marido que me sonreía con los brazos cruzados, esperando que hablara.

—¡Tú! Fuiste tú.

Su risa me deslumbró mientras se acercaba a mí y rodeaba sus brazos

alrededor de mi cintura para estrecharme contra él.

—¿Y quién más creías que lo compraría? —dijo sarcástico y algo divertido.

—Tú eres el millonario que compró mi foto en la galería.

—No iba a dejar que otro se quedara con lo que era mío.

—Entonces estuviste en la galería.

—Sí.

—¿Por qué no te acercaste a mí? —musité entristecida.

Hizo una mueca apenado.

—En ese momento no estabas preparada para enfrentar la realidad y creo que yo tampoco. Pero por momentos deseaba que me miraras, deseaba cogerte y llevarte lejos de todo el mundo donde nadie hubiese podido alcanzarnos.

Lo miré emocionada. Y ambos giramos nuestros rostros hacia el cuadro de mí en blanco y negro.

Por un momento me puse a admirar el dormitorio. Era grande y luminoso, por lo que vi el vestidor era enorme, y la terraza tenía unas increíbles vistas de la parte trasera de la casa. Volví mi mirada hacia mi chico que me miraba como si fuera la única cosa sobre la faz de la tierra. Lo adoraba y lo amaba con *locura*. Suspiré de felicidad contra su pecho, pero de reojo vi una cama grande y blanca. ¿Cómo demonios no me había dado cuenta de esa cama en la habitación?

—Hay una cama. Me has dicho que no había muebles —la señalé con el ceño fruncido.

—A excepción de una sencilla cama en nuestro dormitorio. He pasado aquí alguna que otra noche. También este lugar era lo más cerca que podía estar de ti. Me recordaba a todas esas veces en las que habíamos hablado de la casa de nuestros sueños.

Mirarla solo hizo *encender* mis deseos. Dejé que mis manos viajaran por su camisa agarrándola, y él me miró travieso cuando lo fui empujando hacia atrás guiándolo mientras divisaba mi objetivo.

—He pensado que podríamos estrenar la casa.

—¿Ah, sí? —sonrió picarón—. ¿Y de qué manera, señora Brent?

Lo empujé sobre la cama poniéndome a horcajadas sobre él. Me agarré a su cuello con fuerza besando sus labios y con una inmensa pasión que solo nacía en nosotros dos.

—Oh, señor Brent. Ya sabe la respuesta.

\*\*\*\*\*

El crepúsculo cubrió el horizonte cuando decidimos darle una tregua a nuestra arrebatadora pasión.

—¿Hace cuánto que no duermes bien? —le pregunté preocupada acariciando sus mejillas.

—Llevo seis años sin poder conciliar el sueño plenamente. Te lo dije, llevas robándome mucho tiempo los sueños.

Eso me hizo sonreír pero no me quitó la ansiada preocupación que se instalaba en mi interior. Hice que su cabeza descansara sobre mi pecho, acariciando su pelo.

—Quiero que duermas del tirón.

—No creo que pueda.

—¿Por qué?

—Porque creo que eres un sueño. Y si lo eres, no quiero despertar. Nunca. Si tuviera que quedarme de una forma, sería en tus brazos hasta que la eternidad de la vida reclamara mi corazón.

Me quedé mirando al techo. Y mi corazón se apretujó por esa forma de expresarse tan destrozado y sin vida, me hizo sentir desolada y culpable. Cerré los ojos, doliéndome sus palabras.

—Estoy aquí, Darién. Duérmete.

Y comencé a cantarle su canción preferida, *Buachaill ón Éirne*, con una voz suave. El recuerdo de por qué me gustaba tanto esa canción tradicional irlandesa, efectuó en mi mente con más claridad que en la boda. Desde que Darién era un niño no dejó nunca de cantarla, porque le encantaba... hasta que



llegó un momento en que yo también me sentí parte de esa canción y la cantaba a todas horas. No quería llorar, pero se me hacía difícil retener las lágrimas. Recordar esos momentos era lo más *hermoso* de este universo.

Al terminar de cantar creí que encontraría a Darién aún despierto, pero al bajar la mirada, lo encontré bajo un sueño profundo por su calmada respiración. Despacio, lo estreché más contra mí, orgullosa de él. Y sonreí sintiéndome feliz. Besé su cabeza volviendo a cantar la canción, hasta que me quedé profundamente dormida en los brazos de mi marido.

Hacia unos diez minutos que había amanecido y paseé por la habitación mientras mi marido se encontraba espatarrado en la cama, durmiendo como un niño. Esperé maliciosa a que se despertara. Ahora mismo era una *depredadora* sedienta de él.

¿Aún recordaría lo que hacíamos en cada despertar?

Se removió en la cama bostezando y abriendo los parpados con tranquilidad. Al instante, me buscó con sus manos y se asustó al no encontrarme a su lado, pero al otro segundo me vio y dejó caer su cabeza de nuevo sobre la almohada suspirando.

—¿Quién le ha dado permiso de levantarse de la cama, señora Brent?

—Estaba esperando que te despertaras —dije juguetona.

—¿Para qué?

Me relamí maliciosa los labios preparándome. Él abrió los ojos como platos captándolo y me alegré que lo recordara. Se recostó sobre el cabecero para tranquilizarme haciéndome un gesto con las manos.

La verdad es que estaba famélica de él.

—Adalia, ni se te ocurra —me advirtió con un rostro sereno pero con una expresión divertida.

—Así que te acuerdas —le sonreí como una diablilla.

—¡Pues claro que me acuerdo! —Exclamó haciendo otro gesto determinado—. No lo hagas.

—Voy hacerte El Salto del Tigre.

Se puso de rodillas buscando alguna excusa que no le serviría de nada. Esa postura que tenía ahora mismo era perfecta para *cazarlo*. Él mismo me estaba provocando.

—Estamos tiempo sin hacerlo. Te puedes hacer daño...

Pero fue tarde, había saltado hacia él riéndome, y nuestros cuerpos chocaron cogiéndome a tiempo sus brazos. Pero perdimos el equilibrio y rodamos por la cama sin poder detenernos hasta caer sobre el suelo sintiendo debajo de mí a Darién; protegiéndome como siempre. En mi interior daba saltitos la diablilla que habitaba en mí, al sentir por mis venas como corría la adrenalina. Mi cuerpo y mi corazón habían echado de menos esto.

—Oh, mi espalda —rio fatigado teniéndome contra su cuerpo como una firme protección.

—¡Qué subidón madre mía! —dije agitada contra su pecho.

—Te dije que estábamos tiempo sin hacerlo.

—El Salto del Tigre es sagrado entre nosotros dos.

—Oh, claro y también recordarás... —me posicionó debajo de él sin dejarme espacio para salir.

—Darién, no. Esto nunca lo soporto. Te lo ruego —aleteé mis pestañas con timidez.

—Lo siento pero tus trucos de bruja no servirán. También te acordarás. Que como soy el tigre te devoraba por aquí.

Comenzó a hacerme cosquillas con sus labios sobre mi vientre haciéndome reír.

—¡Vale! ¡Vale tú ganas! —me retorcí entre sus brazos sin poder dejar de reír.

—Eso está mejor —me ayudó a levantarme del suelo. Me plantó un beso en los labios con una palmadita *extra* en el trasero, dejándome sobre la cama y sin más vacilación se fue del dormitorio.

—¿Darién, dónde vas? —me incorporé de la cama confusa.

—Tú espera ahí.

Tardó más de un minuto en volver teniendo un paquete entre sus manos. Fruncí el ceño.

—Espero que ahora me dejes contestártelas, ya que me dijiste que no lo hiciera hasta que fuéramos adultos y pensáramos con más seriedad. Toma, la primera que me escribiste.

Abrí la hoja de papel marrón preciosa de estilo antiguo.

*Mi querido Darién,*

*No esperaré de ti corazones y flores, no cuando me llamas miedica a todas horas. Dejaré de hablarte si no cesas tus impertinentes palabras que nublan mis sentidos haciéndome rabiar. Pasará mucho tiempo para que vuelvas a contestarme. ¿Y cuándo también dejarás de meterme miedo? Eres un mentiroso, por los alrededores de las mansiones no hay fantasmas, ni Banshees, ni Leprechauns endemoniados. Eso lo haces para sentirte valeroso delante de mí.*

*Espero que algún día cuando me contestes esta carta, sepas que escribir... porque de ello dependerá nuestra unión.*

*Tu banphrionsa,*

*Adalia.*

Parpadeé emocionada.

—¡Esto te lo escribí yo!

—Sí —me besó en la frente mirándola.

—Las has guardado todo este tiempo —dije agónica.

—Por supuesto. Y ya es hora de contestártelas. Por cada amanecer tendrás una para leer.

—¡Oh, Darién! —dejé la carta a un lado arrojándome en sus brazos con una inundación de emociones.

Entrada la madrugada, me desperté por el golpe del viento en los cristales, y suspiré a gusto de escucharlo. Levanté mi mirada observando dulcemente a

Darién dormido abrazado a mí. Hacía frío pero sus cálidos brazos me abrigaban como si se tratara del invierno más crudo del mundo. Mordí mi labio inferior, mirando el nombre Kisa tatuado en su pecho.

*Soy yo, soy yo, soy yo. Todo este tiempo era yo.* Canturreé por dentro llena de emoción, besando sus labios despacio con devoción y ternura. Me acomodé más entre su pecho sintiéndome plena y satisfecha.

\*\*\*\*\*

Abrí los parpados poco a poco observando la luz plena del día.

—¿Darién? —lo llamé al ver que no estaba a mi lado y bajé mi mirada a mis manos.

Me regocijé en mi alegría cuando vi el anillo de matrimonio en mi dedo anular. Donde estaría siempre. No sé en qué parte de la noche o de la mañana me lo había puesto, pero así era Thief de sigiloso. Girando mi rostro, vi una carta marrón y una rosa roja sobre su almohada. Olí primero la rosa perdiéndome por su hechizo.

*Mi amada banphrionsa,*

*No creo que haya otro hombre que se pueda sentir más orgulloso que yo de tener a una mujer como tú a su lado. Desde el inicio de esta carta, podrás ver con tus propios ojos en cada amanecer, que no podrás desprenderte de tu Thief valeroso. Que no te siga llamando miedica, lo voy a ver muy complicado. Me gusta llamarte así porque te hace ser única. Única para mí.*

*Mmm y sobre meterte miedo. Yo no lo hago. Los fantasmas, sobre todo las Banshees y los Leprechauns endemoniados existen. Pero estando yo a tu lado nunca te topará con ninguno.*

*Siempre tuyo,*

*Tu Thief valeroso, atento, cariñoso y cruel con los que se meten con su Banphrionsa.*

Reí echándome la carta sobre mi rostro por su prosa tan elegante y enamoradiza. No era nada justo, porque me encantaría escribirle una a él. Ya estaba deseosa de leer la de mañana.

Bajé de la cama poniéndome solo su camisa, pensando que tal vez se habría ido a comprar algo de comida o estaría dando una vuelta por la casa, pero

antes de ir a buscarlo vi una nota en los pies de la cama que no había captado antes mi mirada.

*Mi amada esposa,*

*Tienes una enorme sorpresa dentro de nuestra casa. Sigue el camino de pétalos. Y la hallarás.*

*Atentamente,*

*Tu marido juguetón.*

¿Una sorpresa?... ¡Una sorpresa! Salté emocionada temblándome las piernas. Y encontré fuera de la habitación el camino de los pétalos rojos. Sin apenas pisar los pétalos, me dejé guiar por ese camino y por la fragancia que se había instalado en el ambiente. Me hizo subir hasta la última planta. Y luego giré hacia un pasillo tomando unas escaleras más estrechas. Al final de éstas, había una puerta de madera con un letrerito que ponía:

### **Estudio de pintura de la señora Brent**

Sintiendo como mi pulso temblaba, giré el pomo y la puerta se abrió.

Lo que más destacaba del estudio era la luz natural que entraba. Esta parte tenía que ser la más alta de la casa. Me emocioné al ver la hilera de ventanales que hacían una L. Reí a pleno pulmón cayéndome las lágrimas por las mejillas a la vez que recordaba cómo se lo pedí a Darién hacía más de ocho años.

*—Y quiero que en mi estudio entre mucha luz natural. Prefiero que hagas una hilera de ventanales en forma de L. ¿De acuerdo? —él asintió perdido en las caricias de mi pelo mientras me escuchaba atento—. Y quiero que el suelo sea de madera y que las paredes sean de un color suave. Nada que llame la atención demasiado...*

*—De acuerdo. Algo más futura señora de Brent.*

*Volví mi rostro hacia él que sonreía malicioso esperando impaciente su postre favorito.*

*—Sí. Que como no esté acabado mi estudio antes de los veinticinco, construiré un arma masiva destructiva que tirará bellotas cada segundo sobre tu cabeza...*

Había seguido a raja tabla mis exigencias cuando le pedí el estudio para nuestra nueva casa. Las vistas eran las más asombrosas y bellas que había visto nunca, visualicé como Irlanda fundía su verde entre valles y ríos. Me perdí ante ese hermoso paisaje por unos minutos contemplando la paz que me daba estar aquí.

Asaltada por mis emociones, vi un caballete con un lienzo. En el suelo había una caja con diversos pinceles, pinturas y una paleta, sorprendiéndome también encontrar un iPod. Pero lo que vi extraño, fue encontrar sobre el lienzo un trapo azul y una carta pegada. Sin más, la cogí leyéndola.

*Mi amada esposa,  
Encontraste tu refugio. Tu templo.*

*Como puedes ver el estudio de pintura está construido desde hace tres años, cuando tú tenías veintitrés. Así que me libro de tu arma masiva destructiva de tirarme bellotas :). Te gustaba ponerte un pañuelo sobre la cabeza cada vez que la imaginación embargaba tu mente. Y me encantabas llena de pintura y con ese pañuelo en la cabeza. Era uno de mis momentos especiales en los que te observaba sin que me vieras. En mi iPod tienes las canciones celtas que tanto te gustan e incluso he agregado nuevas.*

*No dejes de imaginar, mi amor. Serás una gran pintora. Y yo tu más fiel siervo para adorar tus obras y llevarlas a lo más alto de lo inimaginable.*

*Volveré enseguida.*

*Te quiero.*

*Le grá go deo,*

*Thief.*

Mi suspiro de amor hizo que me arrodillara sobre el suelo al temblarme las piernas, pegando contra mi pecho el papel y ese pañuelo, sintiendo húmedos mis ojos. Ese «*con amor eternamente*» en irlandés me había dejado muerta de amor. Siempre había adorado que me escribiera en irlandés. Primero la carta con la rosa y ahora esto. Sabía cuál era su propósito; no dejar de hacerme sonreír durante todo el día.

Mis ojos vagaron por el lienzo sintiéndome activa y muy creativa. Y con las maravillosas vistas que tenía desde aquí, albergaba la esperanza de crear las obras más originales que podían existir.

Primero cogí el iPod observando el listado de melodías celtas, estaba demasiado tiempo sin escuchar una y la mayoría que veía eran de nuevos compositores. Atrayéndome la atención de una, me decanté por *Crann Na Beatha* de Adrian von Ziegler. Me anudé el pañuelo sobre la cabeza, cerré los ojos soltando un suspiro, trasmitiéndome esa melodía la fuerza *inspiradora* y comencé a crear una vida en ese cuadro.

Al estar un buen rato pintando, eché un paso hacia atrás estirando mis músculos agarrotados. Mis ojos se deslizaron hacia los ventanales y por un momento me quedé admirando el paisaje.

Lo sentí, fue como si una fuerza *sobrenatural* me avisara de su presencia. Sonreí maravillada mientras me daba la vuelta. Y allí estaba Darién, con su cuerpo recostado contra la pared y con los brazos cruzados, sin dejar de mirarme su hechizante y enigmática mirada. Vestía informal, unos vaqueros azules y un jersey, llevando encima ese mismo abrigo negro de ayer.

—No eres tan silencioso como creías —le señalé con el mismo pincel.

—Estoy aquí más de cinco minutos observándote —se quitó de la pared caminando hacia mí, cogiendo mi rostro entre sus manos y besando la punta de mi nariz—. Y esa es una de las imágenes que deseo immortalizar en mi memoria para la eternidad.

Reí entre dientes antes de que sus labios devoraran los míos. Me puse de puntillas sintiendo el frío sobre mis pies descalzos, rodeando mis brazos alrededor de su cuello.

—Me ha encantado la carta que me has dejado sobre la almohada con la rosa. Pero sobre todo me ha encantado esta sorpresa. Por eso nunca me gustó decirte “gracias”, para mi ese agradecimiento se quedaba corto, muy corto —le susurré al filo de sus labios.

Torció una sonrisa levantando una ceja y teniendo una expresión de canalla.

—¿Ahora te dedicas a ser un fantasma y espiarme? No te he visto por la casa cuando me dispuse a venir aquí —inquirí curiosa.

—En realidad estaba dando una vuelta por los alrededores pensando donde puedo construir tu torre.

—¿Quieres construirme aquí también La Torre de los Sueños? —dije a

punto de saltarme las lágrimas.

*No, no, basta Darién. Basta de complacerme. Pensé. Bueno, un poco más no hace daño a nadie.* Volví a pensar maliciosamente.

—Solo si quieres.

Sonreí maravillada sacudiendo la cabeza viendo las locuras que cometía por mí.

Y de pronto, algo me vino a la mente rompiendo mi felicidad. *Oh, mierda.* Incómoda respecto a ese tema, di un paso hacia atrás rompiendo nuestro abrazo. Darién vio en mi rostro la tortura, pero prefirió esperar a que hablara.

Me aclaré la garganta mirando la estancia mientras me quitaba el pañuelo de la cabeza.

—Darién, creo que deberíamos hablar de mi maldición, aunque suene absurdo.

Al instante su semblante cambió, se retornó a oscuro negando con la cabeza.

—No, será mejor que no —refutó entre dientes.

Y me crispó que deseara evitarlo.

—Pero...

—¡No pienso dejarte, Adalia! Si es eso lo que me vas a pedir será mejor que desistas. ¡Cómo puede pasar por tu cabeza tan siquiera!

Mostré una sonrisa tranquila, estaba tenso, nervioso y me dolía que habláramos de esto. Pero no podía negar lo inevitable. Fui hasta él agarrándome a sus brazos.

—No te estoy pidiendo que me dejes, Darién. Nunca lo haría. Pero llegado el momento, si dentro de cuatro años vuelvo a caer... —cerré los ojos costándome que saliera de mí la siguiente palabra—, en coma... quiero que seas feliz, no te aferres a mí. No puedo darte una vida de infelicidad.

Su cuerpo se tensaba cada vez más, lo notaba en sus brazos y sus ojos me miraban chispeantes de rabia.

—¡No y mil veces no! —gritó dándose la vuelta alterándome su grito.



Me llevé una mano al pecho soltando aire mientras me daba la espalda. Contuve las lágrimas.

—No me pidas eso. No lo hagas. Porque si no lo he hecho en estos más de seis años. Menos lo haré ahora. ¡Cómo se te puede pasar por la cabeza que yo seré feliz con otra mujer! ¡Cómo!

Apreté entre mis manos el pañuelo arrojándolo al suelo.

—No ves qué si dentro de cuatro años caigo en coma es posible que no despierte —le chillé tan alto sintiendo como me temblaba todo mi cuerpo—. O es posible que muera.

—Solo es una teoría tuya. Te guías por unas cartas que no sabes quién te las ha escrito. Tal vez no caigas en coma.

—O tal vez sí. Y solo puedo esperar.

—Yo creo que esa persona que te escribió esas cartas fue muy macabra al ponerte eso, por no ponerle un calificativo más inhumano...

—Pues en eso te equivocas —le interrumpí con voz grave—. Porque ahora que lo recuerdo todo, estoy más segura de que esa persona me dice la verdad.

Él se volvió hacia mí arrastrando un rostro tormentoso y me di cuenta de que tenía los ojos rojos conteniendo las lágrimas. Ladeé el rostro doliéndome y apretando los labios.

—¿Te acuerdas cuando con diez años me encontraste el día de mi cumpleaños inconsciente en el bosque y poco después comenzó esa tormenta que duró días? —asintió despacio—. Desperté al cuarto día, pero no recordaba nada. Mis padres me decían que solo estaba confusa por el golpe en la cabeza, que me estuviera quieta porque pronto vendría el doctor. Pero estaba agobiada y desorientada, acostada en una cama que no reconocía, sintiendo que todo lo que me rodeaba era completamente desconocido. Entonces entraste tú apresurado y sin aliento, porque te habían avisado de que había despertado. Y nos miramos, y todo volvió a mí. ¡Lo recordé todo!

—¿Qué intentas decirme? —murmuró asustado con la cara sobrecogida.

—¡Yo tampoco sé que me pasa! ¡Ni qué padezco! —Me asustaba pensar más de la cuenta—. Y recuerdo también que ese día por el bosque el viento

siseó en mis oídos y todo se nubló ante mí. Si con diez años me quedé dormida cuatro días. Si con veinte años me quedé dormida un mes. ¿Qué cifra será la próxima vez?

—No habrá próxima vez. Yo solo creo que es una coincidencia en tu destino. Tú te caíste por las escaleras y...

—No —le interrumpí alterada—, yo no me caí. Sabía muy bien por donde caminaba. Recuerdo tener entre mis manos mi móvil, estaba a punto de llamarte. No había sido posible durante todo el día. Me quedé casi en el bordillo de las escaleras y en ese momento dieron las doce de la noche escuchándolo en el reloj de péndulo del pasillo. Me alteré volviendo mi rostro y en esa fracción de segundos, sentí un siseo en mi nuca. Yo sentí como algo me empujaba. No me caí por mi torpeza. Y me da igual que me creas o no. Porque yo sé lo que sentí.

Se mantuvo en silencio y en tensión. Lo miré destrozada, esperando. En realidad si me rompería en dos que no me creyera, y que nuestra confianza se desquebrajara. *Vamos, Darién, no me hagas esto. Tienes que creerme.* Pensé llena de miedos.

—Yo te creo —juró al fin mirándome a los ojos.

Solté un suspiro de paz repasando una mano por mi pelo.

—No puedo escapar de la realidad, Darién. Es posible o no que vuelva a caer en coma. Ya me ha pasado dos veces. Quien no me dice que el destino pondrá fin a mi vida con la tercera. Solo espero que antes de que suceda algo horrible, esa persona que escribió las cartas venga a mí. Pero no creo que sirva de mucho. Ya que lo que padezco parece incurable. ¿Qué cura habría caer en coma cada diez años?

Cerró los ojos con amargura deslizándose una lágrima por su rostro. Sollocé con un inevitable desastre de sentirme miserable por hacerle daño de esta manera. No tenía *cura* lo que yo tenía. Algo dentro de mí no funcionaba, eso estaba claro.

—En esas cartas habla de que es posible de que te cures —comentaba señalándolo.

Asentí acongojada, abrazándome.

—Encontraré una cura —me plantó con firmeza adelantando un paso—. Tiene que haber una.

—Darién —balbuceé sintiéndome más destrozada porque no entendía nada.

—Me da igual a qué precio venderé mi alma con tal de obtenerla.

Apretó con fuerza la mandíbula.

—Iré al centro de la tierra si hace falta. Al lugar más recóndito de esta tierra. Pero la encontraré. No pienso desistir. Porque te quiero. Y porque vamos a envejecer juntos.

—¡No puedes ser tan necio!

—¡No, la necia aquí eres tú! En qué idioma te digo que no me arrancarán de tu lado. Si caes en coma y pasan días, meses... ¡años! Seguiré esperando a qué abras los ojos.

Estaba alterada, agitada y muy asustada. Quería que se replanteara muchas cosas pero su cabezonería no le dejaba. Decidí salir del estudio de pintura cabreada sin mirar atrás.

—¡Adalia! —me llamó oyendo sus pasos aproximarse.

Bajé acelerada las escaleras pisándome él los talones.

—¿Podemos estar un año sin tener una maldita discusión?!

—Lo dudo —refuté abriendo la puerta principal y saliendo al exterior echando a correr.

—Joder, Adalia —se apresuró en seguirme.

Y me di cuenta de que me intentaba detener al ver que iba solo con una camisa y descalza. Pero la suave hierba no me hacía daño, al contrario.

Mi corazón estaba a punto de salirse de mi boca al sentirme temerosa de mí misma. Mis pies decidieron pararse y me eché las manos al rostro sollozando. ¿Una maldición? ¡Una maldición! ¿Yo maldita? Eso solo estaba en los cuentos, en las películas y en las miles de diversas novelas románticas que había leído. Él tenía razón. Esto solo era producto de una *locura*. Así quería creerlo y así quería que fuera. ¿Por qué la vida no me dejaba ser feliz?

Sentí el roce del abrigo de Darién cayendo por mi espalda. Hizo que me

diera la vuelta cerrándolo para que no pasara frío cubriéndome hasta las rodillas, y hundí mi rostro en su pecho rodeándome sus fuertes brazos para recibirme. Me sentía segura y protegida cuando me abrazaba.

—Yo también tengo miedo. No puedo perderte —murmuró contra mi pelo—. Déjame ser tu compañero en este viaje. Déjame ser quien comparte tus sueños, no quien te despierte de ellos. Afrontaremos juntos lo que venga en un futuro.

¿Y si ese *futuro* estaba más cerca de lo que nos imaginábamos? Levanté el rostro hacia sus ojos rotos de dolor.

—No quiero que te alejes de mí. Te quiero. Y soy demasiado egoísta para pedirte que busques la felicidad en otra mujer. Porque yo soy la mujer de tu vida. Pero tengo demasiado miedo.

—Yo te amo más que a nada en este mundo —sus dedos despejaban las lágrimas de mis mejillas—. Y no permitiré que nos separen.

Volvimos a abrazarnos un buen rato hasta que sentimos una fina lluvia cayendo sobre nosotros. Cerré con fuerza los ojos manteniéndome segura y *positiva* que podría vivir una vida plena y sin inseguridades al lado de Darién.

—Yo te voy a seguir más allá de donde nos separe la muerte, si esto está pasando y esto no es un sueño, yo voy a estar a tu lado toda la vida y más allá de ésta —le prometí.

Darién bajó el rostro rozando mi mejilla y capturó mis labios con un dulce beso que por un momento me hizo olvidar toda la amargura que arrastraba por culpa de esa supuesta *maldición*. Luego sus brazos me tomaron y se dio la vuelta de regreso a la casa. Acobijé mi cabeza en su fornido pecho esperando augurar un futuro junto a él próspero y feliz.

# Epílogo

## Go Brách...

### *Unos días después*

—Lo siento —dijo mi padre por enésima vez en el despacho. Darién y yo nos miramos entristecidos sin saber que decir porque no dejaba de martirizarse—. Si hubiera sabido que estabais prometidos te lo hubiera dicho todo ese día, Darién. Te lo juro. Pero el ver a mi hija tan destruida y que solo deseaba alejarse de todos... Solo pensé en que deseaba construir una nueva vida lejos y que nada del pasado le importaba.

Darién estaba de brazos cruzados con una expresión incómoda y lastimada, seguramente recordando ese día en el que mi padre lo echó de su despacho como si fuera un completo desconocido, y solo asintió con la cabeza perdiendo su mirada. Si yo no hubiese sido tan débil y asustadiza, y les hubiera pedido que me hablaran de mi pasado, tal vez no habríamos estado separados seis años. Pero eso ahora nunca lo sabré.

—Yo también tengo gran parte de culpa —se señaló Daniel con una clara expresión avergonzada—, estuve mucho tiempo consumido en una depresión y no pensé en vosotros. En que intentabais construir un futuro...

—Y nosotros sin más lo destruimos por nuestro egoísmo y orgullo. No tenemos perdón —dijo papá encogiéndome el corazón por su voz tan melancólica.

Daniel lo miró asintiendo.

—Debí decirte que lo perdía todo, antes de que te marcharas a Los Ángeles. Sabía que me ayudarías económicamente, que no lo dudarías, pero ya sabes lo orgullosos que somos los Brent. Solos salimos adelante.

—Te comprendo, si yo hubiera estado en tu situación no sé si te habría pedido ayuda. Recuerda que los Knightley somos más orgullosos que los Brent.

Estábamos más de un hora en el despacho de papá hablando sobre el pasado, algo que me hizo daño recordar, pero que Darién estuvo ahí para

darle fuerzas y que no decayera. Papá admitía no haber tenido la valentía de decirle a Darién que me fui a Canadá, pero sobre todo decirle que había caído en coma tras un accidente por las escaleras. Y Daniel, por sumirse en una depresión que arrastró a su hijo también, sin darse cuenta la tristeza en la que se consumía Darién por mí. Nadie podrá borrar esos seis años de soledad y dolor que arrastramos Darién y yo. Sobre todo él. Pero lo ocurrido hacía seis años estaba en el *pasado*. Y ahí debía quedarse. Enterrarlo para que no volviera a salir e intentara manchar nuestras almas de remordimientos. Ahora lo importante era que Darién y yo volviéramos a estar unidos.

—Eso está en el pasado, lo importante es que ahora estamos juntos y nada volverá a separarnos —los ojos de Darién me miraron y sonreí al verlo feliz y que pensara como yo: como si me hubiera leído el pensamiento, algo típico en él. Me puse a su lado y me rodeó un brazo por la cintura besando mi frente, sin dejar de mirarnos con amor como si no pudiéramos despegar nuestras miradas.

Nuestros padres se miraron con una media sonrisa.

—Entonces podemos morirnos en paz. Ya os habéis reencontrado. ¿No, Daniel?

—Cierto, cierto —él fue asintió de acuerdo aguantando la risa.

—Oh, papa —dije sulfurada por su comentario ocultando un resoplido sobre el pecho de Darién.

Ellos tres se rieron mientras mi chico me rodeaba la cintura por completo con sus musculosos brazos, sintiéndome plena de verlo relajado y feliz. Porque sabía que era una broma para *descargar* la tensión del ambiente, porque si no, habrían conseguido que saliera de mí La Destructora, y en un espacio reducido de cuatro paredes no convenía en lo absoluto.

Mi padre dejó de reírse el primero, soltando un suspiro algo inquieto y rodeó la mesa quedándose al lado de la silla mandando una mirada seria a Daniel, que también lo miró y asintió una vez como si lo entendiera.

—¿Podemos hablar contigo, Darién? —le pidió mi padre.

—Claro —dijo él tranquilo haciendo un gesto para que hablara.

—A solas, hijo —añadió Daniel mientras Darién y yo nos miramos indecisos.

—¿Y por qué? —Puse mis brazos como jarras mirando a mi padre y entrecerrando los ojos porque lo conocía muy bien—. Si vas a querer reprocharle algo, mira lo que te digo...

—Adalia —me cogió el rostro Darién con una suave sonrisa, pero seguí mirando maliciosa a mi padre—. Kisa, cariño —su susurro me hizo que lo mirara—, no va a pasar nada. Solo vamos a hablar.

Lo sopesé durante unos segundos y luego a regañadientes asentí, marchando hacia la puerta acompañándome Darién, y observando de reojo como nuestros padres hablaban por lo bajo para no ser escuchados. ¿Ahora que se traían entre manos?

Darién cogió mi mano besando mis nudillos y distrayéndome.

—No pasará nada. Pero no te preocupes, si necesito a mi tigre no dudes que le pediré ayuda —me dijo todo bribón.

Esbocé una sonrisa y me puse de puntillas para darle un beso, y salí por la puerta contemplando como Darién me guiñaba un ojo con un rostro contento a la vez que cerraba.

*Humm.* Más les valía a esos dos que no lo atacaran con algo que ahora mismo no podía sospechar. ¿Por qué yo no podía estar en esa conversación? ¿Qué querían hablar tan importante con él?

—¡Hombres! —dije poniendo los ojos en blanco a la vez que me iba por el pasillo.

No tardamos en ser *noticia* para los medios de comunicación. Las fotos que nos hizo el paparazzi en el día de San Patricio crearon un revuelo de expectación y sorpresas en las redes sociales. Por una parte a Darién le encantaba, porque según él, hasta aquí habían llegado burlándose de mí la prensa amarillista. Aunque yo no era tan optimista en ese sentido, y ahora que esos buitres sabían que éramos pareja (aunque no tenían información sobre nuestro matrimonio), no cejarían con nosotros. Mantenía la esperanza de que algún día se cansaran y nos dejaran en paz.

Pasamos unos días tranquilos y amenos en Muckcross-Knightley House. En las noches, Darién seguía aferrándome contra él desesperado cuando dormíamos después de una noche de pasión y desenfreno. Él no lograba evitar



aún desconfiar de que estuviera a su lado. Y solo yo entendía esa *inseguridad* que ambos teníamos, porque yo también no me sentía del todo segura.

Si algo me ocurriera dentro de cuatro años. Antes de que llegara el día de mi trigésimo cumpleaños, quería tener mis planes hechos. Aunque nuestro «Go Brách» siempre sería así, y sabía que nada ni nadie tendrían el poder de cambiarlo... aunque por desgracia el futuro era incierto, peligroso y lleno de caminos vacíos y crueles. Un día podías ser feliz y al otro tener la amargura que arrastrarías el resto de tu vida. Así era la vida, una constante ruleta que nunca dejaba de girar sin saber dónde se detendría. Y aunque quería creer que nada me sucedería, que era una locura mía debido a esas cartas, y que viviría y envejecería al lado de Darién, quería tener mis planes hechos para algún día hacérselos llegar a Darién.

Abandoné mi *puesto* de ejecutiva en Knightley. Sabía desde un primer momento que ese no era mi lugar. Pero nunca quise admitirlo para mitigar el dolor de no poder ejercer la profesión que en verdad me apasionaba y me llenaba de felicidad; pintar. Y como Max no quiso mí puesto, decidí dárselo a Kyra. Como socia (reciente) de Knightley se merecía ese puesto más que yo.

Papá y Daniel trabajaban en nuevo proyecto en común. Volver a levantar el centro comercial de Daniel que quebró en Dublín. Volvían a ser ese *equipo* inseparable que recordaba.

De Ryan solo supe de su *traición*, que había cumplido con su palabra de marcharse de Knightley. Pero lo más extraño era que no volvió más a la empresa, ni siquiera para despedirse como me dijo. Había desaparecido sin más. Papá estuvo unos días echando humo, alentando a Darién de que si volvía a verlo le metiera una paliza y yo intentando que no ejecutara esa acción, porque en los periódicos se había infiltrado la información de que habíamos perdido al mejor subdirector de marketing (de eso me reía yo) al haberle despedido papá sin contemplaciones; siendo eso mentira. Me pregunté quien filtraría esa mentira a la prensa para desprestigiar a papá. Una parte de mí estaba segura de que fue Ryan, para vengarse. Lo curioso de todo es que Armani no lo había contratado como me restregó él cuando vino a la mansión Knightley. Ryan se fue de Los Ángeles, ciertamente desapareció del mapa.

Mis sueños eran diferentes. Nítidos y claros. Donde más recordaba era en los sueños, pero ahora entendiéndolo todo, sin desconciertos, sin dolor, sin

angustias por no poder ver rostros. Estaba volviendo a ser la Adalia que todos conocían. Y yo me sentía más viva y feliz.

Tuve la brillante idea de invitar a Ashelia, Carla y Nevaeh a pasar unos días en la mansión Knightley. No dudé ni un instante cuando llamé a Erin. No sé qué tenía ella pero me inspiraba una confianza que no sabía cómo describirla. Y sé que gracia Erin yo estaba con Darién. Ella de alguna forma había *enlazado* nuestros caminos y no quería que perdiéramos el contacto. Aunque ella creyera que yo pensaba que estaba loca, pero era todo lo contrario, admiraba su valentía cuando decidió en su momento venir hacia mí para mostrarme cual era mi camino. No sé qué me ocultaba, y si tenía alguna relación conmigo, pero esperaba que con el tiempo y la confianza me lo dijera. Estuve todo el día intentando contactar con ella. Y no entendía por qué no me cogía las llamadas. Ella me aseguró que si la necesitaba se lo hiciera saber. Y se me ocurrió una excelente idea. Un mensaje.

**Adalia Knightley 07 de Abril 11:20**

*Por favor, Erin. Ven pronto. Te necesito con urgencia. Estoy en Muckcross-Knightley House. Por favor, no me falles.*

*Un beso, Adalia.*

Y surgió ese efecto, porque vino tres horas después de mandarle ese mensaje.

—¡Adalia!

Volví mi cabeza mientras caminaba por el camino bordeado de árboles y leía una novela. Vi a una agitada Erin vistiendo un conjunto de cuero de color negro frenándose ante mí, dejando sus botas plantadas sobre la tierra sin poder más con su alma.

—¡Qué te ha pasado!

Se apoyó en sus rodillas fatigada ladeando hacia un lado su cabello largo.

Cerré el libro con una sonrisa.

—Nada. Solo quería que vinieras.

Haciendo una mueca se irguió.

—¿Nada? ¡Nada! Ese mensaje, creí... oh, Adalia, no juegues así con mi

corazón. Soy joven, pero a los infartos no les importa la edad.

Le cogí las manos con felicidad.

—Solo quería agradecértelo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —miraba nuestras manos con sorpresa.

—Porque sé que de alguna forma con tu ayuda me uniste más a Darién.

Mostró una sonrisa tímida.

—Solo hacía mi deber.

—¿Un deber? ¿Qué eres una guardiana? —le pregunté entre risas.

Alzó las cejas mirando hacia otro lado evitando contestar esa pregunta.

—Solo te envié ese mensaje para invitarte a pasar unos días aquí.

—¿A mí? ¿Por qué? No soy nadie.

—Bueno, si quieres a partir de ahora podemos ser amigas.

—Amigas. ¿Tú y yo?

—Y de Carla, Ashe, y no me olvido de Nevaeh, es una chica encantadora.

Se soltó de mis manos caminando unos pasos lejos de mí perdiendo la mirada.

—¿Amigas yo?

Me quedé mirándola. Y me apenó pensar que no tenía ninguna, que nadie le había dado ni afecto ni cariño. ¿Estaría *sola* en el mundo?

Una de las más resaltadas cualidades de Erin, era su belleza enigmática que estaba segura que le hacía irresistible para los hombres, y sus ojos desprendían una calidez deslumbrante con un misterio indescifrable.

Su cuerpo se giró hacia mí sonriéndome abiertamente.

—Vale. Acepto. Me quedo.

—Me alegro —la abracé con cariño—. Y yo no pienso que estés loca. Es más admiro tu valentía y la fortaleza que tienes.

Sus ojos brillaban de emoción.

—Oh, Adalia. Eres la primera que no piensa que estoy loca.

¿La primera? ¿Cuántas personas pensaban que estaba loca? ¿Y por qué? Eso me dio rabia. Ahora me tenía a mí si nadie la protegía. Y estaba segura de que Carla, Ashe y Nevaeh estarían de acuerdo conmigo. Ya nadie se metería nunca más con Erin. Nos tenía a nosotras.

—Solo una pregunta —le indiqué en un gesto y ella me miró esperando—. Cuando me hablaste de los dos hombres en mi destino. ¿Te referías solo a Darién, verdad? Que él era el que se cruzaría en mi camino protegiéndome.

—Sí. Los dos hombres en tu destino eran el mismo hombre, pero con diferentes nombres. Si te soy sincera al principio dudé de si Darién era ambos, porque algo a lo que estoy muy conectada no me lo dejó muy claro.

Me quedé pensativa mirando la hierba.

—Vamos —le pasé un brazo por su espalda—, Nevaeh ha propuesto que demos un paseo a caballo por las hectáreas de los Knightley y los Brent.

Ella me sonrió con dulzura asintiendo con la cabeza.

La *magia* que cubría las tierras irlandesas daba un soplo de inspiración para mis sentidos. Montada en Sheeva, el viento azotó mi rostro atrayéndome los aromas más intensos y dulces de mi tierra. Volvía a ser una experiencia inolvidable viajar en Sheeva (mi fiel amiga) por las tierras de mis antepasados.

Darién tuvo que desplazarse hasta Dublín durante dos días (algo que no le gustó demasiado), pero antes de dicho viaje me dijo que invitaba a Aiden también a pasar unos días en Muckcross-Knightley House. Por lo que vi la mansión estaba a rebosar de personas y eso me encantaba. Estaba complacida de que su amigo viniera, pero no sabía si era buena idea que Carla y Aiden convivieran bajo el mismo techo. Ya que Carla cuando supo que Aiden se quedaba en la mansión, su cara arisca y llena de coraje lo dijo todo. Pero no objetó nada por mí.

Las cinco hicimos una fiesta de pijama en la que cerca de la chimenea de mi habitación, valorábamos nuestras mejores novelas. Ahora podía sentir mi espíritu joven, como la puertecita de la jaula *dorada* en la que había estado encerrado, se quedaba abierta batiendo sus alas hacia la libertad que siempre

gritó.

—A mí es que Drustan, no sé, no sé —hizo un mohín Nevaeh.

Carla que estaba a su lado, sentada sobre la alfombra donde nos rodeaban varios cojines, se quedó boquiabierta.

—¡No te gusta, Drustan! Si es un amor —señaló el libro, *El beso del Highlander* con fervor.

—A mí los cachitas no me gustan mucho.

—¡Mentirosa! —Le tiró un cojín a la cabeza a su hermanastra—. Lo que en verdad te da vergüenza es leer novelas un poquito subditas de tono. De verdad, parece mentira que seas una chica del siglo veintiuno.

En respuesta, Nevaeh le sacó la lengua y comenzó a mirar los libros esparcidos por la alfombra para decantarse por uno.

—A mí el que me pone es Legolas, el de *El Señor de los Anillos* —apuntó Ashe pasando las páginas bastante fascinada.

—Sí, claro, en las películas —dijo riéndose como una bruja, Carla.

Ashe se quedó mirándola perpleja y le tiró un cojín a la cabeza, éste rebotó sobre Carla sin darle tiempo a esquivarlo haciendo reír a Ashe.

—¿Me recomendáis este libro? —señaló Nevaeh.

—Oh, mi Katniss Everdeen —Carla le arrebató con euforia el libro de *Los Juegos del Hambre*, poniéndolo contra su pecho y abrazándolo—. ¡Muy recomendado!

—Yo también te recomiendo esa trilogía, Nevaeh —le guiñó un ojo mientras Carla le devolvía el libro.

Ella se sonrojó mirando la novela por bastante tiempo.

—Pues yo aún no he visto la película —dijo Ashe.

—¡Pues ya estás tardando! —le señaló Carla con un tono urgente.

Me reí al observarlas emocionadas y cuchicheando como unas verdaderas locas fanáticas. Mi grupo de amigas había crecido y me alegraba de tenerlas aquí. Mirando la alfombra, me di cuenta de que no estaba Erin, hasta que mis ojos la observaron apoyada en el alféizar de la ventana mirando la oscura

noche. Dejando a las chicas debatiendo que protagonista masculino era el mejor, me acerqué a ella. Parecía ensimismada teniendo los brazos cruzados, incluso no se percató de mi presencia cuando me puse a su lado.

—Hola.

Ella apartó la mirada de la ventana mirándome y me sonrió. Le hice un gesto hacia las chicas.

—¿Te unes a nuestro club exclusivo de lectura? ¿O no te gustan los libros?

—Claro que me gustan. Y tengo los mismos gustos que vosotras, por lo que os he oído comentar. Pero me apetecía estar aquí un rato contemplando la naturaleza —volvió a mirar por la ventana.

Yo también lo hice, dejando que el silencio nos embargara. Había algo que la inquietaba, estaba segura de ello. Suspiró al cabo de unos segundos sin despegar sus enigmáticos ojos de la noche.

—La noche es demasiado oscura. Y hoy no hay luna. El viento no susurra, se ha quedado sin hálito... lo que me preocupa. Por días hemos adquirido una fortaleza que esta noche podría verse destruida. Ahora que estamos todos empieza nuestra resistencia.

*¡Guau!* No supe en verdad que decirle a eso. Cuando Erin quería. Podía dejarme boquiabierta.

—Yo a veces me he sentido atraída por el agua. Como si me hipnotizara —le confesé sin más, sin saber por qué.

—¿Sí? ¿De verdad? —exclamó dejando sus manos sobre mis brazos, sonriéndome.

¿A qué venía esa euforia? Ella carraspeó echándose hacia atrás disimulando.

—Humm... es normal. A mucha gente le encanta el agua. El elemento agua es muy fuerte y poderoso.

Le sonreí.

—Será nuestro secreto —le guiñé un ojo.

La tensión en el rostro de Erin se desvaneció, asomando en sus labios una

hermosa sonrisa.

—¿Cómo está mi árbol? Me dijiste que estaba seco y no sé qué más —le pregunté con una verdadera inocencia haciéndome algo la tonta, pero la verdad mentía, porque no podía quitarme de la cabeza todas sus palabras, cuando nos vimos por primera vez en Los Ángeles. Que se disfrazara de mendiga y viniera hacia mí, no fue una casualidad, lo sé. Algo *oculto* había.

No esperé que me abrazara siendo para mí algo desconcertante, mientras me acariciaba el pelo.

—Tú no te preocupes por tu árbol. Tú estás bien, y eso es lo que importa —dijo intentando que no notara ninguna emoción en su voz.

Asentí de acuerdo por su clara respuesta. Pero se había creído demasiado lista si pensaba que lo dejaría pasar así sin más, porque sé que detrás había algo más enigmático y profundo que no deseaba decirme. Algún día tendría que decirme toda la *verdad*. Porque ahora más que nunca, sentía que nuestros destinos estaban *conectados* por una fuerza poderosa y desconocida.

Y las dos volvimos al debate que tenían las chicas acerca de las novelas románticas.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente paseando con las chicas por los tranquilos terrenos de los Knightley, recibimos una grata pero extraña visita.

—¡Nevaeh! —la voz familiar procedió detrás de nosotras.

Pero fuimos las cinco que nos volvimos a la vez. Parpadeé impresionada de ver a Drake a unos pasos de nosotras sin su típico traje, y solo llevando unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta. No dejó de mirar a Nevaeh esperándola, y nosotras la miramos a ella sin saber que decir. Ella se encogió avergonzada agarrando el brazo de su hermanastra Carla.

¿Qué hacía aquí Drake? ¿No se suponía que le había dado unos días libres?

—¿Qué hace aquí? —susurró ella impresionada atrapada en su mirada.

—No lo sé, pero deberías ir —le alenté con una sonrisa.

—Espero que no te diga que regreses por algún asunto de trabajo, porque si es así se lo explico... —inquirió Carla con tono amenazador.

—No, por favor —adelantó un paso ella volviéndose hacia nosotras para calmar más bien a Carla—. Iré a ver que quiere.

Se dio la vuelta y caminó hacia él saludándolo con timidez. Tres años trabajando con Drake y seguía siendo esa Nevaeh tímida y poco habladora. Pero las cuatro no pudimos evitar escuchar que la necesitaba por algún asunto de trabajo que requería de su ayuda. Yo, Ashe y Erin giramos nuestros rostros hacia una Carla que cerraba los puños.

—Quieta... Terremoto —le tiré la indirecta cogiéndola del brazo antes de que comenzara a caminar hacia ellos.

Ella me miró con una chispa de ironía en su rostro asomando una sonrisa.

—Qué bonita historia. El jefe y su asistente personal —suspiró de amor Erin.

—¿Están juntos? —señaló Ashelia.

—¡Claro qué no! Pero como él le rompa el corazón lo mato. Yo sé que algo siente Nevaeh, pero él solo la ve como una hermana —aclaró Carla.

—Donde habré oído yo eso —suspiró dolida Ashelia mirando el suelo.

Los vimos moverse hacia otra parte mientras estaban sumergidos en una conversación. Carla adelantó dos pasos dejando las manos en sus caderas.

—¿Cómo se atreve a venir por asuntos de trabajo? —cada vez estaba más malhumorada—. Ella no ha tenido ningún respiro desde que trabaja con él. ¿No sabe arreglárselas él solito por unos días? Se merece estas mini vacaciones. Como intente llevársela lo mato —comenzó a encaminarse directa a ellos.

—¡Carla! —gritamos las tres siguiéndola por la senda en la que había empezado a correr.

—¡Kisa!

Me detuve al estremecerme oír esa voz que sacudió mis emociones. Volví mi rostro observando a Darién plantado en la entrada del sendero. No lo pensé y corrí hacia él abrazándolo y besando sus labios con una pasión irrefrenable.

—Veo que me has echado de menos —me susurró entre mis labios, pícaro.



—No sabes cuánto —le sonreí en un gozo.

Agarrándome a sus bíceps, bajé la mirada fijándome en un pequeño detalle en particular que llevaba en la muñeca derecha.

—¿Y esto? —alcé su mano observándolo.

Noté su tensión cuando me miró.

—Es un brazalete —dijo como si no tuviera importancia.

—Es precioso. Es nuevo, ¿verdad? Porque nunca te lo he visto.

Él solo asintió mirando hacia otro lado.

El brazalete de cuero parecía llevar un escudo en el que aparecían un trisquel celta en la parte inferior teniendo un zafiro en el centro, en la parte superior había un trébol de cuatro hojas y lo que más me fascinaba, y destacaba, el rostro de un feroz tigre. Pero algo me inquietó al momento, ver una rojez sobre la piel de Darién saliendo por los bordes del cuero, como si le apretara demasiado.

—Parece que te está haciendo daño —le sujete más la muñeca preocupada. Cuando rocé con mis dedos esa rojez, Darién emitió un quejido apretando la mandíbula.

—Oh Dios, te he hecho daño, perdón, perdón —sujeté su rostro entre mis manos suplicándole que me perdonara.

Él me sonrió dándome un casto y dulce beso que acalló mi ansiedad.

—No importa. Puede que me esté sujetando de más el brazalete. Eso es todo.

Fui apartando unos mechones de su frente aún preocupada. Quería preguntarle más por ese extraño brazalete, pero las ojeras que marcaban su rostro disiparon las preguntas.

—Parece que no has descansado bien.

—Eso es porque te he echado mucho, pero mucho de menos —besó mi frente y acto seguido me abrazó con ternura—. Ahora me echaré un rato. Solo es eso, que estoy cansado.

Él levantó la mirada viendo que detrás de mí había alguien.

—Me alegro de verte, Erin —dijo con una sonrisa amable.

—Lo mismo digo, Darién —contestó ella.

No sabía que se había quedado detrás de mí, pensaba que aún estaría persiguiendo a Carla junto a Ashelia. *Ay, madre mía, Carla*. Caí en la cuenta, porque me había olvidado de ella. Esperaba de corazón que ahora mismo no le estuviera cantando las cuarenta a Drake, y que Ashelia la estuviera refrenando. Mirando a Erin, al instante caí en la cuenta de algo importante mientras continuaba abrazada a mi chico.

—¿Erin, puedo hacerte una pregunta?

Asintió esperándola.

—¿De verdad escuchas lo que te dice el viento?

Ella nos miró a ambos con una tensión palpable.

—¿Me juzgaríais si dijera que sí? —preguntó con seriedad.

—Por supuesto que no —aclaró Darién antes de que yo lo dijera—. Pero es curioso y a la vez fascinante si fuera cierto.

—¡Ah! ¡Pues habéis picado! —Alzó la voz señalándonos y haciéndome brincar del susto agarrándome más a Darién—. Era una trola. ¿Cómo voy a escuchar el viento? Por favor... Vosotros pensad que estoy loca y ya está.

Suspiré con pesar. Y ahí estaba otra vez. ¿De qué deseaba protegerse? Darién y yo nos miramos desconcertados. Me daba que estaba mintiendo en toda regla.

—Oye Erin, sobre lo que me dijiste cuando nos conocimos...

—Oh. Eso. No importa, olvídalo.

—¿Qué lo olvide? Me dijiste que había vivido otra vida. ¿A qué te referías? ¿Y también en la boda que intentaste decirme? Siempre me hablas en clave y no lo entiendo.

—¿Sí? ¿Yo dije eso? —Se hacía la despistada con un rostro asombrado—. No. No lo recuerdo. No recuerdo nada.

Miré sorprendida a Darién que la miraba serio porque no le gustaba que esquivara mis preguntas.

—Yo sí —dije.

—Debes estar equivocada. Vive este presente, Adalia. Tú estás feliz y eso es lo que importa. Oh, no —miró en una dirección cambiando su tono.

—¿Qué ocurre? —le pregunté por su alarmante expresión.

Me guie por su mirada y observé a mi hermano Max y su buen amigo Eoin caminando por otro sendero. Por un momento ojeé a Erin y luego a Eoin, acariciándome la barbilla. Ella lo miraba a él un poco sobrecogida. *Mmm...*

—¿Sabéis qué?, estoy deseando de nuevo ver los alrededores de este hermoso lugar. No hace falta que me acompañéis. Yo solita me basto. Adiós.

—¡Erin! —grité mientras ella corría escabulléndose entre los árboles.

—Es un poco rarita —me dijo a mi lado Darién.

Suspiré.

—Me da que nunca ha tenido afecto en su vida. Le brillaron los ojos cuando le dije hace unos días que deseaba ser su amiga.

—¡Adalia! —alzó la mano mi hermano saludando.

Eoin Sheppard también hizo el mismo gesto todo sonriente. Al parecer mi hermano también había invitado a su amigo. Era un hombre guapo, alto, atlético, de pelo cobrizo y unos brillantes ojos verdes. Las mujeres suspiraban por él, por ser un rompecorazones y un amante del peligro, cuando de encontrar un *tesoro* valioso se trataba. Pero hubo una vez, en la que mi hermano me dijo, que Eoin huía de las mujeres, que no quería saber nada de ninguna, porque él representaba para ellas un peligro, un *alma oscura* que podía corromper a un ser inocente y puro. Fue el propio Eoin, quien se lo dijo de esa forma a mi hermano, y la verdad es que eso me dejaba bastante inquieta respecto al pasado de Eoin Sheppard, y por qué tenía ese concepto de él.

Sonreí mientras ambos se acercaban hablando. Darién se fijó con actitud seria en Eoin.

—¿Tengo que marcar mi territorio? —expresó algo gruñón.

—¡Darién! —exclamé en un tono de reproche observando su ceño fruncido—. Pues no. Eoin, como recordarás, es el amigo arqueólogo de mi hermanito.

—Oh, sí, lo recuerdo. El que le encantan los peligros, ¿no?

—Shhh —le di un codazo disimulado en su estómago, ahogando él un jadeo a la vez que se acercaban.

\*\*\*\*\*

Al alba y teniendo cuidado de no despertar a mi esposo, me deslicé de la cama con un propósito en mente.

No iría muy lejos, por lo que decidí ponerme la bata de seda y antes de salir, giré mi rostro observando a Darién que aún dormía sin sospechar que me había levantado. Tenía que darme prisa, en nada despertaría y siendo tan puntual me dejaría otra de sus tantas cartas que me arrancaban un suspiro, dejando también la delicada rosa sobre ella.

Bajé con sigilo las escaleras sintiendo el silencio que ambientaba la mansión. Antes de salir al exterior, me había asegurado de coger dos cosas importantes. No me alejé mucho, solo hasta la entrada del bosque. Dispuesta acabar con ello, reuní unas piedras sobre el suelo haciendo una forma circular. Cuando terminé, saqué del bolsillo las cartas que alegaban que yo contraía una maldición y una estúpida profecía. Las miré con un destello de ira teniendo en mi otra mano un mechero.

—Esto debí hacerlo hace tiempo —hablé con voz afligida—, por tu culpa he estado seis años obsesionada, pero ya no más. No te creo.

Las arrojé con fuerza sobre el centro del círculo.

—Y aunque me duela admitirlo, por tu culpa también tendré que hacer planes.

Aunque Darién se había asegurado todas las noches de repetirme que yo no estaba maldita, mientras me perdía entre sus brazos y en el éxtasis. Me daba mucha *fuerza* sentir su fortaleza, pero no podía dejar de pensar en las cartas a pesar de todo.

Prendí el mechero sin desquitar mis ojos de las cartas.

—Espero que tu vida no sea tan llena de dicha, Hope —dije con un poco de rencor.

Poniéndome de cuclillas, acerqué el fuego hacia las hojas. Ya nunca más

me torturará esa obsesión de releerlas una y otra vez. Ahora sería feliz. De pronto, algo me puso en alerta rozando la llama solo la punta de una de las cartas, dejándola chamuscada al consumir un minúsculo trozo.

Mirando entre los árboles vi movimiento. *Oh, no.* ¿Sería Darién? ¿Me habría escuchado? *Ay, Dios.* Se dio cuenta de que no estaba a su lado y salió a buscarme. Apresurada, cogí las cartas metiéndolas en el bolsillo de la bata intentando aparentar calma.

Pero nunca hubiera imaginado ni por asomo, que quién vendría en mi dirección fuera Aiden. Cerré mi mano ocultando el mechero, haciendo una mueca al notarlo muy caliente. ¿Por qué Aiden estaba despierto a estas horas? ¿Y por qué venía cabizbajo frotándose una mejilla con un rostro que destellaba furia?

—Hola, Aiden —dije con una alentadora calma.

Él apenas levantó la vista, solo para saludarme con la cabeza. Parecía bastante molesto.

Abrí los ojos impresionada.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté alarmada observando una de sus mejillas teñida de rojo, pero un rojo muy marcado.

Solo se detuvo un instante farfullando en un idioma desconocido para mí.

—Carla me acaba de abofetear. De verdad, yo ya no sé qué hacer. ¡No lo sé!

Se marchó acelerado dejándome boquiabierta sin poder decirle nada.

¿Carla había abofeteado a Aiden?

Sentí pasos detrás de mí y volví mi rostro para ver a una Carla que echaba chispas y maldecía sin parar. Llevaba aún el pijama. Levanté una mano abriendo la boca, cuando pasó por mi lado como si no me hubiera visto.

—Ahora no, Adalia. Tengo un humor de perros.

Sí, sí me había visto. Y esas palabras tan explícitas significaban que no me contaría jamás lo ocurrido entre ella y Aiden. ¿Pero qué les pasaba a estos dos? ¿Por qué estaban ambos levantados a estas horas y rondando por el bosque? ¿Y por qué Carla abofeteó a Aiden?

Sacudiendo la cabeza sin poder entenderlo vi a treinta metros de mí, dos siluetas pasando entre los árboles. Escruté más mi mirada para ver quiénes eran.

*No puedo creerlo*, pensé atónita.

Eran Ashelia y Max.

Ella levantaba los brazos como si estuviera irritada y él solo la seguía paciente esperando su turno para hablar. ¿Estarían discutiendo? ¿Y por qué? Esto era increíble. Cuando los perdí de vista, observé mí alrededor para ver si alguien más me daba otra mega sorpresa. A lo mejor Alfred y Flor salían detrás de un árbol como unos jovencitos que no dejaban de robarse besos a escondidas de su jefe.

Esboqué una sonrisa negando con la cabeza. No sé qué líos se traían esos cuatro. Pero me parecía a mí que sus diferencias eran del tamaño de un abismo que no tenía fin.

Me propuse volver a la mansión pensando en ellos, y me di cuenta de que en mi propósito de quemar las cartas había fracasado. Mis ojos observaron durante un momento el círculo de piedras.

*Más tarde lo haré*. Pensé con decisión.

\*\*\*\*\*

La esperada comida de los Knightley y los Brent llegó ese día. Aunque no sabía si era muy seguro que Aiden y Carla se sentaran juntos, como Ashe y Max, después de lo que vi esta mañana entre ellos. Pero la comida, gracias a Ériu fue amena y sin altercados. *Bueno...*

—Quiero hacer un brindis —levantó mi padre la copa y todos le seguimos—. Porque esta gran familia no se vuelva a distanciarse nunca más.

—Chin-chin —dijeron la mayoría. Golpeé mi copa con la de Darién bebiendo con una brillante sonrisa.

—Yo no sé qué haces tú aquí si no eres de la familia —le tiró Carla a Aiden que estaba a su lado.

*Bueno, ya empezamos*. Pensé mirándolos con detenimiento.

—¿Y tú qué? Que yo sepa no eres ni una Brent ni una Knightley.

Ella lo miró con ojos asesinos al responderle tan descarado. Intenté no reír mientras tragaba el vino.

—Tengo la sensación de que te conozco, Erin. Tú y yo nos hemos visto antes, ¿cierto? —le dijo Eoin a Erin.

—No creo. Me acordaría muy bien de tu cara —le contestó ella más pasota sin apenas mirarlo.

Él se acarició la barbilla sin despegar su intensa mirada de ella.

—Max, deja de mirarme —le reclamó ofuscada Ashe enfrentándolo a su lado.

—¿Qué pasa, no puedo mirarte? ¿Hay una ley que me diga que no puedo hacerlo? —dijo él relajado y sonriente.

Estuvo tentada de tirarle su copa de vino pero se contuvo.

Darién y yo nos miramos riéndonos.

Quien se pasaba de mirada embobada era Nevaeh con Drake. Estaba claro que ella le gustaba mucho. Pero me apenaba saber que Drake no sintiera nada por ella, porque la trataba más como una hermana. Esa hermana que nunca tuvo. Y eso a Nevaeh le disgustaba claramente.

Pero entonces, ¿por qué Drake había cruzado un océano entero para ir hacia Nevaeh? Había algo más, porque yo no me creía que solo fuera por trabajo.

Los miré pensativa.

—Creo que ha llegado la hora de que lo digamos —me susurró Darién.

Volví mi atención hacia él y asentí con entusiasmo.

—Darién y yo necesitamos decirnos algo importante —miré a nuestros padres.

—Mientras no hayas estresado otra vaca del señor Eustaquio, todo bien.

—¡Peter! —exclamó mi madre.

—¡Qué! Digo la verdad. Tuve que pagar dos vacas. Espero Darién, que metas en cintura a esta señorita.

La verdad era que todos aguantaban las risas, incluso mi flamante marido.

Le cogí la mano entrelazando nuestros dedos y pasando (con mucha paciencia) del intencionado comentario de mi padre para crisparme.

—Darién y yo estamos casados.

Él y yo esperamos una reacción inapropiada de nuestros padres. Incluso nuestros amigos se quedaron mirando con tensión.

—¿Me pasas la ensalada? —le pidió Kyra a mi madre.

Ella asintió pasándosela.

—Debo felicitar a Alfred. Este solomillo está riquísimo —lo señaló con el cuchillo mi padre.

Daniel asintió de acuerdo con él.

Abrí la boca pasmada. No podía creerlo. ¿Pero qué se podía esperar de ellos?

—Están pasando olímpicamente de vosotros —nos dijo Max en burla.

¿Ah, sí?

—Pues he decidido donar un riñón a la ciencia.

—De eso ni hablar, señorita. ¡Ningún Knightley tocará algún órgano suyo mientras viva! —se levantó bravo mi padre al oírme.

Sonreí satisfecha de mi propósito oyendo más de una carcajada.

—Peter —lo calmó mi madre poniéndole una mano en su brazo, y luego me miró con cautela—. Cariño, nosotros sabíamos que estáis casados.

—¿Qué? —dijimos a la vez Darién y yo.

—Os conocemos demasiado bien —nos aclaró Kyra.

—¿Os acordáis la última vez que nos amenazaron? Porque nosotros veíamos que eran muy jóvenes para casarse. *Nos casaremos a escondidas de vosotros porque no entendéis cuanto nos amamos.* Palabra textuales de mi querido hijo —señaló Daniel.

—Nuestros padres son como los teletubbies. Tienen antenas sobre sus cabezas para captarlo todo.

Ocho pares de ojos encendidos de fuego lo miraron sin expresión de



diversión. Yo ahogué mi risa con disimulo sobre el hombro de Darién, pero el único que no tuvo vergüenza en reír con mi hermano Max, fue su amigo Eoin.

—Era cuestión de tiempo que os casarais a nuestras espaldas —amenizó Kyra—. Aunque nos hubiera encantado estar presentes y sobre todo que la boda fuera a lo grande —mi madre fue asintiendo de acuerdo y yo puse los ojos en blanco porque a las dos las conocía muy bien. Me había librado de una buena.

—Yo sabía que si Darién la volvía a encontrar, no tardaría en proponerle matrimonio por muy absurdo y alocado que fuera —aclaró Daniel mirando a su hijo.

—Entonces si yo me caso, ¿también lo vais a saber por intuición? —les preguntó chispeante Max.

—No Max, a ti te veo soltero hasta los cuarenta cuando decidas sentar cabeza —le respondió papá un poco hosco.

—Pues no descarto lo de casarme. No... lo... descarto —fue mirando a una persona en particular mientras lo decía con profundidad.

—En cambio otras rehúyen del matrimonio como si fuera la peste —dijo como pullita Aiden bebiendo vino.

—¡Eso va por mí! —le reclamó Carla ofuscada.

Él decidió ignorarla y ella resopló estrangulando la servilleta entre sus manos intentando hallar la tranquilidad.

—¿Y tú qué opinas de nuestro matrimonio, Erin? ¿Hicimos bien Darién y yo?

—Vosotros ya estabais predestinados antes de nacer —todos dejaron de comer mirándola raro en un silencio sepulcral, ella dio un respingón al darse cuenta mirándonos avergonzada—. Quiero decir, que estáis hechos el uno para el otro. Yo lo veo bien.

Era tan típico que ella me hablara de esa *forma*, que no fue extraño para mí. Mi madre y Kyra suspiraron de amor por sus palabras. Y me di cuenta que Eoin la miraba fijamente entrecerrando los ojos con *pura* curiosidad.

Después del postre, mis padres con Daniel y Kyra se marcharon hacia las hectáreas de los Brent. Si mal no había oído querían restaurar la mansión abandonada. Mientras hablaba con las chicas en el salón del té, vi a Darién atender una llamada en su móvil. Por su rostro inquieto, no parecía una *buena* llamada y se movió hacia el recibidor perdiéndolo de vista.

—Adalia. ¡Hey, me estás escuchando! —una Carla irritada me sacudió el brazo.

Las miré a ellas enajenada.

—Eh, sí... bueno, no. En realidad... —suspiré intranquila—. Disculparme, tengo que buscar a Darién.

Salí del salón del té, pasé por el recibidor y abrí la puerta de la entrada. A los pocos minutos lo encontré en una de las diversas sendas, me daba la espalda y al parecer acababa de terminar con esa llamada. Noté su frustración cuando enterró una mano por su pelo soltando una maldición. Mis pasos lo alentaron y se dio la vuelta con una amplia sonrisa, guardando su móvil en la chaqueta. Mientras rodeaba sus brazos alrededor de mi cintura dándome un beso en la frente, esperé a que me hablara que lo tenía tan frustrado.

—Después de seis años sin reuniones familiares ha ido bien, ¿no?

¡Qué bien! Y ahí estaba. Cuando él tenía problemas prefería reservarlos para él solo. *Controla a la Destructora, que no salga. No es el momento.* Medité por dentro.

—Ha ido magnífico —suspiré—. No vas a decírmelo, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo que te pasa —señalé el bolsillo donde se encontraba su móvil.

Maldijo en irlandés pasando de nuevo una mano por su pelo.

—No es grave. Son cosas sin importancia.

—Pero yo quiero saberlo. Creo que tengo derecho a saber lo que te tiene tan frustrado.

—Mis problemas, míos son —esa era una de sus tantas frases que me quemaban la sangre.

—Oh, lo recuerdo. Pero bien que mis problemas son tuyos, ¿verdad? —no pude mitigar mi cabreo porque ya había suficiente con el suyo.

Sus ojos estaban irritados, los míos también. Pero su mirada se suavizó soltando un suspiro y negando en un gesto.

—No quiero pelear contigo, Adalia. Lo único que necesito es que me abracés todos los días y me digas que estás aquí. Solo eso.

Me dio un vuelco en el corazón oírlo tan desolado. No lo dudé y lo estreché contra mí abrazándolo.

—Estoy aquí —susurré despacio.

Esperaba que pronto su *confianza* cicatrizara. Hundió su cara en mi cuello por un largo rato. Y esperé paciente. Cabizbajo y rozando su frente contra mi pecho, comenzó a hablar.

—La llamada que acabo de recibir es de un importante ejecutivo empresario que vino a mí para que le construyera un complejo hotelero en la Isla Bali. Martin Black. Hace más de un mes que debería estar allí para efectuar todo. Pero no he sido tan responsable como debía. Me ha dado cuatro días más o si no estoy fuera del proyecto. Está bastante molesto.

—¿Como de molesto?

—Al nivel de cabreado.

Apreté los labios sintiéndome impotente porque la verdad se reveló ante mí.

—Es mi culpa —musité—, porque tú me seguiste hasta Irlanda y no pensaste en ti, en que eso traería consecuencias. Joder, qué tienes una responsabilidad —y no se lo estaba reprochando, si no que estaba viendo mi irresponsabilidad—. Una gran empresa... —ahogué el aire en mi boca parpadeando varias veces seguidas—, mi marido es presidente de Industrias Brent. Ay... Dios...

Solté el aire intentando encontrar más al flaquearme las rodillas. Y ahora me daba cuenta de la *magnitud* de poder y responsabilidad que llevaba tras su espalda Darién. Dio un paso hacia mí, y yo di otro hacia atrás dejando mi mirada clavada en el suelo, soltó un suspiro y volvió a intentarlo, pero volví a

hacer lo mismo.

—Adalia...

Negué con la cabeza despreciándome.

Pero no desistió, y podía ser más perseverante que yo. Lo sabía muy bien ahora. Sus brazos se deslizaron por mi cintura atrayéndome hacia él, y su manó la elevó hasta mi barbilla para que nos miráramos.

—No te sientas culpable —me sonrió con dulzura.

Sin decir nada me adivinaba.

—Claro que me siento culpable.

—Si tuviera que volver a seguirte. A cualquier lugar. Lo haría sin pensarlo.

No podía creer que me arrancara una media sonrisa. Era bueno para eso.

—Así que no te sientas culpable. Porque no volverán a distanciarme de ti. Nadie. Si eso significa perder a un cliente como Martin Black. Pues bien. Que se busque a otro arquitecto. No cambio a mi esposa por ningún empresario sin corazón que solo desea que su cartera esté repleta de billetes.

—Darién... —me trabé en mis palabras al embargarme la emoción.

—Tú eres mi vida. No intentes que acepte porque es un no rotundo. Y mis no ya sabes cómo son. La última vez —miró el lugar melancólico. Estaba pensando en lo mismo que yo. En nuestra última despedida. Solté un suspiro—. Creímos que separarnos no iba a traer consecuencias. Se suponía que iban a ser dos semanas. Y han sido seis años sin ti. ¿Crees que podré tener un minuto de paz si tú estás aquí sin mí y yo allí en Bali? —negó con la cabeza—. No volveré a fallarte una segunda vez. No lo haré. Tú estás antes que cualquier persona de este mundo. Porque mi mundo eres tú. Sin ti no soy nada, lo sabes, y volver a separarme de ti —suspiró con dolor poniendo su frente contra la mía y acariciando mis mejillas con sus pulgares—, me destrozaría, Kisa.

Podía ser tremendamente testarudo. Estaba emocionada por su forma de quererme, adorarme y protegerme, nunca llegué a imaginar que nuestro *amor* fuera tan fuerte y unido.

—Tú aceptarás ir a Bali...

—Oh, Adalia —resopló con cierto enojo volviéndose hacia otro lado, exasperado.

—Porque iré contigo —concluí sin que descendiera mi sonrisa.

Se volvió deprisa con cara de sorprendido.

—¿Qué? Espera, ¿tú quieres acompañarme?

—¿A la isla Bali? ¿La famosa isla de los dioses? ¿Dónde está uno de los mejores amaneceres del mundo? Está claro, ¿no? —Le guiñé un ojo toda seductora agarrándome a su cuello—. Soy tu esposa. Darién, quiero ir. Yo tampoco soportaría la idea de separarnos durante semanas. No sé si podría soportarlo, tal vez más adelante pueda darte un poco de cuerda, pero por el momento necesito estar a tu lado. Así que me gustaría mucho acompañarte a Bali , si tú quieres claro.

—¿Qué si quiero?

Sus brazos rodearon mi cintura y me levantó en el aire plantándome un beso en los labios largo y prolongado, tierno y lleno de pasión.

—Te amo —me dijo con dicha entre mis labios—. Entonces llamaré a Martin Black, le pediré una enorme disculpa y espero que siga queriéndome en su equipo.

Asentí perdida por sus caricias.

—Lo hará. Sabe que le conviene que su flamante hotel lo haga el mejor arquitecto de este mundo.

—Cariño, deja de aumentar mi ego.

—Un poquito más —hice pucheros mientras nuestros labios no se despegaban.

—Veré cuantas veces podré excusarme para que no salgamos de la cama.

Eso sonó demasiado excitante de sus labios, tanto, que ya estaba deseando que pasaran esos días para partir hacia Bali.

—Haré que nos den una playa privada.

*Santo Dios.* Giré mi rostro de modo que nuestras mejillas se rozaron y lo miré a los ojos.

—¿Puedes hacer eso? —le pregunté maravillada.

—Puedo hacerlo. Sí. Porque... —tragué saliva con trabajo a la vez que me lo susurraba y paseaba un dedo con sensualidad por mi espalda—, estoy deseando verte en bikini y sin él en el agua, señora Brent. Y eso solo lo voy a ver y disfrutar yo.

Derretida por su atención, me fundí en sus labios dejando colgados mis brazos alrededor de su cuello.

Abrazando a Darién con entusiasmo, vi a Carla caminando ensimismada por la senda, estaba de brazos cruzados y con su MacBook pegado contra su pecho. Estaba segura de que habría *escrito* un capítulo más en su diario.

—Voy a llamar a Martin Black —me indicó Darién plantándome un beso en la frente y alejándose hacia la mansión.

—¡Carla! —grité con tono feliz corriendo hacia ella. Levantó el rostro y al verme torció una media sonrisa.

—Dentro de unos días me voy a la Isla Bali —la emoción me produjo que diera saltitos de alegría sujetándome a los brazos de mi amiga.

—Y yo a la India.

Mi felicidad se detuvo ipso facto quedándome helada.

—¿Qué? —dije perpleja.

—En realidad es dentro de una semana.

Sus palabras me dejaron sin poder hablar y la felicidad ya no bullía por mis venas. No, no podía ser. ¿Carla en la India? ¿Por qué en ese lugar tan lejano?

—¿Y Aiden? —solté de pronto.

Su rostro se transformó en severo observando un matiz de odio en su mirada.

—Él no está en mi vida. Así que no me lo incluyas, por favor te lo pido.

Suspiré con pesar. *Carla, si tú lo supieras todo.* Pensé con melancolía. Pero sacudí la cabeza volviendo mis pensamientos hacia su viaje. Ella no podía marcharse.

—¿Espera y... y el maniaco obsesivo que está detrás de ti? No puedes irte a otro lugar y menos a la India que no es tan protegida.

—Tranquila. Hace tiempo que no da señales de volver a por mí. El servicio secreto que contrató mi padre asegura que ha desistido de su obsesiva persecución hacia mí, y piensan que ya tiene otra presa en mente a la que intentar amargar su vida. Yo espero que no. No quiero que otra chica pase por lo que yo. Pero estoy segura que mi padre no escatimará en gastos para que allí también me protejan. Como nos pasó en Canadá.

Me sonrió con tranquilidad cogiéndome las manos.

—He decidido hacer ese viaje para encontrarme. ¿Sabes? Cuando nos conocimos, cuando vi cuanto nos necesitábamos ambas, me prometí ayudarte. Y me prometí también que hasta que no te viera feliz y con el hombre de tu vida, yo no buscaría mi propia felicidad, porque sería más desdichada si yo la encontrara antes que tú.

—Carla —me sentí emocionada humedeciéndose mis ojos.

—Y por la diosa Ériu que lo prometí —alzó una mano con las lágrimas en los ojos.

—¿Pero por qué a la India? —fui diciendo acongojada.

—No sé. Es un lugar al que deseo ir. Deseo alejarme. Descubrir que es lo que quiero. Encontrarme a mí misma. Oye... —me dio un codazo con más optimismo—, a lo mejor vengo casada con un hombre todo buenorro.

Eso me hizo reír, porque sabía que era una *broma* para lograr arrancarme una risa.

—Has dicho en una semana.

—Yo viajaría mañana mismo. Pero dentro de tres días mi madrastra, esa bruja sin corazón —*amén a eso*—, va hacer una mega fiesta de máscaras en su casa de Venecia. Si fuera por mí no iría, pero iré por obligación. Para aparentar algo que no soy. Pero en cuanto esa fiesta acabe, me iré a la India. Me llevaré a Neve conmigo. No me fío de dejarla con esa bruja.

—Oh, Carla —me abalancé contra ella fundiéndonos en un abrazo lloroso por parte de las dos—, te voy a echar mucho de menos.

—Yo también, Ada. Haz algo por mí, sé muy feliz —me acarició la mejilla.  
Le sonreí.

—No lo dudes.

Se retiró de nuestro abrazo soltando aire mientras se quitaba unas lágrimas de sus mejillas.

—¿Ahora crees en los príncipes azules?

Esbocé una sonrisa de dicha. Y asentí.

—Me alegro —prosiguió.

Pero me daba que ella no creía en ellos. Que la *esperanza* la había perdido por completo. Que para ella no había un lugar, no había un cuento de hadas por vivir. ¿Es que en la faz de esta Tierra no había un maldito hombre para ella? Comenzó a sonarle el móvil, y resopló poniendo los ojos en blanco al ver que era su padre. Descolgó haciendo un gesto de que se marchaba para hablar con él, y asentí con cierta nostalgia mientras la veía alejarse. Iba a echarla tanto de menos. ¿Por qué deseaba alejarse de esa manera?

Sintiéndome triste, me encaminé hacia la entrada de la mansión. Cuando llegué, me detuve mirando ensimismada el cartel de los Knightley en la entrada de los terrenos. Sentí como detrás de mí se cerraba la puerta principal y vi a Aiden alejándose por el lateral izquierdo de la mansión.

Observándolo, ni lo pensé dos veces.

—¡Aiden! —fui hacia él mientras se volvía hacia mí—. Carla se marcha a la India en una semana.

Se lo solté de sopetón sin pensarlo. Parpadeó tres veces desconcertado.

—A la India. ¿Por qué?

—Quiere alejarse. Dice que se quiere encontrar a sí misma.

Sus ojos se deslizaron detrás de mí, giré mi rostro hacia atrás cayendo en la atención de que miraba a Carla. Estaba a una larga distancia entre los árboles y no podía oírnos. Sus ojos la miraban con profundidad, pero sin poder descifrar alguna emoción marcada en su rostro.

—¿No vas a hacer nada? ¿No vas a impedirlo o hacer algo?



—No pienso impedir nada. Si quiere viajar a la India. Bien por ella —pasó por mi lado como si nada.

Crispada, me adelanté frenando sus pasos para que no siguiera. Este *grandullón* como Darién lo llamaba, no iba a poder conmigo. Sonó su móvil, pero él pasó de la llamada al ver que conmigo no se iría de rositas.

—No te creo, Aiden. Tú aún sientes algo por ella. Lo veo en tus ojos.

—¿No ves cómo me desprecia? —soltó dolido—. No me quiere a su lado. Si me ha tragado en la comida y todos estos días ha sido por ti.

—Reconquístala. Dile la verdad. Sé que Carla puede ser cabezota y orgullosa, pero sé que aún siente algo por ti. Dejad atrás el pasado. No dejes que el destino venza. Lucha.

Negó con la cabeza y sé que se engañaba al negarlo. Se evidenciaba en su rostro que la noticia de que Carla se marchaba a la India, lo dejaba hundido. Mordí mi labio inferior dudando si decirle algo muy, pero muy *secreto*. Qué demonios, se lo iba a decir.

—¿Sabes que Carla algunas noches cuando tiene un ataque de ansiedad, corre hacia el baño, se mete en la bañera, se encoge como un ovillo abrazando sus piernas y cuenta un montón de números hasta que intenta quedarse dormida? Lo he visto muchas veces. Pero créeme, que eso que le sucede no es por tu culpa.

No me permití contar más. La otra Adalia se lo hubiera pensado dos veces antes de soltar algo tan personal como eso. Pero desde que era la *verdadera* Adalia pocos miedos e inseguridades abrazaban mi ser. Su rostro se desencajó de dolor mirándome sin haberse esperado mis palabras.

—¿Por qué me has contado eso? —parecía asustado y abrumado. Agaché la mirada remordida. Mis palabras no fueron con el fin de dañarlo, sino de que viera que Carla lo necesitaba mucho—. No todos los finales son felices, Adalia. Algunos terminan bien, y otros son amargos, como lo es el amor prohibido. Es así de fácil. Mi tren pasó hace mucho tiempo y por algunos errores que cometí, lo perdí —me pregunté qué final se ponía él mismo—. Por eso estoy intentando rehacer mi vida. Nadie va impedirme que me case con la mujer que deseo. Ahora estoy más decidido que nunca —al instante caí en la cuenta de esa mujer con la que se iba a casar. Me apenó y me sentí culpable,

porque no la conocía y a lo mejor era una buena mujer, que lo adoraba y que lo amaba con locura. Pero por Carla era capaz de hacer cualquier cosa, aunque ahora mismo estaba hecha una maraña de dudas entre estos dos cabezotas.

Del bolsillo de su pantalón vaquero azulado, sacó su móvil que unos minutos atrás había sonado. Mientras lo alzaba hacia su mirada, algo metálico y pequeño captó mi atención que sobresalía un poco del puño derecho de su chaqueta. Fruncí el ceño.

—¿Qué es eso? —le señalé desconcertada.

Él quitó rápidamente su atención de su móvil mirándome y luego hacia el pequeño objeto engarzado que sobresalía de su puño. ¿Por qué llevaba algo así?

—Oh, esto —dijo con una media sonrisa y lo metió con disimulo y tranquilidad hacia dentro de la manga—. No es nada importante. Cosas de mi segundo trabajo.

Alcé las cejas. ¿Tenía un segundo trabajo? ¿No solo era abogado? *Humm.*

—Ah, bueno.

—El deber me llama —señaló su móvil y se dio la vuelta alejándose de mí.

Entonces solo me quedaba desearle a Aiden la mejor felicidad del mundo con esa mujer. Y a Carla... Cerré los ojos soltando aire. Ojalá que dejara que un hombre entrara en su corazón. No la quería tan lejos, pero si deseaba hacer ese viaje, tenía todo mi apoyo.

Aiden tenía razón, por desgracia no todos los  *finales* eran felices. ¿Pero no teníamos en nuestras manos en muchas ocasiones el poder de cambiar un final amargo por uno más feliz? Estrechar lazos, unir vidas, llegar al amor eterno. Si tan solo a Carla no le repelaran las bodas. Me quedé en la soledad del momento pensando en ellos, en una posible esperanza... pero por desgracia no la hallé.

Suspiré dándome la vuelta.

Si tan lejos se iba a ir mi mejor amiga (mi hermana del alma) necesitaba pasar el máximo tiempo con ella. Caminé por el camino bordeado por los árboles hasta que me adentré entre ellos y encontré a Carla sentada sobre la

tierra, recostada sobre un árbol y escribiendo en su MacBook. Seguro que escribía en su diario. En cuanto me vio, me mostró una sonrisa tranquila, pero la conocía demasiado bien para saber que ella ahora tenía una gran *tempestad* en su corazón que no poseía calma. Y me dolía saberlo.

—Hola —fue cerrando su MacBook.

Evitaría por el momento decirle que había sido una gran chivata contándole a Aiden sobre su viaje. Y sobre todo ese secreto suyo. Pero lo hice con la esperanza de que él la detuviera, que hiciera algo para reconquistarla y devolverle ese brillo de amor que Carla tuvo alguna vez en su mirada. Pero me equivoqué. Tuve un *error* humano, porque no pensé en la prometida de Aiden, que debía ser una noble mujer que no tendría culpa de nada. *Joder, pues vaya lengua más larga tienes, Adalia*. Pensé sin remedio.

—¿Damos un paseo? Hace una tarde preciosa.

—Claro.

Se puso de pie sacudiéndose los pantalones.

No hablamos mucho, parecía que la mitad de Carla no estaba en estos momentos conmigo. Y tampoco quería sacarle el nombre de Aiden, porque sabía cómo se pondría. Si existiera un hada madrina, le pediría un deseo. Le pediría que uniera los destinos de Carla y Aiden y que los *enlazara* de tal forma que fueran irrompibles a cualquier adversidad. Pero por desgracia, eso de las hadas madrinas solo eran *fantasías* inventadas por el humano. Giré mi rostro hacia Carla que caminaba a mi lado con la mirada en el suelo y abrazando su MacBook.

—¿En qué piensas?

Tardó en levantar la mirada parpadeando de seguido. Suspiró pero torció una sonrisa pilla mirándome.

—En que me he quedado con ganas de batearle los huevos a Ryan.

Ambas nos reímos sin control, y sintiéndome tan nostálgica, la abracé con fuerza.

—Voy a echar de menos tus peculiares frases.

—Oh, Ada —fue acariciando mi cabello—. No te me pongas

melodramática. Hablaremos todos los días. No me iré para siempre. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—¡Hey, chicas!

Carla y yo giramos nuestros rostros observando como venía corriendo por el camino Nevaeh.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Tenéis que ver esto, Erin está hablándole a la tierra —nos hizo un gesto algo fatigada volviéndose otra vez por el camino.

Carla y yo nos miramos un momento pero seguimos a Nevaeh. No lo pude creer hasta que lo vi con mis propios ojos. Dentro del Crómlech había una Erin arrodilla sobre la tierra, hablando en voz alta. Carla tiró de mí hacia el árbol donde estaba Ashe escondida y espiando a Erin. Las cuatro nos quedamos un rato observando a Erin a unos metros de nosotras. Tenía las rodillas muy juntas, la cabeza gacha y las palmas de las manos mirando hacia el cielo, y apenas se movía.

—Por favor Ériu, protégenos de ella. Y si no es ella la que desea hacernos daño, danos la fuerza que necesitamos...

—¿Quién es Ériu? —preguntó en un susurro Nevaeh sin apartar los ojos de Erin.

—Parece mentira que seas irlandesa —dijo Carla—. Ériu es la diosa ancestral de Irlanda. Pero estoy tan desconcertada con Erin. ¿Qué está haciendo?

—Eso que hace no es normal. ¿Se le habrá ido la pinza?

—Ashelia —le recriminé con un tirón en su manga si hablar tan alto—. Ella está tan cuerda como nosotras. Lo que ocurre es que Erin tiene su propia fe y la manifiesta de esa forma.

—Tú... que eres la que gobierna la tierra verde, la tierra celta proclamada por los dioses, protégenos del mal que nos acecha. Tú, que intentas cubrir de seda pura los corazones llenos de sombras. Somos druidas del tiempo, del cielo, de la tierra. No dejes caer el infierno sobre los cielos... —hizo una

pausa manteniéndose aún quieta—. Y también te pido que mis amigas dejen de espiarme cuando hago este ritual.

—¡Ay va! —susurró Nevaeh tapándose la boca con las manos, en cambio Carla resistió una risita y Ashe rehuía su mirada al cielo para disimular.

Suspiré y salí del árbol caminando hacia ella que nos daba la espalda, pero debí imaginar que sabría que la estaríamos espiando, me quedé fuera del Crómlech.

—Lo siento, Erin. No queríamos espiarte.

—No importa, Adalia. Entrad en el círculo no os quedéis fuera.

Por un momento nos miramos las cuatro pero le hicimos caso entrando del todo.

—¿Quién construiría esto? Porque solo son unas simples piedras grandes que forman un círculo —fue mirándolo con curiosidad Carla.

—Esto es un Crómlech. Y no son simples piedras —le respondió Erin.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —le preguntó Ashe.

—Me estoy ofreciendo a la madre tierra. La portadora de nuestra vida.

—Suenas tan mística —dijo Nevaeh algo miedica mirando el lugar.

—Estamos destinadas —abrevió ella.

—¿Por qué estamos destinadas? ¿A qué te refieres? —le pregunté a su lado.

—Eso es como preguntar por qué los humanos vivimos en la Tierra. ¿Por qué aquí? No tengo respuestas para todo —mientras la mirábamos desconcertadas, ella se levantó del suelo y se deshizo de su capa gris. Y fue hacia mí cogiéndome una mano y llevándome hacia una de las enormes piedras—. Tócala solo con el dedo corazón. Y no te muevas.

Lo hice y la miré, ella solo me sonreía, lo que despertaba más mi curiosidad de por qué tenía que tocar la piedra de esa forma. Se dio la vuelta y llevó a Carla hacia otra piedra pidiéndole lo mismo, luego con Ashe y Nevaeh. Y ella también tocó otra piedra.

—Mmm... esto no será una especie de sacrificio o algo así. ¿Nos cortarás la cabeza y se la ofrecerás a los dioses celtas? —preguntó con sarcasmo Carla

ensanchando una sonrisa.

—Eres muy graciosa, Carla —objetó Erin sin apenas sonreír.

—Oye, ¿y las otras piedras? —preguntó Ashe con curiosidad ya que al lado de cada una de nosotras había una piedra. En total el Crómlech lo formaban diez piedras gigantes.

—No están aquí sus dueños.

Las cuatro nos miramos inquietas. ¿Así que estas raras piedras tenían dueños? El viento comenzó a azotarse a nuestro alrededor, enredándose los mechones sobre mi rostro y dificultándome ver al resto por un momento.

—Pedir un deseo de corazón. Pero uno puro. Es algo que necesitamos hacer ahora.

—¿Qué? —soltaron Nevaeh y Ashe.

—Una a una debéis hacerlo. ¿Quién desea comenzar?

Carla alzó la mano y Erin sonrió asintiendo hacia ella, como invitándola a que hablara ahora. Ella se aclaró la garganta, aunque su rostro irónico me decía que esto se lo tomaba más a guasa que en serio.

—Deseo que esta amistad que acabamos de forjar las cinco nunca se disuelva —dijo Carla.

—Deseo que el amor nunca tenga fin y sea eterno —dije yo.

—Deseo que cosas de un pasado ancestral no vuelvan jamás—dijo Erin.

Miré con el ceño fruncido a una Erin que tenía los ojos cerrados.

—Deseo que seamos más valientes cuando tenemos que serlo —dijo Nevaeh.

—Deseo que lo que anhelan nuestros corazones se cumpla —dijo Ashe.

El aire dejó de removerse a nuestro alrededor y llegó una *calma* inexplicable en la que el sol se ocultó entre las nubes, haciendo de este sitio más tenebroso. Me dio un escalofrío no escuchar en nada la naturaleza. Era espeluznante.

—Ay, qué mal rollo —se separó de su piedra Nevaeh sacudiendo las manos asustada—. ¡Yo me voy!

—¡Nevaeh! —le gritó Carla corriendo detrás de ella—. Esto no es nada. ¿Y tú deseo de ser más valiente? Porque estás claramente huyendo.

—¡Pero no era ese tipo de valentía! —le iba diciendo ella apresurada por correr más lejos de aquí.

Ashelia fue detrás de ellas partiéndose de risa. Vi que Erin no se movía y que mantenía los ojos cerrados como si estuviera meditando, sin quitar su dedo de la piedra. Me separé de la mía caminando hacia fuera del Crómlech sin desear molestarla.

—En el transcurso de la vida a veces los deseos se quedan en un vacío inexistente donde desaparecen y no se pueden cumplir —me detuve al oírla y me di la vuelta viendo que mantenía su misma postura de antes con los ojos cerrados—. Pero también mayormente los *deseos* se hacen realidad.

Me contagió su sonrisa bondadosa mientras me proponía marcharme hacia la mansión.

—Y Adalia...

—¿Sí? —me detuve de nuevo.

—Me gusta mucho tu colgante —lo miré un segundo cogiéndolo entre mis manos—. Cuídalo.

—Gracias —dije sin apenas entenderla.

Bajando la colina, miré por última vez a Erin que miraba al cielo sin parpadear y sin haber salido de ese misterioso Crómlech.

\*\*\*\*\*

La tarde fue cayendo hasta que el sol fue descendiendo tras la colina en la que en unos minutos se ocultaría para dar paso a la noche. Afligida, vi cómo fueron marchándose cada uno. El primero en marcharse fue Aiden, alegando que tenía «preparativos» que hacer porque sus planes se habían adelantado. Estaba segura de que era por su boda. Y le deseé una próspera felicidad, y le dije que esperaba que algún día me presentase a su esposa, y él por extraño que pareciera me respondió: «*muy pronto y estoy seguro de que te encantaré*». Mmm de momento no lo creía así. Erin desapareció sin decir nada; propio en ella. Eoin se marchó con mi hermano Max hacia México;

alegando algo de una expedición arqueológica. Carla se fue con Drake y su hermanastra Nevaeh. Y Ashelia se fue hacia Dublín.

Suspiré relajada, observando el lago Knightley a unos metros de mí.

Un rato después, caminé por la orilla con las manos entrelazadas, sumida en mis pensamientos. Recordaba lo mucho que me atrajo la última vez el lago. Como si me llamara. Sacudí la cabeza por esa estupidez.

El sonido de mi móvil me alteró desprendiéndome de mis profundos pensamientos. Lo saqué observando un e-mail.

**De:** Darién Brent

**Fecha:** 11 de Abril de 2015

**Asunto:** Estoy solito

**Para:** Adalia Brent

*Mi querida esposa,*

*¿Dónde estás? Te estoy buscando por todas partes. ¿Sabes lo grandes que son las hectáreas de los Knightley y los Brent? Volvemos a esos días donde tu huías y yo te daba caza, ¿eh? Será divertido, seguro. Pero esta vez no seré yo el cazador. Te espero donde siempre. Si no sabes dónde estoy. Cierra los ojos, escucha el viento, guíate por tu instinto y hallarás la respuesta. Necesito darle a mi amada esposa algo que le falta para completar nuestra unión. Ponte mi vestido favorito.*

*Te espera tu loco esposo,*

*Darién Brent*

*Presidente de Brent Industries, Inc.*

*¡Ah! ¿Ahora si relucía su flamante firma con su apellido? ¡Descarado patán!*

Recordaba muy bien cómo me gustaba que me diera caza después de sacarle de quicio o hacerle alguna trastada. Los recuerdos eran la *base* de nuestra vida y jamás teníamos que perderlos. Jamás. Fui hasta la mansión subiendo apresurada las escaleras hacia la segunda planta. Una vez lista con mi vestido y el pelo suelto, salí de nuevo disparada hacia el encuentro con mi esposo. Fuera de la mansión, me detuve mirando la esplendorosa vegetación.

Y cerrando los ojos, el lugar donde estaba Darién se reflejó en mi mente.



Abrí los ojos ilusionada emprendiendo a correr hacia allí.

Llegando, me detuve agitada, y una sonrisa se extendió por mi rostro cuando vi a Darién junto a nuestro árbol. Parecía mentira que habían pasado más de seis años desde que me besó la última vez debajo de él. Sacudí la cabeza. Ahora comprendía esas ansias por besarme debajo del árbol cuando estuvimos aquí apenas unas semanas atrás.

Él era mi más fiel compañero de viaje. El que nunca me había abandonado, el que luchó por mi corazón hasta conseguirlo. El que no cejó hasta de nuevo tenerme entre sus brazos haciendo hasta lo imposible porque le recordara.

Si eso no era amor...

Ahora veía mi camino claro y despejado. No había espinas ni dolor, aunque si una cierta inquietud, pero estaba segura que la sosegaría el mismo tiempo. Lo que había aprendido desde que Darién y yo nos reencontramos, fue que siempre al final del camino hay una luz, una esperanza y que no tenía que dejar de luchar. Sé que si hubiera dejado de luchar, al final la pequeña luz que fui en la *inmensidad* de las tinieblas, se habría apagado. Seis años sin recuerdos eran demasiados, y mi corazón aunque deseara luchar, estuvo falto de vitalidad. Creo que lo que en verdad mantuvo mis esperanzas, fue soñar durante dos años con Darién. Aun cuando no estaba presente físicamente en mi vida, él me ayudó a guardar una pequeña luz de esperanza.

Nuestras cicatrices físicas no podían compararse con las del *alma*, sé que esas más profundas tardarán mucho más en cicatrizar. Fueron cicatrices hechas para no olvidar. ¿Pero en qué lado de la balanza se quedaría el amor si éste no pudiera con todas las adversidades, y con todo lo que la oscuridad intenta tras debilitar a una persona?

Sé que habrá pruebas de *fuego* en el camino que recorrería, que me caería una y otra vez, pero tenía la fuerza y el coraje para levantarme mil veces más. Y si algún día me volviese a sentir perdida. Sé de alguien que no dejaría que me alejara ni por un segundo. Que me arrastraría hacia él y me ayudaría a superar ese obstáculo. Ahora estábamos juntos, y nada nos separaría.

Caminé por la vasta pradera observándolo de espaldas, él trazaba sus dedos sobre el escrito que hizo hacía mucho tiempo *sellando* nuestro amor.

Darién se dio la vuelta sonriendo al percibirme.

—Me has encontrado.

—¿No ha sido siempre así? Nos hemos ido encontrando mutuamente. Si tú vas en una dirección, aunque yo no me lo proponga el viento me lleva hacia ti.

Darién llevó su mano por detrás de mí cintura estrechándome contra él.

—¿En qué piensas? —le pregunté por su mirada tan apasionada.

—Estaba pensando en que forma hacerte el amor aquí. Pero a no ser que desee que nos vean, no logro encontrar una idea apropiada.

—Humm suena muy peligroso, señor Brent.

Su mirada brillaba y se quedó mirándome un buen rato, fue tan intensa, salvaje y provocativa que me hizo ruborizar. *Uy, esa mirada...*

—¿Qué?

—Me debes un postre muy especial y que aún no me he cobrado —dijo todo pillo.

—¿Ah, sí? —dije traviesa.

—Recuerda la noche que pediste las malditas fresas. Me excitaste hasta límites insospechados. Fuiste una Kisa bastante juguetona y perversa. ¿Tú sabes todo el control que tuve que hacer para no subirte a la mesa y torturarte a ti con mis besos y hacerte el amor como un loco? Y me daba igual si Alfred estaba al otro lado de la puerta.

—Esa era la intención, cariño. Excitarte hasta límites insospechados.

Le guiñé un ojo riéndome y rodeé mis brazos sobre su cuello poniéndome de puntillas para darle un beso.

Lo que no esperé fue que se echara hacia atrás, rehuyéndome. Fruncí el ceño.

—¿Me has hecho la cobra?

—Claramente. Pero muy justificada —me sonrió todo seductor.

—Bien, antes de que me vaya a buscar bellotas y desee tirártelas a la cabeza. Dime tu justificado gesto de la cobra ahora mismo.

Un mechón rebelde revoloteaba sobre mi rostro y Darién lo enrolló en su

dedo.

—Porque una de las principales razones es que me gusta iniciar los besos y que tú los termines. El hombre inicia el principio... la mujer dicta el fin.

En muchas ocasiones era yo la que lo besaba y la que ponía fin al beso. Pero sabía lo que quería decir. Que yo siempre tendría el *poder*.

—¿Y si no deseo ponerle fin? —dije con un tono que prometía miles de aventuras.

—Humm eso suena peligroso, señora Brent —su brillante sonrisa me hechizó.

Reí sacudiendo la cabeza.

—Pero antes de besarte, también quería darte esto.

Sacó de su bolsillo el anillo Claddagh. Apreté los labios con emoción.

—Esto te pertenece, mi hermosa Deva.

—Creía que no querías volver a dármelo —expresé a punto de que las lágrimas me asaltaran.

—Eres mía, Adalia. Somos un solo ser. Y quiero que cada persona cada vez que vea tu mano, sepa que tu corazón está cogido para siempre.

Tomó mi mano izquierda y deslizó el anillo en el dedo corazón, mirando el zafiro en forma de corazón hacia mí, brillando con los últimos rayos del sol. Lo miré emocionada.

—Y falta algo más —apuntó con el dedo índice y una sonrisa pícara.

—¿Sí? ¿Qué es? —pregunté ansiosa.

Sin apenas soltar mi mano dio dos pasos hacia atrás, y se inclinó hacia el árbol cogiendo algo detrás de éste que me obstaculizaba ver.

—¡Oh! —me llevé mis manos a la boca conmovida cuando lo vi.

Lo recordaba como si fuese ayer cuando me la regaló.

—Esto te pertenece —dijo poniendo la corona de flores sobre mi cabeza.

Continué mirándolo embobada y me abaniqué el rostro conteniendo las lágrimas.

—Siempre a sus pies, banphrionsa —me hizo una magistral reverencia.

Reí y sin modo de retener las lágrimas, comenzaron a descender sobre mis mejillas golpeando desenfrenado mi corazón sobre mi pecho.

—La corona que me hiciste cuando cumplí diecisiete años y que me regalaste junto con este vestido. La seguiste guardando. Creí que la había perdido.

—La encontré o ella me encontró a mí cuando decidí volver aquí después de tanto tiempo, y seguir haciéndolo una vez al año. La he atesorado todo este tiempo porque pertenece a la mujer de mis sueños. Por eso te he pedido que te pusieras el vestido, necesitaba de nuevo inmortalizar esta imagen que ahora mismo ven mis ojos. Juro por el dios Dagda que cada día tu belleza se alza sin límites ni frenos.

Pasaran años, muchos más, y seguirá ruborizándome sus halagos.

—Prométeme que en nuestra próxima *aventura* que estoy seguro que será pronto, seré yo quien lleve las riendas de ella para prevenir más los peligros.

Su forma de decírmelo me hizo reír.

—No te prometo nada. Pero lo intentaré. O podemos llevar los dos las riendas. ¿Sacamos las vacas de nuestras aventuras? Creo que se merecen un respiro de nosotros.

Ahora fue mi turno en hacerle reír, haciendo que asintiera una vez con la cabeza y me quedé eclipsada con su risa, y en como el sol con sus últimos rayos reflejaban en su rostro. Era tan perfecto. Tan único. Rodeé mis brazos alrededor de su cuello y él dejó sus manos sobre mi cintura acercándonos más, sin despegar nuestras miradas que profesaban cuanto nos amábamos.

—Fuiste el dueño de mis sueños durante dos años. Ahora quiero que seas el dueño de mi corazón en esta vida y más allá de ésta.

Esbozó una sonrisa, maravillado.

—Me honras entregándome eternamente tu corazón. Siempre supe que nuestro amor, lo que sentimos, va más allá de todo lo real, estamos conectados por algo poderoso difícil de destruir. Ni la distancia, ni el tiempo, ni los prejuicios y las dudas, y sobre todo el dolor y el oscuro tormento han podido

con nosotros. Nuestro amor no es como el resto... estoy unido a ti hasta la eternidad. Tú me completas de todas las formas posibles.

—Soy completamente tuya —mis labios acariciaban los suyos derritiéndome por completo.

—Go brách.

Sus labios se entrelazaron con los míos iniciando un largo y dulce beso, inclinándome contra el árbol mientras nos dejábamos llevar por nuestro amor.

## Agradecimientos

Gracias a mis padres y a mis hermanos. Sois un apoyo incondicional y os sigo dando guerra con mi imaginación. Me chasqueáis los dedos cuando me quedo pensativa y es porque estoy en el mundo de Éire, en el que mi mente ha volado e imagina a cada segundo. Gracias por despertarme a veces, cuando más imagino con fuerza, no, en serio, no volváis a hacerlo es perjudicial jeje. ¡Os quiero! Mi querido hermanito Miguel, te menciono especialmente por esos innumerables deportivos de lujo que me propusiste para toda la trama y al final me decanté por el McLaren. El próximo va a ser el Maserati. Prometido. ¡Tú solo sabes por qué! ;)

Gracias a ti mi querida lectora (y lector) por una vez más acompañarme en este viaje en el que he escrito esta novela. Sin vosotr@s no sería posible nada. Y una vez más, gracias de corazón. A las blogueras a las que les tengo un especial cariño y sé que reseñarán esta novela, espero de corazón que os guste la novela. Sois bastantes y no quiero dejarme ninguna, pero ya sabéis que va hacia vosotras, chicas.

Miles de gracias a mis niñas **Adriana Busila** e **Ivonne Montoya Orellana**, que siguen mis andanzas desde que publiqué la trilogía Andrómeda, que son especiales para mí y que las quiero un montón. Y son unas chicas geniales que en su día aceptaron ser parte como administradoras de mi grupo en Facebook. Gracias guapísimas por seguir en mis aventuras y espero una vez mas haberos cautivado con esta historia.

Y también quiero hacer una mención especial a **Kristhen Sanz**, por convertirse en una lectora incondicional y tan cercana en esta historia, por su apoyo, por sus ediciones que hizo en su día sobre “El dueño de mis sueños” y me dejaron enamorada, y porque cada día me hace sonreír con sus comentarios que dan un hálito a mi imaginación. Gracias Kristhen, por tu apoyo tan grande. Espero que la historia haya atrapado tu corazón y seas una banphrionsa más.

Gracias a Taylor Swift y a The Corrs que en las escenas más especiales han desplegado las alas de mi imaginación y han hecho posible que quedaran como a mí me gustan.

Quiero agradecer especialmente al compositor **Adrian von Ziegler** que a lo largo de esta novela, sus maravillosas melodías me han acompañado. En especial **Druidic Dreams** y **Crann Na Beatha**, ésta en especial sale casi al final de la novela y es un guiño a la vida de Adalia, al árbol de su vida —el que Erin le mencionó que estaba seco—. Pero sin duda la que más marcó mi corazón fue **Prophecy** —hay un pequeño guiño a ella dentro de la novela—, pues esa melodía hizo que imaginara algo que parecía tan inalcanzable como lo son los sueños imposibles.

También quiero hacer mención a **BrunuhVille**, otro compositor que atrapó mi alma con piezas como **Aeternum** (esa fue tan especial para algunas partes de Adalia y Darién) como también **Birth of Love**, **Into Darkness**, **Magic of Love**, **Song of the North** (la versión celta) y muchas y muchas más.

Podría tirarme horas para describir a estos dos grandes compositores que con sus melodías me han ayudado a viajar a Irlanda, me han hecho sentir la magia que obra la Isla Esmeralda y los secretos inconfesables que oculta. Gracias a ellos, también existe esta novela. Y sé que sus melodías son las perfectas para completar mi más alocada imaginación. No me olvido de mencionar a la productora musical **Audiomachine**, a la que llevo años escuchando también, pues en todas mis novelas me ha acompañado, y una vez más lo ha hecho.

Aún queda camino por recorrer, sueños que cumplir, acertijos que completar, enigmas que descubrir, amores que enlazar, peligros que saltar, sombras que iluminar, caminos que cerrar... en esta gran historia. Este es el comienzo de una gran aventura. Es momento de que Adalia y Darién tengan un descanso. Lo importante en este libro era su reencuentro y descubrir quiénes eran Thief y Kisa. Todas las preguntas que se quedan en el aire se irán resolviendo en los siguientes libros. Y espero pronto tener lista la segunda parte en la que os adelanto, la acción estará por fin más presente. Y es la historia de Carla y Aiden.

Una vez más gracias, gracias a mi familia, a los lectores, a mis amados músicos y al mundo de la blogósfera. Gracias por leerme.

Un abrazo,

**Delora L. Pereñíguez.**